

REVISTA DE ALMERÍA.

PUBLICACION CIENTÍFICO-LITERARIA.

1883.

Año III.—Segunda época.



ALMERÍA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA PROVINCIA,

REAL. 18.

A NUESTROS LECTORES.

La REVISTA DE ALMERIA no necesita formular su programa. Conocida de antiguo por el público, basta decir que los mismos propósitos que en otra época nos animaron, han de continuar al presente informando nuestra conducta: queremos servir de palenque abierto en que expongan sus opiniones sobre los diversos problemas que hoy se ventilan en el campo de las ciencias, las letras y las artes, cuantos se dedican á su cultivo en nuestra patria y aceptan las direcciones progresivas de los ideales modernos; tenemos á ser el órgano genuino de sus aspiraciones, los intérpretes fieles del poderoso movimiento que actualmente impulsa la cultura general, pues siguiéndole de cerca y consagrándonos exclusivamen-

te á esta tarea, hemos de reflejarle en toda su importancia, siempre ciñéndonos á la modesta esfera de accion que nuestras propias limitaciones nos señalan; y así, alejados de la arena candente en que las luchas de partido se libran, con la firme resolucion de satisfacer una necesidad sentida, cual es la de dar á conocer los elementos intelectuales con que cuenta nuestro país, y dotarle de una publicacion dedicada por entero á tratar de los diversos ramos que abrazan los humanos conocimientos, nos atrevemos á esperar que no ha de faltarnos el favor del público, ni el apoyo indispensable de nuestros buenos escritores, á quienes ofrecemos cordialmente estas páginas, siempre abiertas para sus valiosos trabajos.

Por lo que concierne á la índole de los mismos, y al orden con que hemos de hacerles aparecer sucesivamente, nuestros propios números han de atestiguar, mejor aún que todas las promesas, cuáles son los que haremos objeto preferente de nuestras miras; diremos, sin embargo, que nos proponemos alternar las investigaciones más abstrusas, como son las que se refieren á las ciencias exactas, naturales y físicas, con los estudios más esenciales de la moderna sociología, como las árduas cuestiones morales y políticas, jurídicas y religiosas, y en suma, todas las que tienen relacion más ó ménos directa con los problemas generales de la filosofía; estos, á su vez, irán segui-

dos de artículos históricos, críticos y biográficos, y de disquisiciones filológicas y artísticas, sin olvidar tampoco los intereses materiales del país, de los que seremos celosos defensores; publicaremos también trabajos recreativos y de amena literatura, como narraciones de viajes, novelas de costumbres y poesías, para acomodarnos á todas las exigencias; é insertaremos, por último, crónicas mensuales en armonía con los fines principales que inspiran nuestra publicación.

Por lo demás, creemos inútil añadir que únicamente sus propios autores responderán de las doctrinas que con sus firmas autoricen: nosotros les dejamos en esto amplia libertad de acción, y solo hemos de exigirles que se ajusten á las leyes de la moral, á los principios del buen gusto, y al espíritu progresivo que caracteriza las tendencias científicas de nuestro siglo.

LA REDACCION.

ORIGEN DEL HOMBRE (1).

Un deber reglamentario, que yo cumplo gustosísimo, me obliga á plantear el tema propuesto como objeto de discusion en el presente curso académico, por la seccion de ciencias exactas, físicas y naturales.

Versa este sobre el origen del hombre, problema trascendental que tiene el privilegio de preocupar todos los espíritus, en cuya discusion han intervenido las inteligencias más poderosas del mundo civilizado, cuyos debates llevan el sello de la profunda revolucion que se está operando en el mundo de la ciencia, la más grande tal vez que el hombre ha presenciado desde su origen, y cuya discusion en este Ateneo probarà una vez más que la culta Almería sigue de cerca el movimiento científico de nuestro siglo.

Falto, muy à mi pesar, de los vastos conocimientos necesarios para plantear bien, problema de tamaña importancia, me he visto obligado, en el curso de esta memoria, à exponer las ideas que sobre el particular tengo adquiridas, con la claridad posible y necesaria en esta clase de cuestiones, expuestas ante un público libre de preocupaciones, y para el cual no existe más criterio de verdad que la razon.

(1) Memoria leida por su autor en el Ateneo de esta capital.

¿De dónde viene el hombre? Esta pregunta, que hace siglos se dirigen aquéllos para quienes la revelacion, la tradicion, lo misterioso no constituyen explicacion ninguna, ha entrado recientemente en el dominio de la experimentacion; y muy pronto, léjos de ser causa de tristeza, como lo son todas aquellas cuestiones que el hombre en su constante deseo de saber, se formula sin encontrar respuesta satisfactoria en su razon natural, será, no lo dudeis, será adquisicion científica, que pasará como necesaria y propia de la enseñanza elemental.

«En este problema, señores, como al empezar os dije, es donde más perfectamente se acusan las huellas de la profunda revolucion científica actual; revolucion que á la par que destruye, cimenta sólidamente, revolucion perfecta que aspira á conservar el dominio que arrebató. El reinado de la metafísica, que ha dado vida durante tres siglos al pensamiento europeo, está desapareciendo por instantes: el reinado de la experimentacion se ha inaugurado, y dirige hoy la inmensa mayoría del mundo científico, á impulsos del positivismo (no de la filosofía positivista, que es una de sus ramas tan solo), que hoy lo invade todo; leyes consideradas desde antiguo como universales y directas del pensamiento, han resultado inexactas ó parciales nada más; las ideas innatas y los principios indemostrables y revelados por la razon divina, son objeto de una investigacion para encontrar las fuentes humanas de donde provienen; instituciones tenidas como inmutables, como la religion y la familia, se ha visto que no están libres del cambio, y la ley de su evolucion es objeto del estudio de la historia; nuevas ciencias nacen al espíritu de esta reforma profunda, á la vez que desaparecen aquellas como la metafísica que se consideraba como primera y fundamento de las demás. En una palabra, siguiendo en esto á un distinguido jóven, apóstol no ha mucho del Krausismo en España, el Sr. Sales y Ferré, la celeste bóveda que servia de sosten á la fábrica del humano conocimiento, ha sido conmovida por la fuerza terrestre de la observacion, y el edificio de la ciencia ha empezado á desplomarse.»

¿Se quiere una prueba de lo que acabo de deciros? Ved qué contestacion se ha dado á la pregunta del origen hu-

mano por los antiguos filósofos, y sus sucesores los modernos metafísicos.

Inútilmente, señores, esperaréis contestacion satisfactoria; la filosofía, ó mejor dicho, la metafísica, la filosofía del Sér, que en esta cuestion como en la naturaleza y atributos de Dios, dan la posibilidad de un criterio de verdad, no responde sino con palabras de oscuro sentido, como oscuras son para los filósofos las ideas que quieren emitir; y es, señores, que de la misma manera que una palanca no es potencia física, sino tiene punto de apoyo material, de igual modo, mal puede entrar el estudio de los atributos del Sér, sin conocer antes la naturaleza humana y estudiar su organizacion.

¿Progresaría mucho la Astronomia si los astrónomos desdeñáran mirar al cielo? Pues ese mismo resultado ha conseguido la filosofía; grave error atestiguado por una experiencia de 2.500 años, y por los escritos de los varones más respetables de la humanidad. Error únicamente disculpable en aquellas épocas en que la tierra era para el hombre el centro del mundo; el sol y la luna sus alumbradores cortesanos, las estrellas elegante adorno del remate celeste de la tierra, y por ende el hombre rey de la creacion, espíritu deificado.

Pero hoy, señores, que el verdadero lugar del hombre en la Naturaleza se halla demostrado, es muy extraño que la metafísica no acabe de comprender, que el hombre, sometido á una ley de desarrollo gradual, no puede lanzarse á resolver los problemas fundamentales, cuya solucion, tal vez sea inasequible á la inteligencia humana, desde la actual conformacion orgánica del hombre; no puede lanzarse á su resolucion sin acudir ántes al campo de la experimentacion, á resolver un gran número de cuestiones prévias (1). No pretendais, dice un célebre escritor inglés, subir al edificio de la ciencia por el tejado; id, por el contrario, sen-

(1) Ya el mismo Dante comparaba al hombre que abandona el terreno sólido de la experimentacion, para lanzarse al mundo de las ideas, á la paloma, que abandonando el aire donde sus álas encuentran sólido punto de apoyo, quisiera lanzarse á volar en el vacío.

tando poco á poco los escalones, hasta donde podais llegar, y entónces subireis á él y nos direis qué es lo que se divisa desde aquella altura, en el campo de los conocimientos humanos.

Pasemos por alto las opiniones de Thales, que tomaba el agua como principio de lo existente; á Anaxímenes, que lo cifraba en el aire; á Pitágoras, insigne matemático, para el cual el número era el todo, la esencia de todo; los sofistas, á quienes los anteriores errores les llevaron á afirmar que el bien y el mal, la virtud y el vicio, Dios, la ley, eran puras ficciones nada más, y que la razon no podia guiar el hombre al bien; y veamos-lo que acerca del hombre nos dice el insigne Platon, primer creyente de la indestructibilidad de la materia, aunque desgraciado autor de sistemas políticos y filosóficos. Hè aquí lo que es el hombre, segun èl:

«Todo en el cuerpo humano está formado y subordinado á la razon. Ante todo es necesario un sitio para la parte divina del alma, y este sitio es la cabeza, que es redonda, porque su forma debe corresponder á la forma perfecta del todo: está provista de los órganos del conocimiento, estando recubierta de una ligera capa de carne, porque la carne dificulta la accion de los sentidos. La cabeza dirige todos los movimientos y por eso está colocada en lo más alto del cuerpo, como todo objeto creado posee los seis movimientos regulares; para que la cabeza no pueda rodar por el suelo, el cuerpo humano ha recibido una forma alargada, con piernas para marchar y brazos para servirse. Despues de la razon, viene el espíritu ó alma irascible, que tiene su asiento en el pecho, debajo de la cabeza, de modo que se encuentra al alcance de las órdenes de la razon, pero separadas por el cuello, á fin de que no puedan confundirse.

»La parte concupiscible del alma, en fin, está alojada en la parte inferior del tronco, en el abdómen, separada del alma irascible por el diafragma, puesto que ella debe ser independiente de las dos otras partes del cuerpo, el espíritu y la razon, y sin dejar de ser gobernada por aquella.

»Con este objeto, Dios ha colocado al lado de ella, el hígado, que denso y pulimentado, está formado por la con-

tencion de una sustancia amarga y de una sustancia dulce, y cuyo objeto es recibir y reflejar como un espejo las imágenes de los pensamientos. El hígado con su amargor, contiene los apetitos desordenados que la razon desaprueba, y extiende en cambio la dulzura cuando el espíritu desea de acuerdo con la razon; además, durante el sueño, la enfermedad ó en los momentos de inspiracion, el hígado adquiere la virtud profética; à la izquierda del hígado está el bazo que debe segregar y arrastrar las impurezas que las enfermedades producen, y amasan en el cuerpo. Si por último los intestinos están arrollados un gran número de veces, es con el objeto de que los alimentos no atraviesen rápidamente el cuerpo y engendren así un ceseo immoderado de alimentos, pues un apetito incesante impediría al hombre dedicarse à la filosofía y le volvería sordo à la voz de la Divinidad que reside en él.»

Por esta descripcion de uno de los más eminentes filósofos griegos, mezcla de ciencia, ignorancia y tontería, puede juzgarse cual era la opinion que sobre el hombre tenia la filosofía griega, y cuán desacertados eran los métodos del conocer en aquella época.

No nos detendremos à conocer la opinion de Pirron y los escepticos, término de la filosofía presocrática, parecido à los sofistas con que terminan las escuelas prosocráticas, opiniones que tienen muchos puntos de contacto con los modernos pesimistas alemanes, resultado lógico de la comparacion de los sistemas filosóficos distintos y falsos à la vez, que concluyen por llevar à la duda y à la desesperacion à los amantes de la sabiduría.

Un hombre, en la antigüedad, presentía las modernas teorías evolucionistas, y justo es se le tribute el homenaje debido à su clarísima inteligencia; eminente naturalista y gran filósofo, sus obras han imperado en Europa hasta este siglo, y en alguna de ellas se han inspirado muchos de los presentes. Aristóteles, espíritu eminentemente sintético, partia, al contrario de Platon, de lo particular à lo general, de lo observado à lo desconocido; lo cual, si bien no le permitia hacer gala de la brillantez característica de Platon, ha conseguido dar mayor solidez à sus concepciones; la ciencia moderna, siguiendo el método aristotélico, ensalza como

se merece su ilustre nombre. Primer filósofo que tomó por base de investigacion el estudio del individuo, que cultivó todas las ciencias naturales, admiran la exactitud de sus observaciones y la lógica de sus deducciones. Según él, el simple elemento, la planta, el animal y el hombre, forman una cadena no interrumpida, cuyas partes se confunden y pierden insensiblemente en la sucesion de sus organismos. Define el alma como reunion de todas las fuerzas del cuerpo, y la sangre como alimento necesario para la nutricion y la actividad del mismo. Si sorprendente es hallar en la antigüedad ideas tan exactas, nuestra admiracion crece al reflexionar cuáles eran los medios de investigacion que poseia, y las ideas reinantes en aquella época sobre la constitucion de los cuerpos.

Durante los dos mil años siguientes, ningun progreso real se hizo en Filosofía; sus obras en esta materia imperaron durante toda la Edad media, y si se exceptúa el Museo de Alejandria, foco científico notable, muerto á manos de las intransigencias religiosas, bien poco hay digno de mencionar en esta rapidísima ojeada.

El Cristianismo, inmenso poder histórico, á quien la ciencia debe bien poco, desconociendo la ley natural de la evolucion humana, cayó en el grave error de fijar límites á su desarrollo y sus aspiraciones, y creyó posible dictar camino á la sociedad humana fuera de las leyes naturales á que se halla sometida. La experiencia y la historia se han encargado de darnos provechosa enseñanza en este punto, y no es de creer que la Humanidad en el porvenir encuentre periodos análogos á los de la Edad media.

Esta ligera excursion histórica, recaba para nuestro siglo la gloria del planteamiento y resolucion del problema que nos ocupa; pues si bien Aristóteles en algunos puntos, entra de lleno en el campo de las modernas investigaciones, la época y los medios de que disponia le impidieron que su clara inteligencia pudiera darse cuenta completa de las cuestiones secundarias que rodean al problema del origen del hombre.

Para comprender el desarrollo de las teorías evolucionistas, es necesario rodearse del medio ambiente que las conquistas científicas han creado á los amantes del saber;

es necesario conocer los poderosos medios de nuestra investigación y sus maravillosos resultados, y sobre todo que el espíritu se penetre de esa fè científica en las leyes naturales que rigen la materia, que todo lo relacionan, todo lo unen y conducen á esa hermosa síntesis de la unidad en la variedad.

Si consultamos la Astronomía, ésta nos dirá que hay distancias tan inmensas, que un viagero recorriendo miles de leguas por segundo, necesitaria miles de años para recorrer espacios que abarca nuestra vista; que en dichos espacios se mueven, al parecer, de la manera más caprichosa, miles de cuerpos, al lado de los cuales nuestra tierra es átomo despreciable; que ese movimiento es debido á la atraccion de la materia, y el astrónomo, con dicho principio, atraccion proporcional á la masa é inversa del cuadrado de la distancia, os dibujan el aspecto del cielo en este mismo momento, con exactitud pasmosa, sin necesidad de dirigirle una mirada. Nos dirá además que todos esos cuerpos proceden de un mismo origen, se han formado por condensacion, que están sujetos á la ley de la transformacion, de la cual nadie ni nada se escapa; os dirá qué ha sido nuestro globo cuando competia en brillantèz con el azul, y lo que será en el porvenir ese hermoso sol, causa única de todo movimiento físico, y fuente de toda la vida intelectual y orgànica de nuestro planeta.

Hay más; descomponiendo la luz, ese mudo mensajero de lejanos mundos, veremos en matizados trazos nuestro presente, nuestro comun origen; que las mismas sustancias con que está amasado nuestro globo, se encuentran en todos los cuerpos celestes; hermoso corolario del gran principio de la unidad de la materia.

Si de la Astronomía pasamos á examinar nuestra morada, á cualquier punto que tendemos la vista, la aplicacion de las leyes físicas que hoy obran nos darán cuenta de todos los accidentes, de todos los repliegues de la corteza, nos harán ver las transformaciones que ha experimentado, asistir á la aparicion de la vida en nuestro planeta con organismos sencillísimos, como estos han ido variando, apareciendo unos, desapareciendo otros, segun las condiciones climatológicas de cada época.

Las ciencias físicas, por otra parte, nos presentan la ley de unidad que resplandece en los variadísimos fenómenos de la Naturaleza; allí vereis transformarse la electricidad y el calor en fuerza y vice-versa: el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo no son sino notas de la escala física, vibraciones del aire que nos rodea, y de igual manera que el astrónomo con la ley de atracción os dibujaba el cielo, de igual modo el físico con la ley de reflexión luminosa os dibujan en su gabinete, con admirable precisión también, ese hermoso espectáculo, cantado por los poetas y sentido por las almas delicadas, una puesta del sol matizando las purísimas tintas de un cielo azul, salpicado de nubes y celajes.

Las leyes de la acústica nos presentan con números inflexibles los acordes de los grandes maestros del arte musical: serán bellos cuando á ellos se ajusten, serán infracciones del resultado del cálculo, los discordantes y molestos sonidos del principiante.

Las ciencias químicas, descubren en los variadísimos objetos que nos rodean, combinaciones segun leyes muy sencillas y precisas de un reducido número de elementos; borran toda diferencia material en el reino inorgánico y orgánico, nos hacen ver la relación entre la sustancia y la forma, de tal modo que toda sustancia inorgánica lleve consigo su fe de bautismo, su composición en su forma exterior.

En fin, señores, todas estas ramas del saber nos conducen á considerarnos como hijos del sol, como seres que de él dependen tan estrechamente, que sin él no podemos vivir.

En efecto, él mueve nuestras naves, puesto que él produce el viento que las empuja, él hace marchar nuestros molinos, puesto que él eleva el agua que los pone en movimiento, á él se debe el alma de la locomotora, el carbon, pan y vida de nuestra industria, redentor de la esclavitud del obrero, él hace germinar la semilla, él es la causa de esta gran circulación del agua en nuestro planeta, que permite vivir á todos los seres que habitamos la tierra, tal es nuestra dependencia, que si el sol pudiera dejar de salir algun día por el Oriente, podríamos escribir el epitafio de nuestro planeta.

Es lógico preguntar ahora: ¿tiene nada de extraño que el hombre, que en todas partes encuentra encadenamiento de efectos y causas pretenda descubrir en la escala orgánica

una ley de enlace, de union, y no le satisfaga encontrar en cada sér un misterio, en cada órgano un milagro?

Este enlace, esta ley de union es esplicada por la doctrina de la filiacion, que partiendo de la materia organizada (oxígeno, hidrógeno y carbono) explica la formacion de todos los animales, incluso el hombre, por la transformacion de unos séres en otros, mediante la influencia de las leyes físicas y materiales.

Esta teoría apoyada en la morfología, en la prehistoria y en la paleontología, presenta como pruebas de su verdad, los fenómenos de la embriogenia, los orígenes teratológicos de algunas razas, y los resultados de la anatomía comparada.

Sin la teoría evolucionista, imposible es explicarse los curiosísimos fenómenos, que más adelante indicaremos, del desarrollo embrionario; no hay modo de comprender á qué obedecen esas semejanzas que se observan entre los animales de los diferentes grupos de la clasificacion y los pasos que entre estos grupos descubre diariamente la paleontología. Permanecen sin esplicacion las curiosas transformaciones que convierten al gusano de seda en pintada mariposa, las metamorfosis de los insectos, de los peces, de los anfibios; queda sumido en el misterio el origen de los órganos rudimentarios, como las mamas de los mamíferos machos, las vértebras caudales del hombre y otros muchos: quedan sin explicacion las variaciones que la domesticidad causa en los animales y plantas, las relaciones geográficas entre las faunas y floras actuales y las extinguidas, etc., etc. Esta teoría, por último, señores, que ha resuelto en poco tiempo un problema insoluble á fines del pasado siglo para el filósofo de Koenisberg, ¿cómo formas orgánicas adaptadas á un fin, han podido desarrollarse sin la necesidad de una fuerza una causa constante que las empuje á ese fin? ó de otro modo, ¿cómo ha podido levantarse un edificio regular, sin un plan preconcebido, sin un arquitecto que lo conciba? es uno de los más sólidos apoyos y uno de los más brillantes resultados de la filosofía experimental que hoy empieza, que hoy lo domina todo, cuya influencia se hace sentir hasta en la Música y la Literatura, y que forma, por decirlo así, el código constitucional por el que se rigen hoy todos los hombres de ciencia.

Á Lamark, naturalista francés del presente siglo, se debe en primer término la primera enunciación del transformismo; naturalista distinguido, no pudo ocultarse á su claro espíritu que la semejanza entre los animales existentes entre sí y las variadas especies que han desaparecido, debía tener alguna razón de ser como lo tiene todo en este mundo y esta razón la creyó encontrar, suponiendo que unas especies de animales procedían de otras por las modificaciones que producen las circunstancias exteriores. De estas nacían las necesidades, de las necesidades los deseos, de los deseos las facultades, los órganos.

Pero desgraciadamente para Lamark, eran desconocidos los resultados de la Paleontología que descubre diariamente formas nuevas intermedias entre géneros y especies diferentes, la separación de los seres organizados en reinos diferentes, el vegetal, el animal y aún el hominal después, separación fundada en la falta de estudios detenidos y observaciones exactas, pasaba como verdad indudable en la ciencia y constituía un obstáculo grave á las tendencias transformistas; los resultados de la embriogénia eran desconocidos por completo; no dió sólidos cimientos á su teoría, y no pudo resistir los ataques del eminente naturalista Cuvier, enérgico defensor de la inmutabilidad de la especie.

Siguió á Lamark, en esta vía, Geoffroy Sainte-Hilaire, el primero que fijó bien la variación de la especie, cuando varían las circunstancias á que se halla sometida.

Pero á quien cabe el honor de haber presentado estas teorías formando un verdadero cuerpo de doctrina, de haber encontrado sólidos puntos de apoyo á la teoría de la filiación, es al eminente naturalista y profundo observador Charles Darwin á cuyo nombre no pueden menos sus más declarados adversarios, de prestar el homenaje que el génio se merece, ó mejor dicho, que impone el génio.

Podrá sostenerse con más ó ménos razón, como por algunos naturalistas se sostiene, que sus leyes no rigen en todos los casos de la transformación de las especies, que es necesario suponer transformaciones durante el período embrionario en el útero de especies madres distintas; podrá negarse el alcance de sus leyes de selección, de la herencia,

de la ley de divergencia y continuidad, etc.: pero seguramente nadie se levantará á negar la existencia de los principios de la seleccion natural y sexual, originados por la lucha por la existencia; frase ya vulgar, cuya comprobacion se halla justificada á cada momento en nuestra vida social.

«Todos sabemos que cuando un jardinero desea obtener una variedad encarnada de una planta cuya flor de ordinario sea blanca y un poco encarnada algunas veces, escoje con cuidado entre las flores nacidas de la misma semilla, la que posea un tinte rojo más pronuaciado, y su semilla será la única que conservará para sembrar de nuevo. Hará lo mismo con las que nazcan de éste y así insensiblemente, desechando las que tengan matices blancos y conservando las encarnadas, llegará al cabo de unas cuantas generaciones á la flor del color apetecido. Estos mismos procedimientos los emplea el agricultor cuando quiere obtener un raza de oveja, notable por la firmeza de la lana, un caballo apto para ciertos servicios, ya para la carrera, ya para el arrastre. En cada generacion las diferencias son imperceptibles, pero la acumulacion de estas ténues diferencias durante algunas generaciones, acaba por imprimir una diferencia clara y terminante. Las propiedades naturales de plantas y séres sobre que descansa la teoría darwiniana, se reducen á estas dos propiedades fisiológicas fundamentales del organismo, á saber: la variabilidad ó facultad de adaptacion y la herencia ó facultad de trasmision.

«Ahora bien, ¿existe en la naturaleza un procedimiento parecido al capricho del hortelano y agricultor, que transforma las plantas y los animales, les hace adquirir nueva propiedad, nuevos órganos, los transforma, en una palabra? Esta causa natural la encuentra Darwin en la aplicacion al mundo orgánico de la ley de Malthus. En su principio de la lucha por la existencia. (*The struggle for life*).

«Todo organismo lucha desde el principio de su existencia con gran número de influencias enemigas, con los animales, con la temperatura, con los organismos de su misma especie. La causa y el resultado de esta lucha es fatal. Los medios de existencia no están repartidos con bastante profusion en la naturaleza, y no bastan de ningun modo

á nutrir los gérmenes de organismo que incesantemente se producen.

Una lucha terrible estalla; en esta lucha sin trégua, toda ventaja personal, por pequeña que sea, toda propiedad individual, puede hacer á su poseedor triunfar de sus rivales y mientras estos perecen al cabo de más ó ménos tiempo, sin dejar posteridad, aquellos sobreviven, triunfan y se perpetúan. De este hecho tan natural, tan sencillo, que vemos reproducirse constantemente á nuestra vista, se deduce como anteriormente, la adquisicion de caracteres nuevos que se transmiten por herencia, que se acentúan y aumenta sin cesar, llegando en la última generacion á adquirir tal grado de fuerza que se distinguen esencialmente del primitivo.

»En la seleccion sexual, nueva forma de la seleccion natural, encuentra Darwin otra causa de variacion, desde la cual se descubre el mundo animal bajo un nuevo punto de vista sumamente curioso. Esta seleccion sexual se funda en el gusto estético de los animales, en el período del celo de la reproduccion. Si nos fijamos en la clase de animales en que la elegancia de la forma, el encanto de la voz y los adornos más brillantes constituyen la ley general en la clase de las aves, veremos que estos dones no están repartidos por igual entre los dos sexos; el sexo macho se nos presenta siempre ostentando los más brillantes adornos, la más encantadora voz y á veces los dos caracteres juntos.

»En la época del celo, se avivan los matices del plumaje, se desarrollan los bellísimos penachos, adquiere la voz toda la intensidad, los machos hacen gala de estos adornos, de estas ventajas personales, ante las hembras, llegando, como muy bien saben los cazadores á despreciar su propia seguridad para enamorarlas. Esta facultad electiva de la hembra, de escojer aquellos que cree más bellos ó mejor dotados, son una nueva causa de variacion, otra equivalencia al capricho del jardinero, que tiene por resultado la propagacion de los individuos más bellos á los ojos de sus hembras.»

JUAN PIÉ Y ALLUÉ.

(Concluirá.)

EL AMANTE DE LA LUNA.

CUENTO.

Voy, mis amables lectoras, á referiros un cuento, que he oído no sé dónde y no sé cuándo. Los hechos parecerán inverosímiles, pero la esencia es una verdad, y la consecuencia que de ellos se desprende, una lección que puede seros provechosa.

Existe á las orillas del Rhin, sobre una de aquellas montañas agrestes que se levantan mirándose en sus aguas, un castillo ya medio derruido que llama la atención de los viajeros por su aspecto todavía imponente. Casi derribado como está, deja adivinar su pasada grandeza, como el gladiador caído revela en su fiera actitud su vencida pujanza:

Segun cuentan, no las crónicas ni los libros, sino los sencillos habitantes de aquellas comarcas, vivia en otro tiempo en aquel castillo, que con extensos territorios formaba una rica baronía, cierto noble jóven dueño del mismo, pero que, más que á las guerras y á las militares empresas de sus antepasados, habia sacado ardientes aficiones á las aventuras amorosas y á los románticos galanteos.

Roberto, que así se llamaba el baron, traia revueltos

sus dominios. No habia campesina de cabellos rubios y ojos azules á quien no amase por lo menos una semana y por quien no corriera á caballo de valle en valle y de aldea en aldea. Sin ser un libertino, que no lo era, tenia un corazon tan impresionable como versátil; y así, apenas lograba el amor de una de aquellas violetas sencillas, arrojaba sus hojas al viento é iba en pos de nuevos perfumes, como la mariposa de alas doradas.

Cuando el corazon es arrastrado por ese vértigo que se llama volubilidad, es que se siente la atraccion del amor, pero que no tiene aún objeto fijo; y eso sucedia á Roberto, que sintiendo en su pecho la necesidad de amar, no habia encontrado todavía el centro de gravitacion de sus anhelos juveniles.

Una tarde, como de costumbre, Roberto salió á caballo por aquellos contornos. Eran los anuncios de la primavera y ya empezaban los árboles á retoñar y los céspedes á cubrir las llanuras. Aquel dia habia estado el jóven, triste y taciturno sin saber por qué, y quiso ahuyentar las sombras de su ánimo con un paseo por las campiñas antes de morir la luz. Un presentimiento le avisaba algo extraordinario, y dejó sobre el cuello del negro corcel abandonadas las riendas, como si creyera de este modo entregarse en manos de su destino.

Poco á poco, abstraído en incomprensibles meditaciones, dobló la cabeza sobre el pecho. El caballo caminaba sin guia por zarzas y matorrales; ya el castillo se iba perdiendo á lo lejos entre las brumas, y las montañas parecian visiones azuladas; ya el sol se habia ocultado por completo y el caballo andaba y andaba conduciendo á su absurdo ginete.

Por fin vino la noche, y en un sitio solitario, ante una cascada que caia con sordos ruidos, y que formaba torrentes espumosos, el corcel se detuvo atajado, y Roberto volvió en sí, al tiempo que la luna asomando por lo alto de los cerros reflejó en los remansos sus rayos de plata.

¡Ella es! gritó el jóven extendiendo los brazos como para estrechar algun sér corpóreo; pero el caballo se encabritó, dió un salto atrás, y derribando al ginete, huyó por los campos.

Un labriego encontró à la mañana siguiente un hombre herido y casi sin vida. Condújole á su morada, y viendo que era el baron Roberto, le prodigó toda clase de atenciones.

Llevado al castillo, los más afamados doctores le medicaron y al parecer curó; sólo una ligera cicatriz quedó en su frente.

Pero una melancolía sin igual se apoderó del espíritu del infortunado mancebo, y una rara monomanía infundió serios temores á su servidumbre. Roberto, desde aquel accidente que puso en peligro su vida, hablaba poco y pasaba horas enteras sobre las torres de su castillo contemplando la luna, desde que asomaba su disco hasta que se ocultaba entre las montañas.

Por villas y lugares corrió la voz de que el baron habia perdido el juicio y de que su extraña locura consistia en amar á la luna y querer desposarse con ella.

Así era la verdad; fuese locura, fuese delirio amoroso, fuese aberracion, Roberto se habia enamorado de la reina de las noches.

¡Qué amor tan singular el suyo! No hay palabras que puedan describirlo ni expresarlo. En aquellas tardes perfumadas de la primavera, mientras la luna plateaba las ondas del rio, que pasaban suspirando levemente, como si no hubieran querido turbar el sueño de las flores, la sombra de Roberto se dibujaba sobre las almenas con el cabello descompuesto y los brazos levantados en ademan de súplica.

Ni ruegos, ni lágrimas ablandaban á la inaccesible deidad objeto de sus delirios, y el baron enflaquecia visiblemente, sus ojos amanecian cada vez más hundidos y su semblante tomaba un tinte sospechoso, funesto presagio de un trágico fin.

Pasó la primavera con sus noches templadas; pasó el verano con sus cálidas siestas y sus prolongados crepúsculos; ya comenzaba el otoño á amarillear las hojas de los árboles, y Roberto, más amarillo que ellas, buscaba con paso vacilante, el borde del torrente, lugar de su aventura.

Con los ojos fijos en las ondas brillantes, sintiendo voces misterioras que le atraian, sentóse una tarde ante la cascada tumultuosa sobre un húmedo peñasco. La luna,

impasible objeto de su amor, asomó tras el pico azul de una montaña, depositando un rayo sobre la faz del triste jóven. El levantó los ojos, y fuese el vértigo producido por el ruido del agua, fuese ilusion de su desvario amoroso, creyó ver que la virgen de sus sueños abandonaba las celestes esferas y bajaba hácia él rápidamente. Sus cabellos se crisparon con un horror instintivo, sus ojos se desencajaron de sus órbitas, y puesto en pié sobre el ribazo, aguardó tembloroso. Mas no era ilusion; la luna descendia en forma de mujer hermosísima con una blanca vestidura flotante, y no tardó en estar junto al atónito visionario. Rodeó con sus brazos nacarinos el cuello del mancebo, le inundó de luz misteriosa è imprimió sobre su frente un ósculo parecido al contacto de una blanca rosa salpicada de lágrimas.

—Aquí estoy, dijo la deidad al baron: tus quejas me han ablandado; tus súplicas me han conmovido. He bajado del cielo para tí, porque has de saber que nada es para el amor imposible. Pero júrame que eternamente me has de amar: sólo así seré eternamente tuya.

—Sí, lo juro, exclamó Roberto, estrechando contra su corazon el talle flexible y celestial de su amada, y juntos, sonrientes y dichosos, se encaminaron al castillo; y conforme se alejaban, los campos y las selvas quedaban sumidos en tinieblas profundas.

Jamás amantes algunos disfrutaron luna de miel comparable á la del baron Roberto. Los dias eran ensueños fugitivos al lado de aquella virgen de ojos azules, más ideal que ninguna belleza del Norte. Pasaban las tardes como un encanto, ora vagando del brazo solos por los jardines, ó bajo las espesas alamedas contiguas al rio. Cada árbol era testigo de dulcísimos ósculos; cada sitio de inefables caricias; cada susurro llevaba en sus pliegues mil suspiros de felicidad exhalados de ambos pechos. El cielo y la tierra no habian visto un amor semejante.

El otoño trascurrió sin tristezas ni melancolías. Llegó el invierno y en vano sus ábregos azotaron los muros del castillo donde tanta dicha se atesoraba. Volvió la primavera con sus verdores, y la pasion de ambos amantes no habia sufrido el más leve eclipse: Pero con el nuevo Octubre, Ro-

berto sintió inesplicable deseo. Amaba á su dulce compañera, y sin embargo algunas veces queria salir sólo. Restablecida su salud, preparaba frecuentes partidas de caza por los bosques cercanos, y cuando regresaba hallaba cada vez más pálida á su cara amiga, que sonreia sin exhalar una queja, ni dirigirle un reproche.

Al paso que él se desviaba, ella se tornaba más triste. Si él le interrogaba, sonreia de nuevo, y Roberto volvía á sus excursiones y monterías, no sospechando el cambio operado, ni el desenlace inminente.

En una de aquellas batidas, el baron, persiguiendo un corzo, perdió el sendero y no supo volver al castillo. Errante, extraviado en medio de la noche oscurísima, llegó á la cabaña de un pastor. Allí durmió, pero cuando al alba siguiente regresó á su palacio feudal, su amante habia desaparecido.

Buscó como un insensato por todas las cámaras desiertas; llamó, gritó, se mesó los cabellos: todo en vano; la vision se habia evaporado como un sueño. Por largo tiempo fué victima de violentos accesos de locura, y por último sucumbió entre los más horribles desvaríos.

Sus servidores huyeron del castillo, que vino á ser morada de las fieras. Los rayos derribaron los lienzos de sus murallas y sus góticas techumbres. Parecia que el génio de la destruccion habia elegido aquel por teatro de sus empresas. Pero la luna, desde su region azul, no dejó de bañar con rayo triste las ruinas del castillo y la marmórea tumba de su romántico y tornadizo amador. Solamente, convencida de la veleidad del corazon humano, no volvió á ablandarse á los ruegos de ningun mortal. Impasible los contempla desde entónces, y cuando ante ella hacen juramentos de amor eterno, sonrie incrédula y melancólica.

ANTONIO LEDESMA.

A LA PRIMAVERA.

Hermosa Primavera
De flores coronada,
Yo que sigo los pasos
De Homero y de Petrarca
Y que pasé el Invierno
Sin dinero y sin capa,
Al ver tu faz risueña
Salúdote entusiasta.
Vaya con Dios Diciembre
Con sus nieves y escarchas
Y sus lóbregas noches
En que la luna pálida
Se oculta tras las nubes,
Como algunas casadas
Esconden tras el velo
Las rosas de su cara,
Cuando se van *de tiendas*
Solitas con la fámula.

Alábente los ricos
Que en lujosas estancias
Ciñendo el leve talle
De preciosas muchachas
Y al son de grata música
Ven deslizarse rápidas

Las horas, disfrutando
Del wals y de la danza,
Y luego, cuando asoma
La tènue luz del alba
Para aplacar el hambre
Al comedor se lanzan,
Y allí devoran ávidos
Jamon de York y pastas
Y apuran sendas copas
Que sus fuerzas restauran,
Sin que turbe sus dichas
El medroso fantasma
Del casero inhumano
O un *inglés* sin entrañas,
Que inflexible en la puerta
Con el *pagaré* aguarda
Y al acreedor bloquea
Que envidia en su desgracia
Al gorrion astuto,
A la paloma cándida
Que el horizonte cruzan
Validos de sus alas!
¡Bendita Primavera!
Estacion que en España
Debiera ser perpétua,
Pues ya como una flauta
Está el contribuyente,
Que salió de las garras
De Camacho el ministro
Hecho todo una lástima,
Cual borrego esquilado
Que ha perdido sus lanas;
Y en este paraíso,
En que manda Sagasta,
Siendo todos Adanes
La ropa no hace falta!
Yo te saludo, época
De amor, que las zagalas
Al son del caramillo
Con entusiasmo cantan,

Cuando con los gañanes
Están bajo la parra
Luciendo sus refajos
Más rojos que la grana,
Y hay algun campesino
De soñadora alma,
Que á la *parra se sube*
Y troncha alguna rama.
¡Oh Mayo, mes florido!
Ya su orquesta en las balsas
De nuestra verde vega
Organizan las ranas,
Canta de noche el grillo
Y de dia la cigarra;
Los pintados lagartos
Por los surcos se arrastran,
Salen pulgas y chinches
A darnos la batalla,
Que son las sanguijuelas
Que Dios en su farmácia
Nos concedió á los pobres
Que no tenemos plata;
Y por digna corona
De tanto goce, y tanta
Dicha, *el cuarto trimestre*
En todas las comarcas
De la nacion se anuncia,
Y empieza la cobranza
Y vá el Comisionado
Veloz de casa en casa,
Dejando en pos un rastro
De suspiros y lágrimas!
Un Pelayo en Astúrias
Regeneró la pátria
Que perdió Don Rodrigo
Por culpa de la Cava,
Y en Madrid un Pelayo
De figura británica,
De su error por la *cuesta*
Sin piedad nos arrasta!

¡Oh Primavera hermosa!
¡Oh Primavera plácida!
Yo que toqué las cuerdas
De mi tosca guitarra
Para cantar un himno
Celebrando tus gracias
En campanudo estilo,
Con valientes metáforas,
Como lo hicieron muchos
Trovadores de fama;
Renuncio á tal empresa
Porque ya peino canas,
Y no es propio de hombres
Que de cuarenta pasan,
Emprender galanteos
Ni andar en serenatas,
Cuando existen poetas
Que aunque todavía maman
Y tienen por cabezas
Enormes calabazas,
Le disparan *un canto*
A las Musas gallardas,
Que al escucharlo, estas
Y Apolo se desmayan!

JUAN GUTIERREZ DE TOVAR.

FERRO-CARRIL DE LINARES Á ALMERÍA.

Son tan conocidas las ventajas que reportaría al país la construccion del camino de hierro de Linares á Almería, que creemos completamente inútil hacer una enumeracion de ellas. Nos limitaremos, pues, en este artículo á una ligerísima descripcion de la línea y á examinar sus condiciones financieras, que, principalmente, son las que han de determinar la ejecucion.

El trazado aprobado, parte de Almería y se desarrolla por todo el valle del Andaràx, cruzando Sierra Nevada por el collado de Tices, para descender á los llanos del Marquesado; de aquí sigue por la cuenca del rio Guadiana menor, cruza el Guadalquivir cerca del pueblo de Tomé y entra en la region conocida con el nombre de Loma de Úbeda, desde donde llega á Linares, despues de empalmar en la estacion de Vadollano con el ferro-carril de Manzanares á Córdoba. En todo este trayecto, que tiene de longitud 308 kilómetros, se atraviesan terrenos sumamente accidentados, especialmente en la parte comprendida en la provincia de Almería y en el paso de Sierra Cazorla: esto ha obligado á proyectar 56 túneles, de los cuales el más largo es de 1520 metros. El número de estaciones es de 28, correspondiendo á la provincia de Almería, las de Almería, Benahadúx, Alhama, Huécija, Illar, Padules, Fondon, Bèires, Ohanes,

Ocaña y Fiñana. El ancho de vía es el ordinario en España y en cuanto á pendientes y curvas, los límites aceptados son 2'5 por 100 y 300 metros de radio, que son las condiciones con que están contruidos vários caminos y entre otros, el de Bobadilla á Granada.

El coste total de la vía, según el proyecto aprobado, es de unos 81 millones de pesetas, lo que corresponde á un precio kilométrico de 264.000 pesetas estando incluido en esta cantidad el aumento de 5 por 100 de gastos de Direccion y Administracion. Descontando esta cantidad, resulta para coste de la *ejecucion material* del camino 251.000 pesetas por kilómetro, según el presupuesto.

Teniendo presente que los precios del material fijo y móvil han disminuido de una manera considerable, desde el año 1875 en que se redactó el proyecto hasta la fecha, y que cuando se comience la ejecucion del camino, un estudio detenido y minucioso como el que hay que hacer entónces, introducirá necesariamente economías en las esplanaciones y obras de fábrica, puede asegurarse que el coste de ejecucion material de la línea debe reducirse en 18 por 100, no elevándose más que á 200 ó 204.000 pesetas por kilómetro.

Tenemos, pues, admitiendo esta última cifra:

Coste kilométrico de la línea..... 204.000 pesetas

Á deducir:

Subvencion del Gobierno..... 60 000 »

144.000 »

A aumentar:

5 por 100 por Direccion y Administracion.....	7.200	}	33.120 »
6 por 100 de interés al capital durante 3 años, ó sea 18 por 100, 25.920	25.920		

Total coste kilométrico..... 177.920 »

El producto kilométrico bruto calculado en la Memoria era de 17.123 pesetas, pero esta cifra tiene que aumentarse:

1.º Por el mayor valor que se obtendrá aplicando las tarifas de Madrid á Zaragoza y Alicante, que son bastante

más elevadas que las que se suponían en los cálculos de la Memoria.

Y 2.º Por el aumento reconocido é indudable del tráfico.

El primer aumento puede valuarse en un 20 por 100 y el segundo en la misma cantidad, bastando recordar, para que no parezca exajerada esta apreciación, que hay mercancías, como por ejemplo, la uva de embarque, cuyo tráfico se apreció en 3.000 toneladas, habiéndose embarcado en el año 1881 unas 8.000 toneladas, que con el peso del envase se elevaron á 12.000 toneladas; es decir, que solo en esta materia, hubo un aumento de 400 por 100.

La cantidad de mineral de hierro que se suponía en la Memoria sería transportada por el camino, era de 8.000 toneladas y esta cifra es exajeradamente baja. El año 1881 se han exportado por el puerto de Almería 9.000 toneladas y esta industria, ó no se establecerá, ó de existir, tiene que ser transportando cientos de miles de toneladas.

Siendo el mineral de poco valor, la ganancia consiste en la abundancia de él, y como los criaderos de Sierra Nevada son de muchísima importancia, bien puede asegurarse que una vez puesta en explotación la línea, conducirá de 300 á 400.000 toneladas, siendo aún este tráfico la *décima parte* del que hoy existe en el puerto de Bilbao.

Sólo con estas dos partidas, el rendimiento del camino se elevará más del 40 por 100 que nosotros admitimos, pero partiendo de esta cifra, resultará que el producto bruto kilométrico será de unas 24.000 pesetas, y descontando el 45 por 100 para gastos de explotación, queda de producto líquido 13.000 pesetas, ó sea el 7'50 por 100 del capital empleado.

Además, las Diputaciones provinciales de Jaén, Granada y Almería garantizan un 6 por 100, durante los diez primeros años de la explotación, á un capital de 60 millones de pesetas. Como el capital que verdaderamente necesitará traer la compañía, es de poco más de 54 millones (teniendo en cuenta las economías de construcción), la garantía de las Diputaciones asegura un interés de 6'50 por 100, aunque todos los cálculos de la Memoria sean erróneos y la línea no produzca nada.

Estas son las condiciones financieras del ferro-carril de Linares á Almería: como mínimo, un interés de 6'50 por

100 al capital que se emple, garantizado por las Diputaciones de las tres provincias y casi seguridad absoluta de que este interés se elevará al 7'50 por 100 por los rendimientos del camino.

¿Qué pasa, pues, para que una línea de condiciones financieras verdaderamente escepcionales, haya visto desiertas, una vez y otra, las subastas anunciadas para su concesion?

Para que se disipe la extrañeza que esto causa, es preciso tener presente que estas condiciones financieras son las que hoy tiene, no las que ántes tenía. El Gobierno en la primer subasta, redujo en un 10 por 100 las tarifas que sirvieron por los cálculos de la Memoria y alargó de tal manera el plazo de pago de la subvencion, que equivalía á una rebaja de las 60.000 pesetas por kilómetro que la ley le concede.

En la segunda subasta se suprimieron una y otra disminucion, pero se indicaba en la ley, que sino había postor se mejorarían las condiciones de la línea, concediéndole las tarifas de Madrid á Zaragoza y Alicante, que son bastante más elevadas. ¿Es maravilla que los capitalistas no acudiesen *ayer* á realizar un negocio, que solemnemente se les ofrece que *mañana* tendrá mejores condiciones? Lógico era suponer que esta segunda subasta no era más que un trámite para llegar á la tercera, y debia haber quedado desierta, como así sucedió.

Hoy, las circunstancias han variado totalmente; y la única subasta *seria* que de la línea se hace, es la que debe anunciarse en plazo breve.

El Gobierno dá la subvencion en el mismo tiempo que la línea se ejecuta: ha modificado las tarifas, equiparándolas con la de la red más importante española, y no se prevee, dentro de la legislacion actual y de la situacion del país, que más pueda hacer en beneficio de la línea.

Las Diputaciones provinciales han comprendido que era llegado el momento supremo, y con un patriotismo que nunca se alabará bastante, dán lo que más debe estimar el capitalista, la garantía de interes al capital que traiga. Ahora es, pues, cuando se vá á ventilar el asunto: ahora es cuando en sério se establecen las condiciones del problema. La res-

puesta á la pregunta que hemos formulado, es, pues, muy sencilla. Han quedado desiertas las subastas, porque no tenia el camino condiciones financieras bastantes para realizarlo.

Hoy han variado éstas por completo, y la pregunta que Almería debe hacerse, es si con éstas nuevas condiciones se realizará la línea.

El capitalista tiene asegurado un interés de 6'50 por 100 y tiene grandes probabilidades de que éste interés aumente: teniendo, pues, en cuenta solo la ganancia, debe responderse afirmativamente. Pero si las condiciones financieras favorables son *absolutamente necesarias* para que un negocio se lleve á cabo, no es esto decir que sean *suficientes*. Se necesita, sobre todo, y esto es elemental, que el asunto sea conocido, que se le dé toda la publicidad necesaria, que tenga personalidad, si así puede llamarse, y que acuda al mercado del dinero á competir en él, con los demás negocios.

Se necesita más, en un asunto de la importancia del camino de hierro, y es que se sienta apoyado, mejor diré, empujado por la opinion pública. Y esta es preciso que se manifieste de una manera poderosa é indudable; que cuando estas condiciones reune, bien puede asegurarse que es irresistible.

Si anunciada la tercera subasta en la *Gaceta*, nadie se ocupa del asunto más que para repetir ¡ojalá se haga el camino! y el país sigue dormido y no se agita y no se hace atmósfera, como vulgarmente se dice, transcurrirán los 40 dias de plazo; será perfectamente cierto que el capital está garantido y que dá un interés de 7'50 por 100, pero como es preciso convencerse que hay muchos negocios en el mundo que presentan iguales ó mejores condiciones financieras, no debemos abrigar la ilusion de que el negocio que á nosotros nos importa, vá á ser el preferido, porque sí.

Testigo de mayor excepcion, que demuestra lo que puede la opinion pública, es la reciente concesion del ferro-carril de Canfranc: hagamos en Almería lo que en Zaragoza se ha hecho y el ferro-carril se construirá. Que todo el mundo se ocupe del asunto; que todo el mundo lo desee de veras, haciendo cada uno en su esfera lo que le sea posible: trégua á

nuestras miserables rencillas, en aras de un asunto que encierra en su seno la prosperidad del país.

Se ha hablado mucho de si las condiciones del trazado podian ser un obstáculo para la ejecucion de la línea y dándolo como un gran descubrimiento se dice que marchando por el rio Nacimiento, en vez de subir hasta el Fondon, se economizarían 70 kilómetros de camino. Mi posicion especial me impide discutir este asunto, mientras no haya enfrente persona autorizada que cara á cara mantenga esa opinion. Al hacer el proyecto, pudo tener un error mi inteligencia; pudieron tenerle tambien cuatro Ingenieros de la Division de Sevilla que sobre el terreno comprobaron el trazado: pudieron equivocarse veinte Inspectores que en Junta plena aprobaron el proyecto, prodigándome frases que son mi título de honra; pero, para que reconozcamos el error en cuestion *esencialmente facultativa*, es preciso que siquiera hable nuestro lenguaje aquel con quien contendamos. Sería bochornoso para mí, defender un trazado aprobado por quien tiene autoridad y conocimientos, en contra del que sienta por base de su argumentacion que no ha visto el terreno, que no entiende el asunto, pero que cree, porque lo dicen, que se pueden economizar 70 kilómetros de línea. ¡Pues harta desgracia tiene, si así lo cree!

Mas si no debo ni quiero discutir, sí puedo hacer historia para que el público sensato sepa lo que hay de cierto en tan famoso y notable descubrimiento. Cuando, el año 1870, el Gobierno nombró una comision de Ingenieros para estudiar el proyecto, estos hicieron un detenido reconocimiento del terreno, y en vista de lo escepcionalmente difícil que era, formularon un ante-proyecto, *en el que llevaban la línea por el rio Nacimiento*. Remitieron dicho ante-proyecto á la Superioridad, señalando las condiciones verdaderamente notables del camino y proponiendo los límites de curvas y pendientes que creían admisibles: la Superioridad encontró justificadísimo cuanto ellos proponian y devolvió el ante-proyecto, para que sirviese de base al estudio definitivo.

En este período me encargué del asunto, y despues de conferenciar muchas veces con las autores del ante-proyecto y de reconocer el terreno por todas partes, creí solucion más ventajosa, desarrollar la línea por el valle del Andaràx.

Así lo hice, y razones poderosas tendria para faltar à lo que la Superioridad habia ordenado, puesto que el anteproyecto aprobado iba por el rio Nacimiento. Estas mismas razones convencieron à los Ingenieros que comprobaron el estudio (uno de ellos autor del ante-proyecto) y la Junta Consultiva que se encontró con un estudio totalmente distinto del que ella esperaba, sancionó, sin embargo, con su voto favorable el trazado propuesto por mí.

¿Dónde està, pues, la novedad de la solucion por el rio Nacimiento? Antes que à nadie se le ocurrió à quien debia ocurrírsele, y del estudio comparativo de ella con otras, quedó desechada por quien primero la creyó aceptable.

Un sólo dato para terminar este incidente: los 70 kilómetros que en letras de molde hemos visto impresos en un periódico de la localidad, à quien no rectificamos entónces porque supusimos que cuando lo dijo, estudiado lo tendria, son únicamente 13, diferencia que existe entre la longitud del trazado aprobado y la del ante-proyecto por el rio Nacimiento.

Despues de todo, desconocen por completo la legislacion vigente de caminos de hierro los que suponen que un trazado aprobado sujeta en lo más mínimo à un concesionario. Este tiene perfecta libertad é ilimitado derecho de proponer todas las modificaciones que quiera, buenas ó malas, grandes ó chicas: el Gobierno las examina, y si las cree aceptables, le autoriza para ejecutarlas; y camino de hierro se ha construido que así se parece al proyecto que sirvió de base à la subasta, como se semeja lo blanco à lo negro. Admito pues, que el trazado aprobado sea malísimo: el que así lo juzgue será porque conoce otro mejor: pues abierto tiene el camino, cuando sea concesionario de la línea para proponerlo y yo le fío que le autorizarán para que lo ejecute. ¿Dónde està, pues, la sujeccion que impone el trazado?

Tambien se asegura que la base 8.^a del acuerdo de las Diputaciones es un obstáculo para la realizacion de la línea. Dice dicho artículo:

«La Diputacion queda obligada à lo anteriormente expuesto, sólo en el caso de que no se modifiquen por la empresa explotadora las condiciones facultativas y econó-

«municas de la concesion, à no ser que *sea prèvio el consentimiento de la Diputacion.*»

Y se dice que esto limita la facultad que tiene el concesionario para modificar el trazado. Verdad es que la limita en cierto modo, en cuanto exige no solo la aprobacion del Gobierno, sino tambien la de la Diputacion; pero este artículo es consecuencia natural y lójica de las bases anteriores del acuerdo.

Si las Diputaciones garantizan el interés á un capital de 60 millones de pesetas, es porque segun el proyecto aprobado, esta cantidad es la que necesita traer el concesionario. La cifra de 60 millones no es arbitraria: es el presupuesto del camino, menos la subvencion del Gobierno. Pues bien: si varían las condiciones facultativas de la línea, ya disminuyendo el ancho de vía, ya aumentando las pendientes, de tal manera que el presupuesto se reduce y el concesionario solo necesita traer 30 millones en vez de 60, ¿es justo que las Diputaciones garanticen el interés á un capital que *oficialmente* no se trae, puesto que *oficialmente* se han introducido modificaciones esenciales que rebajan el presupuesto? ¿No es lójico que las Diputaciones digan, «garantizo un interés al capital de 60 millones, mientras sea verdad que oficialmente debes traerle, es decir, mientras no se modifiquen las condiciones facultativas y económicas de la concesion?»

¿Dónde está aquí el obstáculo para la realizacion de la línea? ¿Què capitalista de buena fé verá en ésto un inconveniente?

Al defender lo contrario, se comprometen inconscientemente los intereses de la Diputacion: se desea que las Diputaciones garanticen *siempre* 60 millones, dejando abierta la puerta al concesionario para que no traiga más que 20 y convirtiendo de este modo una ayuda patriótica en medio de hacer un negocio á costa del país. Y conste que hablamos siempre del *valor oficial* del camino, que distará del *valor verdadero*, cuanta economía produzca la buena gestion y direccion del asunto; pero este último dato es desconocido y para ningun cálculo de esta especie puede tenerse en cuenta.

Nos hemos estendido mucho más de lo que pensábamos al comenzar este artículo, escrito por invitación de los Directores de la REVISTA: nuestro propósito era dar á conocer las condiciones del camino, para que examinándolas con sereno juicio, se pueda formar idea exacta de lo que hay hecho: en otro artículo hablaremos de lo que aún queda por hacer.

J. DE TRIAS.

LA MUJER DELGADA.

Quiero hacer su apología.

Ensalcen otros los hechizos de esas muchachas menuditas y regordetas, cuyos encantos seducen su alma; elogien los aficionados á las figuras de matrona los ejemplares de la especie; discutan los críticos las ventajas de morenas, trigüeñas y rubias; yo pienso que el ideal más perfecto del género es la mujer delgada, sin distinciones ni preferencias.

Entiéndase como mujer delgada aquella que siendo bella y atractiva, se mantiene á buena distancia de esos enjendros secos y escuálidos que parecen creados para representar la imagen del hambre: yo no hablo en modo alguno de tales armazones de huesos; las personas de buen gusto habrán adivinado ya las hermosuras á que me refiero.

¿Quién no las conoce? Su talle, gallardo y esbelto, es un compendio de todos los idealismos; sus ojos no hablan sino de ensueños amorosos; pliega su rostro una sonrisa juguetona; vagan por su mente alados pensamientos; su paso es breve, gentil y airoso; y su figura entera, espiritual y vaporosa, parece la forma viva en que ha encarnado una dulce ilusión de la fantasía.

Recordad los tipos más soñadores imaginados por los poetas, y los encontrareis ajustados á mi modelo. ¿Cómo os podeis figurar esa creacion hechicera del gran dramático inglés, la tierna y melancólica *Ofelia*, que aparece á nues-

tra vista derramando flores y llevándose tras de sí nuestras ardientes simpatías? ¿cómo la adorable *Margarita* de Goethe? ¿cómo la poética *Doña Inés* de nuestro Zorrilla?

Pues lo mismo que en las regiones del arte, ocurre en el mundo real donde se desliza nuestra vida: podreis encontrar acaso—yo no lo niego en absoluto,—las delicadezas más refinadas del espíritu, el prototipo más alto del amor, el ideal más puro, el ideal soñado—que esta es la palabra,—encarnado en amplias formas musculares: no ignoro que á veces una envoltura tosca, encierra en su seno primorosas filigranas; y si esta envoltura, haciendo aplicacion de la frase á nuestro objeto, léjos de esa tosquedad que le suponemos, se nos presenta ataviada de bellas galas, que no por un exceso de desarrollo exterior son á las veces ménos perfectas, el caso será todavía ménos extraño; pero aún así, yo sostengo que sólo podrá considerarse como una excepcion de la regla general; excepcion rara que, como todas las de su especie, ántes confirma aquella que la destruye.

Lo natural, y más todavía que natural, lógico y evidente, es en la inmensa mayoría de los casos, que exista una íntima relacion entre el fondo y la forma: ámbos se unen, se compenetran, y de tal modo establecen entre sí una estrecha dependencia, que á un exterior todo materia, corresponde indefectiblemente un espíritu sin pulimento; así como un espíritu sensible, parece que se trasparenta en el cuerpo delicado que le sirve de albergue.

Segun reza un adagio, la cara es el espejo del alma; y es en vano que me citeis esos rostros de ángel puestos al servicio de un corazon endiablado; tambien nacen niños de tres cabezas, y no se niega por eso la unidad de la especie humana.

Si se me pidiera alguna razon fundamental que explique la causa de estos efectos que señalo, podría valerme de una muy gráfica: quizás, diría, el débil espíritu se halla sofocado por la pesadumbre de una mole que le aplasta; tal vez anhele remontarse, y la mole sujetará sus vuelos.

Fijáos, por el contrario, en mi tipo: el alma no forcejea con el peso de la carne: á poco que le observemos, saltará á nuestra vista el equilibrio perfecto que produce todas las armonías: allí la luz no lucha por lanzar sus resplandores á

través de paredes espesas; trasparéntase el vaso que la contiene, y todo se ilumina cuando brilla.

Si amais, pues, la belleza ideal; si vuestro espíritu se encuentra poseído de ánsias más levantadas y perennes que esas bajas y fugaces de la ilusion de un día, y evocais á vuestra alma gemela que con ellas se identifique y hermane, no cometais el grave error de buscarla en donde sólo hallareis, á lo sumo, un goce pasajero de vuestros sentidos.

Yo os conjuro á seguir mi consejo; yo os presento el tipo perfecto, el tipo soñado, mi propio tipo... Guardáos, sin embargo, de rozarle con ninguna impureza: la mujer delgada es una mariposa; tiene todos sus atractivos, todos sus encantos, y es como ella vaporosa y aérea; pero ¡ay, si se rompen sus alas!; entonces vendrá á tierra fatalmente, y acabarán sus dichas y las vuestras.

No olvidarlo: la mujer delgada es una mariposa.

P. LANGLE.

LA CRÍISIS FILOSÓFICA CONTEMPORÁNEA.

En todos los momentos de la historia de la Humanidad, surgen á la investigacion de los pensadores problemas de capitalísima importancia para la vida, y que en variadas y aún antitéticas direcciones, traen á estado fecundos ideales, que dilatan cada vez más los vastísimos horizontes del conocimiento científico.

Lo erróneo y vago de afirmaciones algun tanto irrelexivas, se sustituye con las verdades adquiridas mediante procedimientos heurísticos mucho más completos y precisos, que aplicados con clara razon y severo criterio al estudio de lo que algunos podrian llamar misterioso, amplian los límites del saber comun y destruyen barreras tenidas como infranqueables hasta la época novísima.

Mas si en todo tiempo se plantean estos problemas, en ciertos y determinados períodos históricos se imponen de un modo más enérgico y vivo; y las distintas opiniones, producidas por diversos sistemas, intervienen en el debate con poderosa energía, buscando soluciones, que generalmente pecan de un particularismo, impotente de todo punto para armonizar tendencias inconciliables, atendido no sólo el proceso indagativo, sino el punto de partida, fundamento y base de la serie del pensamiento.

Este accidente es debido á que descuidado el primordial

problema del conocimiento, sólo se mira á éste bajo uno cualquiera de sus aspectos, que aunque total considerado en sí mismo, no puede llegar á la unidad superior representada en la armónica composicion de los elementos que le integran.

Infinitamente múltiple en la individualidad, muévase el pensamiento humano en su obra, unas veces con propia y sustantiva originalidad, y otras aceptando doctrinas cerradas, nacidas de un espíritu, que con intransigencia suma ahoga todo cuanto á la libertad se refiere; acogiendo sin previo exámen todo lo tradicional, como si fuese posible dar carácter de permanencia y elevar á ley lo plenamente realizado en el tiempo.

De aquí la oposicion y lucha que presenciamos, no ya sólo en la esfera de las ideas, sinó tambien en la vida práctica; condicionada por la falta de sólido y seguro criterio en medio de un tan variable espectáculo, que como consecuencia necesaria y lógica perturba hondamente las conciencias, y lastima los más delicados sentimientos sin encontrar definitiva solucion que satisfaga sus legítimas y naturales aspiraciones.

De una parte, pretenden pensadores notables emancipar las ciencias que á la Naturaleza se refieren de la tutela filosófica, llegando hasta negar la Metafísica á título de innecesaria, aduciendo para ello razones que por sí sólas prueban la imposibilidad de semejante pretension: de otra parte, niégase tambien en opuesto sentido las conquistas hechas por los procedimientoss experimentales que tantos y tantos enigmas han descifrado y descifran, levantando el velo misterioso que aún encubre tesoros inagotables para el saber humano; prodúcese así un divorcio completo entre el conocimiento de los fenómenos y el de las leyes, como si el *à priori* y el *à posteriori* no fuesen dos fases particulares del conocimiento, que como objeto propio abraza toda la Realidad.

El escepticismo se impone señalando la inconsistencia de semejantes formas de proceder, el pesimismo aparece como la protesta de la lucha impotente de contradictorios sentimientos, y el determinismo es fiel expresion de la doctrina fatalista opuesta á la libertad humana.

Pero si el fondo de estas doctrinas es idéntico, se informan todas, sin embargo, con suma originalidad en detalles y accidentes que producen nuevas y múltiples oposiciones, no ya de sistema á sistema, sinó de pensador á pensador; pues no cultivando estos sino especiales esferas de conocimientos no se hace más que ampliar y rectificar el trabajo de épocas anteriores y generalizar la obra de progreso, que con perseverancia suma, realizan los que se dedican á estudiar un determinado grupo de fenómenos, dándoles la importancia que niegan en absoluto á todo otro linage de investigaciones.

De aquí que el imperio de la especulacion haya perdido su importancia y predominen casi en absoluto los procedimientos experimentales, reaccion natural que se efectúa por la falta de construcciones sistemáticas, que sustituyan con alguna ventaja las de los idealistas del pasado siglo y que si ejercieron poderosa influencia, fraccionadas y divididas por las diversas interpretaciones que se les han dado, no son suficientes para oponer un dique á los crecientes progresos del naturalismo materialista, negacion absoluta del elemento espiritual y de todo cuanto á él pueda referirse.

El asídúo estudio del fenómeno, que como tal, representa tan sólo lo transitorio y mudable de los objetos—su última determinacion y estado concreto—ha producido la doctrina de la evolucion, que se impone cada dia más al pensamiento contemporáneo, llevando á todas las esferas de la actividad sus aplicaciones y consecuencias. Presenciamos la lucha entre los principios que vienen á la vida real llenos de vigorosa energía y los que lentamente se destierran faltos ya de condiciones esenciales; y aún cuando difícil es comprender el término de estas oposiciones; en un porvenir más ó ménos lejano puede preverse que vendrán á fundirse en una síntesis superior; armonía suprema de lo que hoy miramos como inconciliable.

No cesarán por esto los conflictos, pues se producen en la historia del pensamiento humano, no como un pasajero accidente sin ulterior transcendencia, sino como ley biológica ineludible.

El panteismo de los pueblos del extremo Oriente, pasa por el Nirvana bhúdico, para llegar á la doctrina dualista

de la Persia, simbolizada en Ormuz y Ariman, lucha de principios que se reproduce en la Moral y en la Religion, representaciones únicas de la vida del pensamiento.

Este salva las mesetas del Pindo y en la pátria inmortal del arte, donde las pudorosas vírgenes del Himeto recitan los bellísimos versos de preciados poetas, renace la oposicion sellada con la sangre del venerable anciano que predicó la inmortalidad del Espíritu y la unidad de Dios, víctima de un Estado, ciego adorador de la Naturaleza y de la forma.

De este progreso, nace el espiritualismo que lucha con el naturalismo, levantándose nueva antinomia representada en Aristóteles y Platon.

Perece la nacionalidad helénica en Cheronea, desmémbrase el imperio del héroe macedónico, pero el pensamiento socrático, aún pasando por la lucha de las escuelas escèpticas y sofísticas, llega hasta la ciudad eterna; y asentándose en el Capitolio, domina al pueblo-rey, que envanecido por sus grandes conquistas è inmenso poderío, no vé manchada la púrpura de sus emperadores con impúdicas bacanales, ni hecha girones la victoriosa enseña que dominára lejanos pueblos.

Roma cayó bajo los golpes de los pueblos germánicos; pero estos no pudieron dejar sino huellas dolorosas de su paso y aunque dominadores por el poder de la fuerza, son á su vez dominados por el superior poder de la razon: ¡Otfried no les legó ningun monumento tradicional, que llevára indeleble sello de transcendencia para la vida!

A las enseñanzas del mundo pagano puso un término preciso la religion cristiana, trayendo nuevos y venturosos ideales que transformaron la sociedad antigua, inscribiendo en el lábaro victorioso del progreso el grandioso lema de la fraternidad universal.

Pasado el período de su constitucion sistemática y en en medio de la conflagracion de extraños pueblos, viene á representar el cristianismo el elemento conservador de las ideas: la Iglesia católica cultiva la ciencia, en el fondo de los monasterios, alejándose del fragor de los combates; pero no llega á resolver la ley biológica de la oposicion en los si-

glos medios, y el realismo y el nominalismo son sus más legítimos representantes.

Aparece en los albores de la edad moderna idéntica antítesis y el Renacimiento de las letras acusa la existencia de la lucha representada por sensualistas, racionalistas y empíricos, dando origen á una multiplicidad de direcciones que en la actualidad aparecen y que atestiguan la inmensa variedad de los elementos opositivos.

Por ello es exigencia ineludible que á la indagacion científica presida no tan sólo una libertad amplísima para la aplicacion de un seguro criterio que estime el valor real del saber adquirido; sino un espíritu firme, sóbrio y circunspecto, que no acepte más que lo propiamente sabido en la conciencia, guardando con prudente reserva el límite que separa este estado de conocimiento, de lo pre-científicamente conocido.

Otra circunstancia señala tambien la crisis del pensamiento contemporáneo.

Espíritus faltos de suficiente energía para aceptar en nombre de la Ciencia las últimas conclusiones que de ella se desprenden, por una inconsecuencia dolorosa detiénense en la indagacion para aceptar las afirmaciones tradicionales que informan prejuicios contrarios de todo punto al conocimiento científico, y aceptan la creencia como órden relativo no ya del conocimiento comun, sino del sistemático y completo, dando valor á sus resultados sin ulterior comprobacion.

Este límite que acusa una deficiencia suma por parte de los que le aceptan, produce una como pereza intelectual, que dificulta notablemente la verdadera obra del progreso científico, y de aquí que ideales realizados plenamente en lejanas épocas, pretendan sustituir á los que se producen nuevamente y dominar el campo de las ideas.

Esta nueva lucha no es de gran importancia ni puede afectar la economía interior del pensamiento, aunque dificulte en cierto modo su progresiva marcha.

Esperanzas consoladoras existen de que se salven los conflictos del pensamiento, resolviendo las contradicciones, que hasta en las ciencias particulares refleja el estado de la enciclopedia científica, imponiéndose la necesidad de dar solucion satisfactoria especialmente al dualismo que vemos

por doquier en la vida intelectual, y que bajo la forma de espiritualismo y materialismo, ó de idealismo y realismo aparece en todos los órdenes relativos al conocimiento.

Aspiran las ciencias naturales à la unidad de su concepto siendo ensayos de este objetivo la moderna teoría *monista*, deficiente y errónea en parte, sin embargo, por fundarse no en lo esencial de la esfera propia de la Naturaleza, sino en el accidente variable, en el fenómeno, que sin propia subsistencia no puede ser base sólida y segura para una construccion verdaderamente científica, debiéndose en gran parte la tendencia de rehabilitacion á la direccion *idealista*, que, en cierto modo opuesta á las corrientes reinantes, no desconoce ni exagera el valor de los datos parciales que en distintos sentidos se producen.

Las ciencias sociales y políticas, las que al elemento espiritual se refieren están trabajadas à su vez por el empirismo y si sus problemas se discuten hoy con superiores conocimientos dado el nexo constante que los une, de esperar es que en no lejano tiempo, la especulacion y la práctica se armonicen y léjos de aparecer en constante antagonismo, los consideremos sólo como dos fases opuestas, pero no contradictorias de la vida consciente del pensamiento.

AGUSTIN ARREDONDO.

A MI MADRE.

¡Madre! . . . te llamo con afán vehemente!
¿Por qué á mis quejas doloridas callas?
¿No vés como padece el pecho mio?
¿No vés que el corazón de pena estalla?
Cual las olas de mares borrascosos,
Ardiente llanto mi mejilla escalda;
Mi cabeza enloquece, y ya no puede
Su duelo resistir mi pobre alma.
Oye mi acento ¡por piedad!; responde
Al grito de dolor que el pecho lanza!...
Mas . . . ¡ay de mí! que quiero un imposible;
No responde tu voz, porque eres . . . ¡nada!
¿Eres ceniza sólo! . . . La que un día
Rico tesoro fué de amor del alma;
La que á sus hijos consagró su vida,
Porque á sus hijos delirante amaba,
Hoy es sólo un recuerdo idolatrado,
Una sombra que huyó, ceniza . . . ¡nada!
¿Qué mucho que en la vida todo acabe,
Si en ceniza una Madre al fin acaball!
Ay! Madre mia! en el dolor que siento,
Deja que lllore aquí, sobre la helada
Tumba que encierra en su recinto oscuro
La deshecha envoltura de tu alma.

Cuántos dolores en mi herido pecho
Triste llevo escondidos, tú no alcanzas;
¡Huérfana me dejaste siendo niña!...
¿Qué he podido encontrar sino desgracias?
Sin padres, por el mundo yo camino,
Como cruza los mares frágil barca
Sin brújula y timon y sin piloto,
En noche pavorosa de borrasca.
Yo soy un ave herida que el desierto
Cruza errante y medrosa y fatigada
Buscando dó ocultarse, porque el rayo
Del Sol ardiente sin piedad la abrasa.
Yo soy como la brisa melancólica
Que entre zarzales y malezas vaga,
Buscando alguna flor que la perfume
Y sólo encuentra punzadoras ramas.
Soy el eco doliente del suspiro
Que un pecho acongojado y triste exhala:
Soy del dolor la agonizante queja,
Y... ¡muero de pesar, Madre del alma!
Yo he soñado que bella era la vida;
¡Que todo era verdad! mas... ¡ay! ¡soñaba!
Y... ¡desperté! y al despertar, he visto
Que en la vida se encuentran sólo lágrimas.
Y sigo tristemente mi camino,
Sin dicha el corazón... ¡sin esperanzas!
Como la flor que tronchan de su tallo
Y á la merced del torbellino vaga.
Siempre á tu lado... aquí, vivir quisiera
¡Siempre! con tu recuerdo y con mis lágrimas!
Sin tener que fingir gratas sonrisas,
Que se llevan pedazos de mi alma.
Siempre á tu lado, sí, lejos del mundo,
Que comprender no puede pena tanta.
¡Siempre á tu lado! aquí, donde mi pena
Llegue á templar su intensidad amarga;
Donde, al mirar la realidad desnuda,
Mi espíritu se eleve á la morada
Del Sumo Bien, del que de inmensa dicha
Puede inundar mi dolorida alma.

Sí, que de Dios en la mansion que habitas
Solo verdad y amor y paz se halla.
Consuela mis pesares, dáme alivio
Y llévame á vivir a esa morada.
Mas... ¡ay! que nó! Sujeta aquí á la tierra
He de llevar mi abrumadora carga,
Y si á tí vuela el pensamiento mio,
Es para más dolor, para más ánsia.
He de seguir aquí llorando triste
Y ocultando el pesar que me desgarras;
Porque aunque todos aflijidos lloran,
Hipócritas sus penas todos guardan.
¡Qué pobre humanidad! llora, y se burla
De los que vierten dolorosas lágrimas!
¡Ay! Madre mía, adios! he de dejarte .
Aunque mi pecho el sentimiento embarga;
Sólo aquí encuentro tu ceniza ¡ay triste!
Pero aun así, mi pecho te idolatra.
Adios, adios; si á tu ceniza fria
Calor le ha dado de mi amor la llama;
Si al escuchar de mi dolor la queja,
Se extremece de amor toda tu alma,
Allá en el alto Cielo donde habitas,
De dichas, y de paz, y luz cercada,
Mándame, entre las ondas de los áires,
Tu suspiro de amor, que dé á mi ánima
Consuelo celestial, y esfuerzo y brío
Al corazon que de sufrir se cansa.

AURORA CÁNOVAS.

EL AMOR DE LA FAMILIA.

(Á LA MEMORIA DE MI INOLVIDABLE HERMANO MANUEL.)

Francisco y Nicolás eran hijos de Pascual, honrado labrador de Canjayar.

El primero, que era el mayor, dedicado desde sus primeros años á la agricultura y á ayudar á su padre en las faenas del campo, sólo habia podido adquirir las primeras nociones de la enseñanza, sin embargo de lo cual, su claro talento y buen juicio suplían la falta de instrucción. Nicolás, más despejado y de delicada contextura, además de la primera enseñanza estudió dos cursos de latín con el cura del pueblo, adquiriendo brillantes calificaciones en el Instituto provincial de Almería.

Reveses de fortuna hicieron que el padre á su pesar no pudiera seguir costeando los gastos del estudio; y como al hijo no agradáran los trabajos agrícolas, quedó auxiliando al maestro de escuela en las tareas de la enseñanza, creándose por tanto uno de esos seres sin oficio ni beneficio que tanto abundan; señorito en el vestir, en el porte y en sus aspiraciones, pero sin pensar mucho ni poco en los medios de labrarse un porvenir.

Francisco en cambio, cada vez más trabajador, era el apoyo y descanso de sus padres, y pronto estuvo al frente

de los negocios de la casa que manejaba con habilidad é interés.

A Nicolás le proponían dedicarse á un oficio cualquiera, pues aquella honrada familia no concebía la vida del hombre sin ocupación en que ganarse la subsistencia. Pero él siempre contestaba con evasivas y huía tales conversaciones, diciendo que había nacido para ser algo más que un modesto artesano.

A los veintinueve años fué Nicolás colocado de auxiliar en la Secretaría del Ayuntamiento, empezando á dar pruebas de habilidad nada común en la tramitación de expedientes, contabilidad, etc., por lo que poco á poco fué adquiriendo en Canjayar cierta importancia que le engrería y llenaba de orgullo.

Al verse de tal modo considerado, no concretaba sus aspiraciones á conservar la adquirida posición. Ocupado con preferencia en la lectura de periódicos políticos, y viendo por ellos que hombres de escaso mérito se encumbraban por un golpe de la fortuna, soñó en ser político, halagando en su fantasía las más risueñas ilusiones para el porvenir, que veía color de rosa.

Sólo le faltaba ocasión para volar, y ésta no tardó en presentarse al afortunado Nicolás.

Se celebraban unas elecciones de Diputados á Cortes, reñidas como pocas, y en las que el candidato ministerial estaba á punto de naufragar, pues las oposiciones se habían coaligado contra él.

Dicho candidato, al recorrer el distrito, llegó á Canjayar y quedó prendado de la habilidad y talento de Nicolás en las cuestiones políticas. Habiendo celebrado con él una conferencia, le ofreció su protección decidida y llevarse'lo á Madrid si conseguía el triunfo.

Desde luego, y ante la hermosa perspectiva de realizar sus aspiraciones, nuestro joven fué el más decidido partidario de D. Pedro, que así se llamaba el candidato, y se valió de todos los medios para hacerle triunfar, asegurando en todas partes y á voz en grito que el D. Pedro era el representante que el afligido país necesitaba para lograr su prosperidad y ventura.

Fué elegido presidente de mesa, y allí como un rey en

su trono, Nicolás hizo y deshizo á su antojo, resultando su candidato vencedor en toda la línea.

Francisco y su padre veían con cierto regocijo el camino emprendido por el jóven, y les encantaba que el Diputado tanto le distinguiera. Pero en cambio, tanto el padre como el hermano temían que se lanzára en tales aventuras, pues si muchos al final de ellas recogen los más preciados laureles, el porvenir de algunos es la miseria ó el destierro.

Cuando Nicolás les participó que se marchaba á Madrid con D. Pedro, en aquella casa sólo se oyeron suspiros y sollozos, sólo se vieron lágrimas y rostros, que revelaban el temor y el sentimiento.

Los padres creían que el tenerlo á su lado era la mayor ventura y felicidad posibles; y es que para ellos no había cielo más hermoso, sol más brillante, aires más puros, panoramas más vistosos, ni tranquilidad más apacible que la del pueblo en que vivían, la del amoroso hogar donde nacieron.

La leyenda del hijo pródigo, que buscando la felicidad fuera de la casa paterna se vió reducido á la miseria, la tenían presente, y temían que al hijo querido le sucediera otro tanto en la empresa que acometía.

Pero Nicolás, con su habilidad y talento, hizo comprender á sus padres que nunca les olvidaría, que volvería á verlos con frecuencia y que cuando conquistase una posición desahogada pasaría á su lado el resto de la vida.

Y tanto les dijo, que los ancianos enjugaron sus lágrimas, calmaron sus pesares y después de darle los más sanos consejos empezaron á hacer los preparativos del viage; mientras que más conocedor Francisco del carácter de su hermano seguía oponiéndose á aquella determinación, porque sospechaba que Nicolás tenía más afán de figurar que de trabajar, y que tal locura podía acarrearle desgracias.

No quiero describir la despedida. Los padres lloraban y gemían; ¿quién no se aflige al separarse de su hijo y más cuando vá á correr suerte incierta?; Francisco, después de insistir en que la honradez y el trabajo son las dos llaves que abren las puertas de tranquilo y seguro porvenir, le expresó que en cualquiera desgracia ó contratiempo tenía allí una familia que siempre suspiraría por él, y Nicolás,

apesar de sus sueños de gloria, derramó abundantes lágrimas; que de piedra se necesita ser para no verterlas al alejarse de los benditos autores de nuestros días, cuyo dulce cariño, cuyo inmenso amor es el único sosten de nuestros primeros años, el refugio y amparo en todas nuestras angustias y necesidades.

Nicolás llegó á Madrid y fuè empleado con seis mil reales, que le parecieron una fortuna, acostumbrado al modesto sueldo de dos mil quinientos, que tenia en Canjayar como auxiliar en el Ayuntamiento; pero cuando con sus relaciones empezaron á crecer los gastos y vió que no tenia lo suficiente, suplicó á D. Pedro que lo ascendiera, y éste que habia tomado cariño al jóven, consiguió para él un empleo de ocho mil reales.

Los primeros meses que en Madrid pasàra escribia á sus padres con frecuencia y las cartas eran fiel expresion de sus alegres emociones, de su gran contento; despues, más ocupado en las cosas de la política, y sobre todo con los trabajos periodísticos, á los cuales se habia aficionado, empezó á retrasar la correspondencia.

Francisco, al advertir este cambio, empezó á temer que sus presagios se cumplieran: en cambio los pobres padres no veían en ello otra cosa que el resultado de las muchas ocupaciones.

Pero es el hecho, que á los dos años de haberse ausentado pasaba un mes sin recibir carta de Madrid, y este mes parecia al anciano Pascual y su esposa siglo de tormentos y angustias.

Al fin se recibió carta en que Nicolás, pretestando gastos y compromisos, pedia á sus padres dinero, diciendo que muy pronto les resarciría de estos desembolsos. Y aunque no era la primera vez que tal peticion hacia, como siempre le enviaron fondos, diciéndole el padre solamente que no tardase tanto en escribir. Francisco, no cegado por ese generoso cariño paternal que encubre y disculpa siempre las faltas de los hijos, veía con disgusto que el pequeño capital de su padre sufría quebranto y se esforzaba más y más por conservarlo y acrecentarlo.

Nicolás, ocupado con los trabajos de oficina, colaboracion de periódicos y asuntos políticos llevaba una vida agitada

en medio de la que apenas le quedaba tiempo para recordar aquellos seres que en su modesto hogar nunca dejaban de nombrarlo, sin que hubiera día que no pensáran en la dulce satisfaccion de abrazarle tras larga ausencia.

Embriagado por completo en la atmósfera del periodismo político, para él no había más vida que la de la redaccion, la oficina y los casinos: con el afán de figurar, alternaba en reuniones, tertulias, etc., y viendo que en poco tiempo había llegado á obtener un empleo de diez y seis mil reales, soñó si seria él de la madera de que se hacen los grandes hombres de Estado, los Diputados y Ministros.

A medida que avanzaba en su carrera, olvidaba á su familia, casi avergonzándose de su modesto origen y de haber vivido tanto tiempo olvidado allá en Canjayar. Entre las buenas relaciones que se creára, hablaba poco de la familia, diciendo que su padre era un labrador riquísimo, que por convenir á su salud vivia en un pueblo donde era el cacique.

Un día recibió carta de Francisco, diciéndole que sino escribía con más frecuencia á sus afligidos padres para calmar su ansiedad iría á Madrid, obligándole á venir á Canjayar: entonces Nicolás, temiendo que esto se realizara, y no agradándole la idea de que sus amigos vieran que un modesto labrador era su hermano, envió á sus padres una cariñosa carta, asegurándoles que cuando sus ocupaciones se le permitieran les dedicaria una larga temporada.

Nicolás subía como la espuma; todos le sonreían y adulaban porque sabían era distinguido por algunos ministros, y llegó á engreirse de tal modo que veía fácil para él subir á los más altos puestos del Estado.

Pasó otro año, y ofuscado con su brillante posicion olvidó por completo á su familia, llegando á no escribirles en el espacio de cuatro meses.

En Canjayar no podían sufrir tanto. Siempre el buen Pascual y su esposa temían que alguna desgracia le habria sobrevenido: nunca los ancianos sospecharon que aquel hijo ingrato, en medio de su opulencia, si de ellos se acordaba era con disgusto, pues hubiera querido ostentar en sus targetas algun noble blason al frente del apellido.

¡Nécio! no sabia que no hay mejor blason que el buen nombre que se conquista con el trabajo y el talento, y que

vale más tener un apellido honrado por la virtud que todos los títulos y condecoraciones del mundo.

Pascual, al ver que no tenia noticias de su hijo, pensó marchar á la corte, ampararlo y socorrerlo, si algun contratiempo le habia sobrevenido.

Pero Francisco, al ver la angustia de sus padres, decidió ir, y sin haber salido nunca de esta provincia, sin calcular las molestias del viaje, vino á Almería para tomar el vapor de Cartagena, é informándose de algunos amigos acerca de la salida de los trenes, llegada á Madrid, etc., á los tres dias entró en la coronada villa.

La llegada fué á las nueve de la noche. Tomó un *cochesimon* al cual dió las señas de la casa de su hermano, Carretas, 22, 2.º, y pronto se detuvo ante una casa de lujosa apariencia.

Preguntó al portero, el cual contestó que efectivamente allí vivia D. Nicolás, y conmovido, agitado, pudiendo apenas contener los frecuentes latidos del corazon, subió aquellas magníficas escaleras llamando en el cuarto segundo.

Un criado lujosamente vestido abrió la puerta, y á su pregunta contestó que efectivamente aquella era la morada de D. Nicolás; pero al oir el criado que el recién llegado era hermano de su señorito, contestó con una estrepitosa carcajada, pues creyó lo menos que confundia á su amo con otro Don Nicolás.

Pero cuando Francisco, entre confuso é irritado, dió señas de su hermano, el criado le dejó pasar con cierta burla, diciéndole que esperase en el recibimiento hasta las dos ó las tres de la madrugada, hora en que quizás volveria su señorito del Teatro Real donde se hallaba.

Francisco no conocia poco ni mucho á Madrid; pero hombre de gran talento práctico y apoyado en que el que tiene lengua á Roma ví, salió de aquella casa despues de informarse minuciosamente del buen estado de salud de su hermano, y preguntando, llegó á las puertas del régio coliseo.

Al llegar al teatro de la Ópera y ver el lujo de algunas damas y caballeros que llegaban en soberbias carretelas sintió una especie de aturdimiento; pero el afan de ver al hermano querido dominó sus temores y tomando una entrada general subió al Paraiso. Sus ojos no se fijaron en la escena

que le era indiferente. Nada podia emocionarle como el ver á Nicolás y por ello su mirada vagó entre las butacas y palcos, pudiendo apenas contener un grito de contento al ver en uno de ellos á su hermano, que si desconocido por el adorno de la persona, era la imàgen fiel esculpida en su corazon con los caracteres indelebles del amor y del cariño.

Francisco contento y ansioso, pero vacilante y ofuscado por la atmósfera que le rodeaba, bajó al terminarse el acto, y equivocándose al llamar en dos palcos próximos, llamó y le abrieron en el que estaba su hermano.

Al penetrar en él, al ver junto á sí aquel sér á quien tanto queria, por quien tanto sus padres habian llorado, exclamó: ¡Nicolás!, y se arrojó en sus brazos.

Nicolás vió y reconoció á Francisco; pero rodeado de algunos amigos, entre ellos el Director general de Contribuciones, sintió subir al cerebro una fuerte oleada de orgullo y entre avergonzado y rojo de cólera exclamó:

—¡Qué inoportunidad tan brutal!—y volviéndose hácia sus amigos, dijo—señores, dispensad á este pobre hombre: es hijo de uno de nuestros labradores y el conocerme desde niño cree le dá derecho á hacer cualquier barbaridad conmigo.

Francisco sintió afluir toda la sangre á la cabeza y que en su pecho no cabia la indignacion: sin embargo, reprimiéndose, solo contestó con angustia y amargura:

—¡Lleva razon el señorito, dispensen Vdes. mi inoportunidad brutal!

Y saliendo del régio coliseo entre irritado y afligido, tomó una pronta determinacion.

Fué á la calle de Carretas, y recogiendo el poco equipaje que llevara, dijo al criado.

—Cuando vuelva Don Nicolás, tenga la bondad de decirle que Francisco, el hijo de su labrador Pascual, se ha vuelto al pueblo.

El criado se encogió de hombros y Francisco, con el corazon destrozado y no pudiendo contener las lágrimas que de sus ojos se desbordaban para desahogar el angustiado pecho, volvió á la estacion del ferro-carril y salió en el primer tren de Alicante.

No puede describirse la terrible impresion que en Pas-

cual y su esposa hicieran la llegada de Francisco y el relato de lo sucedido.

Se resistían á creer que aquel hijo querido, para el que siempre guardaban tesoros inagotables de amor y de ternura, hubiera de tal modo ofendido y despreciado á su hermano; la imaginacion de la madre buscó una esplicacion que atenuara la falta, diciendo si no le habría conocido tras larga ausencia; el padre luchaba entre el rigor y el cariño; pero Francisco, que habia sido objeto de las burlas de un criado y del desprecio mas humillante de parte de su hermano, insistía en que Nicolàs para ellos como si no existiera, puesto que en su corazon no quedaban ni las raíces del cariño que le sujetaran al amoroso hogar donde había nacido.

Pasaron los dias, dias de luto y desolacion para la atribulada familia, y ni cuatro letras envió Nicolàs para implorar perdón por su falta. Entónces la energía del padre dominó la situacion, y en aquella casa no volvió á nombrarse al hijo pródigo, aunque cada uno no dejara de llamarle á voces con el dulce grito del corazon amante, y de llorar á solas la madre siempre, el padre muchas veces, y el hermano no pocas; que todos, apesar de tanta ingratitud, adoraban al desgraciado Nicolàs.

Pero dejémos este cuadro triste y sin variaciones y volvamos á Madrid.

Nicolás, al llegar aquella noche á su casa y oir la relacion del criado, sintió remordimientos por su infame accion; pero pronto la olvidó, tranquilizando su conciencia con pensar que había sido una imprudencia presentarse su hermano nada menos que en el Teatro Real de aquella manera.

Al dia siguiente hubo crisis y D. Pedro su protector fué nombrado ministro de Hacienda. Al realizarse este hecho se consideró Subsecretario ó Director general y así lo indicó á D. Pedro al darle la enhora buena. Ocurrió lo que en toda crisis: que se agitaron los ambiciosos, hubo infinidad de compromisos y D. Pedro no pudo satisfacer los deseos de Nicolás, al cual por otra parte creía suficientemente recompensado con el destino á que lo había elevado. Pero este, que desde el momento en que se inició la crisis y sonó el nombre de D. Pedro para ministro, hizo creér á todos que de segu-

ro conseguia lo menos una Direccion, al verse burlado ante sus amigos, y creyendo en su orgullo que á él debia D. Pedro el acta de Diputado y por tanto la poltrona ministerial, escribió al momento en el periódico donde redactaba un violento artículo de oposicion al ministerio, lo cual sabido por el ministro, que era hombre enérgico, le valió la cesantia.

Al verse detenido en su marcha triunfal, Nicolàs oyendo solo el grito de sus pasiones exaltadas, atacó con dureza al ministro de Hacienda, no deteniendo la pluma ante la injuria y la calumnia.

Y á consecuencia de ello, é irritado D. Pedro al ver que aquel miserable reptil que él habia abrigado en su seno vertia asquerosa baba en su limpia reputacion, le persiguió sin piedad y la consecuencia de ello fué llevar preso al Saladero á nuestro Nicolàs, que no solo habia atacado en su orgulloso delirio el ministerio, sino á las más altas instituciones.

Al verse encerrado en un calabozo, su espíritu enérgico no se doblegó; esperó que los muchos amigos que le adulaban intercederian por él y sin humillacion de su parte recobraría la perdida posicion.

Pero en las desgracias de la vida es cuando se conocen los verdaderos amigos, y Nicolàs pasó algunos dias en el Saladero sin que nadie fuera á visitarle, sin que el más pequeño consuelo mitigara su afliccion. Y es, que los que creia amigos, si le adulaban era por lo que valia; y ahora temian malquistarse con el ministro, cuya conducta por otra parte era justa.

Pasaron los dias y aquel espíritu fuerte empezó à desfallecer, recordando como sueño embriagador su perdida fortuna. En las vacilaciones de su alma, en los conflictos de la mente recordó un dia como dulce vision, cual risueña esperanza, el bendito hogar donde pasara sus primeros tranquilos dias, la hermosa Vírgen ante la cual rezára sus tiernas é inocentes plegarias, los amorosos padres que tanto llorarian por él; y este dulce recuerdo, este hermoso pensamiento fué como el bálsamo consolador que mitigára las hondas heridas que tristes desengaños habian abierto en su pecho.

Los consuelos de la religion divina que su madre le enseñara á amar entre besos y caricias, y el pensar en sus padres y familia de cuyo cariño es imposible dudar, llenaron su alma de alegria, y decidió acudir á ellos en tan triste y amarga situacion.

Escribió una carta llena de ternura y cariño en la que les describia su estado; y al recibirse en Canjayar aquella carta, despues del pesar que produjo, pronto hizo que se tomara una determinacion, marchar á Madrid Pascual y Francisco á consolar al desgraciado jóven.

La entrevista en el Saladero fué tiernísima, conmovedora; Nicolás lloraba al estrechar al autor de sus dias, á su querido hermano, pidiéndoles perdon una y mil veces por su infame conducta; reconocia que habia sido más que ingrato para D. Pedro, y despues de enterarse minuciosamente del motivo de la prision, marcharon Pascual y Francisco á ver al ministro de Hacienda.

Don Pedro, al oir los ruegos de un padre que suplicaba y pedia por su hijo; al escuchar los lamentos de aquellos infortunados, no pudo menos de conmovirse y perdonando á aquel ingrato á quien tanto distinguiera, les proporcionó la orden de excarcelacion y libertad.

Al volver á respirar Nicolás los aires de Madrid al lado de su padre y de su hermano parecia cambiado; ¡tanto enseñan la desgracia y el infortunio!

Abandonando por completo la política y la corte, se retiró al cabo de pocos dias á Canjayar, donde al abrazar con efusion y ternura á su idolatrada madre la prometió no apartarse más de la familia, cuyos dulces lazos, cuyo bendito amor es el más firme apoyo, el invariable sosten en todas nuestras aficciones y contrariedades.

A. FERNANDEZ PALACIOS.

MI PATRONA ROSITA.

¡Civis romanus sum! Soy huésped español; lo cual, si no es una traduccion directa de la célebre frase del Apóstol, á lo menos es una parodia admisible... hasta cierto punto.

¡Soy huésped español!, y con esto ya tengo adquiridos títulos bastantes á la consideracion pública. ¡Catorce años de estudiante con ejercicio de casa de huéspedes! ¡Horror!

Se habla de espíritus puros; se les evoca todos los dias para que comparezcan ante la material presencia de algun *medium* anfibio; y no se tiene en cuenta—¡ay de mí!—que en este mismo globo existen espíritus tristes que trasmigran por las casas de huéspedes para purgar sus pecados y alcanzar una perfeccion.... estomacal, que solo es dada á los que se entregan en alma y cuerpo á las caritativas atenciones de una patrona.

La mia es *sui generis*, no se confunde con ninguna otra, constituye un verdadero tipo del gremio y pasará á los anales de la historia como una Mesalina de fregadero.

De carnes regulares, de rostro amarillento, pelo abundante, cejas pobladas, ojos negros y hundidos, cuerpo esbelto y andar magestuoso, Rosita mi patrona parece una vestal consagrada á Mercurio. Es dulce en el hablar, de mirada lánguida y expresiva, y muy dada á retóricas, por más que en ocasiones larga cada *voquiblo* que á escu-

charlos Don Quijote mandaria darle una buena mano de azotes por prevaricadora de la lengua castellana.

Su corazon es un sarcófago, y sus manos son los grillos de mi estómago y el iman de mi bolsillo: así lo tienen á aquel y así han dejado á este,

El traje recuerda todavia á los progenitores de mi patrona, si es que los ha tenido por ventura; que engendro de tal naturaleza más parece debido á la generacion espontánea que á la union matrimonial de dos seres humanos. Es un traje especial, imposible de confundir con ningun otro, como que racionalmente pensando no puede concebirse una mujer tan puerca como Rosita; y permítaseme este desahogo, pero no encuentro medio de expresarme de otro modo.

Es una túnica al parecer, sujeta al talle por ancho cinturón de cuero, estrecha como un embudo y con larga cola que sirve afortunadamente de escoba para el aseo de la casa, ya que en ella no penetra nunca otro instrumento más apropiado de limpieza. Museo arqueológico portátil, lleva en sí recuerdos de otros años y señales imperecederas de todos los guisados que han comido los pupilos desde el principio del siglo.

Es un mapa culinario y un jardín de perfumes deliciosos; especie de tapiz histórico que atrae á la memoria un almanaque de santos mártires, muertos en accion de ayuno perpétuo, sin esperanza de otro maná que el pasto espiritual proporcionado por aquella esfinge de Moisés...

Celosa en el cumplimiento de sus deberes, cobra por anticipado y procura que la moneda no sea dudosa, para que no se la desechen en las tiendas; pero en justa correspondencia se cuida muy mucho de que los alimentos sean ligeros, para evitarnos los horrores de una indigestion. No moriremos, no, de *trichinosis*, porque no conocemos el jamon mas que de oidas, y por suposiciones mas ó menos gratuitas cuando elevamos nuestras oraciones á S. Antonio Abad para que se desprenda del compañero en beneficio de estos desgraciados.

Uno de mis hermanos de martirio, anda en vias de sustraerse á la influencia de la patrona, è intenta casarse en forma canónica. La futura víctima se tienen noticias de que está bien acomodada; y Rosita que no ve con buenos ojos semejantes fugas de huéspedes y que es tan desinteresada, le

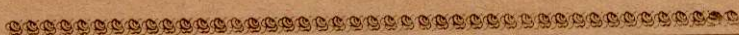
dice á mi amigo que esos matrimonios *burrocráticos* no acarrean mas que desdichas.

Para dar prueba de su penetracion, nos dijo un dia muy seriamente que ella recibia las ideas *á posteriori*, lo cual sobre ser un insulto al sentido comun, es una mentira de marca mayor, porque la tal Rosita medita *á priori* asesinar-nos en los desiertos de su cocina.

Y es el caso que de tal manera me he connaturalizado con mi patrona, que me parece impropio que pueda existir sin verla. Me pasa con ella lo que á los muchachos con el *bibi*: le temen, pero sin embargo le buscan; y yo la busco tambien, porque barrunto que si me alejara de ella me extrangularia.

Por otra parte, no es todo virtud: aficionado á las artes retrospectivas, aquella túnica me seduce y á toda costa apetezco adquirirla. Yo la pondré en mi despacho el día que al fin sucumba al matrimonio, y cada vez que mi esposa entre á llamarme para comer, la diré como Napoleon: «desde las alturas de esta pringue histórica, veinte años de ayunos nos contemplan.»

A. DE TORRES Y HOYOS.



CURIOSIDADES SOBRE ALMERÍA ÁRABE.

Un autor contemporáneo escribe que ha visto ejemplares de filigrana del siglo X hallados en un sepulcro cerca de Almería, semejantes á los que existen en el Museo Arqueológico Nacional: son arracadas admirablemente hechas de hilo de oro, y además collares del mismo género.

Segun el testimonio de un eminente arabista moderno, la antigua Tarragona y Almería, el espejo de España (espejo, significa Almería en lengua árabe), enviaron exquisitos mármoles y pórfidos blancos, con variedad de colores y matices, para erigir el célebre palacio Azzahrá.

Los árabes españoles llegaron á atesorar copiosísimas bibliotecas: entre otras, deberemos citar la de Ibn-Abbas, visir del rey Zohair de Almería, que encerraba más de cuatrocientos mil volúmenes.

El emir Abd-el-Rah nan fué quien creó la marina árabe en España, estableciendo una atarazana en Almería el año de 773, cuyo puerto era uno de los principales de la Península, y se cuenta entre aquellos donde hicieron agua los ba-

jales de las dimensiones más crecidas que á la sazón se usaban para la guerra.

Las ciencias y las artes desde mitad del siglo X hasta el XIII hicieron tales progresos en nuestra Nación, que no solamente era más culta que las demás de la Europa, sino que podia compararse á la de los griegos y romanos en el tiempo de su mayor esplendor. Los árabes tuvieron un sin número de escritores en todas las ciencias y en la literatura. Se cuentan ciento cincuenta autores cordobeses, setenta y un murcianos, cincuenta y tres de Málaga, cincuenta y dos de Almería y otros muchos de Sevilla, Granada y Valencia.

En España, region en que se habia extremado poco la afición inconoclasta por parte de los conquistadores, y donde no sólo se veia durante el siglo IX colocada sobre la puerta del Puente en Córdoba una estatua que existía allí ántes de la invasion sarracena, sino que algunas centurias despues se mostraba como una de las curiosidades de Almeria, segun cierto historiador, la *estatua del Aguila* en la puerta de su nombre, brotaban á cada paso entre los monumentos antiguos, indicios de no extinguida afición á las artes del diseño.

Aben Said, en una de sus obras, dijo que se fabricaban en Murcia, Almería y Málaga, vidrios de singular mérito y loza vidriada con esmalte de oro.

A. DE ANDANA.

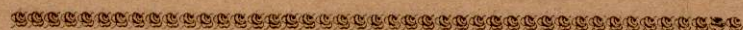
NOTAS.

Voluntariamente hemos contraído la obligación de escribir para cada número de esta REVISTA, una crónica del movimiento intelectual de Almería, ampliándola con noticias generales del resto de España, cuando la importancia de las mismas lo merezca.

Pero hoy, al inaugurar esta publicación sus tareas, la nuestra no tendría objeto: pasaron las discusiones y veladas del Ateneo, único centro que se dedica en nuestra patria al libre cultivo de las ciencias y las artes; los teatros mantienen cerradas sus puertas, después de una brillante campaña en que hemos admirado al insigne Vico y á la Srta. Mendoza Tenorio, perla de nuestra escena; y por último, ningún libro de autor almeriense, extraño á la redacción de este periódico, solicita de nuestra parte el exámen que gustosos le consagraríamos.

Vuelva, pues, el acero á su vaina, y esperemos tiempos más fecundos para las letras.

ORIEL.



LA MUJER ANTE SUS DETRACTORES.

Á tanto se ha extendido la opinion general en vilipendio de la mujer, que apenas admite en ella cosa buena. En lo moral las llena de graves defectos, y en lo físico de imperfecciones notables; pero donde más las incapacita es en la limitacion de su entendimiento.

Hasta los ínfimos de la plebe inculcan á cada paso que Eva fué la causa de la pérdida de todo el mundo, ejemplo que si prueba que la mujer es peor que el hombre, prueba del mismo modo, como observa en su *Defensa de las mujeres* el P. Feijóo, que los ángeles en comun son peores que las mujeres; porque así como Adan fué inducido á pecar por una mujer, la mujer fué inducida por un ángel, no estando hasta ahora decidido quien pecó más gravemente, si Adan, si Eva; y en verdad que la disculpa que se ha dado á favor de Eva, de que fué engañada por una criatura de muy superior inteligencia y sagacidad, circunstancia que no ocurrió en Adan, rebaja mucho, respecto de éste, el de aquella, en sentir del célebre benedictino del siglo pasado.

Sin la falta de la compañera de Adan, investigaríamos en vano la causa de los males que afligen á la mujer. Desde que la palabra de Dios fué revelada á Moisés, vinieron los comentarios de los hombres. Unos negaron su origen á Eva y para conservar su costilla al primer varon, le adornaron con una cola, que el Sér Supremo arrancó, y con la cual

hizo á la llamada criatura racional del sexo femenino; otros sustituyeron la cola de Adán con un rabo de perro, con cuya materia aseguraban seriamente que se formó á la mujer.

De haber criado Dios á la mujer despues que al hombre, se han querido sacar diversas consecuencias. Quién dijo: La mujer, siendo obra posterior, es más perfecta: es en todo, como escribió Juan de Espinosa en su *Ginecepaenos ó Diálogo en laude de las mujeres*, un sér superior al hombre. Entre las pruebas que trae hay una singular, á saber: que el hombre fue hecho de lodo, y la mujer del hombre; lo cual demuestra la superior perfeccion de la mujer.

Otro indicó: criado el Universo y criado el hombre, el edificio estaba concluido; faltábale sólo la veleta, y Dios hizo á la mujer.

Un proverbio antiguo reza: «No sigais á la mujer.» La glosa de este proverbio es la siguiente: Tales palabras suponen que la perversion de la mujer ha sido el origen de todos los males. Los comentarios de Tching-Kiai confirman tal esplicacion. Un pasaje de Chi-King, citado por Roselly de Lorgues, es todavía más esplicito. Nuestras desgracias no vienen del cielo; la mujer es la que nos ha convertido en esclavos. Por esta razon, en el Celeste Imperio, la mujer expia con la esclavitud moral y material á que vive sujeta, y con la deformidad de sus piés, la gran parte que ha tomado en nuestros infortunios.

El primer poeta cómico de Francia, Juan V. de Bretaña, creia que una mujer sabia ya todo lo necesario cuando acertaba á distinguir las calzas de la camisa de su marido, pensamiento de que se aprovecha, con la gracia que le distinguía, en una de sus mejores comedias.

Un distinguido publicista moderno, Severo Catalina, asegura como de paso, que la mujer no es nada, pero que puede serlo todo con la educacion, y el prologuista del curioso libro donde aparece esa idea, el egregio Campoamor, queriendo defenderla, comentó que concediéndolo todo á la educacion, se expone á colocarlas en la misma condicion en que están las monas que adiestran los piamonteses.

Desmaís pregunta: ¿Quién puede dar una definicion exacta de la mujer? Verdad es que todo habla en ella, pero es un lenguaje equívoco é incomprensible. La que parece más

indiferente es á veces la más sensible: la más indiscreta pasa por la más falsa. Siempre prevenidos contra las hembras, el amor ó el despecho dictan los juicios que emitimos los hombres respecto de ellas. Los más preclaros talentos al querer descifrar el enigma viviente llamado mujer, no hacen mas que presentar nuevos é irresolubles problemas.

Como quiera que no hay nada más atractivo que un rostro hermoso, nada debe infundirnos más sospecha, porque, cual testifica Plutarco, es un traidor que se hace temer y mirar con mucho deleite.

En opinion de Voltaire, las mujeres se parecen á las velas en que despues de girar es cuando se fijan.

Segun Belonino, la mujer es ciertamente el sér más voluble de la creacion; nunca ó casi nunca la dirige el raciocinio, y casi siempre el capricho. No se dá razon de nada de una manera lógica; rara vez procura investigar el móvil de sus actos: de suerte que cambia de ideas, impresiones y sentimientos con una rapidez inconcebible. En un mismo instante se la vé reir y llorar, colérica y risueña. Es la golondrina que hiende los aires sin saber á donde dirigir su vuelo; es el jilguero que salta continuamente de rama en rama sin objeto ni voluntad propia.

En el desvanecimiento del amor propio ha llegado el hombre hasta poner en tela de juicio la racionalidad de la mujer, como sucedió en el siglo VI en el concilio de Macon, donde más de doscientos obispos y abades disputaron «si podría ó nó ser calificada de criatura humana.»

Poco elevada, ó por mejor decir, nada elevada, era la idea que de la organizacion intelectual de la mujer, tenia aquel duque de Wutemberg que contestó á los consejos que se atrevió á darle la suya, sobre si debia ó no empenarse en una guerra con la Suavia: «señora, hemos tomado á V. para tener hijos y no para dar consejos.»

Para Mahoma la mujer no es mas que una materia de goces, un juguete para divertirse en tanto en cuanto agrade y que se rechaza despues que hastia. Bajo esta idea imaginó su paraíso y las huris que le habitaban.

El canciller Maupeon ha negado rotundamente la aptitud del bello sexo para ciertas materias, como por ejemplo,

la política, imaginando que las mujeres no entienden respecto de eso más que los gausos.

Al crear Dios á la mujer, aseveraba Simónides, solo la dió cuerpo, mas cuando intentó regalarla un alma, fabricó la de la primera hembra con una porcion de marrana, la de la segunda con una mixtura de zorra, la de la tercera con una partícula de perro, el alma de la cuarta, con un puñado de tierra, la de la quinta con la espuma del mar, la de la sexta con una oreja de asno, la de la sétima con el rabo de un gato, la de la octava con las crines de un jumento, la de la novena con una mueca de mono, y finalmente, el alma de la décima con la miel de abejas. De suerte que, entre diez mujeres sólo una es digna de atencion á los ojos del poeta.

La mujer no es tan virtuosa como el hombre, aseguraba Platón; es perversa por naturaleza, daba por cierto Hipócrates: su inclinacion debe reprimirse incesantemente, de lo contrario crece en todas direcciones como árbol torcido.

¿Por qué hablar mal de ellas? interrogaba Carcinus; ¿no basta el nombre de mujer para indicar todo lo malo?

Eurípides interpelábalas de esta suerte en pleno teatro: Vuestro génio rematadamente malo, la perversidad innata en vuestra alma, son causa del duelo en que se vé envuelta nuestra pátria. Sería de desear que la naturaleza descubriese alguna receta para perpetuar el género humano sin tener que recurrir á vosotras. Decía tambien en otra ocasion que las mujeres son las obreras y artífices de todas las maldades mas raras. No solamente la fuente del pecado y de la muerte, sino tambien la frágua de las desgracias y la aumentadora de las desdichas. Como el buey nació para el trabajo, el cuervo para volar, el lebrele para la caza y el asno para la carga, del mismo modo la mujer ha venido al mundo para hacer mal.

No faltan entre los rabinos quienes pretendan que el nombre Eva está derivado de una palabra que significa «hablar», y que á la primera mujer se le dió esta denominacion, porque poco tiempo despues de la creacion del mundo, cayeron del cielo doce cestos llenos de palabras, de los cuales ella cojió nueve, mientras su marido se apoderaba de los tres restantes.

Balsac asentó que la mujer es una variedad rara en el

género humano. Hasta los treinta años, su rostro es un libro escrito en lengua extranjera, que puede traducirse, no obstante los modismos del idioma; pero pasados los cuarenta, la mujer se convierte en un jeroglífico indescifrable, que solo es capaz de adivinar una de la misma edad.

E. de Neuville, despues de preguntar ¿qué es la mujer? la describe así: Es una criatura imperiosa en medio de su debilidad; sencilla y astuta, tímida é intrépida. Se la ha visto subyugar la fuerza con su destreza; querer á un hombre y adorar á otro al mismo tiempo; buscar al que huye de ella y huir del que la sigue; vacilar veinte veces al dia entre el deber y el amor; amalgamar del mejor modo posible las obras de Dios con las de Satanás, y reunir, en una palabra, todos los extremos, cual si cupieran en su naturaleza todas las deducciones de la locura y del sentido comun.

Patentiza un sábio religioso, que el corazon de la mujer es de cera: mujer, continúa, deriva de *mulier*, y *mulier* de *mollis*; de consiguiente la mujer no es otra cosa que arcilla de alfarero, y por lo mismo el demonio tiene constantemente la mano en la masa: por cada hechicero fabrica diez hechiceras.

En la Edad Media la mujer es adorada y despreciada á la vez. Una leyenda antigua atribúyela nueve defectos, ni más ni ménos, y todos granados: defecto de prudencia, de lealtad, de modestia, etc. Froissart ennegrece todavía la leyenda para justificar la ley sàlica «El reino de Francia es noble en demasía para caer en manos de hembra.»

Brahma, segun la ley de Manù, ha inculcado á la mujer la pasion de los adornos, de los manjares succulentos, de la pereza, de la mentira, de la perfidia, de la lujuria, etcétera. No hay vicio ni defecto, por grosero que sea, que la mujer no posea. Una mujer, añade, puede desviar al sábio mismo del camino recto; no hay virtud que resista á su poder. Tiene la boca del loto y el corazon de cortante acero; no ama á nadie sino á sí misma y para satisfacer un capricho es capaz de hacer matar á su marido, á su hijo, á su hermano...

La mujer, nota Pelletan, ha sido la inventora del mal y la que ha dado participacion en él á su compañero de existencia. Ella, bajo el nombre de Eva, cogió la manzana,

condenando de esta suerte al hombre á perpétuo trabajo; ella, adoptando el nombre de Pandora, abrió la caja del infierno y esparció por el haz de la tierra el agualdo de las enfermedades, de la guerra, de la discordia y del hambre.

Merecen trascribirse algunas de las declaraciones que contra las mujeres se leen en algunos escritores sagrados. La mujer es para San Juan Crisóstomo la puerta del diablo, el camino de la iniquidad, la herida de un escorpion, la enemiga jurada de la amistad, un peligro doméstico y nociva y dañina en todas las cosas. Para San Gregorio tiene el veneno de un áspid, la lengua de un basilisco, el artificio de un dragon y la malicia de un mundo es corta en comparacion de la suya. Y San Juan Evangelista pinta á la mujer sentada sobre una bestia de siete cabezas, con una copa en la mano llena de inmundicias, de las cuales hace beber á todos los pecadores del universo.

Alonso Martinez de Toledo, en la obra que escribió con el título de *Reprobacion del amor mundano*, pinta el carácter de la mujer con tintas negras y repugnantes, asegurando de ellas que «son peores que diablos», y sacando á plaza circunstancias que no pudo hallar en el comercio ordinario del mundo y que debió conocer mediante el confesonario. Este libro de gran interés en tiempo del Arcipreste de Talavera, oscureció el brillo de los que se habian publicado en opuesto sentido, como el *Triunpho de las Donas* y el de *Las virtuosas mujeres*.

Algunos escritores han puesto tan abajo el entendimiento de la mujer, que casi le dejan en puro instinto. Tales son los que creen que á lo más que puede subir la capacidad de ellas es á gobernar un gallinero, ó que la que más sabe, sabe ordenar una arca de ropa blanca, pensamiento de cierto prelado que copió Francisco Manuel en su *Carta y guia de casados*.

El padre fray Juan de la Cerda (*Vida política de todos los estados de mujeres*), afirma: «para que la doncella no sea salidera, ni ventanera y no traiga los ojos estrelleros, qué mejor remedio que castigarla, más no en la cabeza, sino en las espaldas con alguna verdasca, porque dice Salomon que la vara es medicina de la locura de las niñas?»

Viendo Amalarico, doctor parisiense del siglo XII, ciego secuaz de Aristóteles, que este, no en una parte sola de sus obras, dá á entender que la hembra es animal defectuoso y su generacion accidental y fuera del instinto de la naturaleza, de aquí infirió que no habia mujeres en el estado de inocencia.

Del mismo error físico, que condena á la mujer por animal imperfecto, nació otro error teológico, impugnado por San Agustin, cuyos autores suponian que en la resurreccion universal esta obra imperfecta se ha de perfeccionar, pasando todas las mujeres al sexo varonil: como que la gracia concluirá entonces la obra que dejó solo empezada la naturaleza.

El Arcipreste de Nita, ese gran pintor del cuadro social de la vida del siglo XIV, que supo estampar en sus creaciones el sello de su carácter y de su fácil, satírico y libre ingenio en aquella época de ignorancia y devocion, dejó escrito para contentamiento de los vilipendiadores del sexo bello, que

Toda muger nacida es fecha de tal masa,
Lo que mas le defienden, aquello antepasa.
Aquello la enciende, aquello la traspasa;
Do non es tan seguida, anda floxa et lasa;

.

Muy blanda es el agua, mas dando en piedra muy dura,
Muchas vegadas dando, fase grant cavadura:
Por grant uso el rudo sabe grant lectura,
Muger mucho seguida, olvida la cordura.

.

Desdeque una vez pierde vergüenza la muger,
Mas diabluras face de cuantas ome quier.

Talante de mugeres quien lo podria entender
Sus malas maestrias e su mucho mal saber!
Quando son encendidas et mal quieren fazer,
Alma, e cuerpo, e fama, todo lo dexan perder.

Uno de los poetas granadinos de mas buen gusto literario, entre los que florecieron en el siglo XVI, el Licenciado Gregorio Morillo, que fué dado á componer sátiras, á lo que

le inclinaba su carácter independiente y observador, y tambien su vivo y agudo ingénio, escribió una contra las mujeres, que puede competir ventajosamente con las que gozan de mayor crédito en la lengua castellana. Véase, para muestra, cómo desahoga Morillo su bilis contra ellas:

Solian ser como negros las mujeres:
 Dejábanse engañar con una cinta,
 Ya quieren cascabeles y alfileres.
 Ya no vale la presa sin la pinta,
 Que la codicia todo lo atropella,
 Y solo es el dinero esencia quinta.

El vate catalan Mosen Pere Torrella, que cultivó tambien con aprovechamiento la lengua de Castilla en la corte de Alfonso de Aragon, comienza así su famosa incisiva filípica que tituló *Dezir de la condicion de las donas*:

Quien bien amando persigue
 dona, á sí mesmo destruye:
 que siguen á quien las fuye,
 é fuyen á quien las sigue.

Non queren, por ser queridas
 ni galardonan serviçios;
 mas todas desconocidas,
 por sola tema regidas,
 reparten sus beneficios.

Motejándolas de antojadizas, avarientas, disimuladas y aún hipócritas; asegurando que son de naturaleza de lobas en el escojer, en el retener de anguilas, y en el rechazar de erizos; observando que apetecen en secreto lo que en público menosprecian, lanza contra ellas la acusacion siguiente:

Por non ser poco estimadas
 de quien mucho las estima,
 haciendo d' onestat rima,
 fingen de muchos guardadas.
 Mas con quien las tracta en son
 de sentir lo que mereçen,
 sin detener galardón,
 la persona é coraçon
 abandonadas ofresçen.

También Cristóbal de Castillejo, poeta muy semejante al festivo hijo de las musas italianas Pedro Aretino, en un *Diálogo que habla de las condiciones de las mujeres* describió, entre otras cosas, con satírico pincel el fuego oculto que ardía en los conventos de monjas de su siglo, retraídas por los engaños del mundo, pero combatidas de la agradable memoria de sus deleites, en cuya extensa composición abunda una gracia y un donaire inimitables, y es menester confesar que ninguno hasta su tiempo poseyó en el grado que Castillejo el arte de hacer ridículo el vicio. Son interlocutores del referido *Diálogo*, Aletio, «que dice mal de mujeres, y Fileno, que las defiende.» Transcribiremos algunos de los fragmentos que nos han parecido más notables.

Aletio.

Mas decidme vos agora,
¿En qué fundáis vuestra gloria?

Fileno.

En el amor y memoria
De mi amiga y señora.

Aletio.

Ceguedad.
Ya que eso fuese verdad,
Locura sería dañosa
Fundar el placer en cosa
En que no hay seguridad.

Fileno.

¿Cómo nó?

Aletio.

Porque luego que crió
Dios la primera mujer,
Por su culpa aquel placer
Ya veis cuán poco duró.

Fileno.

Fué engañada.

Aletio.

Es verdad, mas no forzada,
Y ella se dejó engañar;

Fileno.

La serpiente
Con astucia diligente
La hizo ser pecadora.

Aletio.

Ella fuè consentidora,
Y cobró súbitamente
Mal sinistro
Para mal y daño nuestro;
Y pues fraude entre ellos hubo,
¿Qué se espera de quien tuvo
Al diablo por maestro?

Fileno.

Si él callara,
Ella nunca le buscara.

Aletio.

Puede ser; mas si él no viera
Primero quien ella era,
Por dicha no la tentara
Para mal;
Y pues era el principal
Adan en aquel vergel,
¿Por qué no le tentó à él?
Sino por verle leal
Y constante,

.
.

Fileno.

¿Qué os parece que valdria
El hombre sin la mujer?

Aletio.

Lo que deja de valer
Por su mala compañía.

Fileno.

Pues ¿qué fuera
Del hombre si no tuviera
Mujer con quien entenderse?

Aletio.

Si eso pudiera hacerse,
Mucho mejor se entendiera.

Fileno.

Mal quedara
Si Dios de ella le privara.

Aletio.

Si fuera servido de ello,
Muy bien pudiera hacello,
Y á todo el mundo librara
De pendencia.

Fileno.

Pues si Dios con su sapiencia
Las mujeres ordenó,
No sin causa nos las dió.

Aletio.

Diónosla por penitencia,
Y pudiera
No criarlas, si quisiera,
Y ¡ojalá no las criara,
Y á nosotros nos formara
Da otra materia cualquiera!

Fileno.

Sin mujeres
Careciera de placeres
Este mundo, y de alegría,
Y fuera como sería
La féria sin mercaderes.
Desabrida
Fuera sin ellas la vida,
Un pueblo de confusion,
Un cuerpo sin corazon,
Un alma que anda perdida
Por el viento;
Razon sin entendimiento,
Árbol sin fruto ni flor,

.
.

Aletio.

Bien está;
No habéis mas de eso ya;
Que yo os quiero conceder
Que las hemos menester,
Como otras cosas, acá,
De que usamos:
Bestias en que caminamos,
Animales que comemos,
Alhajas que poseemos
Y casas en que moramos.
Cada cosa
Es mas y menos preciosa,
Segun en su calidad,
Y en nuestra necesidad
Nos puede ser provechosa;
Y en su ser
Tambien tiene la mujer
Lo que todos saben de ella;
Mas no para encarecella
Como vos quereis hacer;
Que loada,
Luego queda levantada,
Cobrando nueva locura,
Y sale del andadura,
En medio de la jornada,
Y tropieza.
En fin, es tan mala pieza
De la haz y del envés,
Que si la echais á los piés,
Se nos sube á la cabeza.
Es razon
Que sirvan de lo que son,
Como caballos de caza
Ó como yeguas de raza,
Para la generacion.

Entre las obras de Fray Íñigo Lopez de Mendoza, cultivador de la poesía que floreció en el reinado de los Reyes Católicos, merece citarse en este lugar el *Dictado en vituperio de las malas mujeres y alabanza de las buenas*. Como se infiere por la sola lectura del título, consta de dos partes: en la primera, pinta en forma de sátira, frecuentemente con notable gracejo, las malas condiciones de ciertas mujeres que inspiradas por los vicios, la vanidad ó la soberbia, suelen ser perdición del hombre, causa perenne de escándalo, y á veces perturbaciones sociales. Dando á conocer sus afeites, exclama:

Son aquestos el mochuero
que con los ojos convida
á los tordos que los tomen:
Son el cebo del anzuelo
que face costar la vida
á los peçes que lo comen:
son secreta saetera,
dó nos tira Lucifer
con yerba, por nos matar:
son carne puesta en buytrera,
que quien la viene á comer,
escota bien el yantar.

En *Las cortes de la muerte*, auto comenzado por Miguel de Caravajal, concluido por Luis Hurtado de Toledo é impreso en esta ciudad el año de 1557, cuyo pensamiento viene á ser una reproduccion en forma escénica de la célebre *Danza de la muerte*, uno de los personajes, que es Demócrito, dice:

Ríome de muchas cosas
Que te podrán dar placeres,
Mas las que son mas sabrosas,
Mas risueñas, mas gustosas
Son las cosas de mujeres.
Que destas yo te prometo
Que hay tanto de qué reir,
Que á no les tener respecto
Por serles algo sujeto,
Tuviera bien que decir.

Y le contesta *La muerte*:

Todavía te darán
Licencia para decir
Algun poco, si querran.

Demócrito replica entonces,

Pues si aquesa ellas me dan,
Algo diré y sin mentir.
Muerte, ¿no quíes que me ria,
Que en nasciendo la mozuela,
Nace con más fantasía
Y con mas filosofía
Que se tracta en nuestra escuela?
Y antes que la edad madura
Ha llegado, ni comienza,
¿Quién te dirá su locura
Y aquella desenvoltura
Que ya tiene, y desvergüenza?
Quién dejará de reir
Las mentiras, las cobdicias
Y ensayos de su vivir?
Quién ha de poder sufrir
Sus embustes y malicias?

Y aquí damos remate á la trascripcion de apuntes en contra de las hijas de Eva, no formulando opinion propia sobre tan vidrioso asunto, temiendo que caiga sobre nosotros el anatema... poético de Suero de Rivera, coetáneo de Mosen Pere y autor de la *Respuesta en defensa de las donas*, que empieza:

Pestilencia por las lenguas
que fablan mal de las donas.

ANTONIO M. DUIMOVICH.

LA MAYA (1).

¡Singular tenacidad la de las ideas religiosas!

Cambian las ideas y se conserva el símbolo; arrójase el ídolo de la conciencia y del altar, y el pueblo continúa reuniéndose como antes en los lugares que dejó desiertos; pasan las generaciones... gentes de diversa procedencia sustituyen á las antiguas, y en los mismos tiempos celebran idénticas ceremonias. Nadie conoce ya su sentido; todos ignoran su origen; mas ¿qué importa? Tratad de suprimirlas; las personas cultas se disgustan, la plebe murmura y se subleva. Apelad á lo mas íntimo del espíritu; mostrad la abominación que encierran, y la más tímida doncella y el niño más inocente, y el fanático más preocupado, desafiarán vuestras censuras y vuestra excomunión.

Las religiones positivas se han trasmitido sucesivamente sus templos, sus fiestas y sus ritos.

El robledal, á que, en el majestuoso silencio de la noche y á la pálida claridad de la luna que dificultosamente penetraba por entre las entrelazadas ramas, acudia el druí-

(1) Tenemos el mayor gusto en transcribir este curioso trabajo, debido á la pluma de nuestro paisano el docto catedrático de la Universidad de Sevilla D. Federico de Castro y Fernandez, por retratarse en él ciertas costumbres populares de la estacion presente.

da con la hoz de oro para recoger el sagrado *muérdago*, que, cuando todo en el bosque muere, mudamente enseña con sus azules abundantes hojas como de la muerte nace la vida, se trasforma en el *lucus* romano consagrado á los dioses de la Naturaleza, que en templos, maravillas del arte, reciben á la luz del brillante sol de Mediodía, entre los cantos de numeroso coro, el humo que despiden la grasa de sacrificadas víctimas, mezclado con el de oloroso incienso. Más tarde, el bosque abandonado será tal vez escondida mansión de piadosos anacoretas que se retiran á su soledad huyendo de los halagos de la comodidad y de las seducciones de la carne, y acaso, atrayendo su fama en derredor de las gentes, convertirá su retiro en tosca aldea que, andando los días, llegará á ser ciudad populosa, y la pobre ermita magnífica catedral, digna de la piedad y la riqueza de la «ciudad de los obispos.» Columnas arrancadas de millares de paganos santuarios sostendrán la techumbre de la mezquita, orgullo de la sultana de las ciudades de Occidente que al fin romperá sus graciosos arcos para levantar sobre ellos las agudas ojivas de gótica catedral. Y el *menhir* céltico recibirá, al cabo de siglos, entre sus mal labradas aristas, la cruz cristiana, y las fiestas celebradas en honor de Saturno servirán para conmemorar el nacimiento de Jesús...

Siempre la misma ley: mas ¡cuánta diferencia en estos cambios! Roma lleva un mismo principio á los cielos y á la tierra: el derecho. Los númenes, ántes enemigos, se reúnen gerárquicamente en el panteon, como los pueblos en el foro. La fórmula de dedición comprende igualmente á los dioses y á los hombres. Pero si Roma condiciona, no crea; obliga á todos, dioses y hombres, á mantenerse en paz; pero no logra fundar ni una religion, ni un pueblo. El panteísmo indio, el naturalismo asirio, el sincretismo persa, el antropomorfismo griego, la firme creencia en la inmortalidad de los pueblos célticos, y hasta el monoteísmo hebreico y la misteriosa religion de los egipcios, todo lo junta sin confundirlo, pero tambien sin aunarlo; y si á un tiempo Dios es adorado en todos los ideales que la antigüedad concibe, éstos son de tal manera fragmentarios, que bien pudo decir un apologista cristiano, que «á todo se adoraba menos á Dios mismo.» Nada tiene, pues, de extraño que los anti-

guos cultos subsistieran en el mundo romano; si en sus postrimerías, Roma se hace cruel y perseguidora, es porque la nueva religion, no tolerando las antiguas, amenazaba destruir su obra.

El cristianismo, por el contrario, trae consigo un renacimiento y una renovacion universal. Destinado á espiritualizar el mundo, no puede transigir con el sentido naturalista de la antigüedad clásica. Mas como unas mismas cosas se dán, aunque de distinto modo, en la naturaleza y en el espíritu, donde no puede romperla, conserva la tradicion transformándola.

Uno de los ejemplos más bellos de este género de transformaciones nos recuerda el encabezamiento de este artículo.

Griegos y romanos santificaban el principio fecundador de la naturaleza en la primavera, celebrando alegres y magníficas fiestas en honor de Maya ó Flora. Tambien solian representarlo mediante el *mayo* vestido de hojas, costumbre que, como de la que vamos á ocuparnos, se conserva todavía en algunas provincias de España. El cristianismo no podia divinizar la naturaleza, pero ¿cómo destruir en un momento prácticas seculares? Al frondoso tronco del mayo se sustituyó el seco y desnudo árbol de la cruz, á la regeneracion anual de la vida en la naturaleza la regeneracion moral del espíritu, mediante el sacrificio cruento del Hombre-Dios. ¡Admirable y probablemente no pensada oportunidad del pensamiento religioso! Una misma idea, aunque referida á distintos órdenes de la vida, santificada en los mismos dias, y hasta con símbolos semejantes; una misma esperanza expresada con las mismas flores y parecidos cánticos!

Mas el primer sentido no fué por esto completamente abandonado por el pueblo. Pudiera en verdad causar maravilla que, en la más católica de las naciones latinas, despues de diez y nueve siglos de Cristianismo, y apesar de la oposicion inteligente de la Iglesia, subsista todavía una festividad pagana, en la que se conservan el nombre de la diosa, y casi casi los antiguos ritos. Y, sin embargo, es un hecho fácil de comprobar. Cualquiera que, en la tarde del primer dia de Mayo, transite por las calles de la ciudad de Almería, donde tuvimos la dicha de nacer, muy luego tropezará en esquinas ó portales con improvisados templos. Allí, sobre un altar cu-

bierta de damasco ó de otras vistosas telas, una hermosa niña, elegantemente vestida, cubierta y circundada de aromosas flores, escucha los cantos que coros de doncellas, asimismo de elegantes guirnaldas coronadas, con las manos entrelazadas formando un gracioso círculo, entonan en su derredor con paradas que asemejan à la estrofa, anti-estrofa y épodon de las odas griegas... Más lejos otras, con pintadas bandejas ó platos cubiertos con ojas de rosas, persiguen á los transeuntes con esta perpétua y sacramental cantinela:

«Un cuartito para la Maya,
Que no tiene manto ni saya.»

Rara vez, sin embargo, se encuentra doncella crecidita que quiera hacer el pápel de la diosa; es axioma constante, por mas que los hechos no vengan siempre en su abono, que la que cae en tamaña tentacion tendrá que renunciar á los goces del matrimonio y de la familia.

Dos dias despues cambia la escena, y las sacerdotisas de Flora se convierten en adoradoras de Jesús. Engalánase el Sagrado Madero; cúbrense las mismas paredes de los portales de telas, espejos y hojas. Las mismas flores, los mismos cantos, las mismas bandejas y parecida demanda, solo que entonces se demanda para la Cruz.

¿No es ciertamente notable esta persistencia del rito pagano al lado del cristiano? ¿No es una de esas costumbres populares dignas de fijar el ojo profundo del filósofo y del historiador?

FEDERICO DE CASTRO.

À LOS PADRES EN EL CUMPLEAÑOS DE LA HIJA.

Hoy cumple siete años,
la edad en que los ángeles
á las puertas del mundo
comienzan á asomarse.
Sembradle de venturas
la senda que se abre
à sus tranquilos ojos,
mostrándosela fácil,
y cubridla de flores
de un perfume suave,
para que no perciba
abismos que la espanten.
Tras antifáz alegre
el mundo presentadle;
callad, y que no escuche
rumores que le hablen
de penas, de suspiros,
de llantos, de desastres,
y en la apacible risa
de sus amantes padres
encuentre lo que deja
de dichas celestiales.
Hoy cumple siete años,
se desvanece el ángel,
y es pájaro que mide

con ansiedad los aires,
viendo si las alitas
que tembloroso bate
le serán suficientes
ó no, para arrojarle
á cruzar los espacios
que á su inquietud se abren.
Sostenedle en su vuelo
solícitos y amantes,
pintadle de colores
los cèlicos paisajes,
y sobre vuestras alas
cuidadosos llevadle
muy alto, sí, muy alto,
para que no se halle
de pronto en una atmósfera
de humanas tempestades.

Hoy cumple siete años;
quiera el cielo que nadie
en su semblante vea,
cuando otros muchos pasen,
la sombra que proyectan
del alma los celages.
Su corazon purísimo
sea prado inagotable
de flores, y entre ellas
nunca el pesar arraigue.
Por cielos sonrosados
sus ojos se dilaten,
por sendas placenteras
su pié seguro pase,
y cuando vuestras almas
venturosas gozándose
respondan á la dicha
que de su esencia mane,
podais ver siempre en ella
un pájaro ó un ángel.

ANTONIO RUBIO

ORIGEN DEL HOMBRE.

(CONCLUSION.)

En su notabilísima obra sobre el origen del hombre, hace Darwin esplicacion de estos principios, contestando así á los que tachaban de falta de lógica un silencio sobre aquél, pudiendo considerarse su curiosísimo trabajo sobre la espresion de las emociones en el hombre y los animales, como el complemento de su obra sobre el origen del humano, en la cual aduce con la agacidad característica y su acostumbrada riqueza de ejemplos, nuevas pruebas de la unidad de origen orgánico encontrando los orígenes de multitud de gestos y expresiones inesplicados hasta ahora y conocidos con el nombre de estos instintivos.

La aparicion de las obras de Darwin hará época, en los anales de la historia de la humanidad; forman un cuerpo de doctrina al rededor de la cual se agrupan dándole comprobacion brillante, los estudios embriológicos de que luego nos ocuparemos, los estudios filosóficos, y los descubrimientos prehistóricos, nuevos horizontes abiertos por estas modernas concepciones al saber y cuyos resultados aumentan cada dia la gloria del ilustre pensador de Darwin el ilustre Darwin, autor de obras que aunque pudieran resul-

tar falsas, no por eso dejarían de constituir un esfuerzo gigantesco de la inteligencia humana.

Sentados los anteriores precedentes, con la brevedad necesaria á las cortas dimensiones de esta memoria y conveniente á vuestra paciencia, pasemos al punto principal de nuestro cometido.

¿El hombre, es por ventura, barro animado por el soplo del creador, ó acaso el último y más brillante eslabon de esa cadena orgánica que se desarrolla á impulsos de la ley admirable de la evolucion?

Para nuestro modo de ver, el hombre, mal llamado rey de la creacion, con más propiedad rey señor de la tierra, es la forma más superior y acabada, la última y más floreciente rama de la vida orgánica, cuyas raíces, hoy por hoy, se encuentran en los gneís del período laurentiano.

El origen del hombre, cuestion principalísima por lo directamente que nos afecta, es prescindiendo de esa consideracion personal, un caso particular, un corolario del origen de las especies humanas. Su parentesco orgánico, su comunidad de órganos y funciones, lo hacen entrar en la clasificacion de los demás seres. La conocida definicion de hombre animal-racional, no hay quien la ponga en duda.

Sus facultades mentales, han servido de base para querer disminuir el parentesco que las formas acusaban; pero señores, esa opinion carece hoy de fuerza; las diferencias intelectuales entre los animales, son reconocidas por diferencia de grado, de cantidad tan solo. Si esta tésis se encuentra confirmada y demostrada en la historia del hombre, señores, os vereis obligados, los que todavía duden, á resignarse; porque la razon, la verdad, sabido es que se impone, que á su tiranía no hay quien resista. En algun tiempo por la falta de datos que esta teoria podia presentar, sus defensores se esforzaban; hoy, señores, se limitan á exponer, á presentar; la opinion no la solicitan, la esperan.

La historia del desarrollo de los organismos se divide en dos ramas íntimamente unidas; la ontogenia ó historia del desarrollo de los individuos á la filogenia ó historia del desarrollo de las especies ó grupos.

La ontogenia ó historia del individuo es una recapitulacion breve y rápida de la filogenia y resulta de las fun-

ciones fisiológicas de la herencia y de la adaptacion, de suerte que si queremos conocer à grandes rasgos la historia de un organismo cualquiera, bastará examinar con cuidado el desarrollo de un individuo cualquiera desde su origen hasta su muerte.

Esta ley sencilla, cuyo fundamento queda bien explicado por la herencia, queda completada con esta obra: Dos séres orgánicos cualesquiera serán tanto más próximos, tanto más parientes, cuanto más tarden en aparecer las diferencias en su desarrollo. Estas dos leyes son las que han de explicarnos las variadas fases del desarrollo humano.

Todo hombre tiene su origen en un huevo, que es una célula completamente semejante al de un animal y al de una planta, y este huevo dentro del ovario femenino sigue una marcha igual à la que siguen los embriones de las demás especies animales. Al cabo de un cierto tiempo el huevo humano se transforma en un cuerpo anatómico igual al de los peces, más tarde al de los anfibios, luego al de los reptiles, pasa despues, por la forma de los marsupiales, sigue luego una forma parecida al mono y últimamente toma la forma humana y nace con ella. La evolucion no termina aquí sin embargo, sigue al hombre durante su desarrollo. Entre el niño de instintos crueles inconscientes y el hombre humanizado por la educacion y la cultura, hay una série de cambios graduales, resultando à mi juicio de la lucha constante entre la herencia y la adaptacion al espíritu civilizado de la época. Estas transiciones ó cambios que en la autogenia del hombre se observan desde niño à hombre, las vemos reproducirse en filogenia humana si empezamos un estudio en las tribus salvajes y nos elevamos poco à poco por civilizaciones progresivas hasta llegar à los pueblos mas cultos de Europa.

El principio fundamental que desde hace cuarenta años sirve de base al estudio de la botánica y de la zoología, descansa en la teoría celular, segun la cual, las células, base de todos los tegidos, de todos los organismos, lo mismo en las flores que en el hombre son consideradas como unidades vivientes que forman; un sér, organismo completo en los animales unicelulares y otras veces por la reunion ó yuxtaposicion de vários organismos policelulares, que es el

caso de la mayor parte de los animales y las plantas, sin dejar por eso de tener siempre su origen en una sola célula.

La célula es un corpúsculo semi fluido ó semi-líquido químicamente constituido por una sustancia albuminosa (C. N. H.) compuesta de dos partes, un núcleo celular esferoidal sólido y otra parte que rodea à este llamada protoplasma, compuesto orgánico que encierra carbono è hidrógeno. Estas células se nutren, comen por mas que carecen de boca y estómago, se reproducen sin tener órganos sexuales, se mueven y ejecutan actos reflejos, puesto que bajo la influencia de sustancias escitantes producen movimientos. En una palabra la célula es un sér.

El huevo humano en su origen es como se ha dicho una célula de pequeñez tal que son necesarios 5.000 para sumar un milímetro, está provisto de su protoplasma y de su núcleo central con una mancha germinativa. Los mejores microscópios no acusan ninguna diferencia entre el huevo humano y el huevo de otro animal cualquiera, el perro ó el mono. por mas que si se advierten diferencias entre el mismo y el de las aves y otros vertebrados.

Aplicando la ley biogenética fundamental podemos deducir que la constitucion unicelular en el origen del hombre y en el de los demás animales prueban su comun origen en un organismo primitivo unicelular, análogo ó igual á los que hoy viven y se conocen con el nombre de amibas (animales compuestos de una sola célula) séres sencillos, habitantes de las aguas dulces, células que viven, se nutren y se reproducen.

La fecundacion del huevo humano tiene lugar de la misma manera que en los demás animales superiores y se produce en el contacto de las células espermáticas, células ordinarias provistas de apéndices vibrátiles que les ha valido hasta hace poco el nombre de animales espermáticos ó espermatozvos. Esta fusion de las dos células macho y hembra producen la desaparicion del núcleo interior del huevo primitivo, formando entonces una masa blanda albuminosa cuyo representante actual es la mone-ra animal microscópico formado por una masa gelatinosa sin órganos que se mueve, se nutre y se reproduce por seg-

mentacion, es decir, que la monera madre al cabo de cierto tiempo de crecimiento se divide, deja de desprender trozos de su misma sustancia que constituyen nuevas moneras, nuevos séres.

Poco tiempo despues el huevo humano vuelve á tomar la forma que antes de la segmentacion tenia vuelve aparecer su núcleo interior rodeado de su masa protoplásmica pero con propiedades diferentes, este por segmentacion reiterada dá lugar á la formacion de un gran número de células que por su semejanza con la mora le ha valido el nombre de morula. Esta contiene un hueco pequeño lleno de un líquido claro llamado vesícula blastodèrmica en cuyo núcleo ó área germinativa se verifica un trabajo de diferenciacion del cual resultan dos hojas compuestas de células, hojas de la mayor importancia, puesto que de la exterior llamada hoja de la vida animal nacerán siguiendo el proceso orgánico, la piel con todos sus accesorios, pelos, uñas, etc., los músculos y el esqueleto oseo, mientras que de la segunda ó sea hoja sensitiva toman origen el canal intestinal, el corazon, los órganos sexuales, etc., etc.

Aplicando Haeckel su segunda ley encuentra como representantes actuales de este periodo embrionario la gástrula ó gusano intestinal formado por dos capas celulares esféricas y concéntricas, la interior encargada de las funciones de nutricion y la exterior de los fenómenos de relacion.

Inútil es para nuestro objeto seguir paso á paso la subdivision de estas hojas en otras, como estas arrollándose en tubos dan origen á todos los órganos del cuerpo humano.

A los veinte dias el embrion humano de una longitud de 0m, 005 deja percibir mirándolo de costado la curvatura característica de la espalda, el ensanchamiento de la estrechidad cefálica que ha de ser más tarde el cerebro y los rudimentos de los apéndices branquiformes. En este estado no existe ninguna diferencia entre él y los embriones de los demás mamíferos.

A los treinta dias el embrion alcanza la longitud de un centimetro, en esta época se distinguen con gran claridad la cabeza y las cinco ampollas cerebrales, los rudimentos de los ojos y del oido, debajo de la cabeza los arcos y hendiduras bronquiales, la parte posterior del embrion, está fuerte-

mente encorbada y termina en una cola doble de la longitud de los miembros posteriores. En el interior el canal intestinal comienza á formarse, el orificio buscal y el anal existen yá, pero el primero se confunde todavía con el orificio nasal, el corazon está provisto de cuatro divisiones, los pulmones rudimentarios y los riñones ocupan entonces gran parte de la cavidad viseral. Como se vé al fin de este período todas las principales partes, del cuerpo estan ya dibujadas y sin embargo todavía no se descubre diferencia esencial entre este embrion y el del perro ó el del conejo todos tienen igual forma, y si alguna diferencia existe, es tan solo de detalle ya mayor ó menor longitud de la cola, mayor ó menor volumen de la cavidad encefálica, etc.

No sucede lo mismo al segundo mes de la evolucion embrional. Entónces empiezan á acusarse pequeñas diferencias que permiten distinguir el embrion humano del embrion del perro y los demás mamíferos, el volumen de las divisiones cerebrales aumenta, la cola es entonces más corta, pero en esta época todavía no es posible distinguirlo de mamíferos próximos al hombre como el mono. Mucho más tarde es cuando aparecen estos rasgos diferenciales, del sexto al noveno mes, y sobre todo en el momento de nacer, entonces á simple vista en la conformacion de la cara y en el atrofiamiento de la cola que queda reducida á cuatro vértebras rudimentarias es cuando se aprecia y aparece el carácter humano perfectamente definido.

Durante los últimos meses el embrion humano se halla revestido de pelos ó vello que le cubren por completo exceptuando la cara y las palmas de los pies y de las manos; como legado de formas próximas se halla dispuesto afectando la misma disposicion y direcciones que en ellos se observa. Esta cubierta desaparece al nacer casi por completo.

La ontogenia al mostrar la identidad de las fases embriogénicas del hombre y los demás animales, confirmada por los estudios anatómicos que no señalan diferencia orgánica especial característica, prueba claramente la identidad ó comunidad del hombre y los demás animales desde el punto de vista de origen ó descendencia.

Notable coincidencia y lógica justificacion de las leyes anteriormente citadas, encuentra el paleontólogo cuando

examina el órden de aparicion de los séres orgánicos, en nuestro planeta.

La misma ley de perfeccion, de evolucion, que el embrión recorre dentro del seno de su madre, rige el mundo orgánico desde el origen de la vida en nuestro globo. Desde el Eozoon Canadense hasta el hombre, los grupos animales se perfeccionan sin cesar y transforman tanto más rapidamente cuanto su organizacion es más perfecta.

Despues de organismos sencillísimos habitando los mares antiguos, desconocidos muchos de ellos en razon de su blanda constitucion que no les permitió fosilizarse, aparecen los moluscos y crustáceos, siguen despues los peces de esqueletos cartilaginoso y más tarde se desarrollan los peces de esqueleto oseo. Los reptiles de vida completamente acuática se presentan en épocas posteriores; siguiendo la ley de evolucion sus aletas natatorias se transforman en piés palmeados y ya les es permitido pisar la tierra firme sin abandonar por completo su primer elemento, el mar. No termina aquí su evolucion orgánica, sus piés palmeados se cubren de alas membranosas, análogas á las del murciélago, que les permiten lanzarse á los aires; alas formadas de verdaderas plumas aseguran despues á los reptiles el dominio de los aires por largo tiempo ¡Notable ejemplo de adaptacion, de sorprendentes cambios en la vida de un sér debidos á variaciones de detalle, á transformaciones bien pequeñas en su conformacion orgánica!

Las aves aparecen despues y antes que estas los primeros mamíferos, los Didelfos origen de los vivíparos nuevo é incontestable progreso. Los verdaderos mamíferos vienen despues, caracterizan la época terciaria y dentro de ella se perfeccionan incesantemente hasta la aparicion del hombre, el más perfecto de todos como si viniera en cierto modo á coronar la obra de la creacion

Si los resultados de la teoría transformista de la anatomía comparado y de la embriogenia no son falsos, los datos que á su vez nos suministre la historia del hombre, deben de estar completamente de acuerdo con ellos. Si el hombre debe su origen á lentas transformaciones verificadas en grandes espacios de tiempo de otras especies animales, deben en su principio, cuando su trabajo de diferenciacion era

pequeño, aparecer indudablemente muy poco desarrollados los caracteres que actualmente le separan mas de sus antecesores á la vez que deben encontrarse semejanzas muy notables en su conformacion orgánica, en su vida, en sus usos y costumbres, etc.

Como veremos en lo que sigue los resultados de la prehistoria confirman en efecto nuestro modo de ver, presentándonos los primeros hombres como seres inferiores, viviendo en un completo estado de miseria y de barbarie.

Hace veinte años eran ignoradas las gravísimas cuestiones que los descubrimientos prehistóricos han planteado; la antigüedad del hombre destruida ya la leyenda bíblica, databa del período cuaternario, cuya duracion exacta, si bien todavía no se ha fijado, no hay nadie, sin embargo, que dude de su inmensa duracion contada por millares de años y aun de siglos. Mr. Desnoyers pretendió demostrar la existencia del hombre en la época terciaria por el hallazgo de sílex (pedernales,) groseramente tallados. Como toda afirmacion atrevida sino fué negada en absoluto tampoco fué acogida con entusiasmo, que no cuadra al método científico dejarse guiar por la precipitacion en sus juicios. Nuevos documentos presentados por el abate Bourgeois y por otros observadores, parecen poner fuera de duda la presencia de restos y huellas de trabajos ejecutados en pedernales durante el período terciario.

Una cuestion gravísima se presenta ahora á nuestra consideracion; encontrados restos y huellas del trabajo humano en los estratos miocenos, la antigüedad del hombre crece en un espacio de tiempo inmensamente mayor, desde esa época, todas las especies de mamíferos han desaparecido, no se encuentra una especie igual á ninguna de las actuales, todas las especies animales y vegetales se han modificado, la série de mamíferos se ha renovado completamente lo menos tres veces ¿Es posible que en medio de tantos cambios, de tan completas transformaciones, el hombre solo haya podido quedar inmóvil? Sería suposicion atrevida, sobre todo si se reflexiona que los cambios orgánicos son tanto más rápidos cuanto la organizacion más complicada. Suponer que dichos restos han sido trabajados por hombres tal como hoy los conocemos seria faltar á las leyes fundamentales del desarrollo

de los séres acusados por los estudios paleontológicos. De ahí que Mr. Mortillet haya atribuido el trabajo de esos sílex á un precursor del hombre el *Dryopithecus*, algunas de cuyas especies segun Schleider y M. Hovelacke en circunstancias especiales y por vía de imitacion adquiriendo lentamente el language articulado han dado origen á la especie humana mientras que otras menos favorecidas siguiendo por el contrario una marcha decadente han dado lugar á las cuatro especies de monos antropomorfos.

En la época cuaternaria, los descubrimientos diarios en todo el mundo, en armas, herramientas, utensilios, adornos, monumentos, etc., nos muestran con perfecta claridad el proyecto lento del hombre.

Dedicado por completo en sus primeros tiempos á la lucha con los demás animales para asegurar su existencia, modifica, corrige sus armas y crea otras nuevas. Desde el sílex groseramente tallado con ayuda del fuego hasta la hacha pulimentada, aparecen numerosas formas intermedias cada vez más perfectas, dentro de cada herramienta diversidad de tamaños segun el uso; groseros cuchillos de piedra, sierras de la misma sustancia, puntas de flecha, van poco á poco aumentando sus medios de trabajo y el capital social; el empleo del hueso posteriormente abre nuevos horizontes al hombre antiguo, punzones, cuchillos, agujas en hueso le permiten preparar y coser las pieles de los animales para cubrir su cuerpo, aparatos de pesca, groseros anzuelos y toscas piraguas hechas de troncos de árboles le permiten estender su dominio á los mares, la piedra pulimentada el uso del fuego, la alfarería tosca, las herramientas de cobre y bronce despues marcan nuevas épocas de civilizacion, los rudimentos del arte pictórico aparecen en bosquejos informes representando animales hoy desconocidos, pero idénticos á los que la Paleontología comparada habia dibujado; toscos instrumentos de música, anillos, collares, bastones de mando y otros objetos de lujo muestran el gusto hoy instintivo del hombre para el adorno y las artes; ideas religiosas y de orden elevado traducidas en monumentos y enterramientos toscos y grandiosos, aparecen como nuevos testimonios de la ley de evolucion y nos hacen considerar nuestra brillante civilizacion actual de la que nos enorgullecemos demasiado,

no como obra de nuestros tiempos, sino como el resultado de inmensas generaciones que en inmensos períodos de tiempo, han ido poco á poco acumulando sus materiales y elevando el edificio de la civilizacion y la cultura.

La primera raza humana que en el período cuaternario se extendió por Europa es la raza dolichocefala á la que pertenecen el cráneo de Canstad, el hombre de Neandhertal y la mandíbula de la Naullette cuyos restos anatómicos dan por caracteres de esta raza, un aspecto simiano verdaderamente bestial á causa de sus arcadas subciliares, sus enormes senos frontales y su casi ausencia de frente, contribuyendo especialmente á darle aquel aspecto un prognatismo pronunciado ó sea inclinacion de las mandíbulas en forma de hocico.

Pero hay más, en la dentadura humana las tres gruesas molares están colocadas de suerte que la primera es la más gruesa y la última la más pequeña, en las razas humanas inferiores son todas iguales y en los monos antropoides el orden está invertido y la última es la más gruesa. Pues bien, el estudio de los alveos de la mandíbula de la Naullette además del gran desarrollo de los caminos se encuentra la misma disposicion que en los monos antropoides. La forma elíptica de la mandíbula inferior es otro dato de gran semejanza y por último, una particularidad digna de notarse en esta mandíbula humana es la ausencia de una saliente ó sea la apofisis sobre la cual se ensartan los músculos de la lengua y como esta apofisis que existe en nosotros resulta de la gran actividad de los músculos que mueven nuestras lenguas, resulta que los hombres de esta raza no debian poseer más que un language articulado rudimentario.

Los restos humanos de esta época, no eran respetados ni guardados en enterramientos como sucede en épocas posteriores, por el contrario hállanse esparcidos y mezclados con huesos de otros animales y como ellos, intencionadamente rotos, con objeto de extraer el meollo ó tuétano, manjar predilecto de esta raza antropófaga.

Siguen á esta raza durante los diversos períodos de la época cuaternaria, otras várias que toman el nombre de las estaciones ó sitios donde se han descubierto los cráneos y restos de su industria cuyos caracteres y costumbres van

dulcificándose y elevándose sin cesar. Abandonan la vida errante de los hombres primitivos cuaternarios, la lucha con los demás seres disminuye, á la vez que perfecciona sus armas, domestica algunas especies, animales que utiliza como sustento y ayuda en la carga y en sus trabajos, abandona el aire libre su primitiva morada y se recoge en las cuevas y grutas naturales, el uso del fuego, la agricultura, la alfarería tosca, la piedra pulimentada, el uso del cobre, del bronce y del hierro son civilizaciones graduales que conducen al hombre primitivo por pasos irremisibles al hombre histórico que perfecciona poco á poco los primitivos geoglíficos y signos fonéticos en letras de nuestro alfabeto, instrumento maravilloso al cual debe el hombre su elevado rango actual en la escala de los seres.

El retrato que á grandes rasgos hemos hecho del hombre primitivo, no ha de parecer exajerado, cuando hoy mismo conocemos razas humanas sumidas en un completo estado de barbárie, cuyo lenguaje se compone de un reducido número de sonidos guturales cuya numeracion no pasa del número dos, como son los *ajetos* de Luzon, los australianos, los *dokos* y *andamnetas* que no conocen todavía el uso del fuego y devoran sus alimentos completamente crudos.

A estos representantes de la raza humana debemos acudir para comprender la naturalidad que revisten los descubrimientos prehistóricos. Claro está que comparar el cerebro ó las facultades intelectuales de un europeo con los animales superiores, es comparacion brusca en la cual se aprecian bastante poco sus semejanzas y demasiado sus diferencias; á los tipos salvajes actuales es donde debe acudirse para convencerse de que no hay diferencia esencial entre el hombre y los animales próximos de la clase de los mamíferos; entonces se vé bien que todas las facultades intelectuales de que el hombre se enorgullece con razon están en gérmen en los animales inferiores sin que haya otra diferencia que la natural en el grado de desarrollo.

Anatómicamente demostrado está ya merced á los trabajos de Geoffroy-Saint-Hilaire, del inmortal autor del Fausto, á las investigaciones de Vogt, Huxley, etc., que no existe ninguna diferencia entre la constitucion del hombre y los monos superiores, los mismos tegidos, los mismos órganos,

igual accion de los medicamentos, etc., etc. Esta cuestion que en su dia agitó á los sábios de Europa es otro brillante resultado de la escuela experimental, debate solemne principalmente sostenido por Owen y Huxley y parecido al que en otro tiempo sostuvieron Moscati y Blumenbachi. Un dia Owen pretendió por fin haber encontrado en el cerebro un órgano propio del hombre, pero desgraciadamente para el bien pronto encontró el ilustre profesor de la escuela de minas de Londres, igual prominencia en el chinupare. El resúmen de esta discusion se halla en el libro de Huxley titulado: «El lugar del hombre en la creacion» cuya conclusion es como sigue: «Sea cual fuere el sistema de órganos que se estudien, llevando la comparacion de estos sistemas hasta el de los monos, siempre nos conducen al mismo resultado, á saber: las diferencias de conformacion orgànica que separan al hombre del gorila y del chimpance son mucho menores que las que se observan entre el gorila y los monos inferiores.»

Desde el punto de vista intelectual, la especie humana actual se distingue por un desarrollo cerebral considerable, pero si aplicamos á todas las facultades intelectuales (prescindiendo de su origen orgànico) los principios de adaptacion y herencia nos encontramos que entran de lleno en las facultades intelectuales de los demás animales.

Se ha pretendido establecer diferencia y separacion completa entre el hombre y los demás séres, fundándose unas veces en que el hombre es el único que vive en familia, que conoce el matrimonio, que tiene la creencia en Dios, el único capáz de hacer abstracciones, de progresar, que tiene el sentimiento del pudor, el uso del fuego, que practica el suicidio, etc., pero todas estas diferencias no han podido resistir un exámen sério, estudiadas las costumbres de algunas tribus salvajes por un lado y por otro estudiando tambien algo más á los animales á quienes una falsa filosofia, les asignaba el papel de máquinas vivientes y les despojaba la inteligencia y la razon para atribuírselas exclusivamente al hombre.

Los estudios geográficos modernos, las relaciones nada sospechosas de los misioneros nos presentan ejemplos muy frecuentes de tribus salvajes como los «*labonks*» del Nilo quo desconocen el agradecimiento, la compasion, el amor, no tienen la menor idea del deber ni de la religion; los *im-*

frongios del África central no tienen ni sacerdotes ni religión; los *dokos* de la Abisinia, de los cuales el misionero Kraff nos dá en su obra «Diez y ocho años en el África Oriental» los pormenores siguientes: «Los dokos son verdaderos pigmeos humanos, apenas pasan de cuatro piés de estatura y su piel es de color aceitunado. Van errantes por los bosques y viven como los animales sin habitación, sin templo, sin árboles sagrados, etc. Van completamente desnudos, se alimentan de raíces, frutos, ratones, serpientes, hormigas y miel, trepan à los árboles como los monos, no tienen jefes, ni leyes, ni armas, no conocen el matrimonio, ni la familia, cohabitan lo mismo que los demás animales y por consiguiente se multiplican con verdadera rapidez. Las madres abandonan los hijos después de la lactancia, que dura muy poco tiempo. No cazan, no cultivan la tierra, ni conocen el uso del fuego. Adornan sus cuellos con collares hechos de huevos de serpientes. Tienen los labios gruesos, la nariz aplastada, los ojos pequeños, las manos y los pies provistos de uñas con las cuales escarvan el suelo. Sería interminable si multiplicara citas de este género para demostrar la falsedad de esas pretendidas diferencias esenciales, de esos abismos insondables que se pretende establecer entre el hombre y los demás seres,

La filosofía experimental, por otra parte, ha hecho estudiar con detención los animales y ha descubierto en ellos cualidades morales é intelectuales desconocidas hasta hoy ó cubiertas con la palabra instinto, palabra que, según Levos, solo sirve para ocultar el hombre su ignorancia, y según Weinhländ, representa una pereza de espíritu para ahorrarnos los esfuerzos penosos que cuesta estudiar el alma del animal.

Entre la razón humana y el instinto animal no puede admitirse más que una diferencia de grado, no esencial. El animal reflexiona, adquiere experiencia, se acuerda de lo pasado, piensa en el porvenir y no es difícil demostrar con numerosos ejemplos que lo tenido hasta aquí por instinto ciego, es el resultado de la conciencia y de la inteligencia.

Seguramente os faltaría la paciencia si para probar estos asertos, transcribiéramos los numerosos ejemplos que Büchner cita en su reciente obra sobre la inteligencia de los

animales, los experimentos y observaciones de Dujardin sobre las abejas, Hebert sobre las hormigas, Bordach sobre las cornejas, Vogt de los delfines, la educacion dada á un perro por otro viejo; observaciones todas de las que se deduce con cierta pena que cuenta hoy dia la raza humana con séres tal vez ménos inteligentes que algunas especies animales.

El language, esa facultad tenida por divina, no es tampoco, señores, propia de la especie humana, por más que su perfeccion actual y el sér articulado constituyen el rasgo característico de la especie humana.

Recordad por un lado que el language que usan hoy muchas tribus se compone de un reducido número de gritos guturales; véanse por otro lado las obras de F. Max-Muller, Wedgood y Hovelaeke y se comprenderá fácilmente como la perfeccion de las actuales lenguas es el resultado de un incesante trabajo de perfeccion, de lo que fué en su origen una imitacion ayudada de gestos, de los sonidos de la Naturaleza y de las voces de otros animales.

Lo que decimos del lenguaje podemos aplicarlo á las facultades intelectuales: recórranse las páginas del «Crígen humano» de Darwin y quedarán profundamente grabados los procesos que han seguido abstracciones como el «Deber» ante la cual Kant quedaba extasiado, como han ido formándose por seleccion y como la utilidad á las tribus del predominio del bien general sobre el particular, ha hecho transmitirse y perpetuarse con preferencia á otras tribus aquellas en que predominaban los efectos conocidos más tarde con las palabras, desinterés, abnegacion, honradez, etc. La moderna y extendida filosofía positiva, la historia del movimiento filosófico de la humanidad y aun el mismo estudio de las ciencias en sus últimos «¿por qué?» proclaman y nos convencen del carácter limitado de la inteligencia humana, nuevo rasgo comun con la inteligencia de las demás especies animales.

La Psicología comparada y la Psicología fisiológica nacidas al calor del moderno espíritu filosófico, reducen en último extremo, las ideas, los juicios, los razonamientos y todo el mecanismo de nuestra inteligencia tenido por sobrenatural y por divino (como todo aquello que el hombre ad-

mira y no se esplica) á sensaciones, á fenómenos de sensibilidad que es el carácter comun de toda la materia organizada.

Nuevas y más claras concepciones de las funciones fisiológicas, borran toda diferencia esencial entre el reino vegetal y el reino animal, hasta tal punto que no es posible diferenciarlos ni por el movimiento, ni por la sensibilidad, ni por la nutricion y descomposicion, ni se encuentran caracteres para diferenciarlos en su estructura, en su forma, en su comun origen ovular: en las funciones de reproduccion, etc., funciones y caracteres mal estudiados que dieron motivo á Linneo para fundar los tres reinos de la Naturaleza.

El estudio orgánico del hombre borra por completo las pretendidas diferencias entre el reino hominal y el animal; observaciones detenidas sin negar la gran diferencia intelectual entre el hombre y los demás séres vá rellenando el abismo que se creía insondable en la vida psíquica. El raciocinio, el lenguaje, la memoria, la experiencia, el robo, el asesinato, el engaño, la embriaguez, la sodomia, el robo de la hembra, el temor, el arrepentimiento, se observan con bastante frecuencia en muchas especies animales.

Resumiendo vemos que los resultados embriogénicos y anatómicos nos conducen á considerar el hombre como el último eslabon de la cadena orgánica, ó mejor dicho, como la rama más elevada y floreciente del árbol de la vida orgánica y que este modo de ver encuentra comprobacion en la anatomía comparada, en la morfología, en la prehistoria, y se halla, por último, demostrado por la Paleontología. Los diarios descubrimientos de organismos intermedios que ligan animales diferentes son tan concluyentes, que el respetable Huxley en una reciente conferencia dada en Lóndres hace pocos meses en la sociedad para el progreso de las ciencias, no pudo menos de exclamar: *«Que si la teoria transformista no estuviera inventada, el paleontólogo tendria que inventarla para darse cuenta y explicarse sus diarios descubrimientos.»*

Únicamente se alzan ante estas conclusiones, las tradiciones hebrea, árabe, pérsica y búdhica, que presentan al hombre en su origen, en un estado de completa perfeccion. Sabiendo el gran número de tradiciones y leyendas decla-

radas falsas despues de un detenido estudio histórico (1) y prescindiendo de la abierta oposicion en que se hallan con todos los descubrimientos prehistóricos, hay en contra de esas tradiciones las no menos respetables egipcia, caldea, china, peruana y otras americanas que nos presentan el hombre en su origen en un completo estado de barbárie.

Testimonios tan contradictorios no pueden servirnos de criterio y por lo tanto de acuerdo con el Sr. Salés y Ferré, las desechamos como argumentos sin valor alguno.

El inmenso trabajo intelectual que Europa y América están llevando á cabo dentro de la evolucion, perfecciona esta teoría, indaga nuevas leyes, dá el justo valor á las conocidas, acumulando hechos, y discute con ardor toda nueva observacion.

La lucha que al principio sostuvo con los partidarios de la inmutabilidad de las especies toca á su fin. Sus objeciones, ó mejor dicho, las críticas, hechas á la falta de documentos justificativos que en un principio pudo notarse en teoría tan vasta, mas que á las leyes del evolucionismo, no pueden sostenerse ya. Ninguna nueva objeccion se ha levantado despues; el talento y autoridad de algunos inmutabilistas ha redundado en provecho de aquello mismo que querian destruir.

Tan solo restan como adversarios decididos de estas doctrinas los que acusando de orgullosa y soberbia la ciencia moderna que acepta estos principios, oponen con extraña humildad nuestra creacion directa á imágen y semejanza de la Divinidad y aquellos otros á quienes solo un escrúpulo de vanidad mal entendida les lleva á negar estas doctrinas más á impulso del sentimiento que de la razon.

De los primeros esperamos que se repita lo que en otros conflictos ha sucedido. Nuevas y más racionales interpretaciones les permitirán aceptar y defender con entusiasmo estas doctrinas, andando el tiempo.

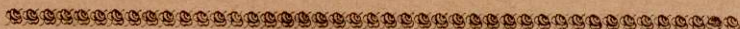
A los segundos me permitiré hacerles observar que por

(1) Nuestra leyenda nacional sobre La Cava y Don Rodrigo tenida tantos siglos como cierta, es una prueba de nuestro aserto.

mucho que consideren á la personalidad humana y por muy elevada cuna que le busquen, nunca podrán borrar ni hacer desaparecer los caracteres comunes de materia, órganos, fuerzas, vida, tegidos, aparatos, funciones, costumbres, vicios, pasiones, sensaciones y sentimientos que nos unen á los demás seres que habitan nuestro planeta. (1)

JUAN PIÉ Y ALLUÉ.

(1) En el número anterior, pág. 9 nota, léase *Kant* en vez de *Dante*; y en la pág. 14, línea 6, añádase «vibraciones del eter como los sonidos vibraciones» etc.



PERROS Y CUARTOS.

.....
Era un cesante.

Reclinó su cabeza y espalda sobre la esquina é introdujo su arrugada mano en los raidos bolsillos del chaleco; como quien dice, en la region del vacío.

Suspiró, tosió y comenzó á reflexionar.

Hé aquí *algo* de lo *mucho* que pude oírle.

«Dicen, yo me temo que son rumores de cuatro serviles, que ya no existe oro, que se ha agotado la plata, y que solo se vé por el mundo alguno que otro *perro*.

Yo ni con estos *animales* tengo relaciones de ningun género.

Antes tenía á los *perros* un miedo horroroso. Desde que sé que hay una moneda con ese nombre, me acerco á todos los ejemplares de la raza canina que veo por la calle, y empiezo á pasarles la mano.

Mientras más *grandes* más los acaricio.

Sé que los *grandes* valen doble que los *chicos*.

Por eso yo me arrimo al sol que más calienta, y valga por metáfora de verano; pues á lo que me arrimo, es al *perro* que mayores proporciones tiene.

Para mí la rabia es el *epilogo* de una agradable novela.

Pues el prólogo ha debido ser la posesion, ó proximidad al ménos, de un *perro*.

Con gran placer me convertiría en cazador, para poder contar á todos mis amigos que tenía muchos *perros*.

Cuando voy á la estación del ferro-carril me paso horas y horas contemplando la *perrera*.

¡Feliz la locomotora que tantos *perros* arrastra!

Cuando hacen conmigo una *perrería*, crean Vds. que me agrada!

Tengo la esperanza de que la *perrería* dé de sí un centenar de *perros* chicos y grandes.

Toda acción *perruna* me seduce.

El ladrido de un *perro* es para mí una série de admirables notas; un acorde de la música del porvenir. Dicho sea esto con perdon de los aficionados al divino arte, que gritarán en coro:

—¡Huye, sacrílego! ¡Aparta, profano! Las puertas del asilo del buen gusto no se abrirán nunca para tí.»

Al llegar aquí, volvió á suspirar el pobre cesante, abrió su boca de un tamaño descomunal, y siguió sus reflexiones de este modo:

«Qué felices deben ser los habitantes de la luna! ¡Ellos siempre tienen *cuartos*!

Los encuentran sin buscarlos.

Aquí, en la tierra, no sucede lo mismo, ni mucho menos.

Yo tengo en mi cabeza una calva, vulgo *luna*, que no es tan afortunada como la pálida reina de la noche.

Me casé, pasé la *luna* de miel...y nada.

Dejóme mi muger á la luna de Valencia...y tampoco.

He registrado más de una vez las *lunas* de los espejos... y ni un cuarto siquiera.

Una de dos, ó las *lunas* que están al aleance de los humanos no quieren gastar *cuartos* de ninguna especie, ó los primeros descendientes de Adán se apoderaron de ellos.

Y no sería extraño; la afición á los *cuartos* debe ser contemporánea del diluvio.

Antiguamente los domicilios pequeños tomaban el nombre de *cuartos*.

Hoy hasta el nombre vá desapareciendo.

Se llaman *pisos* ó *salas*; pero, *cuartos*!....

¿Quién, á no ser un anticuario, pronunciaría esa frase en estos tiempos?

Yo tengo un cuerpo de granadero; hay quien asegura que soy hombre de muchas *cuartas*.

Conforme.

¡Quién pudiera cambiar por *cuartos* las *cuartas*!

Tengo cinco hermanos; pues bien, soy el menor de todos; me quedé en quinto; la suerte no quiso que llegase á ser *cuarto*.

Hasta tal punto huye de mí esa frase sinónima del lenguaje castellano.

Todo el mundo dice que tiene *cuartos* de hora. Fijémonos: dicen que los *tienen*. Pero yo, ni eso.

Aunque viviera entre tribus nómadas y antropófagas, tengo la seguridad de que no me harían *cuartos*. Esa palabra debe desaparecer en la práctica cuando de mí se trata.

Mas no, ¡me he equivocado! Yo tuve una vez un *cuarto* de hora de inspiración.

Cuando recomendé á mi suegra que fuese á los baños.

En el camino descarriló el tren y la pobre quedó hecha una *tortilla*.

El'a sí que tuvo un *cuarto* de hora.»

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

FERRO-CARRIL DE LINARES Á ALMERÍA.

II.

En mi anterior artículo expuse las principales condiciones facultativas y económicas del camino de hierro, hablando, aunque ligeramente, del trazado aprobado y de la base 8.ª del acuerdo tomado por las Diputaciones de Jaen, Granada y Almería.

Allí hacía historia del asunto respecto del trazado, demostrando con la relacion de lo sucedido, que ninguna novedad tenía la solucion por el rio Nacimiento, que habia sido estudiada primeramente y luego desechada por su enorme coste y dificultades casi insuperables. Mas como en esta cuestion no me duelen prendas, voy á insistir sobre ella, no por amor propio, sino porque con ella van enlazados intereses cuantiosos del país

Si el tratado aprobado es malo, no podrá serlo si no por dos razones; ó porque esté mal hecho, *facultativamente hablando*, es decir que las curvas esten mal replanteadas, las pendientes peor distribuidas y sean inaceptables los proyectos de obras especiales ó bien porque prescindiendo de estos detalles, la zona que recorre la línea no sea la más conveniente.

Respecto á lo primero no he oido ninguna acusacion

precisa y aunque la hubiese oído, como no procediera de lábios autorizados, no la contestaría: respecto á lo segundo, no cabe duda de que es del dominio de la generalidad, y todos tienen no solo el derecho, sino el deber de emitir su opinion en un asunto que á todos interesa.

Ahora bien, al asegurar que el trazado es malo ¿se quiere decir que la zona que recorre, no es la conveniente para el desarrollo de la riqueza del país? Debo suponer que así sea y en esta hipótesis voy á fundar mis argumentos. El trazado que se preconiza es el del rio Nacimiento y el aprobado se desarrolla por el rio Andarax: vamos pues á examinar la riqueza y condiciones del país en una y otra cuenca.

El trazado por el rio Nacimiento sirve á los pueblos siguientes situados en una zona de 6 kilómetros de la línea:

	Número de habitan- tes segun el censo de 1877.	Riqueza imponible se- gun el reparti- miento de 1882-83. — Pesetas.
Alhabia	1.791	40.530
Terque.	972	44.700
Alsodux.	454	27.240
Santa Cruz.	768	25.020
Alboloduy.	3.080	86.090
Nacimiento.	2.850	87.186
Doña María.	755	101.899
Ocaña.	843	62.356
Abrucena.	2.050	90.200
Abla.	2.421	114.447
Y Fiñana.	3.238	183.392
<i>Total.</i>	19.222	833.060

El trazado por el rio Andarax sirve á las poblaciones

siguientes, todas, como las anteriores á menos de 6 kilómetros de la línea.

	Número de habitantes segun el censo de 1877.	Riqueza imponible se- gun el reparti- miento de 1882-83. — Pesetas.
Alhabia	1791	40.530
Terque	972	44.700
Alhama	3685	67.250
Alicun	593	23.225
Huécija	1186	33.804
Bentarique	1016	18.741
Illar	1257	61.750
Instincion	1724	72.955
Ragol	1597	73.782
Canjayar	3855	155.076
Laujar y Presidio	4648	324.757
Fondon	2608	76.888
Alcolea	2337	116.800
Padules	874	44.000
Beires	662	34.705
Almócita	631	29.400
Ohanes	3210	119.000
Ocaña	843	62.356
Abrucena	2050	90.200
Abla	2421	114.447
Fiñana	3238	183.392
TOTAL	41198	1.787.758

Tenemos, pues, que segun los datos oficiales, el trazado aprobado sirve á 21 pueblos, con 41.198 habitantes y 1.787.758 pesetas de riqueza imponible al paso que el trazado por el rio Nacimiento, serviría solo á 11 pueblos

con 19.222 habitantes y 833.060 pesetas de riqueza imponible.

El trazado aprobado sirve, pues, á 21.976 habitantes más, y recorre una zona que tiene 954.698 pesetas de esceso en la riqueza imponible; es decir, en otros términos, que al marchar por el rio Andaráx, el número de habitantes servidos y la riqueza, aumentan en más de 114 por 100.

Pero esta diferencia tomada de documentos oficiales no es la única que existe, ni siquiera es la más importante, bajo el punto de vista del camino de hierro. Marchando por el rio Andaráx se contornea Sierra Nevada, y desde que el trazado empieza á elevarse á la salida del Fondon hasta llegar al collado del Serval, punto mas alto de la línea, se desarrolla esta por un terreno donde abunda el mineral de hierro, de calidad excelente y que como hicimos notar en nuestro artículo anterior ha de exportarse en cantidad de 300 á 400 mil toneladas. ¿Es despreciable en el presupuesto del tráfico de un camino de hierro este elemento de riqueza? ¿No sería casi bastante él, por sí sólo, para en igualdad de circunstancias decidir la cuestión? Pues bien: ese dato no figura hoy en la riqueza imponible, y por lo tanto, la diferencia entre uno y otro trazado será la que hemos dicho, y además todo lo que produzca una riqueza minera, hoy inexplorada, y que á juzgar por lo que está la vista, debe ser de muchísima importancia.

Para compensar *facultativamente* este esceso de tráfico de un trazado sobre otro, sería indispensable que el trazado más pobre fuese el más barato y en la misma proporcion; es decir, que puesto que el movimiento de uno (proporcional á la riqueza y al número de habitantes) está representado por 100 y el otro por 214, el coste estuviese precisamente en la relacion inversa. Pero desgraciadamente para los partidarios de la solucion por el rio Nacimiento, no sucede así.

Admitiendo, y es mucho admitir, que el coste kilométrico fuese igual por una y otra parte, la diferencia de presupuesto entre los dos trazados sería escasamente un 15 por 100, que es la cantidad que corresponde á los 13 kilómetros que tiene de esceso de longitud, el trazado por el Andaráx. Las condiciones de uno y otro trazado, relativamente á su importancia económica, son, pues:

Movimiento comercial, proporcional al número de habitantes y á la riqueza imponible.....	100	214
Coste del camino. }	100	115

Es decir, que si el capital que se emplee en el camino por el Nacimiento, produce un 5 por 100, el correspondiente al río Andarax dará un 9'30 por 100,

Teniendo, pues, presente la riqueza del país, y que los caminos se construyen para fomentarla, la eleccion no es dudosa: para que fuera solo indiferente, bajo el punto de vista del interés del dinero empleado por el concesionario en la construccion, seria preciso que la diferencia de longitud de los trazados fuese más de 100 kilómetros, cuando solo es de 13; y aún en este caso, no se comprenderia abandonar una region rica y poblada, por otra relativamente pobre y desierta.

Estas razones que he expuesto, están al alcance de todos: son algunas de las que tuve, en union de las facultativas que la Superioridad, única competente, apreció con su elevado criterio, para decidirme por el trazado por la cuenca del Andarax; y deseoso estoy de que los que aseguran que el trazado es malo, se alcen la visera y espongan sus motivos.

¿Es cierto que el trazado aprobado por el Fondon, recorre una zona más rica y poblada, que la cuenca del Nacimiento?

¿Es cierto que teniendo en cuenta la diferencia de longitud y el aumento de riqueza, el interés del dinero que se emplee por el Fondon es de 9'30 por 100 cuando por el Nacimiento llega al 5?

¿Es cierto que primero se estudió el trazado por el Nacimiento y hubo que desecharlo por sus malas condiciones facultativas?

Pues si todo esto se prueba con números y con documentos oficiales ¿qué razón hay, para que se intente estraviar la opinión pública, en asunto de tan vital interés para el país? Y sobre todo, si hay alguien que pretenda modificar la dirección del trazado, tal vez anteponiendo sus intereses particulares á los generales de la localidad, que empiece por hacerse concesionario y pida después la modificación de la línea: si tan conveniente es, el Gobierno se lo concederá; que la ley tiene escrito que el trazado aprobado, ni en poco ni en mucho sujeta á la compañía que construye. Y basta de trazado.

Decíamos en el artículo que se publicó en la REVISTA anterior, que la base 8.^a del acuerdo de las Diputaciones no podía ser obstáculo para la realización de la línea, y esto lo escribíamos días antes de una reunión tenida en Almería, al parecer con el único objeto de ver el medio de anular dicha base. De haber sabido que dicha reunión iba á verificarse, algo más hubiera escrito; pero... lo que sucedió ya ha sucedido, y no hay para qué hablar de ello.

Se dice, y se ha escrito en los periódicos de la localidad, que dicha base impide la modificación del trazado; y seguramente solo por la ligereza con que forzosamente se redactan los periódicos, es por lo que ha podido establecerse afirmación tan gratuita.

Dice esa base, que solo se obligan las Diputaciones mientras no se modifiquen las condiciones facultativas y económicas de la concesión. ¿Y desde cuándo el trazado, es una condición facultativa? Las condiciones facultativas de un proyecto, son el ancho de vía, el radio de las curvas, el límite de las pendientes, etc.; pero el número y situación de sus alineaciones ¿cuándo?

Para poner un ejemplo que hará el asunto comprensible á todos, diré que las condiciones facultativas de un proyecto son lo mismo que las condiciones que el Gobierno exige para ser soldado. Para esto, tienen que medir una estatura mínima, no pasar de cierta edad, etc., y con estas *condiciones facultativas* se recluta un ejército de 60 mil hombres, que *cumpliendo todos con ellas*, son, sin embargo, individualidades perfectas: el uno se llama Juan, el otro se llama Antonio, el uno es guapo y el otro feo. Pues lo mismo entera-

mente sucede con las condiciones facultativas de los proyectos: en teniendo el mismo ancho de vía, el mismo límite de curvas y pendientes, las mismas condiciones generales de explotación, *todos, absolutamente todos*, tienen las mismas condiciones facultativas. ¿Qué tiene que ver con ellas la zona por donde se desarrolla el trazado?

Puede hacerse y se hizo un trazado por el río del Nacimiento que tenía las mismas, mismísimas condiciones facultativas que el aprobado por el Andarax. ¿Donde, pues, la redacción de la base 8.^a limita la modificación del trazado? «Se modifica una recta; pues bien: ya se han alterado las condiciones facultativas, ya las Diputaciones no tienen obligación de garantizar el interés.» Yo respeto mucho la autoridad de los redactores de ese periódico, que hasta el título tiene, de cosa de mi profesión, pero con todo el respeto debido, les digo que en este caso no se han alterado las condiciones facultativas, y pueden irse torciendo las alineaciones y empalmándolas con curvas de radio mínimo de 300 metros, hasta hacerlas pasar por el objetivo que tenga el que tanto desea esa modificación, y las condiciones facultativas seguirán las mismas y seguirá con ellas la obligación de las Diputaciones.

El criterio que presidió á la redacción de la base 8.^a fué única y exclusivamente defender los intereses de la Diputación. Se garantizan 60 millones, mientras sea esta la cantidad que deba gastarse, y *solo en este caso*. ¿Es que no gusta la forma gramatical de la redacción? Cuestión de bien pequeña importancia es, y que ciertamente no vale la pena del ruido que ha metido; pero siempre que se conserve el criterio de no garantizar mas que lo que *oficialmente* se gaste, tengo la seguridad de que las Diputaciones no tendrán inconveniente en decir lo mismo que han dicho, pero de otra manera: es cuestión de gustos, y abogado muy discreto y muy práctico y muy unido á uno de los primeros constructores de ferro-carriles, fué el que en Jaén la redactó, y todos la leímos, todos la entendimos de igual manera y á todos pareció bien. Aquí se cree necesario variarla; pero como los acuerdos de las Diputaciones en asuntos de esta importancia parece no han de estar modificándose, solo porque se crea mas ó menos correcta su redacción; como el criterio

que la inspiró debe conservarse á mi juicio, y como no es cierto que el trazado no pueda modificarse, pues lo que se impide alterar son las condiciones facultativas, que no tienen nada que ver con la zona que recorre la línea, me parece lo mas práctico, conservar por ahora la base 8.^a tal como está.

Solo en un caso sería de primera necesidad modificar dicha base y es cuando un capitalista, con garantía verdadera, se presentase á las Diputaciones y cara á cara les dijese «yo, que me llamo D. Fulano de Tal, y que ofrezco con tal garantía, acudir á la subasta del ferro-carril, deseo que se modifique dicha base.» Como la garantía fuese verdadera no era preciso que diera razones: bastaba que él lo quisiera; alguien ofrece en sério construir la línea y es deber imperioso de todos, no solo allanarle las dificultades, sinó hasta satisfacer sus caprichos.

¿Es este el caso en que nos encontramos? Pues venga el nombre de ese capitalista y la relacion de su garantía: nada de *personas autorizadas y télégramas misteriosos: un nombre de un hombre con su nombre y apellido*, una garantía del cumplimiento de su oferta y no hay para qué provocar reuniones, ni manifestaciones: las tres Diputaciones provinciales, cuyo patriotismo he tenido ocasion de conocer y nunca se celebrará bastante, estoy seguro que á la peticion autorizada responderán conservando el criterio (porque es justo) pero modificando la redaccion á su gusto y fantasía. Y advertidle de antemano á ese hombre, sin nombre hasta ahora, que nadie ha pensado en que no se modifique el trazado y que las condiciones facultativas no tienen nada que ver con que la línea vaya por el Fondon ó por el Nacimiento.

Terminado este incidente, debiamos en cumplimiento de lo prometido seguir estudiando lo que en nuestro concepto debe hacerse para realizar la línea de Linares á Almeria; pero asunto es este para tratarlo con mas extension que la que permite el espacio, de que por hoy podemos disponer: en el próximo artículo nos ocuparemos de ello.

UUU «JUERGA.»

Asunto, una fiesta alegre;
lugar de la escena, Màlaga;
tapiz del suelo, la arena;
y dosel, verde enramada.

*
* *

En torno à una blanca mesa,
que no es de màrmol de Italia,
donde incitan à los ojos
llenas de vino las cañas
en cuyo limpio cristal
tiembla la luz irisada,
cambiando amantes promesas
con màs amantes palabras,
se encuentran tres *percheleros*
con tres bellas *trinitarias*.

Estrella, que así la nombran
en el bårrio las muchachas,
canta con voz que semeja
à la alondra cuando canta.
Sobre sus hombros morenos
un chal pintado descansa,
donde mano primorosa

por el arte aconsejada
bordó con hilos de seda
colorines y calandrias.
De un lindo collar pendiente,
luce en la tersa garganta
un corazon, donde escrita
se vé de «amor» la palabra;
en las rosadas orejas,
que à breves conchas se igualan,
lleva, inquietos oscilando,
ricos aretes de plata;
muestra en el pecho, una rosa;
en el pié, cárcel de grana;
en los dedos, perlas finas;
en el cuerpo, lindas galas;
y la graciosa cabeza
con tantas flores esmalta,
que lleva una primavera
sobre sus ondas rizadas.

Enfrente de ella, *Casildo*,
un mozo de rompe y rasga,
el que mata si le ofenden
y de amor al mirar mata,
el que esgrime cual ninguno
la pendenciera navaja
y usa calañés sombrero
sobre la ceja enarcada,
mientras principian los brindis,
mientras las risas estallan,
y las palabras se cruzan,
y se cruzan las miradas,
con la una pierna pulida
sobre la izquierda cruzada,
y encima de la derecha
la melodiosa guitarra,
templa y pulsa el instrumento
que dulces notas exhala;
y mientras uno sonríe,
y la otra toca las palmas,

y el otro las copas llena,
y el otro las copas vácia,
entornando de los ojos
las negrísimas pestañas,
y parándose despues
en mil y mil circunstancias,
escupe, mira al soslayo,
«¡Ole!» dice, y así canta:

«Mira si es mala mi *estrella*,
mira si mi *estrella* es mala,
que no hay *estrella* que rompa
las nubes que hay en mi alma.»

Todo es bulla y movimiento,
todo broma y algazara;
sobre la mesa, relumbran
llenas de vino las cañas.
Este, grita y baila á un tiempo
con otra que grita y baila;
aquel, dice á una morena
frases que el viento arrebatá.
Este, anima con sus coplas;
aquella, con sus miradas;
el otro, con sus suspiros;
cuál, con sus tiernas palabras;
y crece el rumor y crece,
y luego en bullicio estalla,
y luego en ruidoso estruendo,
y luego en bronca algazara,
y hacen, cundiendo sus ecos
por la atmósfera abrasada,
las botellas que se rompen
en honor de Baco salvas.

Estrella, la de ojos negros
y las pupilas de llamas,
con aire de reina altiva
hácia el centro se adelanta.
Todos en ¡vivas! prorrumpen,

todos á un tiempo la ensalzan,
y éste y aquel la requiebran,
y todos baten las palmas,
en tanto que ella subiendo
con gracia y garbo la falda
que á la cadera suspende
bajo la mano de nácar,
mientras enseña del pié
la breve punta preciada
y en flexibles movimientos
luce las formas gallardas,
con voz que imita en lo dulce
á los arpegios del arpa,
y al murmullo de la ola,
y á las músicas del aura,
así expresa, y así siente,
y así dice, y así canta:

«No hay *estrella* que no rompa
nubes de penas amargas,
si es en un cielo de amores
donde las nubes se fráguan.»

Nuevo estrépito sucede,
nuevos requiebros se cámbian,
y nuevos brindis se escuchan
y nuevas copas se vácian.

En esto, un *curro* que viste
justillo con borlas grana
bajo cuyo extremo asoma
radiante y limpia navaja,
tomando en fina apostura
para brindar una caña,
cuyo claro contenido
que al ligero ambiente lanza,
finge al desgranarse en gotas
brillante collar de lágrimas,
mientras que el líquido suelto
coje otra vez en la caña,

— «Brindo, dice, por mi niña,
y por los mozos de gracia,
y por usted, salerosa,
y por Estrella, y por Ana,
y por mí, y además... ¡brindo
por quien toca, y por quien baila!»

— ¡Olé! — ¡Viva tu persona!
— ¡Salero! — ¡Viva quien habla!
— ¡Bien por tu boca, serrano!
— ¡Y por el vino! — ¡Y por Málaga!
— ¡Vengan botellas! — ¡Y risa!
— ¡Muchacho, toca las palmas!
— ¡Vengan coplas! — ¡Y jaleo!
— ¡Y bullicio! — ¡Y algazara!

Todo es gozo; todo vida;
todo luce; todo salta;
del líquido, por la mesa
ruedan las olas doradas;
todo es confusion y estruendo,
todo colores y ráfagas,
y estrépito, y vocerío,
y risa, y placer, y danza.
Y coronando la orgía
sobre el altar en que irradia,
el génio antiguo de Roma
gozoso cierne las alas.

*

* *

¡Cuadros de luz y poesía!
al recordaros el alma,
léjos de mi pátria, digo:
¡mil veces viva mi pátria!!

SALVADOR RUEDA.

EL PONTIFICE DEL TIBET.

El gefe supremo del Lamismo, que no es otra cosa que una secta del Buddismo, es el *Dalai-lama* de *Hlassa*. Ex-tiéndese aquella religion, principalmente por el Tibet, el Bu-tan, la Tartaria, la China y los países tributarios del Indo-China. El gran Lama es considerado como el mismo Dios, que ha encarnado en él: se encuentra en todas partes, todo lo vé, todo lo oye, todo lo sabe, y tan extraordinario es el res-peto y veneracion que le profesan, que sus excrementos son considerados como cosa sagrada. Reducidos á polvo, despues de secos, los encierran en cajas de oro adornadas de pedre-ría, remitiéndolas á los Emperadores y príncipes, que las conservan como regalos de inestimable valor.

Encuéntrese el gran Lama rodeado de un consejo, á mo-do del Colegio de Cardenales, que tiene el Sumo Pontífice de la Iglesia católica. Cuando el gran consejo cree próxima la muerte del Dalai-lama, se ocupa en buscarle sucesor, entre los niños recién nacidos de las más nobles familias del Tibet; eligiendo el que creen, por ciertas señales, que es el destina-do á recibir el alma del supremo pontífice. El niño designa-do, es recluido en el soberbio monasterio de Pu-ta-la, donde recibe una educacion proporcionada á su futuro rango, y si el Dalai-lama muere durante su menor edad, un regente go-bierna en su nombre.

El monasterio de Pu-ta-la es quizá el edificio más grandioso del Universo. Los alcázares de los Emperadores y grandes de la tierra, miserables viviendas son á su lado. El centro del edificio, lo ocupa el gran templo de dorado techo, que mide trescientos doce piés de altura. Está coronado por centenares de torres, cuyas cúpulas están revestidas de oro y de plata; sus puertas son de olorosa y finísima madera, con incrustaciones de nácar y concha; su pavimento es de ágata, sus paredes cubiertas con riquísimos tapices de la India; sus ídolos son de oro y plata con ojos de brillantes, y de sobresaliente mérito artístico: todo es allí maravilloso, y sobrepuja á lo que la imaginacion más exaltada por el delirio pudiera concebir. El gran templo está rodeado por un inmenso edificio, que contiene más de cien mil celdas. Es una gran ciudad. Pobres rapsodias son á su lado el Kremlin y el Vaticano.

El Lamismo penetró en la China en época remota, y de tal modo aumentó, corriendo el tiempo, el poder del gran Lama y de sus sacerdotes, que asumieron la autoridad en todos los pueblos del Oriente. Se entregaron á toda clase de excesos; estaban exentos de tributos, y cuando viajaban, más parecían príncipes, que ministros de una religion. Es fama, que bajo el imperio de Wu troung, uno de los sacerdotes del gran consejo se permitió golpear con su baston á una princesa de sangre imperial, por no querer acceder á lúbricos deseos. Léjos de ser castigado por tan brutal insolencia, el Emperador publicó un decreto, por el cual ordenaba, que á todo el que injuriase á un Lama, le fuese cortada la lengua ó la mano.

El Emperador Tai-ting se propuso, inútilmente, réprimir los excesos y escándalos. Bajo su reinado, el gran Lama visitó la córte del Celeste imperio, siendo recibido con honores divinos. El Emperador, los príncipes de la familia imperial, los mandarines y altos dignatarios, se arrodillaron en su presencia para ofrecerle el vino; y viéndolos en tan humillante posición, no se dignó mandarles levantar, ni les dió la menor muestra de atencion. Uno de los altos dignatarios, Tu-fu-duce, ofendido en su dignidad, y sin poder reprimir su enojo, se levantó, y aproximándose al Pontífice, le habló de esta manera: «Amigo mio, vos sois, lo sé, el ministro de Fo y

el jefe de los Lamas; pero yo soy un discípulo de Khoung-fon-tssee y ocupo un rango elevado en las letras del imperio; no valemos, pues, menos el uno que el otro: dejemos toda ceremonia.» Y una vez concluyó de hablar le ofreció una copa llena de vino. El gran Lama montando en cólera, le lanzó la copa al rostro y murió de pesadumbre. El Emperador condenó al osado mandarin al bárbaro suplicio del descuartizamiento, por insolencias al Dios-Hombre, decía el decreto imperial.

Los Emperadores, émulos de la autoridad del gran Lama, luchan por destruirla, aunque infructuosamente. Rodeales tan inmenso prestigio, que en opinion de respetables historiadores, la caída de los mongoles fué debida al incontrastable poder del gran Lama, perseguido en alguna ocasion por los Emperadores de esta dinastía; si bien entre ellos se cuenta Hu-pi-li, que hizo nombrar à Panse-pa, perteneciente á la mas noble familia de la Tartaria, gran Lama; manteniendo con él estrechas y cordiales relaciones

El ceremonial observado para la toma de posesion del gran Lama de la suprema direccion de su Iglesia, es magestuoso é imponente. Hé aquí como lo describe Samuel Turuel, enviado de la compañía de las Indias al Tibet en los comienzos de este siglo: «El Emperador de la China, dice, habia enviado embajadores, en prueba de su celo y respeto hácia el nuevo pontífice. El jóven Lama fué conducido á Teschu-Lambu, con toda la pompa y veneracion que un pueblo fanático puede desplegar en ocasion semejante. El gentío que habia acudido de diversas partes era inmenso. El cortejo cubria una extension de terreno que formaba un trayecto de veinte y cinco millas. El camino habia sido allanado y cubierto de arena blanca, y por ambos lados habian construido pirámides de piedra poco distantes las unas de las otras. El Lama y su comitiva pasaron por entre dos hileras de sacerdotes. Algunos tenian en la mano varas olorosas que despedian perfumes de los más suaves y delicados. Otros tenian diversos instrumentos ó entonaban himnos sagrados. Tres comandantes militares con siete mil soldados de caballería abrian la marcha. En seguida iba el embajador de la China con su servidumbre; despues el general chino y sus soldados. Gran número de tibetanos agitaban magníficos es-

tandartes. Continuaban los músicos. Dos caballos ricamente enjaezados llevaban dos braseros ó copas redondas donde se quemaban perfumes. Un anciano sacerdote llevaba en sus manos una caja que contenía los libros sagrados y algunos de los principales ídolos. Nueve caballos magníficamente adornados llevaban los ornamentos ó vestiduras del gran Lama, y precedían inmediatamente setecientos sacerdotes que están particularmente destinados al servicio de este Hombre-Dios, para las plegarias y ceremonias que cada día se practican en el templo. Dos hombres cargados de un gran cilindro, sobre el cual se ven en relieve figuras simbólicas. Oficiales distribuyendo las limosnas, marchaban inmediatamente delante de los porta-silla del Lama que iba bajo magnífico dosel, sostenido à hombros de ocho, de los diez y seis chinos designados para prestar este honorífico servicio, y que se remudaban para tomar descanso. A un lado iba el regente y al otro lado el Dalai-Lama. Detrás de ellos caminaban los jefes de todos los monasterios del Tibet, y los sacerdotes que estaban formados en la carrera se iban reuniendo al cortejo sucesivamente. Multitud de estandartes flotaban en las alturas de los monasterios, por delante de los cuales habia de pasar la procesion, y en otros diversos puntos de la ciudad. El tercer día despues de la llegada del jóven Lama, se le condujo al gran templo y cerca del medio dia fué sentado en el trono de sus predecesores. En este momento, el embajador de la China le presentó sus credenciales, y depuso á sus piés los presentes con que le obsequiaba su soberano. Los tres días siguientes, el *Dalai* volvió al templo para cumplir en compañía de los demás sacerdotes las ceremonias de la religion.»

Por el ceremonial descrito, obsérvase el profundo respeto que inspira el gran Lama. Aquellos pueblos fanáticos, y como Orientales, tan dados á lo maravilloso, lo creen un hombre-dios y le rinden el homenaje de su adoracion. Con la vida pagaria el que se mofase de tal creencia, ó de alguna de las ceremonias descritas. Aunque lo ven morir, lo creen inmortal. Creen á más, y esto es lo extraño del caso, que el alma del gran Lama que muere, se vá á morar en el niño, que el consejo le ha destinado por sucesor. Resulta, pues, que el chico, ó há de tener dos almas, la suya propia

y la del gran Lama, que se le entra en el cuerpo por obra y gracia de la metempsicosis, ó há de mudar la suya por la del Pontífice. Supersticiones tales, pasan en el Oriente por artículos de fé.

Despues del Dalai-lama, ocupa el rango más elevado en la gerarquía sacerdotal, un dignatario llamado *sadik*; regente durante la menor edad del Pontífice, presidente del gran consejo, y especie de ministro universal á las inmediatas órdenes del Dalai-lama, de quien las recibe y trasmite al gran consejo y funcionarios subalternos. Es al mismo tiempo, una especie de introductor de embajadores, que conduce á la presencia del Pontífice á las pocas personas á quienes les está concedido tan raro privilegio; pues solo concede audiencias á los Emperadores, príncipes, altos dignatarios civiles, individuos del gran consejo y á los diez *Khoutouktous*, funcionarios que entre ellos tienen un rango parecido á nuestros Arzobispos y Cardenales. Es también el inmediato servidor del Dalai-lama; le sirve la comida y el té, que debe probar antes que el Pontífice, custodia sus tesoros y vestidos, y es el encargado de facilitar todo lo necesario para las grandes festividades religiosas, en que interviene el gran Lama.

A mas del *sadik* y del gran consejo, existen los diez altos funcionarios eclesiásticos llamados *Khoutouktous*, que tienen su residencia en las grandes ciudades pertenecientes á los países que profesan el Lamismo. Por especial privilegio, Pekin es la silla de tres *Khoutouktous*, á los cuales los chinos los llaman *Fo*. Los consideran inmortales, y la eleccion es parecida á la del Dalai-lama. Los Orientales creen mil absurdos con respecto á los Lamas. Entre otras cosas, creen que el rostro de tales funcionarios eclesiásticos, cambia con las fases de la luna: que cuando esta es nueva, tienen la fisonomía de un jóven; que cuando la luna es llena, semejan un hombre de edad madura; y cuando la luna está en cuarto menguante, tienen el aire y presencia de un anciano. ¡Bendita mil veces la civilizacion, que nos aparta de tamaños absurdos y supersticiones!

MIGUEL GUÍL.

PIQUILO.



Á primera vista, ó como si dijéramos, á vista de pájaro, parece este el nombre de un trájico ateniense ó de un célebre personaje de la antigüedad *de veras*.

Y sin embargo, si la cosa se mira despacio, no hay tal.

Piquilo es un gato; mejor dicho, Piquilo *era* un gato.

El pobre ha muerto.

Bajó á la tumba, ó subió á la tumba, como Vds. quieran, cuando apenas contaba cuatro meses.

Casualmente lo sorprendió la muerte en la edad de las ilusiones; cuando tal vez soñaba en abrirse paso á través de las dificultades...

Piquilo era un gato decente.

En la casa donde estaba á pupilo se veía mimado y agasajado de continuo por los niños.

Cuando uno de estos le apretaba el pescuezo porque quería escapar, decia: *miauuu...* y hé aquí todo.

Aquel *miau* podia equivaler á la *Ultima lamentacion* de lord Byron.

¡Quién sabe!

Piquilo un dia salió al jardín.

Solia ir allí con frecuencia á correr tras las pintadas mariposillas, como dicen que hacía la Lésbia de Catulo.

Comió de una hierbecilla que crecía junto á la fuente, sin duda para que le hiciera el efecto de la magnesia ó de la sal de higuera, y á los pocos momentos yacía por tierra envenenado.

Acudieron los niños; propináronle flor de malvas y aceite,—lo que algunos médicos recetan en todos casos,—pero todó fué en vano; el gato murió á los pocos momentos, presa de los dolores más crueles.

Sus pequeños amos derramaron muchas lágrimas por él.

Metiéronle en un cajoncillo, y todos los niños de la vecindad acompañaron el entierro de Piquilo, que fué sepultado al pié de un aramo.

Fué un entierro verdaderamente *sério*.

Ni hubo pilluelos haciendo cabriolas, ni música que tocara polkas, ni nada, en fin, impropio de acto tan triste.

Á haber nacido en la playa Piquilo, sus dueños hubiéranle hecho un entierro con música, exigiendo á esta que tocase el himno de Riego, como es costumbre entre esa gente.

Pero su buena fortuna quiso que hasta última hora fuera considerado como un gato decente.

Sus restos yacen bajo la sombra que quiere prestarles aquel árbol, hasta que llegue un día, si á creer vamos en eso del espiritismo y de la trasmigración de las almas, en que encarne la suya en el cuerpo de algun personaje ilustre ó eminente.

¿Quién sabe el destino de las criaturas?

Ociosas, si no ya escritas en tonto, parecerían las anteriores líneas, ó cuando menos escritas por un egipcio, si quedaran sin explicación.

Yo conocí á Piquilo.

En sus ojos claros y serenos se veía la llamarada del génio.

Indudablemente Piquilo hubiera sido capaz de *componer* un ovillojo.

¿No sería verdaderamente triste, y áun irritante, que el nombre de Piquilo, en que yo vi—doy mi palabra,—condiciones y facultades que salían de lo vulgar, quedara perdido y olvidado en la noche de la historia, cuando hoy, algunos que gallean en el campo literario, no saben hacer

un *ovillo*, y sin embargo su nombre sale en libros y periódicos, adornado con la alabanza más servil y ménos merecida?

Ved aquí por qué he querido escribir en alguna parte el nombre de Piquilo; y he hecho esto, que pudiera ser un artículo, si bien no de primera necesidad.

M. MARTINEZ ARELLANO.



APUNTES DEMONOLÓGICOS.

Hesiodo nos suministra una pintura de las creencias demonológicas primitivas. «Después de su muerte, dice, se han convertido los hombres de aquella época en demonios bienhechores, habitando sobre la tierra y como guardianes de los mortales, observando sus obras de justicia ó de injusticia. Ocultos por una densa nube, recorren el mundo en todas direcciones distribuyendo el bien: tal es el real privilegio que les fué conferido.»

Thales fué uno de los primeros que dividió las creencias espirituales en tres categorías: los dioses reguladores del mundo; los demonios que participan de la naturaleza animal, y los héroes que son las almas separadas de los cuerpos. Entre estos héroes ó almas sin cuerpos, unos eran buenos y otros malos, según las cualidades que habían manifestado en vida. Pitágoras y otros filósofos estóicos profesaron doctrinas muy semejantes, como afirman Plutarco y Eusebio.

Al principio de nuestra era, la doctrina de los demonios estaba muy arraigada entre los pueblos paganos: iba unida á la creencia de la inmortalidad del alma, de la cual era como una confirmación.

Entre los neoplatónicos, la doctrina demonológica adquirió tal importancia, que hasta cierto punto excluyeron

los demonios á los dioses, ocurriendo todo lo contrario en el antiguo platonismo.

La demonología de los egipcios, de los persas, de los indios, de los chinos y de las islas polinesias, presenta una gran analogía con la de los griegos.

La demonomanía comprende la larga série de los poseídos y los hechiceros, que nuestros padres, especialmente los de los siglos XV y XVI, hacían exorcizar en todas formas, y muchas veces acababan por quemarlos caritativamente en gloria de Dios, y para edificación de los devotos. Léase la historia de aquellos tiempos de ignorancia y fanatismo, ó por mejor decir, las obras especiales sobre este asunto, y sorpresa causará ver la credulidad de nuestros antepasados, y su increíble y feroz superstición.

La demonomanía sigue las condiciones de todas las demás formas monomaniacas. Había muchas más mugeres que hombres, y un autor pretende que por cada cincuenta hechiceras se encontraba á lo más un hechicero. Claro está que la irritabilidad del sistema nervioso de la muger, su debilidad, su educación y su organización cerebral, la predisponen mejor que al hombre.

En la época en que vivimos, perdió ya el diablo completamente el poder de apoderarse del cuerpo de los hombres, y por consiguiente tampoco hay hechiceros ni poseídos. La civilización, como asegura un renombrado publicista, y sobre todo el progreso de las ciencias físicas, que han puesto al hombre en el caso de comprender y de explicar muchos fenómenos naturales enteramente incomprensibles para nuestros abuelos, han contenido los efectos de la demonomanía.

Por no comprender el hombre la causa de todos los fenómenos que pasan en su alrededor, que obran en él y á pesar suyo, ha ideado la existencia de seres ó potencias inteligentes é invisibles, á cuyo cargo están diferentes papeles, y destinados precisamente á producir los fenómenos cuya causa ignora.

También sacaron partido de estas creencias los moralistas, y sobre todo los filósofos que las explotaron maravillosamente.

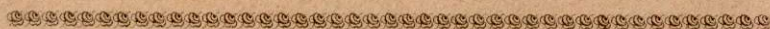
La magia, la astrología, la adivinación y los oráculos de-

ben su origen á las aberraciones del espíritu del hombre. Cuantas veces estuvieron preocupados los pueblos por alguna nueva secta religiosa, numerosísimas fueron las locuras que tenían por base las ideas religiosas. En la época de la reforma, por todas partes se veían excomulgados, condenados, poseídos y hechiceros; tomó creces el terror y se crearon tribunales; levantáronse cadalsos, encendiéronse hogueras y los demonomaniacos, doblemente víctimas de los errores reinantes, fueron quemados, no sin haberlos exortado antes á que renunciaran al pretendido pacto con el diablo.

En la actualidad tenemos un maldito ejemplo de un género de locura que ya se ha hecho epidémico. Nos referimos al suicidio, el cual proviene á no dudarlo de la sobreexcitación de ciertos órganos cerebrales.

Todos cuantos tengan algun tanto activa esta facultad, creen todos los cuentos y fábulas que pueden inventarse.

UN ANTI-DEMONÓLATRA.



LAS SOCIEDADES OBRERAS. (1)

Situacion difícil es la que estoy cruzando: no acierto á hablar cuando tanto siento, y no puedo sentir mènos si considero el motivo que os congrega en este sitio.

¡Bendito sea el pensamiento que os anima! Él afirmará nuestra modesta asociacion, en las entrañas mismas de la sociedad entera; él demostrará al caduco rutinarismo, que dentro de las condiciones de la actual civilizacion, si el mal en sí es muchas veces inevitable, en sus consecuencias es casi siempre imposible; él, en fin, estrechará con el indisoluble vínculo de la solidaridad, al obrero con el magnate, al infeliz con el dichoso, al sábio con el ignorante, al creyente con el excèptico, al que ama con el que adora, y á todos con todos, bajo el influjo bienhechor de una sola idea, vertida á tres idiomas: el *amor*, la *filantropía* y la *cariidad*. Un himno de gracias á los moradores de Cuevas, grandes por su fraternidad.

A los que os pregunten «¿quiénes sois? ¿de dónde venís? y ¿á dónde vais?» contestarles sin miedo y sin tacha, como el Bayardo de la leyenda francesa: «Allí como aquí, hoy como

(1) Discurso pronunciado en la ciudad de Cuevas por el Director del Colegio de primera y segunda enseñanza establecido en la misma, con motivo de la instalacion de la Sociedad Cooperativa de Obreros.

ayer, somos la vanguardia del pueblo obrero, que desde el fondo del taller vá á la conquista de la tierra prometida á sus aspiraciones, sin otras armas que la moralidad y la instruccion, la asociacion y el trabajo; modestos convidados al banquete de la vida, venimos con el ramo de oliva en la mano, ávidos del pan del saber que es la hostia de nuestra comunión en la tierra; hijos predilectos del país de la utopia, os traemos en nuestras entrañas, más leales que las del caballo de Troya, la esfinje del siglo, el problema de la época, la cuestion social!»

Meditemos sobre estas palabras, oscuras como la nube de la tempestad é infieles como toda encarnacion del pensamiento. Y bien; si en Geometría la línea recta es la más corta ¿por qué en Moral y en Filosofía no ha de ser la rectitud en las acciones y en los juicios el camino más pronto para hallar la verdad? Apartémonos, pues, de las curvas donde serpentean envueltos en el manto de su egoismo, los hábiles y los satisfechos; é interroguemos francamente á la ciencia: ¿existe la cuestion social? Mas.... ¿cómo dudarlo, si palpita en todas las inteligencias, agita á todas las sociedades y conmueve todos los corazones? Vasta y compleja como síntesis abreviada de los grandes problemas humanos en cada momento histórico, ella se esconde en el conflicto de la razon con el dogma, suscita las diferencias entre el asceta y el filósofo, provoca la discordia entre el ideal y el hecho, consume el divorcio entre el positivismo y la metafísica, ensangrienta las luchas de la tradicion con la democracia, y renueva la guerra de cien siglos entre el fatalismo y la libertad. Por doquier volvamos la vista, señores, *latet anguis in herba*: en la academia y en el club, sobre el tapete de los diplomáticos, como bajo la tienda de los guerreros, la idea de ayer y la idea de hoy se encuentran, chocan, se repelen y confrontan bajo todos sus aspectos; por que lo que antes se llamaba cuestion, ahora se llama ciencia; á la abstraccion sucede el análisis; los exclusivismos convergen á la armonía, el conocimiento de los principios confirma la solidaridad de los intereses, y la religion de las ideas se extiende, depura y arraiga por el culto de los hechos. Y, como todo está en todo y la verdad una y absoluta es organismo infinito de verdades, cual presintieron

los poetas y han demostrado los filósofos, de aquí que los problemas de la vida del hombre, de la sociedad y del mundo, se corten por varios puntos como esferas que se compenetran, reproduciéndose bajo múltiples formas con los nombres de Antropología, Sociología y Cosmología, ramas entrelazadas del árbol simbólico de la Biblia, cuyas raíces toman su sávia de lo absoluto y cuya cima crece, asciende y se dilata en el tiempo y por el espacio, ocultos en las regiones infinitas de la inmensidad. No lo dudeis; Goethe lo dijo, y la poesía es filosofía por inspiracion: «para saber algo de una cosa, es menester saberlo todo.»

No basta, pues, con repetir á cada momento al oído del obrero, los dogmas del catecismo económico, áridos como los términos de una ecuacion, é inflexibles como el *ergo* del silogismo, al contacto de las exigencias siempre crecientes de la nueva vida. Si el capital no es mas que trabajo acumulado, su historia ¿será la historia de la humanidad? Y ¿qué juicio formar entonces del capital-esclavo, del capital-siervo y del capital vasallo?

Bueno es que se santifique el ahorro como hijo de la virgen privacion, signo inequívoco de la necesidad no satisfecha; pero la lógica del mayor número, discurrirá que mejor que suprimir la satisfaccion, sería suprimir la necesidad.

No es siempre cierto que el salario sea la justa remuneracion de un servicio, por que sometido á la ley de la concurrencia y á las contingencias del mercado, se hace depender su justicia de lo imprevisto del azar. Por el contrario, desconfiad de los que os digan que el capital no es productivo, por que necesita del trabajo para serlo, pues tampoco este lo sería sin el talento y el capital; desoid á los que os prediquen la disipacion como alivio de la suerte, por que el espíritu de economía, fué siempre emblema de moralidad; huid de los que rechazan el salario como limosna, por que si bien no es la forma más perfecta de la retribucion, ofrece en cambio las garantías de la prontitud en el socorro, la fijeza en el precio, la libertad en la contratacion y la confianza en la seguridad.

Ahora bien; ¿es posible resolver tantas contradicciones entre el optimismo y el pesimismo, la historia y la razon, la tradicion y la utopia? La vida contemporánea nos

enseña que la asociacion, la mutualidad, la reglamentacion, la co-participacion, la labor á destajo, los bancos populares, las colonias agrícolas, los jurados mixtos y otras instituciones análogas, son en todas partes remedios mas bien que soluciones, pues á pesar de hallarse extendidas en numerosas y variadas formas, á manera de espesa red, por el viejo y el nuevo continente, aún no han alcanzado á hacer desaparecer las huelgas, destruir las resistencias, acallar los apetitos y borrar los ideales. Y es que la cuestion obrera, vária en sus accidentes, vasta en sus tendencias y complicada en sus detalles, toca á la religion por el sufrimiento, á la moral por el deber, á la política por el derecho, á la historia por la tradicion, á la antropología por la vida, á la cosmología por el mundo y á la sociología por todas partes. ¿Cómo abarcarla, pues, en una síntesis superior, cuyo ámplio sentido comprenda la unidad de su concepcion y la variedad de sus elementos, la totalidad en la armonía, la organizacion del trabajo dentro de la organizacion social? Quisiera poder intentarlo.

Distingamos entre el sugeto, el objeto y el procedimiento. Nace el niño y desde su primer vagido, (ó aun antes quizás) aparece tristemente subordinado á la ley de la concurrencia vital sobre un globo inferior en la inmensa escala de los planetas; el instinto de conservacion le sugiere la idea del peligro, el principio de actividad le estimula al trabajo y el hambre y el amor determinan más tarde su lucha por la existencia; y cuando en tan rudo combate sus fuerzas físicas se debilitan, su cerebro se perturba y su voluntad decae, las privaciones, las enfermedades y la decrepitud le lanzan fuera de la superficie de la tierra.

Tal es la criatura humana, segun la escuela realista.

Pero el hombre siente en sí algo desconocido que como rayo de luz en cárcel de tinieblas, ilumina desde los abismos de su conciencia hasta la penumbra de la inmortalidad, guiándole por las vias incomprensibles de lo infinito y lo absoluto hasta la idea de Dios, foco y origen eterno de toda perfeccion, de todo ser y de toda existencia. Por aquel divino destello la fantasia crea, el entendimiento concibe, la razon conoce, el sentimiento aspira, la voluntad triunfa y la personalidad se eleva. Espíritu de vida es fuerza in-

coerble que se une al cuerpo por un misterio, existe en él como un enigma y se separa de él en hondo arcano. Véd aquí el hombre según la escuela espiritualista.

Mas ora sea compuesto de cien y éter, cual creen unos, ó diamante de dos facetas como quieren otros, el hombre desenvuelve su existencia en tres direcciones sustantivamente complejas, si bien racionalmente distintas, que irradian sus efectos en lo físico, lo moral y lo intelectual, por medio del portentoso organismo de su una y triple esencia, viniendo á realizarla totalmente como miembro de una familia, individuo de una sociedad y ciudadano de una pátria. Tambien el gusanillo que pisa se trasforma en crisálida y la crisálida en mariposa; mas si el insecto perpetúa su especie en la naturaleza, el hombre la pertúa en la naturaleza, en el espíritu y en la humanidad. Pues bien, señores; si en el obrero mutilais al hombre, yo os digo en verdad que vais contra los decretos de la Providencia, cual si os esforzárais en volver al estado de larva, la mariposa de azul y oro que gira alegre por el espacio.

Y sin embargo, ¡cuántas decapitaciones morales nos guarda el archivo de la historia, como testimonio y enseñanza á la vez de los extravíos de la raza humana! En el largo calvario de la esclavitud á la libertad, el pobre obrero viene sufriendo un dia y otro dia el doloroso aprendizaje de su destino, hasta que en una hora bendita por Dios, reciba por premio de su resignacion el *bautismo* de la verdadera *igualdad*, así en la tierra como en el cielo. No nos engañamos, pues. La tarea de la historia continúa, por que aún no se ha escrito la última página de la filosofía de la miseria. «En nuestra hermosa Francia, tan rica en pámpanos y en espigas, decia el juicioso Blanqui en el primer tercio de este siglo, muchos millones de hombres no comen pan y no beben mas que agua. Las pobres muchachas de Lyon, cuyos delicados dedos tegan el raso y la gasa, no tienen camisa, y los obreros que decoran con sus magníficos tapices nuestros palacios y nuestros templos, ni aun zuecos tienen para cubrir sus piés!» De entonces acá los tiempos han cambiado, es muy cierto; pero las desigualdades sociales como la capa terrestre, engendradas por la lenta accion de los siglos, continúan desapareciendo al través de cien siglos

bañados en lágrimas. El obrero ha ascendido en su nivel físico, moral é intelectual; mas al salir del último círculo de su infierno, deja tras de sí en los abismos inescrutados de la corrupcion y la ignorancia, al pobre, al indigente, al mendigo, al inválido, al huérfano, al vago, al bohemio, á la ramera y al presidiario. En la geología social, cada capa oculta otra más densa, hasta tocar los bordes de ese abismo sin fondo donde el vicio se confunde con la desgracia, como en el rugiente seno de un volcan se funden y combinan dos cuerpos minerales por la afinidad.

Desde estas profundidades hasta las cimas de la dicha humana, la cuestion obrera vá ensanchando sus dominios y proyectando sus lúgubres sombras sobre las más recónditas sinuosidades de la organizacion social. Al trabajador del campo, de la ciudad, del mar y de la mina, siguen en temeroso proceso los asalariados de la ciencia, del arte y del negocio; á la concurrencia en el taller, la lucha en el presupuesto y en el mercado; á la pobreza, la indigencia; á la indigencia, la miseria; á la miseria, la muerte prematura.... Horrible, pero cierta realidad que se presenta en los siguientes versos:

Esclavo ayer, hoy siervo ó proletario,
Aquí ilota, allí pária, allá mendigo,
Su vida de la cuna hasta el osario
Es la muerte viviendo por castigo;
Cual enigma que busca en su contrario
La clave al bien y al mal que une consigo,
Su existencia es la lucha con la vida,
Que amar aun le complace aborrecida.

Si tal es el sugeto de nuestros desvelos, ¿cuál deberá ser el objeto de nuestros estudios?... Mejorar las condiciones de la vida física, moral, intelectual y social de las clases necesitadas y trabajadoras; hacer la ilustracion, la moralidad, el bienestar y el patrimonio del mayor número posible; disminuir, ya que no extinguir, el proletariado. Otro podrá ser el objetivo ideal, per que el ideal de la perfeccion es lo absoluto; pero las cuestiones sociales en que entra la historia como factor principal, han de ser resueltas bajo el punto de vista relativo, segun las leyes de vida que rigen en cada momento histórico.

Oigamos las palpitaciones de nuestro siglo, de este siglo que irradiará largo espacio en la historia como faro de las más altas empresas; escuchemos la voz de sus doctores, comulguemos con sus discípulos, y persigamos las manifestaciones constantes de estos calumniados tiempos, así en Europa como en América. ¿Qué hallaremos en todo y sobre todo para vencer en tan árdua lucha? Dos principios armonizados por una idea. Desde luego podemos afirmar que la Asociación y la Libertad, han recibido su consagración definitiva en teoría y en práctica. «En el mundo de las pasiones, en el mundo de las inteligencias, en el mundo de los intereses, no se fundará la armonía sino por la asociación.» «Las ideas de asociación y organización toman mayor fuerza y adquieren más saludable extensión en todas las esferas de la actividad.»

¿Será la asociación libre la panacea de todos nuestros males? Iluso me parecería quien tal creyera; al principio de asociación debe unirse el principio de individualidad, como se juntan en un acorde las cuerdas de una lira. Mas ¿quién ha de templar sus cuerdas ajustándolas à la inspiración de Sócrates, al concepto de Platon y al ideal cristiano?... *El amor.*

Pero el amor, me direis; la fraternidad, la atracción, el solidarismo, la caridad, esa fuerza moral y misteriosa oculta bajo tantos y tan dulces nombres.... ¿es principio ó fin, aspiración ó idea, ilusión ó verdad, causa ó efecto? La mayor parte de las cuestiones son círculos viciosos, por que el hombre se coloca en el centro. Elevémonos á un órden superior de ideas, y sinó demostrar, podremos tal vez presentir que hay una ley de afinidad para los espíritus, como existe una ley de gravitación para los astros. Negad, si podeis, la sociabilidad; pero no, no la negueis, por que entonces negaríais el progreso.

Seguro estoy de que las madres, las esposas y las hijas habrán resuelto ya en su corazón el problema que la duda infiltró á deshora en nuestro ánimo. Es que la muger vé la sociedad en el claro espejo de la familia, y sabe bien que familia sin amor, es hogar sin fuego, cuna sin abrigo, infierno sin esperanza. ¡Evas de redención, permitidme que os salude como miembros de una familia, individuos de la sociedad y ciudadanos de una patria!

Ahora al hombre cumple comprender por la razón lo que la mujer adivina por el sentimiento. Sin un fin moral, la asociación voluntaria de las individualidades libres queda reducida á un negocio de egoísmo, para girar en el estrecho círculo de la explotación, y morir por la rivalidad entre los asociados. Es menester levantar los ojos al cielo, dirigir el vuelo á lo infinito, purificar el espíritu en la región de las altas ideas, hacer al individuo fuerte para que la sociedad sea grande y santificar la íntima comunión de las almas con el pan de la sabiduría y la sangre de la fraternidad. ¡Ea, pues, obreros, á la obra! Abramos la escuela junto al templo, llevemos al taller las virtudes del hogar, apelemos de la injusticia de lo pasado al derecho del porvenir, y viviendo todos para cada uno y cada uno para todos, un día llegará en que nuestros hijos coronados de rosas, como nosotros de adelfas, entonarán con más entusiasmo que sus padres la olvidada canción de la juventud:

La patria del justo será la familia,
El sol de sus sueños el cielo natal,
Un himno al trabajo su plácida homilia,
Y el Cristo muriendo su fé celestial!

Señores, he concluido. Si mi palabra no tiene la autoridad del docto ni la elocuencia del orador, no le negareis, al menos, la sinceridad del hombre cuyo corazón alberga los sentimientos más nobles hacia la clase obrera, *considerándose como el primer obrero.*

ANSELMO JORDAN.

EXCELSIOR.

Una canción, acompañada de las melodiosas notas del piano, se oía á través de las entreabiertas ventanas de la lujosa sala del banquete nupcial.

Junto al pórtico habia un carruaje, tirado por dos caballos castaños que acusaban, por su alzada, la raza normanda, protegidos por pardas mantas, al cual subian todo un equipaje.

Por la portezuela del coche salian dos manecitas con altos guantes de claro color lila, que todos se apresuraban á estrechar cordialmente.

Detrás de la labrada verja de hierro del jardin, despojado de flores, se veian una infinidad de cabezas radiantes de felicidad, y de animados grupos de caballeros vestidos con el clásico frac, que saludaban á los que partian, agitando en el aire los blancos pañuelos.

Al fin el cochera subió resuelto á su pescante, crugió la larga fusta, los caballos partieron rápidamente y los dorados cascabeles de las guarniciones de campo, sonaron alegres como las campanillas de una misa de Pascua.

Todo el dilatado espacio que se abarcaba con la vista estaba blanco. La nieve caía fina, ligera é impalpable, como

si Dios quisiera regalar á la tierra una capa de inmaculada blancura, semejante al velo de una desposada.

El coche corria con velocidad vertiginosa. El ruido de las herraduras se apagaba con un sordo rumor sobre la blanda nieve. El horizonte no se destacaba bien. Estaba vago, indeciso, velado por masas de misteriosas nieblas, que la helada y sutil brisa hacia cambiar continuamente de forma y posicion. Los árboles, despojados de hojas y llenas sus peladas ramas de diáfanos carámbanos, tenian las caprichosas formas de grandes flautas de cristal.

El silencio y la soledad del campo, tenian una magestad infinita.

El entrechoque de los arneses solo interrumpia aquel silencio, con un ruido acompasado, algo monótono, que inclinaba á meditar en una deliciosa soñolencia.

Los vidrios del coche estaban semi-opacos por la escarcha de la fuerte helada, y el dia principiaba á declinar con la rapidez con que decae en la estacion de invierno, en los países del Norte, una vez iniciados los primeros toques del crepúsculo. Poco tardarian las oscuras sombras en envolver toda aquella inmensidad blanca, que se extendia por los cuatro puntos del horizonte, hasta confundirse con el cielo, de un invariable color gris.

Atravesaban dilatada campiña algo accidentada, por un camino á cuyos bordes se elevaban seculares árboles y verdes setas, tachonados de nieve inmaculada, por entre los cuales se distinguian á veces alegres casitas de puntiagudos tejados, adornadas de altas chimeneas de rojos ladrillos, que dejaban escapar un humo azulado y ténue, el cual se elevaba formando espirales hasta el cielo, como un incienso del santuario del hogar.

Más léjos, hacia occidente, altas montañas levantaban sus cortados picos, en cuyas crestas se posaban girones de las blancas nieblas, semejantes á una bandada de palomas, dispuestas á levantar el ràudo vuelo para cruzar las inmensidades del ancho y dilatado espacio.

El Norte tiene una poesía que entristece, pero que embelesa. Cuando asistís á esos grandes fenómenos que, á pesar de haber sido explicados por la ciencia, nada han perdido de su primitivo encanto; cuando veis la nieve, cayendo en me-

nudos copos y esmaltando de purísimo blanco la parda tierra; el sol, rojo, redondo, envuelto entre nubes que permiten mirarlo sin que ofenda con sus resplandores la pupila; sus rayos, del más subido encarnado, reflejándose en la tersa superficie de las aguas congeladas, y despues entrais en el hogar, en cuya ancha chimenea arde grueso tronco de añosa encina, que difunde luz, perfume y calor vivificante por la estancia, y veis á través de los vidrios de la ventana, que empañia la escarcha, los pequeños pajaritos de rojo pecho y oscuras alas, que revolotean y pian, medio ateridos por el frio, como exigiendo el alimento que no encuentran sobre la inhospitalaria nieve; cuando veis todas estas fiestas de la Naturaleza muerta, y todos estos encantos del albergue, no echais de menos el sol esplendoroso, las brisas cálidas, los mares deslumbrantes, los murmuradores bosques del Mediodía.

Un placer mezclado en extraña analgama de profunda melancolía, os embarga el alma.

Y despues, como la diosa de todo aquel mundo tan diferente de nuestro mundo, la mujer del Norte, pálida, de ojos rasgados, azules y profundos, de cabellera rubia, como si los rayos del sol hubieran venido convirtiéndose en menudas y sedosas hebras á adornar la despejada frente; de estatura elevada, á la cual falta en verdad algo de la gracia meridional, pero á la que sobra en cambio magestad y gallardía; la mujer del Norte, que lleva en su alma infinita, romántica, pero apasionada, con sereno apasionamiento, mundos de amor, de abnegacion y de cariño.

¡Cuán grato era, despues de aquel dia de inolvidables emociones, de santos juramentos y de ruidosas fiestas, encontrarse al fin los dos solos, las manos entrelazadas, mudos de felicidad, sin atreverse á hablar, como temerosos de que el ruido de la voz que encarna el pensamiento, pudiese desvanecer el conjuro de aquel encanto y de aquel éxtasis!

Habian empezado una nueva vida, y á contar desde aquel dia comenzaba la nueva era.

Ella se habia quitado el sombrero de viaje, colocándolo sobre los blandos almohadones de raso azul; habia desatado el velito de tul blanco que perfumaba con su aliento, y su

cabeza, ideal de rubia y vaporosa cabellera, reposaba sobre el pecho de su marido.

Sus grandes ojos, azules como el cielo de Andalucía, estaban fijos y absortos, con mirada tan estática, que parecían mirar al infinito. Sus manos, de largos y afilados dedos, deshojaban un ramo de tempranas y cárdenas violetas, que exhalaban con fuerza su embriagador perfume.

Algunas veces, un ligero suspiro levantaba el clásico seno, ceñido aún con el rico traje de crujiente raso blanco, y á veces, por el contrario, una sonrisa se deslizaba por sus bermejos y frescos lábios, como pasan las brisas por la superficie de los tranquilos lagos, rozando las aguas sin agitar las ondas.

Bajo los anchos pliegues de su falda adornada de calados y pálidos encajes, asomaba aprisionado en un lindo zapatito blanco, un pié diminuto y lindísimo.

Su téz era blanca y pálida, como el color de las estatuas antiguas, bruñidas por el aire y el sol esplendoroso de los climas del Mediodía, pero á veces, cuando una de las impresiones de aquel inolvidable día cruzaba por su alma, dejando una luminosa estela de recuerdos en su mente, sus mejillas, tersas y frescas, se coloreaban de encendida grana.

Las líneas curvas de su flexible talle unían con irresistible encanto la pureza de la belleza ideal, á la grata realidad de la perfección plástica.

Estaba pensativa y absorta. Los años, hasta entonces felices de su vida, cruzaban en confuso torbellino por su alma, mientras los recuerdos de la pasada dicha eran uno á uno evocados por su mente. Recordaba de esta suerte, primero las muñecas, símbolos por los que la niña revela el ministerio que está llamada más tarde á desempeñar en la vida; después el día que arrastra la primera cola y se ciñe las primeras galas, ese día que forma época en la historia de todas las mujeres; después el primer baile donde ostentára las ricas joyas mezcladas á las aéreas gasas y á las perfumadas flores, sus primeros amores, su casamiento, su marido, en fin, á quien amaba con toda la sinceridad y toda la pureza de los primeros amores, cuando aun las tristes realidades de la vida no han marchitado ni una sola ilusión, ni un solo ideal en el alma.

Su felicidad era tan grande, que á veces creia soñar: pero entonces la cabecita ideal de trenzas de oro, reposaba con mäs fuerza sobre el pecho de su marido y sentia allí latir un corazon, que era todo suyo.

Goethe no hubiera soñado un tipo más perfecto para la heroína del poema que ha inmortalizado su nombre, que la niña, que entre galas y flores entraba, por el matrimonio, en el mundo de la realidad.

El contemplaba orgulloso y enamorado á su mujer, aquel sèr débil, sensible y nervioso como un pájaro, que le habia sido otorgado por un sacramento, para que la hiciese dichosa, protegiéndola y amparándola, en las deshechas tempestades y fuertes borrascas de la vida.

Y cuán grande sería su crimen, si él no la hacia feliz como se lo habia prometido al pié del altar, donde ella, en otro tiempo, habia depositado todos los años, allá por los meses de primavera, olorosos ramos de pintadas flores, como piadosa ofrenda á la Inmaculada Virgen, Madre del Divino Verbo.

Muchos otros hombres antes que él, habian tenido los mismos sueños y habian acariciado los mismos proyectos, y cuántos ¡ay! habian visto desvanecerse estas doradas ilusiones, en la corriente de la vida, entre realidades tristísimas, como se desvanecen y se evaporan y se pierden las blancas nieblas de las costas al primer rayo del vivificante sol de la mañana.

La senda por la cual marcha el hombre con sus ilusiones y esperanzas, es tan estrecha, que apenas si hay lugar para que pase él sólo, luchando en cruentísima batalla, que dura hasta que el sueño del último reposo bate sus negras, tristes, mortuorias alas sobre la humana frente, logrando convertir, por una larga série de extrañas metamórfofis, en menudo é impalpable polvo aquellos ojos que vieron, aquel cerebro que pensó y aquella lengua y aquellas fáuces que vertieron la palabra, animando de un alma las ideas.

El camino hasta la casa que ambos habian alhajado con el amor con que construye el ruiseñor su nido, era largo. Las sombras iban espesándose rápidamente: la blanca nieve caia cada vez más de prisa, á medida que se aproxi-

maba la noche; y miéntras, los humeantes caballos seguían su silenciosa carrera, cercana ya á su fin....

Lo que se digeron no se sabe, ni, á saberse, podría escribirse; porque á veces la palabra carece de matices y armonías bastantes para describir lo que se comunican dos almas, ó la luz de una mirada en estos momentos de corta, pero divina felicidad sobre la tierra.

F. R. SPENCER.



LA PEREGRINACION DE CHILDE-HAROLD.

POEMA DE BYRON.

(FRAGMENTOS DEL CANTO PRIMERO.)

XLV.

Harold camina solitario siempre
Por ver Sevilla, que orgullosa se alza;
Libre se encuentra del francés tal presa,
Mas pronto la conquista se prepara
Un camino de fuego, y de sus ricos
Palacios mil de arquitecturas mágicas,
Sobre las piedras marcará terribles
Las huellas de sus pasos que devastan.
¡Hora de luto inevitable! En vano
Se resiste al destino, cuando lanza
Su raza audáz la destruccion famélica
Sobre un país ó una ciudad infausta.
Si revocables sus decretos fueren
Y lion y Tiro no cayeran; santa

Truinfase siempre la virtud, y el crimen
Vencido, nunca prosperar logrará.

XLVI.

Mas no previendo su cercana suerte
Los habitantes de Sevilla danzan,
Y en fiesta, orgías y en alegres cantos,
En regocijos mil las horas pasan.
No es el hierro enemigo el que los hiere,
No el que suena el clarín de la batalla,
Sí del amor el bandolín. Sevilla
Jamás desiertos de locura humana
Vé sus altares; sus nocturnas rondas
Hace el desórden; reina acompañada
La seducción con sus secretos crímenes,
Hasta el postrer momento, en sus murallas.

XLVII.

No así sucede al campesino que huye
En busca de un refugio, con su cara
Trémula esposa, dirigir temiendo
Léjos de sí sus húmedas miradas,
Por el dolor de contemplar sus viñas,
Que el fuego atroz del enemigo abrasa.
¡Pasó ya el tiempo en que al brillar la luna
Bailaba al son de castañuelas rápidas!
Si los placeres que matais, pudiérais
Por un instante disfrutar, monarcas,
De cierto tras la gloria no corríerais,
Ni el eco ronco del tambor turbara
Ya mas el sueño, ni ignorase el hombre
Lo que es la dicha que fugaz no acaba.

XLVIII.

¿Cuáles son del robusto muletero
Las coplas hoy? ¿Es el amor, su amada,
La vírgen de los cielos, lo que invoca,

Para alegrar su larga caminata?
 No: solo se oye el grito ¡viva el rey!
 Interrumpido por palabras ásperas
 De maldicion contra Godoy, y el viejo
 Imbécil Carlos, contra la hora infausta
 En que á su amante vió de negros ojos
 Por la primera vez, de las Españas
 La hermosa reina, y la traicion fraguóse
 De su pasion adúltera y nefanda.

XLIX.

En la llanura coronada al lejos
 De peñascos, en que aún las atalayas
 De los moros se ven, la tierra ha sido
 De los corceles por doquier hollada;
 El paso de enemigos nos demuestra
 El cespéd abrasado por las llamas;
 Aquí acamparon; en el sitio aqueste
 Las guardias encendian sus fogatas;
 Aquí el valiente labrador, que un día
 Tomó «la cueva del dragon», repara
 En unos sitios, disputados tanto,
 Y muestra con orgullo esas montañas.

L.

Cuantos hallais adornan su cabeza
 Con una escarapela de escarlata;
 Esto os dirá si el que á vosotros viene
 Es de la amiga ó enemiga banda;
 ¡Ay del que se presente sin aquella
 Muestra de su realismo! Está aguzada
 Siempre la hoja del puñal, y el golpe
 Será imprevisto. Pronto de la España
 Arrojados serían los franceses,
 Si las ocultas y traidoras dagas,
 Del sable el filo contener pudieran
 É impedir el estrago de las balas.

LI.

En la extension que abancan vuestros ojos
Cada roca presenta una artillada
Batería mortífera, y obuses,
Caminos destrozados, erizadas
Trincheras, fosos, batallones bélicos,
Almacenes allá cual nidos de águilas,
Corceles ensillados al abrigo
De bálagos, pirámides formadas
De bombas, mil hogueras encendidas,
Anuncian la explosion que se prepara.

VII.

Aquel cuya mirada amenazante
Bastó para arrollar tronos y tiaras,
Antes de levantar su fuerte cetro
Cortos momentos se detiene y pára.
Prontro sabrán abrirse sus soldados
Paso, á través de estas barreras vanas,
Y obligado veráse el Occidente,
Cual azote á temerle. ¡Hermosa España!
¡Cuán triste será el día de ruina
En que veas tus hijos, á bandadas,
Precipitarse en la mansion del sueño,
Mientras se cierna el buitre de las Galias!

LIII.

¿Es necesario, por ventura, muera
Tu tan brillante juventud, cual brava,
Para saciar el ánsia de un tirano?
¿No hay medio entre la muerte y la execrada
Servidumbre, entre el triunfo y la rapiña,
Ó la inminente destruccion de España?
¿El Dios á quien adoran los mortales
No oirá su voz, que su justicia clama?
¿Será el impulso del valor inútil?

Consejos sábios, el amor, la pátria,
El ardor juvenil, y el pecho indómito
De la madura edad ¿no serán nada
Para librar de su fatal destino
A esta tierra, que tantos amenazan?

LIV.

¿En vano acaso la española vírgen
Colgó, muda, del sauce su guitarra?
Olvidando su sexo, del guerrero
Viste la cota de brillante malla;
En sus peligros como el jóven entra,
Y el himno entona de marcial venganza.
La que á la vista de una herida solo
Quedaba un tiempo demudada y pálida,
Y prorrumpia en temerosos gritos
Al ver un ave de nocturnas alas,
Contempla fiera y sin pavor los rayos
De innumerables homicidas armas,
Que por encima de sangrientas víctimas
Pasan brillando, y cual Minerva avanza
Por sitios ¡ay! que de la guerra el Génio,
El propio Marte con temor pisára.

LV.

¡Oh vosotros! que oireis con noble asombro
La historia de sus bélicas hazañas;
Si la habeis conocido en tiempos placidos,
Si admirásteis sus ojos, que aventajan
En negrura á su velo, si escuchásteis
Su dulce tierna voz, allá en su estancia;
Si habeis visto su larga cabellera,
Su talle aéreo y su divina gracia,
¿Podido hubiérais presumir que un día
De Zaragoza las almenas altas
La vieran sonreir ante el peligro
De la Gorgona amenazante, y rápida

A los soldados dirigir al triunfo,
Por senda angosta y de difícil marcha?

LVI.

Su amante cae... y ni aun siquiera rueda
Por su megilla inoportuna lágrima;
Su gefe ha muerto... y con valor ocupa
El puesto de él; sus huestes se desbandan,
Y ella impide la fuga; el enemigo
Es rechazado, y guía á la venganza;
¿Quién mejor que ella aplacará los manes
De aquel amante? ¿Quién podrá irritada
Vengar, cual ella, la terrible muerte
De su gefe, y hacer que la esperanza
Recobren los guerreros abatidos?
Cual ella ¿quién allí se encarnizara
Contra enemigos, puestos en huida,
Por débil hembra, en débiles murallas?

LVII.

No, sin embargo, á raza de amazonas
Son comparables las ibéras damas;
Para sus lazos el amor las hizo;
Si á sus hermanos en valor igualan,
Siente sus huestes á mezclarse atrévense.
Su ardor es ira de paloma blanda,
Que vuela y pica la alevosa mano
Del que á su esposo amenazante amaga;
Por su valor y su sin par dulzura,
Son superiores y á la vez hermanan
Más poderosos atractivos que otras,
Y más ardientes, vigorosas almas.

LVIII.

Impresos véense unos hoyuelos leves
Por el amor, en sus megillas cándidas;
Sus lábios, nidos de fugaces besos,

Diciendo están que del valor se pagan;
¡Qué encantos muestran sus altivos ojos!
Ni Febo la frescura y la fragancia
Pudo á su téz arrebatár; sus rayos
Tintes les dieron que mejor encantan.
¡Quién buscaría en el helado Norte
Hermosuras más cèlicas y pálidas?
Su esbelto cuerpo, sus redondas formas,
¡Cuán acabados y á la vez qué lánguidas!

LIX.

¡Oh vosotras, poéticas regiones!
Hareis de este país, en donde blanda
Por ellas hago resonar mi lira,
Pues no hay quien pueda resistir sus gracias;
Con ellas comparad vuestras huries,
A las que apenas respirar las auras
Dejais del cielo, por temer que vuele
Amor á ellas de la brisa en alas.
Reconoced que del profeta vuestro
El paraíso encuéntrase en la pátria
De esas celestes adorables vírgenes,
Por su belleza angelical y mágica.

LX.

Y tú, Parnaso, á quien contemplo ahora,
No en un ensueño ni en fingida fábula,
Sino en tu agreste magestad, alzando
Hasta las nubes tu mansion nevada;
¡Quién verá extraño que mi canto invóquete?
¡No será dado al que, aunque humilde, se halla
De tí tan cerca, saludarte, aun viendo
Que ni una musa por tus cumbres pasa?

LXI.

¡Con qué frecuencia en tus sagradas cimas
Soñé! Jamás la inspiracion más alta
Sintió el que ignora tu glorioso nombre;

Hoy te contemplo, y se avergüenza y calla
Mi débil lira al recordar aquellos
Que en otros tiempos te invocaron; pávida
La mente se extremece, y otra cosa
No puedo hacer que arrodillarme. No alza
Mi voz el vuelo; pero allá entre nubes
Te miro al menos, satisfecha el alma.

LXII.

Más feliz yo que los ilustres bardos
Que el hado liga en apartadas playas,
¿Veré sin emoción aquestos sitios
Que otros, sin ver, en su delirio ensalzan?
Aunque en tu gruta no aparezca Apolo,
Aunque tú mismo, en otro tiempo, estancia
De Musas, solo su sepulcro hoy seas,
Aún reina un génio de benignas alas
Que aquí suspira; en tu caverna duerme,
Y silencioso ó cadencioso pasa,
Entre la brisa ó el rumor dulcísimo
De tus corrientes melodiosas aguas.

LXIII.

Un día á verte tornaré. He cortado
Mis cantos, por rendirte una alabanza.
Olvidando la España, sus valientes
Hijos, sus hembras, su destino al alma
Libre, tan caro, mi saludo díte,
¡Oh monte augusto! derramando lágrimas.
Vuelvo á mi objeto; mas permite que antes
Lleve una prenda, cual memoria amada;
Del de Dafne, inmortal árbol, concédeme
Solo una hoja, y haz que la esperanza
Del que te invoca, por hinchado orgullo
Jamás se tome, ni arrogancia vana.

LXIV.

No; de la Grecia en los mejores tiempos,

Jamás hallaron tus pendientes áridas
 Tal de beldades à sus piés un coro;
 Ni cuando ardiendo con celeste llama
 Dejaba oir la Pitonisa el himno,
 Vió Delfos grupo de bellezas mágicas
 Más de inspirar los amorosos cánticos
 Dignas, que aquellas hijas de las playas
 De Andalucía, respirando anhelos.
 ¿Por què no habitan las florestas plácidas
 Que aún à la vista nuestra Grecia ofrece,
 Aunque sus glorias eclipsado se hayan?

LXV.

Es muy bella Sevilla la orgullosa;
 Aun por su fuerza y su riqueza ensálzanla;
 Càdiz, que al léjos de la costa mírase
 Más seductora, no al igual se alaba.
 ¡Corrupto vicio! ¡Tus senderos tienen
 Oculto encanto! ¡Quièn huir logrará
 De tu mirada que fascina, cuando
 La jóven sangre el corazon inflama?
 Tú, que eres sierpe con cabeza de ángel,
 Doquier nos sigues, y tus formas cambian
 Para ofrecer tu engañosor aspecto,
 Conforme al gusto del mortal que engañas.

LXVI.

Cuando cayó desmoronada Pafos
 Del tiempo á impulsos, (cuya rueda rápida
 Tambien arrastra á la deidad que es reina
 Del Universo) los deleites, cálidas
 Zonas buscaron, como aquella dulce,
 Y Vénus, fiel á la que fué su blanda
 Cuna, á la mar, la veleidosa Vénus
 En Càdiz sólo levantó sus áras,
 Y sin pesar estableció su culto
 En la ciudad de las murallas blancas.

En templos mil son sus misterios célebres,
Y el divo fuego en sus altares rádia.

LXVII.

De la mañana hasta la noche oscura,
Desde la noche hasta que asoma el alba
Y en sobresalto una mirada arroja
A la ruidosa multitud que pasa,
Óyense cantos y guirnaldas téjense,
Fuegos se inventan y locuras fráguan;
Por largo tiempo los prudentes goces
Ya despedid los que llegais, pues nada
Corta estas fiestas; aunque incienso elévese
En los lugares de devota calma,
Las oraciones y el amor se juntan
Y se reparten nuestras horas rápidas.

LXVIII.

Llega el domingo. En tan cristiana costa
¿Cómo este día y su misterio acatan?
Se le consagra una solemne fiesta.
Callad; ¡oís al de robustas astas
Rey de las selvas como muge? rompe
Picas, por tierra con su fuerza brava
Deja ginetes y caballos, bebe
Vapor de sangre por sus fáuces anchas,
Y allá en la plaza resonantes gritos
Segunda lucha con furor demandan.
La desbordada multitud aplaude
Viendo en el suelo palpitar entrañas.
Ni aún ha tornado la beldad sus ojos,
Ni se ha fingido entristecida y pálida.

.

LXXI.

Los pueblos todos sus locuras tienen;
La tuya ¡oh Cádiz! á la nuestra en nada

Es semejante. Del relój apenas
 Las nueve suenan, en gentil mañana,
 Ya tus devotos habitantes oran
 Con sus rosarios á la virgen sacra,
 (La sola en tí que en mi opinion es vírgen)
 Rogando impida tentaciones tantas.
 Desde la Iglesia hácia la plaza corren
 Donde la horrible saturnal preparan,
 Y á ricos, pobres, jóvenes y viejos,
 El mismo impulso sanguinario lanza.

LXXII.

La lira se abre en espacioso circo,
 El pueblo ocupa las inmensas gradas,
 Apenan suenan los clarines, hueco
 No queda ya para el que tarde avanza.
 Allí ha llegado la grandeza toda,
 Las en amor habilitosas damas,
 Siempre dispuestas á curar heridas,
 Que con sus ojos maliciosos causan.
 No aquí el desden á los amantes tristes
 La muerte infiere, que con voz romántica
 Por sus crueles y acerados dardos
 Con gran frecuencia los poetas cantan.

LXXIII.

Silencio guarda del concurso todo
 La inmensa mole; sus cabezas alzan
 Cuatro ginetes con penachos blancos
 Llevando picas y aun espuelas áureas;
 Sobre corceles arrogantes trotan
 Y se preparan para mil hazañas;
 Inclínanse, y hasta mitad del circo
 Llegan, flotando sus bordadas bandas;
 Si en el combate se distinguen, logran
 Aplausos mil, y de divinas damas
 Sonrisas dulces ¡recompensa amable!
 ¿Qué más los reyes y el guerrero alcanzan?

LXXXIV.

Brillantemente ataviado, y siempre
De pié en el centro de la extensa plaza,
Aguarda el ágil matador el punto
De herir al rey de las agudas astas.
Ha recorrido con prudente paso
El circo todo, por temer que haya
Tropiezo opuesto á su veloz carrera;
Combate léjos con su diestra armada.
Es á esto á todo lo que el hombre atrévase
Sin el auxilio del caballo, y bárbara
Muerte le lleva á recibir, no obstante.
Sonó tres veces el clarín; ya dada
Está la seña, ya el chiquero abrióse,
La muda espectacion tiene clavadas
Sus mil miradas en el ancho circo;
La fiera siente un latigazo y salta.
Dirige en torno sus salvages ojos,
Golpea el suelo con sonora planta,
No en ceguedad al enemigo arrójase,
Primero prueba sus terribles armas;
Embiste á izquierda y á derecha, azota
Con móvil rabo sus traseras anchas,
Dilátanse sus irritados ojos
Y lanzan chispas de ardorosas llamas.

LXXVI.

Súbito para y sus miradas fija;
Huye, imprudente, á preparar tu lanza.
Llegó el momento de morir, si diestro
No evitas su furor; su cuerpo salvan
Ágiles los corceles, muge el toro
Que siente el hierro, en sus hijares mana
La sangre á rios, furibundo agítase,
Le abruma lluvia de venablos, raudas
Sobre él las picas se suceden, y óyense
Bramidos roncós que el dolor le arranca.

LXXVII.

Repuesto el toro, ni venablo y picas
Ya le detienen; tentativas vanas
Son los desvios del corcel; inútiles
De los ginetes el arrojo y armas;
Todo lo arrolla, en la empapada tierra
Vése cadáver un caballo, y pasa
Otro ya abierto, tras de sí arrastrando.
¡Espectáculo horrible! sus entrañas.
De muerte herido vacilante cruza
Y del peligro á su ginete salva.

LXXVIII.

Rendido ya, pero hasta el fin furioso,
El toro, inmóvil en la ardiente plaza,
De tanto fuerte luchador en medio,
Se hace temer, aunque el dolor le amaga.
Este es el punto en que á cercarle vuelan
Los matadores con sus rojas capas,
Hace un esfuerzo y como el rayo arrójase,
¡Furor inútil! la traicion le alcanza,
Sus ojos cubre el encarnado trapo,
Ya no hay remedio; vâ á morir, le matan.

LXXIX.

El hierro hundido sobre el sitio queda
En que á la espina la cerviz se engrana;
Párase, oscila, retrocede al cabo;
Despues es fuerza desplomado caiga
Entre los vivos, sin gemir siquiera
Ni agonizar. Con aparato avanza
Lujoso carro, y su cadáver ponen
Sobre él ¡oh fiesta para el pueblo grata!
Cuatro corceles de veloz carrera
Muerden sus frenos y al vencido arrastran.

LXXX.

Tal es la loca diversion que atrae
Á la dorada juventud de España;
Acostumbrada à presenciar la sangre
Hierva en su seno la fatal venganza,
Y hasta el dolor sin emocion contempla.
¡Qué de querellas los lugares manchan!
Aunque se junte un numeroso ejército,
Aún hay bastantes españolas almas
Que, léjos ¡ay! del campamento, aguzan
Mortal el hierro que à la defensa clavan.

LXXXI.

Mas ya acabó el reinado de los celos;
Ya rejas no hay ni carceleras ávidas;
En el olvido del pasado duermen
Esos grilletes de prisiones bárbaras
Que el viejo esposo combinar solia
Para guardar su prisionera. ¡Cuántas
Mugeres, tal cual las de España, fueron
Libres, cuando ántes de arrojar su lava
El volcan de la guerra, se las vía
La cabellera dividida en largas
Trenzas, pisando con cadencia el césped,
En tanto el astro protector del que ama,
Al campo ameno y à la danza amiga
Prestaba el tinte de su luz de plata?

LXXXII.

¡Ay! ¡Cuántas veces Childe-Harold amado
Había, ó bien imaginado amaba,
Pues es el ánsia del amor un sueño,
Hasta que halló sin sensacion su alma!
Nunca del Lèteo las amargas ondas
Bebido había, y del amor las alas
Fué lo que al cabo comprendió era bello,

Mientras belleza, juventud y gracia,
Le demostraron que veneno oculto
Sobre las flores el placer derrama.

LXXXIII.

Mas, no es que encanto en la beldad no hallase;
Como el sábio admirábala. La humana
Sabiduría, no es tampoco á un pecho
Prive quizás de inspiraciones castas.
Pero el delirio en el olvido muere,
Y el vicio audáz que entre deleites cava
Su propia huesa, sepultado habia
De Harold por siempre toda la esperanza.
Víctima triste del hastío, viendo
Doquier tinieblas en su vida odiada,
Como Cain sobre su frente lívida
Sello de eterna maldicion llevaba.

.

ANTONIO LEDESMA.

CUESTIONES PSICOLÓGICAS.

I.

PROCEDIMIENTOS Y PROBLEMAS.

En la obra de incesante progreso que realiza la ciencia contemporánea, las investigaciones experimentales enriquecen notablemente los archivos del humano saber, con materiales de conocimientos, datos y soluciones, que pasáran inadvertidas para las edades anteriores.

Débense las nuevas conquistas del pensamiento moderno, no tan sólo à la precision y exactitud de los procedimientos que se emplean en las investigaciones, sino al espíritu innovador que las informa.

Los conocimientos psicológicos han salvado, por fortuna, los estrechos límites que les impusieran el *intelectualismo* ó el idealismo abstracto, reinantes en no lejanos tiempos, y las nuevas escuelas producen un movimiento favorable para el completo estudio de los fenómenos anímicos, relacionando la ciencia particular del alma humana con todo linage de ciencias particulares, de las que toma preciosísimos datos para su ulterior desenvolvimiento.

No impiden, sin embargo, estas relaciones, que la Psicología aparezca como ciencia formulada con propia base; pero el hecho espiritual, si se produce objetivamente, no puede dejar de efectuarse sino mediante el concurso de nuestra naturaleza corporal, á la cual acudimos en muchas ocasiones, para comprender estados particulares de nuestra personalidad interior.

De la complejidad de tales relaciones dimanar multitud de problemas, que jamás se han considerado como parte interna del proceso psicológico-científico y que hoy ocupan la atención de los pensadores, en este orden de conocimientos.

La Psicología contemporánea, en tal respecto, no se presenta como una nueva filosofía, ó como una negacion de ella, sinó como un desenvolvimiento del pensamiento filosófico; no concede valor á los antiguos procedimientos metódicos, y proclama la experiencia, como la única y suprema fuente del conocimiento del espíritu, sin tener en cuenta que la experimentacion, como funcion particular del conocimiento sensible, sólo puede obrar ante el fenómeno, transitorio y mudable, fundando á lo sumo una historia de los hechos anímicos, no, ni nunca, la ciencia filosófica de nuestro ser espiritual.

Pero aunque deficiente, la psicología de la experiencia ha dado origen á una escuela notable: la escuela psico-física, llamada á producir resultados de inmensa valía por sus curiosas y notables observaciones, y por sus profundos análisis, especialmente en lo que respecta á las relaciones de los elementos que integran nuestra doble vida corpórea y espiritual.

De esta suerte se há dado el verdadero carácter antropológico que debe tener la ciencia del alma; pues si es innegable que en la complexion de lo orgánico existen condiciones para la manifestacion de lo anímico, como causas ocasionales y aún concomitantes, no existe identificacion de objeto, ni menos localizacion; y así lo entienden la generalidad de los que hoy se ocupan en este linage de trabajos, como lo prueba perfectamente Lotze, fundador y representante de la direccion fisiológica, al afirmar, que el alma no puede ser considerada como una resultante de algo, sino sólo como una *unidad*.

La direccion psico-física, estudiando la relacion de lo orgánico, y anímico no es màs que uno de los aspectos de las escuelas experimentales, para las que la ciencia psicológica sólo tiene por propio objeto descomponer y estudiar el contenido de nuestra conciencia en sus elementos, propiedades y relaciones.

Dado de esta suerte el problema general de la psicología, de él se desprenden tres cuestiones de suma importancia, á las cuales responden tres métodos distintos; no pudiendo aquellas resolverse de un modo satisfactorio, sino á condicion de que los fenómenos subjetivos guarden una dependencia regular con los objetos exteriores.

Precisados de esta manera los caracteres distintivos de la psicología contemporánea, no podemos menos de reconocer que su esfera de accion es demasiado pequeña; pues si entre las sensaciones y percepciones externas *parece* existir, en algunos casos, la precitada dependencia regular, no sucede lo mismo en las voliciones, ni en los fenómenos afectivos, cuyas modificaciones, produciéndose en la intimidad de nuestro sér, son debidas á influencias meramente subjetivas, que salen fuera de los límites de toda experiencia.

Modifícase en este punto el problema psico-físico, pretendiendo relacionar las leyes del espíritu á las leyes biológicas; pero como los fenómenos de la vida son á veces tan complejos, que la observacion y la experiencia son de suyo impotentes para su conocimiento, solamente la conciencia puede dárnosle del hecho anímico en su relacion con el orgánico, y el método subjetivo es el poderoso auxiliar para las investigaciones: de esta suerte queriendo los experimentalistas proscribir el procedimiento de conciencia, se ven obligados á recurrir á él, como único método de indagacion, suficiente para el estudio de las cuestiones psíquicas.

Y aún cuando pudiéramos suponer hipotéticamente que los hechos espirituales se conocian en sus antecedentes físicos y fisiológicos; que todos los fenómenos de la vida interior se hallaban sometidos à las leyes generales del movimiento, aún todavía la psicología de la experiencia tendria que declararse vencida ante la imposibilidad de comprender la naturaleza propia del espíritu y el organismo de sus relaciones interiores.

Las tres cuestiones de capitalísima importancia que aborda la escuela psico-física son correlativas y se desprenden necesariamente del carácter que le hemos asignado.

Refiérese la primera á la indagacion de los elementos de la conciencia y á sus propiedades cuantitativas y cualitativas, respondiendo á ella los métodos psico-físicos cuyo objeto es el estudio exacto de los elementos de nuestras representaciones, mediante la modificacion de las excitaciones externas concomitantes de nuestros estados sensibles, ya determinando el mínimun de excitacion necesario para que la sensacion se verifique, ya descubriendo las relaciones constantes entre el cambio externo de aquella y el interno de la sensacion correspondiente.

Estos métodos se conocen con los nombres de método de las diferencias mínimas, método de los casos verdaderos y falsos y método del error medio, y aunque para la generalidad de los pensadores de la escuela, el primero es el de mayor importancia, sus resultados no pueden satisfacer en absoluto las exigencias reconocidas á la certeza científica.

Nadie pone en duda la existencia de una relacion entre el hecho fisiológico de la excitacion y el espiritual correspondiente; pero puede afirmarse que esa determinada relacion no es en modo alguno constante—condicion necesaria para elevarla á ley—y en prueba de ello, el ilustre profesor de Lieja, Mr. Delbœuf, acepta, que el grado de sensibilidad depende de la organizacion del individuo sensible, y que un cambio de estado puede no ser sentido, ya por la poca variacion en la amplitud de los movimientos, ó por la lentitud de la variacion, ya por la flexibilidad excesiva del ser sensible, ó por la falta de ella, llegando de este modo á admitir dos excitaciones distintas: una exterior correspondiente al objeto, y otra interior ó fisiológica, variable en sumo grado hasta en el mismo individuo.

La segunda cuestion tiene por objeto el estudio de los elementos de las percepciones complejas y las leyes que rigen la combinacion de los mismos.

Dos métodos, indirecto ó analítico, y directo ó sintético, permiten resolver el anterior problema; éste consiste en reconstituir la percepcion, dados sus elementos, y supone como condiciones necesarias, que puedan ser aislados, que

lleguen á formar representaciones distintas, y combinarse arbitrariamente por nosotros; no realizadas estas condiciones sino en determinados casos, el método directo sólo puede servir convenientemente á comprobar los resultados del análisis.

El método analítico ó indirecto modifica la cualidad ó las condiciones bajo las cuales se presenta una percepcion, para descubrir sus elementos. Dos distintos procesos se emplean para llevar á término la solucion, y reciben los nombres de métodos de division y variacion.

El procedimiento de division amplía ó aísla las sensaciones comprendidas en una percepcion compleja, valiéndose á este fin de los instrumentos, que, como el *microscopio* y el *micrófono*, amplían el poder de nuestros sentidos, y que como el *espectróscopo* y el *polariscopo*, dividen un todo complejo en sus partes elementales.

El procedimiento de variacion consiste en modificar las condiciones bajo las que se produce la percepcion, ya modificando las condiciones subjetivas, ya las objetivas, ó extendiendo la modificacion á ambos elementos.

Las modificaciones objetivas son de una gran importancia para el análisis de las percepciones complejas, como lo demuestran las experiencias relativas á las ilusiones normales de la vista; siendo este punto el más instructivo é interesante de las direcciones que estamos bosquejando.

Corresponde el tercer problema á la coexistencia y sucesion de las representaciones, y puede ser considerado bajo un doble aspecto; ó bien estudiando las relaciones de semejanza y contraste que presiden á la asociacion de las percepciones, en cuyo caso el problema aparece bajo el punto de vista cualitativo, ó bien se aplica á estudiar la duracion absoluta y relativa de los actos psíquicos.

Este problema es de vital interés en lo que hace relacion á las particularidades individuales, y á los estados anormales de nuestras facultades. estudio que hoy comienza merced al progreso de otras ciencias y en especial de la fisiología.

Las enfermedades mentales, los estados mórbidos de la Memoria y de la Voluntad nos suministran detalles de inmensa valía para el conocimiento de las percepciones complejas.

La duracion de los actos psíquicos puede comprobarse por dos procedimientos distintos: de reaccion y de comprobacion; si bien el primero supone predeterminada la duracion de un acto simple, al que se comparan los más complejos, cuya duracion nos proponemos conocer.

Este estudio es menos controvertible que el del primer problema que enunciamos, pues si en la vida de relacion del espíritu y del cuerpo, á cada modificacion de lo anímico corresponde, correlativamente, una modificacion orgánica y al contrario, el hecho psicológico puede, de una manera inmediata, traducirse en movimiento funcional, sin la complejidad de accidentes que se presentan al ser recibidos en el espíritu los estados corpóreos mediante la sensacion, límite irreductible del ciclo fisico-psíquico.

A esta cuestion vá unida la de la duracion de la percepcion en las representaciones simples y complejas, y como toda representacion depende de circunstancias psíquicas sumamente variables, de aquí que no pueda afirmarse más que la variabilidad de la duracion; siendo prueba evidente las cifras obtenidas por Wundt, Tischer y Friedrich relativas á la percepcion de dos sensaciones luminosas, que se suceden irregularmente, cifras que varían de un modo notable para estos observadores (0'086, 0'047, 0'050 de segundo).

Como puede verse por la exposicion sumaria que precede, todas las investigaciones de las escuelas experimentales se limitan á los fenómenos, á los hechos sensibles, por lo que aparecen impotentes para un completo estudio de la realidad espiritual.

Mas estas investigaciones fragmentarias tienen un profundo valor si se las considera bajo su verdadero punto de vista, y no con la exagerada pretension de sustituir los antiguos procedimientos.

Estos tenían sus naturales limitaciones nacidas del dogmatismo que informaba todo el proceso especulativo; eran por tanto un aspecto parcial de la ciencia del espíritu humano, como los nuevos métodos lo son asimismo.

La experiencia en la Psicología sólo es posible cuando el hecho externo está en relacion con el interno y cuando se le puede modificar arbitrariamente; pero aun así quedaría muy limitado el campo de las investigaciones psicológicas,

y se construiría tan sólo una *historia natural* del alma, insuficiente para el conocimiento verdadero, cierto y sistemático de ella.

A propósito de los nuevos métodos psicológicos dice Séailles:

«La naturaleza del sentimiento y de las voliciones, del mismo modo que las funciones superiores del pensamiento no pueden ser conocidas por los métodos de la psicología experimental. En este caso no se pueden estudiar las condiciones físicas, sino las fisiológicas de los hechos internos traduciendo de este modo los fenómenos psíquicos más complejos bajo las formas del tiempo y del espacio.»

«Es verdad que cada fenómeno subjetivo tiene su manifestacion objetiva, y así se pueden apreciar las condiciones, por ejemplo, del pensamiento, considerando los hechos interiores dentro del mecanismo universal. Pero este estudio de las relaciones de los fenómenos biológicos y de los espirituales no pertenece á la psicología experimental, y presupone otros métodos, y esto sin tener en cuenta que el conocimiento de la correspondencia de los fenómenos cerebrales y de los psíquicos suponen la total organizacion de la psicología y de la fisiología, estado del que distan muchísimo ambas ciencias.»

Los anteriores conceptos nos muestran suficientemente los vacíos que existen en la actualidad en las distintas direcciones de la psicología de la experiencia; pero el reconocimiento de estas deficiencias ha producido nuevos estudios, que están llamados á tener una importancia capitalísima en el porvenir de la ciencia del espíritu.

A esta consideracion responden los trabajos sobre la psicología de los pueblos y razas, (*psicología étnica*), los estudios referentes á las manifestaciones de la vida psíquica en el reino animal, comparadas con las del hombre, (*psicología comparada*) y la aplicacion de los conocimientos sociológicos humanos á los demás seres de la escala zoológica (*sociología animal*).

Mas si la Psicología recoge los materiales de las ciencias de observacion, y se transforma, aunque lentamente, dado el progreso del espíritu científico; si dilata el campo de sus observaciones, no podrá jamás abdicar del único método

que le es propio, el método de conciencia, al cual se subordinan todos los demás precedimientos, como funciones particulares de aquel.

Las direcciones del pensamiento moderno completarán el estudio del sér humano en la dualidad de su naturaleza, y se reconocerán las relaciones que le unen á la realidad por el conocimiento más acabado del mundo natural con el que está en íntima y constante relacion.

Hoy estamos en este camino, y buena prueba de ello es el estudio de multitud de cuestiones, que aparte de las ya apuntadas, solicitan la investigacion de los psicólogos.

Dignos de un exámen atento y detenido son los problemas referentes al sueño y al sonambulismo, como fenómenos de la vida de relacion de nuestra noble actividad; las de la locura, como perturbacion de estas determinadas relaciones, y cuya importancia abraza hasta el campo del Derecho y de la Medicina; las que se refieren á las alucinaciones, estado morbozo de nuestra imaginacion; las que resultan de considerar el hábito, y el instinto, como manifestaciones de nuestra actividad voluntaria, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Todos estos problemas merecen una especial mencion por nuestra parte y serán objeto de atentas consideraciones á las que servirán de introduccion ó proemio, lo hasta aquí apuntado.

AGUSTIN ARREDONDO.

TOREROS Y BOXEADORES.

Tiene esta bendita pátria nuestra tal nota de barbàrie, que cuando en el extranjero se habla de un español, se hace al poco más ó ménos con el mismo tono que podría emplearse tratando de una caballería mayor. Y aun reconociendo que en ciertas cosas nos hallamos gozando todavía del primitivo estado de inocencia, con todo, preciso es confesar que en otras nos superan los mismos que creen ser el *non plus* de la civilización y estar á la altura de los últimos adelantos del progreso social, vamos al decir.

En materia de toros, por ejemplo, ingleses y franceses, rusos y alemanes nos ponen á los piés de los caballos, y casi pretenden que somos tan fieras como los mismos cornúpetos que *recibe* Dominguez ó que *aguanta* Cara-Ancha.

Péro, sin que entremos en várias consideraciones que dejamos íntegras à cierto marquès enemigo de la fiesta nacional, la verdad es que algunos de esos extranjeros, salva sea la parte de sus adelantos en materia de destruir al prógimo, en algo y aún *algos* están ménos civilizados que nosotros, ó si se quiere, son más *bárbaros*, para valernos de la misma palabra que con frecuencia nos aplican.

Y aún podríamos añadir algo más respecto á los cultos *yankees*, esos transformadores de las Américas, á quienes debemos el océano de maíz que nos inunda—dicho sea sin aludir á nadie,—y el riquísimo regalo de la *trichina*,

que la han importado, segun malas lenguas, para privarnos del más dulce de los bocados que pueden ofrecerse en una mesa.

Para muestra de esa cultura exótica, ó llámese extranjera, véase este sueltcito que copiamos de *La Correspondencia*, y que transcribimos literalmente para no quitarle ninguna de sus bellezas. Hélo aquí:

«Dice las *Novedades* de Nueva-York:

«Una vez más la victoria ha ceñido las sienes del invencible pugilista bostoniano Sullivan. Unas 10000 personas se reunieron anoche en el *Madison Square Garden*, de esta ciudad, para ver la lucha con guantes entre el campeón americano y el de Inglaterra Charles L. Mitchell. La contienda era con guantes y habria de constar de cuatro *rounds*, de tres minutos de duracion cada uno. Preciso es confesar que Mitchell es pugilista de más que ordinarias facultades; pero así y todo, no puede competir con un gigantazo de las fuerzas de Sullivan, y aunque una vez logró derribar á Sullivan de un tremendo puñetazo en la mandíbula, éste tuvo desde un principio la lucha á su favor, echando por tierra á su antagonista por cuatro veces, y lanzándolo por encima de las cuerdas que circundaban el tablado, entre los espectadores, hasta que intervino el capitán Williams, mandando terminar la lucha al cabo del tercer *round*. Sullivan fué declarado vencedor, y como tal tiene derecho al 60 por 100 del dinero de entradas, y el perdidoso al 40 por 100 restante. Sullivan ha manifestado que piensa retirarse de la vida *pugilística*.»

Después de esto, el que se permita hablar de nosotros en tono despreciativo por aquello de los *cuernos*, bien puede prepararse á oír un diccionario de improprios, en justo desahogo, y en defensa racional de nuestras diversiones; que bárbaras y todo, son, por lo ménos, más artísticas que las de esos pugilistas ó boxeadores, aunque unas y otras tienen un marcado tinte *sanguinolento*.

Sin que yo conozca toda mi genealogía, ó ignorando si alguno de mis *primo-genitores* fué torero ó pariente de torero por consaguinidad ó por afinidad, y confesando que Dios no me ha llamado por el camino de los toros, ni aún siquiera á título de caballero en plaza, faltaría al más sa-

grado de los deberes pátrios sino proclamára *urbi et orbi* que me gusta una corrida sobremanera, y especialísimamente cuando quedan sobre la arena cuarenta ó cincuenta estátuas de pesebre.

Hay para ello infinitos motivos: los dimes y diretes de la gente alegre, las mantillas blancas de mujeres que por ser tan divinas parecen demasiado humanas; la cuadrilla que sale al compás de la música, saludando con gracia á la presidencia y á las muchachas de su devoción; las caídas de latiguillo de los picadores; los recortes de los banderilleros, los pases y *volapieses* de los matadores y hasta el arrastre de las víctimas nacionales y extranjeras.... todo esto tiene un *chic* especial, un algo indefinible que conmueve y enardece y... emborracha de placer.

Aparte de esto, aquí impera el arte y aún la ciencia inclusive: saber si un toro tira con el derecho ó con el izquierdo, es cuestión más difícil que averiguar del pié de que cojea algun espectro que todos conocemos; *recibir* un Miura no es cosa permitida al primer *quidam* ni que pueda hacerse sin muchísimo arte y—para decirlo de una vez—sin ser español de raza; si bien en cuestiones de este género *córneo* juzgan algunos que hay verdaderas predestinaciones.

Ello es cierto que en los circos taurinos suelen verse espectáculos no muy del gusto para la sociedad protectora de animales y plantas; pero sobre que tales sociedades tienen un marcado sabor inglés, los filantrópicos propósitos de que hacen alarde son una afrenta para los adultos ó *adúlteros* de la clase humana; y es hasta una grosería dar reglas de moral (?) para los cuadrúpedos y dejarnos á los demás animales bípedos que nos rompamos las mandíbulas á bofetada limpia.

Y aún reconociendo que la fiesta nacional tenga sus inconvenientes, necesario se hace haber perdido la vergüenza para defender á los boxeadores, y hablar de ellos ni más ni ménos que si se tratára de los dioses del olimpo.

Por muy bruto que sea ese Sullivan—y debe serlo bastante,—no reconozco derecho en los neo-yorkinos para entonarle un himno de alabanzas y querer que todos rindamos homenaje á semejante *gallego* civilizado, ni mucho ménos que nos vengán diciendo que se vá á retirar á la vida priva-

da, como si eso no fuera más bien motivo de alegría, porque así la seguridad individual habrá ganado muchísimo. Hicieran perfectamente en meter en la cárcel al héroe y á su competidor Mitchell, cuyo rostro llevará imperecederas señales de las caricias de Sullivan, y habrían adoptado una justísima medida de orden público.

Pero se trata de dos *gansos* célebres del extranjero, y fuera notoria temeridad regatearles los aplausos, por más que al propio tiempo se nos rebaje á nosotros echando pestes contra nuestras fiestas taurinas, á las que sin embargo asisten muy gozosos esos cultos extranjeros cuando por ventura suya pisan esta privilegiada tierra española.

¿Deben suprimirse las corridas de toros? Indudablemente; y en los antiguos circos donde lucia la gracia española y mordieron la tierra tantos cornúpetos de nuestras bravas ganaderías, admiremos á esos heraldos del progreso humano que se rompen la crisma à puñetazos, ante un público que hace apuestas sobre las vidas de los contendientes.

El espectáculo es grandioso, como que es el espectáculo del progreso.

¡Paso á la civilizacion!

¡Paso á... Sullivan!

A. DE TORRES Y HOYOS.

CALDERON Y SU TEATRO. (1)

¿Qué hay en esta tierra española para que en todos los tiempos haya sido codiciada con sin igual afán por todos los pueblos invasores? ¿Qué privilegiados elementos constituyen su formación, para que todos los grandes conquistadores hayan venido á sepultar en ella sus legiones, pretendiendo engastarla, cual joya valiosísima, en su triunfal corona? Así, señores, me interrogaba yo cuando al salir de la niñez hojeaba el libro de la patria historia. Más tarde, cuando supe apreciar las riquezas que guarda en su seno, henchido en otro tiempo de plata y oro, hasta el punto de salir sobre el haz de la tierra y correr por las aguas de sus poéticos rios; cuando admiré su lozana y rica vegetación, su privilegiado clima, en el cual parece que hallan su patria la fauna y la flora de todas las zonas, y viven mejor que en su tierra natal los hombres de todos los países, lo mismo el bárbaro visigodo de las heladas regiones del norte, que el voluptuoso musulmán del mediodía del Atlas; al con-

(1) Rindiendo un justo tributo á la memoria de nuestro malogrado compañero D. Juan Belver, arrebatado no há mucho por la muerte al cariño de su familia y de sus numerosos amigos, insertamos el presente trabajo, leído por su autor en la solemnidad celebrada por el Ateneo de esta capital, en el Centenario del inmortal Calderon.

templar, ya reflexivo, sus verdes montañas, sus playas rientes, su cielo siempre azul, sus días de eterna primavera, sus plácidas noches, la gracia sin igual y la sin par belleza de sus mugeres, houries del sétimo cielo, cual las llamaban con afán los galantes hijos del Profeta; entonces, no extrañaba que fuese nuestra tierra el dorado sueño de griegos y fenicios, de cartagineses y romanos; que por ella relucharan los godos y los árabes, Carlomagno y Napoleon.

Qué mucho, si los de Tiro encontraban en nuestro suelo tesoros que no pudieron concebir en sus interesados sueños de mercaderes, y Annibal hallaba el hondero balear que en Trevia y Trasimeno, desconcertara la legion romana; y el Pueblo-Rey, à más de montones de oro y millares de soldados, emperadores como Trajano y Marco Aurelio, filósofos como Séneca, epigramáticos como Marcial; y los árabes, realizaban en las béticas regiones los fantásticos sueños del Profeta, encontrando en ellas el Edén que el Korán les prometiera.

Y más tarde, al conocer los gloriosos hechos de sus preclaros hijos, su peregrina y grande y portentosa historia, encontraba lógico que jugase y perdiera su Imperio y su fortuna el génio militar de nuestro siglo, por domeñar y asimilarse à pueblo tan valiente, tan noble y tan heroico. Así, cuando la impura realidad de los presentes tiempos apena el alma y acongoja el corazon, pronto hallamos suavísimo consuelo volviendo los ojos al pasado, dirigiendo à otras edades la mirada; que álzanse entonces à nuestra vista cuadros sublimes de patriotismo, de honor intachable, de sin igual grandeza, y evocadas por el sentimiento, la imaginacion y la memoria, hacen que aparezcan ante nosotros, iluminados por mágica linterna, Sagunto y Numancia, Munda y Calahorra, y las Navas y el Salado, los sacrosantos muros de Tarifa y San Quintin y Lepanto y Bailén y Zaragoza. Y vemos con júbilo y respeto pasar en revuelto torbellino los héroes de aquellas tragedias más grandes que las de Sófocles, de aquella epopeya de siete siglos, mil veces más grande que la cantada por Homero. Y entonces levantamos alta la frente, diciendo con noble orgullo:

«¡Ésta es España, españoles son esos, ésta es nuestra pátria!»

Y qué extraño es, señores, que Cartago y Roma y los hijos del Islam, codiciasen este noble suelo, cuando veis que el Supremo Creador del tiempo y de la vida, el gran artífice de mundos y de espíritus, se complace en formar de su arcilla el vaso donde deposita el fuego sacrosanto del génio que ha de iluminar los pueblos y las edades: si de esta tierra española, más que de otra alguna, elabora los cuerpos en que infunde después las grandes almas, á las cuales descende para darles con ósculo amoroso algo semejante á su poder creador; y á su divino *fiat* nace el español ingénio, que ora lleva los nombres de Garcilaso y de Rioja, de Murillo y de Velazquez, ya los de Cervantes y Argensola, los de Lope y Calderon, Alarcon y Tirso, Moratin y Quintana, Espronceda y Zorrilla, Breton y Lopez de Ayala, pléyade brillante de gigantes génios, gloria del habla castellana, orgullo de la pátria escena, luminosos faros que guian la errante humanidad por derroteros fijos que al bien conducen y á la belleza y á la verdad encaminan.

Precisaba, señores, que un pueblo de historia tan grande y tan heróica, de tan vária y compleja vida, un pueblo en que se asientan durante siete siglos dos razas enemigas, de opuestas costumbres y religiones antitéticas, viviendo en perpétua guerra de moros y de cristianos, dando lugar á episodios sangrientos, á trágicos sucesos, á nobilísimas acciones, á amores tan intensos como imposibles, lazos del alma que rompian implacables la Biblia y el Korán; un pueblo que por extrañas causas se convierte en conquistador y lleva sus armas por toda la redondez de la tierra, hasta el punto de que haya podido decir casi sin hipérbole un poeta contemporáneo:

«No hay un puñado de tierra
sin una tumba española.»

Un pueblo que descubre un ignorado mundo con cuyos salvajes moradores lucha cuerpo á cuerpo por darles su religion, su cultura, sus leyes y sus costumbres; un pueblo que, sin dejar de amar con infinito amor la libertad, es entusiasta por sus reyes; que místico y galante, adora á Dios y casi diviniza á la mujer; á pueblo tan gigante no le basta el historiador, así se llame Tácito, que narre y explique sus hechos; como os decia há poco, precisa, señores, que Dios

le conceda génius para cantar sus hazañas, necesita de grandes líricos, de sublimes tràgicos, de épicos poetas, de dramaturgos de primer órden. Y de primer órden y grande y sublime, es el poeta inmortal cuya memoria venimos á honrar aquí esta noche, con ello honrándonos nosotros mismos.

Rey de la pátria escena, verdadero fundador del teatro nacional, fué D. Pedro Calderon de la Barca.

España entera le saluda hoy alborozada y le rinde justo homenaje de admiracion y de respeto. El pueblo español le levanta en la metrópoli merecida estátua, y ante ella doblan la cabeza en respetuoso desfile y en cortejo inmenso, nacionales y extranjeros, comisiones de todos los pueblos, representantes de la Universidad, de las academias, de los liceos, de todos los centros en que se cultivan la ciencia y las letras, y pasan depositando á sus piés coronas de laurel y eterna siempreviva. Y con razon, señores: justo tributo es este al númen portentoso de Calderon.

Es, en sentir mio, el arte dramático, el más bello, el más trascendental y el más difícil de cuantos cultiva el humano entendimiento.

Es el teatro gran escuela de costumbres, cátedra de moralidad, en la que se exponen á la vergüenza los vicios sociales, se anatematiza el crimen y se enaltece la virtud, ofreciendo vivos y palpitantes cuadros de gran enseñanza; las desventuras que ocasiona el extravío de las pasiones, el goce sublime que alcanza quien tras titánica lucha las doma y encadena, la fruicion divina que llena el alma del que persiguiendo más puros ideales, sacrifica el natural egoismo, realizando el ageno bien y al supremo bien encaminándose. Y en el teatro se recuerdan las pasadas glorias, avivando el puro amor á la pátria, trayendo á la escena sus hijos más ilustres, sus hechos más heróicos, sus más sublimes acciones. Y en él se desarrolla toda la trama de la vida, que fiel trasunto de la comedia humana, la que en el palco escénico desarrollan el poeta y los actores, interesa y corrige y deleitando enseña.

Esto hizo Calderon y lo hizo de magistral y admirable modo. Cultivó el arte escénico con tan soberano talento, que con justicia puede llamarse el verdadero Rey de la españo-

la escena. Pues aunque Lope, su gran antecesor, habia ya establecido el teatro sobre sólidas bases y producido obras que sirvieron de modelo á los dos grandes clásicos del teatro francés, Calderon le dió más amplia y más completa vida; le dió más carácter nacional, más realidad, más verdad, y por ende más interés, más encanto y más útil enseñanza. Militar y cortesano y sacerdote más tarde, era gran conocedor del mundo y de la vida, y así ofrecía en sus inimitables comedias de capa y espada, fotográficos cuadros, tan vivos, tan verdaderos, que arrancaban frenéticos aplausos de aquel público entendido y multiforme, que henchía por completo el teatro.

El amor y los celos, el limpio honor del caballero, de la mujer la honra inmaculada, la lucha entre el deber y la pasion amorosa, la noble fiereza del padre ultrajado que lava con sangre la mancha que su linaje oscurecía; galanes atrevidos y enamorados, valientes y pundonorosos; damas tan apasionadas como altivas, astutas y graciosas á las veces, dignas y honradas las más; amores secretos que obligaban á ocultar diferencias de nacimiento tan atendidas en la época, pasiones ardientes que vedaban sagrados anteriores lazos y que exponian la vida de la mujer aún más que la honra del marido, y por luego raras y graves situaciones, interesantes y bellísimos enredos, y dignos y nobles al par que naturales desenlaces, constituyen los sentimientos, los personajes, el fondo y la trama de las comedias calderonianas; todas de galana y fácil versificacion, de diction pura y clarísima, que son sus versos regalada música de suave y dulcísima armonía.

Y como era gran moda en su tiempo el galanteo, y se preciaban las damas de honestas y recatadas, y los galanes de nobles y pundonorosos, y las familias estimaban en mucho la fama y el decoro, y era esto lo que embellecido y purificado por su génio y su delicado sentir, les presentaba Calderon en sus dramas, y como él y Lope habian creado grande y universal aficion al teatro, que llenaban señores y villanos, golillas y menestrales, altas damas y mujeres del pueblo, beatas y busconas; todos sin distincion aplaudian y admiraban al gran vate que para mejorarles los retrataba con perfecto parecido, trazando con hábil mano preciosos

lienzos que miraban extasiados, porque eran exactos reflejos de sus costumbres, sus virtudes, sus vicios y sus pasiones.

Dibujaba caracteres con mano magistral: D. Lope el de la *Secreta venganza*, Crespo, el discreto y noble y pundonoso *Alcalde de Zalamea* y el príncipe Segismundo, son entre otros, testimonios irrecusables de que sabia crear y sostener grandes caracteres.

Místico á la vez que hombre de mundo, expresó con divino estro en sus autos sacramentales las ideales y puras y sublimes afecciones que llevan el espíritu á Dios, los deliquios del alma apasionada por el amor divino, reservando para estos celestiales diálogos, lo más sentido y más tierno de su bellísima frase, las más bellas notas de su divino plectro, las flores de más color y de más perfume que brotaran en el mágico pensil de su esplendorosa fantasía.

Escribió ciento once comedias y setenta y dos autos sacramentales; pero aunque hubiese agotado su númen al producir *La Vida es Sueño*, aunque sólo expusiera en el escénico palco *El Alcalde de Zalamea*, joya de precioso esmalte con arte sin igual filigranada, ellas solo bastarian para justificar su fama y darle renombre eterno de gran poeta y trágico admirable.

Duèleme molestaros; pero no quedaría cumplido el deber que me impusiera el Ateneo, si no consignara á grandes rasgos, algunas noticias biográficas del célebre dramático.

En los comienzos del último año del siglo XVI nació en Madrid, siendo sus padres D. Diego Calderon de la Barca y Barreda y Doña Ana Gonzalez de Henao, ambos de noble abolengo, aunque de modesta fortuna; era D. Diego, Secretario de Cámara del Consejo de Hacienda. Bien joven principió D. Pedro sus estudios, completándolos en la célebre y docta universidad salmantina. Allí cursó filosofía, teología escolástica y la ciencia del derecho. A los 19 años abandonó la universidad y regresó á la Côte. Ya era en ella conocido como autor dramático. Ya Lope de Vega elogiaba sus poesías; y poco despues ganaba un premio en literario y público certámen.

Entonces, sin dejar la lira, empuñó la espada y como Cervantes, sirvió á su pátria en lides bien opuestas. Tomó parte en las campañas de Flandes y de Italia, donde no

perdonaba la espada ni daba paz á la pluma, que en los dias en que aquella estaba ociosa, historiaba aquellas luchas en bellísimas escenas de sus dramas á los que servian de argumento los lances de la guerra. Así, á los 32 años era ya conocido y aplaudido autor de muchas comedias, y habia obtenido los primeros premios en vários concursos literarios. El Rey-Poeta le daba en Palacio honorífico cargo con obligacion de escribir para la Córte, y premiaba poco despues sus talentos concediéndole el hábito de Santiago. Sublevada por entonces Cataluña, y siendo llamadas á sofocar la insurreccion las Órdenes Militares, D. Pedro honraba el manto de Santiago, siendo el primero en acudir; en vano el rey pretendió retenerlo ordenándole escribiese una comedia; pero noble y pundonoroso como pocos, el poeta trabajó sin descanso hasta terminar la obra, y en breve entregaba el manuscrito al buen Monarca, que le miró con pena partir apresurado para el teatro de la guerra, y en él permaneció mostrando su valeroso esfuerzo mientras duró la guerra. Despues fué creciendo cada vez más en el poeta su afan y amorosa aficion por el arte dramático, y creciendo á la vez en el favor del Soberano y en el favor del público; se hizo el rey de la escena cuyo cetro llevó sin rival por muchos años, cosechando aplausos del pueblo y de la Córte, y siendo universalmente estimado.—Su espíritu religioso le llevó más tarde al sacerdocio, y habiendo obtenido una capellanía en Toledo, se fué à servirla à la imperial ciudad. Apenábale al rey la ausencia de su poeta predilecto, y le obligó á regresar á Madrid nombrándole capellan de honor. Fué presidente de la Congregacion de sacerdotes naturales de Madrid, honroso cargo que él honró tambien durante los últimos quince años de su vida, que digno y benévolo y prudente era su desempeño, fué querido y estimado del respetable clero que presidía.

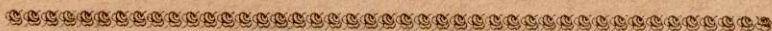
Muerto Felipe IV, dejó de escribir para la Córte; pero á pesar de sus muchos años, siguió haciéndolo para el público y para la iglesia, que incesantemente le pedian comedias y autos sacramentales; y escribiendo murió, ó como dice Solís «murió, como dicen que muere el cisne, *cantando*.»

A los once años escribió su primera comedia, y octogenarios escribia su último auto sacramental, que habia de re-

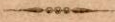
presentarse el día del Córpus de aquel año de 1681; y enfermo y grave dejaba el lecho para agregarle alguna escena, arrebatando de sus manos la muerte aquella fecunda pluma por tantos años empleada en labrar á las letras españolas grande é imperecedero monumento. El 25 de Mayo pasó á mejor vida, durmióse en el Señor, cristianamente hablando. Desde aquél día hasta la presente noche han trascurrido dos siglos; ¡doscientos años! y aún vive Calderon. Desapareció el hombre, pero sobrevive el génio. Pudieron enterrar su cuerpo sin pompa en la iglesia del Salvador, donde despues le levantó Madrid modesto mausoleo; pueden guardar hoy sus cenizas en la Basílica de Atocha, pero su espíritu vive entre nosotros. Para los grandes hombres no existen la muerte ni el olvido: á eterna vida y eterno renombre su fama les condena. Respiran, laten, nos hablan aún el ciego de Esmirna, el ciego de Albion y el Manco de Lepanto; y aunque los cataclismos de la naturaleza hicieran desaparecer la riente y clásica Grecia, la brumosa Inglaterra y esta hermosísima península ibérica, mientras quedase en pié un solo pueblo culto, en él tendrían su hogar Homero, Milton y Cervantes, que allí están la *Iliada*, el *Paraíso perdido* y el *Quijote*.

No mueren los génios; no han muerto ni morirán nunca Shakespeare ni Calderon, el más grande de los trágicos y el más grande de los dramáticos; viven, que no en vano se crea à *Julietta* y *Romeo*, no se sueña en vano *La vida es sueño*: Hamlet y Segismundo les dan eterna vida.

JUAN BELVER.



EL POETA.



I.

Libre nací. Como el indócil viento
crucé la tierra, peregrino errante,
llevando en mi atrevido pensamiento
el ideal de mi ambicion gigante.
Lancé á los aires mi fogoso acento,
y abandonando mi regazo amante,
dejé el país do se meció mi cuna
àvido de renombre y de fortuna.

II.

Sentí en mi mente el insaciable anhelo
que el hondo afan de lo infinito inspira,
y como el ave que remonta el vuelo
á las regiones de la luz que admira,
vagué á mi antojo de la tierra al cielo,
pulsé febril mi arrebatada lira,
y al ronco son del piélago bravío
dí rienda suelta al sentimiento mio.

III.

Yo canté de la mar en las riberas

las grácias de las sílfides y ondinas,
al descubrir sus formas hechiceras,
veladas por las ondas cristalinas;
y en todas las fantásticas quimeras
de las viejas edades peregrinas,
hallé la inspiracion de mis cantares,
que me dieron las áuras populares.

IV.

Brotó despues, al son del caramillo,
la égloga dulce y el idilio tierno,
de las zagalas el amor sencillo,
de los pastores el afan interno;
y cuando al grito del feroz caudillo
surgió la lucha y su dolor eterno,
se oyó cantar en la soberbia trompa
la épica hazaña y la guerrera pompa.

V.

Yo describí del héroe valeroso
la insigne accion y el fuerte poderío;
del jóven el arranque impetuoso,
del noble anciano el temerario brío;
la sien ceñí del paladin glorioso,
blando en la paz, pero en la lid impío;
y en la reñida justa y el torneo
mi canto fué del vencedor trofeo.

VI.

Luego pulsé del trovador amante
la delicada cítara sonora,
y consagré mi cántiga anhelante
á la beldad del corazon señora;
y celebré su seno palpitante,
de su faz la sonrisa seductora,
el dulce néctar de sus lábios rojos,
y la alma luz de sus divinos ojos.

VII.

Hoy... huyeron las náyades del lago,
abandonó Neptuno su tridente,
murió, del tiempo al implacable estrago,
la ninfa bella de la mar durmiente;
ni gime Eólo con el viento vago,
ni ruje en él su cólera inclemente;
y en su dorado trípode indecisa
cayó la venerada Pitonisa.

VIII.

Ya no levanta sus soberbios muros
el señorial castillo poderoso,
con sus recintos lóbregos y oscuros,
su levadizo puente y su ancho foso.
De la torpe ignorancia á los conjuros
no responde el espíritu medroso.
Pasó la tradicion con sus quimeras:
brilla la luz del mundo en las esferas.

IX.

Rompióse la cadena del esclavo,
apareció la aurora del derecho,
del fanatismo derrumbóse al cabo
el ídolo fatal, pedazos hecho;
por la hermosa verdad, pujante y bravo
latió del hombre el generoso pecho;
y con santo fervor, jamás oculto,
rindió á la pàtria cariñoso culto.

X.

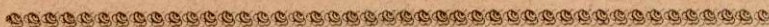
Y cómo las conquistas de la ciencia,
de las artes los vívidos fulgores,
la augusta libertad de la conciencia,
del trabajo los frutos bienhechores;

de la pura moral la rica esencia,
del progreso los bienes redentores,
de la justicia el brillo soberano,
y el vuelo audaz del pensamiento humano.

XI.

¡Y siempre así! Que mientras gire el mundo
sobre sus duros ejes de diamante,
y el alma inquieta, con afán profundo,
sus alas tienda hácia la luz brillante,
hé de aspirar al ideal fecundo
en que he cifrado mi ambición constante;
y al entusiasmo que à mi mente inspira
responderán las cuerdas de mi lira.

PLÁCIDO LANGLE.



FERRO-CARRIL DE LINARES A ALMERÍA.

III.

En los dos artículos anteriores hemos tratado de las condiciones generales del ferro-carril de Linares á Almería, examinando con detalle la influencia que el trazado y la famosa base 8.^ª pudieran tener en la realizacion de la línea.

Pobre, modesto y sin pretensiones era nuestro trabajo; pero así y todo, tratándose de una cuestion de tal importancia y combatiéndose en él, frente á frente y cara á cara, lo que públicamente se ha sostenido y lo que han dicho algunos periódicos de esta localidad, creímos que estos se ocuparían de lo que la REVISTA ha escrito, y que no por consideracion á nuestra humilde firma, pero sí por ilustrar la opinion en asunto tan difícil, habrían dado á conocer nuestro trabajo á sus suscritores y habrían discutido, oponiendo datos á datos y razonamientos á razonamientos.

Desgraciadamente para nosotros, no hemos merecido tal honor; y lamentándolo cual se merece, debemos sin embargo hacer constar, que *El Ferro-carril*, que durante una temporada ha venido repitiendo á la cabeza de todos sus números, que la base 8.^a era el único obstáculo para la realizacion de la línea, ha variado ya de encabezamiento, y así como antes

queria que esta base desapareciera, ahora hace caso omiso de ella, y pide á voz en cuello que la línea se saque á subasta, asegurando, sin embargo, que no habrá postor.

Pues ¿y aquel que iba á serlo, en cuanto se modificase el trazado y se anulase la base 8ª? ¿Es que ya no se contenta con esto? Seguramente debe ser así; porque sino, no se explica que no prosigan las gestiones comenzadas. Y si esto es cierto, ¿á qué se excitó la opinion pública sin causa ni motivo? ¿Es el asunto del ferro-carril de Linares á Almería, negocio tan baladí, que se debe tratar á la ligera? ¿Basta una carta, un *se dice*, la opinion de una persona, para sin más exámen del asunto, sin más conocimiento de sus antecedentes, aconsejar á las Diputaciones modifiquen un acuerdo tomado por las tres provincias, sin tener nada sério que ofrecer como consecuencia y sin dar una razon sólida que apoye su pretension?

Si exajerada y sin motivo fué la agitacion producida haciendo creer que solo con quitar la base 8.ª, iban á llover concesionarios de las nubes, exajeradas conceptuamos tambien profecías de nuestro colega.

Decíamos en nuestro primer artículo, que el ferro-carril con las condiciones económicas que tiene, ofrece un 6'50 seguro, al capital empleado, y casi certeza de aumentar el rendimiento hasta el 7'50; y deducíamos como consecuencia de estos números que podia haber postor, pero que no asegurábamos que lo hubiera, porque no son solas las condiciones económicas las que deciden la construccion de una línea. Es preciso, escribíamos, entre otras consideraciones, que el negocio se encuentre apoyado, mejor diré, empujado por el país; y cree *El Ferro-carril* que el medio más á propósito para animar á cualquiera, es afirmar que no habrá postores en la subasta próxima? A su patriotismo deajo contestar á esta pregunta.

Un ilustrado colega de esta capital ha examinado el asunto con criterio distinto, y propone como solucion del problema y como medio de construir la línea, el que las Diputaciones la hagan por su cuenta. Fundado en que el concesionario vá á levantar dinero con la garantía de las Diputaciones, suprime un trámite y aconseja que estas lo busquen directamente: establece, pues, como base de sus cálculos, la

contratacion de un empréstito al 3 ó al 4 por ciento. Y creo que no necesitaré entrar en más detalles, para juzgar de muy difícil, si no de imposible realizacion, el medio propuesto por *La Crónica*: basta con el hecho de suponer que se vá á cubrir un empréstito de 100 millones al 4 por ciento, para convenirse que hay mucho de poético en lo que propone.

El papel de la deuda pública de España, garantizado por la Nacion entera, produce hoy por lo ménos un 6'25 por ciento; ¿qué privilegio vá á tener el papel que emitan las Diputaciones para cotizarse á la par, no produciendo mas que el 4 por ciento? ¿Tiene *La Crónica* la seguridad de que ese papel se colocará á ese tipo? Pues si la tiene, por ahí debemos marchar todos, porque con esta base, el medio que propone es muy acertado para construir la línea. Pero si no puede contar con ella, debe rehacer sus cálculos, admitiendo que el empréstito se ha de hacer por lo ménos al 8 por ciento; en este caso y aceptando los datos de nuestro primer artículo, tendria la Diputacion que abonar un medio por ciento anual, con cargo al presupuesto de la provincia, puesto que el camino no produce más que el 7'50; y tendrá que abonarlo eternamente, mientras que si hubiera concesionario, no tendria que abonar nada. Es decir, que el negocio seria más gravoso á las Diputaciones, que si se limitasen á garantizar el interés de 6 por ciento.

Creemos, además, que los ferro-carriles necesitan una gestion más activa y más inteligente, que la que pueden dar de sí corporaciones creadas con fines exclusivamente administrativos: las Diputaciones tienen á su cargo los Hospitales, Hospicios, carreteras provinciales é Institutos. ¿Necesitaré recordar el estado en que se hallan cada uno de estos servicios? Y si esto sucede con ellos, y ninguno de estos ni todos juntos exigen la actividad inteligente que un camino de hierro ¿cómo se encontraría éste?

Más bien que este medio, y partiendo de la base, poética en nuestro sentir, de tener dinero al 4 por ciento, seria preferible constituir una Sociedad puramente local, que se hiciera concesionaria del camino. Rebajando á los cálculos cuanto se quiera y colocándose en las peores condiciones posibles, es indudable que la línea produce el 4 por ciento; pues si hay quien se contenta con este interés, en vez de

suscribirse al empréstito, para que la Diputacion le haga y administre el camino. que él se haga concesionario; que es seguro que sustituyendo su accion particular á la de la Diputacion, sacaría su capital mayor rédito que el 4 por ciento.

En este sentido debería hacerse algo por nuestros hombres influyentes: esto ha hecho Aragon con su línea de Canfranc y esto hizo Málaga para su ferro-carril. Una suscripcion iniciada por los primeros capitalistas y seguida por todos en proporcion de sus fuerzas, tal vez no diera dinero bastante; pero lo que daría de seguro, sería la medida del patriotismo de cada uno y la expresion exacta del deseo que hay en el país para realizar esta obra.—Y una cosa y otra son datos que siempre importa conocer.

Si esta suscripcion no diera resultados completos, y se demostrara la imposibilidad de ejecutar la línea con solos los recursos locales, procedería ir al mercado del dinero á pedir el que faltase. Es una forma de subvencion que tal vez decidiese á los capitalistas; el problema debería plantearse de la manera siguiente:

Para construir la línea hace falta un capital de 180.000 pesetas por kilómetro; por suscripcion local se han obtenido 80.000 pesetas por ejemplo, que se comprometen á no recibir de interés más que 4 por ciento; y como el producto líquido de la línea se aprecia en 13.000 pesetas kilométricas, descontando de esta cantidad 3.200 pesetas por interés, al 4 por ciento del capital local, quedan 9.800 pesetas para interés de 100.000, á las cuales se puede ofrecer por lo tanto un interés de 9'80 por ciento. Con estas condiciones seguramente se construiría la línea, y creemos este medio más acertado que entregar la gestion del asunto á las Diputaciones; pero este medio y el propuesto por *La Crónica*, se fundan en el resultado de una suscripcion, es decir, en obtener en las tres provincias capital destinado á la construccion del camino y que se contente con un interés de 4 por ciento. ¿Es esto posible? Nosotros lo dudamos; pero creemos que sería muy honroso para el país el que nos equivocásemos.

A *La Crónica*, que lo ha iniciado, corresponde de derecho dar forma práctica á su pensamiento: puede y debe ponerse de acuerdo con los hombres influyentes *de veras* en la localidad, y trabajar porque se forme una especie de sin-

dicato que empiece y dirija la suscripcion popular. Si el resultado de esta fuese bastante para poder realizar el negocio, no habria más que acudir á la subasta; pero si no alcanzara á la cifra necesaria para ello, por lo ménos será siempre una subvencion obtenida, que permitiendo ofrecer mayor interés al capital que falta, facilitaría la adquisicion de este.

Pero para todo esto se necesita tiempo; y por lo tanto, léjos de precipitar la subasta, como pretende *El Ferro-carril*, que en este asunto no tiene criterio fijo, se debe, al contrario, aplazar el tiempo necesario para realizar lo propuesto por *La Crónica*, y ver el resultado que se obtiene. Si es favorable, habremos realizado la línea: si es contrario, demostrará dos cosas: la primera, que no hay patriotismo bastante para contribuir á realizar el camino con algo más que con palabras; y la segunda, que es preciso colocar el asunto en las condiciones económicas escepcionales que exige el capital extranjero para venir aquí.

Y colocarlo en estas condiciones solo puede hacerlo el Gobierno de S. M.; entonces procede, pues, acudir á las Córtes, para que estas modifiquen la ley, en términos que lo que hoy es solamente una colocacion de capital á interés moderado, se convierta en lo que han sido muchos ferro-carriles para sus concesionarios; es decir, en negocio pingüe donde las ganancias se cuentan por millones para los que dan forma á la empresa.

Para ello, puede aumentarse la subvencion á 20 mil duros por kilómetro, ó puede hacer el Gobierno por su cuenta las explanaciones ó las obras de fábrica: con cualquiera de estas dos cosas que se obtengan, la línea ya es un negocio del tamaño que los necesitan los capitalistas de esta época; y en cuanto esté á su medida, Almería puede estar tranquila, que no faltará un Filleul ó un Donon que le construya el camino.

Resumiendo, pues, cuanto llevamos dicho hasta ahora, podemos formular las siguientes conclusiones:

- 1.^a En las condiciones económicas que se encuentra hoy colocado el ferro-carril de Linares á Almería, ofrece *con seguridad* un interés de 6'50 por ciento al capital que

se emplee, y grandes probabilidades de elevar el rédito hasta el 7'50.

2.^a En nada absolutamente la base 8.^a del acuerdo de las Diputaciones dificulta la ejecucion de la línea.

3.^a Debe, por lo tanto, darse publicidad á las condiciones del ferro-carril, para ver si siendo conocidas, se presenta alguien que ofrezca garantías de presentarse en la próxima subasta.

4.^a Creemos inconveniente y además irrealizable la ejecucion de la línea por las Diputaciones, cuya operacion tendria por base necesaria la contratacion de un empréstito al 3 ó 4 por ciento, que dudamos se obtuviese.

5.^a Aún en el caso favorable de proporcionarse dinero á ese precio, sería más conveniente á nuestro juicio, ó constituirse en Sociedad independiente de las Diputaciones, si se hubiese obtenido todo el capital, ó considerar la parte de capital que se hubiera suscrito como una subvencion adicional.

6.^a En este caso, comprometido el capital suscrito en la localidad, á no recibir mas que un interés de 4 por ciento, podria ofrecerse al capital extranjero un interés de 9 ó 10 por ciento, cuyo tipo elevado facilitaría la obtencion del dinero.

Y 7.^a Si el capital suscrito en la localidad fuese tan insignificante, que no diera resultados la combinacion anterior, no hay más medio para hacer viable la línea, que acudir al Gobierno, para que aumente la subvencion hasta 20 mil duros por kilómetro, bien dando esta cantidad en dinero, bien construyendo por cuenta del Estado las explanaciones ó las obras de fábrica, como tenemos entendido se propone hacer con el ferro-carril del Ferrol á Betanzos, de mucha menos importancia que el de Linares á Almería.

J. DE TRIAS.

LOS TONTOS.

Medio mundo re rie
del otro medio;
este de muchos tontos,
es el consueño.

Para tonto quedarse en casa. Si yo hiciera lo que significa el anterior adagio, de seguro que obraría cuerdamente y nadie me haría entrar en «tontunas». ni venir á hacer el papel de tonto como dicen algunos. Pero no hay remedio; me he propuesto escribir sobre los «tontos», y, al hacerlo, no sè si caer en el pecado.

Te confieso, lector, que los «tontos» no son solo aquellos que en la cara lo parecen.

¿Qué hombre, por raro talento que haya tenido ó tenga, no se ha visto más de una vez motejado con el risible epíteto de tonto? La palabra «tonto», que significa indiscrecion, necedad, falta de «entendimiento ó de razon,» poca cordura, no es aplicable solo á los mentecatos; y hé aquí porque la humanidad no puede verse libre de «tontos» ni de «tonterías,» ni de señalar á esta ó á aquella persona, por sigularísima que sea.

¿Quién es el que no comete una indiscrecion en la vida? Si alguno hubiera que quisiera aplicarse el «yo,» ese sería el más tonto ó el más indiscreto. Pero no lo creo; estoy seguro que al reirnos los unos de los otros no dejamos de

conocer que hacemos una tontería, y por eso hemos dicho al principio:

Medio mundo se rie
del otro medio;
este de muchos tontos,
es el consuelo.

Pero vamos á hacer una distincion, por aquello de que no todos han de ser tontos en este mundo.

Sin embargo de que dice otro adagio «que de tontos, poetas y locos, etc....» hay algunos que toman lo primero por oficio; y á esta clase es á la que yo aludo.

Entre los «tontos de oficio» que yo me propongo retratar, está el

Tonto de capirote.—Se llama vulgarmente á aquel que tiene la cabeza vacía y està falto de todo sentido. Estos más bien causan lástima que desprecio. Por consiguiente, dejémoslos.

Pero existen otros entes.

El vanidoso.—Este es tonto por su afan en parecer grande hombre. Para esto no teme sacar á relucir sus papeles de nobleza, sin mirar que pertenece á la raza de Adan, por todos cuatro costados, si hemos de creer en los libros de la Escritura. No obstante, mira al soslayo á muchos que por sus méritos y circunstancias son más que él, porque yo creo que cualquiera vale más que el «tonto» á que aludimos. Y sin embargo, èl lo cree ser todo. No tiene un real; pero en cambio, debe al sastre, al zapatero, los cuellos á la modista, y se afeita y riza el pelo de balde, lo que quiere decir que es un trampeador de primera, á pesar de sus blasones y de su *veinticuatria*, aunque muchos digan que esto no es de tontos.

El petrimetre.—Es otra clase de «tonto» como el anterior, aunque no desconozca su procedencia. Su vida la pasa en el espejo, imitando á la dama almibarada. En él estudia sus posturas, habla, jesticula, se rie, se pone sério, llora y hace cuanto hay que hacer en la vida. El sastre es su mayor castigo, pues siempre ha de notar alguna que otra falta en su traje, lo que suele disimular hasta el ajuste de cuentas, que siempre se verifica algo tarde. No desdëña á los demás: pero él cree ser solo el capricho de las damas.

El enamorado.—¡Vaya un tipo! Se cree el hombre más feliz de la tierra. Ni teme al agua, ni al frío, ni al calor, con tal de estar contemplando el rostro de su *bella*, cuyas escenas llegan à serle despues demasiado «caras.»

¡Ni el «diluvio,» tiene que hacer con esta clase de enamorados! Si van á misa, á paseo, al baile, al teatro, se les vè atravesar por las calles, más lijeros que el gamo, como diciendo: «Allí está ella.» No se ocupan de nada ni de nadie; su único trabajo es combinar bien las señas, que hacen exclamar al que las sorprende: «¡Qué tontería!»

El necio.—Los hay de diferentes razas. Segun de donde nace su necedad, así es el género á que pertenecen. Por lo regular, todos los necios suelen ser charlatanes. De todo entienden, hablan lo suyo y lo ageno, y acaban por reunir en sí toda la ciencia del mundo conocido, aunque algo les quede por conocer. De estos eruditos á la violeta, los más desconocen la sagrada máxima de *Nosce te ipsum*.

Queda otra clase que merece compasion y lástima.

Los aduladores.—Suelen ser éstos por lo regular los «tontos» más pobres de todos los que hemos nombrado.

Obligados á ensalzar lo mismo lo bueno que lo malo, con tal que agrade á la persona á quien adulan, es la mision que antes de nada se imponen. Su «tontería» consiste en no ascender casi nunca, á pesar de su oficio de «quita-motas,» en el que viven y en el que mueren.

Pudiéramos citar tantas otras clases, que harian interminable este artículo, por lo que renunciarnos á ello; y basta saber que cada capricho nuestro viene á ser una «tontería» para los demás.

Esto de no ver cada uno *la mota en su ojo y sí en la del ajeno*, y de conocerse á sí mismo, ha sido y será duro toda la vida.

No son tontos todos los que lo parecen, y decimos muy bien.

El que obra más cuerdate, es el ménos tonto.

Y si todos creemos obrar con discrecion ¿dónde están los tontos?

«¡Los tontos!» Los tontos están en todas partes.

¿Quién dirá que no es una tontería ocuparse de los tontos?

Cualquiera lo diría. Y yo lo digo. En mi vida he hecho una cosa más tonta que ocuparme de los tontos.

Apéndice.

Después de hablar de los tontos, ocupémonos de las tontas.

«¡Tontas!» lo son todas las mujeres y no lo es ninguna.

El por qué del por qué, está en que ya saben estas obrar como les conviene.

¡Jesús! qué cosa más tonta! dirán muchas.

Es verdad; pero ¡què quereis! os dije que iba á pecar, y lo único que anhelo es que me dispenseis esta tontería.

F. RUEDA LOPEZ.

BIBLIOGRAFIA.

Nuestro ilustrado amigo D. Joaquin Vivas Salazar, ha tenido la atencion, que le agradecemos, de remitirnos un ejemplar de su *Manual del Contribuyente*, obra premiada en público concurso por la Liga de Madrid, que la consideró unánimemente de notoria importancia.

El trabajo del Sr. Vivas es un tratado elemental de los derechos y deberes de las clases á que se destina, y del procedimiento para reclamar ante la administracion y los tribunales contra toda imposicion arbitraria. Recomiéndase por su buen método y claridad de exposicion, y es de innegable utilidad para aquellas, como guía práctica que puede evitarles consultas dispendiosas y pérdidas de derechos legítimos.

Por nuestra parte, consideramos que sólo con indicar la distincion que le ha otorgado una Corporacion tan respetable, está hecho el mejor elogio de la obra del Sr. Vivas, á quien sinceramente felicitamos por su trabajo y por su triunfo.

LOS DOS PARAISOS.

EL CRISTIANO.

No debe ser considerado el cielo como una mansion material y exclusiva del Sér Supremo, pues la idea que juntamente tenemos de Dios supone su presencia en todas partes. Éste todo lo vé y penetra y debe hallarse indudablemente en el espacio infinito.

La salvacion ó salud eterna, es la felicidad celestial, aquello que no debe tener término jamás. Es un dogma de fé que no podemos conseguir la salvacion sino por Jesucristo, el cual bajó á la tierra para procurárnosla á costa de su sangre.

No se concibe que nuestras almas despues de la muerte vayan á ocupar en la multitud de mundos que existen en el Universo otros cuerpos distintos de los nuestros, pues en el mero hecho de suceder esto perderian la memoria de su anterior existencia; de cuya suerte dejaría de cumplirse, como alguien ha dicho, la remuneracion eterna. Por otra parte siendo cosa incontestable que á la destruccion de nuestra personalidad en la tierra sobrevive un principio inmaterial é inmortal, parece propio que adquiriera una existencia enteramente inmaterial y que por consiguiente no ocupe lugar alguno ni tome forma sensible.

Jesucristo nos dijo, que nuestra recompensa está en el cielo, en esa mansion destinada por Dios para los justos y escogidos; pero el cielo, tal como nosotros lo imaginamos desde aquí, no es una bóveda sólida; no lo conciben los astrónomos mas que como un espacio vacío é inmenso, en el que ruedan una infinidad de globos luminosos ú opacos.

San Pablo afirmó que los cuerpos resucitados y gloriosos participarán de la naturaleza de los espíritus; por consiguiente, se hallarán en un estado del que no podemos tener ninguna idea ni formar juicio exacto. Advirtió además que el ojo no ha visto, ni el oído ha escuchado, ni el corazón del hombre ha experimentado lo que Dios reserva á los que le aman.

El autor del Ecclesiastés, no consiente que digan los pecadores «me falta Dios», porque el Señor les responde que á nadie ha dado lugar para pecar, cosa que ocurriría si dejase al hombre sin los auxilios que son absolutamente necesarios para abstenerse del pecado.

El Nuevo Testamento nos ofrece en varios lugares la misma consoladora idea de nuestro Salvador. Este modo de hablar es muy distinto, al decir de cierto autor, del de aquellos teólogos que nos enseñan que Dios está siempre lleno de ira por el pecado original y que no solo tiene derecho á negarnos la gracia, sino que efectivamente á veces nos la niega.

Aunque el alma de Jesucristo gozaba de la gloria celestial en la tierra, no es este el lugar que constituye el paraíso, porque como Dios está en todas partes, puede mostrarse en todas ellas á las almas santas y hacerlas felices por la vista de su propia gloria. Parece, pues, que el paraíso, más bien que un lugar particular es un cambio de estado y que no debemos atenernos á las ilusiones de la imaginación que se figura la mansion de los espíritus bienaventurados como un lugar habitado por los cuerpos.

No falta quien suponga que la concepción del paraíso cristiano es tan falsa como la concepción cristiana de la vida presente. Para los cristianos, el cuerpo no es el instrumento del alma, sino su enemigo; tratan de dominarlo, de aniquilarlo. Es verdad que le hacen resucitar, pero aquí se une la contradicción al error; ¿qué hacen con el cuerpo, con sus

órganos, con sus funciones en el cielo? Las anulan; entonces, ¿de qué sirve el cuerpo? La opinion de Mahoma en este punto es la del mosaismo y del mazdeismo. El cuerpo ha de resucitar, y esto ha de ser para continuar con más perfeccion la vida terrestre. ¿Prevalecerà esta idea en el porvenir sobre la creencia cristiana?

*
* *

EL MAHOMETANO.

La historia de la religion musulmana es la historia de Mahoma su fundador y del *Coran* ó *Alcoran* (esto es, lectura, y segun otros, recopilacion de preceptos), donde se contienen todas las leyes morales, políticas y civiles porque se rigen los árabes.

El Profeta Mahoma fingía tener frecuentes conversaciones con el ángel Gabriel, en especial durante los ataques de epilepsia de que se veia molestad, cuyos preceptos hacía escribir inmediatamente, y á estos escritos daba el nombre general de *Coran* ó *Alcoran*. Otros lo denominaron el libro precioso, palabra sagrada, código supremo, bajado del cielo; porque creian que habia caído del cielo hoja por hoja y versículo por versículo.

Se ha pretendido con poco fundamento que le ayudaron á la formacion del *Alcoran*, Batira, hereje jacobita, Sergio, monge nestoriano, á quien por hereje habian desterrado de Constantinopla, y algunos hebreos.

El código sagrado de los árabes divídese en treinta secciones ó cuadernos, compuestos de ciento catorce capítulos y de mil seiscientos sesenta y seis versículos. Estos capítulos no están colocados en el orden de su redaccion ó de su promulgacion, conteniendo excelentes preceptos sobre la práctica de las virtudes, y sobre todo de la humildad, de la caridad, del reconocimiento, del perdon de las injurias, etc.

Esta moral sacada de la Biblia, en cuyo conocimiento habian imbuido á Mahoma muchos sacerdotes cristianos y rabinos, indudablemente fué muy útil á la civilizacion, desterrando un gran número de prácticas supersticiosas y

bárbaras que la idolatría y las costumbres antiguas habian introducido en el Asia.

Mahoma, queriendo imitar al redentor del linage humano, decia que no habia venido à destruir la ley, sino à cumplirla, y à confirmar la antigua, alterada á sabiendas por las pasiones de los pueblos. Supone, pues, que en el origen del mundo fué dada á conocer á los hombres la verdadera religion. Admite asimismo que las tradiciones más puras de la fé primitiva, se han conservado entre los judíos y los cristianos, y por eso toma de ellos la parte revelada, y lo que segun él, le confirmó el ángel Gabriel.

El autor del Alcoran no se atribuye la cualidad de hijo de Dios, ni otra mision que la de anunciar, advertir y llamar á los árabes al culto de Dios único. Solo se pinta á sí mismo como el último de todos los profetas, el que ha completado su obra. En el Alcoran no se vén señales de una pretension de poder sobrehumano; pero en sus discursos á los amigos, preocupado con el éxito de sus doctrinas, no puede ménos de afectar ciertos poderes misteriosos, no faltándole partidarios que propagasen estos misterios. Así es que muchas relaciones árabes hablan de sus milagros, de sus viajes aéreos á Jerusalem en compañía del ángel Gabriel, de la curacion de un ciego y de otros prodigios.

El Alcoran enseña el respeto á los ángeles, la resurreccion de los muertos y su juicio. Dios, asistido de su profeta juzgará, segun él, à todos los pueblos y á todos los hombres, en medio del dia y á la faz de todo el mundo. Despues del juicio pasarán los hombres sobre el puente agudo, cuya longitud será igual á la de nuestro mundo, y cuyo ancho no será mas que el de un hilo de araña. Los justos lo pasarán con la rapidez del rayo; pero los impíos y los malvados, caerán en el infierno y en medio de su fuego abrasador. Una mansion de delicias recibirá á los justos: allí estarán colocados con Mahoma en una claridad perpétua y disfrutarán de todos los placeres celestiales. La descripcion de este cielo no es, sin embargo, otra cosa en las palabras del Alcoran, que una mansion de sensualidad y de deleite, donde no se habla más que de mugeres hermosas y de placeres inagotables.

Mahoma, que conocia bien el carácter de los orientales,

ideó en el Paraíso que ofreció á sus sectarios la existencia de unas bellísimas vírgenes, de las cuales habian de gozar los buenos despues de su muerte. Segun el Alcoran, hay huris blancas, verdes, amarillas y rojas; sus cuerpos son de azafraán, almizcle, ámbar é incienso, despidiendo un olor sumamente aromático y llevan sobre la cara descubierta un letrero de oro con expresiones consoladoras. Los que cumplen la ley del Profeta y especialmente los ayunos del ramadan, gozarán de las huris de cejas negras, en tiendas de perlas blancas, en las que hay setenta planchas de rubí, sobre cada una de estas setenta colchones y sobre cada colchon setenta esclavas, cada una de las cuales está servida por otra. Las huris visten ropas magníficas, tan ligeras y diáfanas que se vé al través de ellas la médula de sus huesos. A cada elegido presenta un ángel una pera ó naranja en bandeja de plata; el feliz mahometano abre el fruto y de él sale la huri que le está destinada, en los brazos de la cual permanece mil años, sin que ella pierda su virginidad (1).

El premio que Mahoma promete á las mugeres no es tan sabroso y sorprende por su extravagancia. Las mugeres están destinadas á contemplar desde lejos la felicidad de que disfrutan sus maridos entre los brazos de las huris.

El paraíso pintado por Mahoma es un recinto cuyas delicias exceden á las creaciones de Dios, si este no hubiese sido el autor de todas las maravillas. Habitareis, les dijo, ¡oh creyentes! anchos, fresquísimos verjeles, plantados en un suelo de plata y perlas, y variados con colinas de ámbar y esmeralda. El trono del Altísimo cobija aquella mansion de las delicias, en la cual sereis amigos de los ángeles y conversareis con el profeta mismo. El aire que allí se respira es una especie de bálsamo formado con el aroma del arrayán, del jazmin y del azahar y con la esencia de otras flores. Frutas blancas y de jugo delicioso penden de árboles

(1) Los detalles sobre los encantos de las huris irritan al Padre Maracci. Aquello de *puellæ cætanæ, præditæ uberibus turgidis ac soriorantibus* de la sura 78, apura su paciencia en términos, que le hace prorrumpir en amargas exclamaciones. Segun los intérpretes árabes Jahias y Malek-Al-Hassan, citados por Maracci, las bellidades del Paraíso *non patientur menstrua, non parient, non emungent naves, non absolvent necessitatem.*

cuyas hojas y ramas son una labor de menuda filigrana. Las aguas murmuran entre márgenes de metal bruñido. Hay preparada una mesa de diamante cuya extension tiene las jornadas de setecientos mil dias, cubierta siempre de manjares sabrosísimos. Cada uno de los creyentes será dueño de alcázares de oro, y poseerá en ellos tiernas doncellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina: sus miradas, mas agradables que el iris, no se fijarán sino en vosotros, de quienes estarán enamoradas sin inconstancia; y aquellas beldades peregrinas jamás pasarán á viejas, ni se verán marchitas; y serán tales sus encantos, tan aromático su aliento y tan dulce el fuego de sus lábios, que si Dios permitiera que apareciese la ménos hermosa en la region de las estrellas durante la noche, su resplandor, más agradable que el de la aurora, inundaría al mundo entero; y si cayese en los abismos del mar un átomo de su saliva, se convertirían en almíbar las amargas ondas, y los veneros salobres tomarían rico sabor á miel.

Los enemigos del islamismo no han encontrado expresiones bastante viles para censurar el paraíso de Mahoma: es, dice el Abate Rohrbacher, la obra de aquellos espíritus inmundos que piden á Cristo permiso para meterse con los puercos. Verdaderamente dá gana de contestar con Gibbon, que hay envidia en esta indignacion. Keland ha probado ya que se calumniaba á Mahoma al pretender que su paraíso no consiste más que en los placeres.

ANTONIO M. DUIMOVICH.

BIOGRAFÍA DE UN CABALLO.

¡Qué hermosa es mi dehesa! Aquí la espaciosa pradera, donde por todas partes brota el dulce y sabroso pasto. Silvestres florecillas la esmaltan, arroyos cristalinos la riegan, aura vivificante la embalsama, fuentes murmuradoras calman mi sed. Allí la olorosa sierra cargada de arbustos lozanos. Horizontes dilatados por todas partes; rebosan en mí la salud y la alegría, mis sentidos se recrean con este venturoso concierto de la naturaleza. ¡Qué grato es mi destino! ¡Qué hermosa mi libertad!

Tengo dos años. ¡Edad feliz! Pronto llegaré á ser una persona formal. Hace ya bastante tiempo que mi madre me insinuó con una buena pernada que yo abusaba de la lactancia, y desde entonces hallo más agradable y más decente el recrear mi paladar con los jugos de estas tiernas yerbecillas. Casi, casi me avergüenzo de haber mamado. Emancipado ya de la maternal tutela, invierto mi tiempo en amables recreos y festivos goces, con otros potros de mi edad, entre los que cuento hermanos, primos, amigos, gente toda retozona y rozagante. Corremos, triscamos, saltamos, trepamos por valles, colinas y barrancos.

¡Cómo se desarrollan mis fuerzas! ¡Cómo acrece mi agilidad! ¡Qué venturosa es mi vida!

Uno de los mayoresales háme echado un lazo al cuello: tira de mí con ahinco; fácil me sería sacudirme y escapar; pero estoy lleno de curiosidad. Sigámosle, pues sin duda piensa regalarme alguna golosina. ¿Qué mal puede intentar contra mí este hombre que me vió nacer, y á quien en nada he ofendido? Resueltamente piensa en obsequiarme. Sigamos.

Tarde conocí mi error. Me han atado inhumanamente. Estoy en el herradero. Por más que bufo y me estremezco, no se apiadan de mí. Traen un hierro enrojecido, aplícanlo ferozmente á una de mis nalgas. ¡Ay! ¡ay! ¡qué dolor! Chamuscan mi pelo, negro como la noche, horadan mi piel, achicharran mi carne. ¿Qué pretenden estos salvajes? Tiemblo, resoplo, brinco, ronco de ira y de dolor. Al fin me sueltan y huyo; huyo como una centella para apartarme de la vista de esos racionales, que así mortifican al inocente. ¿Y qué será esto que acaban de hacer conmigo? Esta señal indeleble que dejan sobre mi persona ¿será la condecoracion que me adjudican para que ostente la nobleza de mi linaje, ó será la marca vil del esclavo?

¡Caracoles y cómo me escuece!

Se han pasado cerca de otros dos años entre delicias y placeres. Mi vida corre llena de encantos, y entreveo un porvenir de inmensa felicidad. Esta libertad me cautiva. La naturaleza sigue prodigándome los infinitos tesoros de sus amables bienes. ¡Qué satisfecho estoy de mi destino!

Un día ha venido el amo de la yeguada con algunos amigos; los mayoresales me entresacan, todos me rodean, cólmanme de lisonjas y adulaciones; crujen una fusta, yo boto y escapo, mientras suenan en mis oídos estas exclamaciones.—¡Magnífico! ¡hermoso potro! ¡soberbio animal!

Cuando se me ha pasado algo el susto, me miro en la sombra y en un remanso de agua cristalina y me convenzo de que no me han adulado. ¡En verdad que soy un mozo de los que hay pocos!

Han congregado toda mi parentela y nos sacan de la dehesa. Unas cuantas yeguas, abuelas las más, nos acom-

pañan sonando sus esquilas. Andamos, andamos y llegamos al fin á un paraje muy extenso, ocupado todo él por racionales é irracionales, confundidos con democrática llaneza. Oigo decir que esto se llama *féria*. Estoy muy receloso, no sea que vuelvan á achicharrarme. Rodéanos mucha gente. Tornan á entresacarme de mis compañeros y congéneres. Miranme ávida y descaradamente desde la cervíz á los cascos y desde los bellos hasta el maslo de la cola: En verdad que me vá enfadando tanta curiosidad. Un hombre, vestido de majo, con muchos relumbrones y alamares, se acerca, me examina y... ¡hasta me tienta! ¡Qué querrá este tío? Verdaderamente que estoy *escamado*. Tiene la audacia de levantar mi lábio para mirar mis dientes. ¿Se creerá este alcorcho que tengo escorbuto, ó me irán á aplicar los polvos de Quiroga? Me separan de mis compañeros, troto para unirne á ellos, las miradas de aquella gente siguen mis más leves movimientos; su admiracion no reconoce límites.

¡Cuando digo que soy un buen mozo!

En verdad que no sé si es preferible á mi antigua y salvaje libertad este nuevo horizonte que se ha abierto á mi destino. Paredes estucadas me cercan, artesonados vistosos me cobijan, transparentes cristales me recatan á la intemperie, mullida cama bríndame al reposo, copioso pesebre excita mi apetito, brillante pila apaga mi sed; elegantes lacayos me sirven, me pulen, me limpian, me friegan, me almohazan, me rascan. Creo que he ganado, sobre todo en lo de la cebada. ¡Vaya una cosa rica que es la cebada! El amo, que es un gran señoron, me regala de vez en cuando con un pedacito de pan ó un terroncito de azúcar. Estoy en la caballeriza con otros cinco compañeros, en quienes la envidia se manifiesta claramente. Encima del pesebre tengo un gran targeton en el que dice *Brillante*, nombre con que me designan el amo y las personas destinadas á mi servicio. Lo único que me aburre es esto de las pulseras. ¿Por qué no han de dejar libres mis brazos para que manotee cuanto quiera?

¡Cómo halagan mi vanidad! Me han llevado á la zapa-

tería, y me han puesto cuatro babuchas de hierro, con las que piso tan á gusto. Mi sustillo he pasado, porque me acordaba de la chamusquina, pero dóile por bien empleado, á trueque de lo bien que piso. Creo que ni los caballos históricos Bucéfalo y Babieca, ni los fabulosos Pegaso y Rocinante han alcanzado mi celebridad. Vienen á verme de todas partes gentes atraídas por mi fama, y es mi caballeriza un jubileo, donde los más distinguidos aristócratas acuden á porfía á tributarme el incienso de la lisonja.

He oído decir que hasta la prensa se ocupa de mí.

Me han puesto en lo escuela, y aseguran todos que soy muy aprovechado. Allí me hacen dar vueltas y contravuelatas, que es precisamente lo que yo deseo, porque me aburre la ociosidad.

¡He visto al volver á casa una yegua torda!... ¡Vaya una hembra *barbian*! La miré, mi miró, relinché yo, relinchó ella. Al eco dulce de su acento sentí circular por mis venas un fuego desconocido, latió violentamente mi corazón, y vigoroso impulso repentino sacudió todos mis nervios. Quise acercarme á ella... vamos, para *soltarla el pavo*, como dicen en mi tierra: piásé impaciente, me encabrité y el bárbaro del lacayo que me conducía del diestro, dióme un serretazo, que á poco más me parte las narices.

Este ha sido el dolor segundo de mi vida.

«Y dejaremos ya de llevar cuenta,»
como dijo el poeta.

Cuatro días han trascurrido, y no puedo olvidar la yegua torda. ¡Qué culata!

Empieza á amostazarme el abuso que hacen de mi nobleza y tolerancia. Han tenido hoy el atrevimiento de colocarme sobre el lomo una cosa que llaman galápago ó lo que sea, y me han apretado la barriga un poco más de lo que debiera consentir mi paciencia. Pero la verdad es que con aquellos adornos pareceme que resalta más mi gallardía. Además ¡me tratan con tanta dulzura y afabilidad!

¿Y qué es esto? ¿Un mondadientes? ¡Jn rosco de marfil de los que usan los mamones humanos que están en la dentición? ¿Qué es esto tan duro y frío que introducen en mi boca? Me da dentera. Lo paladeo y no sabe á nada. ¿Si querrán divertirse conmigo? No, ¡pues como yo me harte!

Pues, señor, hasta aquí llegó. Encima de mí no se monta ni el gallo de la pasión. Pero ¡calla! ya está sobre mi lomo este hombrequito. ¡Diantre y como se agarra el condenado, y qué bárbaramente me oprime con las rodillas los costillares! ¡Bueno! ¿Calzoncitos á mí? Nada, no hay medio de derribarle. Vamos á otra intentona. ¡Imposible! Se ha adherido á mí, formando parte de mi persona como un centauro. Y bien á buenas, lo cierto es que pesa poco el pobre diablo, y que en lugar de estar resentido por mis desvíos, me acaricia dándome palmaditas en la tabla del cuello. Parece un buen sujeto. Sin embargo ¿debo sufrir resignadamente la humillación de verme cargado? Reflexionaré luego en la cuadra. Tolerémosle por hoy.

Se han pasado otros dos años de mi vida. Estoy próximo á los seis. Me hallo en la edad viril del hombre, en sus 25 años, en la plenitud de la existencia. Me siguen diciendo todos que soy hermosísimo. Mi pelo está lustroso como un espejo, mi nariz es de fuego, acarnerada y huesosa, mis ojos son expresivos, francos y centelleantes, mi oreja diminuta, movable y afilada, ancho mi pecho, que cubre á veces mi crin sedosa, robustas mis ancas, aceradas mis piernas, enjutos y flexibles mis brazos, redondos y conformes todos los datalles de mi cuerpo, elevada mi estatura, mi actitud arrogante, copiosa la cola, que me azota las cuartillas. Mi temperamento es nervioso-sanguíneo, mi génio un relámpago. Soy ágil como una cebra, vigoroso como un elefante, noble como un mastín, altivo como un sultán. Mi educación ha sido esmeradísima. Marcho al castellano y al sostenido, conozco perfectamente los aires altos, ando de costado con la mayor firmeza y desenvoltura, trote bizarramente, galope con entera serenidad y aplomo, hago piernas con elegancia, doy corbetas, piafo, saludo, llamo á la puerta con el menudillo, y hago otras mil lindezas y habilidades, que acre-

centando mi renombre, me elevan á la apoteosis. Sobre todo, dicen que es tal la sensibilidad de mi boca, que una bella señorita que suele montarme, me guia con un leve cordon de seda.

Púlenme y acicálanme como à novia que vá á bodas; rízanme las crines, embetúnanme los cascos, adórnannme con mantillas, lazos y borlas, y por donde quiera que voy arrastro en pos de mí las absortas miradas de los transeuntes.

Bien sé yo que mi dueño no me trocaría por un imperio.

Me equivoqué. Una maldita sofa tiene la culpa. Está visto que en España sobran circulares y faltan autoridades que quieran cumplirlas. Por el azar de una carta me veo trasladado desde mi opulenta caballeriza, á la modesta cuadra que me destina un capitan de caballería. No me vá mal del todo ¡pero me trota y me fatiga tanto el calaveron de mi amo! Tiene una novia que vive en una calle muy mal empedrada, y allí me hace lucir cien veces al dia todas mis habilidades. Paréceme esto algo cursi é impropio de mi dignidad, ¿pero qué hemos de hacerle? He oido decir á los lacayos de mi antiguo amo, que el corazon de las mujeres suele ser tan frívolo, que acaso se entrega á cualquier pobrete por la sola gracia y merecimientos de mis congéneres; y que baluartes que habian sido inexpugnables al verdadero mérito, caen y se derrumban ante la eficacia de una corbeta oportuna. Paréceme esto una cosa absurda y fuera de tino, pero, en fin, allá ellas. ¿Si pensarán lo mismo las yeguas?

Observo que empiezo á hacerme filósofo. ¡Qué estupidez!

Sigamos caracoleando con mi capitan de caballería, y siendo la envidia del *cuerpo* y la admiracion del *arma*.

La milicia no tiene entrañas. Para comprar un aderezo acaba de venderme mi capitan por la despreciable suma de 900 ducados, á un comerciante de ultramarinos que se la echa de aficionado.

«Miseria y hambre, mezquindad y prosa.»

Y á pesar de todo no estoy descontento. El nuevo amo es hombre sesudo y pacífico. Pesa un poco más de lo con-

veniente, pero no me monta mas que los domingos y fiestas de guardar. Ya que he cumplido los nueve años, voy estando por esta vida sedentaria y apoltronada. Me gustan los comerciantes de ultramarinos. ¡Cuando digo que me gustan!

Acaba de ocurrirme una gran contrariedad. Mi dueño decia que yo salia con mucho lomo los domingos, y ha relevado de su empleo al aprendiz que me echaba la cebada y me pasaba la almohaza, sustituyéndolo por un quidan loco y atravesado, al cual me confia diariamente para que salga de mi apoltronamiento y me lleve á dar un paseito.

El rufian sin vergüenza se ha permitido esta tarde la libertad de correrme las espuelas, haciéndome bastante daño; yo dí la estrechada consiguiente, èl se aferró á la brida y tuve que encabritarme, encogió las piernas cobardemente volviendo á rozarme con las espuelas, y no hubo otro remedio que botar. El muy pelele salió dando volteretas por mi cabeza, y creo que se ha magullado malamente una costilla.

Estoy muy pesaroso de tal percance.

Y tuve razon para estarlo. Desde ese funesto dia se ha trocado por entero mi destino. Me miran en casa con un recelo, al que no estoy acostumbrado. Nadie me halaga, nadie me mima ni me acaricia. La cara mitad del comerciante, temerosa de un marital batacazo, le exhorta y le persuade á que me venda, aunque sea con un cincuenta por ciento de quebranto. Cúrase el trasto del sirviente, que me mira con ojeriza, y me guarda un rencor de mozo de cuadra. Guárdase la mitad de la cebada, con la que constituye un sobresueldo, escatímame los piensos, y me dá para mayor sarcasmo con el medio celemin en el hocico, llevando su alevoso proceder y venganza hasta el punto de sacudirme con una vara. ¡A mí! y pincharme con ella en los hijares, estando atado y trabado en la cuadra. ¡Qué barbarie! ¡qué abuso! Mi indignacion no reconoce límites. He brincado, me he destrozado una rótula contra el filo del pesebre.

¡Caramba, qué daño me he hecho! Al sentir el fragor y pataleo, acude el amo desde la trastienda, y el mozo desal-

mado y maleante le persuade de que yo tengo vértigo; que malo se lo dé Dios á cuantos tunantes calumnian con tal descaro á gente juiciosa y honrada.

Triunfó el amor conyugal.

El amo la seguía echando de bravo; pero la señora le ha convencido de que no debe montarse más en mí, aun cuando le dieran todo un cargamento de bacalao.

¡Qué barbaridad!

¡Demonio! ¡y cómo me resiento de la choquezuela!

También me ha salido un bultito junto al menudillo, que me molesta cuando piso fuerte.

Cinco años llevo en poder de un recaudador de contribuciones. Mala vida, vida trabajosa y trashumante, pero preferible á la que me daba el maldito fámulo del almace-nista. Luzco poco, ando mucho, me echan celemin y medio y alguna empajadilla cuando Dios quiere y el amo hace buena cobranza. En suma, del fausto y la esplendidez de la pasada vida, solo me resta un penoso recuerdo. Los artesonados de mi antigua caballeriza han sido reemplazados por las telarañas inmundas de las mugrientas posadas, donde pulgas y moscas me atosigan, y donde de vez en cuando la mano aleve del fementido arriero viene á hurtarme con cautela el necesario pienso, para regalar con él al despreciable jumento que á mi lado se enseñorea. Allí duermo revuelto ignominiosamente con bestiezuelas de poco pelo, y mi amo, que se preocupa bien poco de mi pasada historia, me echa encima una asquerosa albardilla, y convertido en otro Judío errante, oigo solo sonar en mis oídos estas fatídicas palabras:

—¡Anda! ¡anda!

Esta es una pendiente horrible. Mi dueño ha salido alcanzado en no sé cuánto, y antes de que de mí se incáute el fisco, me ha enagenado por la ignominiosa suma de ¡100 duros! ¡Y á quién me ha vendido, cielo santo? A un contrabandista. Héme aquí solidario de la defraudación al Estado. Mi lomo es un almacén de efectos de ilícito comercio; y lo

peor es que algun día me despeño por estas sendas sin senda y estos espantosos desfiladeros. Me abruman, me espolean, me vapulean sin piedad, me corren sin miramiento, crece la fatiga, disminuye el pienso, etc., etc.

¡Cuando digo que te adoro!

Me alegro.

Y sin embargo ¡qué degradacion! Los carabineros han cojido el alijo, y despues de declararme buena presa. hánme vendido en pública subasta como el mueble de un tramposo ¡por la suma de 40 duros!

Hoy he cumplido 16 años. La edad feliz de los racionales; la edad del desencanto y de los achaques para los de mi especie. ¡Cuánto he languidecido! ¡qué flaco me encuentro! Al ir por la calle he oído á un chusco llamarme violin. ¡Esto me faltaba!

Mi nuevo dueño es un alquilador. Reconocióme al comprarme, y dijo que tenia cuartos ¡yo cuartos! ¡pobre de mí! y esparabanos y agriones, y ¡qué se yo cuantas indecencias más! Lo cierto es, que á pesar de todo, él arrienda mis servicios por la módica suma de 10 reales cada veinticuatro horas, y no hay estudiante imberbe, ni barbero lenguaraz, rondador amartelado ni borracho de ventorrillo, que no me mortifique con escarceos mamarrachescos, que constituyen ya en mí un perenne anacronismo.

¡Cuántas veces se juntan tres y hasta cuatro mocosos ó un par de jastialones inconsiderados, y reunen á escote el consabido escudo, y como su malignidad es larga, y no corto por desgracia mi cuerpo, se encastillan sobre mi lomo hasta que ya no caben más, buscando de intento las más trabajosas cuestas para que las galope hácia arriba, desgarrándome á espolazos ó aplicando á mis nalgas ¡oh vergüenza! la degredante vara. Llego á mi casa por la noche sin haber probado más bocado que el de hierro con que me desgarran la boca; tiéndome molido y asendereado, mohino, cabizbajo y renegando hasta del padre que me engendró. Tradúcese mi cansancio é interprétase mi mal humor por inape-

tencia, y el tunante del mozo de cuadra me deja solo en el pesebre algunas granzas más duras que su intencion.

¡Qué vida, Dios justo, qué vida!

Los *parroquianos* se quejan de que tropiezo, y de que *no tengo boca*. Quizá sea verdad que la haya perdido.

¡Para lo que me sirve!

¡Qué inusitados arreos son estos que me ponen encima? Yo, que en mi vida las he visto más gordas, me encuentro aquí preso y ligado con otros siete pencos como yo, poco más ó menos. He cumplido los veinte años, edad en que cualquier ciudadano entra en quintas. Vamos, será por eso por lo que he oído decir que me pongan en *cuartas*. Sin duda entre los de mi especie este es el puesto del recluta. Dá la hora, suena la fusta, la vara del zagal salvaje se cimbra despiadadamente sobre mis costillares; saco fuerzas de flaqueza, domino mi natural pereza para arrastrar esto que llaman diligencia. ¡Torpe de mí! Enrédome en los tirantes, trato de desasirme y cáigo. Zumban en mis oídos las más impías blasfemias y las más soeces interjecciones; los látigos y las varas hieren sin piedad ni miramiento mi cabeza y todas las partes de mi cuerpo. al fin logro levantarme y escapo; huyo ciegamente arrastrando y siendo arrastrado, y al cabo vuelvo á caer desfallecido por el hambre y por la fatiga. Mis compañeros me pisotean y arrastran por una pendiente abajo; quedo maltrecho, lastimado, desollado, y despues de tan inaudito afán y tan extremado magullamiento, regálanme de nuevo unos cuantos estacazos, me desenganchan, me atan á la zaga, y vuelta á trotar arrastrado hasta la parada de remuda.

¡Qué iniquidad!

¡Magnífico espectáculo! ¡Cuánta gente! ¡Qué animación! qué algazara! qué vocerío! Suena la música. Me acuerdo que hubo un tiempo en que me entusiasmaban sus armonías, y pifaba de placer. Hoy apenas puedo sostenerme de pié, abrumado por este tagarote, que pesa como un condenado. ¡Recanastos! ¡y qué espuelas lleva el mostrenco! Vá á abrirme en canal. ¡Si yo pudiera sacudirme de él! Lo

intentaré. ¡Huy! qué garrotazo! me han partido un corbejon, no puedo moverme. ¡Otro! Ya tengo partidos los dos.

No hay defensa, marcharé como pueda.

¿Cosa más estraña?... ¿A qué vendrá este trapo con que me tapan los ojos? ¿Será para que no vea en mi sombra el ignominioso aspecto que debo presentar? Suena un clarín. ¿Cómo me acuerdo ahora del bueno del capitan de caballeria! ¿Cómo trotaba yo entonces! Mas ¿qué es esto que sobre mí viene? Siento muy cercano un feróz resoplido, semejante al hálito caliginoso de la tempestad. Una fuerza superior me empuja y me suspende; penetra en mi vientre un instrumento abrasador, que me desgarrá las entrañas; vácianse mis intestinos, se enredan mis piernas en ellos y los arranco á pedazos al sacudirlas, pretendiendo en vano incorporarme. El dolor, un dolor cruel y agudísimo me crispa y me tortura, sacudo la cabeza con las ansias de mi agonía, y cae la venda que encubria mis ojos. ¡Infeliz!

Una fiera horrible vuelve sobre mí, y con espantosa arremetida me taladra el corazon con su cuerno acerado. Los últimos estremecimientos me sacuden, la convulsion postrera me agita. Ya se aleja mi feróz enemigo. ¿Qué daño habré yo causado á él ni á los que aquí me trajeron para que sufriese esta espantosa muerte?

Jadeante y condolido, destrozado y sin aliento, bañado en sudor y en sangre, me acuerdo ahora de tí, dehesa mia, sierra cordobesa que perfumaste mi existencia, pradera venturosa, testigo de mis juegos infantiles, Guadalquivir que la bañas y fecundas, cielo sonriente que la cobijas, clara fuente donde mi sed apagaba; oh! esta sed que me devora y enloquece! ¿Por qué me apartaron un dia de vosotros? ¿Por qué los buitres de los contornos no mondaron mis huesos al salir del seno de mi madre?

¿Con qué formidable estrépito aplauden mi agonía y mi muerte esos racionales! Vuelvo á levantar por última vez

mi cabeza desfallecida. ¡Ya no hay luz para mí! Sin embargo, allí, entre aquella turba inhumana que palmo-tea, descubro también á mi cronista.

No hay duda. ¡Es él!

¡Ah, muero contento, cielos, por no ver tanta crueldad y barbarie!

ANTONIO RUBIO.

A ALMERIA.

Otra vez vuelvo á admirarte,
vuelvo á respirar tu ambiente,
vuelvo á sentir en mi mente
indescriptible emoción:
que otra vez en tu recinto,
cuna de amor y poesía,
vuelve á latir, pátria mia,
mi entusiasta corazón.

Aquí ví la luz primera
y sentí brotar mi vida,
aquí el alma adormecida
despertó para pensar;
aquí mi bendita madre
me dió ternura en su seno,
y aquí me enseñó á ser bueno,
y aquí me enseñó á rezar.

Unidos ván en mi alma
sus recuerdos y los tuyos,
como gemelos capullos
que un solo tronco animó;
y por eso al recordarte,
como recuerdo á mi padre.

siempre que invoco á mi madre
invoco á mi pátria yo.

¡La pátria! nombre bendito
que amor sólo significa,
que el labio torpe no explica
ni consigue definir;
pero que vive en el alma
la vida del sentimiento,
hasta el postrero momento
de nuestro humano existir.

La pátria està en el ambiente,
y el sol que nos ilumina,
en el prado, en la colina,
en el árbol y en la flor;
en las olas, en el cielo,
en la perfumada brisa:
en la púdica sonrisa
de nuestro primer amor.

En la vecina campana
que marca lentas las horas,
ó en vibraciones sonoras
nos convoca para orar;
en el humo vagaroso
que cual azulada nube,
lentamente se alza y sube
desde el bendecido hogar.

En la carcomida ruina
de la antigua fortaleza,
que descubre entre maleza
su venerable perfil;
en el cantar del labriego,
en la alegre barcarola,
que repite de ola en ola
ligera el aura sutil.

En los recuerdos queridos

que su valor aumentaron,
al pensar que ya pasaron
y que jamás volverán;
en las dulces alegrías,
ó turbulentas memorias,
de las pasadas historias
de nuestro mundano afan.

En el noble sentimiento
que agita y anima el alma
para la gloriosa palma
del vencimiento obtener;
y lograr tras de la lucha
decir en dichoso dia:
digno de tí, pátria mia,
te he logrado engrandecer.

Por eso siempre en mi vida
lejos de tu hermoso suelo,
fué tu recuerdo el consuelo,
de mis horas de afliccion;
y digno llegar á hacerme
de tu maternal cariño,
siempre ha sido desde niño
mi constante aspiracion.

Que aquí ví la luz primera
y sentí brotar la vida,
aquí el alma adormecida
despertó para pensar;
aquí mi bendita madre
me dió ternura en su seno,
y aquí me enseñó á ser bueno,
y aquí me enseñó á rezar.

JUAN DE LA RADA Y DELGADO.

CRÍTICA DE LA PUBERTAD LEGAL.

Son aptas para contraer matrimonio todas las personas que reúnan las condiciones siguientes:

1.^a Ser púberes, entendiéndose que el varón lo es á los 14 años cumplidos y la mujer á los 12.....

(Art. 4.^o de la ley sobre el matrimonio civil.)

Las leyes civiles y las fisiológicas están casi siempre de espaldas. Apenas podrá encontrarse un solo artículo en el Código que tenga más ó ménos relacion con la Medicina Legal, que esté conforme con los hechos, con la ley natural. Y es que en España, para hacer las leyes, aún aquellas que tienen íntimas conexiones con las ciencias médicas, se atiende más á la suficiencia enciclopédica de los abogados que á las poderosas razones científicas sancionadas por la observacion y la experiencia que pudieran emitir los médicos especialistas.

Largo sería el catálogo de los absurdos que envuelve nuestra legislacion civil, si fuésemos á enumerarlos todos; mas por ahora nos contentaremos con hablar sobre el tema que nos hemos señalado, sirviéndonos de base el art. 4.^o de la ley sobre el matrimonio civil, poniendo de relieve la indispensable condicion de la nubilidad fisiológica para con-

traer matrimonio, si se quiere que este sea, cual debe ser, un acto sublime, el más sério de cuantos puedan llevarse á cabo en nuestra existencia, y si se desea obtener una generacion saludable, apta para cumplir con los elevados fines que le están encomendados.

En todo el mundo civilizado, el matrimonio es un sacramento, ó un contrato, ó bien lo uno y lo otro á la vez, mediante el que un hombre y una mujer se unen para vivir siempre juntos, prestarse mútuo apoyo en las penalidades de la vida, satisfacer el instinto de la reproduccion de la especie y la buena educacion de la prole.

D. Pedro Gomez de la Serna define de esta manera el matrimonio civil: «Sociedad perpétua indisoluble de varon y de mujer, para auxiliarse mutuamente, procrear hijos y educarlos» (1).

Lo primero que se requiere es el libre consentimiento de los contrayentes, y á este propósito nos inspiramos en las palabras del inmortal Médico-Legista español, Dr. Mata, para decir que siendo la voluntad *querer* con conocimiento de lo que se quiere, á la edad legal no puede existir ese conocimiento, porque el *conocer* supone inteligencia y á los 12 y 14 años la razon no está madura; por lo tanto, el discernimiento que debe haber en un acto tan sério, no existe; el libre albedrío no goza de la reflexion necesaria, y como consecuencia, hé aquí que falta al matrimonio una de las principales condiciones.

Y prueba de que no ha podido ocultarse á los legisladores que á esa edad no hay la reflexion indispensable en los actos de los individuos, es que el Código penal exime de responsabilidad á los menores de 15 años y considera circunstancia atenuante la de 18. (2.)

En efecto, dice así el Código mencionado.

«Art. 8.º No delinquen y por consiguiente están exentos de responsabilidad criminal.»

3.º El mayor de 9 años y menor de 15, á no ser que haya obrado con discernimiento. (*Sic.*)

(1) *Elementos de Derecho Civil y Penal*, tomo 1.º, pág. 359.

(2) *Tratado completo de Medicina y Cirujía Legal*, 5.ª edicion, tomo 1.º, pág. 299.

«Art. 86. (párrafo 2.º) Al mayor de 15 años y menor de 18, se aplicará *siempre* en el grado que corresponda la pena inmediatamente inferior á la señalada por la ley.»

Luego claramente se vé lo que dejamos dicho: ¿Cómo, pues, se permite ese contrato á la edad en que la inteligencia no ha llegado á su completo desarrollo, cuando una de sus primeras condiciones es estar en el *pleno* ejercicio de la razon al tiempo de celebrarle?

La ley supone de un modo demasiado gratuito, que son aptas para contraer matrimonio todas las personas púberes y entiende por la muger lo es á los 12 años y el hombre á los 14. Por el contrario, la observacion y la ciencia atestiguan que ni todas las personas púberes tienen aptitud para la sociedad conyugal, ni á la edad que se señala son todas púberes. Reto á los legisladores á que me digan con la mano puesta en la conciencia, si unos jóvenes de 12 y 14 años pueden llevar sobre sus débiles hombros las penalidades propias del matrimonio.

La division de las edades es arbitraria, no hay una base fija en que fundarla: mujeres se encuentran, que á los 14 años presentan el aspecto, la formalidad y la cordura de una de 20; pero otras existen que á los 17 son enteramente niñas; por eso lleva razon el vulgo al decir que cada uno tiene la edad que representa.

El único fenómeno ostensible de la pubertad, no se presenta en todas las mujeres á la misma edad, y con fundamento pensamos debiera exigirse á cada persona la suya *ad hoc*, segun se retardára ó adelantase el carácter único de la nubilidad legal.

Por unos cuadros estadísticos que tenemos á la vista, puede apreciarse que de 8.241 mujeres fueron púberes: 4, á los 8 años; 35, á los 9; 118, á los 10; 340, á los 11; 577, á los 12; 901, á los 13; 1.314, á los 14; y 1.505, á los 15, que es el máximun, descendiendo despues paulatinamente (1).

Horvitz cita una niña que fué mujer á la edad de 4 me-

(1) *Tratado* de M. Joulin, 2.ª edicion, tomo 1.º, pág. 126.

ses; Lenhossk refiere otro caso á los 9, que á los 2 años estaba tan desarrollada como una jóven de 18; Parvin otro á los 4 años y medio y Peakok otro á los 5 (1).

Por consiguiente, si la pubertad es la principal condicion para contraer matrimonio, ya saben los legisladores á qué atenerse; deben autorizarlo mucho antes de lo que la ley permite.

Y no se diga que á esa edad no puede tener lugar la concepcion, puesto que los médicos saben la íntima relacion que guarda lo uno con lo otro, y además Waldeyer, Slaviansky, Kussmaul, Ruttel y Boulet se encargarian de demostrar lo contrario.

Como se vé, nuestras leyes no deben fijar la edad púber á los 12 y 14 años en la mujer y en el hombre respectivamente, porque unas veces se adelanta y otras se atrasa, teniendo una gran influencia la constitucion del individuo, el clima, la alimentacion, el género de vida, las poblaciones, la educacion, etc. «Nuestra legislacion cree casadera á la mujer á los 12 años. Preciso es convenir que en esta parte los legisladores han caido en el defecto de confundir los indicios de la pubertad con la pubertad misma; esto es, con la verdadera aptitud fisiológica para la procreacion.

La pubertad es un *periodo* de la vida, no un *momento*, durante el que el organismo se dispone para las funciones de la generacion. Hacer que éstas entren en ejercicio desde el instante que se inicia la evolucion, es imponer á los órganos un trabajo superior á sus fuerzas, es sorprender á la naturaleza y al mismo tiempo perturbar el impulso para el desarrollo» (2).

Efectivamente; la pubertad no significa el complemento orgánico de la mujer, sino un espacio de tiempo dentro del cual ha de sufrir una prolongada série de profundas é importantes modificaciones para el porvenir, en relacion con el destino que en la vida tiene; modificaciones, así en lo físico como en lo moral é intelectual, y que tardarán en

(1) *Elementos de Medicina Legal*, por E. Hofmann, pág. 37.

(2) *Curso elemental de Higiene privada y pública*. por D. Juan Giné y Partogaz, 2.^a edicion, tomo 3.º, pág. 453.

completarse cuatro años por lo ménos, partiendo desde el instante en que la pubertad comienza, constituyéndose al fin la nubilidad fisiológica; es decir, el complemento de la pubertad, la verdadera aptitud para cumplir con las obligaciones matrimoniales. La niña crece, el tejido celular aumenta en el pecho, en el cuello y en los miembros; sus formas se redondean y toman mayor volúmen; se marcan las diferencias sexuales; la voz pierde el timbre especial de la infancia para hacerse algo más grave, dulce y sonora; cambian sus inclinaciones, olvidándose poco á poco de sus juguetes para atender á cosas más serias del hogar doméstico; se insinúa el candor que más tarde se transforma en pudor; empieza á sentir la necesidad de amar, sin darse cuenta de ello; por eso decia un sábio catedrático del que esto escribe, el señor D. Andrés del Busto, que ésta edad es en la que dejan las *muñecas* para tomar los *muñecos*. Los órganos generadores despiertan de su letargo, ván desarrollándose, la pelvis adquiere sus dimensiones necesarias para la gestacion y el parto. En fin, cuando estas transformaciones han concluido, cuando el crecimiento ha terminado y la inteligencia domina los actos de la mujer, entonces y solo entonces existe la verdadera aptitud para ser buena esposa y excelente madre.

Y para probar más y más que el desarrollo orgánico no ha alcanzado ni con mucho su término normal en la edad puer legal, copiamos de la obra de Joulin el siguiente cuadro de las modificaciones que sufren los diámetros pelvianos en diferentes edades. Hélo aquí:

Edad.	Diámetro antero-posterior.	Diámetro trasversal.
9 años.	70 milímetros.	70 milímetros.
10 »	80 »	85 »
13 »	80 »	95 »
14 »	95 »	100 »
18 »	98 »	115 »

Como se vé, la pelvis no ha adquirido sus definitivas dimensiones hasta los 18 años. Desde los 13 á los 18 ha aumentado el diámetro antero-posterior cerca de dos centímetros y el trasversal dos centímetros completos. ¡Ah, si supie-

ran los legisladores cuánto vale á veces en Tocología medio centímetro tan sólo!

Por otra parte, la pubertad legal es tambien un periodo crítico de la mujer, en que hay un aumento de mortalidad que empieza cuando aquella se insinúa y termina á los 18 años. ¿Y quereis aumentar con el matrimonio las causas de mortalidad del sexo bello?...

¿Se propone la sociedad conyugal ayudarse mutuamente el hombre y la muger en las adversidades de la vida? Pues bien se comprenderá que una niña de 12 años no puede conseguir semejante propósito; no puede de ningun modo sembrar de rosas el camino de nuestra mísera existencia, por que ni su organismo se lo permite, ni su inteligencia tampoco.

¿Se propone la perpetuidad de la especie? Pues entonces, así como se ha señalado la edad mínima, señálese una máxima á los 40 años, en que la concepcion es rara. Verdad que algunas veces se prolonga; pero tambien se adelanta, hasta concebir una niña de 8 años; por consiguiente, si es que se quiere abarcar el mayor número de casos posibles, rebájense de los 12 algunos años.

¿Se propone la voluptuosidad? Aparte de que es inmoral y anti-higiénico bajo este solo punto de vista, lo mismo que dura hasta más allá de los 40, tambien existe antes de los 12 años y nos encontramos en el caso anterior.

Los legisladores, pues, al fijar la edad de 12 años para que la muger pueda contraer matrimonio, se oponen á las leyes que ellos mismos hacen, á las leyes fisiológicas, á la moral y á la higiene, que viene á ser lo mismo, y aún á lo que dicta el buen sentido. Autoriza el matrimonio á la edad en que debe completarse la educacion física, moral é intelectual de la niña, entregándose á las serias obligaciones conyugales con todas sus consecuencias. En vez de atender á su crecimiento, gasta su vigor y lozanía en el desarrollo del hijo de sus entrañas. Durante la gestacion, sufre mil penosas molestias, su organismo se deteriora, es imposible que su cláustro materno contenga un feto de dimensiones normales, el parto será laboriosísimo; en caso de salir victoriosa, la prole será raquítica, siendo más tarde

pasto de la devastadora tisis. Acaso los esposos no se guarden la fidelidad debida y, en fin, disipando su salud en los placeres genésicos, por la irreflexion propia de los pocos años, el amor, léjos de ser un sentimiento puro con el que se garantiza la conservacion de la especie, se convertirá en libertinage.

Por consiguiente, el matrimonio no debiera permitirse hasta que la pubertad hubiese recorrido todas sus fases, el organismo haya adquirido todo su desarrollo y la inteligencia luzca con todo su esplendor. Espérese, en una palabra, á que la nubilidad fisiológica se establezca. Sólo entonces la muger podrá cumplir con sus sagrados deberes, será el àngel del hogar, cuidará de la buena administracion de la casa, y sabrá, por último, compartir con su esposo las penalidades de este mundo y educar como corresponde á sus tiernos hijos, guiándoles por el sendero de la virtud.

Para esto no se pueden fijar años; pero si es preciso, que sean por lo menos 15, como en la legislacion francesa, ya que no puedan ser 18, que se amoldaría mucho mejor á los preceptos de la higiene.

Y lo que decimos respecto á la muger, tiene aplicacion al hombre. Si nos hemos detenido más en la primera, es por que desempeña funciones que comprometen su vida, mientras que en el segundo no ocurre lo mismo.

Por lodemás, bien se comprende que á la edad de 14 años no puede el hombre bajo ningun concepto cumplir con la mision que se le confia. Es un niño, y como tal, no es posible atienda á las necesidades que el matrimonio exige.

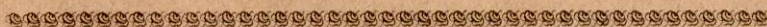
Debiérase, pues, como en otras legislaciones extranjeras, fijar la edad de 18 años para que el hombre pudiera unirse á la muger.

No comprendemos estas leyes que establecen una edad para contraer matrimonio, otra para defender la pátria y otra para poder administrar los bienes de fortuna. Mienlras á un individuo de 18 á 20 años se le supone capaz de concebir la sublimidad que envuelve la idea de la libertad é independencia, y se le conceptúa con criterio suficiente para sentir el sagrado fuego del patriotismo, no se le considera

con bastante conocimiento para disponer de sus bienes hasta los 25, y en cambio á los 14 le creen en aptitud para llevar á efecto un acto tan trascendental como el matrimonio, del que depende el porvenir de las naciones, la honra de las familias y la perpetuidad de la especie.

F. DOMENECH SAEZ.





ADELAIDA.

CUENTO.

«..... No podeis imaginaros, querido amigo, cuánto me alegraré de veros de nuevo; y os confieso que el placer este, vale el viaje que voy á emprender con la esperanza de recordar nuestra juventud. Vosotros los hombres, la haceis durar mucho más tiempo; y aunque seamos de la misma edad, me encuentro, primo mio, mucho más avanzada en el camino de la vida.

»¡Qué buenos días me recuerda la pobre Adelaida! Sin duda alguna no la habreis olvidado, siquiera sea por los alegres momentos que hemos pasado en su compañía; no temiendo la pobre, como fiel camarada, ni la lluvia ni el sol.

»Se halla algo envejecida; pero con muy buena cara; no està tan linda como cuando vino á felicitarme en los días de mi santo; pero todavía tiene una excelente figura y le he hablado de vos como su mejor amigo.

»Creo que os agradarán las noticias que os he dado de Adelaida, segun vuestros deseos, y espero que esta os recuerde la época en que la prima Blanca era una dichosa y risueña niña.

»No me quejo de mi suerte; pero creo que he llegado á la edad en que el pasado reviste encantadores espejismos.

»Perdonad mis locuras, y recibid mis afectuosos recuerdos, como los de la fiel Adelaida.

B. de K.»

Madame de Madel estaba en un gabinete leyendo la carta anterior, que habia encontrado sobre el pupitre; y aun cuando poseía un infinito número de buenas cualidades, siendo bastante celosa de su dicha, no podia resistir el deseo de conocer, cuando encontraba ocasion oportuna, la correspondencia de su marido.

Era la primera vez que su curiosidad la castigaba. ¿Quién era Adelaida? Poco importaba que fuese jóven ó vieja: lo esencial era que existía una mujer que recordaba á su marido una prima suya.

Madame Madel creia intolerable vivir con un hombre que no la amaba; porque era evidente que su marido habia amado á Adelaida ántes de conocer á ella; pero tuvo la suficiente sangre fría para plegar la carta y ponerla exactamente en el lugar en que la habia encontrado; despues salió desesperada.

En la vida real, áun en medio de las más horribles catástrofes, es necesario desayunarse, áun cuando sea teniendo vivo el recuerdo de Adelaida. Bien es verdad, que en el comedor estaba solo Mr. Madel, leyendo con admirable calma el *Figaro*; y al ver entrar á su mujer, la recibió diciéndole:

—«Querida, el almuerzo se enfria.»

La señora se sentó con dignidad, y cuando estuvieron solos, le dijo con voz firme:

—¿Quereis darme el periódico?

—Toma, dijo Mr. Madel. ¿Es que quieres ver a cuestion del divorcio?

—Precisamente.

—¿Te interesa ese asunto mucho?

—Interesa á todas las mujeres.

—Pues bien, querida mia, la ley no se vota: peor para las que lo aguardaban.

—¡Es una infamia!

Á esta exclamacion, el marido levantó la cabeza, y mirando á su mujer con atencion, le dijo:

—¿Qué te pasa hoy, Juana? ¿Vás ahora á ser la abogada del divorcio?

—Ciertamente, yo he pensado siempre que cuando un marido nos engaña.... Sí, se debe tener ese derecho; pues entonces el matrimonio es una cadena pesada... una vergüenza... una...—y sofocada por su propia elocuencia, Madame Madel comenzó á sollozar.

Su marido la contempló con extrañeza.

—Tú debes estar nerviosa: cálmate un poco, pues estos romances podian hacerte daño.

La pobre mujer, impresionada por su impetuosidad misma, se levantó de la mesa murmurando algunas frases, al propio tiempo que su marido le recomendaba que se tranquilizase, continuando su desayuno, y leyendo despues la discusion de la ley sobre el divorcio.

El carácter de Mr. Madel no se habituaba á escenas de cierto género, por lo que, tomando el sombrero, salió anunciando á su esposa que iba á llamar á su madre.

Esta era una señora bastante instruida, que aconsejó á su hija lo más oportuno, haciéndola comprender que el pasado de su marido no le pertenecía realmente, y que sería muy probable que Adelaida fuese una antigua amiga ó una excelente parienta.

Madame Henriot aconsejó á su hija la prudencia y reserva convenientes á fin de poder esclarecer la verdad.

El dia acabó tranquilamente, aunque Madame Madel se encontraba bastante entristecida; pero su esposo apenas hizo caso de semejante estado, abandonando el salon á las nueve de la noche, por tener que despachar bastante correspondencia.

A las diez Madame Madel se acostó, apesar de no poder conciliar el sueño, pensando que en el mundo existía una Adelaida capaz de turbar una dicha legítima; pero habiendo oido á la media noche que su esposo se retiraba á su habitacion, y adquirido la certeza de que dormia, abrió con gran sigilo la puerta, atravesó el salon, entró en el despacho, encendiendo una bujía, y miró al pupitre, en el que habia

cuatro cartas, una de las cuales iba dirigida á la Baronesa B. de Kerat, la amiga de la infame Adelaida.

Apoderarse de la carta y abrirla fué obra de un momento para Madame Madel, que al recorrer rápidamente la vista sobre ella, vió en la segunda llana el nombre de Adelaida escrito con mayor cuidado y subrayado.

«¡Pobre Adelaida! leyó; ¡cuánto me alegro saber que existe! Yo creía que tal vez habia partido de este mundo; pero me parece que habeis cumplido vuestra palabra lealmente, teniendo sumo cuidado con ella. Traedla en vuestro próximo viage, pues quiero la conozca mi esposa; estoy seguro que esta no juzga á su marido ni á su prima capaces de semejantes locuras.»

«No soy diablo, pero no tengo vocacion de volverme ermitaño; al contrario, encuentro cada vez más higiénico el tomar la vida alegremente. Conservad tambien estos buenos principios, en la seguridad de que todavia daremos buenos paseos en compañía de la fiel Adelaida.....»

Madame Madel, verdaderamente trastornada, no veia en esto mas que una cosa evidente: Adelaida habia jugado un papel de importancia en la vida de su marido.

Devorada por los celos, cerró nuevamente la carta y volvió á su habitacion.

A la mañana siguiente estaba pálida y ojerosa.

Su esposo le hizo esta observacion, manifestándole que casi toda la noche la habia sentido moverse como si se encontrara molesta.

Ella se sonrojó, no contestando, pues su madre entraba al mismo tiempo.

—Vengo á ver como estás hoy, la dijo esta abrazándola; comenzando á hablar de infinidad de cosas, hasta que quejándose Madame Henriot del mal tiempo, Mr. Madel dijo sonriéndose:

—¡Ah! Veo que tendrá V. necesidad de Adelaida.

—¿Quién es Adelaida? preguntó Madame Madel, pretendiendo dominar su emocion.

—¿Pues mi prima Blanca, no te ha contado nunca eso? Adelaida, querida mia, es una 'sombrilla, que regalé á mi prima hace diez años, y que bautizamos con ese nombre.

Desde entonces no hemos dejado de hablar de Adelaida, que ha sido la alegría de la casa durante ese tiempo, ha tomado parte activa en graves acontecimientos, ha promovido celos, y hasta creo que ayer hizo llorar á una indiscreta.....

Despues de esta explicacion, el divorcio es supérfluo.

M. OSCA.



DESENVOLVIMIENTO CIENTÍFICO DEL DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO.

La ciencia del Derecho internacional privado se ha constituido en nuestro siglo. Las relaciones que regula han existido desde la antigüedad más remota. La doctrina no se ha desenvuelto verdaderamente hasta la Edad Media. No es esto decir que no haya habido antes escritores que se hayan separado, al juzgar la condicion de los extranjeros, de las legislaciones positivas. Platón, al señalar sus derechos y deberes, enseña la hospitalidad y el respeto (1.) Los Estóicos admiten una comunidad de derecho, un solo Estado y una sola ley universal, considerando el mundo como la república de los hombres y de los dioses (2.) Ciceron demuestra que todos los hombres son ciudadanos de una ciudad misma (3), y sostiene que los que dicen que deben solo respetarse los derechos de los ciudadanos sin atender á los extranjeros, disuelven la sociedad universal del género humano, despues de lo cual dejan de existir la beneficencia, la liberalidad, la justicia, y se hacen impíos hácia los dioses

(1) *Leyes*. Lib. 12.

(2) Denis. *Histoire des théories et des idées morales dar
quité*. Paris. 1856. T. I, pág. 344.

(3) *De legibus*, I, 7.

puesto que destruyen la sociedad constituida entre los hombres por ellos (1). El cristianismo se encarga de popularizar las humanitarias doctrinas (2). Los progresos de la civilizacion y los tratadistas de Derecho natural y de gentes ejercen, por último, una considerable influencia en el régimen legislativo de las relaciones de que tratamos.

No se desenvolvió en la antigüedad la doctrina del Derecho internacional privado, porque no fué necesaria. Los pueblos vencedores se imponían completamente á los vencidos, cuyos derechos negaban, ó les permitían, por vía de privilegio, el usar su legislacion. Dado el régimen de vida y la índole del Derecho, no deberían surgir conflictos. En Roma no podían tener lugar ciertamente. Siendo el *jus gentium* un derecho positivo especial que se aplicaba á las relaciones de ciudadanos y peregrinos y á las de los últimos entre sí, no debia estar en pugna, al aplicarse, con el estricto *jus civile*. El principio personal que dominaba en las leyes bárbaras, haciendo que siguiese á cada uno su ley, aun en sus relaciones con los de otra, no habia de producir colision. El desenvolvimiento del Feudalismo, y como su consecuencia, el del principio territorial luchando con el principio personal, fué causa de que la doctrina surgiese. Tres periodos pueden distinguirse en su historia: el de los Glosadores, el de los Juristas y el de los escritores de Derecho internacional privado. (3.)

Durante el siglo XIII, en las ciudades italianas, organizadas en comunes que mutuamente se odiaban y combatían, se inicia la doctrina que nos ocupa, como un extraño fenómeno, por la concurrencia de tres hechos: la industria y el tráfico florecientes, las buenas costumbres antiguas, que escritas tomaron el nombre de *estatutos*, y el estudio del Derecho romano que, renaciendo, dió vida á aquella escuela de intérpretes que se llamó de los *Glosadores*. La industria

(1) *De Officiis*, III, 6. Véase á Desjardins, *Les devoirs*. Essai sur la Morale de Ciceron. Paris, 1865. Pág. 261.

(2) Dourif, *Du Stoicisme et du Christianisme*. Paris, 1863. Página 142.

(3) *Prefazione* de M. Tenore. Schaffner. *Explicazione del Diritto internazionale privato*. Pág. 19.

activísima de aquellas ciudades, à pesar de su enemistad permanente, demandaba la aplicacion de sus leyes à estas nuevas necesidades, y tal fué el objeto que se propusieron en sus estudios. Viendo un Derecho común en el romano, trataron de aproximarse à la unidad con su aplicacion à las cuestiones surgidas. Tomando algun principio del Derecho Justiniano, que allí se hallaba con bien distinto propósito, lo adaptaron à los estatutos, y distinguiendo los *statuta apersonalia* y *realia*, segun que contienen disposiciones sobre las personas ó las cosas (*Dirigunt res ó Dirigunt personas*), establecieron la division, base de toda la explicacion de las doctrinas de la parte de la jurisprudencia que se llamó de la *colision de los estatutos*. No dieron ni una precisa definicion ni una determinacion exacta de ella, pero presentaron una norma para la aplicacion de los estatutos à los intereses civiles, y, queriendo hallar su justificacion en el Derecho romano, la establecieron sobre extrañas y aventuradas interpretaciones, que aplicaron por arte jurídica à algunos casos particulares y aislados.

En los siglos XV y XVI, quando, extinguida la vida independiente de los comunes, comenzaron, tanto los gobiernos como los pueblos, à atender à la unidad del Estado, intereses más generales y ámplios sustituyeron à los que eran solo de cada particular ciudad. Unidos estos al progreso de la ciencia legal, que habia hecho de los *Glosadores* una escuela de valerosos *Juristas*, comenzaron à dar una tendencia científica y sistemática à las doctrinas relativas à la *colision de los estatutos*, que, llegando à ser leyes generales, no eran exactamente designados con este nombre. La variedad de los Derechos locales de los diversos territorios que se reunian bajo un centro más vasto y general podia hacer que los juristas considerasen desde más altura el asunto. Però como el sistema político de Estados nuevamente constituidos era enteramente individual y exclusivo, y como tenia por consecuencia un sistema mercantil tambien limitado, impidió que llegasen al verdadero concepto de las relaciones internacionales aquellos distinguidos juristas. Las aplicaciones prácticas debian reducirse al conflicto de los vários derechos locales de un mismo Estado, promovido de una parte por la diversidad de los derechos

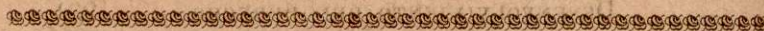
particulares no formulados con una legislación general, común á toda la nación, y de otra por la lucha entre el principio territorial, que del Feudalismo surgía, y la personalidad libre del individuo, que se unía á los intereses más amplios de las soberanías monárquicas, de las que emanaba un Derecho más general común, que á aquel se contraponía restringiéndolo. Estas doctrinas comenzaron á tomar en las obras de los juristas de los Países-Bajos una tendencia de universalidad científica, que, sin hablar de las condiciones históricas que la favorecieron, estaba en armonía con la industria y el tráfico de aquellas ciudades mercantiles. Cuando los escritores del Derecho público de gentes no se fijaron propiamente en las relaciones internacionales privadas, sus doctrinas llevaron á aquellos juristas á sentar, tratando del Derecho privado, ciertos principios generales, que se hallan señaladamente en Burgundo, Rodenburg, Voet y principalmente en Huber. Habiendo establecido, ante todo, estos escritores el principio de que, en materia de relaciones privadas, la soberanía exclusiva de un Estado en su territorio no es obstáculo á la validez legal de los actos del extranjero, sentaron, por decirlo así, los fundamentos de la doctrina. Procuraron principalmente organizar en un sistema científico la división de los estatutos en *personales* y *reales*, discutiendo mucho sobre la existencia de un verdadero *statutum mixtum*, que se refiriese á un tiempo á la persona y á la cosa en las relaciones en que fuera dudoso decidir cuál predominaba, ó se limitase á regular solo la *forma de los actos*, según no faltaba quien pretendía. Como estas discusiones no se apoyaban en un punto de vista tenido en cuenta en la ley, sino en el razonamiento de los juristas, cuando se trataba de determinar su aplicación á un caso concreto, no podía dar otro resultado que una más ó menos completa enumeración de casos particulares. Se disputaba largamente para mostrar que cada uno debía referirse más bien á un estatuto que á otro, y se trataba en vano de deducir una doctrina de una práctica controvertible é incierta.

Las doctrinas que regulaban la *colision* ó el *conflicto* de las leyes, entrando por medio de la jurisprudencia en el dominio de la conciencia universal, fueron aceptadas por las

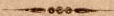
leyes positivas en los Estados modernos de Europa, y examinadas por los escritores que á interpretarlas se dedicaron. Guiados estos por más ámplios y racionales principios, que les sugerian la cultura más avanzada de los pueblos y su solidaridad económica, consecuencia del desenvolvimiento de las comunicaciones recíprocas, tendieron á formular una doctrina que armonizase la universalidad del Derecho internacional con las leyes de las particulares naciones, empezando por investigar un principio, que determinase la aplicacion de las várias leyes á los casos concretos que se pudieran ofrecer. Se ha llegado á fundar la aplicacion de las leyes de las várias naciones á las relaciones privadas, no en una mera unidad política ó en sus ventajas mercantiles, sino en la necesaria observancia de la ley moral y en la sancion suprema de la conservacion del orden del mundo.

Dos escuelas pueden distinguirse, en el Derecho internacional privado, entre los publicistas de nuestros dias: una, que dá á sus investigaciones por fundamento la antigua division de las leyes en *personales*, *reales* y *mixtas*, como absoluta; otra, que, admitiendo esta division solo como forma en que se ha manifestado la antigua práctica, sin darle otro valor científico, va indagando un principio que sirva como de norma única y constante.

MANUEL TORRES-CAMPOS.



LUCHAS INTIMAS.



Á MI ESTIMADO AMIGO EL ESCRITOR ANDALUZ D. CÁRLOS FRANQUELO.

Fué una noche de insómnia y de amargura,
que áun conserva mi loco pensamiento
como el cliché conserva la figura.

Á su recuerdo inextinguible, siento
que mi razón vacila amedrentada
cual ave herida al recorrer el viento.

En mis horas de luto, en mi angustiada
febril meditacion, la noche aquella
siempre la miro en mi interior grabada.

¿Será que el alba sonrosada y bella
de mi niñez, tras de sus sombras tristes
despareció cual rápida centella?

¡Oh corazón, que luchas y resistes,
y Sísifo incansable, te levantas,
de nuevo ruedas, y de nuevo insistes!

¡Cuántas perdidas ilusiones! ¡cuántas

esperanzas de amor, desvanecidas
miré rendirse á mis inciertas plantas!

Invisibles moléculas perdidas
que el viento empuja, en mi cerebro fueron
las risueñas imágenes queridas:

¡sólo resta al lugar donde nacieron,
el polvo de oro que en sus limpias alas,
mariposas versátiles, trageron!

Mi vista alzando á las empireas salas,
loco imploro mis sueños infantiles
que al alma son lo que al jardín las galas;

mas perdidas mis ansias juveniles,
¡un viejo soy que la pesada lleva
carga de flores de los veinte abriles!

De los misterios la invisible clave,
yo he buscado, seguido de la ciencia,
tan impotente como adusta y grave.

De la muerte sumiso á la sentencia,
la razon he indagado que castiga
con la rígida muerte mi inocencia,

y la asídua constancia por amiga,
he buscado la luz esplendorosa
que el ansia ardiente de saber mitiga.

Martirizado en noche misteriosa,
noche que lleva mi abrasada mente
como el gusano la marchita rosa.

de problema tan árido pendiente,
recostado en el lecho y pensativo
la duda vino á torturar mi frente.

El ástro de la noche, fugitivo
abandonaba tras brumoso velo
la inquieta mar donde durmió cautivo,

y hostia de luz, con religioso anhelo
comenzaba á subir entre celajes
el arco azul del trasparente cielo.

Hervorosas espumas, oleajes,
arrollaba la mar á las arenas
como blondas finísimas de encajes,

áuras de notas y perfumes llenas
pasaban por las flores combatidas
como pasa el consuelo por las penas;

torbellinos de ráfagas perdidas,
semejantes al bien ambicionado
irradiaban al ser desvanecidas;

y el cielo, altar para el amor creado,
figuraba dosel maravilloso
de diamantes vivísimos sembrado.

Todo al sueño rendido y al reposo,
en mi espíritu vago y recogido
despertaba un acento misterioso.

El inquieto anhelar; el no rendido
aunque calmado padecer; la incierta
esperanza que anima al desvalido;

la dicha agonizante, si nó muerta,
que á la luz de la mente se vislumbra
y que jamás al corazón despierta;

el amante recuerdo; la penumbra
del ignorado porvenir, mostrando
esa noche que al alma apesadumbra:

todo en confusa ondulacion flotando,
empujaba mi sér al torbellino
en irritado vértigo pasando.

Apostada la duda en mi camino,
arrojóse á mi loco pensamiento
cual se arroja á su presa el asesino,

y sometido á su feróz tormento,
¿qué es la vida? clamé, dando una queja
que hizo de horror estremecerse al viento.

La luna, entrando por la dura reja,
sin atreverse á recorrer la estancia
reteníase pálida y perpleja;

brisa sutil de célica fragancia,
transportaba á mi frente sudorosa
cantos y risas de mi alegre infancia;

impulsada á su accion vertiginosa,
en las alas del tiempo, conducida
miré avanzar mi juventud dichosa;

y absorta el alma y de dolor transida,
otra vez exclamé lleno de espanto
y aferrado al martirio:—¿qué es la vida?!—

Desconcertado y sin valor en tanto,
recordando el consuelo del que llora
dejé en completa libertad al llanto:

mas como aquel que compasivo implora
y sin hallar lo que con fé procura
arde en nueva ansiedad devoradora,

abrazado de nuevo á mi amargura,
á insistir comencé sobre el problema
punto menos quizá de la locura.

--«¿Á qué anhelar, si el bárbaro anatema
de la muerte, destruye lo creado?
¿qué es nacer? ¿qué es morir?»—tal era el tema.

Por tan hondos misterios impulsado,
empecé á penetrar punto por punto
de la muerte y la vida en lo ignorado,

y recogido á tan severo asunto,
si en fracciones hallábalo concreto
era ingente y abstracto en el conjunto.

Posesionado de terror secreto,
á la ruda impotencia sometido
desesperaba por hallar mi objeto,

y semejante al náufrago perdido,
cuando pensaba divisar la arena
era en fiero oleaje confundido.

—¡El que perturba su razon serena
y se lanza entre sombras, es esclavo
que se forja á sí mismo su cadena!—

Ya en el incendio del delirio, al cabo
salté del lecho con profundo grito,
bien como el mar enfurecido y bravo.

Con mi dolor en el semblante escrito,
corrí á un extremo de la estancia, oscura
prision donde acosábame el delito,

y revolviendo libros, sin cordura,
uno cojí, cuyo contacto helado
llenó mi pecho de mortal pavora.

¡Voltaire era su autor! Enagenado,
y como astuto cazador que acecha,
pero que duda en el momento dado,

por el instante mi pasión deshecha,
quedé, al fulgor de la siniestra luna,
cerrado el libro y mi ansiedad maltrecha.

¿Porqué á veces, mirando su fortuna,
el ardoroso corazón vacila
sin detenerle inconveniencia alguna?

Severo el rostro, insomne la pupila,
no sé el tiempo que estuve ensimismado
viendo la noche discurrir tranquila.

Al fin, saliendo de tan triste estado,
con el libro en las manos temblorosas
lancé un hondo gemido prolongado,

y agitando sus alas primorosas,
recibieron el viento mis suspiros
como loco tropel de mariposas...

Columpiados del céfiro á los giros,
dormitaban los pájaros gozosos
tras el plácido umbral de sus retiros.

remolinos de insectos luminosos,
parecidos á chispas de diamantes
se agitaban zumbando bulliciosos;

despidiendo magníficos cambiantes,
á lo léjos pasaba la corriente
como largo reguero de brillantes:

con sus gemidos de dolor, la fuente,
al romperse saltando, desgranaba
sus collares de vidrio en el ambiente;

y el mar, que inquieto sin cesar brillaba,
figuraba otro cielo esplendoroso
donde el cielo infinito se miraba.

¿Quién, gozando conjunto tan hermoso
no siente á Dios, y de su bien el fruto
dentro del pecho renacer ansioso!?

Sin consultar mi pecho irresoluto,
abrí el libro con súbita sorpresa
á su atracción rindiendo mi tributo,

y de su influjo al encontrarme presa,
nube de espanto oscureció mis ojos
al ver aquella carcajada impresa.

Rayos ardientes de colores rojos,
por mi mente cruzaron confundidos
como acerados pétalos de abrojos.

Del corazón viviendo á los latidos,
un momento quedaron en la oscura
noche de lo ignorado mis sentidos;

pero pasada la tormenta dura,
dominando mi insólita flaqueza
dí comienzo del libro á la lectura

«¿Qué es la virtud? ¿qué el bien? ¿qué la pureza?»
—en severo preámbulo decía,
y contestaba al punto con firmeza.—

«Es la virtud, infame hipocresía:
el bien, un nombre por placer fundado,
y la pureza, loca fantasía.»

«¿Qué es el honor?»—seguí desconcertado
esperando saciara mi desvelo
aquel libro sarcástico y malvado;—

y aumentando mi duda y mi recelo,
«es el honor, leí, viento infecundo
del cual se forma el esplendente cielo.»

Ante mi vista oscurecido el mundo,
sin proseguir, ilícito desmayo
acometióme con dolor profundo;

y renunciando á mi infeliz ensayo,
deshice el libro con furor, ¡acero
que atrajo al fin sobre mi frente el rayo!

Contaminado del terror más fiero,
pedí luz á la fé, paz al reposo,
y caricias al sueño lisongero:

mas sumergido en vèrtigo espantoso,
ni luz, ni paz, ni célicos halagos,
acogieron mi pecho congojoso.

¡Cuando impulsado por temores vagos
no conforta y auxilia la creencia,
suceden de la muerte los estragos!

Vano es entonces invocar la ciencia:
—¡inútil el saber contra la duda,
más levanta y agita la conciencia!—

¡En contienda tan áspera y tan ruda,
siempre aspiramos á la fé bendita,
que es la razon á los tormentos muda!

Como aquel que discurre y que medita,
quedé, tras largo batallar, postrado
en actitud seráfica y contrita,

y arrojándome al lecho abandonado,
¿cómo vive el incrédulo, repuse,
si es no existir vivir desesperado?

Quien al consuelo de creer rehuse,
siendo á Dios criminal, no hallará nada
que su enorme delito no le acuse.

Sin la luz de los cielos codiciada,
marcha á tientas el alma por la vida
buscando en vano su eternal morada.

Para encontrar del mundo la salida,
ha de alumbrar la fé nuestro sendero
por nuestro paso siendo perseguida.

Ella, foco de dicha verdadero,
cobija al hombre si el dolor le aflige
y le redime del pesar más fiero.

¡Ella es soplo de Dios!... Cuando esto dije,
oreando una ráfaga mi frente
su influjo grato con amor bendije:

y espaciándose luego dulcemente
poco á poco mi pecho comprimido,
quedé en el lecho al sepultar la frente,
como romano gladiador, vencido.

S. RUEDA Y SANTOS.

EL EMPRÉSTITO MUNICIPAL.

DIÁLOGO.

—Hola! Señor X. celebro ver á V.

—Gracias, amigo mio. ¿Qué se le ofrece?

—Deseaba adquirir noticias exactas de la operacion de crédito que proyectan Vdes.

—Ninguna puedo darle por ahora; y áun pudiendo, dudo si sería prudente. Ustedes los periodistas todo lo aprovechan para llenar sus diarios, y con frecuencia perjudican el éxito de los negocios, anticipando ideas, juzgando ligeramente, y censurando por sistema á todas las autoridades y corporaciones.

—Es V. injusto, señor X...

—Muy justo es lo que soy. Ya han comenzado Vdes. á combatir los proyectos del Municipio, ántes de conocerlos exactamente, y aminoran el crédito de la ciudad.

—No es preciso conocer los detalles para juzgar la bondad de un proyecto, si este en su esencia se opone á los principios científicos reconocidos universalmente.

—No hay principios tan absolutos que no cedan ante la imperiosa necesidad; si el ayuntamiento está agobiado por deudas de administraciones pasadas; si es de todo punto indispensable dotar de aguas potables la ciudad, si la opinion exige mejoras útiles, si para esto no hay recursos, for-

zoso será recurrir al crédito, à pesar de las teorías que V. al parecer sostiene.

—Si V. lo permite, rectificaré. Estoy conforme en la necesidad de hacer cuanto V. indica...

—Pues como sin dinero...

—Tenga V. paciencia. Decía que estoy conforme con la ejecucion de esas obras y el pago de las deudas del Ayuntamiento, sin que por eso reconozca la necesidad, ni la conveniencia del empréstito. Pagar una deuda por medio del préstamo no es lo mismo que extinguirla; lo que se hace es transformarla, mudando el acreedor y aumentando su cuantía por medio del interés ó réditos. Si el Municipio tiene débitos, justo es pagarlos; si no hay recursos, se inventan ó se crean, arbitrando medios que no hayan de ser reintegrados despues en ningun forma, pues en este caso el débito subsistiría. Se nivelan los presupuestos mejorandò el de ingresos y suprimiendo gastos supérfluos, al par que se atiende á los reproductivos.

—Es V. atroz, hombre. Parece que no conoce V. el país; suprima V. los bailes ó la música y tendrá V. el anatema de toda la poblacion, si es que no sobreviene una revolucion local.

—Hablemos sériamente...

—Pues sériamente digo que la banda del Municipio es una necesidad local; un elemento de cultura; la base de las orquestas que tenemos; al desaparecer aquella, morirían estas, por que el país no ofrece á los artistas músicos elementos bastantes para que subsistan, y necesitan la proteccion del Ayuntamiento.

—Nos separamos de la cuestion. No discuto los gastos que deban reducirse ó anularse, sino la necesidad de hacerlo con aquellos que realmente sean supérfluos, y cuya existencia es indubitable.

Hacer un empréstito para atender á gastos permanentes, es absurdo; porque si resuelve la dificultad del momento, crea un conflicto para el porvenir, y es privar á las generaciones futuras de sus arbitrios naturales, cometién dose un despojo. por cuanto no disfrutará n de ventaja alguna que les compense la pérdida de sus recursos ó de su dinero.

Solamente en un caso el empréstito es admisible por

estar conforme con los principios económicos y la justicia: cuando el importe *íntegro* de la operacion, se dedica á obras permanentes y reproductivas. La cualidad de la permanencia es indispensable, porque debiendo satisfacerse el capital y réditos en lo porvenir, las corporaciones y personas que los paguen no harán ningun sacrificio abonando parte de lo que gozan y disfrutan. La cualidad de reproduccion es asimismo de necesidad absoluta, advirtiendole que no bastaría el hecho del producto, si su depósito no iguala por lo menos el costo del empréstito, ó sea el interés estipulado y los demás gastos ó pérdida de ingresos que la operacion imponga al prestatario.

Un ejemplo explicará mejor el concepto. Supongamos un empréstito de 300.000 pesetas para la construccion del mercado; al 6 por 100 el interés annuo, será de pesetas. 18.000

Calculando el producto para la nueva obra en. 25.000

Resulta un aumento de. 7.000

Parece, pues, ventajosa la operacion, y sin embargo, dista mucho de serlo. El producto de 25.000 pesetas no es sólo la reenumeracion del arrendamiento total ó parcial del mercado; constituye además un arbitrio municipal, como el que hoy existe sin mercado y debe en la cuenta tenerse presente la importancia del arbitrio, ántes y despues de la ejecucion del proyecto.

Si el interés del empréstito es de pesetas. 18.000

Y agregamos el actual arbitrio establecido sobre la plaza de abastos, que el Ayuntamiento perdería, y calculamos en. 10.000

Suman los gastos de la operacion. 28.000

Comparados con los productos del mercado, incluidos los correspondientes al edificio y á los arbitrios. 25.000

Hay una pérdida real y positiva de. 3.000

—Luego V. deduce que no debe hacerse nada de lo

proyectado, ni siquiera la traída y canalización de aguas potables?

—Las cifras indicadas son imaginarias; quizás los cálculos exactos den más favorable resultado. No afirmo, pues, ni niego, la conveniencia del empréstito; solamente consigno que si los fondos que se adquirieran se dedican á la construcción exclusiva de obras públicas de reconocida utilidad; si estas producen lo suficiente para compensar el gasto anual; y por último, si no se hipotecan ó pignoran los bienes comunales, la población aplaudirá á sus representantes. De lo contrario, la administración municipal dará un paso gigantesco hácia su ruina, haciéndola inevitable.

—De suerte que, no hallando posibilidad de realizar el empréstito en las condiciones expresadas, habrá que renunciar á todo?

—De ninguna manera; si el empréstito no es conveniente, tiene medios la corporación de cumplir sus deberes y llevar á cabo sus propósitos, cediendo temporalmente el usufructo á las empresas constructoras en pago de interés y capital, de igual manera que se ha efectuado en los mercados de Madrid; enagenando ó permutando prédios de mucho valor y poca renta como la cárcel; vendiendo los montes comunales que apenas producen el 2 por 100 de su valor, y finalmente, organizando multitud de servicios reproductivos que en otras poblaciones dan crecidas rentas á las corporaciones populares.

—Siento, amigo mío, que no sea V. Alcalde: deseo ver á V. en la piedra de toque de la experiencia, para que se persuada de que no basta leer á escritores utopistas para administrar un pueblo.

—Convengo en que la práctica ofrece dificultades imprevisas, siendo las más graves las que emanan del carácter y circunstancias de las personas; pero con buena voluntad, olvidando prevenciones antiguas, suprimiendo exclusivismos injustos é irritantes y apoyando lealmente al que promueva un pensamiento beneficioso, todo es fácil y hacedero.

JOAQUÍN VIVAS.

=====

GÉNERO CURSI.

¿No ¿han leído Vdes. nunca una revista de salones? En ese caso, ignoran, por su desgracia, lo que es pasar un rato divertido. Yo no cambio los goces que me proporciona ese entretenimiento, por ningunos otros de los pocos que nos es dado disfrutar en este pícaro mundo á los que tenemos la *debilidad* de las letras, y no de cambio.

Hay por esos trigos de Dios cada revistero que canta el credo. Con la mejor intencion posible, á fuerza de agitar el incensario, llegan á romper con él las narices de los mismos idolos á quienes pretenden adular con sus lisonjas.

Sobre todo aquí en provincias, donde todos nos conocemos, el oficio de tales panegiristas resulta bufó por todo lo alto. ¡Qué manera de *cursilear*, caballeros! Les digo á ustedes que las tales revistas tiran de espaldas al más pintado.

Y para que no se me acuse de exajerar, como decia el personaje de Galdós, voy á demostrarles prácticamente la verdad de mis afirmaciones. Supongan Vdes.—y no es poco suponer, á Dios gracias,—que mi mala fortuna coloca en estas manos pecadoras la pluma de esos nunca bien ponderados cronistas; sigan Vdes. suponiendo—y cuidado si es atrevida la hipótesis,—que me dá el náipe por imitar á tan acaramelados escritores, y que intento echármela tambien de revistero, describiendo una fiesta al uso del país. ¿Qué habia yo de decir en la tal revista? Véan Vdes. un ejemplo.

Démos de barato que yo trataba de reseñar una boda, pues en tal caso me expresaría así:

ENLACE.

«Aún se conserva viva en nuestra mente la honda impresión que los grandiosos desposorios de que acabamos de ser testigos, han producido en el ánimo de todos los que hemos tenido el honor y la dicha de presenciarlos. Invitados por nuestro amigo particular, y opulento padre de la novia, el Sr. D. Ramon Cardona, acudimos presurosos á su magnífico *hotel* establecido en una de las principales *avenidas* de la capital; y allí, nuestra vista quedó deslumbrada desde el primer instante por el lujo asiático con que se hallaba decorado el suntuoso edificio, para ser digno teatro de la fiesta que sus dueños celebraban.

»Á la entrada nos sorprendieron agradablemente dos bonitas jardineras adornadas de heno, en cuya confeccion se adivinaba el exquisito gusto de una mano femenina; al pie de la escalera, delicadamente enjabelgada, se destacaban dos figuras simbólicas de yeso maciso, representando el Asia y la Europa; y en cada una de las mesetas superiores, un luminoso quinqué de petróleo: el efecto era maravilloso.

»Si de tal manera se distinguía la elegancia desplegada en las partes bajas ¿qué no diremos de las superiores? Allí se habian agotado todos los refinamientos del arte; desde los mismos corredores se extendía una blanca estera de junco, obra maestrá del acreditado Pascual; el estrado, adquirido expresamente para ese acto solemne, se hallaba tapizado de lana cardenal, con alguna mezcla de seda; se habían pintado todas las puertas y ventanas de un delicado color manteca; las sillas no escaseaban, ántes bien, repartidas acá y acullá con profusion, ofrecian cómodo asiento á todos los convidados; ni uno sólo tenía necesidad de permanecer en pie, y sólo algun travieso pollo se asomaba picarescamente por entre un portier de pintoresca cretona fina.

»A la hora de antemano señalada, dió principio la ceremonia nupcial: eran las nueve ménos cuarto en punto. Avanzó hácia el altar la gentil pareja: ella, radiante de hermosura, iba ricamente ataviada con un gran vestido de gla-

sé negro, adornado con anchos flecos de torzal y guirnaldas de siemprevivas: de su cabeza descendía un amplísimo manto de gasa moteada; y sus prendidos consistían en una caprichosa cruz de oro y corales, brazaletes de concha en forma de culebra, con las iniciales de su nombre; unos pendientes color caramelo claro, sortija de pelo en la mano derecha y en la izquierda un vistoso pañuelo de jareton con vainilla. El novio, nuestro apreciable paisano D. Juan José Perez, lucía un elegante traje de elasticotin, y botas charoladas; cuello bajo y corbata azul militar; y en su invariable relój de níquel, miraba impacientemente la hora.

»El sacerdote les hizo las preguntas de costumbre, que contestó emocionada y trémula la linda y espiritual Adelina, y con entonación vigorosa el mancebo: luego les dió su santa bendición.

»Los papás entonces derramaron abundantes lágrimas, y después pasó la concurrencia al comedor. ¡Qué mesa! Una lámpara de latón dorado derramaba sus brillantes reflejos por la limpia superficie del mantel, y en el centro lucía un artístico candelero de cristal con trasparente bujía: en rojas bandejas se veían simétricamente colocados apetitosos confites, desde la pera hasta el pío nono, con algun que otro dátíl de berbería acaramelado; todos quedaron satisfechos, y al servirse los licores, en los que predominaban el aromático ojen y la espirituosa ginebra, los poetas presentes se levantaron, improvisando inspiradas seguidillas.

»Entre los distinguidos concurrentes de la fiesta, vimos á los Sres. Serrano, cobrador de contribuciones; Fernandez, corredor de minas; Saez, escribiente temporero de la Diputación; Navarro, comerciante de ultramarinos; Bueno, primer practicante de cirugía; Palomo, alcalde de barrio; Cano, antiguo violinista del Suizo; Pardo, piloto del Cabo de Gata; Molina, entendido veterinario; Rodríguez, apuntador del Principal; Moncada, cesante de Hacienda; Carmona, distinguido gimnasta; Castro, profesor dentista; Garcia, estudiante del seminario; Salvador, maestro de obra prima; German, director de *El Papa-moscas*, y otros muchos que sentimos no recordar.

»Representando al bello sexo, se hallaban las elegantes señoras y señoritas de Marín, con falda de alpaca negra y

polonesa de glase; Carrillo (D.^a Carlota y D.^a Celestina), con trajes de pana amarilla; Romero (D.^a Casilda), de percal de dos vistas y diadema de azabache; Morales (D.^a Robustiana), de cretona rameada, con corpiño de japonesa corinto; Ramirez (D.^a Marcela), de tafetan inglés color carne y collar de cuentas milagrosas; Gimenez (D.^a Benita), de lana listada, verde y naranja; Gomez (D.^a Vicenta), de hábito del Cármen y talma de cotonía; Ibarra (D.^a Gabriela,) de olandina albaricoque, adornada de encaje breton, traído expresamente por el liencero Julian; y varias más, cuya enumeracion fuera prolija.

»Para digno remate de la fiesta, las señoritas de Carrillo cantaron una cavatina sobre motivos de la *Soled* y el ária de los *Merengazos*, acompañadas al violin por el Sr. Cano.

»Al retirarnos, todos hacíamos elogios de la amabilidad de los dueños de la casa, y dirigíamos al cielo fervientes votos por la eterna dicha de los nuevos esposos.»

Conque, caballeros ¿no se han quedado Vdes. satisfechos? Creo que sí; y como para muestra basta un boton, con este hay de sobra para hacerse cargo de todas las variantes del género.

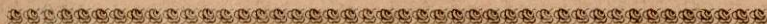
Cuando en vez de tratarse de una boda, hay que describir una *soirée*, un baile, un concierto, ó las tres cosas juntas, se hacen en el texto las modificaciones convenientes, y sirve lo mismo para lo uno que para lo otro. De cualquier modo se dice que asistía lo más *comm' il faut* de nuestra sociedad; que la hermosura deslumbradora de las damas tornaba aquellos recintos en espléndidos vergeles, aunque se citen entre las concurrentes algunos enjendros horripilantes, que han roto toda clase de relaciones con la estética; se enumeran sus trajes y prendidos, y siempre resultará una reseña... que ni de toros.

Y ahora que ya conocen Vdes. el género ¿no les parece oportuno que silbemos á sus autores?

Mientras que Vdes. se deciden á hacerlo, yo me contento con gritar á los revisteros de tal jaez:

¡*Cursis!*

E. QUIS.



LOS ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

Entre el inmenso número de obras que hoy vén la luz pública en el mundo, atesorando en sus páginas los frutos más sazonados de los humanos conocimientos, impulsando el movimiento intelectual y poniendo de relieve los progresos incesantes de las ciencias, las letras y las artes, lo declaramos ingénuamente, pocos estudios proporcionan á nuestro espíritu tan viva delectacion como los trabajos biográficos, género literario que adquiere en los presentes tiempos merecida boga y que cuenta con cultivadores numerosos.

Quizàs, y sin quizás, lo que ha dado en llamarse el comun de las gentes mire con extrañeza la preponderancia alcanzada en el dia por los mismos; quizás, y sin quizás, alejada de los centros del saber, agena á los refinamientos de la cultura, y ávida sólo de emociones fuertes ó de cuadros recargados de color, que hablen ante todo à sus sentidos, se encoje de hombros y recibe con indiferencia las producciones de que tratamos, porque carece del paladar literario indispensable para saborearlas.

Pero este juicio extraviado de los indoctos, nada significa. ¿Cómo pedirles delicadeza de apreciacion y conocimiento exacto del mèrito de una obra que no encaja en los estrechos moldes de su vulgar criterio? Presentadles una novela terrorífica, uno de esos enjendros monstruosos del gènero patibula-

rio, en cuyas páginas se acumulan toda clase de horrores y en cuyo fondo palpita toda suerte de pasiones enconadas; llevadles al teatro, y ofreced à su vista sorprendida el cuadro de espantosos cataclismos guerreros ó la moral encenque de un sentimentalismo cursi: entonces batirán palmas con frenético entusiasmo, y la brusca crispatura de sus nervios ó la cándida satisfacción de su mediocre inteligencia, serán para ellos pruebas claras de una belleza estética que tales efectos les produce. En cambio, mostradles una obra de proporciones armónicas y de esmerada labor, en la que no haya catástrofes ni geremiadas y en la que todas las situaciones sean lógicas y naturales, todos los sentimientos humanos y verosímiles, y toda la trama delicada y espontánea; habladles de las luchas del talento para abrirse paso en la sociedad; de las vigiliassufridas y los sinsabores devorados por conquistarse un nombre; de los triunfos gloriosos y definitivos del génio; ¿creeis que esto los convencerá por ventura? ¡qué engañosa ilusión!

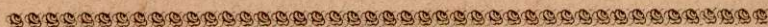
Por eso toca à la prensa difundir los secretos del buen gusto y mantener las ideas dignas de prevalecer en las cuestiones literarias puestas sobre el tapete. Quede, à la vez, para los partidarios entusiastas de los estudios cultos, la tarea de cultivarlos con perseverancia y de distinguirlos con su predilección y sus encómios.

En los trabajos biográficos, sobre todo cuando se refieren à hombres ilustres, podemos seguir paso à paso la vida, observar el desenvolvimiento y admirar los frutos de las inteligencias superiores; vemos sus combates con la adversidad, sus esfuerzos briosos, à veces sus desfallecimientos, y al cabo sus triunfos: parece que nos identificamos con su historia, y sentimos profunda pena por sus infortunios é íntimo regocijo por sus satisfacciones. Son, además, perennes manantiales de enseñanza; encontramos en ellos altos modelos que imitar, y adquirimos conocimientos prácticos del mundo...

Nosotros creemos cumplir un deber consagrandole estas líneas à la propaganda de un género de estudios que conceptuamos útiles y merecedores de alabanza: más adelante iremos tratando de otros vários problemas y cuestiones relacionadas con las artes y las letras, sobre los que nos pro-

ponemos llamar la atención de los lectores, especialmente de aquellos que permanecen extraños à esta clase de tareas y viven apartados en cierto modo del movimiento intelectual del día, digno, por cierto, de una acogida general más favorable.

UN AFICIONADO.



SONETOS.

DESEO.

Suñó un placer mi loco devaneo,
Y apenas le alcancé causóme hastío;
Tras otros me lanzó mi desvarío,
Y hallé cansancio do busqué recreo.
De mi loca ambicion fueron trofeo
Goces que al punto abandonó el desvío,
Y siempre en el ardiente pecho mio
Tras el logrado bien surgió el deseo.
¡Siempre el deseo! Su infernal audàcia
Es campo inmenso de abrasada arena,
Que el agua sorbe y que la sed no sàcia.
À eterna y ruda lucha nos condena,
Y hace del corazon su pertinacia,
Antro sin fondo que jamás se llena.

*
* *

EL PLEITO DE LAS FLORES.

Al huerto baja la gentil doncella,
y viendo de su boca los primores,
por quién la imita màs mueven dos flores,
émulas entre sí, tenáz querella.

Niega el clavel á la amapola bella
del triunfo disputado los honores;
él alega en su abono sus olores,
y el rojo tinte de sus hojas ella.

Y cuando así celosas competían,
se aproximó la hermosa, y al momento
las flores dirimieron sus agravios.

Porque pudieron ver que no tenían
ni el clavel el aroma de su aliento
ni la amapola el rojo de sus lábios.

*
* * *

CONTRASTE.

Cánticos, danzas, cuanto el goce inspira
Me cerca en torno, y de pesar deshecho,
Gime sin trégua mi angustiado pecho
Y por la dicha que perdió suspira.

Do quiera que mi planta incierta gira,
Flores la ofrecen regalado lecho,
Y mi insano dolor, en su despecho,
Abrojos sólo entre las flores mira.

El canto alegre que el placer festeja,
Cual ¡ay! doliente en mis oídos zumba,
Que al eco de un gemido se asemeja;

Y en mi pecho la música retumba,
Como el ronco graznar de la corneja
En el lóbrego hueco de una tumba.

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

PENSAMIENTOS.

Si me dieran la ciencia con la condicion de no manifestarla, no la admitiría.

Séneca.

Una mujer encolerizada, es el ruiñeñor graznando como el pavo real.

La Reina de Rumania.

..... El rayo y el tirano

Hermanos son: ¡La tempestad los crea!

Nuñez de Arce.

El polvo que pisamos vivió en otro tiempo.

Byron.

Si el perfume fuese música, el jazmin sería ruiñeñor.

Perez Galdós.

Sed como el sándalo, que perfuma el hacha que le hiere.

Sentencia india.

Permanecer soltera es bonito; pero es frío.

Victor Hugo.

El verdadero huérano es el que no ha recibido educacion.

Proverbio turco.

BIBLIOGRAFIA.

BIENAVENTURADOS LOS QUE MUEREN.

Tal es el título de la primera produccion dramática debida á la elegante pluma de uno de nuestros más inspirados poetas: D. Antonio Ledesma.

Obedece la obra á una direccion filosófica determinada: el pesimismo; cuyo problema, esencialmente fatalista, presenta como argumento, haciendo ver que el dolor, y en último término el mal, es una condicion, un elemento inherente de la vida, trascendiendo á todas sus esferas.

No habituados en nuestro país á soluciones trágicas, no ha podido ménos de sorprender el fatalismo que entraña la teoría expuesta por el Sr. Ledesma en gallardos y primorosos versos, cincelados con arte magistral é impregnados de un lirismo exhuberante.

Respecto á la accion dramática, que es lo esencial en este género de obras, aparece lógica en todas sus partes; léjos de presentar una solucion al problema fatalista, sólo lo muestra á la consideracion del público, más bien como confirmacion práctica de una teoría, que como remedio de la lucha en que el dolor parece ser el elemento capitalísimo.

De aquí que, consecuente el Sr. Ledesma con su pensamiento, separe todo lo que á él no sea pertinente, como

ocurre por ejemplo en el carácter de Margarita, en el cual pudo el autor presentarnos la colision entre el deber de esposa de Enrique y el sentimiento de amor por Eduardo, si sus ideales hubieran sido la exposicion de conflictos del sentimiento. Esta consideracion, lèjos de amenguar el mèrito del trabajo del Sr. Ledesma, nos prueba de una manera evidente cuáles eran los propósitos que le animaban.

En resúmen, la obra que nos ocupa es la primera y brillante manifestacion de un ingénio dramático vigoroso, que si de tal manera empieza, está llamado á dar—no tenemos inconveniente en afirmarlo,—muchos dias de verdadero regocijo á nuestro glorioso teatro nacional.

A. A.

APUNTES DE LITERATURA RUSA.

— ✕ —

LERMONTOF,

EL POETA DEL CÁUCASO.

—

Uno de los países más digno de estudio por los múltiples y variados problemas que encierra su organización política y social, por su importancia extraordinaria, y por la grande influencia que está llamado á ejercer en los destinos europeos, y que ya empieza á sentirse de un modo bastante enérgico, es sin duda alguna el Imperio ruso. No obstante lo expuesto, y aunque en estos últimos años, ya con motivo de la famosa é insoluble cuestión de Oriente, ya á consecuencia de las turbulencias y trágicos sucesos ocasionados por el Nihilismo, se ha empezado á fijar la atención de los demás pueblos europeos en general en todo lo que á Rusia se refiere, es lo cierto que las naciones latinas, y entre ellas nuestra España en primer término, distan mucho todavía de haberla estudiado con la profundidad y con el detalle que merece, pudiéndose afirmar que apenas si la conocen superficialmente. Pero esto, que es común á las varias manifestaciones de la vida y del espíritu ruso, ocurre más especialmente con

su rica é importante literatura contemporánea. En efecto, ¿qué se sabe en nuestro país de escritores tan notables como Pouchkine, Gogol, Griboiedof, Lermontof, Bielinsky, Turguenef y tantos otros, que han dado muchos días de gloria á Rusia? Nada, ó casi nada; pudiendo asegurarse que la generalidad de nuestros hombres de letras apenas si los conocen de nombre, siendo más raro aún que hayan leído algunas de sus obras.

Dificultades casi insuperables se ofrecen á todo el que quiera ocuparse sériamente en lo que á la literatura rusa respecta, dado el desconocimiento general del idioma y la carencia de estudios y trabajos que á la misma se refieran, segun acabamos de indicar. No es nuestro ánimo hacer un estudio profundo de la mencionada literatura, pues para ello nos faltan dotes y conocimientos, que no pretendemos poseer; nuestro propósito es más modesto: se limita á dar á conocer en una série de ligeros trabajos algunos datos biográficos de los principales escritores rusos, á analizar brevemente sus obras capitales y á exponer en pocas líneas el juicio crítico que nos merecen, con el propósito de llamar la atención de nuestros compatriotas acerca de una nacion tan digna por tantos conceptos de ser estudiada con detenimiento.

Hey empezamos nuestro trabajo por el malogrado Miguel Lermontof, una de las figuras sin duda más simpáticas de la literatura rusa contemporánea, y uno de los escritores más notables de la misma, no tan sólo por las obras que produjo, que encierran bellezas de primer orden, sino por las que debió producir, y que indudablemente hubiera producido, á no haber sido arrebatado prematuramente á las letras por el tristísimo y deplorable acontecimiento que puso término á su existencia, cuando estaba en la plenitud de sus facultades verdaderamente privilegiadas.

I.

En una sombría mañana del mes de Enero de 1837 se empezó á extender un rumor vago y siniestro, que puso en conmocion á la ciudad de San Petersburgo, convirtiéndose

al poco tiempo en una triste y amarga realidad. El poeta nacional de Rusia, el insigne Pouchkine, el émulo de Byron y Goethe, el competidor de Musset y Espronceda, acababa de ser herido mortalmente en duelo por el baron D' Anthés, duelo que llenó de luto á toda la Rusia y que produjo en los ánimos una verdadera indignacion por las circunstancias que se decia lo habian motivado (1). Pero, en el momento mismo, en que el cadáver del infortunado Pouchkine, acompañado por todo un pueblo lleno de congoja y de aflicción, acababa de bajar al sepulcro, se levantó de repente una voz que en una composicion sentidísima y viril reflejaba fielmente los varios y encontrados sentimientos que embargaban á la multitud, henchida de dolor y deseosa de venganza. Oid, y vereis con qué valentía, con qué pasion se dirige al mismo Czar para pedirle pronto y severo castigo por la muerte del gran poeta: «¡Oh Czar! ¡Czar mio! ¡Oh padre de los Rusos! no dejes impune al aventurero que acaba de arrebar á la Rusia al más glorioso de sus hijos!» Más adelante, exclama lleno de indignacion contra Mr. D' Anthés: «¡Qué sentimiento podria hacer temblar su mano, si no tiene corazon, si care-

(1) Se cuenta que la extraordinaria y excepcional belleza de la esposa de Pouchkine inspiró una pasion desenfrenada á un emigrado extranjero, el baron D' Anthés, recomendado por la duquesa de Berry al Czar y nombrado por éste oficial de sus guardias;—que para conseguir sus propósitos, y como medio de aproximarse á la mujer amada, no habia vacilado en venir á formar parte de la familia, contrayendo matrimonio con su hermana;—y que el poeta, creyéndose ultrajado gravemente en su honra, ciego de furor y de celos le provocó, dando por resultado el desafio el tristísimo desenlace que conocemos. Ahora bien, ¿es exacto que D' Anthés llegase á atentar contra el honor de su cuñada? ¿Es cierto que la *bella madonna*, como solia llamarla el poeta, faltase con circunstancias tan agravantes á los sacratísimos deberes de esposa? Para los rusos era en aquella época artículo de fé todo esto, y aún mucho tiempo despues. Hoy con más datos y examinado el asunto con la calma é imparcialidad que requiere, parece fuera de duda que todo fué debido á la vil calumnia, á la envidia y á un cúmulo de circunstancias verdaderamente fatales que cegaron y precipitaron al poeta, impulsándole á resolucion tan extrema. Véase para más detalles el interesantísimo artículo de M. de Saint-Julien en la *Revue de Deux Mondes* de 1.º de Octubre de 1847, que se intitula «*Pouchkine et le mouvement littéraire en Russie depuis quarante ans.*»

ce de pátria! Ha venido á buscar entre nosotros posicion, títulos, condecoraciones, única dicha que es capaz de comprender. Rusia ha sido para él una segunda madre; y sin embargo, ¿qué testimonio, qué prueba nos dá de su reconocimiento? Ninguna; no tiene más que desden para todo lo que su mirada abarca; desprecia nuestra lengua y nuestras costumbres, desprecia al pueblo ruso y no ambiciona más que los favores de la Côte... ¡Oh Czar mió! A tus plantas me prosterno pidiendo venganza! ¡Venganza en nombre del poeta! ¡Que el matador reciba el castigo de su crimen!... ¡Presta atención á nuestras súplicas, sé un juez recto y severo, juzga con estricta justicia, castiga el crimen!... ¡Sí, aplasta con tu poderosa planta esa raza de serpientes, para que las generaciones venideras no exhaleen un día gritos de dolor al pensar en la cobardía de sus padres! Si nosotros no tomamos venganza de este crimen, hay un juez eterno, un juez justo que nos lanzará en su cólera esta maldición terrible: «La fuente de vuestros cantos se ha secado para siempre! Puesto que el pueblo ruso no ha sabido defender á su poeta, no enviaré más poetas al pueblo ruso!»

Con tal fidelidad retrataba esta composicion vigorosa y atrevida las impresiones del pueblo ruso y tanta fué la sensacion que produjo en la corte su lenguaje valiente y apasionado, que todo el mundo buscaba afanosamente copias de ella, y se preguntaba con verdadera curiosidad quién era el que así osaba dirigirse al mismo Czar, al terrible emperador Nicolàs. El autor de la elegía era un jóven de unos 23 años, oficial de los guardias, llamado Miguel Lermontof. Cuando el emperador supo que uno de sus oficiales habia escrito la poesia, objeto de todas las conversaciones, le desagradó en extremo por su atrevimiento, dando las órdenes oportunas para que se incorporase al ejército del Cáucaso, en castigo de su insolencia.

II.

¿Quién era Miguel Lermontof? ¿Qué sabemos hoy de su vida? Pocas, en verdad, son las noticias que poseemos sobre nuestro poeta, pues á pesar de su reconocida importancia puede asegurarse que no se ha escrito aún su biografía.

Lermontof nació por el año de 1815 en Moscou, de una familia noble, aunque pobre, del gobierno de Tula. De su padre apenas se tienen noticias; á su madre casi no la conoció por haberla perdido á la edad de 2 años, habiendo tenido que encargarse de criarlo y educarlo su abuela, la señora Arsenief, en su pequeña posesion de Tarkhani, perteneciente al gobierno de Penza. Recibió, lo mismo que Pouchkine, una educacion completamente extranjera. Más tarde lo sintió mucho, llegando un dia á decir: «¡Qué lástima que mi nodriza fuera alemana y no rusa; esto me ha privado del placer de oir los cuentos populares de mi país, que encierran, sin duda, mucha más poesía que toda la literatura francesa!»

Á los 10 años fué al Cáucaso por primera vez con su abuela. Poco despues, en 1826, le pusieron en un colegio-pension, agregado á la Universidad de Moscou, en la que cinco años más tarde estudió. Ya en esta época se hacia notar por su carácter impresionable, nervioso, susceptible y ambicioso. «En casa de los Verestchaguine,—escribe la señora Khvostof,—volví á encontrar, en 1830, á su primo, un jóven de 16 á 17 años, inculto y mal formado, con ojos espirituales y expresivos, nariz arremangada y sarcástica sonrisa. Sus estudios no le impedian ser todas las noches nuestro caballero: todos le llamaban Miguel.... Le tratábamos como niño, si bien hacíamos justicia á su ingenio. Esta actitud le exasperaba; dirigiendo todos sus esfuerzos y poniendo todo su empeño en conducirse como un jóven. Con frecuencia nos recitaba versos de Pouchkine y Lamartine, y leía sin cesar á Byron.»—Á su entrada en la Universidad obtuvo el gran premio del concurso. «Experimentaba un verdadero placer,—escribe á este propósito la misma señora Khvostof,—al ver cuán dichoso era y qué orgulloso estaba con su triunfo. Conociendo su excesivo amor propio, me alegraba por él. Desde su infancia le atormentaba la idea de que era feo, mal hecho, pobre, y en sus momentos de exaltacion me confesaba su inmenso deseo de hacerse un nombre, sin deberlo á nadie más que á sí mismo.»

Dado su carácter irritable y poco sufrido, era de esperar que no permaneciera mucho en la Universidad; y así sucedió, pues al poco tiempo lo expulsaron por una calaverada

de la juventud. Esto fué para él un grave contratiempo, porque así se le cerraban todas las puertas, no pudiendo aspirar á ningún empleo civil. En esta situación desesperada, no le quedaba otro recurso que vestir el uniforme, ingresando en su consecuencia, en la escuela de los *yunkers* de San Petersburgo, en la que permaneció dos años. La atmósfera que allí se respiraba no era la más adecuada á los gustos é inclinaciones de Lermontof; allí sólo se manifestaban aspiraciones groseras, materiales; sus camaradas gozaban únicamente entregándose á travesuras y á farsas que no tenían nada de espiritual. Por más que semejante sociedad no era ni podia ser del agrado de nuestro poeta, lo cierto es que no pudo, ni era fácil que pudiera, sustraerse á su perniciosa influencia. El roce y contacto íntimo con sus compañeros de colegio alteraron notablemente sus condiciones de carácter, y torcieron algun tanto el rumbo de sus aspiraciones. Huellas y señales claras de ello encontramos en muchas de sus cartas dirigidas á una amiga suya de Moscou.

En una de ellas le dice: «Desde mi última carta, se ha operado en mí un cambio tan radical, que yo mismo no sé qué camino debo elegir, si el vicio ó el embrutecimiento; por más que la verdad es que el uno y el otro conducen frecuentemente al mismo fin. Sé que V. tratará de disuadirme y hasta de consolarme, pero todo es inútil! Me encuentro más dichoso que nunca; me siento más feliz y más alegre que el primer borracho que me tropiezo cantando en la calle. Estas expresiones seguramente no son de su agrado, pero ¡ay de mí! «dime con quién andas y te diré quién eres.»

En otra se expresaba en análogo sentido. «Lo que me consuela es que dentro de un año seré oficial. Y entonces, si supiera V. qué vida me propongo hacer!... Será lo más bella posible! Ante todo, haré locuras y tonterías de diversos géneros; y en cuanto á la poesía, la ahogaré en Champagne. Yo sé que V. se subleva al leer esto, pero ¡ay! el tiempo de los sueños ha pasado ya para mí; siento necesidad de goces materiales; porque experimento despues una dicha que sólo turba mis sentidos, pero que deja en paz mi alma. Hé aquí lo que ahora necesito; y como V. vé, mi querida amiga, estoy algo cambiado desde que no nos vemos. Cuando me

me dado cuenta de que mis bellos ensueños se han evaporado, he he dicho que era inútil hacer nada y que valía más acostumbrarse á pasarse sin ellos; momentos ha habido al pensar en esto, en que me asemejaba al borracho que trata de perder poco á poco el hábito de la bebida. Mis esfuerzos no han sido vanos, y bien pronto mi pasado se me ha aparecido como un programa de aventuras muy vulgares...

Por último, en una tercera, escribía: «¡Qué extraños son los sueños! ¡Son cómo el revés de la vida, y algunas veces más agradables que la misma realidad! No participo del todo de la opinion de los que pretenden que la vida no es más que un sueño; pues siento muy vivamente su accion y su seductor vacío. No podría jamás alejarme bastante de ella para despreciarla francamente, porque mi vida soy yo mismo, hablando con V., y pudiendo en un minuto aniquilarme, cambiar mi nombre en *nada*. ¡Qué extraño es pensar que ha de llegar un dia en que ya no podré decir: *yo*! Á esta idea, el mundo se me aparece como un monton de lodo.»

Como se vé, pues, el poeta habia variado mucho. La influencia de las ideas eminentemente materialistas que imperaban en el colegio militar, habian hecho desaparecer casi por completo las ilusiones que alimentaba su espíritu y los vehementes deseos que tenia de formarse un nombre y de adquirir una posicion. Su transformacion fué radical, trocándose los ensueños de gloria que acariciaba en un frio y desconsolador expectionismo, mezclado á veces á un realismo exagerado y egoista. Las continuas y asíduas lecturas del gran poeta inglés Byron, que tan en moda estaba en aquella época, y que llegó á ser su ídolo, no dejaron de influir tambien poderosamente en el nuevo rumbo que tomaron las ideas del poeta.

Por este tiempo y bajo estas impresiones, escribió sus primeras obras, de fondo un tanto escabroso, intituladas *Mongo* y la *Fiesta de Peterhof*. Tambien escribió por entonces, á su salida del colegio, su famosa elegía á la muerte de Pouchkine, de la cual ya hemos hablado y citado algunos de sus trozos más notables. Como antes dijimos, esta composicion, que tan grande efecto produjo en todas las esferas de la poblacion de San Petersburgo, desde la más plebeya y humilde hasta la más aristócrata y elevada, le

valió al poeta ser desterrado á Grusia, destinándolo á prestar sus servicios en un regimiento de dragones. Esta segunda estancia en el Cáucaso, aunque no de larga duracion, pues sólo estuvo un año, le fué altamente beneficiosa, viniendo á modificar algun tanto sus ideas, y contrarestando el pernicioso influjo que en él ejerciera lo pesada atmósfera que habia respirado en la Academia militar y en los salones de la Côte. En efecto, el alma ardiente y apasionada de Lermontof y su riquísima imaginacion necesitaban aspirar los aires puros de la montaña y hacer la vida del caballero errante al través de las estepas, para calmar la excitacion nerviosa y febril de que se hallaba poseido y para equilibrar sus facultades portentosas, algo alteradas por consecuencia del rudo y continuo batallar de su inquieto espíritu, atraído frecuentemente por encontradas y variadas tendencias. La vida activa que allí hacía, ya ascendiendo por las peligrosas pendientes de Kasbek y de Elborus, ya atravesando al galope de su veloz caballo los valles del Terek y las estepas de Kabarda, fueron un lenitivo eficacísimo y un calmante poderoso á su alma conturbada. Allí, en medio de aquella naturaleza primitiva, pero grandiosa, sintió despertarse nuevamente y con mayor vigor y lozanía su génio poético produciendo multitud de obras imperecederas, que han inmortalizado su nombre. Allí compuso en las diferentes veces que estuvo, sus poemas «El Navío-fantasma», «El Novicio», «El Ángel de la muerte», «Hadjy-Abreck», «Ismail-Bey», «El canto del Czar», su poesía «Al Cáucaso», y otras varias, describiendo en bellísimos trozos, así la naturaleza virgen que le rodeaba, como las costumbres y tradiciones de aquellos habitantes, mereciendo haber sido llamado por esto «El poeta del Cáucaso.»

Al año siguiente volvía otra vez á San Petersburgo, y de nuevo renacian en él la duda y el excepticismo, bajo la influencia avasalladora de su poeta favorito, del gran escritor inglés que ya hemos citado, y como consecuencia tambien de las costumbres corrompidas y bajas pasiones que ordinariamente engendra el despotismo, reinante á la sazón en la corte de Rusia. Por entónces publicó sus bellos poemas «El Demonio» y los «Mtzyri,» en los que se nota ya muchísimo el poderoso ascendiente de Byron, adquiriendo en poco

tiempo justa y verdadera celebridad. Pero la obra en que más se nota el predominio de las ideas de tristeza y desilusion, que embargaban su ánimo, aquella en que más y más visible se hace el influjo de la ironía byroniana es en su notable novela titulada «El Héroe de nuestro tiempo,» única que escribió. Esta tendencia al byronismo, aunque con carácter propio y con el sello peculiar que imprime siempre el génio á sus obras, y no como mera y servil imitacion, le valió ser apellidado con justicia el Byron del Norte.

Pero Lermontof debia vivir poco, como tantos otros escritores contemporáneos. Su huella por el mundo fué la de un fugáz meteoro que deja tras de sí luminosa estela. Ya parece que presentía su prematuro fin, cuando hablando de sí mismo en cierta ocasion, se expresaba así: «¡No, yo no soy Byron! Yo soy un elegido, desconocido aún. He comenzado muy pronto, pero acabaré rápidamente, produciendo poco mi ingenio.»

Así sucedió desgraciadamente. Su natural impetuoso y su carácter poco sufrido motivaron un duelo, en 1840, con el hijo del célebre historiador Mr. de Barante, embajador de Francia en San Petersburgo. Para castigarlo fué desterrado nuevamente, enviándole á uno de los regimientos de guarnicion en el Cáucaso. Era la tercera vez que visitaba aquel bello país, en el que tan pronto debia encontrar su muerte, poniendo término á sus sufrimientos é infortunios. En efecto, con ocasion de creerse uno de sus camaradas, llamado Martynof, que lo habia retratado, ridiculizándolo, en su novela «El Héroe de nuestro tiempo,» se verificó un lance, en 1841, del que resultó la muerte del poeta. El desafío tuvo lugar en el Cáucaso, cerca de la pequeña ciudad de Piatigorsk, estando hoy completamente averiguado que Lermontof hizo imposible todo arreglo, negándose á toda explicacion. Hay realmente en la vida humana coincidencias extrañas y misteriosas. ¿Presentía acaso el gran poeta, que aquél país que tanto amaba, y que habia cantado en versos de eterna memoria, habia de guardar un dia sus mortales despojos? No parece sinó que una secreta intuicion le inducia á engrandecerlo y ensalzarlo para que así velára mejor por los últimos restos de su egregio cantor.

Sólo contaba 26 años cuando murió, hallándose en toda

la plenitud de sus facultades prodigiosas y en la madurez de su talento. Uno de los primeros escritores rusos de esta época, el famoso crítico Bielinsky decía de él, juzgándolo con grande exactitud en pocas líneas: «Lermontof produjo poco, mucho ménos de lo que le permitía su inmenso talento. Su carácter perezoso é indolente, su juventud ardiente y àvida de impresiones, su gènere de vida, todo tendía á apartarlo de los trabajos apacibles del estudio y de la meditación solitaria, tan amada de las musas. Sin embargo, su naturaleza impetuosa comenzaba insensiblemente á afirmarse; la sed del trabajo y de la realidad se despertaban en él, y su mirada de águila osaba ya sondear con entera tranquilidad las profundidades de la vida» (1).

Expuestos sumariamente los hechos culminantes de la vida de Miguel Lermontof y los rasgos característicos de su extraordinario ingénio, examinaremos, siquiera sea con la mayor brevedad, en el siguiente artículo, sus obras principales, dando á conocer al propio tiempo algunos de sus trozos más interesantes.

ONOFRE AMAT GARCIA.

(1) Véase la interesante «Historia de la literatura contemporánea en Rusia,» de C. Courriere, de la que hemos tomado algunos datos, si bien es demasiado lacónica y breve al hablar de nuestro poeta, resultando, en nuestro juicio, algo incompleta.

ALBUM DE RECUERDOS.

No hace mucho que se habló en la prensa de un cuestionario, recientemente publicado, con el título de las presentes líneas; y entre otros, el distinguido redactor de *El Liberal*, de Madrid, D. Miguel Moya, le consagraba las líneas que copiamos á continuacion, porque nos dispensan de entrar en otras explicaciones:

«Un periodista malagueño—decía,—ha tenido la feliz idea de formar un *Álbum de recuerdos*, en el cual conste de una manera auténtica qué opinan de los principales problemas de la vida presente y aún de la futura, los escritores españoles á quienes más estima y considera.

»Para esto no ha necesitado recorrer á las altas horas de la noche las redacciones de los periódicos, ni allanar el domicilio de los poetas populares, ni hacer centinela en el portal de la Academia para dar un susto á cada uno de los académicos que no han padecido bajo las silbas del público del teatro. El procedimiento empleado es más fácil. Ha impreso varias hojas con preguntas y espacio bastante en blanco para que puedan contestarse, y las ha repartido con prodigalidad. A estas horas, en los cuartos de los actores y en los saloncillos de los teatros, se habla tanto de estas hojas como del *Mochuelo*.

»Teníamos un padron de vecindad, y vamos á tener, si este procedimiento se aclimata, un padron de opiniones.»

El periodista malagueño à quien se refiere el Sr. Moya, es el distinguido literato y querido amigo nuestro D. Narciso Diaz de Escovar; y entre los escritores à quienes ha enviado su *Álbum*, se encuentran vários compañeros nuestros, cuyas opiniones vamos á dar á conocer en la REVISTA.

Presentaremos las preguntas del *Álbum* y las respuestas correspondientes en forma de cuadro, para la más fácil inteligencia de ámbas; siendo de advertir que en estas, como verán los lectores, predominan las agudezas propias del carácter meridional, de modo que con las soluciones serias de los problemas planteados, alternan los que pudiéramos llamar juegos del ingénio.

Y ahora, hélas aquí:

PREGUNTAS.

RESPUESTAS.

De D. Antonio Rubio.	De D. J. Gutierrez de Tovar.	De D. Antonio Ledesma.	De D. Plácido Langle.
1. ¿Que cualidad estima en el hombre?	1. La lealtad.	1. La inteligencia.	1. El talento.
2. ¿Cuál en la mujer?	2. La fidelidad á sus deberes de esposa y de madre.	2. La virtud. El hombre no necesita ser virtuoso: bastaría con que la mujer lo fuera.	2. La pureza.
3. ¿Qué rasgo característico le da?	3. La incredulidad y el cansancio de la vida.	3. El mal humor.	3. La pasión.
4. ¿Cómo comprende la felicidad?	4. Suprimiendo en el hombre y en la mujer la artificio de la palabra.	4. Muriendo.	4. No naciendo.
5. ¿Cómo la desgracia?	5. Por el desarrollo del fanatismo y del predominio religioso sobre la sociedad civil.	5. Estando vivo.	5. Habiendo nacido.

PREGUNTAS.

RESPUESTAS.

De D. Antonio Rubio.	De D. J. Gutierrez de Tovar.	De D. Antonio Ledesma.	De D. Plácido Langle.
6. ¿Dónde quisiera vivir?...	6. En Jáuja.	6. En la region de lo insensible.	6. Como Dios, en todas partes.
7. ¿Qué es lo que más anhela?...	7. El reposo.	7. Tener un co-lar.	7. El no anhelar.
8. ¿Cuál es, según vos, el mejor poeta, actor, músico ó pintor?....	8. El que no haya hecho un verso en su vida, ni declamado nunca, ni toque, ni cante, ni pinte.	8. Shakespeare, Ramea, Rossini y Murillo.	8. La primavera, el corazon de una coqueta, el ruiseñor y la aurora.
9. ¿Qué hecho histórico le disgusta más?.....	9. El de la creacion.	9. El pecado de Adan.	9. El triunfo de las reacciones.
10. ¿Qué faltas encuentra más disculpables?.....	10. Las de la escopeta.	10. Las faltas de ortografía.	10. Las de los celos.

De D. Antonio Rubio.	De D. J. Gutierrez de Tovar.	De D. Antonio Lefesma.	De D. Plácido Langle.
11. ¿Amais lo ideal ó lo positivo?	11. Prefiero no amar ni lo uno ni lo otro, por no tener que ocupar mi ánimo en nada.	11. De noche, positivista; de día, lo contrario.	11. Las dos cosas.
12. ¿Qué es lo más difícil de hallar?.....	12. Un tesoro.	12. Una mujer prudente y un amigo leal en la desgracia.	12. La verdad.
13. ¿Qué consejo daríais á la persona verdadera-mente amada por vuestro corazon?..	13. Que no se moviera de un sitio hasta que le llegara la muerte.	13. Que se amputase el suyo.	13. Que me correspondiera.
14. ¿Qué ocupacion le agrada más?	14. La de no hacer nada.	14. La de hacer versos.	14. La de leer y dormir.
15. ¿Cuáles, para vos, la más simpática opinion política?.....	15. La carencia absoluta de opinion.	15. El sistemarepublicano practicado con pureza.	15. La democrática.

PREGUNTAS.

RESPUESTAS.

De D. Antonio Rubio.	De D. J. Gutierrez de Tovar.	De D. Antonio Ledesma.	De D. Plácido Langle.
16. ¿Deseais llegar á la vejez?...	16. ¡Quíá!	16. Sí, si es sinónima de la atrofia.	16. Acompañado, sí; pero sólo, no.
17. ¿Qué espectáculo recrea más vuestros sentidos?	17. El del canónigo que ronca.	17. El drama.	17. El de unidilio
18. ¿Quién es vuestra mejor amiga y vuestro primer amigo?...	18. Una onza y un duro.	18. Mi mejor amiga, la ciencia; mi primer amigo, el arte.	18. Yo mismo.
19. ¿Qué flor, qué bebida y qué color os agradan más?.....	19. La adormidera. Una disolución de morfina. El negro mate.	19. El pensamiento y lo oscuro.	19. Los labios de mi amada, el néctar de su aliento y el color de sus ojos.
20. Definidme el amor, segun vos lo entendeis?.....	20. Á los 20 años, un excitante; á los 40, un emoliente; á los 60, un purgante.	20. Primero, una ilusión; despues, un desengaño; por último, un espectáculo.	20. El amor es el espíritu que anima el universo.

MI AMOR A GRANADA.

Mis ojos no se alzaron á ver tu puro cielo,
Ni el aura perfumada que vaga en tu redor
Acarició mi frente, ni holló mi planta el suelo
Do tienen su morada la gloria y el amor.

No reposé adormida del Darro á la ribera,
Ni repitió en sus grutas el eco mi cantar,
Ni cuando el sol derrama su claridad postiera
Ví en sus tranquilas ondas mi imágen retratar.

Ni ví la verde alfombra do te hallas reclinada
Envuelta entre celages de transparente tul,
Ni de la altiva sierra la cúspide nevada
Que quiere confundirse del cielo en el azul.

Tus bosques no me dieron su sombra protectora,
Ni en ellos de las aves los cantos escuché,
Ni allá en tu régia Alhambra ví amanecer la aurora,
Ni al rayo de la luna tus torres admiré.

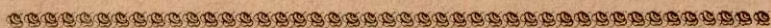
No contemplé extasiada del arte las grandezas,
En tu moruno alcázar de Europa admiracion,

Ni ví tus inmortales, antiguas fortalezas
Que á tanta hermosa esclava sirvieran de prision.

No penetró mi mente de tu oriental historia
Las páginas que guardan recuerdo encantador;
Mas escuché tu nombre, gravóse en mi memoria,
Y desde aquel momento te consagré mi amor.

MARÍA GALAN.

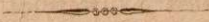




APUNTES PARA LA HISTORIA OCASIONAL É INTERNA DEL DERECHO MERCANTIL.

I.

EL COMERCIO COMO FENÓMENO ECONÓMICO.



Las disposiciones legales que regulan todos los contratos y actos de comercio, y dirimen las controversias que de ellos se originan, constituyen el derecho mercantil. Hacer, pues, su historia interna, equivale al estudio del desenvolvimiento del complejo fenómeno llamado comercio, investigando el orden y causas de aparicion de los diferentes contratos é instituciones que le constituyen.

Pero ántes de proceder à semejante estudio, hemos de inquirir el alcance de tal fenómeno bajo el aspecto económico, investigando lo que sea, considerado como industria. Esta no es otra cosa, que la aplicacion de la actividad humana à la produccion de valores cambiables.

Entre las diferentes clasificaciones de las industrias, tengo por una de las más aproximadas à la verdad, atendido el actual desarrollo de la actividad humana, aquella,

que las divide en extractiva, agrícola, fabril, trajinera ó de acarreo y mercantil. En la primera, se comprenden todos los trabajos que tienen por objeto tomar á la naturaleza las primeras materias, ora las ofrezca gratuitamente, ora sea resultado de la misma industria agrícola. Bajo el primer aspecto puede considerarse la caza, la pesca y aún la minería; bajo el último el levantamiento de las cosechas. En la segunda se comprenden, todos los que tienen por objeto el cultivo del suelo, con el fin de obtener un producto cambiabile. En la fabril, los que se ejercen sobre materias primeras, aunque no se elaboren más que para el propio consumo. Los trabajos mujeriles que se ejecutan en el hogar son en rigor fabriles ó manufactureros. En la trajinera, todos los que se efectúan para el transporte de los productos, y por último, la mercantil es la que tiene por objeto el cambio de valores, con el fin de aproximar los productos al consumidor.

En la imposibilidad de que el hombre pueda crear un sólo átomo de materia, algunos economistas, entre ellos Destutt de Tracy, sostienen, en nuestro sentir con fundamento, que el hombre actúa sobre la materia por solo dos modos, haciéndola mudar de forma ó de lugar. En tal supuesto, no admite más que dos industrias, la relativa á la mudanza de forma, que es la fabril, en la cual incluye la agrícola, y la relativa á la mudanza de lugar, que es la mercantil, en la cual incluye la extractiva y trajinera.

En realidad de verdad, aunque ambas clasificaciones nos parecen aceptables, pecan del defecto que pecaría cualquier otra que pudiera hacerse; porque en la vida real, no se presentan los límites que las separan, tan marcados como fuera de desear. Un labrador toma trigo y abonos, los deposita en un campo, y á consecuencia de ciertas operaciones que la experiencia le ha enseñado, resulta, que por virtud germinativa de la semilla, en combinacion con ciertos principios contenidos en la tierra, abonos y atmósfera, el trigo se transforma en dorada espiga. Llegada la época de la madurez, el labrador levanta la cosecha y por la trilla separa convenientemente la paja del trigo, y se lo guarda en sus graneros. Un fabricante compra el trigo de aquel labrador, y despues de prepararlo convenientemente hace de él harina, que un comerciante la compra y transporta ofre-

ciéndola á los consumidores, los que consienten pagar por ella un precio, y que despues, en virtud de ciertas operaciones, la transforman en pan, que es uno de nuestros alimentos. El labrador ejerce la industria agrícola, cuando hace que se produzca la espiga; ejerce la extractiva, cuando levanta la cosecha; ejerce la trajinera, cuando acarrea la mies á la era y el trigo al granero; es fabricante, cuando por la trilla separa la paja del grano; y es comerciante, cuando lo vende al fabricante. Este es comerciante, cuando compra trigo y vende harina, y el mismo comerciante es fabricante, á poco que modifique el producto. El viticultor es fabricante, cuando pisa la uva para sacar el vino; y el hortelano es comerciante, cuando lleva sus verduras á la plaza.

No obstante, si bien es cierto ser raro que por una persona se ejerza una sola industria, no lo es menos, que todas ellas se distinguen por una nota característica, que las constituye en tales. La agrícola consiste en el cultivo del suelo, la extractiva en la ocupacion ó separacion de la tierra de las primeras materias, la trajinera en el acarreo, la fabril en la transformacion de los productos y la mercantil en el cambio y aproximacion de ellos al consumidor, siendo esta última un género que las comprende á todas, porque en todas se dá el cambio.

Todos los industriales cambian sus productos ó trabajos. El cazador y el minero cambian por otros el mineral arrancado á las entrañas de la tierra y la alimaña muerta en el bosque en que se ocultaba; el labrador cambia por otros el producto que le rinde la tierra, que con su sudor ha regado; el que acarrea cambia su trabajo; el industrial cambia tambien el suyo; el médico y abogado cambian por otros sus consejos é indicaciones, y es metáfora admitida en todos los pueblos cultos, llamarse comercio de la vida, al conjunto de relaciones y cambios de ideas, afectos y sentimientos, que entre los hombre existen, engendrados por las necesidades de la vida. Pero si en todas las industrias se verifica el cambio, en el comercio éste hecho es característico y por él se constituye en tal. Todas las industrias crean utilidad, aún antes de efectuar el cambio de sus productos, el comercio sólo la crea, aproximándolos al consumidor y distribuyéndolos, lo que no se efectúa sino por medio del cambio. De

aquí, que la operacion fundamental del comercio sea la compra-venta.

Disputan inútilmente los que lo hacen sobre la preeminencia de las industrias, porque todas crean igualmente utilidad. Otra cosa sería cuestionar sobre la mayor ó menor importancia en el sentido de la subsistencia. En tal concepto, es indudable que son más importantes la agrícola y la extractiva, porque suministran las materias sobre las cuales ejercen su accion las restantes.

El resultado económico del comercio, como de toda industria, es el aumento de la riqueza. No ha faltado quien considere al comerciante como una especie de parásito, que vive á espensas del productor y del consumidor; y nada más léjos de la verdad y más cerca de la injusticia, que semejante aseveracion. Ciertó que el comercio no es creador, pero la riqueza no consiste solo en el aumento de objetos, sino en el de utilidades, y aquel las crea grandemente. El comercio aproxima y vende el producto al consumidor, á mas bajo precio que el consumidor obtendria si él mismo se lo proporcionara; y en esto consiste la utilidad. El consumidor que pretendiese ser comerciante, pagaría la inexperiencia, tendria que tener un local ó almacén donde guardar el producto, tendria que aumentar al precio el rédito del capital empleado, gastaría más que de ordinario, porque siempre se gasta más de lo que se tiene, y todo ello daría por resultado un aumento de precio sobre el del comerciante, á más del dispendio de tiempo que le habia de distraer de sus ocupaciones habituales.

La industria trajinera auxilia tan poderosamente á la mercantil, que ésta sin aquella arrastraria una mísera existencia. Sin el transporte el comercio estaria reducido en cada localidad al cambio de sus productos, y solo toma vuelo cuando en alas del vapor pueden transportarse con escasos gastos. Transportar ocho leguas un quintal de mineral á lomo y por camino de herradura costaría 8 reales; por carretera casi la mitad; por ferro-carril ó por la vía marítima la cuarta parte á lo sumo. Nuestra provincia querida, tan rica por sus montes de hierro y mármoles y por sus potentes criaderos de calaminas y galenas argentíferas, arras-

tra penosa existencia, porque no tiene carreteras ni ferro-carriles.

El origen racional del comercio se encuentra en la desigualdad de condiciones de los hombres y de las naciones. Todo hombre piensa, siente y quiere, pero no todos entienden en el mismo grado, sienten con la misma intensidad, ni ejecutan el decreto de la voluntad en la misma direccion y con idéntica actividad. Si en potencia todos los hombres son iguales, en acto son naturalmente desiguales. Estas desigualdades enjendran el cambio de servicios y en su consecuencia el comercio.

Las condiciones topográficas de las naciones son completamente diferentes. Cada nacion produce ciertos artículos, que son peculiares en ella, y las demás no deben empeñarse en una produccion artificial. Inútil es intentar producir el vino en la Siberia, Finlandia ó Laponia, como inútil sería intentar producir en las naciones meridionales ciertos productos agrícolas de tan septentrionales regiones. Deben contentarse unas y otras con cambiar sus productos para satisfacer sus necesidades, es decir, ejercer el comercio, en vez de empeñarse en una produccion artificial.

El origen histórico del comercio se pierde en el origen del hombre. Es tan antiguo como éste, porque nació con él.

Los primeros hombres se cambiaron sus servicios, porque cada uno no podia tener á su disposicion todos los efectos necesarios á la satisfaccion de sus necesidades; pero el comercio solo se convierte en ocupacion de la actividad humana, cuando los hombres agrupados constituyen pueblos ó naciones, poseen regulares sobrantes, tienen medios de comunicacion, y existen leyes que garantizan el cumplimiento de los contratos.

La situacion geográfica de las naciones, el carácter de sus habitantes y ciertas instituciones pueden favorecerlo ó contrariarlo en su desarrollo. Una nacion de extenso litoral se encuentra en mejores condiciones para ejercer el comercio, que la que se halla en el continente rodeada por otras. El habitante de las regiones septentrionales es naturalmente más activo que el de los países ecuatoriales.

Es comun entre ciertos escritores que pasan por sesudos,

pretender sostener la especie, de que [el protestantismo es la religion que favorece al comercio y que por tal razon las naciones del Norte marchan á la cabeza de esta y de todas las industrias. Ni la incidencia de la cuestion, ni la naturaleza de estos apuntes, exigen una demostracion. No obstante, nos hemos de permitir hacer una indicacion ligera. En los países del Norte existen fervientes católicos que ejercen el comercio con igual ó mayor éxito que los protestantes. Los mismos judíos calculan y son por lo menos tan buenos comerciantes como los libre-pensadores y católicos. Un budista, un mahometanó, un individuo de cualquier religion puede ejercer el comercio con la misma destreza y habilidad, que otro semejante suyo, que profese cualquier orden de ideas religiosas.

El comercio de un país necesita para desarrollarse, á más de la situacion geográfica, carácter de sus habitantes y perfeccionamiento de las demás industrias, ferro-carriles, carreteras, canalizacion de rios navegables, buques, un buen sistema de pesos y medidas, factores, corredores, comisionistas, instrumentos de crédito y giro, férias, lonjas, bolsas, bancos, barato y buen servicio de correos y telégrafos, entendidos y probos agentes diplomáticos y consulares, leyes mercantiles adecuadas y ventajosos tratados de comercio. Y esto, como se vé, es completamente extraño á todo órden de ideas religiosas.

Los escritores suelen hacer várias divisiones del comercio, pero con relacion al derecho mercantil solo creemos de verdadera importancia, las de comercio al por mayor y al por menor, terrestre, fluvial y marítimo, de cabotaje, de larga navegacion y colonial.

Comercio al por mayores el que se hace expendiendo los productos en cantidad superior al inmediato consumo individual; al por menor el que se ejerce en pequeñas cantidades, para el inmediato consumo. Distingúense, en que el comercio al por mayor supone la reventa y el que se ejerce al por menor termina el hecho mercantil.

Comercio terrestre es el que se hace con ocasion del transporte por tierra; marítimo cuando se efectúa por mar y fluvial por canales ó rios navegables.

Es de cabotaje cuando se hace entre puertos de una misma nacion, considerándose como tales, los de sus islas adyacentes; colonial cuando se hace entre la metrópoli y sus posesiones ultramarinas y de larga navegacion cuando se efectúa entre puertos de naciones diferentes.

MIGUEL GUIL SALVADOR.

EL JUZGADO ENTIENDE EN EL ASUNTO.

La frase, que á guisa de título, arriba he colgado, es una de las que más llaman mi atención. Sirve de cola ó rabo á cuantas noticias de crímenes publican los periódicos, y yo creo que sólo por pura galantería la usan mis colegas, pues muchas veces acontece que el Juzgado se queda en ayunas de muchos asuntos.

Yo corregiría la frase diciendo: «El Juzgado procura entender el asunto»; mas como la costumbre es la única ley que se observa fielmente, dejemos la frase como está y demos comienzo á nuestro cuento.

Pues, señor, hará unos tres años que los periódicos de Madrid, luego los de provincias, y despues algunos franceses y portugueses, publicaron la siguiente noticia:

«Los agentes de orden público números *tal y tal*, encontraron anoche, en medio de la calle de Atocha, un saquito dentro del cual habia una mano de mujer, al parecer recién cortada. Entre los dedos de dicha mano habia un papel escrito y lleno de sangre.

«El Juzgado entiende en el asunto.»

La redaccion era fatal; pero la noticia no podia ser más interesante, especialmente para mí, que gusto de cosas raras y misteriosas.

Allí veía yo una novela, un drama palpitante de interés,

como ahora se dice. Aquella noche apenas pude conciliar el sueño, y apenas lo conseguí fué para soñar con mil hermosas mancas.

Al saber que el Juzgado *entendía* en el asunto, fuíme al día siguiente allí, donde tenía vários conocidos; pero ¿qué habían de entender? Ni una palabra.

Allí ví el talego, la mano y el papel; pero ni la más ligera sospecha, ni el más leve indicio, ni el detalle más insignificante vino á satisfacer mi curiosidad.

El talego era un saquillo ordinario, que nada tenía de particular.

La mano.... ¡Ah! ¡la mano aquella! En mi vida he visto otra más más linda. Pequeña, carnosa, fina, blanca, suave, aristocrática; su dueña debía cuidarla mucho, los hombres besarla con adoracion.

¿Y las uñas? Eran hojitas de rosa sobre copos de nieve, afiladas, cortadas en forma de almendra, transparentes, nacaradas. ¡Oh!.... yo hubiera deseado ser arañado por ellas.

Porque era indudable; á aquella mano debía seguir un brazo torneado, y al brazo el divino cuerpo de una mujer hermosa.

El médico dijo que aquella mano perteneció á una mujer de veinte á veinticinco años, y escribió un luminoso y voluminoso informe para decir que la mano era la derecha, y que se habia hecho la operacion con instrumento muy cortante y por mano muy hábil.

El papel, que debía estar recién escrito cuando la sangre lo inundó, no daba rastro alguno. Las pocas palabras y sílabas que á duras penas podian descifrarse, nada absolutamente revelaban.

Hé aquí la copia exacta que allí mismo saqué:

.....	mío.		dora.	
.....	ales.		is.	
.....	tiend.		ga.	
.....	no		ento.	
.....	mí.		ísim	
.....			ía.	

Esto es todo lo que pude sacar del Juzgado que entendía en el asunto.

Preocupado grandemente, me volví á mi casa, y como

entonces *La Correspondencia* no publicaba más charadas que algunas de sus noticias, dí en romperme los cascós para descifrar la del papel de la misteriosa mano.

Indudablemente (y así lo hubiera creído cualquiera) era cuestion de amores. Aquel *mío*... debía tener ántes un *amado*, *ángel*, ó *borrego*. La firma claro es que debía ser *Maria*, *Sofía*, ó *Lucía*, porque no era posible que una mujer que tuviese tan linda mano se llamase Celedonia, Eustaquia ó Ambrosia.

Sesenta mil combinaciones hice para rellenar los huecos; el único que tenía algún sentido me daba lo siguiente:

«Dueño *mío*: si es cierto que me *adoras* y *sales* para París, déjame monises para comprar en la *tienda* unas *ligas* de *goma*. *Energía* y *no* olvides un *momento* que á *nadie* debes amar sino á *mi*. Tuya *amantísima*

Maria.»

No me atreví á llevar al Juzgado esta interpretacion de un asunto que nadie entendía, y viendo que pasaron dias y meses sin que nada se averiguara, fuí dando al olvido poco á poco el misterioso suceso que tanto me habia preocupado.

A los seis meses, mis asuntos, en los que ningun Juzgado entendía, me llevaron á París, y pasando una vez por la rue Vivienne, llamó mi atencion el escaparate de un ortopédico ú ortopedista, donde se veian curiosos aparatos. Allí habia narices de plata, ojos de cristal, brazos y piernas mecánicas, y manos artificiales para hombre y para mujer.

De repente vino á mi memoria el taleguito de la calle de Atocha, y sin saber por qué, empujado por una fuerza misteriosa, penetré en la tienda y entablé conversacion con el dueño, que era un señor muy amable y complaciente.

Me revestí de toda la astucia que debe tener un buen agente de policia, y empecé á examinar los mil objetos curiosos que allí habia bajo pretexto de cumplir un encargo que me hacía un médico amigo mio. Me enteré de los precios de ojos, narices, brazos y piernas, aprendí el modo de colocarlos, y cogiendo una preciosa mano de mujer, le hice la siguiente pregunta, que para mí tenía más miga que un pan de municion:

—¿Cuánto tiempo hace que vendió Vd. una mano como esta?

—Hace mucho tiempo... las manos sueltas tienen poca salida. Piernas, ojos y brazos vendo muchos, pero manos... hace seis meses que no he vendido ninguna.

—¡Seis meses!—exclamé yo bendiciendo á la Providencia.—¿Y fué para alguna señora conocida?

—No sé; fué un caballero el que vino á comprarla... Debía ser italiano ó español, á juzgar por su acento.

—¡Otro dato!—dije para mí.—No extrañe Vd.—contínúe—que le haga estas preguntas, porque conozco á una señora que hará seis meses quedó manca, y que tal vez esté aquí, en París. ¿No conoce Vd. al caballero ese?

—Sí, de vista; debe vivir por aquí cerca, ó es bolsista, pues todos los días pasa por aquí; es un hombre alto, seco, muy bizco, y tiene una cicatriz en la frente.

Me despedí del comerciante, quedando en volver, y salí... algo satisfecho... Ya ven VV., me ayudaba la Providencia; entre mil establecimientos de esta clase que había en París habia dado con el que me hacía falta. Habia descubierto el hilo; sólo faltaba cogerlo. Para esto me eché á buscar por todo París un hombre alto, seco, bizco y señalado en la frente.

Un día... le ví en el pasaje de los Panoramas; indudablemente era él; alto, seco, con un ojo carlista y otro cantonal. Me aproximé y empecé á seguirle. Él lo notó, y apretando el paso se me escabulló por los boulevares.

A los dos días estaba yo almorzando en el Palais Royal, cuando por poco me atraganto con un pedazo de *beff-steak*.

Tenía delante de mí al bizco, y apoyándose en su brazo una hermosísima joven... ¡la manca tal vez!

No había más mesa desocupada que una al lado mío, y la Providencia los colocó allí. Al mirarme el bizco con el ojo izquierdo hizo un mohín de disgusto, y al mismo tiempo dirigía el ojo derecho á su compañera, que estaba al lado opuesto.

Mi vista no se apartaba de las manos de aquella mujer... sin duda era ella... manos preciosas, torneadas, etc., etc.

Estaba tan abstraído que con el tenedor me pinchaba las narices, mordía la servilleta creyendo que era el pan y llené de vino el mantel y los pantalones del bizco por llenar mi copa.

El criminal se echó á reir con el mayor descaro diciendo:

—Si no me mirase Vd. tanto no sucedería esto; ¿piensa usted retratarme ó se ha enamorado Vd. de mí?

Yo, confuso, mi limité á contestar con el sempiterno *pardon*, que saca á los franceses de todos sus apuros, y procuré disimular... pero en vano.

Allí... á mi lado estaban el criminal y su víctima... almorzando tranquilamente... ¡Y decían los periódicos que el Juzgado entendía en el asunto!

Antes de ponerme en evidencia y de exponerme á dar un paso en falso, necesitaba yo cerciorarme de que ella era la manca... sólo tocándola la mano derecha podía averiguarlo.

¡A! Esta vez no fué la Providencia la que me inspiró sino el demonio.

Al lado de la jóven, y cerca de su mano derecha, se hallaba la lista... y en vez de pedírsela al mozo, me levanté, me acerqué, pronuncié el consabido *pardón*, cogí la lista, y olvidando que el hombre seco era bizco, viendo que tenía la cabeza vuelta al otro lado, puse mi mano sobre la de la bella jóven...; la mano era de carne, aterciopelada y suave... ¡No era la manca!

Tampoco lo era el bizco, pues cogiendo un plato me lo tiró á la cabeza, y si no la bajo á tiempo me la rompe.

Excuso decir el zipizape que se armó en el comedor, y es fácil deducir que salimos desafiados.

Yo maldecía al taleguito de la calle de Atocha y al Juzgado que no entendió el asunto.

Si al menos hubiera sido amante de aquella hermosa mujer... pase; pero batirme, exponerme á que el bizco me regalase un balazo por el deseo de tocar una mano... de madera... era para desesperarse.

El duelo se verificó á pistola, al día día siguiente; mas como él era bizco y yo apenas veo, nos disparamos dos tiros cada uno con más peligro de los padrinos que nuestro. Estos, escamados sin duda, dieron por terminado el lance. Entonces dí yo explicaciones, y una comida de fonda terminó el *quid pro quo*. Allí reparé que el bizco no tenía ninguna cicatriz en la frente.

Mil veces juré no volverme á ocupar del asunto de la mano; pero una noche al salir del teatro del *Ambigu*, ví delante de mí una pareja que departía acaloradamente. El

hombre, cogiéndola del brazo, parecía reñirla, y ella bajaba la cabeza y azorada miraba á todas partes. La luz de un farol se proyectó en el rostro del hombre... Era alto, seco, bizco y tenía una cicatriz en la frente.

Ahora sí que no había duda, ahora sí que me guiaba la Providencia... Allí los tenía... al criminal y á su víctima.

No quise como la otra vez partir de ligero, y disimuladamente me puse á seguirles.

Observé que ella en todo el trayecto no sacó su mano derecha del manguito, y que el hombre debía ser una fiera, según sus modales bruscos, su cara y su voz.

Tomé nota del número y calle de la casa en que entraron, y al otro día ya estaba yo hablando con la portera.

Por ella supe que la jóven era española (un dato); que se llamaba Sofía (dos datos); que el hombre era italiano (tres datos); que hacía seis meses vivían allí (cuatro datos), y que diariamente daban mil escándalos con sus riñas y peloterías, pues él era de un genio feroz y ella tenía un amante (mil datos).

Esta vez sí que no me equivocaba. ¡Era ella!

Para cerciorarme más pregunté á la portera si la jóven era manca. Me contestó que nada había reparado, pero que se lo podía preguntar yo al amante, que era un jóven muy fino y amable. Casualmente estaba arriba y no debía tardar en bajar, pues ya era hora de que el bizco volviese de la oficina.

La providencia me abandonó y el demonio volvió á inspirarme. A los diez minutos ví bajar á un jóven muy elegante. La portera me dijo: «Ese es.»

El jóven tenía en la mano un pañuelo que llevaba frecuentemente á la cara, tal vez para ocultarse ó porque le dolían las muelas.

Yo me acerqué con la mayor finura, me quité el sombrero, y lanzando el consabido *par lon* le pregunté:

—¿Tiene Vd. la bondad de decirme si la señorita Sofía es manca?

No sé qué fué antes, si acabar yo de hablar ó recibir mi sombrero, que me estaba poniendo, un terrible porrazo que le convirtió en *claque*.

—¡Me dará Vd. una satisfaccion!—exclamaba el jóven

bramando de coraje...—Esa burla le ha de costar muy cara... Ahí tiene Vd. mi tarjeta.

—¡Estoy lucido!—decía yo por lo bajo...—cada vez que quiero *entender* en el asunto encuentro detrás de un bizco... un desafío.

—Vamos—decía el jóven—vamos, que no es cosa que el otro nos sorprenda aquí... Venga la tarjeta de Vd. y mañana le mandaré á Vd. dos amigos míos.

—Mande Vd. veinte,—dije yo exasperado—pero conteste mi pregunta... ¿Es manca ó no?

—¡Otra vez! ¿Pero Vd. quiere que le mate aquí, en medio de la calle?

En esto pasó un medio pariente mío, jóven médico que estaba en París perfeccionando sus conocimientos. Al vernos disputar así, quiso mediar.

El amante se empeñaba en batirse y hubo que darle gusto.

Cambiamos nuestras tarjetas y se retiró saludando á mi amigo el médico, que se brindó á ser mi padrino.

—Ven acá—me dijo éste—entremos en este café y me contarás el asunto.

—¿El asunto? Ni el Juzgado ni yo entendemos una palabra.

Entramos en un café. Nos sentamos. Yo no sé lo que pedí ni lo que bebí.

El médico me dijo:

—Tranquilízate, vamos; cuéntame el origen la causa del lance.

—¿El origen? El Juzgado entiende en el asunto.

—¿Pero en qué asunto?

—En ese... en el del bizco que corta manos.

—No entiendo una jota.

—Igual nos pasa al Juzgado y á mí.

—¿Quieres hablar claro?

—Oye la historia.

Y empecé á contar la noticia de los periódicos, el encuentro del taleguito en la calle de Atocha... la mano... el papel misterioso.

El médico se reía como un desesperado á cada detalle que yo iba dando.

—¡Ah! ¡Caracoles! exclamé yo, ¿estás loco?

Y él continuaba sus carcajadas, diciendo:

—¡Magnífico! ¡Divino! ¡Soberbio! Sigue, sigue... te aseguro que en mi vida me divertiré tanto como ahora.

Yo amoscado iba á levantarme.

—¡Por Dios—me dijo—continúa, que eso es delicioso!

Seguí contándole mis trabajos por descifrar la carta, mi viaje á París, mi aventura con el primer bizco, mi encuentro con el bizco segundo, y finalmente el lance con el amante de Sofía la manca,

—¿Tienes ahí la copia del papel misterioso?—me dijo el médico llorando de risa.

—Si, mírale...—Saqué el papelito y se lo entregué.

Lo examinó, y al cabo de algunos minutos yo creí que se ponía malo. Ya no era risa, era una especie de ataque epiléptico...—¡Sublime!—exclamaba.—¡Piramidal! ¡Ja, ja, ja!

Pero...—dije yo, dispuesto á tirarle una botella á la cabeza.

—Escúchame—dijo procurando serenarse.—Hace cabalmente unos seis meses que fui una tarde á la escuela de Medicina de San Carlos con mi criado, para recoger los aparatos y estuches que me sirvieron para el exámen. Estando allí trajeron del Hospital el cadáver de una jóven. Era una desgraciada mujer de mala vida, que, como la mayor parte, había caído desde el aparente lujo al lecho de un hospital. Llamaron mi atención sus manos, y al ver á vários alumnos que se preparaban á hacer la autopsia, corté la pecadora mano de la jóven para disecarla y conservarla. Allí me dieron un taleguito y dentro la coloqué, despues de limpiar mis instrumentos en un papel que saqué al azar del bolsillo. Dí á mi criado mis cajas, mis estuches, mi blusa y el taleguito, y se marchó. Cuando volví á casa me dijo que se le había perdido el saquito. Yo creí que algun alumno se lo habría quitado, y no volví á pensar en ello. Al otro dia salí para París, y como no leo nada más que libros y periódicos de Medicina, nada he sabido del chasco que aquella mano ha causado.

¿Y el papel?—dije yo confuso y avergónzado.

—Era... una carta de un inglés, vulgo acreedor; ¡ja, ja, ja! ¡Cuando te digo... que es delicioso!... Mira, aun la recuerdo

de memoria; escucha lo que dice la carta misteriosa: voy á llenar los huecos...

«Muy señor *mío*: Si no entrega Vd. á la *dadora* los doscientos reales que hace seis meses está V. *prometiendo* pagarme, tomaré *enérgicas* medidas, pues *no* consiento que *nadie* se burle de *mí*: suyo *afectísimo*.—Ramon García.»

—La palabra *nadie* es la única que acerté—dije soltando á reir, pues no había otro remedio.—Pero ¿y mi desafío?

—No se verificará,—dijo el médico.

—Es que mi sombrero ha recibido un apabullo, y esto es... caso de honor.

—Caso de sombrero será... yo lo arreglaré todo.

Y nos separamos.

Al día siguiente, á las diez, me sorprendió la visita del médico, acompañado del amante de Sofía.

Este me pidió mil perdones, me abrazó riendo como un descosido, prometió comprarme un sombrero y nos convidó á almorzar.

Me negué á lo del sombrero, pero acepté el almuerzo.

Este fué espléndido, y grande nuestro apetito.

Cuando sirvieron el café y las copitas de despedida, dije yo al rival del bizco número dos.

—Dígame Vd., con franqueza, ¿qué mosca le picó á Vd. para contestar con un porrazo á mi pregunta?

—¡Toma!—exclamó riendo—me preguntó Vd. si Sofía era manca... cuando acababa de darme un soberbio bofetón porque saludé á una vecina!...

F. COSTA.

EL OFICIO DE MADRE.

Gran impulso ha recibido la educacion de la mujer en España durante los últimos años, gracias á la generosa iniciativa del inolvidable Don Fernando de Castro, secundada con perseverancia digna de encomio por los que prosiguen la obra que dejó comenzada el bondadoso y sábio maestro. Resultado de ese movimiento humanitario y civilizador fué la fundacion de la Escuela de Institutrices, cuyo verdadero influjo en la cultura de nuestro país comienza ya á ser estimado por la opinion pública, y más tarde la creacion de la Escuela de Comercio, cuyas enseñanzas pueden capacitar á la mujer para el ejercicio de una profesion, dándole la independendencia á que tiene incuestionable derecho para ocupar dignamente la posicion que en la sociedad le corresponde.

Exageraciones de este espíritu reformador, que son naturales como accion contra la ignorancia, y buenas como estímulo para sacudir la pereza y desarraigar inveteradas preocupaciones, han producido entre otros deplorables efectos el afan desmedido de formar más que mujeres y madres de familia doctoras y literatas; pero como en las empresas nobles y bien intencionadas al lado del mal surge siempre el remedio, no ha tardado en aparecer la protesta contra ese carácter de la enseñanza, cuyo defecto capital estriba sin duda en el predominio que se otorga á la cultura intelec-

tual sobre todas las restantes esferas de la educacion, y en la falta de sentido práctico con que se cultiva la ciencia, estableciendo un divorcio lamentable entre las necesidades reales de la vida y la capacidad que adquiere la mujer para el desempeño de las funciones que está llamada á cumplir en el seno de la familia.

Por esto, cuando á muchas mujeres discretas se las invita á adquirir ciertos conocimientos, arguyen que no les son precisos para entender los deberes de su posicion y que les basta la experiencia de la vida para ser *buenas madres*, que es al cabo su mision principal. Sin duda esta protesta no carece de razon en el fondo; pero estaría plenamente justificada y no seria, como es las más veces, una verdad á medias, si comprendieran todo el alcance è importancia que tiene *el oficio de madre*. Ministerio santificado siempre por la abnegacion y el heroismo de corazones puros y bien sentidos; pero desempeñado con harta frecuencia sin la aptitud necesaria y por la sola inspiracion de nobles instintos.

Ciertamente que la mujer no ha menester ostentar títulos académicos de licenciada ni doctora; mas las exigencias de la delicada mision que le está confiada en el santuario del hogar son tantas y tan graves, que asusta el vacío que en este punto deja hoy la educacion de las mujeres en España, explicándose sólo por el desconocimiento de esa deficiencia el valor con que arrostran las obligaciones y responsabilidades que trae consigo el matrimonio y la constitucion de una familia.

Es esta cuestion, como todas aquellas en que se halla empeñado el interés social, asunto que hay que relacionar con la época y con el grado de cultura del país en que ha de resolverse. A partir de la infancia de las sociedades, en que el hombre salvaje vive solo la vida material como encadenado á la madre Naturaleza y en que las funciones de la mujer con relacion á los hijos están circunscritas á la lactancia y á la proteccion contra los agentes exteriores, se desarrolla una série de progresos en que aquellas funciones van perfeccionándose y engendrando otras nuevas, hasta llegar á un punto en que los deberes de la madre se multiplican y se hacen de dificilísimo cumplimiento. Por esto *el oficio de madre* se hace cada vez más delicado y espinoso,

y por esto muchas exigencias, de que nuestros mayores podían creerse dispensados, son actualmente ineludibles y precisas, so pena de negar á los hijos condiciones sin las cuales no pueden ingresar dignamente en las luchas de la vida, con riesgo de interrumpir la corriente de recíprocas influencias entre los diferentes círculos sociales en que nos educamos y vivimos.

Esa falta de correspondencia, principalmente por parte de la familia, se muestra hoy claramente en la incapacidad de muchos padres para educar á sus hijos, obligados las más veces á educarse por sí propios en otras esferas y se revela con dolorosos caractères en el despego y desamor con que los miembros de una misma familia se alejan unos de otros, tan pronto como atisban la primera ocasion de emanciparse de tan estéril, cuando no desastrosa tutela. Fuerza es apresurarse á contener la relajacion de esos vínculos, estrechando las relaciones domésticas y devolviéndoles el carácter de santidad que han casi perdido.

Por algo los antiguos establecian tan íntima comunión entre el elemento divino y el humano en la familia. Ellos podían decir con espontánea ingenuidad que hacían de la familia una religion y del hogar un templo. El fuego del hogar, con tan exquisito celo conservado, como si quisieran dar á entender que era la primera condicion de la vida doméstica mantener inalterable el calor de sus gratos afectos; el culto de los antepasados, á quienes se rendía homenaje de veneracion eterna, perpetuada de unas en otras generaciones; los banquetes fúnebres y las libaciones á modo de cariñosas ofrendas, renovadas periódicamente sobre la tumba de los mayores; todo aquel conjunto de creencias y todo aquel poético ritual, que por manera tan magistral y peregrina nos describe Fustel de Coulanges en su precioso libro *La Cité antique*, al exponer entre las religiones de los antiguos *el culto de los muertos*, atestiguan la nativa inspiracion con que la humanidad ponía las relaciones familiares bajo el amparo de la Divinidad y descubren el presentimiento intuitivo con que aquellos hombres estimaban que las funciones del padre y de la madre constituyen un verdadero sacerdocio.

La mayor complicacion de la vida moderna y el equili-

brado desarrollo que han alcanzado todos los fines humanos no consienten hoy aquella sencillez primitiva, en que el hombre realizaba plácidamente su destino á la luz de unos cuantos principios elementales sugeridos por el espíritu religioso y tenemos necesidad de caminar con tal rapidez desde el movimiento reflexivo, indispensable para proceder con acierto, hasta la obra exigida en cada momento de nuestra existencia, que es punto menos que imposible hallar á la mano solución para todas las dificultades y complicaciones, si no hemos logrado capacitarnos mediante una severa educacion, para discernir sin perplejidades peligrosas el bien que preferentemente nos toca realizar en cada instante.

En esa preparacion para el cumplimiento de los deberes sociales, que es lo que constituye el llamado *arte de la vida*, es donde principalmente se echa de ver la insuficiencia de la educacion que la mujer recibe en nuestra patria. Insuficiencia más notable aún en el seno de la familia, por ser dentro de ella donde la mujer tiene trazada su principal esfera de accion; que así como el hombre, por su mayor iniciativa y carácter expansivo, es el llamado á regir predominantemente las relaciones de la familia que trascienden al exterior, así tambien la mujer, más formada para la intimidad y el recogimiento, es el elemento preponderante dentro del hogar y el verdadero centro de atraccion de la vida doméstica.

Es verdad que, al constituirse el matrimonio, debe procurarse llegar á fundir las almas de los cónyuges en las mismas ideas y en iguales aspiraciones, porque el puro sentimiento del amor, cuando falta aquella unidad, se debilita con el tiempo en vez de fortalecerse y tambien porque es imposible todo régimen ordenado y fecundo en las relaciones de los esposos y en la educacion de los hijos, cuando el pensamiento del hombre y el de la mujer caminan por distintos rumbos, ó cuando entre uno y otro abre un abismo la diversidad de las creencias; pero tampoco basta á la felicidad doméstica que aquella unidad se produzca por la sumision incondicional de la mujer á la voluntad de su esposo, cual acontece con frecuencia por la superioridad de la educacion que el hombre ha recibido y por el espantoso desnivel de cultura que por regla general existe entre ambos.

Y ese desnivel, que hace imposible la perfecta intimidad (porque no puede haberla entre dos personas que no se entienden), hay que corregirlo, elevando cada día la condicion de la mujer y poniéndola en aptitud de llenar su mision en la familia.

Al ingresar hoy en ella, se encuentra como extranjero en país desconocido. La ley, forjada al calor de un espíritu torpemente sensualista, no le exige más requisito que el de la edad en que la cree apta para la procreacion. Los padres más celosos, que eran los obligados á colmar ese vacío de la legislacion, apenas se preocupan de nimios pormenores, cuando no creen haber extremado sus desvelos con los consabidos adornos de la música, el dibujo y las lenguas vivas; y así preparada, se dispone la mujer á constituir un nuevo centro de vida, sin más guía que su completa inexperiencia, ni más consejeros que la amarga enseñanza que ha de recoger en una continua série de sinsabores é infortunios.

Educada en el gusto de lo superficial, comienza por no encontrar encanto en nada sério; y las conversaciones que suscita su compañero, el compañero de toda su vida, no logran despestar su interés, ni tienen el menor atractivo para su corazon, sólo abierto á bagatelas y frivolidades. Esta falta de comunicacion engendra pronto un vago malestar, veneno deletéreo que destruye los más puros afectos; tras la desafeccion viene el alejamiento bajo el mismo techo, que es la peor de las separaciones, porque vá acompañada siempre del aburrimiento y el hastío; la felicidad soñada traspone los umbrales y el fuego del hogar se extingue, como dirían los antiguos, bajo el punzante hielo de una glacial indiferencia.

No son mejores las disposiciones con que la mujer ingresa en la familia por lo que se refiere al régimen económico. Adoptando una comparacion impropia, aunque adecuada para llamar la atencion hácia la importancia de este problema, bien puede decirse que la mujer es el ministro de Hacienda de la familia. Bajo este respecto, el marido es el contribuyente, el que paga; la mujer, quien estudia las necesidades, las clasifica segun la preferencia que concede á unas sobre otras y administra los ingresos y los distribuye, procurando satisfacer de la mejor manera posible el mayor

número de atenciones sobre la base de la economía y el ahorro. En todas las posiciones sociales es importantísima esta función, pero lo es mucho más en las familias de la numerosa clase media, cuyos ingresos están casi siempre representados por el trabajo más ó ménos lucrativo del padre, que en las familias del potentado y del bracero; por más que cabe discreción para hacer la vida más ó ménos amable, así en los esplendores de la opulencia, como en las estrecheces de la condición más humilde.

No hay para qué decir cuán incompleta es en este punto la enseñanza que se dà á la mujer en España; dentro de la familia, porque mal pueden aleccionar las madres á las hijas en cosas que aquellas no aprendieron, constituyendo una singular excepcion las excluidas de esta regla por un maravilloso don natural, ó por muy especiales circunstancias que no concurren sino en contadísimos casos; en los establecimientos docentes, porque los elementos de matemáticas que en ellos se enseñan y que por punto general se reducen á las llamadas cuatro reglas, adolecen del vicio capital de ser conocimientos abstractos, sin aplicacion á las dificultades de la vida. La mujer aprende á combinar números, á contarlos, sumarlos, restarlos, multiplicarlos y dividirlos; pero no á contar y combinar objetos, necesidades, honestos placeres, satisfacciones puras; no á concebir la vida como un órden de necesidades que hay que concertar con una determinada cantidad de recursos, segun las posiciones sociales y en el cual ha de procurarse hábilmente satisfacer las que reclama la subsistencia y la salud del cuerpo, mediante el alimento, el ejercicio, el vestido y el moviliario, y las no ménos interesantes exigidas para el sostenimiento y la salud del espíritu, con la lectura, la instruccion, el esparcimiento del ánimo y la satisfaccion del sentimiento estético en la contemplacion de las obras de arte, etc., etc.

Esa armonía entre las necesidades de diverso género, esa hábil distribucion de los recursos con que cuenta una familia, son sin duda cosas difíciles, en que siempre ha de entrar como elemento importante la discrecion natural y las condiciones de cada país; pero sean estas cuales fueren, queda en pié el problema de vivir mejor con igual cantidad de recursos, segun la manera más ó ménos inteligente de distri-

buirlos y utilizarlos. Arte delicadísimo, que requiere como base fundamental un exacto conocimiento de las necesidades de la vida y de su relativa importancia, porque sólo así puede decidirse en cada caso cuál ha de anteponerse y cuál y en qué medida ha de sacrificarse.

Y todo esto que dado nuestro atraso (bueno es confesarlo para corregirlo), puede parecer teórico y poco cercano á la realidad, es precisamente de utilidad inmediata y de una trascendencia extraordinaria para la felicidad doméstica, si esta felicidad ha de tener por norte el bien de la familia. Una mujer casada, una madre, puede ser juzgada sin más que ver cómo forma y desarrolla su presupuesto, al modo como se puede por la lectura del índice prejuzgar el mérito de un libro.

En cuanto al aprendizaje que hace la mujer de sus deberes morales y religiosos, justo es confesar que por fortuna se le vá concediendo en los establecimientos de enseñanza la importancia que requiere, merced sobre todo al impulso que ha recibido la instruccion durante los últimos años y á la benéfica accion de los institutos recientemente creados; pero si volvemos los ojos á las relaciones interiores de la familia y nos fijamos en las que la madre ha de mantener con sus hijos, pronto echamos de ver nuevas lagunas y abismos más profundos.

Por pretendidos respetos al pudor hay singular empeño en conservar cierto género de inocencia y candidez, que apenas puede distinguirse de la ignorancia: y aunque se reconozca de buen grado que no es posible abordar ciertas cuestiones sino con exquisito tacto y circunspeccion (por más que la precocidad del instinto madruga más que el afán de correr espesos velos sobre los arcanos de la vida), nadie será capaz de demostrar que sea ventajosa la ignorancia de la mujer acerca de los misterios de la maternidad, cuando se prepara á contraer matrimonio y consiguientemente á ser madre. Y, sin embargo, esa ignorancia es casi general y casi siempre de consecuencias desastrosas.

La educacion de los hijos es física y espiritual; abarca su cuerpo y su alma; y si en el desarrollo de sus facultades espirituales no puede ejercer la madre influencia voluntaria sino desde el momento en que abre los ojos á la luz, en la consti-

tucion y salud y desarrollo de su cuerpo puede y debe influir desde los primeros anuncios de la maternidad de una manera directa y aún antes, fortaleciéndose ella misma mediante el ejercicio y la higiene. ¿Qué puede exigirse á la mujer acerca de todos estos amorosos cuidados, si comenzamos por encerrarnos en una absoluta reserva para no destruir su ignorancia ó su inocencia?

Ella se encarga de destruirla, poniendo toda su alma á servicio del hijo de sus entrañas; pero ¿á qué costa? Nada sabe de los cuidados de la lactancia, y á la primera dificultad tiene que entregarse en manos de la nodriza mercenaria; nada del vestido más limpio y más cómodo para el tierno infante y tiene que aceptar la tradicional envoltura, especie de suplicio, que imposibilita todos los movimientos, ó ha de torturar su imaginacion para reformar el sistema; nada de las enfermedades á que se halla expuesta la niñez y en las cuales vale más la prevision de la madre y la oportunidad en el remedio que todos los doctores y todas las farmacopeas; nada de los peligros de la denticion y de sus relaciones graduales con el régimen alimenticio; nada de higiene, nada de vestido, nada de alimentacion, nada de nada. De este vivir á ciegas y en continua zozobra, que es ya una desdicha que amarga todas las horas de la vida, es fruto natural el constante peligro en que se hallan tantos recién nacidos, especialmente los primeros de cada matrimonio, los cuales suelen pagar con la vida culpas ajenas.

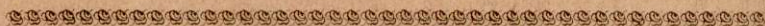
En honor de la verdad sea dicho, algun quebranto ván sufriendo las preocupaciones que aconsejaban aquella reserva y misterio para con la mujer acerca de las funciones de la maternidad, siendo ya un paso en firme para salir de tal estado la introduccion de las asignaturas de Fisiología é Higiene en los programas oficiales. Mientras en esta direccion no se adopten disposiciones más positivas y eficaces, y á falta de una literatura propia de carácter práctico para recurrir á las necesidades apuntadas, debe recomendarse la lectura de algunos manuales extranjeros, muy estimables y de utilidad suma, ya confirmada por una felicísima aunque corta experiencia. Entre otros y como de aplicacion más inmediata, merecen ser recomendados dos libritos: uno titulado *Guide pratique de la jeune mère, ou l'éducation du*

nonveau-né, par le Dr. Brochard, útil sobre todo para las cuestiones relativas á la higiene de los niños, y el otro *La Santé de l'enfant*, par le Dr. A. Godleski, en el cual están descritas con suma claridad las enfermedades más comunes de la infancia y los remedios que la madre debe aplicar mientras el médico se presenta en la casa.

Baste lo dicho acerca de los deberes de la madre, por lo que respecta á la educacion física de los hijos, durante el tiempo que está exclusivamente encomendada á sus cuidados, para despertar el interés hácia asuntos tan vitales como puestos en olvido. Otro tanto podría decirse acerca de los vacíos que se notan en la aptitud de la mujer para dirigir la educacion espiritual de los hijos; pero si no han de ser interminables estas indicaciones, hay que resumir lo que resta en brevísimas frases.

Al niño en los primeros años no puede educársele mas que con el ejemplo vivo de sus padres y principalmente de su madre. Si esta sabe, áun en medio de la pobreza, rodear la vida de encantos, proscribir el desórden y hacer reinar la armonía y la pulcritud en su persona y en su casa, para que las primeras impresiones que reciban los sentidos de su hijo, ávidos de realidad, sean ordenadas, tranquilas, agradables, esas impresiones que nunca se borran completamente, comenzarán á formar en su alma hábitos y disposiciones para el bien; pero si, además de esto, procura la madre que todos sus actos sean virtuosos, y sus sentimientos bellos, puros y nobles; si ama lo distinguido y detesta lo vulgar y es paciente, digna, afectuosa, humilde sin bajeza y modesta sin afectacion, puede estar segura de que los hijos educados por ella serán honra de su familia y de su pàtria.

ANTONIO ATIENZA Y MEDRANO.



GOLONDRINAS Y ESPERANZAS.

I.

La pintada golondrina
en su ventana anidó
y en el pecho de la niña
una esperanza de amor.
¡Qué de hermosas ilusiones
en su mente acarició,
cuando al espirar la tarde,
y al morir la luz del sol,
la tímida golondrina
volaba á su alrededor,
como una dulce esperanza
en torno del corazón!

II.

Un año sólo ha pasado:
ya el invierno se alejó,

y la hermosa niña llora
al morir la luz del sol.
¡Qué tristes son sus recuerdos!
¡Cuánto sufre el corazon!
¡Han vuelto las golondrinas
y sus esperanzas no!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.



MI CONVERSION Á LA HOMEOPATÍA. (1.)

Existe una inexplicable indiferencia en la generalidad de las gentes por lo que se refiere á la Medicina. No se estudia ni se forma ningun criterio, y cuando por desgracia se presenta una enfermedad, se entrega uno de piés y manos á un médico, ó vá pasando de unos á otros, por lo común sin obtener resultados. La Medicina tradicional, la de las sangrías y medicamentos enérgicos, es la única que se suele considerar como verdadera y que inspira alguna confianza á bastantes gentes.

No se comprende tal descuido. El hombre debe interesarse por su salud, y aún cuando no todos hayamos de

(1) Insertamos con el mayor gusto este artículo que nos remite nuestro distinguido amigo y colaborador D. Manuel Torres Campos, consecuentes con el programa que nos trazamos de hacer á la Revista palenque neutral donde defiendan sus teorías todas las escuelas. Claro es que con igual satisfaccion daremos tambien cabida á otros trabajos donde se expongan las doctrinas de la ciencia médica, sean las que quieran sus direcciones, si hay alguno, de entre los que á su estudio y ejercicio se dedican, que desée para ello utilizar nuestras páginas. Conste, pues, que sólo sus autores asumirán la responsabilidad de sus juicios respectivos, sin que nosotros les exijamos otra cosa sino que se ajusten, como todos, á las leyes de la moral y de la cortesia, y que sus producciones sean dignas de figurar en una publicacion de esta índole. (*N. de la R.*)

constituírnos en médicos, debemos comprobar experimentalmente los resultados de las doctrinas que luchan en el campo de la investigacion científica, para consultar, en el momento que sea preciso, la que que parezca verdadera.

No necesitamos explicarnos la manera de obrar el medicamento ni darnos razon de todo. La experiencia, en los casos que de cerca hayamos podido observar, es el criterio único que ha de guiarnos á los que con imparcialidad procedamos. Los estrechos criterios de escuela conducen á rechazar la verdad, si no está conforme con la doctrina admitida. Los que no estudiamos como profesion la medicina, estamos llamados á decidírnos sin preocupaciones por un sistema, después de observar y experimentar.

Al cabo de veinte años de no necesitar de médicos, ni de haber estado un solo día en cama, he padecido una terrible enfermedad, que me ha puesto al borde del sepulcro. Teniendo un poco humor herpético, como es comun en nuestro país, no había padecido mas que de orzuelos é indigestiones. Todos mis remedios se limitaban á los refrescos y purgantes. Incomodándome algunas veces las inflamaciones de los párpados, que no me dejaban estudiar, probé á lavarme con agua fría y me fué bien. Por tradicion de familia soy opuesto á tomar muchos medicamentos y á las aplicaciones locales. Creía, despues de hablar con algunos médicos, partidarios de la Medicina tradicional, que el agua fría no podía hacerme daño alguno. Apesar de ello, me encontré sorprendido con una congestion cerebral y consiguiente parálisis del ojo izquierdo.

Los médicos amigos me indicaban repetidamente que me moderara en las comidas, que tomase poco pan y que prefriese la carne y el vino, como es corriente. Para disminuir la obesidad, pues tenía de cintura, y esto dará idea de mi estado, 117 centímetros, me aconsejaron la gimnasia. Disminuí los alimentos, hice gimnasia durante un año, y entonces me sorprendió la congestion cerebral, cuando había bajado 25 centímetros la cintura y cuando debía estar tranquilo, segun las indicaciones que se me hacían.

En mi enfermedad deseaba mucho probar las medicaciones enérgicas para conocer sus resultados, ya que no había perdido el conocimiento. Hubo sanguijuelas, sinapismos,

càusticos y purgantes, y debo decirlo en verdad, no me sirvieron absolutamente de nada. Médicos amigos de gran valer me atendieron con especialísimos cuidados. No estoy descontento de ellos, sino del sistema que seguían. La enfermedad desapareció con el tiempo, como es frecuente, despues de haber estado paralizado el ojo izquierdo desde Febrero, en que sufrí el ataque, hasta Julio de 1882. Los medicamentos más fuertes, como unas 160 píldoras de aloe y otros purgantes, apenas me producían efecto alguno. En cámbio, me causaron una constipacion tal, que decidí apartarme por completo de las prescripciones facultativas, y guiarme solo por el sentido comun. Para que se comprenda la seguridad con que se procede, basta indicar que la gimnasia, antes recomendada, se me prohibió terminantemente en lo sucesivo.

No era esto todo. El régimen que recomiendan para mi caso las obras de Terapéutica alopática es para intimidar á cualquiera. El paseo como cosa natural, me parece bien; pero no así el sistema de alimentacion ayudado por los purgantes.

No me bastaba oir á médicos, y he querido examinar por mí las fuentes, cuya lectura me ha producido honda impresion y hasta miedo.

Los ataques congestivos suelen repetirse, y para evitarlos se cree oportuno prescribir alimentacion ligera, como de pescados, legumbres herbáceas y frutas, prohibir en absoluto las grasas, las carnes negras, el café y el alcohol, y recomendar de cuando en cuando purgantes.

Se necesita no estar empapado en los estudios médicos, ni estar aferrado en sus errores, para comprender con solo la guía del comun sentir lo absurdo de semejante tratamiento, único recurso de la *Medicina* que se dá el nombre de *racional*. Esta alimentacion, generalizada á todas las edades, climas y estaciones, tiene que llevar necesariamente en muchos casos á la anemia, sobre todo en personas dedicadas, en climas fríos, á trabajos intelectuales, que demandan una fuerte alimentacion. Habiendo observado de cerca el caso de personas á quienes el abuso de purgantes ha producido la destruccion del estómago primero y despues la muerte, y la circunstancia de hacer en mí poco efecto los más enérgicos,

me intimidaban los efectos que en mí tendría que notar en no largo tiempo. Consultando con personas que habian tenido en su familia casos análogos, ví que iba derecho á la anemia y á la destruccion del estómago, y como consecuencia de ello á la muerte, si no prescindía por completo de los consejos de la llamada *Ciencia Médica*.

Yo mismo me impuse un régimen higiénico provisional, sin romper abiertamente con ella, para destruir el mal efecto producido por la repeticion de purgantes. Comía preferentemente pescados, ternera, legumbres herbáceas, frutas, y sobre todo laxantes. Así me fuí arreglando el estómago. Entretanto solía sentir movimiento de sangre en la cabeza, mucho ménos fuerte que la terrible noche en que tuve la congestion, que me fué imposible dormir, pero que me alarmaba bastante. El miedo me hizo comer poco y pensar en el estudio de las doctrinas médicas, para ver si podía hallar algo verdadero.

No se necesita tener gran inteligencia para comprender que la congestion supone la existencia de un elemento morboso en el organismo, que es el que importa echar fuera radicalmente, y no contentarse con paliativos, que dejan subsistente el mal y que conducen, en su exageracion, á lo mismo que se desea impedir, á la muerte. En resumen, la llamada *Medicina racional*, despues de tantos siglos de indagaciones, no sabe apartar de la muerte mas que precipando á ella. Por lo ménos, pues, resulta inútil.

Sentí deseo por conocer la Homeopatía, única escuela que no hace daño y que combate abiertamente la medicacion homicida. Sólo tenía noticias de curaciones admirables del hígado, del estómago, de los ojos, etc., por su sencilla é inofensiva medicacion; pero no había visto cerca de mí caso alguno de sus efectos.

Quise estudiar la cuestion fundamentalmente. Empecé leyendo el magnífico *Organon de la Medicina homeopática* del insigne Hahnemann, y quedè verdaderamente maravillado. En mis muchos años de estudio no he examinado obra científica que pueda considerársele superior. Leí despues las refutaciones del Marquès de San Gregorio y D. Pedro Mata, y estas acabaron de convencerme de la verdad de la doctrina hahnemanniana. Quise conocer al ilustre Cláudio Ber-

nard, y si me admiró su talento, no creí práctico su sentido, *idealismo positivista*. Faltábame sólo la experimentación clínica, piedra de toque de toda doctrina médica, y hecha en mí y en personas que me han rodeado, he quedado firmísimamente convencido de que *la Homeopatía es la única Medicina científica y racional*, y de que fuera de ella no hay mas que la rutina y el empirismo. Con esta convicción me decidí formalmente á no acudir en toda mi vida mas que á los médicos homeópatas, y cuando donde me encuentre no los haya, á dejarme morir sin tomar medicamentos de ningún género, antes que suicidarme con ellos. Desde entonces he renunciado por completo al absurdo régimen alopático, y haciendo lo contrario de lo que manda, me alimento preferentemente con carnes.

Mi deseo de propagar la verdad en beneficio de los enfermos, me anima á recomendar á todos mis amigos y conocidos la Medicina homeopática, y me impulsa á escribir en defensa suya. Llevo más de un año consagrado detenidamente á su estudio, y cada día que experimento y observo mi convicción es mayor.

Me propongo en varios artículos sobre *La Homeopatía y La Medicina contemporánea*, dar á conocer los principios fundamentales del sistema en comparación con la doctrina alopática, fijándome con preferencia en los resultados de mi experimentación clínica. Como la práctica la he hecho en mí, sin consultar médico alguno, he formado criterio inmediatamente; y como no tengo rivalidades de Escuela ni parcialidad profesional, puedo prestar algun servicio á los lectores de la REVISTA DE ALMERÍA.

Al leer á Claudio Bernard tuve con sentimiento gran desencanto. «*Conservar la salud y curar las enfermedades*, dice: tal es el problema que la Medicina ha planteado desde su origen y cuya solución científica persigue aún. El estado actual de la práctica médica hace presumir que esta solución se hará todavía esperar largo tiempo. Sin embargo, en su marcha á través de los siglos, la medicina, constantemente obligada á obrar, ha intentado numerosos ensayos en el dominio del empirismo, y de ellos ha sacado útiles enseñanzas... El período empírico de la medicina deberá prolongarse aún largo tiempo.» Si después de 3.000 años de

investigaciones no se ha llegado á otra cosa, no cabe duda de que el método de investigacion es vicioso y de que es preciso cambiarlo.

Lo que son los médicos y su ciencia està al alcance de cualquier persona que haya tenido enfermedades ó las haya visto en personas de su familia. No se entienden, pasan de unos medicamentos á otros, y cuando la casualidad no cura, suele morir el enfermo. Por eso en todas las épocas se ha hablado mal de la Medicina, siendo los primeros en hacerlo los médicos viejos que han abandonado la profesion, y que tan poco creen en la ciencia que, cuando están malos, suelen negarse rotundamente á tomar medicacion de ninguna especie.

Molière, en su odio á los médicos, ridiculizados en sus várias obras y sobre todo en la preciosa comedia *El Médico á palos*, llega á decir:

Notre credulité fait toute leur science.

El insigne Tirso de Molina, en su chistoso *Don Gil de las calzas verdes*, acto primero, escena 2.^a, pone en boca del gracioso Caramanchel la descripcion de lo que hacía un médico en su tiempo y nada he leído que retrate mejor lo que ha sido y es la profesion ó industria médica. Dice así:

Un mes serví, no cumplido,
Á un médico muy barbado,
Belfo, sin ser aleman,
Guantes de ámbar, gorgoran,
Mula de felpa, engomado,
Muchos libros, poca ciencia;
Pero no se me lograba
El salario que me daba.
Porque con poca conciencia
Lo ganaba su mercé....

¿Por qué?

Por mil causas: la primera,
Porque con cuatro aforismos,
Dos textos, tres silogismos,
Curaba una calle entera.
No hay facultad que más pida
Estudios, libros galenos,

Ni gente que estudie menos,
Con importarnos la vida.
Pero ¿cómo han de estudiar,
No parando en todo el día?
Yo te diré lo que hacía
Mi médico. Al madrugar
Almorzaba de ordinario
Una lonja de lo añejo,
Porque era cristiano viejo;
Y con este letuario
Aqua vitis, que es de vid,
Visitaba sin trabajo
Calle arriba, calle abajo,
Los *egrotos* de Madrid.
Volviamos á las once;
Considere el pío lector,
Si podría el mi doctor,
Puesto que fuese de bronce,
Harto de ver orinales
Y fístulas, revolver
Hipócrates, y leer
Las curas de tantos males.
Comía luego su olla
Con un asado manido,
Y despues de haber comido,
Jugaba cientos ó polla.
Daban las tres, y tornaba
A la mèdica atahona,
Yo la maza, y él la mona;
Y cuando á casa llegaba,
Ya era de noche. Acudía
Al estudio, deseoso
(Aunque no era escrupuloso)
De ocupar algo del día
En ver los expositores
De sus Rasis y Avicenas;
Asentábase, y apénas
Ojeaba dos autores,
Cuando Doña Estefanía
Gritaba: «Hola, Inés, Leonor,

Id à llamar al Doctor;
Que la cazuela se enfriá.»
Respondía él: «En un hora
No hay que llamarme á cenar.
Déjenme un rato estudiar.
Decid à vuestra señora
Que le ha dado garrotillo
Al hijo de tal Condesa;
Y que está la ginovesa
Su amiga con tabardillo;
Que es fuerza mirar si es bueno
Sangrarla estando preñada;
Que á Dioscórides le agrada;
Mas no lo aprueba Galeno.»
Enfadábase la dama,
Y entrando á ver su doctor,
Decía: «Acabad, señor;
Cobrado habeis harta fama,
Y demasiado sabeis
Para lo que aquí ganais:
Advertid, si así os cansais,
Que presto os consumireis.
Dad al diablo los Galenos,
Si os han de hacer tanto daño:
¿Qué importa al cabo del año
Veinte muertos más ó menos?»
Con aquestos incentivos
El doctor se levantaba;
Los textos muertos cerraba
Para estudiar en los vivos.
Cenaba, yendo en ayunas
De la ciencia que vió á solas;
Comenzaba en escarolas,
Acababa en aceitunas,
Y acostándose repleto,
Al punto de madrugar,
Se volvía à visitar
Sin mirar ni un quodlibeto.
Subía á ver al paciente;
Decía cuatro chanzonetas;

Escribía dos recetas
Destas que ordinariamente
Se alegan sin estudiar;
Y luego los embaucaba
Con unos modos que usaba
Extraordinarios de hablar.
«La enfermedad que le ha dado,
Señora, á Vueseñoría,
Son flatos é hipocondría;
Siento el pulmon opilado,
Y para desarraigar
Las flemas vítreas que tiene
Con el quilo, le conviene
(Porque mejor pueda obrar
Naturaleza) que tome
Unos alquermes que den
Al hépate y al esplén
La sustancia que el mal come.»
Encajábanle un doblón
Y asombrados de escucharle,
No cesaban de adularle,
Hasta hacerle un Salomón.
Y juro á Dios, que teniendo
Cuatro enfermos que purgar
Le ví un día trasladar
(No pienses que estoy mintiendo)
De un antiguo cartapacio
Cuatro purgas que llevó
Escritas (fuesen ó nó
Á propósito) á palacio;
Y recetada la cena
Para el que purgarse había,
Sacaba una y le decía:
«Dios te la depare buena.»

MANUEL TORRES CAMPOS.

MATRIMONIOS ANTICIPADOS.

Un amigo mio, bastante ilustrado por cierto, ha escrito en esta REVISTA un notable artículo acerca de la pubertad legal, criticándola duramente porque en su sentir no responde á las leyes fisiológicas, que debieran merecer mayor respeto para que la especie humana no degenerase de día en día, empobreciéndose los organismos, y dando por resultado jóvenes *enclenques* y *cursis* que parecen confirmar las teorías de Darwin en cuanto á nuestra procedencia.

Como yo no entiendo una palabra de Medicina ni de ninguna de las ciencias que con ella se rozan, dejo al articulista la responsabilidad de sus afirmaciones, y sin meterme en camisa de once varas, voy yo tambien á escribir algo del asunto, pero tratándolo bajo otro aspecto muy distinto, aunque no menos grave y trascendental.

Si el matrimonio es el estado más perfecto del hombre, ó lo es el celibato, no es cosa que vaya á preocuparme, porque todo ofrece sus inconvenientes y yo no voy á entrar en el terreno de ciertas discusiones respecto á si el *Crescite et multiplicamini* es anterior y más atendible que las palabras de San Jerónimo *Arvisus virgo, virgo Maria...* *Apostolirel virgenes vel post nuptias continentes*. Discutan otros esta materia; yo respeto lo que está resuelto, y lo demás se me dá un ardite.

Pero lo que no cabe duda, es que en las mujeres el estado de completa perfeccion es el del matrimonio, siquiera sea

porque se unen al hombre, que es el sér más noble de la creación; y séame licito este rasgo de inmodestia, porque estoy harto de oír que pertenecemos al sexo *feo*, lo cual aunque sea cierto en ocasiones (y aquí me doy yo por aludido), no autoriza para que se nos insulte diariamente.

Ahora bien: si el estado perfecto en la mujer es el del matrimonio; si de los Textos y de los A. A. no consta que las señoras puedan casarse como no sea con los hombres, claro y evidente es que nosotros tenemos que hacer el sacrificio de nuestra honestidad en aras de la felicidad de las mujeres, á las que en muchísima parte debemos la existencia.

Y cualesquiera que sean nuestras opiniones religiosas y científicas, preciso es reconocer que tendiendo á la perfección, es de todo punto necesario alcanzarla por medio del matrimonio, único estado capaz de ello para las mujeres. Esto sentado ¿quién se permite decir que la edad de los 14 y 12 años, respectivamente señalada al hombre y á la mujer para casarse, es demasiado prematura?

Cabalmente en el siglo en que vivimos los hombres y las mujeres nos distinguimos por ser demasiado *procaces*, digo, *precoces*; y es indigno y ridículo dejar á una muchacha *que se pase* (lenguaje paterno) para entrar en la coyunda, exponiéndola á quedarse para vestir imágenes, segun la tecnología doméstica.

Es más; desde que una muchacha empieza á adquirir honores de *jamaona*, se pone ya tan insufrible, que rabia y se desespera sin razon aparentemente conocida; y languidece y se pone romántica y le dá por tener novios muy tiernos, como para compensar el exceso de sus años con la juventud del Adónis que la requiebra. Y cada mes que pasa en estado de soltería es un tormento; cada año un siglo de sufrimientos, que no encuentran recompensa ni en los coqueteos del baile ni en las pesadas y monótonas vueltas del paseo.

¿Habeis visto la caja de polvos de una solterona? Verdadera caja de Pandora, allí vive el misterio: de ella salen finísimos y perfumados los blancos polvos que refrescan el cutis, y en cada átomo vá un suspiro de amor, en cada partícula un mundo de tentaciones... ¡Y quedan ya tan pocos imitadores y tan pocas imitadoras de S. Antonio!...

Las más de ellas se vuelven monomaniacas; se hacen co-

milonas, como si quisieran ahogar las penas del corazón con los deleites del estómago; salen poco y cuando salen llevan en la cara el sello del disgusto; si tienen novio lo miman y lo agasajan, como si temieran perderle; sueñan en voz alta y sólo se les escuchan palabras de la Epístola de San Pablo; y á veces degeneran en beatas, que es ya el último grado de la enfermedad, y el tránsito á la edad en que ya no se espera el matrimonio.

¿Que es prematura la edad de 12 años para casarse una mujer? ¡Qué escándalo! Diga lo que quiera la fisiología; hablen lo que quieran los hombres de ciencia, los hechos se imponen y tienen más elocuencia que todos los sofismas al parecer fundados en principios ciertos y evidentes; la mujer debe casarse desde que tiene novio, y no digo desde que tiene uso de razón, porque es cosa que no suele usar casi nunca, como no sea por compromiso.

Si la mujer tiene ó no aptitud para comprender sus obligaciones matrimoniales, esta es una cuestión aparte y que toca en lo ridículo: bástale á una mujer con llevar la ropa larga, con saber mandar á su marido y con retocarse mucho, para tener todas las condiciones que el estado conyugal exige; y todo esto lo adquieren las señoras por instinto desde el momento de nacer, aunque es cierto que con los años se perfeccionan hasta el extremo de ser maestras en ese arte antes de llegar á la pubertad legal.

En cuanto á los hombres, verdaderamente no debieran ser púberes—en el sentido legal—hasta los 50 años; porque lo cierto es que tiene sus escollos el casarse, siquiera sea por nuestra natural inocencia; pero ¿quién se sustrae á las flechas de Cupido y tiene paciencia para encerrarse en el estado honesto de soltería habiendo tanta Eva encantadora en este mundo?

Somos débiles y sucumbimos; y siendo esto así ¿qué mas dá sucumbir ántes que despues? Si la especie degenera, tanto monta: al fin y al cabo vivimos en un siglo individualista y debemos procurar por nosotros; los que vengan despues, ellos resolverán lo que mejor les acomode acerca de la edad para *suicidarse*, quiero decir, para contraer matrimonio.

PENSAMIENTOS.

La vejez es un tirano inexorable que prohíbe, bajo pena de la vida, los placeres de la juventud.

La Rochefoucauld.

El sol es natural de Andalucía.

Campoamor.

En la vida, como en paseo, una mujer debe apoyarse en un hombre más alto que ella.

Karr.

No se parece tanto á una mujer honrada como otra que no lo es.

Balzac.

La libertad se conquista y no se pide. La libertad se gana blandiendo la espada en el aire, y no arrastrando las rodillas por el suelo.

Castelar.

No hay ángel, ni aún ornado con sus alas más primorosas, que baste para mí á reemplazar á una mujer.

Heine.

Mientras más casados haya, ménos crímenes habrá.

Voltaire.

LIBROS.

Tenemos que registrar en esta seccion algunas nuevas obras de distinguidos paisanos nuestros, que nos proporcionan la satisfaccion de aumentar con ellas el catálogo que venimos formando desde los números anteriores, de los más recientes y notables trabajos originales de autores almerienses.

Hoy toca su turno, en primer término, á los *Principios de Derecho internacional privado*, que acaba de dar á la estampa el Sr. Torres Campos (D. Manuel), ya conocido ventajosamente por sus trabajos, entre la brillante juventud de nuestros dias.

El autor de este libro, laureado por el Colegio de Abogados de Madrid en el concurso al Premio-Cortina de 1879, y del cual trascribimos en el número anterior uno de los más interesantes capítulos, posee profundos conocimientos en la ciencia del Derecho, y en materia de erudicion jurídica forma á la cabeza de cuantos se dedican á su estudio en España.

Bastan estos datos para revelar la importancia y la valia de su última obra, merecedora á no dudarlo de la distincion de que ha sido objeto y de los aplausos desinteresados de la crítica.

El libro, por lo demás, no es, segun las mismas declaraciones del autor, sino una pequeña parte de otra obra más

amplía sobre *El Derecho civil español de Europa y América, en sus relaciones con el latino y el germano*.

Esperamos que el Sr. Torres Campos dé cima á este vasto trabajo, para el que reúne condiciones innegables, y no hemos de ser nosotros los últimos en prodigarle las merecidas alabanzas, como hoy se las tributamos gustosos á su Memoria laureada.

*
* *

La segunda obra de que debemos hacernos cargo, se titula *Estudios sociales y políticos*, y es debida á otro ilustrado compatriota nuestro, tambien residente en Madrid: el Sr. Atienza y Medrano (D. Antonio), quien reuniendo bajo aquel epígrafe vários de sus mejores trabajos, los ha presentado al público, en un tomo de esmerada impresion, con un prólogo del conocido orador parlamentario y ex-ministro de Estado D. José Carvajal.

El Sr. Atienza confirma en esta obra la justicia con que se había conquistado un buen nombre como prosista correcto y elegante, al mismo tiempo que se revela como hábil polemista y pensador discreto. Su estilo, segun dice el Sr. Carvajal, de cuya autoridad nos amparamos, es como fruto exquisito que se apodera primero de la vista y del olfato, excitando la codicia del paladar. Sirvan de prueba á estos asertos, y sean citados por vía de ejemplo, la brillante refutacion del discurso del Sr. Alonso Martinez sobre *El Krausismo*, su magistral trabajo acerca de *La libertad política*, las hermosas páginas de *La piedad en las obras* y el precioso artículo *La vida del lenguaje*. Los lectores de la REVISTA pueden juzgar por sí propios del mérito de los estudios del Sr. Atienza, fijando su atencion en el que reproducimos en otro lugar de este mismo número, tomándolo de su último libro.

Desearíamos consagrar un juicio crítico más detenido á la notable obra del Sr. Atienza, pero nos faltan para hacerlo el espacio y el tiempo. Limitándonos, pues, á expresar la satisfaccion con que la hemos saboreado, enviámosle por ella nuestros sinceros parabienes.

*
* *

Despues de hablar de las dos obras anteriores, sentimos tener que examinar un libro de *poesías*, ó cosa así, publicado en esta capital con el título de *Las notas de mi lira*.

Esta es ya harina de otro costal, como suele decirse, y necesitamos variar de estilo. Adelante, pues.

Aparece como autor de los citados *versos* D. Ricardo Mateos García, á quien no conocíamos antes de ahora, y sobre el cual nos dà abundantes noticias su biógrafo D. R. Blanquer y Solís, á quien tampoco conocemos.

Lástima es que el Sr. Blanquer y Solís, ya que ha sido tan extenso para hablarnos de ciertos detalles de la vida íntima de su biografiado, haya omitido otros pormenores interesantes de su primera edad, como pudieran serlo, por ejemplo, los del tiempo de su dentición. Despues de todo, no sabemos que haya motivo alguno para que se presenten á la admiracion de la posteridad ciertas calaveradas juveniles del autor del libro, y quedan olvidadas los estímulos de otras travesuras de su infancia. De los demás datos que el Sr. Blanquer acumula, algo, y aún algos, podríamos decir; pero nos contentaremos con apuntar que, si mal no recordamos, el autor de las cartas insertas en *El Imparcial* sobre los sucesos de Sáida, lo fué su redactor D. Enrique Martínez, sin que nosotros hayamos visto ninguna, ni memorable ni olvidada, en que aparezca la firma del Sr. Mateos. Y nada más.

Respecto al prólogo, á cuya pié figura el nombre de D. Manuel Cañete, tenemos que hacer una protesta en desagravio del conocido crítico de aquel nombre. Esta protesta es la de que, habiendo en este mundo muchos homónimos, no conviene se confunda al literato y académico conocido y respetado en la república de las letras por D. Manuel Cañete, con ese otro tocayo suyo que firma el prólogo del libro del Sr. Mateos. Tenemos, en efecto, noticias de que el prologuista es otra persona, que se llama lo mismo que aquel otro D. Manuel Cañete que todos conocemos; pero antes de saberlo, ya habíamos adivinado que se trataba, por decirlo así, de un Cañete de similor y no del legítimo Cañete: su estilo lo denuncia de una manera que no deja lugar á dudas.

Hora es ya de hablar de las *poesías* del Sr. Mateos, y ojalá no fuera hora todavía; porque nosotros—preciso es

decirlo,—habremos leído en este mundo versos tan malos como los del Sr. Mateos, pero lo que es peores, no: hay que hacerle esta justicia.

Ante todo hemos advertido, que el libro está regado por todas partes con las copiosas lágrimas del autor: apenas se tropieza con una composicion que no se encuentre empapada en ellas... No puede figurarse el Sr. Mateos el sentimiento que esto nos ha causado, y al par del sentimiento, la admiracion; porque hemos visto, conmovidos, que el Sr. Mateos ha llorado en este mundo más que Jeremías.

Entre los *versos* á que nos referimos, los hay para todos los gustos: unos que tienen kilómetro y medio de sobra, y otros que van dando cojetadas por esos trigos de Dios, porque les falta un pedazo. Ni aquello es poesía ni cosa que lo valga: ideas ramplonas, imágenes vulgarísimas, combinaciones inverosímiles, prosa por todas partes: eso es el libro.

Para probarlo, bastará citar como muestra el romance endecasílabo dedicado nada ménos que *Á Dios*. Véanse algunos renglones:

Tú á quien llaman el Dios de la justicia,
de la misericordia y de bondad;

el que dicen que su poder es tanto,
que sólo con la mano levantar
hasta los báratros cobardes tiemblan
y estalla la potente tempestad.

Como se vé, el autor podrá no conocer la gramática, ni tener oído, ni nada; pero no puede negársele que escoje los asuntos altos.

Mas dejemos que siga el poeta en el uso de la palabra:

¿De qué le sirve á un ciego que sol haya,
si no lo vé en Oriente despertar,
ni contempla la tierra iluminada
con su preciosa y dorada claridad?

Este último *verso* pertenece á los llamados de *culebrina*. Parece que debían acabar antes, y luego resulta que todavía les sobra una cola. En cambio, ya verán Vds. otros de *escopetazo*:

Que no vé el cielo en mi locura dije,

y que he mentido con valor confieso;

alma tiene que te vé y te admira.

Ya está aquí: escopetazo puro.

.... los ojos con que yo te busco,

¿de qué me sirven? ¿para qué los quiero?

Eso decimos nosotros; ¿para qué?

Que á los demás no igual la triste vida
cruza en la tierra el desdichado ciego,

exclamé... ¡Infeliz! no comprendía

á dónde me condujo el *devaneo*!!

Señor Mateos, Sr. Mateos, no queremos seguir copiando más *versos*; no hablaremos de esos delitos de lesa literatura perpetrados por Vd. con la mayor sangre fría; le dejamos á solas con su conciencia y con Dios, para que se arrepienta, entre otras cosas, de haberse atrevido á cantarle, vamos al decir, de ese modo sacrilego é irreverente, cuando Vd. no ha nacido, no ya para cantar á Dios, sino tampoco á sus criaturas.

Créanos Vd. y siga nuestro consejo: déjese de sus pretensiones de escritor, que quizás en otra cosa pueda Vd. llegar á hacer algo de provecho; en el mundo hay muchas ocupaciones decorosas, que no consisten precisamente en hacer versos malos, y ahí están una infinidad de ellas, que no nos dejarán mentir; pero ¡echárselas usted de poeta! ¡Por Dios, hombre; á donde iríamos á parar!

y

Como se

tener oído, y

los asuntos altos

Mas dejemo

¿De

si no l

ni co

con

Este úl

Parece que

les sobra u

escopetazo:

Qu

PROTESTA.



Cierto periódico *satírico* de esta localidad, ha pretendido molestarnos con motivo de un trabajo bibliográfico publicado en nuestro número anterior.

Rompiendo toda clase de relaciones de compañerismo, acometiéndonos sin prévia provocacion de nuestra parte, y empleando un lenguaje inusitado en la prensa que estima su dignidad, ese periódico no merece que descendamos á contestarle, ni ménos hemos de hacerlo en igual tono, para no manchar las páginas de esta REVISTA.

Sea el público juez de la conducta de ámbos: estamos seguros de que à nosotros no ha de acusarnos jamás de haber puesto á subasta la conciencia, ni de haber profanado temeramente los deberes sagrados de la hospitalidad.

Siga, pues, ese periódico su camino, sembrado de venenos y les: sus ataques no excitarán en nosotros mas que indiferencia ó el desden.

Por la Redaccion.

AGUSTIN ARREDONDO.

LA MORAL EN EL ARTE LITERARIO.

Una de las cuestiones más trascendentales que al presente se ventilan en el campo de las bellas artes; la cuestión que logra, quizá en mayor grado que ninguna de las restantes, solicitar la atención de la crítica y del público, que en este linaje de tareas fijan sus miradas, es sin duda la que se refiere á la moralidad de las obras de arte, problema planteado ahora con más vigor que nunca, y puesto principalmente sobre el tapete por las tendencias de la escuela naturalista.

Hasta qué punto aparecen renovadas á nuestros ojos aquellas antiguas y ardorosas polémicas de clásicos y románticos, no hay para qué decirlo: con furia igual que entonces, con denuedo impetuoso y creciente se acometen y libran terribles batallas los partidarios de los sistemas enemigos puestos en pugna. Los paladines de la nueva doctrina atacan con brío y resolución á sus contrarios, acusándoles de mogigatos; estos, á su vez, fulminan contra sus adversarios los rayos de su cólera, y tachándoles de revolucionarios y demoledores, se encastillan en los preceptos de la retórica antigua; y en este dualismo de opiniones, en esta empeñada controversia, que tanto acalora los ánimos de los rivales, conviene dilucidar el problema serenamente, exentos de preocupaciones ni resabios, para ver de qué parte se

inclina la balanza de la justicia y á quién corresponden los láuros de la victoria.

Ciñendo el tema, que es de por sí muy vasto, á los límites precisos del arte literario, nos concretaremos á examinarlo en su terreno más propio, en el terreno candente donde ahora se sostiene la lucha, prescindiendo de inútiles divagaciones; y así, trataremos de aquellos géneros que hoy alcanzan más boga y más llaman hácia sí la pública atención.

Ya se comprende que nos referimos á la poesía dramática y á la novela; pero antes necesitamos detenernos en algunas consideraciones generales.

Ante todo, si hemos de hablar á cada paso de la moralidad ó inmoralidad de las obras de arte, debemos comenzar por hacer mencion del obstáculo más grave con que se tropieza para fijar el concepto de aquella; concepto tan elástico y tan discutible, que en cada autor varía segun la escuela á que pertenezca: para unos será grave pecado el criterio racionalista, y otros negarán sus simpatías á los principios de los ortodoxos.

En este siglo de lucha incesante, de crisis y de controversia, en que todo es inestable y movedizo; cuando surge cada dia una nueva escuela filosófica y una nueva concepcion de la vida, en todas sus múltiples manifestaciones ¿quién acierta á fijar una idea de tal magnitud, y tan amplia, segura y permanente, que sea por todos acatada y reconocida? Decidle á un escolástico que acepte las conclusiones de cualquiera de los filósofos modernos, ya lo elijais de la escuela idealista como Hegel, ya entre los campeones del positivismo como Spencer; hablañ á un ultramontano en pró de las tendencias del novelista ginebrino; pregonadle las excelencias de las obras de Jorje Sand, de Dumas y de tantos otros escritores de la misma significación, y obtendreis igual respuesta que si á los fieles devotos de estos escritores les ensalzais las ventajas de sus contrarios.

Vemos, por tanto, que el concepto de la moral es variable, como son diversas las aspiraciones de cada escuela; pues no se habla sólo de la moral que pudiéramos llamar erótica, como parece que imaginan ciertos críticos, muy dados á la tolerancia en la pintura de las demás pasiones que agitan al hombre, é inexorables en cámbio cuando se

trata de la amorosa; sin advertir que hay otras cuestiones sociales, de tanta ó de mayor importancia que aquellas.

Y no se nos objete que la moral es una, ni se nos hable de la moral universal: por lo que respecta à lo primero, creemos que nuestra afirmacion es incontrovertible, en el sentido que dejamos explicado; y en lo que concierne á ese otro principio más ámplio de la moral misma, punto es que merece dilucidarse con algun detenimiento.

En las obras literarias, entiéndese generalmente como tendencia moral la de aquellas que presentan premiada la virtud y castigado el vicio. Error, gravísimo error, que propalan especialmente, aunque parezca contradictorio, los entusiastas adoradores del pasado, los que se llaman apóstoles de la fé. Mas no advierten, en su ciega obstinacion, las consecuencias que se deducen de tal teoría; y por cierto que al llegar á este punto, podemos presentar el testimonio de una distinguida escritora, que no será recusada como parcial, pues forma en las filas más puras de la ortodoxia, por más que tratando de materias artísticas haga uso de una laudable amplitud de miras. Véase cómo se expresa: «si no hubiese, dice, otra vida sino esta; si en otro mundo de verdad y justicia no remunerasen á cada uno segun sus merecimientos, la moral exigiría que en este valle de lágrimas todo anduviese ajustado y en orden; pero siendo el vivir presente principio del futuro, querer que un novelista (por ejemplo) lo arregle y enmiende la plana á la Providencia, téngolo por risible empeño.»

Por nuestra parte, creemos firmemente que la razon está toda entera, en lo que á esto concierne, de parte de las escuelas modernas. Tenemos por un procedimiento impropio y ridículo el que seguían los autores antiguos, preparando el desenlace de sus obras con tal artificio, que siempre se llega á la postre á una solucion satisfactoria para todos. Eso es hacer del arte un falso convencionalismo, en vez de convertirlo en un reflejo exacto de la realidad; nosotros entendemos que el arte debe ser un trasunto fiel de la vida, aunque modificado y embellecido en cierto modo; pero sin que esta modificacion y este embellecimiento afecten á la esencia del asunto, ni alteren siquiera ciertos detalles característicos, que puedan trocar la obra en un conjunto de situaciones

amañadas é inverosímiles. Entendemos que las costumbres sociales deben retratarse tal como son en verdad, con todas sus bondades, pero tambien con todas sus miserias; y creemos además que debe ya pasar para siempre la costumbre de convertir en una cátedra las obras artísticas, para predicarnos las excelencias de una moral enclenque y hacer gala de un sentimentalismo cursi; hoy se ha comprendido que toda enseñanza debe deducirse de los hechos, en vez de formularla en máximas ni aforismos, así como en la vida real sólo hallan el condigno castigo en sus mismas consecuencias, ciertas faltas que si bien no se hallan penadas por los códigos, merecen un fallo condenatorio en el recto tribunal de la conciencia.

Pasemos de ligero sobre el problema de si el arte es independiente de la moral, aunque no hostil; á nuestro juicio lo es sin duda alguna, lo mismo que la realidad; y como ejemplos que corroboren esta creencia, podemos presentar, con un crítico eminente, el de toda la belleza física, y los de la música, especialmente la sinfónica, la arquitectura profana, la estatuaría, la pintura de género, de paisaje, y gran parte de la histórica; la poesía descriptiva, las composiciones bucólicas, la comedias y los dramas de intriga y de enredo que ningun pensamiento moral desenvuelven, y un número inacabable de producciones de todas clases. No están en lo cierto—¿cómo han de estarlo?—los que aseguran que en las obras humanas deben hallarse siempre unidos los atributos de verdad, bondad y belleza: en un tratado de naturalismo hallamos citado el caso de «un final de ópera, donde el tenor muere cantando, que puede ser hermosísimo, y sin embargo no cabe cosa más apartada de la *verdad*; y un licencioso grupo pagano, será *bello* sin ser *bueno*.»

Ahora bien; la principal de nuestras afirmaciones consiste en sostener la legitimidad de una representacion, la del mal, en la esfera de las obras de arte; no somos de los que opinan que en estas obras, cuando quiere dárseles una tendencia docente, solo cabe la representacion del bien, ó si se quiere, el triunfo del bien sobre el mal, para que puedan calificarse de morales: convenimos en que esta consecuencia moral se alcanza indudablemente con la presentacion de tipos austeros y sublimes, de modelos y dechados de perfec-

ciones, que inciten á la práctica de la virtud con su propia conducta y sirvan de ejemplos saludables que imitar: pero las manifestaciones de la vida no se compendian en un sólo simbolo; antes bien, como son variadas y múltiples, exigen para ser retratadas con verdad, encarnarse, por decirlo así, en otra multitud tambien de representaciones y síntesis; y al realizarlo, no sólo se huye de una monotonía que de repetirse constantemente llegaría á ser insoportable y haría del arte una rutina vulgar, sin significacion ni objeto, sino que se alcanza tambien, á no dudarlo, esa misma tendencia moral, aunque no por iguales caminos, sino de una manera indirecta, que no por eso deja de llevarnos al objeto apetecido.

¿Cómo? Veámoslo.

Se censura á la mayor parte de los autores modernos, porque pintan en sus obras el triunfo del mal sobre el bien, y porque presentan en toda su desnudez los vicios sociales; y se les acusa, porque, segun sus impugnadores, las consecuencias que se deducen de aquellas victorias del mal, y las ideas que nacen de la representacion artistica de aquellos vicios, son eminentemente perniciosas, son disolventes y malsanas, son, en una palabra, inmorales.

Nada más fácil que demostrar, con una breve excursion histórica, las ventajas innegables que aún en este mismo punto, caballo de batalla de la cuestion, llevan esos escritores modernos tan anatematizados, á muchos modelos clásicos de la antigüedad.

«Ningun autor de nuestros dias,—dice un ilustre publicista ya antes aludido,—compite en inmoralidad y cinismo con Safo, Anacreonte, Aristófanes, Catulo, Virgilio, Ovidio, Petronio, Boccacio, Quevedo, el autor de la *Celestina*, Rabelais y otros insignes ingénios que fuera largo enumerar. ¿Qué novela de Adolfo Belot, de Flaubert, de Zola ó de Goncourt aventaja en pinturas escandalosas al *Satiricon* de Petronio, al *Decameron* de Boccacio, á la *Tia fingida* de Cervantes, á la *Celestina*, á *La lozana andaluza* ó á las novelas de Doña María de Zayas? ¿Qué drama de Alejandro Dumas (hijo) ó qué vaudeville francés puede emular con las producciones de Aristófanes, de Plauto y de Terencio? ¿Ceden en la crudeza de la pintura y en la infamia del

pensamiento la oda de Safo á la mujer amada, no pocas composiciones de Anacreonte, la égloga virgiliana *Formosus pastor Corydon*, y las poesías de los elegiacos romanos, á las novelas tan execradas *Mademoiselle Giraud ma femme*, *Mademoiselle de Maupin*, *La femme de feu* y *Madame Beclard?*»

Pues aún hay algo más que añadir; porque el vicio, cuando se presenta como en aquellas, medio velado por los primores de la forma, aparece hermoso é incitante; pero cuando se muestra desnudo y asqueroso, para que inspire saludable horror ¿quién puede negar que sus enseñanzas son morales, eminentemente morales? ¿Consiste acaso la bondad de una obra en ocultar aquellos hipócritamente y en presentar tan sólo nuestras virtudes? Y no se nos diga que hay ciertas cosas que no deben, que no pueden ser tratadas en obras de esta índole, porque entonces contestaremos con el mismo crítico que «en materias artísticas todo depende de la forma, y nada hay que no pueda hacerse ni decirse, si el artista acierta á elegir el procedimiento adecuado para el caso.»

Nosotros creemos que no cabe mayor enseñanza moral que la misma repugnancia que inspira la contemplación de las llagas sociales: ahí es donde ha de buscarse esa enseñanza, que algunos no aciertan á encontrar en las obras á que nos referimos: podrá el autor pintarnos, por ejemplo, el triunfo de la calumnia sobre la inocencia; podrá presentarnos al candor dominado por la astucia, el honor mancillado por la liviandad, la rectitud derrotada por la ambición, la consecuencia humillada por la apostasía, la justicia corrompida por el soborno, la libertad de la conciencia sofocada por el fanatismo, el derecho conculcado por la fuerza, la verdad oscurecida por el error; ¿y hemos de negar por esto las enseñanzas morales de su obra? Pues qué ¿no es posible que esta nos inspire sentimientos de aversión hácia esos mismos principios que se ofrecen á nuestra vista como triunfantes, y allí, en las propias páginas donde aparece vencedor el crimen, lo veamos odioso y aprendamos á detestarlo? ¿Cómo no, si así ocurre efectivamente en esas obras incluidas en el índole expurgatorio de los preceptistas al uso antiguo? No conocemos una sólo en que esta regla deje de confirmarse.

Y ahora, hablemos especialmente de la novela y la poesía

dramática, comenzando por el pontífice máximo de la escuela naturalista, para que se vea que no rehuimos la cuestion en el terreno más resbaladizo.

Para no exponer tan sólo nuestra humilde opinion, vamos á trascribir más bien la muy autorizada del reputado escritor y viajero italiano Edmundo de Amicis, tan querido en España; quien dice, á este propósito, que Zola es uno de los novelistas más morales de Francia, y que parece mentira que haya quien lo ponga en duda. «Hace sentir, añade, la hediondez del vicio, no su perfume; sus desnudeces son desnudeces de mesa anatómica, que no inspiran el más leve pensamiento sensual; no hay ningún libro suyo, aún el más libre, que no deje en el alma íntegros. firmes é inmutables, la aversion y el desprecio de las bajas pasiones allí descritas... Pone al vicio en la picota, desnudo, brutalmente, sin hipocresía ni compasion, manteniéndose tan léjos de él, que ni aún lo roza con sus vestidos. El mismo vicio es quien dice, obligado por su mano: escupid y pasad. Sus novelas, como él mismo dice, son verdaderamente *la moral en accion*. El escándalo que resulta no es mas que para los ojos y los oídos.»

Ya sabemos que no ha de faltar quien tenga por extravagantes estas teorías: tan arraigadas están ciertas preocupaciones. Pero es preciso fijarse en el fondo de las cosas, y no examinarlas superficialmente, sin detenimiento ni reflexion: cuando la crítica llama inmorales á estas obras, es porque juzga su desenlace final y equivoca las enseñanzas que de allí se desprenden. Y sin embargo, la escuela que nos ocupa, innovadora de suyo, tiene otras tendencias que no alcanza quien así la considera. El autor, al dar por moraleja los resultados de la catástrofe, está muy léjos de creer que ellos, en sí, se ajusten á los eternos principios del bien: sólo el suponerlo es monstruoso! Él lo que hace, es presentarnos sus personajes y analizar su carácter íntimo, lo mismo en lo que tiene de elevado que en lo que tiene de perverso: deja que el desarrollo se verifique espontáneamente, y no se cuida de conducir la accion á un fin determinado, que nos lleve, por ejemplo, al triunfo consabido de la virtud; por el contrario, desata sin miedo todas las concupiscencias, quita el freno á todos los vicios, los deja que se presenten á nues-

tras miradas en toda su realidad espantosa, y así aprendemos á aborrecerlos y á condenarlos, horrorizados de tanta podredumbre; añadid á esto que el bueno sucumba á las veces, como suele tambien ocurrir en el mundo, y si al verle humillado y escarnecido por su contrario, experimentamos hácia él un impulso compasivo y el sentimiento de la justicia levanta su voz en nuestra alma, para ensalzar al caído y vilipendiar al delincuente, ¿se quiere todavía mayor enseñanza moral; parece insuficiente aún la leccion que de los mismos hechos se desprende?

Pues tal sucede en las obras de Zola, que exajera acaso, llevado del ardor de la lucha, los mismos principios de su escuela; pero que, aún en médio de sus extravíos, no presenta nunca amable y seductor el vicio, sino antes bien repugnante y hediondo. Si hacemos un exámen lijero de sus obras principales, nuestra tésis quedará demostrada. En *Therese Raquin*, que es una de las mejores creaciones del gran novelista francés, el crimen de la protagonista y de su amante, descrito con todos los colores que le hacen más odioso, nos inspira una aversion irresistible: el fantasma acusador del remordimiento, la acusacion implacable de la propia conciencia, nunca atrofiada por completo ni aún en las almas más abyectas, separa con un abismo insondable á Teresa y Laurent, desde aquella tremenda noche de su boda en que aparece á sus cerebros enfermos el cadaver del marido ahogado, que aún conserva en su garganta las señales amoratadas de las manos de su asesino; vémos luego la bárbara tortura á que se halla sometida la madre del infeliz Camilo, vilmente engañada en sus más caras afecciones; y entonces, nuestro corazon se identifica con los dolores de la pobre paralítica, y como ella maldecimos á los dos miserables. La misma impresion nos producen *L'Assommoir* y *Pot-Bouille*, obras en que se pintan de mano maestra las flaquezas y pasiones del pueblo bajo y de la clase média.

Y en cuanto á uno de los cargos más graves que á este género de obras se dirijen, ó sea al de que no pueden ponerse en manos de señoritas, hemos de contestarlo lijaramente. Ante todo, es preciso esclarecer si conviene á estas vivir en un estado de santa ignorancia, mejor que saber los peligros y las tentaciones del mundo, para poder apartarse de ellos;

además, esta cuestion se resuelve en los casos especiales de distinto modo, segun el carácter y la manera de ser de cada cual, porque hay condimentos que á unos sientan á maravilla mientras producen á otros los resultados más funestos; y esos condimentos mismos, que nos sirven de término de comparacion de la lectura, nos traen como de la mano á una ampliacion de la propia idea, para decir que así como el alimento se regula no sólo por la edad, sino tambien por las fuerzas digestivas del estómago, hay lecturas que pueden ser manjares demasiado fuertes para ciertas inteligencias débiles, y servir en cambio de buena nutricion para otras más desarrolladas. Por eso se publican en el extranjero libros dedicados á la infancia y á la juventud, cuyos autores procuran acomodarse á las exigencias de la especialidad que cultivan.

En España, la escuela naturalista no ha echado todavía hondas raíces, por más que se lean, y hasta se admiren, las producciones francesas de que ántes tratamos. La novela, sin embargo, se encamina entre nosotros por nuevos derroteros y toma otros rumbos distintos del camino trillado y rutinario que antes seguía, grácias al génio soberano de Galdós, cuyo nombre no puede pronunciarse sin admiracion y respeto. De nosotros diremos, que empalagados por las lecturas soporíferas de aquellos novelistas que le precedieron durante la decadencia del género, no hace todavía muchos años, aún recordamos la viva impresion que nos produjo su admirable *Doña Perfecta*, en la cual se pintan magistralmente las consecuencias desastrosas de la supersticion, la intolerancia y la hipocresía, que aún subsisten, para mengua de nuestro país y de nuestro siglo, en esas poblaciones dominadas por el más torpe de los fanatismos y que son focos perennes de atraso, sin elementos de progreso y de cultura.

Y por cierto que al hablar de esta obra, salta de nuestra pluma una observacion que ya hacía tiempo pugnaba por salir de ella, y que hoy, aprovechando esta ocasion que de hacerlo se nos presenta, queremos dejar consignada en el papel. Hemos observado que la mayoría de los críticos, y aún de los lectores de esta produccion con quienes hemos hablado, censuran su desenlace y acusan al autor de que

ha cortado el nudo en vez de desatarlo: nosotros creemos por el contrario, que uno de los mayores mèritos del nove, lista consiste en el gran relieve que ha sabido dar á aquella última y desesperada lucha de las dos tendencias que en la obra se disputan el predominio y la victoria: sentadas las premisas, vistos los antecedentes y conocidas las pasiones que el autor ha querido reflejar en las brillantes páginas de su narracion, el resultado no podía ser otro: Pepe Rey muere asesinado por el odio que acumula sobre él la ciega exaltacion clerical, que ha cubierto el mundo de sangre y de ruinas. á nombre de un principio religioso que tiene por base la caridad y el amor; y así queda probado todo lo que hay de horrible en esas preocupaciones fanáticas, que atropellan todos los sentimientos humanos y llegan en su delirio hasta el crimen.

No nos detendremos en el exámen de las restantes obras de Galdós: ni ese es nuestro objeto por hoy, ni tampoco se necesita, pues ya son bien conocidas.

Ahora reclama nuestra atencion el teatro; y hemos de decir, que no nos hallamos conformes en modo alguno con el sistema, ya anticuado por fortuna, de los autores que mueven los resortes de la accion de tal manera que el desenlace satisfaga las exigencias de esos espectadores que pudièramos llamar bonachones y pacíficos, en vez de hacer que las enseñanzas morales dimanen de la misma lucha y del conflicto de pasiones que surge y se desarrolla en el curso de la representacion. Todos saben cuánto se había abusado de ese procedimiento tan socorrido para desatar los nudos de las obras, y que no consiste en otra cosa sino en terminirlas con la fiesta indispensable de una boda; pues bien, los modernos dramaturgos han querido romper para siempre con esa tradicion, y así buscan en nuevas fuentes de vida la sàvia que alimente y nutra á este género de literatura, antes enteco y enfermizo.

Desaparecieron aquellos galanes siempre caballerosos y aquellos barbas siempre traidores, que hicieron las delicias de otra generacion: ahora se estila retratar la realidad tal cual es, lo mismo con sus excelencias que con sus imperfecciones. Es verdad que así no quedan arregladas las cosas con sujecion á esa moral absurda de la escuela antigua; pero

¿qué importa, si al presentarnos el cuadro de un gran infortunio y oprimirnos el corazón con los horrores de lo trágico; al ofrecer á nuestra vista, palpitantes y ensangrentadas, las víctimas de añejas preocupaciones y de criminales arrebatos; al sentir los efectos tristísimos de la murmuración y de la envidia, de la venganza y de los celos, de la ambición y el fanatismo, aprendemos á aborrecer el mal, y nuestro espíritu, conturbado por el espectáculo desgarrador de todas las pasiones en pugna, se aferra á los principios del bien, más, mucho más fuertemente todavía que contemplando la basta urdimbre de una trama en que todos los recursos son convencionales y gastados?

Tal ocurre en las obras más notables de nuestro teatro contemporáneo. Fijémonos, por ejemplo, en *El gran Galeoto*, el mejor drama de Echegaray, si se exceptúa *Ó locura ó santidad*, que se halla para nosotros á la misma altura: con arreglo al criterio antiguo, la moral que de su desenlace se desprende no puede ser más deplorable: sucumbe D. Julian, personificación de la honradez, y de la nobleza y generosidad de carácter, y triunfa la propaganda infame de Galeoto; y sin embargo ¿en qué alma no se levantará una enérgica protesta contra la calumnia, al observar las funestas consecuencias de sus malignas invenciones, que introducen en un hogar tranquilo y respetado la discordia y la muerte; que hieren, con su arma cobarde y artera, el limpio nombre de una mujer honrada y la dignidad de un hombre de bien; que acaban por precipitar en el abismo á sus víctimas, y por producir una catástrofe desoladora? Pues ese es el pensamiento moral del drama; esa es la mejor lección, la enseñanza más alta que puede encerrarse en una obra artística.

Otro ejemplo análogo nos presenta *El nudo gordiano*, creación admirable de Sellés, aclamada por el público con el más fervoroso entusiasmo, y censurada, no obstante, por algunos, en su tendencia moralizadora: creen sin duda los que así piensan, que el autor presenta como solución la más racional y justa del problema planteado, aquella que en el drama lo resuelve, y este es su error; pues allí no se ha querido decir que cuando en el seno íntimo de la familia se promueve el más grave de los conflictos; cuando se altera la paz del matrimonio por el quebrantamiento de la fidelidad

jurada; cuando la armonía conyugal se oscurece por las sombras del adulterio, deba apelarse como único árbitro capaz de dirimirlo justamente, al solo derecho de la propia fuerza, y se llegue al crimen para borrar las huellas de la culpa: si se deduce lógicamente, que en el estado actual de nuestra deficiente legislación, ese es el único remedio posible, esa es la sola solución del problema; se hace, en una palabra, la más ardiente apología del divorcio, de su necesidad imprescindible y sentida, que reclaman de consuno la voz de la razón y los consejos de la experiencia; y para demostrarla, nada más acertado y convincente que presentar los efectos que toca en la actualidad el cónyuge inocente á quien se vilipendia por el culpable, á quien se mira en la sociedad con ludibrio y escarnio, y que si anhela reparar su honra mancillada, y no sufrir la compasión ignominiosa de quienes le motejan por una falta de que él es la víctima principal, tiene que tomarse la justicia por su propia mano, según la expresión vulgar pero muy gráfica, y manchársela de sangre para lavar con ella las de su honra. Hé aquí, pues no es otra, la tendencia del drama: queremos que nos digan los que la impugnan, cómo había de probar el autor su tesis con una solución satisfactoria, que tendría que ser, además, completamente inverosímil y anti-humana.

Y si esto, que es tan claro, se oculta sin embargo á la miopía de los preocupados ó los timoratos ¿qué hemos de hacerle? Sea en buen hora; pero el génio, innovador y atrevido, que destruye con mano vigorosa los estrechos moldes en que pretendían encerrarlo y comprimirlo las reglas y preceptos de una retórica ya caída en desuso, seguirá su triunfal carrera mirando siempre al ideal supremo del arte, y atento á realizar los fines que en el nuevo sistema se señalan, haciendo pensar hondamente y sumiendo el ánimo en una meditación profunda, para que de esta reflexión detenida surja el anhelo del bien y la verdad, como brota la luz del choque del pedernal y el acero.

P. LANGLE.

LA TORRE DE LAS ARCAS.

TRADICION POPULAR.

I.

Al N.O. de la ciudad de Almería, y fuera de su ya histórica puerta de Purchena, se elevaba, no há todavía muchos años, robusto aún, y como desafiando á las edades, un macizo torreón al que la voz universal designó con el significativo nombre que este artículo encabeza. De arábica arquitectura, pero situado fuera de las curvas, hoy medio borradas por el tiempo, que trazaron los tres recintos con que los emires musulmanes defendieron á la *vistosa* ciudad (1), su grandeza, su aislamiento, y más que todo la singularidad de su construccion, que no hubiera permitido vivir en él ni aún siquiera ampararse á sus defensores, si la guerra hubiera sido su destino, hacen de él interesante problema para los arqueólogos, mientras que la fantasía popular creyó que muros tan impenetrables, sólo para guardar ricos tesoros y no pensadas bellezas, pudieran ser fabricados.

(1) Del árabe Al-Mería, lugar despejado, lugar desde donde se alcanza mucho con la vista, la vistosa.

Es opinion bastante generalizada entre los anticuarios almerienses, que la Torre de las Arcas es una de las torres de humos ó telégrafos arábigos que formaban la línea que, comenzando en la Alcazaba, venia á terminar en los torreones situados en los callejones de Cárdenas: no dejan, sin embargo, de presentarse contra ella sérias objeciones...

Mas dejemos á los sábios que disputen, que sí disputan es porque ninguno ha tenido valor para salir de su casa á media noche el único dia del año en que un genio desconocido viene á hacer patente al mundo estos escondidos secretos y rico además, casándolo con una princesa, la perla de las arábigas sultanas, al que se atreva, sin mas que pronunciar una palabra, á librarla del largo é inmerecido encantamiento á que agenas culpas, que no las suyas, debieron haberla condenado. Oiga, oiga el lector lo que por tan lamentable abandono se han perdido, segun puntualmente me lo relató una de las comadres más sabedoras de mi barrio.

II.

No hay horas más misteriosas que las que comienzan á correr desde las doce de la noche del 23 de Junio (1) hasta el amanecer de aquella mañana

Donde moros y cristianos

Hacen gran solemnidad;

la naturaleza y el espíritu producen sus dones mas preciados:

La mañana de San Juan,

Cuaja el almendro y la nuez;

Tambien cuajan los amores

Dedos que se quieren bien.

Todos los sentimientos se subliman entonces, porque, como tambien dice el romance, es

..... un tal dia

Que llaman señor Sant Juan,

(1) Véase lo que acerca de ella dice nuestro célebre Duran, en una nota á los romances moriscos.

Cuando los que están contentos
Con placer comen su pan,
Cuando los desconsolados
Mayores dolores dán,

todas las creencias religiosas parecen confundirse; hoy como en tiempo de los celtas, se recoge la sagrada verbena, á quien el vulgo atribuye, por el benéfico influjo de esta noche, virtud especial para la curacion de las enfermedades; hoy, como en los siglos gentílicos, se dá el mayor valor, áun por personas cuyo cristianismo no es dudoso, á las palabras misteriosas, á los présagios, á las figuras, atribuyendo á los hechos más comunes una significacion mágica y profética, y el árabe y el cristiano deponian las armas mientras que sus esposas y sus hijas se levantaban muy de mañana para recojer flores, segun atestiguan repetidamente los romances:

La mañana de San Juan
Salen á coger guirnaldas
Zara, mujer del rey moro,
Con sus más queridas damas.

Busco triste á Julamiera,
La hija del emperante,
Pues me l' han tomado moros
Mañanica de San Johane,
Cogiendo rosas y flores
En el vergel de su padre.

Por aquellos altos montes
Caballero vió asomarse;
Llorando viene y gimiendo,
Las uñas corriendo sangre,
De amores de Moriana,
Hija del rey Moriane.

Captiváronla los moros
La mañana de Sant Johane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.

Todavía el labrador divide en doce partes una cebolla, y poniendo en cada una de ellas un grano de sal, se levanta

antes que amanezca para averiguar en qué meses regará los campos, en el año siguiente, la benéfica lluvia; todavía la recatada doncella, á escondidas de su madre, rompe un huevo y lo coloca en el terrado ó azotea á las doce en punto de la noche, esperando á la mañana siguiente averiguar, por la figura que ofrezca, cuál será la profesion ú oficio del futuro y desconocido dueño de su destino; otras más libres, sacan á la misma hora en punto un segundo de más ó de ménos imposibilitaría la prueba,—un cubo de agua; en que es sabido ha de verse el continente del esperado esposo; ó desnudo el albo pié, y bañado en una palangana, esperan escondidas tras de sus celosías la primera campanada de las doce para oír un nombre, desde entonces querido, si no han obtenido permiso para sumergirse en las azuladas ondas, en cuyo caso, saliendo á la hora misteriosa, misteriosamente lo han de escuchar. Todavía se ponen al sereno hojas de alcachofa, de cardo ó de zavila para que florezcan ántes de la madrugada; trigo, cebada ó maíz para que nazca; siembrase el lecho para que florezca, y búscanse con empeño granos de ruda para que sean madres las que los coman antes de cantar el gallo. No hay hombre, por descreído que lo supongamos, que no sacrifique secretamente un poco de su incredulidad al natural deseo de averiguar si los sueños de su ambicion se verán cumplidos, ni muchacha casadera á quien no encuentre el día en que la iglesia conmemora al precursor de Jesús, en la melancólica situacion de ánimo que tan bien retrata el siguiente romance, para nosotros uno de los más bellos que se han escrito en castellano:

Yo me levantara madre,
 Mañanica de San Juan;
 Vide estar una doncella
 Ribericas de la mar;
 Sola lava, sola tuerce,
 Sola tiende en un rosal;
 Mientras los paños se enjugan
 Dice la niña un cantar:
 «¿Do los mis amores, dólos,
 Dólos andaré á buscar?»
 Mar abajo, mar arriba
 Diciendo iba el cantar;

Peine de oro en las sus manos
Por sus cabellos peinar:
Dígasme tú el marinero,
Que Dios te guarde de mal,
Si los viste á mis amores,
Si los viste allí pasar.

La ambicion y el amor ¿quereis lograrlos hasta un punto que ningun mortal se atrevió siquiera á presumirlo? Venid conmigo; mas ¿qué digo? ¿por qué han derribado la Torre de las Arcas?

III.

Si la víspera de San Juan, á punto de las doce de la noche, hubiérais estado al lado del pilar que, al pié de la torre de la catedral, turba el general silencio con el monótono ruido de sus abundantes aguas, apenas estremeciera vuestro oído la primera vibracion con que el sagrado bronce anuncia la fatídica hora, cuando por encanto hubiérais encontrado á vuestro lado dos extraños y por extremo semejantes personajes. Cubre al uno, de estatura ménos que varonil, blanco ropaje al uso morisco, y lleva su rostro tambien de blanco cendal cubierto; mas las envidiosas telas no son bastantes á disimular la exquisita delicadeza de sus formas, y el paso, semejante al suave movimiento de los clavetes movidos por la brisa de Mayo; el pié menudo y la cintura frágil y flexible como el tallo de la azucena, y sobre esto cierto perfume juvenil que toda su persona exhala, os hubieran delatado que es toda una princesa, y no de las comunes y de pacotilla, la que teneis delante. Acompañala un fornidísimo y gigantesco negro, de sangrientos ojos, llevando en una de sus manos abultado manojó de pesadas llaves. Si las torvas miradas, y, sobre todo, los robustos brazos del atlético etiope no os inspiraran pavor, acercáos sin miedo á la encubierta dama y ofrecedla galantemente vuestra compañía, que ella al punto que tal ofrecimiento la fuere hecho, habrá de contestaros con voz más pura y armoniosa que la

de los querúbicos coros: «Siga si quiere.» Con esta respuesta, que cual suavísimo bálsamo se difundirá por vuestras venas, cobrareis tal aliento, que, en pos de ella, habréis de atravesar la distancia, algo más que mediana, que os separa de la Torre de las Arcas, á cuya puerta habreis de llegar precisamente al sonar la undécima campanada. Abierta se halla la misteriosa Torre; graciosos manojos de delgadas y transparentes columnas sostienen arabescos arcos de afiligranada argentería, que allá se pierden en dorados artesones artísticamente sembrados de perlas y zafiros; fuentes de azogue, saltando sobre plantas de todos los climas, se recogen formando lagos de bullente plata; más lejos elegantes cuadras cubiertas de pérsicas alfombras muestran sus paredes con preciosas labores de alicatado, no de grosero barro compuesto, sino de requisísimos metálicos esmaltes, sobre que se alzan bordados arabescos de finísima plata que entre poéticas leyendas abren paso á escondidos alhamíes; aquí, rodeadas de índicas flores, anchas mesas cubiertas de todo género de apetitosos y exóticos manjares; acá, muebles entreabiertos no pueden sostener la carga de gruesas y preciosísimas piedras que los agobian; más lejos, la ancha gradería que conduce á las habitaciones superiores, y todo esto profusamente adornado por antorchas, que reflejan en los lagos de azogue, en la plata, en el oro y en las piedras con luz tan vária y tan intensa, que no hubiera ojos capaces de sufrirla, si no fuera templada por las abundantes y aromáticas ondas que continuamente exhalan escondidos pebetes. Mas no os extasiéis en la contemplacion de tantas bellezas; que ya la hermosa Galiana, tal es el nombre de vuestra compañera, ha pisado los umbrales de la encantadora torre; ya separa el ligero cendal de su rostro, que ninguna lengua humana será osada á describir; ya os mira con tiernísimos ojos, que penetran hasta el corazon y suspenden sus latidos; ya toma las llaves, que respetuosamente le ofrece su negro acompañante, en sus preciosas manos, y acercándolas á las vuestras os dice con un acento de suavísimo mando, capaz de hacerse obedecer de los verdugos infernales: «toma.» Pero ¡ah, desgraciado! Loco, fuera de tí, sublimado á los cielos, te has olvidado de pronunciar el sacramental *daca*. Mira con qué rapidez desciende por la

ancha gradería un severo sacerdote con los negros manteos extendidos; mira con qué rapidez apaga las antorchas; mira cómo se estrechan y juntan los antes abiertos muros; oye que va á sonar ya la última campanada; pero no mires ni oigas; huye, si no quieres quedar sepultado en la maciza torre, ó, al ménos, preso por tu levita ó tu gaban, como ya ha sucedido varias veces á otros tan imprevisores como tú.

¿Qué significa esta leyenda? preguntaremos nosotros para concluir. ¿Es una creacion puramente arbitraria de la musa popular, ó es el acento de dolor con que recuerda y llora beneficios de una civilizacion que le arrancó la intolerancia? Júzguelo el lector. Á nosotros nos basta, con cumplir el deber de consignarla, ántes que el olvido la sepulte. Guárdela el papel, ya que las piedras que la recordaban han desaparecido para siempre.

FEDERICO DE CASTRO FERNANDEZ.

A LA LUNA DE MADRID.

Quiso el diablo ó tal vez Dios
que yo admirase tu faz
tan sólo una vez ó dos
en la calle de la Paz.

Y con *dineros* escasos
quiso mi mala fortuna
que te siguiera los pasos
en una noche de luna.

Tú delante y yo detrás
íbamos marchando bien;
apretaste el paso más
y yo... lo apreté también.

De un farol á otro farol,
llegaste muy diligente
hasta la Puerta del Sol
junto al pilon de la fuente.

Te juro que lo sentí,
porque pensé ¡caso extraño!

que me llevabas allí
sólo para darme un baño.

—
Mas deseché mi temor
y sin saber como fué,
herido de mal de amor
á tu lado me acerqué.

—
Te hablé con muy blanda voz,
y tú con gran desenfado
me soltastes una coz
y me dejastes parado.

—
—«Doncella, es usted muy bella.»
Y tú dijiste muy lista:
—»No señor, no soy *doncella*;
soy algo más, soy modista.»

—
—«Su testimonio me basta,
dije yo, ¡rueda la bola!
Y usted, niña, será casta...»
—«Casta, no: me llamo Sola...»

—
Tanta lástima me dio
que te dije:—«A fé de hombre,
¿quiere usted, Sola, que yo
le quite á usted ese nombre?

—
—«Le agradezco la merced,
mas...hace un calor que abrasa.»
—«Voy á acompañar á usted
hasta el portal de su casa.»

—
Y tú triste, yo turbado
(no el uno del otro en pos),
yo á tu lado y tú á mi lado,
echamos á andar los dos.

—
Yo dije:—«¿Pordónde iremos?»
Y tú:—«Por donde usted quiera.»

—«Pues entonces subiremos
la calle de la Montera.»

El brazo yo te ofrecí;
erguiste tú el espinazo,
te acercaste más á mí
y me cojistes el brazo.

Yo, que no pierdo ocasion
de probar que no soy lerdo,
te hice una proposicion...
que ahora mismo no recuerdo.

Tú entonces con desparpajo
por salir de tus apuros
me dejaste cabizbajo,
¡pidiéndome cinco duros!...

La mano al bolsillo eché
y (de pensarlo me aterro)
en su fondo no encontré
mas que una pieza de *perro*.

Un rayo de luz divina
me iluminó con presteza.
Pensé:—«Si no la examina
puede servir esta pieza.»

No me lo niegues, Solita;
en un momento yo ufano
llevé la *perra* maldita
de mi bolsillo á tu mano.

¡Lance fatal! Á la luz
de un farol, por verla bien,
viste la cara y la cruz
y me armastes un belén.

Apesar del rato amargo
que me costó tu querella,

te vino como de encargo
pues te quedaste con ella.

Mi brazo soltaste al punto
y ya te ibas á marchar,
cuando yo medio difunto
sentí ganas de llorar.

Sin darme cuenta de mí
mi llanto regó la tierra
ó porque tu amor perdí
ó porque perdí... la *perra*.

Aunque hace ya mas de un año
guardo del hecho memoria:
la calle del Desengaño
fué el término de la historia.

Muy sería y de mal talante
apretaste el paso más:
ya marchabas tú delante
y yo me quedaba atrás.

Por fin te perdí de vista
y me encontré sin fortuna,
sin dinero y sin modista
en la calle de la Luna.

Un amigo, á quien conté
tu perfidia é insolencia,
me ha dicho que me quedé
á la luna de Valencia.

Mas esto en Madrid pasó
y no en el pueblo del Cid.
Luego tu amor me dejó
á la luna de Madrid.

CUESTIONES PSICOLÓGICAS.

PSICO-FISICA DEL SUEÑO.

Cumpliendo el propósito que nos anima, consignado en anteriores números (1), pasamos à abordar uno de los problemas, cuyo estudio ocupa la atencion de los más insignes pensadores contemporáneos

No es posible desconocer la importancia que reviste una teoría científica del sueño; pero los trabajos que se han producido sobre tal materia, van tan sólo paulatinamente descubriendo el velo misterioso que encubre un fenómeno, considerado como sobrenatural por algunos, ó como mensajero de la Divinidad por otros.

Dos fases distintas, en armonía con la dualidad de nuestro sér, debemos considerar para el conocimiento del problema: una somatológica, relativa á las condiciones orgánicas y otra psicológica referente á las anímicas.

Nuestro ensayo abrazará ambos extremos.

(1) Véanse los números 1.º y 3.º de esta REVISTA.

I.

Deficiente es de todo punto la teoría fisiológica del sueño, según lo afirma una autoridad médica como Vierordt, por la imposibilidad de resolver ciertas cuestiones, entre las que se cuentan el fundamento de la necesidad periódica de suspenderse parcialmente las actividades psíquica y fisiológica; las condiciones corporales que lo producen, del mismo modo que las que preparan insensiblemente la vuelta à la vigilia, y por último, las formas determinadas en cualidad y cantidad en que aparecen las funciones de la persona que duerme, prescindiendo de algunas otras, de no menor vital interés.

Mas apesar de estas limitaciones, que el precitado autor consignaba en 1877, desde casi esa misma fecha se han hecho trabajos especiales, de no escasa valía, respecto á este punto, y á los que hemos de recurrir en el curso de los breves apuntes que subsiguen.

Es el sueño el reposo funcional del dinamismo biológico—fuerzas vitales—mediante el cual se reparan las pérdidas de las energías orgánicas producidas durante la vigilia, caracterizándose por la suspension periódica de las funciones de la vida animal y de relacion.

Sometido el hombre á esta ley de la alternativa—vigilia y sueño,—la necesidad de este se traduce por una série de sensaciones elementales, màs ó ménos negativas, entre las que se cuentan la de peso en los párpados superiores, bostezos, pesadez en la cabeza, embotamiento de la sensibilidad general, y de los sentidos especiales, y pérdida progresiva de la *motilidad* voluntaria.

Acentuándose estos fenómenos, se llega á un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, de duracion muy variable, y que merece especial mencion á causa de los fenómenos intelectuales que le acompañan, independientemente de la transicion que constituye.

Lejos de debilitarse de un modo proporcional las funciones de la inteligencia, pasando gradualmente del trabajo á la inaccion, se presenta una falta de equilibrio en las faculta-

des anímicas; la voluntad pierde su influencia, la imaginación predomina, las percepciones internas son sumamente confusas, y suspendidas, aunque breves momentos, las funciones de relación, se produce una especie de *delirio fisiológico*, gráfica frase, que con notable acierto, emplea Bertin para caracterizar este estado.

Sumamente variable es la intensidad del sueño, pues si á su principio es más profundo, cuando se aproxima al fin, se hace ménos enérgico, bastando la más leve causa para que se produzca el despertar de una manera inmediata; si bien los fenómenos que le acompañan siguen una gradación análoga, aunque en inverso sentido á la que indicamos para su invasión.

No menos variable es la duración del sueño en el hombre, y la famosa máxima de la Escuela de Salerno, *sex horas dormire sat est juvenique senique*, no puede darnos el límite efectivo del reposo reparador de nuestras energías; límite que se condiciona por una série de exigencias individuales entre las que se cuentan, en primer término, el género de vida, el hábito y el temperamento.

Las constituciones vigorosas, los temperamentos sanguíneos, no tienen necesidad de un largo sueño, porque reparan más rápidamente sus fuerzas; no aconteciendo lo mismo con los temperamentos nerviosos y linfáticos, que necesitan un sueño mucho más prolongado; el hombre debe dormir ménos que la mujer: la frecuencia del sueño en la infancia es debida á la activa asimilación del desenvolvimiento orgánico, como la disminución del tiempo en la vejez se produce por ser menos intensa la necesidad de reparar las pérdidas casi insignificantes del trabajo muscular.

Pero si no es posible determinar de una manera precisa la duración del reposo funcional, tanto el exceso como el defecto llevan consigo graves perturbaciones orgánicas, que conviene de todo punto evitar.

Mas no es nuestro propósito abordar cuestiones que á otro linaje de estudios corresponden, y por tanto pasamos desde luego á investigar las teorías reinantes respecto á la naturaleza del sueño considerado en su aspecto puramente fisiológico, como fenómeno orgánico y estado especial del sistema nervioso.

Hasta la segunda mitad de nuestro siglo, todos los ensayos de interpretacion teórica del sueño admitían el fenómeno, ya como estado negativo del sistema nervioso cerebro-espinal, cuya reparacion se verificaba por el sólo hecho del reposo, ó bien aceptaban una accion especial reparadora, inherente al mismo sistema.

El sueño, que segun las doctrinas de Cos, no era otra cosa que un cambio de direccion en los movimientos vitales, fué dos mil años más tarde para Cabanis, «un estado perfectamente activo, una funcion especial del cerebro, la consecuencia directa de movimientos particulares efectuados en este órgano y cuya cesacion producía la vigilia.»

Tal hipótesis presupone, de una manera errónea, ser el sueño la representacion de una actividad del órgano cuyo reposo se pretende explicar y no la cesacion de funciones especiales del mismo órgano, que puede manifestar, durante ese estado, una série diferente de acciones fisiológicas.

Aceptada la teoría de la inercia cerebral, el problema fisiológico consiste en reconocer el carácter y la causa de ella.

En la época de Adelon, una triple alternativa existía para explicar el estado del cerebro durante el reposo: la anemia, la congestion ó el colapso de las fibras; pero separando esta última hipótesis como completamente falsa, el dilema de la compresion ó dilatacion de los vasos cerebrales divide hoy á los fisiólogos, siendo necesario para un completo estudio biológico del sueño, presentar la historia de las funciones orgánicas durante este período, comparadas con las de la vigilia.

La circulacion general y la intra-cefálica ha ocupado casi de una manera exclusiva la atencion de los fisiólogos, cuyos datos experimentales pueden clasificarse en tres grupos distintos: 1.º Los que se refieren á la circulacion general; 2.º Los que estudian directamente la circulacion cerebral, y 3.º Los relativos á los movimientos del cerebro.

Las variaciones del pulso durante el sueño han sido reconocidas desde la más remota antigüedad; Galieno las señalaba y más tarde Haller las precisó bajo la forma de aforismo: *Pulsus vespertino tempore frequentior, per somnum paulatim minuitur.*

Milne Edwards, Quételet, Nick, Hohl, Senk, afirman idéntica apreciación, existiendo algunas diferencias en los datos que consignan, y que se deben á la diferencia de posición de los individuos observados.

Pero estos trabajos no podían, en modo alguno, ofrecer indicaciones precisas respecto á la circulación cerebral.

En 1750 comenzó á hacerse un exámen de ella con ocasión del estudio de los movimientos del cerebro, cuya exploración directa, aplicada al sueño, fué debida á Durham, que presentó una série de conclusiones, las cuales resumiremos por haber servido de base á una teoría que cuenta aun con numerosos partidarios.

El cerebro se encuentra durante el sueño en un estado de anemia relativa, siendo el movimiento de la sangre menos rápido; el aumento de la actividad circulatoria tiende á producir la vigilia, no pudiendo afirmarse que la presión de las venas cerebrales por distensión sea la causa del sueño.

Tales son los resultados obtenidos por Durham, comprobados de una parte por Mitchell y Hammond y contradichos no sólo en las experiencias llevadas á cabo por Braynard y Brown-Séguard, sino en los hechos apuntados por Langlet.

Apesar de estas divergencias, los resultados tienden á demostrar la relación que existe entre los movimientos del cerebro y el estado de la circulación cerebral.

Los movimientos de expansión del cerebro durante el sueño, no han podido comprobarse sino en determinadas circunstancias, como en los casos de trepanación, ó en las cicatrices de heridas en la cabeza con pérdida de la sustancia ósea.

Bruns, que fué el primer observador, inventó una especie de aparato para comprobar los movimientos circulatorios y los correspondientes á la respiración; pero el método empleado no obtuvo la precisión exigida, hasta que Leyden aplicó el procedimiento gráfico con ayuda de un instrumento análogo al kimógrafo de Ludwig.

Algun tiempo despues (1872), Langlet examinó los movimientos de las fontanelas en los niños, sirviéndose del sphimógrafo de Marey con algunas modificaciones, pero sus resultados carecieron de condiciones suficientes para estudiar los movimientos cerebrales durante el sueño: sólo las

experiencias de Salathé en 1876 pudieron demostrar, que la sistole cardiaca ejerce influencia en los latidos de la fontanela anterior del niño, lo mismo durante la vigilia que en el período del sueño; denotando además una disminucion de la tension intra-craniana en el reposo.

Mas estos estudios, lo mismo que los llevados á cabo por Franck y Brissaud, no nos dan un conocimiento directo de las condiciones del problema que más especialmente nos ocupa.

Corresponde al Dr. Mosso de Roma, el mérito de haber sido el primero que ha hecho un estudio completo de la circulacion y movimientos cerebrales durante el sueño, y sus trabajos, publicados en 1880, en italiano, merecieron por su importancia el honor de una edicion alemana, al año inmediato (1881).

Como no es nuestro ánimo el dar á conocer en su totalidad las notables observaciones de este fisiólogo, nos limitaremos esclusivamente á exponer las que á nuestro proposito se refieren; pero no dejaremos de consignar una particularidad poco conocida hasta entonces, relativa á las variaciones de la circulacion cerebral.

A las dos formas de movimiento demostradas con antelacion, que debian su origen, unas á la circulacion arterial, recibiendo por ello el nombre de *pulsaciones*, y otras al movimiento producido por una inspiracion y una expiracion sucesivas y que se las denomina *oscilaciones*, el trazado gráfico nos dá un nuevo orden de movimiento, bajo la forma de una curva prolongada alternativamente elevada y deprimida y á cuyos movimientos los designa el Dr. Mosso perfectamente con la denominacion de *ondulaciones*; creyendo sean debidas á las variaciones circulatorias que se producen por la contraccion ritmica de los vasos, de la pia-mater y el cerebro: opinion que está en armonía con los conocimientos recientes y las investigaciones de Donders, Kussmaul y Teuner sobre la circulacion.

Las observaciones del profesor italiano demuestran evidentemente, que el sueño vá acompañado de anemia cerebral, sin que por esto se diga que tal estado constituye la única y exclusiva causa de él. En la transicion del sueño á la vigilia hay aumento de volumen del cerebro y contrac-

cion de las venas del antebrazo, fenómenos inversos á los que se producen en el tránsito de la vigilia al sueño, y cuando este es profundo el pulso cerebral se deprime.

Esta anemia relativa del cerebro puede explicarse por la derivacion que se determina hácia otros órganos, al mismo tiempo que por los cambios producidos en la respiracion y circulacion general, ya por la posicion, ya por la ausencia de contracciones musculares.

Mas si una parte del problema está resuelta, queda aun otra de no menor importancia relativa á las causas productoras, no ya de la anemia, sino del estado negativo del sistema nervioso que aquella produce, determinando al propio tiempo la causa de la suspension normal y periódica de la respiracion cerebral.

Dicha cuestion, que á tantos pensadores ha seducido, está muy léjos de haber sido resuelta científicamente; pues las hipótesis formuladas, no responden en absoluto á las exigencias de comprobacion necesarias para que se acepten como verdades inconcusas.

Sin detenernos en examinar la opinion original de Serguéeff, que supone ser el sueño «una funcion esencialmente vegetativa, cuyo órgano sería el gran simpático, porque ni se conoce la funcion de este aparato, ni tampoco el lugar de aquella funcion»; omitiendo todo género de consideraciones respecto á las ideas de Binz, que afirma ser el reposo normal de naturaleza patológica, procuraremos bosquejar, siquiera sea brevemente, las teorías que se comparten en la actualidad el campo de la ciencia, y que aceptando la suspension de la respiracion cerebral oscilan entre dos datos fundamentales: la debilidad del órgano por sus pérdidas ó el agotamiento de sus provisiones.

A la primera categoría pertenece la hipótesis de Obersteiner: en ella se admite que el trabajo cerebral, por la respiracion representado, determina en el cerebro un empobrecimiento de la corriente vascular; retardándose por este sólo hecho la segregacion de los productos ya transformados, se produce una sensacion de fatiga incompatible con el estado de vigilia.

De aquí se deduce, que el sueño sobreviene cuando la actividad del cerebro há depuesto en la sustancia de este

órgano, de una manera análoga á las contracciones en el tegido muscular, cierta cantidad de residuos ácidos: estos disminuyen el poder de oxidacion de aquel, preservándole por este medio, de la pérdida progresiva de sus fuerzas, y produciendo al mismo tiempo su reposo; la excitabilidad cerebral reaparece tan pronto como los precipitados residuos han podido eliminarse.

Preyer ha llevado al campo de la experimentacion estas inducciones, obteniendo algunos resultados con inyecciones sub-cutáneas del lactato de sosa, aunque el mismo autor confiesa que no son constantes los efectos producidos.

En oposicion á estas ideas se encuentra la hipótesis de Sommer, que tiene por base los trabajos de Voit y Pettenkofer relativos á las cantidades absolutas de oxígeno absorbido y de ácido carbónico eliminado durante la respiracion; y como la absorcion de aquel es más considerable durante el sueño, que en el periodo de vigilia, el fisiólogo alemán dedujo ser el reposo producido por la privacion del oxígeno, sin tener en cuenta que al explicar la inercia cerebral por defecto en la cantidad general de aquel, los demás órganos debian encontrarse en análogas condiciones de inercia y experimentar el funcionalismo una suspension, originada por la falta de materiales que impidiesen el ejercicio de su propia actividad; teoría inadmisibile, pues es sabido, que de una parte la desaparicion de las excitaciones cerebrales, y de otra la carencia de las incitaciones voluntarias son las causas de la suspension de las contracciones musculares.

Reconocidas estas imperfecciones, Kohlschütter las corrigió en parte, limitando la accion del gasto del oxígeno sólo al cerebro, que, activo durante el dia, agota su excitabilidad y como consecuencia del empobrecimiento plástico de su tegido se produce la pérdida de la fuerza y «el momento causal del sueño.» Durante la noche la inactividad permite á la circulacion de la sangre acumular en aquel órgano la cantidad de principios necesarios para su ejercicio funcional, pudiendo ver en el término de este trabajo «el momento causal de la vigilia.»

AGUSTIN ARREDONDO.

(Se continuará)

LA MEDICINA SECULAR.

Tienen las cuestiones médicas, como la mayor parte de las científicas, una indole especial que hace que cuando en sério se tratan y ajustándose á los principios de la sana razon, la discusion se eleva y engrandece poco á poco; y aunque el adversario no logre convencer al adversario, lleva á su ánimo la aficion al estudio de la doctrina por él sustentada, oponiendo argumentos á argumentos y saliendo ambos bien librados en la batalla, porque han cosechado en la polémica multitud de conocimientos, quizás hasta entonces ignorados.

Pero cuando en vez de seguir este camino árido y espinoso se busca el atajo del ridículo y la oposicion sistemática; cuando sin estudiar la cuestion á fondo, sino por cuatro superficialidades, quiere ventilarse un asunto importante y debatido, creyendo que un hecho aislado, cuyos orígenes y desarrollo se desconocen, es bastante en las ciencias experimentales para llevar al ánimo el convencimiento; cuando esto sucede, creemos que la discusion no puede contenerse dentro de ciertos límites, ni puede ser provechosa, no ya á los contendientes, sino al público en general.

Sugiérenos estas reflexiones la lectura detenida del artículo que con el título *Mi conversion á la homeopatía* publica en el número anterior de esta REVISTA el Sr. Torres Campos, de cuya erudicion y laboriosidad tenemos los me-

jores antecedentes. Y nosotros que con gusto hemos saboreado las bellezas de otros escritos de dicho autor, al recorrer las páginas del último, lamentábamos que tan á la ligera y de una manera tan depresiva para la clase médica, tratara á la medicina secular; hallando sólo explicacion de este fenómeno en la falta de conocimientos que en este ramo demuestra, apesar de sus recientes aficiones y del estudio siempre ligerísimo que de la cuestion ha hecho.

Dicho artículo pudiera tener dos puntos de vista; uno histórico en el cual se refiriera cómo el Sr. Torres Campos había pasado con fundado motivo del campo de la medicina secular al de la homeopática, y otro científico, en el cual se propusiera defender los principios y fundamentos en que descansa el edificio de la escuela homeopática, atacando á su vez con razonamientos el error en que, á su juicio, estamos los que no seguimos sus enseñanzas.

Este parece ser el fin del escrito, que no sabemos si analizar párrafo por párrafo, para demostrar que ni por él se explica tal conversion, ni se atacan con razonamientos los principios de la doctrina alopática, (llamémosla así para entendernos) aunque en él sobren afirmaciones y chistes, ya propios ó ajenos, que no cuadran en un escrito sério.

En los tres primeros párrafos se expresa «la conveniencia de que todos, debiendo interesarse por su salud, estudiaran algo de medicina y no entregarse de pies y manos á un médico, ó pasar de unos á otros sin obtener resultado alguno » Y ¿cómo se formará criterio en este vital asunto? Por la experiencia de los casos que cada uno observe.

Bueno, muy bueno sería que todos supieran algo de medicina, de leyes, etc., pero al aprender, que lo hagan comenzando á construir el edificio científico por los cimientos, no por los aleros del tejado. La medicina, como toda ciencia, tiene sus principios y su método que debe seguirse si se ha de hacer con algun fruto su estudio, y pobre conocimiento adquirirá de ella el que solo estudie casos aislados; como mal juicio formaría de nuestra literatura dramática el que solo viese una tragedia representada á unos malos cómicos de la legua.

Pero vamos al punto principal del artículo. El señor

Torres Campos dice, que padeciendo de los párpados se lavaba con agua fría, y *apesar de ello* se encontró sorprendido por una congestion cerebral. No creemos sospeche que por lavarse con agua fría le acometiera la congestion, y si el *apesar* indica que tampoco le libertó de ella, es lo más natural, pues nadie ha afirmado tal cosa, y por tanto no tiene tanta eficacia el agua fría que lavando los párpados evite las congestiones cerebrales. Lo que sí parece es, que el Sr. Torres Campos tiene algunos caracteres de los que se asignan á los individuos de *constitucion apoplética*, su obesidad, y por ello estaba predispuesto á tales ataques.

Vino el ataque, y dice le propinaron sanguijuelas, sinapismos, cáusticos y purgantes, afirmando con temeridad que de nada le sirvieron. ¿Sabe acaso el Sr. Torres Campos si viviría, si á tales remedios no se hubiera apelado? ¿Sabe si no le hubiera quedado lesionada su inteligencia ó paralizados sus miembros á no acudir á los medios racionales contra la terrible afeccion? Quizás á ellos deba el buen uso de sus facultades, sin embargo de pagarles con la duda y el desprecio.

Y aunque extraño á la cuestion, debo indicarle de paso, que pues la apoplejía cerebral consiste en la congestion con derrame verificada en los vasos sanguíneos del cerebro, nada más lógico y hasta de sentido comun que el tratamiento revulsivo, en virtud del cual se crea un aflujo á la piel ó á la mucosa intestinal que llama hácia sí con exceso un movimiento fluxionario; y pues el aparato sanguíneo es una série de tubos cerrados pero comunicando entre sí, habrá alguna deplecion en los vasos cerebrales que es lo que interesa.

Lamenta despues los efectos destructores de la medicacion alopática y de los purgantes entre ellos. Todo con exceso produce daño; pero es indudable que lo más que puede provocarse es una irritacion gastro-intestinal, y como dependiente de la medicacion, al iniciarse esta molestia, con suspender el medicamento desaparece. Esto hace en su práctica todo médico, y no se cuentan muchos casos de muertes producidas por la «anemia y destruccion del estómago» consecutivas al tratamiento, pues si se observaran, nadie más interesados que los médicos en conjurar estos nuevos peligros.

Que los ataques congestivos y apopléticos tienen tendencia á recidivar es una verdad inconcusa, sancionada por la experiencia, y he ahí por qué las prescripciones higiénicas se recomiendan con eficacia, pues la medicina quiere más prevenir que remediar.

En tal estado, el Sr. Torres Campos quiere estudiar la cuestion y lee el *Organon* de Hahnemann, cuya obra califica de primera entre las mejores. Con razon se ha dicho que de gustos nada hay escrito y á cualquier andaluz se le permite una hipérbole.

La sola lectura del *Organon* fué bastante á arraigar en el Sr. Torres Campos fé absoluta en la doctrina homeopática, y aunque supongamos en dicho Sr. un talento claro y despejado como lo tiene, no vemos todavía motivo para su conversion, á no ser que las páginas de este libro irradien tal luz sobre las inteligencias, que disipen las nieblas de la duda é iluminen hasta los más recónditos senos del espíritu.

En vista de ello se consagra más y más á su estudio y se propone dar á conocer los principios de su escuela «fijándose con preferencia en los resultados de su experimentacion clinica.»

¡Atrevida confesion que solo puede escaparse no conociendo las dificultades de la ciencia médica!

Un profesor que lleva cuarenta ó cincuenta años observando enfermos, estudiando sin cesar en los libros de los maestros y en las clínicas, no lanzaría sino con el temor y el miedo del verdadero sábio tal afirmacion. ¿Pues qué, la experimentacion clinica se puede fundar en uno ó dos hechos oscuros, sin conocer antes el funcionalismo normal y patológico del organismo, sin observar las diferentes modificaciones que la enfermedad experimenta por la edad, sexo, clima, condiciones atmosféricas, temperamento, constitucion, idiosincrasia y otras mil causas que influyen tanto en la fisiología como en la patología del individuo? ¿Pues qué, el criterio médico es tan sencillo que pueda formarse, no ya como el Sr. Torres Campos por la práctica de sí mismo, sino de algunos individuos?

Más de 3.000 años la medicina secular vá amontonando materiales para construir el grandioso edificio de la ciencia, y sial Sr. Torres Campos le producen gran desencanto las

frases de Claudio Bernard de que «conservar la salud y curar las enfermedades es el problema que la Medicina ha planteado desde su origen y cuya solución se hará esperar,» yo no dudo en afirmarle que vá para largo, pues la Medicina lucha contra dos leyes físicas ineludibles; la primera la ley de la muerte que á todo ser compuesto y contingente afecta por su misma naturaleza; segunda, que como las influencias interiores y exteriores determinan en el organismo lesiones que tomando carta de naturaleza siguen su desenvolvimiento preciso, indispensable, ni aun pasando otros tres mil años llegaremos al término de nuestros deseos, que sería hacernos inmortales y no padecer enfermedades; como apesar de todas las leyes y los códigos, apesar de todos los adelantos del derecho moderno, no se evitarán los crímenes, las estafas, los robos etc., sin que por esto pueda decirse que es inútil la Jurisprudencia, debiendo ser la aspiración en el terreno moral que nuestro planeta fuera morada de ángeles.

No pensaba extenderme tanto, y dejo, porque no merece que me ocupe de ello, la crítica del romance final, como de otras apreciaciones. Romances se han escrito, ó si no pueden escribirse, contra todo, ridiculizando lo más sagrado y respetable, sin que nadie diga en sério que ellos son el retrato de las personas ó cosas á quienes ridiculizan. Nos gusta tratar en sério las cuestiones científicas y sólo en este terreno debatiremos, advirtiendo que para defender á tal ó cual escuela no es el mejor argumento una copla mejor ó peor, escrita más para hacer reir que para convencer, sino la exposición de los fundamentos de doctrina, su defensa é impugnación de la contraria; y sólo en este terreno, dentro de estos procedimientos, es como puede entablarse polémica entre la escuela homeopática y la medicina secular.

A. FERNANDEZ PALACIOS.

CUADROS AL NATURAL.

Querido Juan: Me dices en tu última que te hable algo acerca de la temporada de los baños de mar. Aquí te oigo exclamar:—¡Qué introduccion tan ramplona y rutinaria! Pero ¿qué quieres? Tal me encuentro de obtuso y amazacotado, de poco ingenioso, aplanado y romo, que me veo precisado á echar mano de cualquier vulgaridad de cajon, tal y como pudiera hacerlo el más orondo sacristan de aldea, el más negado fiel de fechos de villa ó el más sólido aguador de corte.

¿Conque de los baños de mar? Ó como si dijéramos, la temporada de las náyades, de las ondinas, de las sirenas, de las vestales, de las driades, de las napeas, de los alcides, de los gladiadores, de los Adanes y de las Evas. La temporada en que todo ser viviente se torna anfibio, en que las bellas y las feas, las bien formadas y las contrahechas, las rubias y las morenas, las flacas sentimentales y las gordas positivistas exponen su adorable desnudez á las miradas de Neptuno, ¡vaya un dios feliz! y en que el varon más sesudo y formalote se complace en remedar á un Triton ó en simular una rana, con una despreocupacion bien degradante.

Quieres que te hable de sudores, de lavatorios, de visuales, de vacaciones del pudor, de... en fin, de la temporada de los baños de mar.

«Pues escucha y tiembla...»

Estamos á 16 de Julio, día clásico, obligado, preciso y reglamentario para dar principio á las inmersiones humanas. Cualquier bañista que se anticipe á esa fecha, ó que la retarde perezoso, no es un bañista de pura sangre; y nadie que de cuerdo se precie, ni de sensato alardée, inferirá á la Virgen del Cármen el desaire de no zambullir el propio cuerpo en la mar salada, en ese día que la ordenanza meridional determina como invariable para remojar el bacalao de unos, ó para lavotear el tocino de otros.

Una fresca brisa de 32 grados centígrados orea la frente sudorosa de los mortales; brisa suave, saturada con todas las emanaciones del Sahara; brisa, que, dilatando nuestros poros, y trocando nuestra piel en harnero, la hace verter un líquido capáz de despertar la codicia de los lapones, que van á caza de ballenas á los mares árticos. El Rey de los astros, (y digo el Rey, porque está visto que en el espacio prevalece inmutable la monarquía) el Rey de los astros, repito, nos lanza unas miradas tan tiernas, tan ardientes, tan amarreteladas, que nos derriten hasta la médula de los huesos; la vieja tierra, seca y arrugada como vetusto pergamino, rechaza con virtuosa entereza, tal y como cumple á una dama de sus años y de sus circunstancias, los ardorosos galanteos del sol, que herido en su amor propio, le dirige sus pullas desvergonzadas desde el cielo.

En fin, debemos estar á una distancia despreciable de los infiernos, todos cuantos nos hallamos en este desdichado paralelo, correspondiente al trigèsimo sexto grado de latitud. ¡Dios de Israel, qué calor!

«En vano el cuerpo lánguido
con ánsias mil inútiles,
hallar quiere benéfico
reposo, ni frescor.»

Y agregando algo de mi cosecha á la de Zorrilla, diré:

La piel rugosa tuéstase,
queda la sangre sólida,
la carne humana cuécese
con resonante hervor.

Aquí de las fermentadas intenciones de Rioja, cuando decia:

«Oh florido verano,
si á mi afecto se debe,

camina á lento paso;
 deja el volar, deja el volar ligero
 para tiempo más triste y mas severo.»

Esta sola estrofa es bastante por sí para acreditar el mal corazón de aquel tan renombrado vate; porque pedir para la humanidad casi un verano perpétuo, con su inseparable acompañamiento de cínifes atormentadores, de aromáticos y testarudos insectos, de enjambres de volátiles, de aquellos que hacían cachetearse la calva al viejo de la fábula, y de vivarachos animalejos, como los que se montaban sobre la nariz del filósofo, pedir para los hombres de bien una atmósfera caliginosa y sofocante, un lecho calcinado, un agua en ebullicion, un sueño imposible, un picor constante y todas cuantas plagas consigo lleva esa mil veces maldecida estación, mal que pese al poeta, es tener las de Cain, con todos sus feroces instintos.

Pero ¿á dónde vamos á parar, amigo Juan? Ya sabes que es verano, metámonos en casa hasta las siete de la tarde, ocupemos todo ese tiempo en el dulce placer de no hacer nada, y, siquier pobremente, remedemos á los orientales.

Y á propósito de los orientales. ¡Cómo comprenden ellos la filosofía de la vida!

«Allí apura la copa de mágicos placeres
 entre la esclava, el opio, la pipa y el diván.»

Dije yo un día, y ahora añadiré:

Y los dàtiles.

Y el abanico.

Y los alicatados.

Y los azulejos.

Y los artesonados.

Y los mármoles.

Y las ojivas.

Y los ajimeces.

Y los baños.

Y los arrayanes.

Y las azoteas.

Y los minaretes.

Y las guzlas.

Y las zambras.

Y las alhánias

¡Y los harenes!!

¡Y las odaliscas!!!

Y, para postre, las ohuries!!!!

¡Oh bienaventurada morisma!

Tú.—Ea, basta de digresiones, ó no te leo.

Yo.—Quería provocarte el sueño.

Tú.—¡Mueran las digresiones!

Yo.—¡Mueran! No escribo más. Píntemos. Vente conmigo.

Cuadro.

Es la orilla del Mediterráneo. Besan mansamente sus apacibles olas las húmedas arenas que nos sustentan. Apenas se mueven las aguas, y su suspiro es tan doloroso como el último quejido de los náufragos. Tendamos la vista. ¡Oh que panorama tan encantador! Sobre las escuetas cimas que recortan el poniente, se pinta en la atmósfera un oceano de fuego, semejando infinitos cráteres, que se van desvaneciendo en un fondo de azufre, formando montañas de oro, móviles fantasmas ensangrentados, cimas fulgurantes de escarlata, cavernas rellenas de corales y aureolas de celestial pureza. La noche empieza á desplegar sus fúnebres crespones por el oriente, y el Héspero atrevido radia ya sus fulgores, que oscurecer no pueden los de la luz solar, que aún se enseñoorea en las cumbres diáfanas del cielo.

Toda esta gradacion de tintas, toda esta vaguedad de matices, toda esta diversidad de colorido, se reflejan en el mar, digno espejo del firmamento. Mírale; por allí se extiende una ráfaga que parece un rio de sangre en ebullicion; más allá figura un lago de llamas, por allí es negro y sombrío como la eternidad, por acá presenta su espalda tersa, brillante y cerúlea, allí se ven oasis verdes, como los que el espejismo presenta ante los desmayados ojos de las moribundas caravanas, aquí es blanco, blanco como los paisajes glaciales, y allá, allá el horizonte, el infinito, la inmensidad, y las brumas, y el misterio...

Tú.—¿A dónde irá á parar este?

Yo.—¡Menguado de tí! me elevaba en alas de una inspiracion....

Tú.—Cursi.

Yo.—(Desentendiéndome.) ¡Y me haces descender del

cielo á la tierra! Pero no importa, ven conmigo, y tendámonos en la playa. No todas han de ser flores en la vida. Y á propósito, te advierto que tengas mucho cuidado con las flores.

Tú.—Paréceme que no huele á marisco.

Yo.—Pero en cambio huele á otra cosa peor. Cambiemos de sitio.

Tú.—¡Ay de mí! ¡He naufragado! ¡He encallado!

Yo.—Córtate el pié, y sígueme. Tendámonos de nuevo, saquemos la máquina de Mr. Daguerre, preparemos el colodion, dirijámos el objetivo y copiemos.

Tú.—¿Qué es aquello?

Yo.—La casa de baños. Apartemos de ella la vista, y vengamos á lo clásico.

Tú.—¿A qué llamas clásico?

Yo.—Al baño al aire libre. Toda esa serie de barracas burdas y artísticas casetas me parecen un salivazo escupido al templo de la naturaleza, una profanacion indigna, llevada á cabo por la impiedad de la civilizacion.

Tú.—¡Caracoles! ¿Te has vuelto neo?

Yo.—Silencio, desdichado; mira á las avenidas de la playa. Allí viene D. Cleofás, resoplando con toda la fuerza de una ballena. Chaleco, *cadret*: corbata, *cadret*: pantalon de jareta, babuchas sin talon, leviton de alpaca y sombrero de fina palma de escobas componen su vestidura. Debajo del brazo trae sumida en un pañuelo de yerbas la blanca sábana de algodón, destinada á enjugar su masa. Ya llega; inspecciona el paraje con una prolija escrupulosidad de ojos y narices, y convencido de la pulcritud de las arenas, extiende el blanco lienzo sobre ellas; bufa, sopla, se desabrocha, y queda en un traje tan pintoresco como el del más atildado zulú, avanza pausadamente, luciendo la semi-esfera de su abdomen: su diestra mano, convertida en termómetro, penetra en las aguas para apreciar su temperatura, frótase el casto pecho con el fluido salado y ¡zas! héte aquí establecido el principio de Arquímedes. Mira hácia allá. Un vetusto tronco de 60 abriles, una robusta dama de talle kilométrico, lleva á poner en agua aquellos dos capullos. Son sus hijas.

Tú.—Chico, ¿y se desnudarán en la playa?

Yo.—Se desnudarán ¡oh sátiro! y bajo el pomposo follaje

de pliegues, cintas, encajes y ornamentos de lana é hilo, aparecerá la Venus Citherea, pronta á reclinarse sobre las espumas. Detente y modera tus ímpetus. Veamos.

Por allí viene una caravana de ninfas, y detrás un papá muy flaco, una mamá muy gorda, un cuñado entre magro, dos novios disecados, cinco parvulitos aviesos, tres Mari-Tornes muy sólidas y un falderito de lanas. Van á remojarse en familia. Acerquémonos con disimulo.

Una joven.—Eduardo, cuidado con acercarse tanto como anoche.

Un joven (sotto voce.)—Rabio por convertirme en calamar.

El papá.—Niñas, aquí parece que no hay mucha gente

Un niño.—¡Ay! ¡ay! papá, he pisado una....

Coro de ninfas.—¡Puerco!

La mamá.—Vámonos más arriba.

El cuñado.—Investiguemos el sitio. Josefa, Antonia, Petronila, tended aquí las sábanas.

Hácese como se ordena; los caballeros se retiran 72 pulgadas para no ofender con su presencia el casto pudor de las blancas sílfides. Es ya de noche, pero la luna, ese astro de los misterios, revela los del interior de aquella tribu uniformemente vestida de blanco. Cedió paso la forma artística, modelada por hierros y ballenas, á la natural estética y á la severidad del arte griego. La mamá se sale de madre, el papá luce su anatomía, los chicos desprovistos de las más rudimentarias nociones de la social conveniencia, empiezan á dar cabrietas y volteretas cabeza abajo, importándoseles menos de una higa toda la honestidad; y una vez convertidos los varones en alcides y las hembras en vestales, avanzan en separados grupos á humedecerse.

Tú.—Yo me baño. ¡Mira! ¡aquella! ¡ahora!

Yo.—No te alborotes, y espera.

El mar se vá agitando por momentos; parece como que se encoleriza de ser testigo pasivo de tales escenas. Antes lamía y ahora azota.

¡Qué sublime, qué mitológico es esto! Las sacerdotisas avanzan hácia el templo de Neptuno, asidas de las manos, con las túnicas flotantes, transparentando sus redondas formas al tibio rayo de la luna. En pos les siguen los atletas, sin clámi-

des ni sandalias, osados y atrevidos, adoptando posturas tan académicas como la del Eneas del Ticiano, y... aquí concluye lo épico.

Chillan las náyades en aquellarre espantoso, al sentir el agua en la cintura; las olas descomponen su leve tocado, apíñanse, comprímense, acuden los galanes en su socorro....

Tú.—Yo me voy. ¡Cuando te digo que me voy!

Yo.—Sí, marchémonos en busca de otro cuadro menos subversivo. Hélo aquí. Ahora verán Vds. al hipopótamo hembra, con bigote de carabinero y papalina de holancete. Le acompaña una doméstica, con un rollo de ropa, un pedazo de estera, una silla, una cuerda, y algun otro adminículo. Ese gruñido que lanza el monstruo, es porque no quiere exponerse en público; pero, en fin, comprende que estamos en la temporada de baños, y que hay por lo tanto suspension de las garantías del pudor. La criada reconoce el terreno, tiende la estera, planta sobre ella la silla, comienza la voluminoso hembra á despojarse de sus envolturas, aparéjase un venerable bañador, átase la cuerda á la cintura, siéntase la sirviente, sujetando la otra punta entre sus manos, y en tal disposicion, avanza la maciza dama. Llega al dintel del templo acuático, mójase los dedos, santíguase con gran aplomo, y caten Vds. al elefante convertido en cetáceo.

Tú.—Esto no me gusta, sigamos.

Yo.—Veamos. No, huyamos, aquí de las indias bravas, aquí de los cuadros vivos. ¡Oh rubor! vela mis miradas. ¡Horror! ¡terror! ¡pavor! Huyamos.

Esto ya es otra cosa. Allí tienes aquella ondina forastera. La pobrecita es más pudorosa: un pañuelo flotante cubre sus recatados hombros, y un delantal completa su vestidura. Camina hácia atrás; pero ¡oh avilantez la nuestra! ¡estamos tan cerca! La infeliz se ha puesto roja de vergüenza, y con el paño que la cubre á trechos—movimiento instintivo—¡se ha tapado el rostro!

Tú.—¿Qué ocurre allí?

Yo.—Veamos.

Una voz femenina.—¡Un hombre! ¡un hombre!

Otra voz idem.—¡So pendon! ¡so sinvergüenza!

Otra.—Municipal, aquí, aquí, que viene nadando un hombre.

Llega el polizonte de guardia, que casi siempre es de lo más recluta, por ser ese servicio de los que se disputan los bisoños, con menoscabo de los veteranos; éntrase por medio del alborotado corro, que se ha salido de las aguas con el bañador convertido en doble epidermis; la que se estaba ya enjugando, agita la sábana, trocándola en estandarte de guerra; el azorado agente de la autoridad, que en tan atroz conflicto pierde para las hembras la noción del sexo, dirige por todas partes sus ávidas visuales; nada vé del estrago anunciado por las desaforadas voces del coro, y convencido plenamente de que no aparece macho por todas las aguas del departamento marítimo, exhorta, calma, arguye, controvierte, examina, discute y palpa con el mayor aplomo, convenciendo á las más pudorosas y tímidas de que están enteramente á salvo de toda masculina mirada.

Todavía no las tiene todas consigo la asustadiza pléyade, y antes de penetrar de nuevo en las azules ondas, lanzan á estas un formidable apedreo, una de cuyas peladas almendras sería bastante por sí sola á quitar la gana de curiosar al más osado de los argonautas.

Oigamos aquellas voces.

—¡Mi camisa! ¿Dónde está mi camisa? ¡Me han robado mi camisa!

—Esta sábana no es la mia. Está mojada.

—¿Y cómo me voy á ir con una sola bota á casa?

—¡Vaya unas puercas, sin vergüenza!

—¡Pues mioste la señorica y qué delicá es! Ahí tionoste agua, hija.

—¡Rediós, que me han saltado un ojo de una pedrada!

—Cala, cala, aquellas son.

—Caballerito, ¿no vé V. que aquí hay señoras?

—El que me dé una broma en el agua, que cuente con que le reviento.

—Adelita, bien mio, ¿quiere V. que la enseñe á nadar?

—¡Que me ahogo! ¡que me ahogo!

Conflagracion general. El público invade el reservado del bello sexo, nadie se cuida del decoroso ornato, el recato se escabulle y el pudor emigra, y solo se atiende á huir de las aguas, que en tan grave apuro ponen á la demandante; y las ropas se confunden y extravían, y acuden salvadores á do-

cenar, porque la filantropía está probada, por fortuna, en tales casos, y el uno se queda en cueros para arrojarse á salvar á la cuitada, y el otro se hace el remolón dirigiendo entre tanto sus astronómicas visuales por muchos hemisferios, y se despiertan en estos los sentimientos del más reprobado erotismo, y el uno mira, y el otro toca, y aquel ampara con su levita la desnudez absoluta de la infeliz que perdió su equipaje en tan azarosa revuelta, y tal caco hay tan fementido y sin entrañas, que, aprovechándose del tumulto, hace bonitamente un lío con lo que encuentra á mano, y se escurre con él entre la muchedumbre, tomando las de villadiego, y dejando como á Eva á alguna Gracia, ó á alguna Parca, que sentada en cucullas, y con los brazos cruzados sobre el dolorido pecho, gime, solloza y se lamenta del cruel despojo de que fué víctima.

Tú.—Pero, hombre, esto es atroz. ¿Por qué no se van esas gentes á la casa de baños?

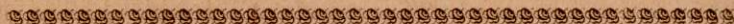
Yo.—Porque allí se bañan á un lado los calzones y al otro las enaguas; porque allí hay unos cuartitos cómodos y abrigados, que recatan de la intemperie y de las profanas miradas de los curiosos, y es preferible desnudarse y vestirse al aire libre desafiando los riesgos de una pulmonía, y las pertinaces miradas de los indiscretos; porque allí hay donde colocar la ropa al abrigo de la suciedad y de la rapiña; porque allí el que sabe nadar lo hace, y el que no, se queda sentado ó de pié, ó como mejor cuadre á su autonomía, sin temor de embucharse unos cuantos cuartillos de vomitivo; y en fin, porque allí... porque allí... se paga ¡medio real!!...

Tú.—¡Oh!

Yo.—¡Ah!

Tú y yo.—¡Oh tempora! ¡oh mores!

ANTONIO RUBIO.



À LA VIRGEN DEL MAR.



Señor, Dios uno y trino; omnipotente,
increado, infinito, augusto y santo;
Tú, Tú que puedes tanto,
¡Sol de la eternidad! llena mi mente,
que á tu Madre, en mi amor, alzo mi canto.



Á tu Madre, Señor, por tí creada
con un suspiro de tu labio solo;
con tu aliento formada,
á quien hoy la creacion de polo à polo
aclama sin cesar ¡inmaculada!



Á tu Madre, Señor, del orbe faro;
aurora eterna de tu eterno dia;
á la Virgen María
de cuyo amor purísimo me amparo,
porque al par que tu Madre, es Madre mia.



Á tu Madre, Señor, á cuyo nombre
la tempestad airada se serena;
el mar su furia enfrena,
y al par que inunda el corazon del hombre,
cielos y mundos con su gloria llena.



¡Que es tanta y tanta su inmortal belleza,
que de uno á otro magnífico hemisferio,
radiante de grandeza,
el celestial querub canta el misterio
de su divino sér y su pureza!

Y ángeles, hombres, esos que á millares
átomos pueblan la extension vacía,
y el seno de los mares,
desde el Oriente, la region del día,
á los extensos círculos polares;

¡Todos la invócan en su fé cristiana,
casta y sin culpa, inmaculada y pura
del cielo flor gala;
de la mano de un Dios perfecta hechura
y de su inmenso amor la soberana!

Y así la llama el áura entre las flores,
al agitar, con armonía ignota,
sus tallos tembladores,
y la bendice el viento en sus rumores;
cuando en las brumas de los mares flota.

Y así la llama el ruiñeñor doliente,
cuando en la vírgen selva solitaria,
con su canto inocente,
al rayo de la luna transparente,
modula en cada nota una plegaria.

Y así, impotente, rápido, perdido
de la tormenta en el revuelto seno,
en su ronco gemido,
la aclama el huracan embravecido
cuando al soplo de Dios se agita el trueno.

Y sujeto á sus pies, el rayo ardiente,
que entre la nube errante centellea,
con su luz esplendente,
baña un instante su divina frente

y exclama al estallar: ¡Bendita sea!

Bendita, porque es fuente de la vida!
Bendita sea, del empíreo gala!
Ella sola, escogida,
¡de Dios en los arcanos concebida,
casi á Dios mismo en plenitud iguala!

Que ella es luz de su espíritu sagrado,
ella á su diestra celestial se asienta;
¡de toda mancha exenta,
es amor de su amor ilimitado,
y de su gloria los quilates cuenta!

¡Y es sol de sus inmensas creaciones,
luz de los cielos, de la tierra escudo!
¡y no tiene á sus pies más perfecciones,
porque Dios, con ser Dios, darla no pudo,
más poder, más grandeza, ni más dones!

¡Oh, quién cual ella! ¡quién como María,
de la inmortal Salém sagrada palma!
¡luz que mis pasos guía!
¡Quién como tú, divina Madre mía,
aspiracion eterna de mi alma!

¡Aliento de mi sér! tu nombre escrito
llevo en el corazon y en la memoria,
purísimo, infinito;
y, sin la luz de tu esplendor bendito,
sin tí, en la eternidad no hubiera gloria.

¡Madre, Madre del alma! yo te veo,
yo te siento en las lágrimas que lloro
cuando en mi fé te imploro!
¡yo espero en tí, y en tu clemencia creo!
¡creo y espero en tí, porque te adoro!

¡Y tú me salvarás! que tú mantienes
de tu piedad, el universo lleno;

tú al humilde sostienes,
y por altar y santuario tienes
de la Suprema Trinidad el seno!

Sí; tú me salvarás, porque no en vano
Virgen y Madre al par, Reina y Señora,
tu nombre soberano,
mil veces y otras mil, á cada hora
brota en mi ardiente corazon cristiano.

Y él será mi sostén, será mi guía
cuando abandone al espirar el suelo:
y en premio á tanto amor, Virgen María,
por él sólo ante mí, se abrirá el cielo,
que aún allí he de cantarte, Madre mia.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

UNA NOCHE EN LA ALCAZABA.

FANTASÍA (1.)

Reina la noche con silencio grave.

En los abismos del cielo, en armónico y majestuoso concierto, ruedan mil y mil mundos que brotaran al poderoso *fiat* del Increado.

El espacio está lleno de la augusta magestad de Dios.

Yo siento su soplo omnipotente resbalar sobre mi abrumada sien.

La luna, en tanto, ese pálido sol de la noche, esparce sus tibios destellos sobre la silenciosa tierra, y alumbra melancólicamente los escuetos collados y la matizada vega, y se

(1) En uno de los números anteriores rendimos público tributo á la memoria de nuestro malogrado compañero D. Juan Belver, dando á la estampa uno de sus mejores trabajos. Hoy consagramos igualmente un cariñoso recuerdo, con la insercion de este artículo, á otro distinguido amigo nuestro, el Sr. Massa, tambien arrebatado á las letras por la muerte; así como en cuadernos sucesivos reproduciremos inspiradas poesías de ambos escritores, para dejar coleccionadas en las páginas de esta REVISTA las más valiosas producciones de los diversos géneros en que brillaron.

rompe en escamas de plata en las espumas del mar que lame sus orillas como el fogoso bridon tasea impaciente el acorado freno.

Con pasos vacilantes he visitado estas ruinas amasadas con sangre de generaciones pasadas, que el espíritu fúnebre de la noche, envueltas en su húmedo y misterioso manto, parece evocar de las profundidades del abismo.

Es media noche; la hora de los trasgos y de las sombras que vagan en pena en las regiones de la nada, hora de pavoroso recogimiento, de melancólicas meditaciones, de recónditas reminiscencias, en que arde la mente con los destellos de lo pasado, sufre con la prosáica realidad del presente, y gime tras las soñadas aspiraciones del futuro! ¡Sombra, sombra siempre para la frágil mente del hombre! ¡dolor, dolor siempre en la tierra para la triste progénie de Adán!

Un acento vagaroso atruena el espacio: «No hay mas Dios que Dios y Mahoma su profeta;» el àngel Azrael bate sus negras alas sobre mi cabeza; y en ráuda y fascinante fantasmagoría, pasan ante mis pasmados ojos cien y cien escuadrones de vistosas y deslumbrantes galas, confundiéndose en vertiginoso torbellino, abencerrages, zegríes, cene-tes, mazamudes, gomerés, almoradíes, alcázares y suntuosos harenes, aljamas, mezquitas, huríes y hadas con las aéreas túnicas flotantes sembradas de perlas, margaritas y jacintos, bellas como un ensueño de amor y elocuentes como la pasión; y todo en confuso tropel, y zambros, justas, toros, cañas, añafles, atakebures, gritos atronadores, choque de armas y estampido de arcabuces; y luego, torreones desmantelados, almenas rotas, ciudades saqueadas humeando aún los miembros palpitantes; incendios, devastacion y arroyos de sangre; y en medio del estruendo de la pelea, una cruz que se eleva en los aires tendiendo los brazos refulgentes, y una media luna, pálida como una esperanza frustrada, envuelta en densos y sanguinolentos vapores.

Hable, hable el pasado por boca de su incorruptible hermana la Historia. ¿Cómo te elevaste, imperio musulmíco, é hiciste de la España cristiana un baluarte del Korán? ¿cómo te despeñaste, poderoso y fulgente califato de Córdoba? ¿qué fué de tu esquisita y refinada cultura oriental? ¿cómo perdiste tu imperial grandeza, al rayo refulgente de

la radiante cruz, que lanzó tus mutilados y fugitivos restos á las abrasadas arenas del desierto?

Reinaba el sibarita D. Rodrigo sobre la gente goda y se adormecía muellemente en la pigra molicie;—los hijos del Dnieper y del Danubio habian perdido su primitiva fiereza:—las discordias rasgaban el Estado;—cundía el descontento por todas partes;—las costumbres estaban relajadas;—era grande la impureza de la privanza;—estragada la moral pública;—el desprestigio, espada desdeñosa de Dios, desmoronaba un trono fluctuante.

Al otro lado de los mares, en la sagrada pátria de Mahoma, se rebullía un pueblo feróz, belicoso, impaciente de engrandecimiento; y empuñando el ancha cimitarra, lanzando las tiendas nómadas, se arroja impetuoso como el Simoun, irresistible como el rayo destructor, y à manera de despeñada catarata, invade las hermosas ciudades de la Siria, se extiende á la Persia y al Egipto, ondea sus pendones en Alejandría, se refocila un instante á las sombras de las Pirámides, y se derrama como un mar de fuego por el África abrasada. El leon fiero de Numidia dá vista á la enervada España, cielo templado y puro como las azules pupilas de sus huries, fértil de perlas y de oro, y embalsamado por muelles aromas como el Eden de los creyentes. La avaricia crece, crece el deseo á manera de impetuosa avalancha;—la degradada pátria los convida, y la negra traicion los aguijonea.

¡Ay, dolor! Quince mil voluntarios cruzan el ancho mar; Taric los manda, el Aníbal agareno, guerrero valiente y generoso, y se apoderan de la Isla Verde y ponen la atrevida planta en tierra firme, y empañan el suelo de Numancia, y huellan la sagrada pátria de Viriato para sojuzgarla durante ocho siglos de sangre é ignominia. Retos, embestidas y ardides de que fueron sangrientos teatros Jerez y Medina-Sidonia, todo fué inútil; el ímpetu de los escuadrones infieles, arrolló, deshizo como vaporosa niebla las filas cristianas y el desconcierto cundió por todas partes.

¡Rodrigo! ¡Rodrigo! Despierta, rey destronado; deja el plumon mullido y tu esplendente alcázar;—cierra los oidos á los blandos ecos de la lascivia;—la espada tremenda de Dios está sobre tu cabeza dõde se bambolea tu régia corona;—y el rey de los monarcas de la tierra, el poderoso que

al soplo de su airada justicia desmorona los imperios como desbarata las montañas de arena del desierto, te demanda ahora estrecha cuenta del estado que levantara tanto heroísmo y tanta sangre.

Y despierta el enervado, y corre á vestir las guerreras vestiduras y lo circunda la florida juventud con relumbrantes armaduras y fogosos corceles, y la cruz guía á los escudrones á la batalla y exhorta á los combatientes. En vano, en vano, cobardes sibaritas, os esforzais en volver al antiguo valor; en vano vestís la luciente loriga y los penachudos cascos, calzais los áureos acicates y montais los briosos alazanes. ¡Miserables! Habeis gastado la rica sávia de la vida en vergonzosos deleites, y ahora os fatiga el peso de las armas, y el brazo está perezoso para empuñar la pujante lanza. Un grito de guerra, un tétrico clamoreo se levanta en las ensangrentadas orillas del Guadalete. ¡Rayo de Dios! Las huestes godas huyen desbandadas;—rotas y dispersas se sepultan en las enlodadas ondas del rio de la muerte; la radiante diadema de Ataulfo, Recaredo y Sisebuto, despedazada rueda por el polvo y la precita cabeza de Rodrigo es presa de los vencedores! ¡Infame! Así castiga Dios los crímenes infandos de los reyes que olvidan su sagrada, su santa, paternal mision, y huellan á su pueblo y se aduermen al sonoro arrullo de la adulacion y de la lascivia!

Entonces, de las turbias aguas del Guadalete, se levantó como áurea vision un arcángel refulgente, bello como una inspiracion divina corporizada por el cincel de Fidias, la túnica desceñida y desgarrada, las rubias güedejas descompuestas, lloroso como un ángel caído, tristemente abatido como el dolor! Hería con sus crispadas manos su seno henchido de amargura; soltó la voz al viento que resonó sombría y fúnebre como el eco fatídico è indefinible de la agonía, y el luto y la desesperacion corrió como chispa eléctrica de uno á otro confin de la España cristiana. Era el génio de la nacionalidad española, que levantaba su vuelo para posarse en las peñas enriscadas del Pirineo.

Los victoriosos árabes, en tanto, dividieron su ejército como en tres lenguas de fuego, é invadieron* simultáneamente Córdoba, Ecija, Archidona, Málaga, Jaen; y en marcha gigantea se presentaron ante Toledo para conculcar los fabulo-

sos alcázares de los monarcas godos. Y elevaron suntuosos palacios, mágica mansion de las hadas y los placeres; y en el lugar de los templos de Dios, se alzaron mezquitas refulgentes, asombro aún à las jactanciosas artes modernas. Su engrandecimiento llegó á alcanzar un grado esplendoroso, y los califas de Córdoba, eran príncipes, filósofos y guerreros; y recibían embajadas de los teófilos y los Othones, demandando auxilio, alianza ó amistad; parecia muerta para siempre la España cristiana, ante la esplendente aureola de Mahoma.

Pero no importa;—á los Abderramanes, Alhakemes è Hicemes, opusieron los cristianos los Ramiros, los Ordoñez y los Alfonsos.

Pero no importa;—estaba escrito que el fiero leon del desierto fuera desgarrado por el noble leon de Castilla; y allá en la olvidada cueva de Covadonga, tras tanto luto y lobreguez, lució benéfico un astro refulgente; el génio de la nacionalidad española, se levantó potente y vigoroso;—batió sus gigantes alas, blandió su invicta espada, y ciñó sus sienes con laureles inmortales, para dar comienzo á un sangriento y heroico drama de ocho siglos!

Oh! magnífica y solemne epopeya de dos pueblos, que mutuamente se apellidaban perros infieles: lucha tenaz de la sangre ardiente de la Arabia, del fanatismo de los hijos de Ismael con el estoicismo de los hijos de Occidente: unos amparados bajo los brazos de una cruz, y otros llevando por enseña «la cimitarra es la llave del paraíso.»—Alhá invocado contra Jehová;—el Korán en lucha con el Evangelio; el mundo entero asombrado ante tanta heroicidad, espera ansioso el desenlace de tan grande Iliada!

Pero ¡oh! vedlos: allá van, allá van como torrentes devastadores, cayendo sobre los agarenos los reinos de Asturias, Navarra y Aragon, y como el alfange del Angel Vengador, siembran por doquiera el esterminio, cubriéndose de gloria en Clavijo, Simancas y Caltañazor, y despedazan el poderoso y arrogante califato de Córdoba.

Mas ¡ay! ¿qué lamento de muerte resuena en todas partes?—La España gime aterrada;—cuarenta y cinco mil africanos, feroces y vengativos, amenazan apoderarse de Toledo, desbaratan las huestes de Alfonso VI y parece intentan devorar el mundo cristiano.

¡Tanto monta! El génio de la Independencia española ruge sacudiendo sus atléticos miembros; se hircue prepotente como el brazo de Dios, y en las Navas de Tolosa ahuyenta á los guerreros almohades, que despavoridos van deslumbrados por el génio de nuestra patria.

Y sigue adelante, adelante, siempre victorioso, dejando en su paso un fúlgido rastro de gloria, y circuye por las armas y el hambre el último baluarte de la España musulmana, Granada, remedo del Eden del Profeta, sultana recostada muellemente en su lecho de embalsamadas flores; la de las nítidas y templadas áuras, la del cielo dulce y trasparente como los ojos de una virgen enamorada. La mansion de las hadas y los deleites, cae tambien ante los brazos esforzados de cien héroes, y en sus almenas ondea el pendon de Castilla. Oh! y entonces el ángel salvador de la Independencia española, sonrie con la magestad del heroísmo, lava de su frente el sello de la esclavitud, y lleva á otros mundos desconocidos los fúlgidos destellos del sol de Castilla.

Ah! Tú que brillabas en la inmortal Sagunto, blandias la espada de Viriato y hacías de Numancia un arquetipo de heroísmo y de gloria;—tú, que encendías en amor pátrio á un puñado de Astures en la Cueva de Covadonga;—tú, que en Caltañazor quebrabas la frente del invicto Almanzor y lo encerrabas en la misma caja en que recojiera el polvo de sus cincuenta batallas, y derrocabas en las Navas de Tolosa el engreido orgullo de Abdelmume;—tú, que asociabas el espíritu cristiano de una reina magnánima con la fría y sagaz política de un monarca esclarecido, para desmoronar los últimos baluartes de los agarenos;—tú, arcàngel guardián de nuestros lares pátrios, salud, bendito seas!

DOMINGO MASSA.

CINCELES Y ESTÁTUAS.

SONETO.

En el mármol firmísimo y seguro
que el curso de los siglos desafía,
sin formas duerme la escultura fría
de seno alzado y de contorno puro.

Duerme del alma en el recinco oscuro
la Justicia tambien, que es luz del día,
y envuelta allí por corrupcion impía
gozar aguarda de esplendor futuro.

Hiere el sabio cincel la piedra dura,
y à su poder, la mágica escultura
surge y vierte divinas claridades.

Destino igual á la Justicia espera;
¡mas labrarán su estatua venidera
los cinceles de luz de las edades!

S. RUEDA.

EXCMO. SR. D. DINERO.

No vamos à tratar del origen de esa palabra, que representa una cantidad cualquiera y que se toma generalmente en singular, en cuyo caso aplicase á toda clase de moneda corriente y entra en una multitud de locuciones; ni tampoco á hojear libros de historia ó de numismática para inquirir quienes fueron los que usaron por primera vez la moneda sonante: nuestro propósito es mas modesto y ménos dificultoso, supuesto que se reduce á transcribir las opiniones de algunos poetas españoles sobre el asunto que sirve de epígrafe á este artículo.

El que llamó su siglo *Fénix de los ingenios* y el gran Cervantes *Mónstruo de la naturaleza*, dice en su comedia *Dineros son calidad* por boca del gracioso Macarron:

.....son los dineros
Del mundo efectos primeros
Y espíritus de su ser.
Las inteligencias son
De las cosas, los concetos
Mas vivos y mas perfetos
Y los de mas opinion.
Hacen lindo á un corcovado,
Y doctor hacen á un tordo;

Dan entendimiento á un gordo,
Y dan prudencia á un delgado.

El mismo Lope de Vega en su obra dramática *El premio del bien hablar*:

Dineros son calidad
dijo el cordobés Lucano,
porque esto de padre indiano
mueve mas la juventud;
que á la nobleza y virtud
pocos estienden la mano.

Entre las poesías de Jáuregui, ingenio que ocupó lugar muy distinguido entre los poetas sevillanos, figura la cancion *Al oro*, de sonora y brillante versificación,

Hé aquí algunas de sus estrofas:

Oro, tirano altivo,
A quien los vicios viles
Honran cual Dios, y su malicia amparas,
Por tí el amor lascivo
Mil pechos femeniles
Vence, que ya se postran á tus áras,
En torpe ofensa del honesto celo;
Á tí procuran la traicion y engaño
Y su comun desvelo,
Y por tí se dedican tantas vidas
Al rencor de las armas homicidas,
Tantas á extraño mundo, al clima extraño,
Al surco incierto de nadantes proras,
Y al furor de las ondas bramadoras.

¿Quién tus hazañas fieras,
Funestas y llorosas,
En reino alguno de la tierra ignora?

De toda dicha y gusto
Eres ageno y falto
Contra el avaro, que tu nombre adora;
Pues pagas en disgusto,
Recelo y sobresalto

La eterna adoracion con que te honora.
 ¡Oh, insano el que te busca y te procura,
 Siempre sujeto á ser el ofendido
 De tu malicia impura!
 Si mil afanes cuestas procurado,
 Temores tantos causas conservado,
 Sin que pueda gozar de algun contento
 Sino el que está de tu codicia exento.

Del rey de los satíricos españoles, como alguno ha llamado á Quevedo, son los siguientes conocidos versos de la *letra satírica VIII*:

¿Quién hace al tuerto galan,
 y prudente al sin consejo?

¿quién hace de piedra pan,
 sin ser el Dios verdadero?
 El dinero!

¿Quién la montaña derriba
 al valle, la hermosa al feo?
 ¿quién podrá cuanto el deseo,
 aunque imposible, conciba?
 ¿y quién lo de abajo arriba
 vuelve en el mundo ligero?
 El dinero.

Juan Ruiz, llamado comunmente el Arcipreste de Hita, que floreció, como es sabido, en el reinado de Alfonso XI, comienza su *Enxemplo* sobre el poder del dinero en Roma, con estas coplas:

Mucho fas el dinero, et mucho es de amar,
 Al torpe fase bueno, et omen de prestar,
 Fase correr al cojo, et al mudo fabrar,

Sea un ome nescio, et rudo labrador,
 Los dineros le fassen fidalgo e sabidor,
 Quanto mas algo tiene, tanto es mas de valor,
 El que non ha dineros, non es de si sennor,
 Si tovieres dineros, habrás consolacion,
 Plaser, e alegría, del papa racion,
 Comprarás paraíso, ganarás salvacion,

Dó son muchos dineros, es mucha bendicion.

Yo víen corte de Roma, dó es la santidat,

Que todos al dinero fasen grant homildat, etc.

En la interesante coleccion de Pedro Espinosa *Flores de poetas ilustres*, impresa el año de 1605, aparece una notable composicion firmada por Diego de la Chica, que se intitula *Al dinero*, y que vamos á copiar casi íntegro:

Porque es tanta tu grandeza,

Que á quien te tiene le das

Á las veces mucho más

Que le dió naturaleza.

Que si del hombre primero

Son los demás descendientes,

¿Quién los hizo diferentes

Sino tu poder, dinero?

Que no es de otra quinta esencia

El rey que el pobre gañan,

El papa que el sacristan,

Que por tí es la diferencia.

Tú abates y tú engrandeces.

Ya al abismo, ya á la luna,

Y la sangre, que es toda una,

Ya la aclaras y oscureces.

Los de memorias tan raras,

Doña Isabel y Fernando,

Bien te conocieron cuando

Te acuñaron con dos caras.

Mostrando en esta señal,

Dinero, que en tí se encierra

El mayor bien de la tierra,

De la tierra el mayor mal.

Que tú haces que semeje

Ángel el hombre en verdad,

Y por tu necesidad,

Que tenga cara de hereje.

Los más ocultos rincones

Tú los descubres y sabes,

Dinero; que abren tus llaves
Mil cerrados corazones.

Das al hombre entrada franca
Do no se la dió su pena,
Das lo blanco á la morena,
Y aun al moreno la blanca.

La que más se remontare
Tú la traírás á la mano,
Cual dice el de Mariñano,
Con dinare e piu dinare.

Eres de este mundo ciego
La agradable sinfonía,
Que en oyendo su armonía,
Hasta el perro baila luego.

Y aun yo de experiencia sé
Que en la casa que no asistes
Todos riñen y andan tristes,
Y nadie sabe por qué.

Mostró que eras sin igual
El napolitano uso
Cuando por blason te puso
Alegría universal.

Porque tus heróicas obras
Son en el mundo tan altas,
Que todo falta si faltas,
Y todo sobra si sobras.

El *Cisne de Nagerilla*, por otro nombre Estéban M. de Villegas, en su anacreóntica *Del oro* (traduccion de Monostrofes), dice:

Solo el oro es quien priva,
Su lindeza es la sola.

Pues ¡ah! muera el primero

Que apuró sus escorias,

Por este los hermanos

Mas hermanos se odian,

Los padres se desprecian,

Las guerras se alborotan;

Y lo peor de todo

Es, que cuantos adoran,

Perecen solamente
Por esta peste sola.

En el romance *Entre un pobre y un rico*, de autor anónimo, inserto en la completa y afamada coleccion de Duran, se hace la apología del hombre adinerado en esta forma:

No hay cosa como ser rico:
Al rico todo le sobra,
Él tiene bien que comer,
Viste como se le antoja,
Mora y vive en los palacios,
Las mejores casas logra,
Alcanza las dignidades
Y los cargos de más honra;
Todos celebran al rico:
Le da aplausos la lisonja,
Cada dicho es una gracia,
Cada discurso se nota
Por una grande viveza
Y dicrecion prodigiosa.

Es el rico muy dichoso
Todo cuanto quiere logra;

El dinero vale mucho,
Y como al rico le sobra,
Por eso vence en el mundo
Las dificultades todas.

En otro romance, tambien de autor anónimo, y publicado en la referida coleccion, que tiene por epígrafe *El trigo y el dinero*, pónese en boca de este lo que sigue:

Mi nombre propio es dinero,
Hecho soy de tres materias,
Que es el oro, plata y cobre,
Metales que el mundo aprecia;

Soy el empeño del mundo,
Pues todo á mí se sujeta;

En los antiguos *Cancioneros* hemos visto algunas co-

plas—trasladadas con ligeras variantes á colecciones modernas,—que versan sobre esa

¡Oh siempre viva hambre del dinero
Disimulada muerte de mortales,
Polilla de las almas gastadora,
Hinchada sanguijuela chupadora!

que escribió Pedro de Oña en su poema *Arauco domado*.
Sirva de ejemplo la única que recordamos:

En el cielo manda Dios,
Los diablos en el infierno,
Y en este pícaro mundo
El que manda es el dinero.

Por último, para que el invicto metal, que á todos nos obliga, como dijo Camoens en el canto VIII de *Las Lusíadas*, pueda fundadamente asemejarse en algo á la Divinidad—lo que presupongo sin intencion pecaminosa—es á saber, que en todas partes se halla y precisa que así sea, y tenga al propio tiempo virtud casi sobrenatural, hasta un antiguo proverbio reza:

Quien tiene argen, tiene todo bien.

ANTONIO M. DUIMOVICH.

MOVIMIENTO INTELECTUAL.



El Ateneo de Almería, trasladado á su nuevo local del Paseo del Príncipe, donde ha sido instalado decorosamente, celebrará la inauguración del curso académico de 1883-84 en el mes actual, leyendo el discurso de apertura el Vice-Presidente Sr. Pié y relatando las tareas que ocuparon á la Sociedad durante el año anterior, en la Memoria que el Reglamento previene, el Sr. de la Junta saliente Sr. Langle.

Enseguida darán principio los debates de las Secciones; teniendo entendido que en la de Ciencias morales y políticas se podrá á discusión un tema por todo extremo interesante, *La emancipación de la mujer*, que planteará probablemente el Sr. Laynez, y en el que intervendrán elocuentes oradores; por lo que esperamos lleve á los salones de la Sociedad numerosa concurrencia. Se verificarán también brillantes sesiones de literatura y música, y otras animadas fiestas, en las que tomará parte el bello sexo; alternando con variadas conferencias científicas, á cargo de distinguidos socios.

Todos estos incentivos, y las reformas introducidas en los estatutos del Ateneo, juntamente con las ventajas de su nueva instalación y lo bien surtido de sus gabinetes de lectura y su escogida biblioteca, nos hacen augurar á este centro de cultura un periodo de prosperidad y esplendor que de todas veras le deseamos. Por nuestra parte, consagraremos en estas páginas al Ateneo la atención preferente que por sus condiciones merece, y tendremos al corriente á los lectores de la REVISTA de los trabajos que en el mismo se realicen.

VALE.

ANTIGONA,
TRAGEDIA DE SÓFOCLES.

ahora por primera vez

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

al castellano

por A. G. GARBIN,

profesor de Literatura clásica en la Universidad
de Granada.

A MI ADORADA HIJA MATILDE.

Juntos hemos leído y saboreado hermosísimas obras de la literatura antigua y moderna, recreándose mi amor paternal en reconocerte dotada de un alma felizmente dispuesta por el Cielo para sentir la belleza ideal. La inmortal tragedia de Sófocles, que voy a dar á luz, vertida en imperfecta prosa de nuestra lengua, quiero consagrarla á ti, hija mía, porque sé que en tu noble corazón caben los sentimientos de tierna heroica piedad de la incomparable «Antígona».

A. GONZALEZ GARBIN.

PERSONAJES DE LA TRAGEDIA.

*Antígona.**Ismena.**Coro de ancianos de Tebas.**Creón.**Un Guardia.**Hemon.**Tiresias.**Un Mensajero.**Euridice.**Otro Mensajero.*

ANTÍGONA.

Ismena, hermana mía! ¿hay uno sólo de los males reservados á la raza de Edipo con el que no nos haya afligido el Cielo á nosotras, miserables que aún vivimos?—Nó, no hay dolor, ni humillacion, ni oprobio que no hayamos probado (y sin culpa!) en la série de nuestras desgracias. Y ahora ¿qué edicto es ese que acaba de hacer publicar el rey en toda la ciudad? no lo sabes? no ha llegado á tus oídos? ó las nuevas desgracias, que amenazan á nuestros amigos, se te ocultan?

ISMENA.

Ninguna nueva noticia, Antígona, agradable ni funesta concerniente á nuestros amigos ha llegado hasta mí, despues que nuestros dos hermanos perecieron, dándose en un dia muerte el uno al otro; el ejército de los argivos ha desaparecido en esta misma noche... no sé que haya más, ni por fortuna ni por desgracia.

ANTÍGONA.

Pues bien, precisamente te he hecho salir de las puertas del vestíbulo, para que tú sola me oigas.

ISMENA.

Qué ocurre. Antígona? Tus palabras revelan una gran agitacion.

ANTÍGONA.

Pues qué! ¿No acaba Creón de conceder preferentemente

¿a uno de nuestros dos hermanos el honor de la sepultura, privando de él al otro indignamente?—Á Eteocles, por un decreto equitativo y justo, le ha hecho sepultar, dicen, con los honores debidos á los manes:—y, por lo que hace al cadáver del desgraciado Polynice, se ha pregonado una orden, prohibiendo á los ciudadanos, que le sepulten, ni le lloren; para que abandonado, sin honras fúnebres, ni duelo, sirva de preciado pasto á las aves carniceras.—Ya sabes, hermana, lo que *el generoso* Creón ha querido ordenarte á tí y á mí; sí, á mí, á mí tambien!—y le verás venir aquí á proclamar muy clara su voluntad á todos cuantos pudieran ignorarla:—y para que esta prescripcion sea severamente cumplida, conmina al que intente desobedecer su mandato con la pena de morir en la ciudad apedreado á manos del pueblo.—Ya sabes lo que ansiaba comunicarte... ahora tú demostrarás si eres mujer ilustre ó una vil que desmiente su noble sangre.

ISMENA.

Ah, infortunada de mí!... Y en tal estado las cosas ¿qué puedo yo hacer ó deshacer, que sea ya provechoso?

ANTIGONA.

Vé si quieres cooperar conmigo, y ayudarme en mi propósito.

ISMENA.

¿Á qué peligro quieres lanzarte? ¿qué es lo que intentas?

ANTÍGONA.

Tus manos, dime, ayudarán á estas manos mías á levantar el cadáver?

ISMENA.

Qué! á pesar de la prohibicion impuesta á la ciudad, te atreverás á dar sepultura...?

ANTÍGONA.

Á mi hermano, sí; y aunque tú no lo quieras, el tuyo. Jamás será acusada Antígona de haber cometido una traición.

ISMENA.

Desdichada! ¿y la prohibición del tirano?...

ANTÍGONA.

No hay en él ningún derecho para apartarme de los míos.

ISMENA.

Ay! acuérdate, hermana, que nuestro padre se nos murió aborrecido y cargado de oprobio, después de haberse arrancado con su propia airada mano los ojos, en castigo de los crímenes horrendos, por él mismo sorprendidos; que después su madre, á la par madre y esposa, acabó afrentosamente su vida con un nudo fatal;—y por último, que nuestros dos hermanos, en un sólo día, ¡desdichados! cumplieron su común destino, dándose recíproca muerte con sus propias manos. Reflexiona, pues, con cuánta ignominia pereceríamos las dos, hoy abandonadas y solas, si, rebeldes á la ley, osáramos quebrantar ese decreto, y desafiar el poder de los príncipes;—es preciso tener en cuenta que hemos nacido débiles mujeres, incapaces de luchar contra los hombres; que, gobernadas por los que son más fuertes que nosotras, tenemos que rendirles obediencia así en esta como en otras cosas más crueles aún y dolorosas. Por mi parte, después de pedir á los difuntos que me perdonen, si cedo á la violencia, me someteré á la autoridad de los magistrados constituidos en poder; pues sería insensatez pretender ejecutar lo que excede de nuestras fuerzas.

ANTÍGONA.

No pienso rogarte más... y aunque tú accedieras á hacer

algo por complacerme, rehusaré tu concurso. Vé tu allá lo que te parezca bien. Por mí le he de dar sepultura, y me será glorioso morir, despues de haberlo realizado. Como buena hermana iré à reposar con mi hermano amado por haber sido *santamente criminal*. Pero, ah! por más tiempo he de hacerme grata á los muertos que á los vivos, pues con ellos he de reposar eternamente. Desprecia tù, en buen hora, si lo juzgas conveniente, las sacrosantas leyes de los dioses.

ISMENA.

No es que las desprecio, Antígona mia.—Pero me considero impotente para obrar contra la voluntad de una Ciudad entera.

ANTÍGONA.

Eso pretextarás tú en buen hora;... yo me marchó á erigir á mi hermano amadísimó su sepulcro.

ISMENA.

Ay! tiemblo, tiemblo por tí, desventurada!

ANTÍGONA.

No te inquietes por mí. Cuídate sólo de enderezar tu suerte.

ISMENA.

Pero al menos no descubras à nadie tus proyectos; ocúltalo con la mayor reserva... por mi parte, encerrado quedará en mi pecho.

ANTÍGONA.

Ira del cielo!... ya puedes apresurarte á vociferarlo. Te harás todavía más aborrecible si lo callas, si no corres á divulgarlo por todo el mundo.

ISMENA.

Tienes el corazón ardiente en cosas que lo hielan de espanto.

ANTÍGONA.

En cambio, sé que satisfago á aquellos á quienes tengo el deber de hacerme grata.

ISMENA.

Y si te fuera siquiera posible!... empero intentas lo que es superior á tus fuerzas.

ANTÍGONA.

Bien! desistiré sólo cuando esas fuerzas me faltaren.

ISMENA.

Desde el principio debemos renunciar á aquello que supera nuestro poder,

ANTÍGONA.

Si continuas en ese lenguaje, obtendrás mi aborrecimiento por un lado, y por otro... algún día yacerás junto al muerto odiada con justicia.—Déjame con mi funesta temeridad sufrir los males que me aguarden; pues no habría para mí nada tan afrentoso como el no morir honrosamente.

ISMENA.

Puesto que tú lo quieres... parte, hermana imprudente... pero, en realidad, amiga de tus amigos.

CORO.

ESTROFA.

¡Oh, luz pura del Sol, la más hermosa que ha alumbrado en

la Ciudad de las Siete puertas!—apareciste al fin, ojo del áureo día, reflejándote en las cristalinas aguas *dirceas*,—despues que los guerreros venidos de Argos con sus blancos escudos y bélico aparato, huyeron en rápida carrera, agitando con vigor las riendas de sus corceles.—Á la cabeza de ellos Polynice,—excitado por ambiguas querellas,—semejante al águila que descende á la tierra lanzando gritos agudísimos, vino volando á arrasas nuestras campiñas, cubierto con su escudo, cual ala de blanca nieve, agitándose en torno de él millares de armas, y cascos de flotantes cimbras.

ANTÍSTROFA.

Despues de haber amenazado nuestros hogares, y de haber corrido jadeantes en derredor de las siete puertas, con sus lanzas ávidas de esterminio,—huyeron ántes de abrevarse en nuestra sangre, y de que el fuego abrasador invadiera las alturas de nuestras fortalezas: de tal manera la voz rugiente de Marte resonó en torno de ellos, causando el espanto del dragon enemigo.—Júpiter que abomina el orgullo y la jactancia, viendo á los argivos precipitarse á modo de impetuoso torrente, ensoberbecidos con las doradas armas, que movian con estruendo, fulminó su rayo y aniquiló al guerrero que ya se preparaba á dar el grito de ¡victoria! desde lo alto de nuestras murallas.

ESTROFA.

Herido por el rayo cayó en tierra, por la cual fué rechazado, aquel que con insana furia se atrojaba sobre nosotros, respirando el odio y la venganza. Pero el gran dios de la guerra nuestro propicio aliado, sembrando la turbacion, con su potente brazo enviéles de mil distintas maneras la muerte.—Los siete jefes, que venian hácia nuestras siete puertas contra otros tantos caudillos de Thebas, rindieron sus férreas armas á Júpiter vencedor. Mas ¡ay! estos dos desventurados, hijos del mismo padre y de la misma madre, volviendo el uno contra el otro sus lanzas victoriosas, se compartieron entre los dos la misma muerte.

ANTÍSTROFA

Puesto que la victoria ha venido á proporcionar á la belicosa Thebas el júbilo y la alegría, aparte de nuestra mente el recuerdo de los combates; durante toda la noche formemos coros en los templos de los dioses, y que Baco, dios de Thebas, presida nuestros regocijos. Pero el nuevo rey de nuestra comarca, el hijo de Menéceo, se acerca. Los acontecimientos que han suscitado los dioses le traen á este lugar. Sin duda medita algun proyecto, porque él es quien ha convocado, por medio de una orden comun para todos, esta asamblea de ancianos.

(Se continuará.)



LA LIBERTAD DE CONCIENCIA.

«No quieras para otro lo que no quieras para tí.» Fundado en este santo principio de la más pura moral, afirmamos que la libertad de conciencia está basada en la caridad, y por consiguiente no es dar ejemplo malo proclamarla y enseñarla en cualquier lugar y en todo tiempo.

La personalidad no se concibe sin la conciencia, como tampoco se conciben ni se explican la libertad, la responsabilidad y el sentimiento moral, punto luminoso en que viene á concentrarse la actividad de nuestra alma y que radica toda la vida racional del hombre como inteligencia, como sentimiento y como voluntad, bajo las ideas absolutas de verdad, de belleza, de bondad y de justicia que la razón nos proporciona.

La perfección para el hombre consiste en imitar á Dios. Esta verdad es tan evidente para nosotros, como lo fué para los que nacieron en la más remota edad. Pero para imitar á Dios es preciso conocerle, y si es falsa la idea que de él formamos, falso será igualmente el culto con que le servimos. Dios ha sido, es y será siempre uno y el mismo; pero el hombre, según las varias condiciones históricas porque ha atravesado y el mayor ó el menor grado de cultura y civilización que ha conseguido, lo imagina de diversas maneras; por lo tanto, le adora creyendo siempre interpretar con el culto debido y con los actos de su vida práctica la

voluntad divina. De aquí la multiplicidad de religiones y la diversidad de creencias.

Si estos hombres ó tales pueblos no se horrorizan hoy por los sacrificios inconcebibles de crueldad, de inhumanidad y de barbarie con que creían agradar á Dios, culpa es del errado concepto que de él tenían: estaban equivocados, pero no eran criminales; la ignorancia los cegaba y obrando de buena fé solo son dignos de nuestra compasion, de ninguna manera de nuestra condenacion y desprecio, ya que obraban con arreglo á las inspiraciones de sus conciencias, en la íntima conviccion de que así cumplían la voluntad divina, siendo palmaria injusticia condenar ciertas prácticas antiguas á nombre de ideas y de sentimientos que la humanidad ha ignorado durante siglos.

Y lo que decimos de los antiguos pueblos, es aplicable de la misma manera á los que, viviendo en nuestros días, no han llegado aún, por desgracia, al conocimiento del verdadero Dios. Todavía cuenta sectarios la sangrienta religion de Brahama, y los chinos rinden culto á la diosa Fecundidad; aún los Tártaros, los Abisinios, los Quákeros, los Mormones tienen su religion especial; y los israelitas, los griegos heterodoxos, los islamitas, los protestantes y los católicos romanos se creen en posesion de la verdad, en el conocimiento del único Dios y en la práctica de la verdadera doctrina. Y como toda profesion religiosa se sostiene por la fé y esta lleva por base la conciencia, sería completamente inútil pretender que cambiasen sus creencias por otros medios que no sean el esclarecimiento de la razon, la persuasion de la voluntad; en una palabra, la ilustracion de la conciencia, que es la roca firmísima, de donde arrancan todas las convicciones.

Pretender por medios violentos arrancar á un pueblo ó individuo sus creencias religiosas; pensar que mediante el hierro y el fuego han de estirparse las herejías, es un error abominable. Jesucristo no quiso la muerte del pecador, sino la extincion del pecado, ni era partidario de robar las almas como los ladrones...

Para nosotros nada debe ser tan voluntario como la religion: la ley de Cristo es ley de libertad, y el bien no ha de buscarse por malos medios. La historia lo atestigua con

elocuentes ejemplos. ¿Qué consiguieron los Faraones contra los hijos de Abraham? ¿Ni qué Neron ni Diocleciano contra los discípulos de Cristo? ¿Qué produjo la bula de Leon X y su mandato de que se persiguiese à Lutero y sus secuaces? La confesion de Angburgo y la paz de su mismo nombre, que concedió á los protestantes la libertad de cultos y el derecho de formar parte de la cámara imperial de Alemania. ¿Qué resultados dieron los decretos de persecucion de Fernando VII y su ministro Calomarde contra los liberales? La muerte inocente de Riego, Torrijos, los *colorados* y otros mártires de la libertad, que regaron con su sangre el suelo querido de nuestra pátria, por la más horrenda tiranía y la más bárbara intolerancia.

Nunca hemos concedido á ningun poder el derecho de legislar sobre la conciencia, porque esta para nosotros es santuario impenetrable, cerrado á toda coaccion y abierto solamente para Dios, que es el único que puede entrar para juzgar; y si á la conciencia no se la reconoce inviolable en todas sus esferas y en todas sus naturales manifestaciones, neguemos al hombre, anulemos su personalidad, convirtiéndola en cosa, en átomo de una masa de barro.

Toda persona dotada de sentimientos humanitarios, reprueba desde el fondo de su conciencia al gobierno, sociedad ó persona que no permite á otros que levanten templos para adorar al Dios único, ni un cementerio en que reposen los restos inanimados de los que, no por ser disidentes, dejan de ser hombres.

De todo lo expuesto se deduce, que ni el Estado, ni ninguna asociacion tienen derecho á imponerse á las manifestaciones de la conciencia; antes por el contrario, deben proteger y amparar contra cualquiera atentado y violencia, obrando siempre dentro del círculo de sus atribuciones y en conformidad con las eternas leyes del derecho y de la justicia, escritas por Dios en la conciencia humana.

FRANCISCO SÓRIA BARON.

À MI ALMA.

¡Qué triste en la enramada
el ruiseñor se queja;
su pura frente ocultan
las fúlgidas estrellas;
la luna melancólica
su faz de nácar vela,
entre las rotas nubes
que el firmamento pueblan;
las flores doloridas
inclinan la cabeza,
mientras la fuente vierte
sus lágrimas de perlas;
el céfiro en la fronda
suspira y se lamenta,
y á acariciar las flores,
cual ántes, hoy no llega.
Dolor respira todo!
y la amargura inmensa
que guarda el alma mia,
la soledad aumenta.
Un círculo de hierro
mi sien oprime y quema,
y lágrimas dolientes
por mis mejillas ruedan;

mi pecho comprimido
 á respirar no acierta,
 y apoyo temblorosa
 mi lánguida cabeza
 desfallecida y triste
 sobre mis manos trémulas!...
 ¿Por qué tanta amargura?
 ¿Por qué, alma mia, inquieta,
 con angustioso llanto,
 de tu dolor te quejas?
 ¿Por qué gimes doliente,
 cual gime en la floresta
 la tórtola que llora
 su dulce compañera?...
 ¡Ay! que tu afán comprendo
 y la amargura lenta,
 que ahogó tus alegrías
 sembrando en tí tristezas,
 no destruirá del tiempo
 la mano gigantesca,
 si no rompe primero
 la cárcel de tus penas!
 ¿Á dónde fué tu dicha,
 tan dulce y placentera?
 ¿Á dónde los delirios
 que te fingiste leña
 entre felices sueños
 de cándido poeta?
 ¿qué fué de tu ventura?
 ¿dó está tu alma gemela?!...
 ¡Vierte un raudal de llanto
 por tu desgracia inmensa,
 que el alma que idolatras,
 y te sembró la tierra
 de dichas y alegrías,
 que tú creíste eternas,
 te falta!... y tú no sabes
 los días de su ausencia!!...
 ¡Oh! sal del pecho mio
 y presurosa vuela

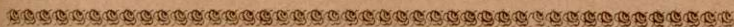
y cuéntame doliente
lo grande de tus penas!
No dudes indecisa!
vé á donde está ¡no temas!
¿No sabes que te adora
y que por tí perdiera
su paz, sus alegrías,
su aliento, su existencia?
No dudes, alma mia!
llega á su lado ¡llega!
te escuchará temblando
y te dará su esencia,
Tú de su vida eres
la luz, la dicha inmensa,
el porvenir, la gloria,
su paz en tí se encierra.
Mas ¡ay! si eres tan tímida,
si acaso no pudieras
contarle tus pesares,
pobre alma mia, vuela,
y en esas horas tristes
en que la luz nos deja
cuando en su huerto vague
llorando por tu ausencia,
entre el suspiro dulce
del aura que le cerca,
dile que no le olvido
que la esperanza alienta
mi vida, porque creo
tenerle pronto cerca,
que siempre está en mi pecho
como en la flor la esencia,
que cuando el sol nos manda,
sus rayos á la tierra,
recuerdo la luz fúlgida
de su mirada intensa,
y que en la luna encuentro
su frente pura y bella;
que al despertar, la aurora
su sonreír me muestra,

y al murmurar el agua
 callada y soñolienta,
 escucho el eco triste
 de su amorosa pena;
 que cuando duermo, lloro
 soñando con su ausencia;
 que al despertar, mis labios
 su nombre es la primera
 palabra que murmuran,
 y es... que en mis labios queda
 cuando en la noche el sueño
 lento mis ojos cierra;
 que atento está mi oído
 por si una onda aérea
 me trae el eco bendito
 de sus palabras tiernas.
 ¡Ay! dile .. mas nó! calla!
 no aumentes más tus penas
 contándole doliente
 mis horas de tristezas.
 Que adoro su memoria
 por hoy tan sólo sepa,
 y su amoroso llanto
 con tu cariño templa,
 y ¡vuélvete á mi seno!
 aquí, do no te vean.
 No salgas á mis ojos,
 que nadie tu afán lea,
 que no se burle nadie
 de tu profunda pena.
 Oculta aquí en mi pecho
 gime y llora deshecha,
 mientras que yo sonrío
 ante la turba necia
 ventura y paz fingiendo
 porque tu afán no sepa.
 Y allá en las altas horas,
 mientras que todo duerma,
 mientras que solo el triste
 llorando se desvela,

gime y llora, alma mía,
con libertad entera,
que entonces nadie escucha
el llanto de tu pena.

Desesperada gime
con amargura inmensa,
que en esas largas horas
respetaré tus quejas,
y te daré mis ojos
para que triste viertas
las olas amarguísimas
del mar en que te anegas.

AURORA CÁNOVAS.



LA HOMEOPATÍA Y LA MEDICINA SECULAR.



¡A LOS HECHOS! ¡A LOS HECHOS!

He leído con satisfacción el artículo sobre *La Medicina secular* que ha escrito el Sr. Fernandez Palacios, con motivo de *Mi conversión á la Homeopatía*. Siguiendo sus indicaciones con gusto, voy á plantear la cuestion en el terreno en que la desea.

Ante todo me cumple manifestar, que pensaba tratar la cuestion fundamentalmente, y que á ello iba despues de las breves consideracion preliminares publicadas. Sirva de explicacion á estas, el legítimo desahogo de una conviccion arraigada.

Empiezo advirtiéndole al Sr. Fernandez Palacios que soy hijo de nuestro siglo, y por consiguiente, que no admito autoridad alguna en las cuestiones científicas, sirviéndome únicamente de criterio el que me procura mi libre investigación. Los hechos examinados reiteradamente por mí en diversidad de ocasiones, relacionándolos con las doctrinas científicas á que sirven de comprobantes, son los elementos que, en la actual corriente positivista, creo necesario utilizar.

Reconozco de buen grado que no he estudiado profundamente ni Anatomía, ni Fisiología, ni Patología, ni ninguna de las demás ciencias que forman la base de la Medicina tradicional. No puedo, por tanto, entrar en el fondo de las cuestiones anatómo-fisiólogo-patológicas. Tengo sólo las generales nociones, propias de toda persona culta.

En nuestro tiempo todo se examina y se discute. Á todo debe demandársele su razon, áun por aquellos que no se han consagrado á su estudio. Esto debe hacerse con la *Medicina*, como con la *Jurisprudencia* se hace. Yo, que tengo mucho gusto en discutir con gente extraña á este estudio, tengo derecho á juzgar los sistemas médicos y los resultados de una ciencia que tanto puede afectarme. Y sin necesidad de entrar ámpliamente en el contenido de sus investigaciones, como las plantea la antigua *Escuela*, puedo juzgar por experiencia sus resultados, como todo el mundo puede hacerlo. No hay en la Medicina una direccion infalible, ni nada peculiar de los iniciados. Reivindico, pues, para mí, como para todos, la competencia práctica necesaria para juzgar á los médicos y para decidirme por un sistema.

En la imposibilidad de abarcar en un solo artículo los principios fundamentales de la doctrina homeopática, en comparacion con la alopática, me concretaré hoy á algunas observaciones sobre los hechos, piedra de toque de todas las doctrinas médicas.

Todas las *Escuelas*, científica, no empíricamente consideradas, pueden reducirse al *Materialismo* y al *Espiritualismo*.

La tendencia *materialista* es la lógica y natural consecuencia de la *Medicina tradicional*, y van á ella consciente ó inconscientemente todos los que sostienen su criterio.

La base anatomo-patológica, como criterio científico, supone necesariamente la posibilidad de descubrir los misterios del cuerpo humano, el secreto de la vida, como puede hacerse con el mecanismo de un reloj. Supone forzosamente que la vida solo es regida por las leyes físico-químicas.

Bien conocido es como escritor y hombre de estudio Don Pedro Mata. Muchos saben que á los versos que se permitió poner en su puerta, incomodado por lo que llamaban equivocadamente en ella,

En esta mi habitacion
no vive ningun Breton,

contestó Breton de los Herreros en la misma forma con suma gracia y exactitud:

Vive en esta vecindad
Cierta médico-poeta,
Que al pié de cada receta
Pone *Mata*, y es verdad.

Tales resultados obtienen los materialistas obstinados, que creen que se halla absolutamente todo el organismo humano á su disposicion completa, y que pueden curar sin más que atender las leyes físico-químicas, únicas que, en su sentir, lo rigen todo.

Médicos materialistas más prudentes, juzgan que no saben aún bastante, y faltos de los conocimientos que han de servirles de guía, marchan tímidamente por el inmenso mar de la Terapéutica, no haciendo nada, ó haciendo poco para combatir la enfermedad, y limitándose, en el terreno del diagnóstico y el pronóstico, á sacar las conclusiones que se desprenden de sus estudios físico-químicos sobre el Termómetro, la Orina, etc., cuidándose de recomendar mucha higiene, y de combatir, no de frente la enfermedad, sino ciertos síntomas graves, la fiebre, el insomnio, etc., dejando á la naturaleza seguir su marcha. Esto recomienda Claudio Bernard.

Hay otra corriente, *espiritualista*, que representa la *Homeopatía*, segun la cual nunca se llegarán á descubrir

los misterios del cuerpo humano y de la vida, y que en vez de entretenerse en trabajos preparatorios, se consagra con especialidad al estudio de la Terapéutica y de sus principios fundamentales. Es una doctrina radicalmente opuesta al materialismo y que no puede ser adecuadamente juzgada con un criterio que le es contrario.

Ahora bien, en medio de estas dos corrientes ¿cuál debe seguirse? ¿cuál ha de predominar sobre la otra? Los hechos y sólo los hechos, la observación y la experimentación han de llevarnos á la verdad.

Mucho han discutido y discuten los médicos de ambas *Escuelas*. Ni por las afirmaciones de los unos ni de los otros hemos de dejarnos guiar. La lucha, los resultados comparados de los sistemas han de servirnos de norma.

Desde luego tropezamos con la prevención de los alópatas, dueños de las esferas oficiales, que ni quieren ceder el campo ni admiten competencia de ningún género. Es una valla insuperable que lentamente y con suma dificultad se vá franqueando.

Toda nueva doctrina halla en su camino grandes obstáculos. La *Homeopatía* tiene en frente una multitud de intereses confabulados, difíciles de vencer. Sólo la opinión pública, ilustrándose cada día más, ha de venir á darle el triunfo. Una nueva ciencia, la *Estadística*, es un agente poderosísimo en favor suyo. La *Homeopatía* hace su Terapéutica accesible á las personas instruidas, que pueden aplicarla sin médicos, y dá lugar á un tratamiento más rápido, más económico y de menos complicación que el de la Medicina antigua.

Hechos, hechos y hechos nos hacen falta. Arquímedes decía: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo.» Los homeópatas pueden decir: «Dadnos las actas de defunción y se hará la luz.» Así han hecho con gran éxito en los Estados-Unidos para combatir á los alópatas. Estos pretendían que las estadísticas de los Hospitales homeopáticos no ofrecían pruebas suficientemente características de tiempo, de lugar, de clima y de influencias epidémicas. Los médicos homeópatas de los Estados-Unidos han dado entonces sus pruebas con estadísticas comparativas tomadas de la clientela privada en idénticas condiciones de lugar, de

clima y de influencias epidémicas, y la conclusion ha sido para los alópatas terrible. Había cerca de 40 por 100 de defunciones más en sus estadísticas.

Es digno de especial consideracion el procedimiento empleado, susceptible de aplicacion en todas partes. Las principales ciudades de los Estados-Unidos, tienen una oficina de salud pública (*Board of Health*) con el objeto de tomar nota de las defunciones ocurridas en su distrito. Hace una informacion oficial sobre cada una de ellas, con todas las particularidades de nacimiento, de edad, de causa, del lugar de defuncion, del *tratamiento* y del *nombre del médico*. Estos informes oficiales, en gran número, se han sometido à un análisis minucioso. Se han eliminado de él las defunciones ocurridas en los hospitales, porque estos se hallan casi todos en manos de los alópatas. Se ha prescindido de los niños nacidos muertos, y de las personas que han fallecido por accidente ó violencia, como no sometidas á tratamiento. Los cuadros comparados son, pues, el resultado de la mortalidad, tomada únicamente en la práctica médica privada.

Hé aquí los resultados, segun los dá un artículo publicado en las *Transactions of the American Institute*:

Ciudades principales.	Años.	ENFERMOS PERDIDOS POR MÉDICOS	
		Alópatas.	Homeópatas.
Nueva-York...	1870 y 1871	15.76	8.46
Boston.....	1870, 1871 y 1872	17.27	8.77
Filadelfia.....	1872	19.03	12.87
Newark.....	1872 y 1873	21.46	11.07
Brooklyn.....	1802 y 1873	22.79	10.75

Este cuadro, que algunos han considerado defectuoso, por no indicar el número de los médicos en ejercicio, à los que se referían los datos, se ha completado en 1874 con el siguiente:

AÑOS.	NÚMERO DE LOS MÉDICOS		NÚMERO DE LAS DEFUNCIONES PARA LOS MÉDICOS.		PROPORCIÓN DE LAS DEFUNCIONES POR MÉDICO.	
	Alópatas	Homeópatas	Alópatas	Homeópatas	Alópatas	Homeópatas
NUEVA-YORK.						
1870	944	143	14.869	1.287	15.75	9.00
1871	984	156	15.526	1.243	15.78	7.97
Totales.	1.928	299	30.395	2.530	15.76	8.46
BOSTON.						
1870	218	40	3.872	402	17.76	10.05
1871	233	44	3.369	363	14.46	8.25
1872	233	54	4.575	446	19.63	8.26
Totales.	684	138	11.816	1.211	17.27	8.77
FILADELFIA.						
1872	655	168	12.468	2.162	19.03	12.87
NEWARK. N. J.						
1872	77	13	2.221	168	27.54	12.92
1873	77	16	1.185	153	15.39	9.56
Totales.	154	29	3.306	321	21.46	11.07
BROOKLYN.						
1872	317	84	7.636	976	24.08	11.62
1873	333	92	7.181	910	21.56	9.95
Totales.	650	176	14.817	1.892	22.79	10.75

En Nueva-York los médicos que practicaban la Homeopatía representan una sexta parte del cuerpo médico, pu-

diéndose admitir tambien que tienen que cuidar la sexta parte de la clientela privada. Esto nos servirá de base para la prueba sobre la superioridad de la doctrina. Si los médicos alópatas han perdido en 1870 y 1871 una cifra de 30.395 enfermos, la sexta parte sería de 5.066. Dada la proporcion, si todos hubiesen sido alópatas, el número de las defunciones sería la suma de las indicadas cantidades ó sea 35.461.

Haciendo la operacion inversa, suponiendo homeópatas á todos los médicos de Nueva-York en 1870 y 1871, bastaría multiplicar por 6 las 2.530 defunciones ocurridas en su clientela, y tendríamos una cifra total de 15.180. Hay, pues, derecho á decir que si la ciudad de Nueva-York hubiera sido cuidada en 1870 y 1871 solamente por médicos homeópatas, hubiera conservado 20.281 habitantes más.

La conclusion de la estadística precedente ha sido sacada en el mismo país por personas interesadas en no engañarse y poco propensas por temperamento al entusiasmo. Una sociedad de seguros sobre la vida, establecida en Nueva-York en 1868, asegura á los clientes que se hacen tratar por la Homeopatía una reduccion de 10 á 12 por 100 sobre la prima de seguro.

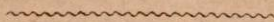
En España, gracias al insigne Marqués de Nuñez, tenemos en Madrid el *Hospital homeopático de San José*, con su Instituto para la enseñanza, su clínica y sus consultas. Recórranse sus estadísticas, que se publican en el *Boletín clínico del Instituto* y en la *Gaceta de Madrid*. La mortalidad durante cuatro años solo se ha elevado á un 6 por 100. Compárese este dato con la estadística del Hospital más favorecido de la corte, publicada en la *Gaceta* en 1878. La cifra de mortalidad se elevaba á un 20 por 100 próximamente. Este hecho repetido constantemente en todos los países, ya respecto á las enfermedades en general, ya con particular aplicacion á algunas de ellas, como la pulmonía, el tífus y el cólera, explica el creciente interés que por la Homeopatía se toma y el desarrollo que vá adquiriendo.

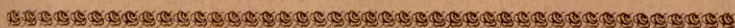
Imítese en Almería el ejemplo de los Estados-Unidos, y habrá más datos para convencerse de la superioridad de la Homeopatía.

Contra tan valiosa doctrina no suele emplearse más que

el ridículo, negando en absoluto, sin experiencias, la acción $\frac{1}{2}$ medicamentosa de sus infinitesimales dosis. Podemos plantear este dilema: ó la Homeopatía es una Medicina especial verdadera, que sigue nuevas tendencias, ó no es tal Medicina, y se reduce al puro régimen espectante, á no hacer nada en absoluto más que guardar severa higiene. En el primer caso, en interés de la Humanidad, los alópatas estan obligados á estudiar y á experimentar. En el segundo, dados los hechos, vendremos á una conclusion terrible para los que se dedican á estos estudios, á la proscripcion, por inútiles, en la generalidad de las enfermedades, de la Medicina y los médicos.

MANUEL TORRES CAMPOS.





LA FELICIDAD.



¿Qué es *felicidad*? Si consulto el diccionario, veo que es un sustantivo femenino singular... El diccionario choschea sin duda, y es preciso buscar otra definición.

Véase lo que acerca de esto dice uno de nuestros escritores contemporáneos:

«Felicidad, dicen unos, significa salud.

No padecer reumas, bronquitis, gota, etc., dicen los enfermos.

Felicidad, afirman otros, quiere decir riqueza, buena mesa, comodidades, lujo... y los que tal afirman no tienen un ochavo.

Felicidad es un marido, dicen las jóvenes casaderas.

Es un título, una cruz, honores, dice el ambicioso.

Es la libertad, añaden los colegiales.

Las damas aseguran que la felicidad se encuentra en el baile, en las reuniones, y allí la buscan.

Para las coquetas es sinónimo de lujo y diamantes.

Para el esclavo de la gula, buena comida y esquisos vinos.

Un coche para los que van á pié.

Y para todos, en fin, un deseo.

Es lo que no se tiene; lo que se busca, gastando la vida

la inteligencia y frecuentemente el corazón, sin alcanzarla jamás.»

Pero la felicidad es lo futuro, es el porvenir; no existe en lo presente. ¿Habeis oído decir á nadie: *Soy feliz!*—No; pero á todas horas oís esta exclamación de la pobre humanidad: ¡Ah! ¡qué feliz sería si tuviera tal cosa!

¿Creeis que el deseo cumplido os daría la felicidad? No; despues de este deseo, vendría otro; despues del collar de perlas, vendría la diadema; despues de los rubíes, los brillantes, y así seguiría deseándose eternamente.

Todo sér humano principia por desear un juguete y acaba por ambicionar un imposible.

Solo somos felices durmiendo; y esto cuando estamos libres de una pesadilla ó de un ensueño.

La paz del alma puede decirse que es la verdadera felicidad. ¿En dónde encontrar esa paz? Ya lo dijimos antes.

¡Felicidad! Ya hemos dicho también que está en el porvenir, en lo que deseamos, si podemos alguna vez no desear nada.

Por el contrario, la felicidad, si nos empeñamos en que exista, la encontraremos hoy en muchos seres de la tierra.

Ninguno es más feliz que el que no tiene vergüenza, decimos; y sin embargo, es el más infeliz de los hombres.

Ved aquel jóven que monta un brioso caballo, pasear ufano por la ciudad. ¡Qué feliz es! dirán muchos, pero... él lo sabe.

Una familia en dorada y lujosa carretela atraviesa por allí en estos instantes. ¡Quién sabe si en ella existe la felicidad! ¡Quién sabe!

Si nos fijamos en otras clases más ó ménos elevadas, tendremos que hacer las mismas observaciones.

Pero ahí está el pueblo, ese gran obrero del mundo, el hijo del trabajo, que goza alegre y contento, sin que una idea venga á turbar su paz y su reposo.

Es el que más cerca está de la felicidad; pero la probabilidad de alcanzarla por completo huye á medida que el obrero piensa, medita y anhela otros goces, su bienestar completo, ó sea la felicidad, bello ideal de todo el género humano.

La felicidad no es una cosa que se adquiere ó se compra con más ó ménos dinero; podremos obtener el objeto amado; pero la felicidad la encontramos ya en distinta parte ó en distinto objeto.

¡Pobre condicion la nuestra!

Correr y siempre correr en alas del deseo; soñar y siempre soñar con la felicidad, que jamás encontramos.

Soy feliz, exclama llena de gozo la madre que siente los primeros síntomas de la maternidad. ¡Voy à ser madre! ¿qué más quiero? Y no acaba de pronunciar esta última palabra, cuando anhela ver en el mundo el fruto de su amor, que espera con impaciencia algunos meses.

Soy feliz, exclama el padre tambien, pero mi deseo... mi deseo es que sea varon.

Hé aquí por qué hemos dicho que la felicidad vá siempre delante de nosotros, sin alcanzarla nunca, porque jamás el género humano se verá libre de ambiciones ni de deseos.

Estamos filosofando demasiado, lector, y ya sabes tú lo que son muchos filósofos en estos tiempos. Entes ridículos si se quiere; malos presagiadores del destino; fatalistas, y en una palabra, soñadores.

Esto nada tiene que ver con que la filosofía sea la ciencia menos oscura del mundo. Basada en los hechos, juzga las cosas por las causas y sus efectos. El hombre analiza, discurre, observa, forma su opinion, su doctrina, y de aquí la clase de escuela à que pertenece.

Sócrates...

Pero no discurramos, pues sería interminable y harto cansado este artículo.

Hemos probado que la felicidad vá siempre delante de nuestro deseo, y hemos dicho bien.

El hombre será feliz tan pronto como se olvide de su ambicion y de su egoismo.

Por otra parte, es *feliz* en el dicho todo aquel que quiere serlo.

Cualquiera goza ó es feliz con sus pasiones.

El jugador, que posee el vicio más repugnante del mundo, goza y es feliz en el juego, si despues no le atormentáran sus remordimientos.

«Qué felices son... los que lo son.»

se dice vulgarmente; lo que prueba que el ser feliz en esta vida no es tan fácil ni tan difícil como se cree.

El hombre es lo que quiere ser.

«Bienaventurados los que lloran, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Esta consoladora máxima nos hace felices á todos.

F. RUEDA LOPEZ.

CUESTIONES PSICOLÓGICAS.

PSICO-FISICA DEL SUEÑO.

(CONTINUACION.)

El Dr. Willemin de Straburgo en un trabajo sobre las causas del sueño, se funda en esta última hipótesis.

Segun el precitado autor, las condiciones físicas de las células encefálicas, despues de un periodo de actividad, modifican la inervacion vaso-motora; los vasos cerebrales se contraen y disminuyendo el aflujo de sangre, se suspende la actividad funcional del cerebro hasta tanto que la reparacion de los elementos nerviosos se efectúa: realizada la ante dicha reparacion, ya este fenómeno, ya una excitacion cualquiera, trasmitida por los medios sensitivos, produce la dilatacion vascular, y comienza de nuevo el trabajo representante de la vigilia.

Difícil es, en el estado actual de los conocimientos fisiológicos, aceptar en absoluto cualquiera de las hipótesis que hemos indicado, y en especial esta última, en la que hay, desde luego, que suponer un cambio morfológico de la sustancia del cerebro como origen de la suspension y de la continuacion de la respiracion cerebral.

Otra opinion bastante notable es la sustentada por Pflü-

ger, según la cual el sueño no es mas que una intermitencia de la disociación de la materia organizada, una asfixia que depende «de la formación intra-molecular de ácido carbónico, que se detiene en la sustancia gris del cerebro».

No son estas todas las opiniones, que se han formulado en este punto, y aún podríamos, si los estrechos límites de este trabajo no nos lo vedasen, apuntar otras, como la de Byford, que hacía depender el sueño de la constitución de la sangre, ó como la de Curci, que pretendía explicar el fenómeno por una inversión de la corriente nutritiva que dá origen á la fuerza nerviosa; ni omitiríamos las ideas de Friedlander, que admitiendo la dependencia de todos los fenómenos sensitivos y motores de la electricidad animal, hacía consistir la actividad de la vigilia en «una polaridad adinámica» producida por «una polaridad dinámica».

Mas esta diversidad de aspectos del problema fisiológico, prueba evidentemente que la ciencia no ha dicho aún su última palabra, y que toda solución que pretendiéramos dar á las cuestiones que se producen, sería demasiado precipitada é irreflexiva, si se tiene en cuenta lo distantes que están los medios de comprobación, de la exactitud necesaria al grado de evidencia, que requiere el conocimiento científico.

II.

La consideración psicológica del sueño no adolece de los vacíos y deficiencias que la antecedentemente bosquejada, aunque también dista mucho de ser completa.

Sin embargo, como los fenómenos psíquicos parece que predominan en ese estado, y son, tal vez, más asequibles á una observación reflexiva, ocurre que la generalidad de los trabajos, que se llevan á cabo en este sentido, atiendan más al estudio del espíritu que al del cuerpo.

Al lado de las notables y clásicas producciones de Maury, Lemoine, Charma, Maine de Biran y Jouffroy, se cuentan las no menos estimables de Grotte, Spitta, Radestock, Dupuy, Stricker, Delbeuf y Maudsley, que en época no muy lejana han ilustrado todo lo relativo al sueño, con análisis

curiosos en lo que respecta á la actividad anímica, cuya continuidad se revela mediante el sueño en el período del descanso.

No cabe discutir hoy, como en la época de Descartes, si el espíritu duerme; pues no siendo el sueño la abolición completa de la actividad—cuya permanencia reconocemos y afirmamos en cuanto propiedad de los seres—no podemos menos que admitir la série continua de los estados ó determinaciones de aquella, áun cuando aparezcan cuantitativa ó cualitativamente diferentes.

Del mismo modo que en la vida de relacion del espíritu y cuerpo, á las modificaciones que aquel experimenta corresponden estados especiales de este, dada la esencial é íntima union de nuestra doble naturaleza, modifícase la série de nuestras funciones anímicas de un modo análogo á las corpóreas, variando en intensidad su ejercicio durante el sueño.

El pensamiento no cesa ni un instante de producir determinaciones más ó menos complejas, y el sentir se desenvuelve en estados particulares del mismo modo que en el período de vigilia. Sólo la voluntad pierde de algun modo su carácter, no ejerciendo influencia ni sobre el organismo corporal, ni menos sobre las precitadas facultades.

Indicados anteriormente los fenómenos psíquicos precursores del sueño, tienen legítima explicacion algunos hechos referentes á las circunstancias que aceleran ó retardan el descanso.

La falta de hábito en la reflexion de una parte, una lectura ó un ruido monótono de otra, son causas bastantes á que se produzca el sueño, como se retarda considerablemente ya por una profunda atencion hácia determinados objetos, ya porque el estado pasional del espíritu excite vivamente nuestra actividad.

Mas el particular funcionalismo de esta no pasa desapercibido para nosotros; antes por el contrario, la Memoria nos atestigua las formas particulares de *la vida individual del espíritu* en el sueño, concepto que juzgamos muy adecuado para caracterizar el ensueño.

Nada hay que aparezca más incoherente que los ensueños, por más que en todos y cada uno de sus detalles existan los mismos elementos intelectuales que en el período de vigilia.

Las pasiones, los afectos, las ideas son reproduccion fiel de estados análogos producidos con anterioridad y evocado su recuerdo por causas que desconocemos à veces, aunque sin ningun género de duda dependen de la ley de asociacion.

Dugald-Stewart resume en dos proposiciones fundamentales la teoría de los ensueños, afirmando que la sucesion de nuestros pensamientos sigue idéntica marcha que en la vigilia, explicándose el desórden que notamos por una asociacion accidental no comprobada por la percepcion externa.

Maudsley enumera las condiciones que determinan el origen y carácter de la actividad psíquica en este estado, dando una verdadera importancia à la experiencia anterior, y à las impresiones recibidas, datos, que sin ningun género de duda, son elementos indispensables para su produccion; pero son de notar, como hechos curiosos, las falsas sensaciones relativas à los sentidos externos.

Las sensaciones del gusto y del olfato se reproducen raramente en el ensueño; hay casos de soñar en mesas llenas de sabrosos manjares, mas no se ha dado caso, que sepamos, de que el sentido del gusto haya intervenido en el ensueño: veremos las mesas, pasearemos en un jardin lleno de flores olorosas, y no recordaremos las impresiones recibidas. Maine de Biran supone, que la naturaleza predominantemente afectiva de estos dos sentidos, impide la reproduccion voluntaria de los estados que experimentan, no sucediendo este fenómeno en el tacto, que presta materiales fecundísimos al ensueño, en el que se reproducen hasta con sus más mínimos detalles las escenas de la vida real.

Las sensaciones táctiles persisten de tal modo, que à veces su intensidad interrumpe el sueño, como ocurre en las pesadillas; experimentándose durante algun tiempo en la vigilia, sensaciones dolorosas que se traducen en fenómenos orgánicos tales como palpitaciones del corazon ó dificultades respiratorias.

La parte más esencial de los ensueños la tienen las sensaciones de la vista y del oido; se perciben palabras, se escuchan melodías continuadas y acordes complejos y muy variados, mas debemos en este punto notar una propia observacion que ignoramos si podrá tener carácter de generalidad.

Muchas veces hemos soñado en grandes conciertos tanto

vocales como instrumentales, y siempre que esto nos ocurre despertamos á causa de la desafinacion de algunas de las partes; no puedo registrar caso alguno de haber escuchado una pieza musical dentro de su justa medida, ni de haber llegado á concluirse convenientemente. Este hecho no tiene para nosotros una explicacion legítima, pues si en alguun caso un ruido cualquiera podía dar origen al despertar, no es posible suponer, que siempre nos encontremos en idénticas circunstancias.

Las sensaciones visuales tienen tambien un carácter particular, presentándose ordinariamente el paisaje soñado con una intensidad de luz parecida á la del crepúsculo, lo que produce vaguedad de formas en los objetos, y que la sensacion del espacio aparezca con la continuidad propia del conocimiento sensible interior.

En este punto cabe la discusion de las metamórfofis que parecen sufrir los objetos que soñamos.

Alfredo Maury sostiene que tales metamórfofis no existen, sino que por el contrario sólo hay simple sustitucion de imágenes, parecida á la que se verifica en los cuadros disolventes. En muchos casos las falsas sensaciones nos llevan á formular una asociacion falsa y de aquí las combinaciones de ideas antagónicas, origen de la incoherencia de los ensueños, que despues de todo no presentan nada de anómalo, si se comparan con los caprichosos pensamientos que en muchas ocasiones tenemos durante la vigilia.

Lo que nos hace creer que no existe un enlace lógico en las ideas que soñamos, es el predominio excesivo de la imaginacion y que produciéndose con una pasmosa rapidez estados de pensamiento distintos, el espíritu tiende á dar carácter de unidad á sus activas determinaciones; siendo la persistencia de una misma imagen la que nos conduce á afirmar la continuidad del ensueño: tal es la hipótesis de Wundt, relativa á esta cuestion.

Para terminar estos apuntes debemos abordar dos problemas distintos: el primero se refiere á la relacion de los ensueños con la Memoria, el segundo, de carácter psico-físico, tiene por objeto la relacion entre los ensueños y la temperatura de la cabeza ó la posicion del cuerpo.

Entre las facultades intelectuales, es la Memoria la que

nos revela de una manera evidente la identidad del espíritu en la série temporal de sus efectivas determinaciones, y la permanencia de nuestra intimidad en la vida. Sus datos no producen nuevos conocimientos, ni existe nada actual que no sea reproduccion más ó ménos fiel de hechos ya realizados.

El sueño á su vez no tiene objeto propio que constituya su materia; sus elementos no son más que reproducciones del pasado en las que reconocemos algo fortuito, accidental como las causas físicas y fisiológicas que sugieren los datos para su produccion, y algo necesario como la forma de relacion de los mismos.

Nuestros hábitos se manifiestan de una manera activa y forman lo esencial, el fondo de nuestros ensueños: en estos se habla, se discute, se dan soluciones á problemas, se refutan observaciones del mismo modo que en el estado de vigilia; sin embargo en algunas ocasiones, coordinadamente á la regularidad del pensamiento, se produce una estravagancia que dá por resultado la reproduccion de frases desprovistas completamente de sentido.

Muchos casos de recuerdos podemos distinguir en el ensueño, y algunos sumamente curiosos.

En primer término aparece el recuerdo de una parte del ensueño, reproduciéndose en el ensueño mismo.

Delbeuf cita el caso de soñar en ir al teatro: compra la localidad; teniendo tiempo suficiente dió un paseo bastante largo y despues de mil aventuras extraordinarias, vuelve de nuevo al teatro y entra á la hora precisa de comenzarse la representacion.

Un segundo caso consiste en recordar hasta en sus más mínimos detalles algun suceso ocurrido en el estado de vigilia.

Finalmente podemos soñar antiguos ensueños, del mismo modo que soñar estar soñando.

De igual manera que, segun lo que acabamos de indicar, existe una íntima relacion entre la Memoria y el ensueño, apareciendo este como la reproduccion ó recuerdo de lo ocurrido durante la vigilia, aparece á su vez el ensueño como objeto particular del recuerdo, siempre que el estado afectivo provocado por aquel, subsista ó se renueve ya en todo, ya en parte, durante la vigilia.

Ocurre con bastante frecuencia el olvido total del ensueño, especialmente en los niños, y en la generalidad de personas no habituadas á atender á este fenómeno; este hecho no puede autorizarnos para admitir la carencia de él.

Sometido á las leyes de la asociacion, la semejanza ó el contraste entre los estados producidos durante el sueño, y los que se efectúan en la vigilia son causas bastantes para que el recuerdo aparezca latente hasta que una circunstancia fortuita evoque de nuevo el objeto soñado.

La Memoria acumula los datos que nos suministran las universales relaciones que como seres inteligentes sostenemos con toda la realidad, y ya con conciencia de nuestra parte, ya de uno manera inconsciente, conservamos en nuestro espíritu todo lo que ha sido presente y visto en su intimidad. Esta ley que pudiéramos llamar de asimilacion conservadora por la cual nada se pierde en nuestra naturaleza, explica suficientemente muchas particularidades, muchas anomalías que se observan en la produccion de los sueños, y que en determinadas ocasiones les dan un carácter misterioso.

Los que prestan alguna atencion á este fenómeno, haciéndole objeto del estudio mediante la experiencia interna, se habitúan á recordar lo soñado, de tal modo que es fácil en la mayor parte de veces reconocer los datos que han podido servir de base para su produccion, y que son siempre recuerdos ó reminiscencias de un pasado más ó menos lejano.

No hace dos años reproduje, durante el sueño, hasta en sus más pequeños detalles, la demostracion del teorema de Pitágoras, tal y conforme la había expuesto siendo alumno de segunda enseñanza diez y ocho años antes, sin haber sido posible el que la recordase durante la anterior vigilia.

En muchas ocasiones me han ocurrido representaciones de objetos que durante mi infancia me habian sido familiares; pero hasta una época relativamente muy corta, he notado siempre una completa interrupcion en la série del pensamiento, una solucion de continuidad entre estados de la vigilia y el sueño, sin que me hubiese sido posible enlazarlos en completa continuidad.

Este hecho creia yo que era debido á las dificultades de observacion; pues si se atiende fijamente, no es posible dor-

mirse, y si por el contrario se distrae la atención, no podemos reconocer el fenómeno, no siendo extraño que excitaciones inmediatas é inconscientes pudieran determinar el objeto del sueño, desenvolviéndose después por falsas asociaciones.

Pero hace poco tiempo he podido reconocer, y he logrado que el ensueño sea la completa continuidad de un sólo pensamiento, la serie permanente de ideas y afectos producidos durante la vigilia y en el tránsito de esta al sueño, fenómeno que explico por la persistencia de imágenes de un estado pasional determinado, produciendo percepciones y excitaciones mucho más profundas que las de estados ordinarios ó indiferentes.

En la exposición que precede, queda un problema que resolver, tocante á la relación psico-física del ensueño, y á la posibilidad de provocarlos como medio de investigación psicológica.

El estudio de este punto, que corresponde á las consideraciones fisiológicas aceptadas, relativas á la actividad cerebral, no tiene hoy sino un carácter hipotético por más que observadores notables se han dedicado á este género de observaciones, y Delaunay, que es el que ha obtenido más frutos, se ha valido de dos procedimientos basados en los decúbitos y en la termometría cerebral.

De los datos recogidos por el precitado autor resulta, que si de ordinario no se recuerda el objeto ó materia del ensueño, basta tan sólo abrigarse la cabeza para provocarle y provocar á su vez el recuerdo; la pérdida de calorico produce sueños razonados é inteligibles, y favoreciendo los decúbitos el acúmulo de sangre en regiones determinadas cuyo funcionalismo se activa, posible es determinar el carácter del ensueño determinando previamente la posición cuerpo.

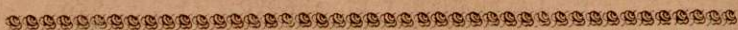
Son los ensueños mucho más frecuentes si se duerme con la cabeza baja; tienen un carácter personal de recuerdos llenos de viveza y de exageración si se acuesta la persona del lado derecho; pero si lo efectúa del izquierdo, los sueños obedecen á hechos recientes, pronunciándose discursos, y algunos individuos hasta prorrumpen en desaforados gritos; los ensueños sensoriales, de colores, de movimientos y lúbr-

cos, se provocan acostados de espaldas: tales son los hechos apuntados.

Sin embargo, mi experiencia personal no ha podido comprobar en su conjunto la hipótesis de Delaunay; pues si algunos casos han venido en su apoyo, la generalidad de veces no se realizan segun las precedentes observaciones.

En este punto terminamos nuestra tarea no con la confianza de haber hecho un completo y perfecto estudio del sueño; pero sí deseando vivamente que estos apuntes sirvan de estímulo para superiores trabajos que lleguen à explicar satisfactoriamente los vacíos y deficiencias en muchas cuestiones que están en relacion íntima con el descanso funcional de nuestras actividades.

AGUSTIN ARREDONDO.



LA FUENTE Y EL ARROYO.

EN EL ÁLBUM DE LINA.

De la Alhambra en la espesura,
oculta del sol ardiente,
hay junto á un risco una fuente
quieta, silenciosa y pura;
y más allá, peregrino,
corriendo entre el bosque umbroso,
deslízase rumoroso
un arroyo cristalino.

Cuenta una historia secreta,
que en otra edad más dichosa,
era la fuente una hermosa
y era el arroyo un poeta.

Él en amorosa cuita,
la hermosa con esquiveces,
cerca del peñon mil veces
se hallaron sin darse cita.

No era el poeta indiscreto,
y al ver los desdenes de ella,
no le contó su querella,
guardó su amor en secreto;
y así, que huyeran no dudo
un día tras otro día,

ella indiferente y fría,
él apasionado y mudo.

El cielo negó su apoyo
á esa pareja, inclemente;
convirtió á la hermosa en fuente,
trocó al poeta en arroyo,
y al pié del peñon se mira
la fuente con sus espejos,
mientras pasando á lo lejos
el triste arroyo suspira.

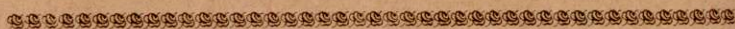
Allá, en las tardes de Mayo,
cuando refresca el ambiente,
cuando dora el sol poniente
los bosques con débil rayo,
llego, errando á la ventura,
del risco sobre la valla,
y hallo la fuente que calla,
y el arrollo que murmura.

¡Qué triste destino el suyo
pudiendo ser diferente!
¿Qué es un arroyo sin fuente?
¿Qué una fuente sin murmullo?

El uno, ya se adivina,
cáuce en el estío seco;
la otra sin amor, sin éco,
una tumba cristalina.

Lina, de la fuente aquella
conserva la historia triste;
la hermosa que en ella existe
no era como tú tan bella:

mas su esquivez fué su escollo,
y al verte así, indiferente,
sin querer, pienso en la fuente;
suspiro como el arroyo.



LA MUERTE DE UN PUEBLO.

Hay en las páginas de la historia figuras sombrías, épocas de desfallecimientos, periodos de densas y tristísimas sombras que caen sobre el espíritu como los pliegues de un sudario, así como hay en la naturaleza días en que la luz del sol está velada por oscuras nubes, tormentas en que solo se apercibe el relampaguear siniestro, seguido del majestuoso é imponente trueno que repiten entre sus huecos y cavernas las escarpadas montañas.

Pero así como vuelve siempre tras la asoladora tormenta la luz del sol y los colores del iris á lucir en los cielos, vuelve tambien en la historia, resumen de nuestra existencia, á lucir la libertad, constante deseo, eterna aspiracion del espíritu humano.

No olvidemos estas evidentes verdades comprobadas por larga série de hechos, al descender á la contemplacion de ciertas figuras y al estudio de determinadas épocas y periodos. No tomemos las sombras de pasajera noche por una oscuridad que ha de durar perennemente. No creamos que porque hay séres tan desdichados que poseen tenebrosas conciencias avezadas al crimen, se eclipse ni pueda destruirse el luminosísimo faro que nos esclarece y nos guía en los tortuosos caminos y ásperos senderos de la vida.

Acababa de cometerse en Europa el màs grande de los atentados. Una soberana del Norte, una especie de Eumé-

nide que nunca vió harta su sed de sangre ni satisfechos sus desenfrenados apetitos por todos los goces à que se entregaba con verdadera bestialidad, había decretado la desuartizacion y la muerte de Polonia.

No podía la emperatriz moscovita perdonar à los polacos los actos de la dieta de 1781, la alianza con Prusia desdeñando la alianza por ella ofrecida, y la constitucion del 1791. Sus huestes superiores en número, se lanzaron à su mandato como sabuesos enardecidos por el olor de la sangre sobre el infeliz pueblo. La dieta recibió la declaracion de guerra como oye su sentencia de muerte el inocente que ya nada puede esperar del rigor de adverso destino.

Polonia comprendió que había sonado su última hora. Llamó à todos sus hijos à las armas, abrazó el estandarte nacional, besó sus altares, dirigió una última mirada à sus ciudades donde quedaban aguardando toda suerte de esclavitudes y de horrores cuanto hay de mas caro en la vida, y se lanzó à la lucha. Sus huestes fueron deshechas, asesinadas en aquella desigual è injustísima contienda. En vano se elevó como el último rayo de esperanza Tadeo Kosciuszko. En vano llevó à cabo con un puñado de valientes aquellas batallas que resucitarán más tarde nuestros guerrilleros sobre el suelo de España contra las huestes de Napoleon. Kosciuszko fué herido, hecho prisionero, dispersas sus huestes, y trasladado à tétrica torre de San Petersburgo à arrastrar una existencia mil veces más odiosa que la misma muerte. Su vencedor Souwaroff fué implacable. Entró en la ciudad más próxima y veinte mil inocentes cayeron bajo el filo de su sable. Parecía que las hordas de los suevos y de los vándalos se habían levantado à un conjuro de sus huesas y habían de nuevo principiado aquellas correrías é inauditas crueldades que pusieron fin al poder romano en los últimos dias del corrompido imperio. Varsovia sufría toda suerte de vejámenes, de martirios. Por los àmbitos de Polonia se oía tan solo el eco tristísimo de su agonía, el quejido desgarrador lanzado como una recriminacion à Europa por su criminal abandono.

La patria de Zobreski había muerto. El pais que en la civilizacion había debido el salvarse de la barbarie gracias à las hazañas llevadas à cabo bajo los muros de Viena por

las huestes polacas, había sido inícuamente asesinado sin que ninguna de las naciones por ella salvada hubiera acudido á su auxilio, á libertarla de la opresion, á impedir que el infame atentado y la execrable violacion se consumaran por la autócrata de Rusia, por aquella mujer insaciable, ambiciosa hasta el delirio, voluptuosa hasta el encenagamiento, que se complacia en repartir entre sus amantes estados, dinero, esclavos, honores, joyas, pisoteando todo pudor, con el cínico descaro con que hace alarde de sus vicios y sus faltas la degradada cortesana.

Volvamos los ojos á ménos sombríos horizontes, á ménos tristes recuerdos.

El ejemplo de Grecia despertó en el fondo de los calabozos austriacos el alma de Italia, é Italia despues de una lucha epopéyica como todas las luchas de reconquista, como todos los combates por la independendencia, arrojó de su seno, expulsó de su tierra, á los extranjeros, á los bárbaros que la ensangrentaban con sus aceradas espuelas y la oprimían hasta sofocarla entre sus brazos. Un huracan henchido de ideas parecía haberse desprendido desde la cima de los nevados Alpes, hasta las costas del Tirreno y del Adriático, desde las montañas hasta los mares, huracan de impetuosas ráfagas al cual no pudieran resistir los opresores ni aun al abrigo de las terribles fortalezas del cuadrilátero que ha sido por tan largo tiempo el patíbulo de la patria del Dante.

Hoy una nacion mártir yace amordazada, yerta y moribunda sobre los hielos del norte. Sus opresores, en su asiática barbàrie, quieren extinguir hasta la lengua natal, creyendo poder borrar de esta suerte en las generaciones venideras, que han de ser por fuerza las vengadoras de las generaciones pasadas muertas en el potro del tormento, el amor à la pátria. Al ver la fuerza de los opresores, la irremediable debilidad de los vencidos, al ver ese inmenso imperio, deforme como las antiguas castas, aniquilando con sus férreos miembros el desfallecido cuerpo de su víctima, muchos creen que Polonia ha muerto; que sus hijos serán como los hijos de Israel, dispersos por el mundo, y no se reedificará en tierra polaca el templo de la libertad, y el santuario de la independendencia.

Pero nosotros, los que tenemos las ideas de nuestro siglo,

nosotros los que hemos aprendido por repetidas enseñanzas históricas y sociales que el despotismo es estéril como las arenas del desierto, que sus conquistas solo pueden vivir sostenidas por la fuerza material, por las ensangrentadas bayonetas y cañones humeantes, nosotros debemos, sí, esperar y creer que los pueblos que yacen como sombras de sombras, aherrajados y esclavos, se levantarán al fin de su oscura ergástula.

Apenas se comprende la ceguedad de los que de estas causas desconfían. El falso oropel del poderío ciega igualmente á esas almas tan pequeñas que no pueden respirar ni vivir en la elevada y serena region donde llegan las conciencias amantes de los grandes ideales.

Cuando Roma estaba henchida de concupiscencias, envuelta en la púrpura del oriental y deslumbrante manto, rodeada de sus legiones prontas á defenderla, ceñida su frente por imperial corona, teniendo luchas de hombres, verdaderos holocaustos de mártires, para que por un momento distrajeran y disiparan con sus agonías y sus dolores su letal hastío, muchos de sus filósofos, gran número de sus poetas, que debían presentir la venida de los nuevos cambios que ya se dibujaban en las conciencias como las alondras presienten en el seno de las sombras la proximidad de la alborada, creían eterno aquel poder, imperecederas aquellas instituciones, inmortal aquel imperio y despreciaban los predicadores y los creyentes de una nueva idea, los cuales solo tenían su propia debilidad por arma y su propia insignificancia por defensa, visionarios que coronaban sus insensateces, que tales las calificaba aquella sociedad corrompida, ofreciendo su existencia en holocausto á un Dios espíritu, á un Dios verbo, á un Dios alma, que sólo había dejado de su paso por el mundo, una cruz ensangrentada donde había espirado entre cruentos dolores é indescriptibles angustias, escarnecido é insultado, como el emblema del sufrimiento, como la imagen del dolor.

Y aquella idea germinó y creció, y aquella idea ungió más tarde la frente de los pueblos bárbaros que se desprendían de las heladas estepas del norte para arrancar el corazón á la Roma cesárea que no había creído en la redención mesiánica ofrecida por Cristo, y el cristianismo, la doc-

trina de la caridad y del amor, se extendió por el mundo, mientras al conjuro de su fé se levantaban sobre el planeta esas maravillosas catedrales, esas basílicas llenas de poesía y misterios, esas abadías de góticos claustros llenas de crepusculares penumbras, por cuyas atrevidas bóvedas se ven vagar entre los últimos resplandores del día, entre la humareda del incienso y el fulgor de los cirios las plegarias de diez siglos y se apercibe sobre las tumbas de mármol como rendidos al eterno sueño de la muerte, las estatuas yacentes de aquellos que con su valor y con su esfuerzo, fueran en la peregrinación más grande que recuerdan los siglos, á pelear por la religion, á morir por la fé: abadías y catedrales donde se ven perdidas en las poéticas sombras de sus capillas, las estatuas de las vírgenes inmaculadas y de los ángeles intercesores con sus alas desplegadas y abiertas como si fuesen ya á emprender su ascension á los cielos; maravillosas fábricas en cuyos claustros de piedra resuena el órgano como un doliente, prolongado gemido, como un miserere entonado por la humanidad entera, que se queja y se retuerce de dolor al ver estrellarse contra la roca de la fría realidad los ideales del alma, las concepciones del espíritu.

Pues bien, así como el cristianismo, que era en realidad solo una idea impalpable, una misteriosa luz que centelleaba en algunas privilegiadas conciencias, derrocó y hundió en el polvo al gigante imperio romano, cuyas águilas parecían tener el mundo entero entre sus garras; así como la reforma iniciada más tarde por fray Martin Lutero despertó á los países del norte y les comunicó toda la fuerza de la vida; si vemos en realidad demostrado por la historia que la idea tiene poder tan grande, no debemos ni por un instante desconfiar de que los pueblos hoy esclavos, hoy siervos, los pueblos que arrastran como desheredados una cadena por el mundo, pero que llevan y guardan en su alma el pensamiento, la idea de su nacionalidad, el amor á la patria, el culto por la tierra en que nacieron, por el suelo donde duermen sus padres, y donde mañana dormirán sus propios restos y los restos de sus hijos, esos pueblos ¡ay! triunfen de los tiranos que los opriman, venzan á los esbirros que los vejan, y renazcan con la experiencia del sufrimiento y la desgracia, á

llevar su óbolo y su esfuerzo á la genesiaca obra del universal progreso.

Nuestro siglo y nuestro tiempo, por algunos calificado de egoísta y excéptico, de época de decadencia, es, bien al contrario, siglo grandioso porque crea pueblos, les comunica su aliento de fuego, los bautiza con sus ideas humanas é igualitarias y los lanza nuevamente á la vida.

Es cierto que aún quedan por desaparecer muchas sombras, por borrarse muchas injusticias: es cierto que aún quedan por los helados desiertos del norte un continente semi-asiático, regido por un déspota, á un tiempo César, pontífice, generalísimo, *imperator*, á cuya voz pueden caer millares de cabezas segadas por el hacha del verdugo y á cuyo capricho pueden ir los pueblos enteros á morir en las más solitarias y tristes estepas del mundo. Es cierto que hay un imperio que aún conserva entre sus manos el sudario de los siglos medios con el cual cubre un credo muerto por haber renegado y maldecido de las ideas de su tiempo y del pensamiento de su época.

Es cierto que un general de la tierra de los bárbaros se ha puesto al frente de sus huestes, las ha azuzado sobre un pueblo que ha sido el verbo de la civilización moderna, y le ha arrebatado dos de sus más queridas hijas, y ha invocado sobre montones de moribundos palpitantes, frente á ciudades ennegrecidas por el incendio, el nombre sacrosanto de Dios, para ceñir una corona imperial á sus sienes, mientras en los aires se elevaban como una maldición apocalíptica las voces de las madres cuyos hijos habían servido con sus huesos para levantar la escala por donde subiera al trono del cesarismo, á la cúspide anhelada del poder el guerrero germano.

Sin estos dramas que ennegrecen la historia, sin estas hecatombes que angustian el ánimo, sin estos imperios que quieren amordazar hasta la conciencia, que quieren hundir hasta el pensamiento, con el peso de sus coronas de derecho divino, forjadas en el cielo, sin estos déspotas que solo desean como los buitres mucha carne para satisfacer su voracidad insaciable, y como las furiosas Euménides mucha sangre para refrigerar la sed de sus lábios, manchados por toda suerte de falsedades y protervias, no suspiraríamos, no,

por ese celeste bien de la libertad, luminosa estela tendida como una vía láctea por el cielo de la historia, fecundo semillero de mundos, primaveral aliento cargado de perfumes y armonías, que viene con sus resplandores á despertar las más grandes concepciones y los más titánicos esfuerzos del espíritu humano.

Esperemos en la resurreccion de Polonia.

X

(Almería, 1883.)

LA CUESTION DE AGUAS.

MEMORIA. (1)

Encargado por el Excmo. Ayuntamiento de Almería de formalizar un proyecto de conduccion y distribucion de aguas, he procurado cumplir mi encargo de la mejor manera que me ha sido posible. El proyecto de conduccion, redactado por los Sres. Arquitectos Rull y Cuartara, ha sido aceptado por mí, en principio, introduciendo en él algunas modificaciones. Los proyectos de Depósito y distribucion son enteramente nuevos, habiendome servido de mucho para este último, el plano de la poblacion levantado por el Sr. Rozas y completado por el Arquitecto Sr. Cuartara.

Con objeto de que se puedan ejecutar independientemente los trabajos de conduccion, los del Depósito y los de la distribucion, he redactado tres proyectos distintos, con todos los documentos necesarios para que se puedan sacar á subasta; solo la Memoria es única y comun á los tres, porque no es documento de contrata.

Considero inútil hacer aquí una descripcion de la manera como Almería está hoy abastecida y entretenerme en consi-

(1) Presentada al Ayuntamiento de esta capital, por el Ingeniero encargado de hacer el estudio para la conduccion de las mismas.

deraciones que justifiquen la necesidad de este proyecto. Todos los que lo han de examinar, están perfectamente convencidos de ello, y además, ocasion se presentará en el curso de esta Memoria, de hacer algunas observaciones. Empiezo, pues, ocupándome de la

CONDUCCION.

CANTIDAD DE AGUA.

La cantidad de agua que se necesita para surtir á una poblacion, està ya conocida por la práctica adquirida en las conducciones importantes que se han hecho en estos últimos años, y depende principalmente del clima y de las costumbres de la localidad. En una ciudad donde el agua ha escaseado siempre como sucede en Almería, no puede tomarse dato alguno del consumo actual, con tanto más motivo, cuanto que con el sistema de distribucion existente, el agua no se reparte con regularidad, y puede decirse que en vez de distribuirla, lo que se hace es desperdiciarla, sin provecho para nadie.

Para fijar el tipo que corresponderá á una poblacion de 40.000 habitantes, que tiene Almería segun el censo de 1877, observaremos los principales usos á que se destina el agua, que son:

1.° El servicio doméstico, que comprende la bebida y preparacion de los alimentos, el aseo personal y limpieza de todas las dependencias de la casa.

2.° El consumo industrial en las fábricas y establecimientos de baños.

3.° La limpieza y riego de calles y plazas.

4.° El surtido de las fuentes monumentales y jardines públicos.

Y 5.° La extincion de los incendios.

Los Ingenieros ingleses calculan por término medio para los dos primeros servicios 90 litros por dia y habitante y para los restantes de 40 á 70 litros, lo que dá un total de 140 á 160 litros por persona y dia.

Los franceses han aceptado el tipo mínimo de 100 litros por día y habitante, dividido en 50 litros para necesidades particulares y otros 50 para las públicas. En las distribu-

ciones más moderdas han escedido muchos este tipo, llegando en Marsella á 470 litros.

En España se ha admitido ordinariamente el tipo de 100 litros como mínimo, que se ha elevado en Madrid hasta 450 litros; pero para una poblacion de las condiciones de Almería, creemos esta última cifra muy exajerada, y que debemos atenernos al tipo de 100 litros.

Estos 100 litros pueden considerarse distribuidos de la manera siguiente:

Necesidades particulares.	50 litros.
{ Riego de la vía pública. Fuentes monumentales. Extincion de incendios y otros consumos even- tuales no previstos.	20 » 20 » 10 »
Necesidades públicas.	100 »

Total por habitante. 100 »

Esta es, pues, la cifra que tomamos como tipo, para calcular la cantidad de agua que deba conducirse á Almería.

El número de habitantes es 40.000 segun el último censo, pero en esta cifra están incluidos los barrios de la Cañada, Huercal y Cabo de Gata, á los que no puede extenderse el abastecimiento, y por lo tanto hay que descontar la poblacion de ellos. Apreciándola en unos 6.000 habitantes, quedan 34.000 como cifra que representa el número de almas á que se ha de surtir, que á razon de 100 litros por cada una y por día, dá un total de agua necesaria para el abastecimiento de Almería de 3.400.000 litros al día, ó sean proximamente unos 40 litros por l".

Determinada ya la cantidad de agua que debe conducirse, la primera operacion que había que practicar, era buscar este caudal de agua. Reconocidos detenidamente todos los alrededores de la poblacion en una zona bastante extensa, no ha sido posible encontrar corriente de agua, ni manantial de mediana importancia: el rio Andaráx está completamente seco muchos kilómetros ántes de llegar á Almería, y si esto sucede con el cáuce de más importancia, puede suponerse lo que ocurrirá con las ramblas y barrancos: en tiempo de avenida conducen cantidades fabulosas de agua, pero de ordinario están completamente secos.

Las laderas de las estribaciones que rodean la ciudad, están constituidas en su mayor parte por calizas y conglomerados, sin que aparezcan á la superficie las capas de terreno impermeable: consecuencia de esto es que las aguas pluviales se filtran por las grietas y hoquedades, no presentándose en ningun punto manantial de importancia, que como es sabido sólo existen en la union de terreno permeable con el impermeable. En la cuesta del Gato y en el Quemadero, hay algunos rezumamientos, y por el aspecto del terreno y su constitucion geológica, puede presumirse que con trabajos de alumbramiento bien dirigidos, podría obtenerse el caudal de aguas necesario; mas para basar en este dato todo un proyecto de abastecimiento, habría sido preciso hacer exploraciones y trabajos de investigacion. Desgraciadamente, la ciencia del Ingeniero no alcanza á donde llega la habilidad de algunos, que suelen recorrer los pueblos buscando aguas y otra cosa; y así es que en frente de estos rezumamientos, yo no puedo asegurar nada, sin hacer trabajos costosos y de dudoso éxito, y me limito por lo tanto á estas indicaciones.

No habiendo aguas alumbradas, preciso es acudir á las aguas subalternas, y aquí se presentan dos soluciones: la primera consiste en aceptar la capa de agua subterránea que circula bajo la ciudad, capa reconocida en los muchos pozos que existen, cuya altura es próximamente la del nivel del mar y elevarla por medio de máquinas á un Depósito situado convenientemente; y la segunda solucion, es alumbrar una capa de agua subterránea en un punto bastante alto, aunque esté distante de la poblacion, para que puedan venir rodadas hasta el Depósito de la ciudad.

Para la primera solucion debería elejirse la nória abierta en la huerta de Santa Rita: allí se ha encontrado un manto de agua, que parece ser independiente de la capa general reconocida en todos los demás pozos: manto de agua de excelentes condiciones potables, que circula por una grieta casi vertical de la caliza, y cuya cantidad debe ser más que suficiente para el abastecimiento de Almería. Para determinar de una manera exacta si esto era cierto, el medio más práctico habría sido colocar bombas ó un aparato cualquiera, que extrajese de la noria 40 litros por l^a, y ver si con este

gasto no bajaba su nivel, y si así sucedía era prueba clara y concluyente de que la corriente de agua allí establecida, por lo menos conducía este caudal.

No hemos podido hacer esta experiencia por falta de medios, pues para sacar esta cantidad de agua y elevarla 26,00^m que tiene de profundidad la noria, habría sido indispensable una máquina de vapor de 20 caballos de fuerza y no ha sido posible obtenerla en esta localidad. Pero tenemos un dato facilitado por el distinguido Ingeniero Sr. Levenfeld, que hace algunos años practicó un detenido reconocimiento de dicha noria. Según él, las aguas entran y salen del pozo de la noria por una grieta casi vertical de 0,03^m de ancho y 0,80^m de altura: la carga de agua sobre la parte superior de este orificio es 0,35^m, y con estos datos y admitiendo 0,62^m para coeficiente de contracion resulta un gasto de 39,06 litros por l".

Estamos muy lejos de dar á este resultado más valor que el que le dá su autor; pero así y todo es suficientemente exacto, para poder decir con grandes probabilidades de éxito que la noria de la huerta de Santa Rita, tiene caudal bastante para el abastecimiento de Almería.

La calidad del agua es excelente, y no necesito insistir en este detalle, ni mucho menos presentar el análisis cuantitativo, porque la experiencia ha demostrado sus buenas condiciones, siendo usada y preferida por mucha gente de la población.

Para emplear esta agua en el abastecimiento de la ciudad, es preciso elevarla, primero los 26,00^m que tiene de profundidad el pozo, y despues 20,00^m más para que domine la altura de los edificios, ó sea un total de 46,00^m. La fuerza en caballos que hay que desarrollar para hacer este trabajo

$$\frac{40 \times 46}{75} = 24,53, \text{ ó sean } 25.$$

Suponiendo que las bombas no aprovechen más que 0,60 de la fuerza motriz, sería preciso que la máquina de vapor produjese 41,60 caballos de vapor, y si el rendimiento de

esta es $\frac{2}{3}$, su fuerza nominal había de ser 62,40 caballos.

El coste de ella incluyendo el de los edificios, puede valorarse en 2.500 pesetas por caballo, lo que dá un total de 155.000 pesetas.

El gasto anual se compone del coste de combustible, maquinistas, grasas, etc., y el coste de las reparaciones: estas cantidades pueden apreciarse en lo siguiente:

	Pesetas.
Combustible, gasto diario, (suponiendo un consumo de 1 kilogramo por caballo y por hora) 1.512 kilogramos á 30 pesetas los 1.000 kilogramos.	45,36
Maquinista 1.º	5,00
Idem 2.º	4,00
Fogonero 1.º	3,00
Idem 2.º	2,50
Limpiador de máquina.	2,00
Guarda-almacen de efectos y combustible.	3,50
Mozo ó peon encargado de la limpieza del edificio.	1,75
Grasas, trapos, aceite, etc.	6,00
Total gasto diario.	73,11
Gasto anual.	26.319,60 pesetas.
Id. de conservacion y reparacion.	7.500,00 »
Gasto total.	33.819,60 »

Al coste de instalacion de la máquina, valorado en 155.000 pesetas hay que agregar el de la tubería, desde el pozo al Depósito, cámara de aire, etc., que puede suponerse de 45.000 pesetas, dando un total de 200.000.

Con este gasto próximamente de instalacion y uso anual de 33.819 pesetas, podía surtirse perfectamente Almería de 40 litros de agua por l" de calidad excelente, y á una altura bastante para dominar los puntos más altos de la poblacion.

Esta es, pues, una solucion posible, pero es enormemente costosa, y sólo se debería recurrir á ella en el caso de que

hubiese imposibilidad absoluta de obtener aguas por la segunda solucion que indicamos.

Esta consistía en alumbrar la capa de agua subterránea, en un punto bastante distante de la poblacion, para que las aguas pudiesen venir rodadas hasta el Depósito, y ningun sitio más apropósito que el cauce del rio Andarax, pues existe reconocida en él, una capa de agua subterránea de bastante poder, que atacada por medio de galerías, sirve para surtir á todos los pueblos de sus márgenes. Un medio, pues, seguro, de dotar de agua á Almería, sería construir una galería filtrante, en direccion perpendicular á la del rio; y ejecutándola con todas las condiciones que la ciencia aconseja, el problema estaría resuelto.

Pero como actualmente se surte Almería de una galería de esta especie, llamada fuente Larga y Redonda, y segun he oido á personas autorizadas, el Ayuntamiento tiene derecho á la novena parte del agua que produzcan estas fuentes y á la totalidad en caso de desabasto, aunque no he podido examinar documento alguno en que conste este derecho, no puedo poner en duda que se hace uso de él, y siendo cierto que el Ayuntamiento tiene derecho á una parte mayor ó menor de las aguas que produce esa galería filtrante, llamada fuente Larga y Redonda, ¿á qué abrir una nueva? Lo lógico es aceptar la que ya está abierta, y si su producto actual no fuese suficiente, alargar la longitud, aumentando de este modo su superficie de filtracion.

El punto en que está construida esta galería, se halla á altura suficiente para que las aguas puedan venir rodadas hasta el Depósito y surtir desde él á toda la ciudad; y en cuanto á su cantidad, creemos que siempre podrá obtenerse la necesaria.

Hemos hecho varios aforos del agua que produce y estos han oscilado entre 31 litros y 9 litros por 1", pero hay que tener presente que estas experiencias se han hecho siempre en épocas de extraordinaria sequía, y aunque no hemos podido comprobarlo, se nos asegura que de ordinario produce mucha más. Así lo creemos, y sobre todo estamos perfectamente convencidos de que si no los produce, puede producirlos. El problema es aumentar lo necesario la superficie filtrante y ya alargando solamente la galería que hoy existe,

ya bajando uno de los estribos de la bóveda, hasta que se apoye en terreno impermeable: tal vez sustituyendo los muros de sillería por otros de mampostería en seco, ó haciendo todas estas cosas á la vez, es evidente para el que conoce la localidad, que la fuente Larga y Redonda, producirá mucha más agua que la que hoy trae.

Si es cierto que el Ayuntamiento tiene derecho á toda la que necesite para el consumo de la ciudad, lo que procede es, que haga en la galería filtrante las obras necesarias, para obtener un caudal de 40 litros ó de 360 litros por l", segun la interpretacion que se dé á la frase (que no he leído) de que se tiene derecho á *toda*, en caso de desabasto. Porque si esta palabra vaga de *desabasto*, quiere decir, tener menos de la necesaria, como la que necesita son 40 litros por l", en teniendo asegurada esta produccion en la fuente, se lleva toda la que la fuente produzca y abastece la ciudad. Mas si lo que parece más equitativo, se entiende que *desabasto* ha de ser verdadera hambre de agua, en este caso nunca le dejará el Sindicato tomar más de la novena parte, fuera de casos escepcionales, y para tener el Ayuntamiento asegurados sus 40 litros es forzoso que produzca la fuente 360 litros.

Ya sea uno ú otro tipo como consecuencia de la interpretacion que deba darse á esa palabra, lo cierto es que los dos pueden obtenerse, porque una capa de agua que corre subterráneamente por el fondo de un valle de cuenca muy extensa, toda ella formada por terrenos permeables, debe tener una potencia extraordinaria.

El punto, pues, de toma del agua en esta segunda solucion, debe ser la fuente Larga y Redonda, haciendo en ella si fuese necesario las obras convenientes para elevar su caudal á la cantidad que ántes hemos dicho. Partiremos, pues, de este dato en el estudio de esta segunda solucion, cuyo proyecto detallado acompaña á esta Memoria.

Elejido el punto de toma de agua, se procedió á una nivelacion minuciosa, resultando que el suelo de la galería filtrante, en su origen, (sitio conocido con el nombre de boca de la cimbra,) está á 36,^m955 de altura sobre el nivel del mar. El trazado elijido tiene de pendiente 0,000,150^m por metro, y descontando de la altura citada de 36,^m955 lo que se pierde por la pendiente del acueducto y por la toma de

agua, llega el agua al Depósito solo á una altura de 36,00^m. La mínima profundidad que se puede dar al Depósito, és de 2,00^m, resultando por lo tanto que la solera de este está á la altitud de 34,00^m, y aunque esta altitud es algo escasa, es suficiente, sin embargo, como veremos al tratar de la distribución para el abastecimiento de Almería.

Resumiendo, pues, tenemos para el estudio de esta segunda solución:

1.° Que debiéndose alumbrar una capa de agua subterránea, ninguna más á propósito que la que corre por el subsuelo del río Andarax.

2.° Que teniendo el Ayuntamiento de Almería derechos sobre el agua que produce la galería filtrante del río, llamada fuente Larga y Redonda, parece natural elegir esta galería como toma de agua, con preferencia á otra nueva que pudiera abrirse.

3.° Que el agua que hoy produce es algo escasa, sobre todo en épocas de sequía; pero que por la situación y condiciones del terreno, es de presumir que podrá obtenerse la necesaria, con trabajos convenientemente ejecutados.

4.° Que debiendo ser estos de éxito seguro, puede admitirse como toma de agua la citada fuente Larga y Redonda.

Y 5.° Que la altura de este alumbramiento es de 36,955 sobre el nivel del mar, lo que permite con una pendiente aceptable en el acueducto, y una altura de 2,00^m de agua en el Depósito, colocar á 34,00^m de altitud la solera de este, con lo que puede hacerse la distribución en Almería.

TRAZADO.

El punto de origen del trazado, está determinado por la situación de la boca de la galería filtrante, y el punto de llegada, por el emplazamiento que se fije al Depósito. Reconocidos los alrededores de la población para determinar este sitio, ha parecido el más conveniente el que aparece señalado en los planos, á la derecha de la carretera de Vilches á Almería, y muy cerca de un cortijo de D.^a Ana Orozco. Allí se encuentra una esplanada de anchura bastante y á una altura próximamente de 3,00^m sobre el nivel que ha de

tener la solera del Depósito, lo que permite hacer á este, enterrado en toda la altura ocupada por las aguas.

Para ir desde el punto de origen del trazado hasta el sitio elegido como emplazamiento del Depósito, pueden seguirse dos caminos diferentes: uno de ellos, marchar próximamente por la curva del nivel y el otro, atacar de frente el terreno, dirigiéndose casi en línea recta, desde la boca de la cimbra hasta el Depósito. Despues de varios estudios comparativos, he preferido esta última solución, aceptada también en el proyecto de los Sres. Arquitectos, que tiene principalmente sobre la otra la ventaja de ser mas corta y por lo tanto perder menos altura à igualdad de pendiente.

La configuración del terreno obliga á la construcción de un túnel de 1.407,^m65 de longitud.

La pendiente adoptada ha sido 0,00015 por metro y la sección mojada del acueducto se ha proyectado rentangular, teniendo de ancho 0,50^m y de alto 0,25^m.

Con estos datos y empleando la conocida fórmula de Bazin

$$U^2 = \frac{R \cdot I}{0,03 + 0,00015 (1 \times \frac{R}{I})} \quad \text{en la que}$$

$$I = 0,00015.$$

$$l = 0,50 \quad \left\{ \begin{array}{l} w = 0,125 \\ h = 0,25 \end{array} \right\}$$

$$h = 0,25 \quad \left\{ \begin{array}{l} w = 1,00 \\ R = 0,125 \end{array} \right\} \quad \text{resulta } v^2 = 0,100806.$$

y por lo tanto $U = 0,317$.

El gasto será, pues:

$Q = S \cdot V = 0,039625$ ó sean 40 litros próximamente por l^o, que es la cantidad de agua que teníamos que conducir.

Haciendo uso de la fórmula de Tardini

$$Q = 50 \times L \cdot h \sqrt{p \cdot h}$$

en la que

$$L = 0,50$$

$$h = 0,25$$

$$p = 0,00015$$

resulta para valor de Q : 0,^m303825. es decir, próximamente los 40,00^m lineales determinados por la fórmula de Barin, que segun las experiencias hechas en el acueducto de Jeréz

por el distinguido Ingeniero Sr. Mayo, es la que dá resultados más conformes con la práctica.

Siendo muy conveniente que el acueducto vaya en desmonte, se ha hecho el trazado horizontal, de manera que satisfaga esta condicion, con desmontes pequeños, hasta que se llega al túnel. La longitud total del trazado desde la toma de aguas hasta la entrada en el Depósito es 2.783,55 metros, de los cuales 1.407,65 metros están en túnel como ya hemos dicho.

En los planos aparece detallada la seccion del acueducto; como allí se vé, está formada por un rectángulo de 0,30^m de altura y 0,50^m de ancho, cubierto con una bóveda de medio punto. Se proyecta formarla con hormigon fabricado con cemento, teniendo las paredes, el suelo y la bóveda 0,10^m de espesor; la parte interior de la cubeta hasta la altura de los arranques está revestida con una capa de cemento puro de 0,015^m de espesor.

No creemos necesario detenernos á justificar este método de construccion; su baratura le hace superior á todos y una experiencia, ya bastante larga, en muchos puntos de Francia, sirve de garantía por sus condiciones de solidez.

El hormigon se fabrica con dos partes de piedra machacada de muy pequeñas dimensiones y tres de mortero, hecho con dos partes en volúmen de cemento y tres de arena; una primer brigada de trabajadores establece la solera con la pendiente del proyecto: otra segunda hace los piés derechos, sirviéndose de un *gabarit* ó patron formado por dos tablas, que se colocan cada una sobre el paramento interior de cada pié derecho: estas dos tablas se mantienen á la separacion necesaria por tirantes de hierro, y cuando está concluida la construccion de los piés derechos, no hay mas que desenganchar los tirantes para sacar el molde. La tercera brigada extiende el revestimiento de cemento y una cuarta brigada coloca sobre los estribos trozos de bóveda, préviamente moldeados aparte: la union de la bóveda con los piés derechos, se hace por medio de una capa de cemento.

Detrás de los estribos ó sean paredes laterales del acueducto y sobre la bóveda, se coloca piedra machacada, arena gruesa, escorias ó cualquier otro material semejante, en una

capa de ocho ó nueve centímetros de espesor, y sobre ella se apisona la tierra hasta rellenar la escavacion.

En la parte que vá en túnel, éste tiene de seccion 1,00^m de ancho en los arranques y 1,60^m desde el suelo à la clave, siendo la bóveda semi-circular; en esta seccion se coloca la del acueducto, que es enteramente igual á la que hemos descrito; suprimiéndole la bóveda, de la manera que se demuestra en los planos.

Con objeto de obtener la mayor economía posible, hemos suprimido la bóveda en la seccion del acueducto; mas si el túnel presentase en algunos puntos desprendimientos ó algun otro accidente que hiciese temer una interrupcion del acueducto, se consideraría aquel trozo como si estuviese en desmonte, completando la seccion con la bóveda. En la imposibilidad de poder asegurar de antemano en qué longitud habrá de hacerse esta operacion, hemos supuesto que sea en unos 200 metros, y hemos admitido este dato para los cálculos del presupuesto.

REGISTROS.

Cada 200 metros próximamente se interrumpe el acueducto por una cubeta de 0,20^m de profundidad y 0,80^m de largo, destinada á recibir las arenas que conduzca el agua; en otros sitios se sustituye la bóveda por un pozo rectangular de 0,80^m de lado, que se eleva hasta el terreno, donde se cubre con una puerta de madera. Es evidente que estos pozos registros solo se construyen en la parte en desmonte, pues en la que vá en túnel, son completamente innecesarios; no así las cubetas que se construirán en toda la longitud del acueducto.

TOMA DE AGUA.

Hemos indicado antes que la toma de agua se hace en la boca de la galería filtrante llamada fuente Larga y Redonda, y hemos asegurado, bajo la fé de los que nos lo han dicho, que el Ayuntamiento de Almería tiene derecho á la novena parte de la que la fuente produzca ó á la totalidad en caso de desabasto. Mucho he deseado enterarme de esta cuestion, pero todos mis esfuerzos han sido inútiles: en el archivo del Municipio no existen documentos que lo justifi-

quen, y por extraño que parezca, he tenido que basar todo un proyecto de abastecimiento, en un *se dice*, impropio ciertamente de la exactitud con que se deben tratar estas cuestiones.

No sé, ni puedo prever cual será la solucion que se dará á este asunto: parece lo más natural creer que el Ayuntamiento pueda disponer solo de la novena parte, y entonces es indispensable que haga en la galería filtrante las obras necesarias para que el producto de la fuente llegue á ser de 360 litros por l".

De todos modos, y ya tome toda el agua que la fuente produzca ó tome sólo la novena parte, no necesita tomar nunca más de los 40 litros por l", que ántes hemos deducido, y la manera más sencilla de hacer esto es conducir á un estanque ó recipiente toda el agua que la fuente produzca y abrir en una de sus paredes un orificio de seccion determinada, para que con una carga, tambien dada, vierta 40 litros. El resto del agua saldrá del estanque, vertiéndose por las paredes, que no tendrán más altura que la necesaria para producir la carga indispensable sobre el orificio de salida, y de este modo cualquiera que sea la cantidad de agua que la fuente conduzca, *siempre* se tomarán 40 litros (si la fuente los conduce) y *nunca* se tomarán más.

En los planos aparece detallada esta parte de la construccion, y se vé que el agua sobrante, derramándose por un vertedero, marcha á la acequia antigua para dirigirse á la Vega

La seccion del orificio de toma de agua, se ha supuesto igual á la superficie mojada del acueducto ó sea 0,50^m de ancho y 0,25^m de alto, y aplicando la formula

$$Q = m \cdot w \sqrt{2gh}$$

en la que

$$Q = 0,04$$

$$m = 0,62$$

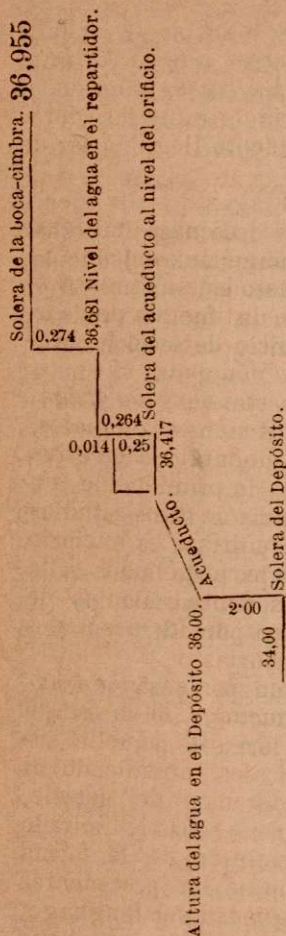
$$w = 0,125$$

$$\sqrt{2g} = 4,4272$$

resulta 0,0143^m para valor de h.

Con objeto de que se vea desde luego la distribucion de

la altura total, en sus diversos elementos, ponemas al márgen el siguiente croquis.



Examinándole, se nota desde luego que el gasto de agua del orificio, ó sea la toma del abastecimiento de Almería, es independiente de la altura de agua que traiga la fuente, cuyo sistema hemos creído preferible por su sencillez y exactitud, á cualquier otro repartidor ó modelo que pudiera colocarse. Este estanque ó recipiente, está encerrado en un recinto en el que no se puede penetrar sino por la puerta, que debe tener dos llaves, una en poder del Municipio y otra en el del Sindicato.

JOSÉ DE TRÍAS.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFIA.

A. DIAZ SALDAÑA. GRAMÁTICA CASTELLANA Y LATINA.

Es opinion valedera entre los que se dedican á cultivar los estudios clásicos, sostener que este linage de conocimientos atraviesan un periodo de profunda decadencia en nuestro país, que en siglos no lejanos contára con distinguida pléyade de humanistas, página gloriosa é imperecedera en la brillante historia de la literatura patria.

Mas si en cierto modo, y por causas que aquí no juzgamos pertinente apuntar, no se dá en los tiempos actuales, á la lengua latina en la educacion secundaria la escesiva preferencia que obtuvo en anteriores; imprimiéndole un carácter especial; mermando la importancia de otros estudios de no secundario interés para la general cultura, es lo cierto que existe una constante actividad entre los aficionados á la lengua del Lacio, si bien los modernos procedimientos de indagacion y exposicion son bien distintos de los aceptados por los ilustres maestros de pasadas centurias.

Presentida en aquella época, tan sólo por ensayos fragmentarios, *La Ciencia general del Language*, de la que la Gramática es una parte interna á las leyes de aquella subordinada, los procedimientos gramaticales, atendiendo al aspecto exterior y artístico, á la consideracion del detalle, llegaron á exponer á maravilla el fenómeno sensible limitado y concreto; pero por ese predominio exclusivo de la forma sobre el fondo, se desatendió el estudio de los precedentes que fundan el génesis de la interior variedad del language, significada en los idiomas particulares; dejando de investigar las necesarias y lógicas relaciones de evolucion de estos, bajo la unidad lingüística.

Los antiguos métodos se contentaban con exponer reglas

é irregularidades, sin preocuparse del fundamento de unas y de otras, ni de reconocer lo que como permanente es ley suprema de toda actividad y de toda vida. Como consecuencia legítima de esta direccion, quedaba reducida la Gramática á un puro arte, haciendo abstraccion de los principios que determinan el conocimiento reflexivo de la Ciencia.

No podía contentarse el espíritu indagador de hoy con el estudio de las particularidades que individualizan y dan carácter de originalidad á los distintos idiomas, sino que relacionando los especiales organismos de estos se ha llegado á estimar las afinidades que algunos tienen entre sí, produciéndose el estudio comparado de las formas gramaticales, progreso de suma trascendencia; pues segun Muller dice, nos hace¹ ver que el griego y el latin, ni han sido obra fortuita del acaso, ni ménos un preciado don de los Dioses; sino que por el contrario estos idiomas tienen su natural colocacion dentro de la antigua y gran familia *aria*, familia que tambien recibe, con màs exactitud, el nombre de indo-germánica ó indo-europea.

Esta nueva direccion, que tiene un fundamento racional, no puede en absoluto ser aceptada, sino á condicion que las especulaciones generales de las leyes lógicas de la lengua vayan acompañadas de su desenvolvimiento histórico; único procedimiento que nos muestra la fecundidad inagotable de la vida de los idiomas, que, fenómenos sensibles de la significacion de todo lo esencial de nuestro sér, ni se petrifican (séanos permitida la palabra), ni permanecen estacionarios en la vida de relacion de los pueblos, de las razas y de la Humanidad entera.

Las ligerísimas notas apuntadas nos las ha sugerido el libro de nuestro distinguido compañero y amigo D. Andrés Diaz Saldaña, titulado *Gramática castellana y latina*, y del cual, aunque de una manera muy concisa, vamos á dar cuenta á nuestros lectores.

Adaptada á las necesidades de la segunda enseñanza, y reconociendo por experiencia propia las naturales limitaciones del periodo de educacion para que escribe, armoniza el autor, de una manera feliz, el sentido trascendental de las novísimas direcciones, con el seguido por nuestros tradicionales humanistas; y en consonancia con el precepto legal vi-

gente, abraza las teorías gramaticales del idioma latino y castellano, expuestas alternativa y paralelamente.

No le faltaban ya al Sr. Diaz elementos para realizar la comparacion de ambos idiomas; pero con profundo conocimiento práctico de los obstáculos con que se tropieza en este linage de estudios, debidos en su totalidad á la falta de conveniente preparacion en el alumno, encomienda al profesor el trabajo comparativo y sus aplicaciones ulteriores en oportuna forma y tiempo conveniente.

La precitada innovacion reviste por sí gran importancia; pues desde las gramáticas de Iriarte, Carrillo, Araujo y Raimundo Miguel, escritas con criterio tradicional, hasta las de Suaña, Gurria, Fuentes, Gimenez Lomas, y Mendez Caballero, inspiradas en el sentido novísimo, todas han omitido el estudio del idioma castellano, presuponiéndole sabido ya en la primera enseñanza, siguiendo los clásicos trabajos de Bournonf, Beaufile, Madvig y otros no menos dignos de estimacion publicados en el extranjero.

Como una escepcion debemos, sin embargo, citar la Gramática de nuestro ilustrado compañero y querido amigo Don Sebastian Alvarez, publicada en Canarias en 1858, que acepta análogo procedimiento que el Sr. Diaz Saldaña; y sin que nosotros pretendamos estimar el mérito relativo de ambos trabajos, debemos indicar que entre ellos existen algunas diferencias, á causa tal vez de los distintos tiempos en que se han producido, y de las fuentes que han podido consultarse.

La obra del competente Profesor de Almería abraza dos partes, que, si no se encuentran perfectamente delimitadas, aparecen desde luego por escasa atencion que á su lectura se preste.

La que pudiéramos llamar general, correspondiente á la parte histórica de la Ciencia del language, considera el génesis de la palabra y estudia no solo los elementos que la integran, sino los procesos formativos á que obedece: en estos ligeros apuntes de fonética y morfología lingüística, aplicables al castellano y al latin, se trata de una manera sintética las principales leyes eufónicas que explican los cambios que la palabra experimenta en su elaboracion interior dentro de un idioma particular, como lo que reviste al paso de un idioma á otro.

Aunque los novísimos tratados consignan estas cuestiones—imprescindibles hoy de todo punto dados los progresos de la Filología—es lo cierto que en la Gramática de nuestro estimado compañero, se presentan en una forma sumamente fácil para ser comprendidas por los alumnos.

La parte especial, cuyo contenido es el conocimiento analítico de la palabra como expresión de la serie del pensamiento en el tiempo, se encuentra asimismo informada por el nuevo criterio en lo que respecta á la generación y concepto de las distintas clases de palabras, de lo que se deduce las diferencias que existen entre las definiciones usuales y las aceptadas por el Sr. Díaz Saldaña para caracterizar el pronombre, el verbo y la conjunción.

Algunas innovaciones de interés hemos visto, con conplacencia suma, descendiendo ya á algunos detalles, pudiendo citarse entre otras, el señalar en la teoría del comparativo y superlativo, los castellanos, que reconociendo por origen algunas preposiciones latinas, toman de ellas su significación. Es asimismo de notar la teoría de los accidentes verbales; pues desterrando por completo lo rutinario para hacer una exposición más racional, indica con una claridad y acierto dignos de elogio, las características temporales y los afijos numerales personales, que unidos, bajo las leyes y cambios fonéticos estudiados, con las vocales formativas, facilitan en grado sumo la conjugación.

Si el espacio de que disponemos nos lo permitiese, apuntaríamos algunos otros pormenores dignos de especial mención, y quizá nos permitiésemos también hacer algunas observaciones, aunque no de carácter esencial, que en nada amenguarían el valor que reconocemos en la obra que nos ocupa.

Réstanos tan sólo por último manifestar al Sr. Díaz Saldaña nuestra gratitud por las frases lisongeras que nos dirige en la dedicatoria del ejemplar que nos ha remitido, esperando acepte esta ligera noticia, y nuestra leal y sincera enhorabuena por su trabajo, como fiel expresión de nuestro cariñoso y fraternal compañerismo.

A. A.

ESTUDIOS ASTRONÓMICOS.

(DISCURSO INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO DE 1883
Á 84, EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA.)

EXCMO. SR.

Á las reconocidas dificultades de una oracion inaugural se añaden obstáculos extraordinarios, cuando hay que buscar el asunto en el campo tan árido como dilatado de las Ciencias Exactas; cuyos conocimientos son siempre abstractos, y cuyas teorías suelen abundar en representaciones gráficas y algorítmicas. Suplid, señores, con benevolencia y discrecion las dotes que me faltan para el cumplimiento de mi cometido.

La Matemática abandonando lo sensible, para entregarse á desenvolver el concepto puro de cantidad en sus determinaciones esenciales, ejercita plenamente las fuerzas distintivas del humano espíritu; de manera que no es en sí misma una ciencia cosmológica, y sólo llega á participar del carácter experimental en sus fecundas aplicaciones; mas sin

perder por la asimilacion el primitivo. No habría de alterarse la índole del Cálculo y de la Geometría; no habría de proscribirse la continuidad de las funciones y de la extension y el empleo de toda magnitud infinitesimal, como si pudiera contradecir el Cosmos la máxima de Linneo.

Presta la ciencia abstracta su eficaz cooperacion en el estudio de la Naturaleza, iufiltrando su vivificante savia de exactitud y ofreciendo modelos de investigacion y exposicion metódicas. Así contribuye à regular los procedimientos, à recoger observaciones diseminadas y à dar forma sistemática al conjunto teórico por obra de la síntesis. No es igual bajo este aspecto, la categoría de todas las ciencias naturales; pero cada una tiende à imitar á la que inmediatamente le aventaja. La Física camina con rapidez en su reorganizacion científica; en la Astronomía impera el conocimiento cuantitativo; y convendría señalar por dónde vá el adelanto en esa marcha intelectual, si para su apropiada comprension no se requiriese aludir à las más superiores doctrinas de la Mecánica.

Fuera de las descripciones geográficas, así políticas como físicas; y de los fenómenos atmosféricos, coordinados hoy por una ciencia naciente; no había de contentarse el hombre, para conocer la Tierra, con admirar la grandeza del Cielo. No era bastante que contemplara la regularidad de los movimientos, y la permanencia de las sucesiones diurnas y anuales; era menester que determinase la figura y las dimensiones de su mansion terrena, y que mirando á la inmensidad, llegara á fijar la situacion y dependencia del globo en las regiones celestes.

Las trasformaciones de la materia, los cambios de posicion de los cuerpos y la diversidad de seres coexistentes no alcanzan á impedir, que la humanidad en sus despojos, en sus vivientes individuos y en su incesante renovacion esté destinada á girar continuamente al rededor de una línea recta, y á ser arrastrada con el planeta por el derrotero de su órbita relativa ó de su trayectoria real. No importa que así queden como perdidos en el abismo el sistema solar y la nebulosa; porque por iguales pasos se procede á la concepcion racional del Universo entero, maravilloso templo donde se predica la gloria del Hacedor. Entonces el alma se

engrandece, y es cuando cabe imaginar que el hombre en sí mismo encierra la expresion abreviada del Cosmos.

Notable es el impulso que recibieron en la antigüedad las investigaciones cosmográficas, pero sin dejar de referirse á los movimientos aparentes; y no son hoy aprovechables sino en tanto que se estudien los hechos tal como se observan, y no se necesita salir de su figurada descripcion con arreglo á coordenadas geocéntricas. Hasta Copérnico no nació la verdadera Astronomía, basada en la realidad; despues se ha venido ensanchando la esfera de sus conocimientos, cual ondulacion perpétua que persigue el límite inaccesible del saber,

Abierto el libro de la dinámica de los astros, con la demostracion matemática de las leyes de Képpler y de Newton para el mundo planetario; permanecen reunidos, conforme al principio de la gravitacion, así los diversos cuerpos que componen el sistema solar, como los que integran el globo terráqueo; se enfrenan los mares sin muros de arena, en sus movimientos anormales y periódicos; y como velo sutil se mantiene circunscrita la atmósfera, à pesar de sus corrientes y de su expansion. Se trata de una verdad calificada desde luego de universal, y nada hasta ahora ha venido á invalidar la hipótesis, de que subsista tambien para otros mundos; pero en rigor hay que proseguir las comprobaciones iniciadas en modernos trabajos, al efectuar mediciones y cálculos para algunos sistemas estelares dobles.

Inspirada en tradiciones arábicas, existió en el siglo XIII una academia toledana que bajo la proteccion del Rey de Castilla, estaba censagrada á la ciencia de los astros; y hasta 1863 no comenzaron á publicarse los verdaderos *Libros del Saber* de D. Alfonso X, guardados por el olvido en unos pocos manuscritos.

Aunque reclama especial cuidado la crítica bibliográfica, me he decidido á presentar un ligero *Examen de la Astronomía Alfonsí*.

I.

Las letras pátrias deben un servicio al Sr. Rico y Sino-
bas, por haber dado á luz los textos originales, mediante
un trabajo de copilacion esmerada. Ilustrados con su discurso

preliminar, con sus varios preámbulos y con algunas anotaciones, quedaron comprendidos todos en cuatro grandes volúmenes en fólio; pero ha destinado otro tomo igual para reunir sus comentarios. En primer lugar, se ha de pensar en la trascendencia que hubieren tenido en su propia edad; puesto que en la presente ningun influjo apreciable ejerce su doctrina. por la índole de los instrumentos que se alcanzaban y del sistema astronómico que se seguía.

No obstante la pobreza de fuentes adecuadas, se puede asegurar que en la academia castellana se congregaron durante diez años observadores de Toledo, Sevilla y Córdoba y aún de Gascuña y París, predominando los árabes y otros extranjeros y presidiendo Aben Ragel y Alquibicio en ausencia del monarca; y se puede añadir que su escuela se deriva inmediatamente de las dos arábigas anteriores, la toledana del siglo XI representada en Azarquiel y Abulcázim, y la oriental del IX bien caracterizada por las obras, después impresas, de Alfragani y del famoso Albateni.

El Tribunal de Matemáticas regido en China por Co-cheon-King, adelantó extraordinariamente la Astronomía en la centuria 13.^a; y como Nassir-Eddin, el que dirigía en Persia otra academia contemporánea, produjo trabajos tan notables como los de Castilla; los observadores de Samarcanda no necesitaban en el siglo XV partir de las determinaciones de Toledo.

Si ha de juzgarse con arreglo á los tiempos, nadie ha sido en la antigüedad como Arquímedes en Geometría y como Hiparco en Astronomía, y nadie ha recogido posteriormente para el progreso de esta ciencia más conocimientos que Ptolomeo. Primero los enriquece y los ordena para reanimarla, y luego los enlaza para dotarla con su sistema del mundo; pero no cabe duda de que, originado ya por las notables observaciones de aquel gran astrónomo y por ideas como las de Gémino, no le faltaba más que desarrollarlo y explicarlo.

Desde el siglo II hasta el XI hubo quienes, además de conocer y traducir los escritos pasados y en particular el Almagesto, guardaran la tendencia y el método de sus autores, observando directamente para no ser meros comentadores suyos; y formaran registros sobre los planetas, tan impor-

tantes como los antiguos. En efecto, aunque es difícil reunir y legitimar las verdaderas obras árabes, y que habiéndose mirado también como laborioso copilador á Ptolomeo, trascienden hasta ellas las dudas ocasionadas; no se puede negar, por mucho que se modifique la lista de Montucla, que en la ciencia de los astros extendieron señaladamente sus trabajos los matemáticos protegidos por los califas, construyendo observatorios é instrumentos y determinando con grande aproximación la oblicuidad de la eclíptica. No es, pues, extraño que algunos de nombradía hayan recobrado las tradiciones perdidas de las prácticas astronómicas orientales, griegas y latinas; sin dejar de contribuir á ello varios escritores cristianos.

Ahora bien, los toledanos del siglo XI habían respetado hasta los conocimientos de los egipcios y caldeos; D. Alfonso hizo más, pretendió confundir la Astronomía de su época con la de esa escuela arábiga, y recogió también otros estudios posteriores para completar su trabajo. Luego una buena parte del impulso dado por él, corresponde de derecho á los matemáticos árabes. De todos modos, por no tener sistema astronómico propio, ninguna de las dos escuelas alcanzó más trascendencia que la de haber obedecido algunos autores y observadores á sus saberes y procedimientos; no había novedad esencial en los principios.

En el mismo siglo XIII hubo tratados de teóricas de los planetas, y también en el siguiente que fué tiempo de conservación; pero es el caso que Pitágoras había indicado la revolución de la Tierra y Aristarco había participado de su opinión, y que mediando tantas centurias y tantas investigaciones, hasta el siglo XV no comienzan á prepararse expresamente los grandes descubrimientos. Entonces la ciencia llega como á restaurarse en las observaciones y conocimientos de Purbach y de Regiomontano, quienes corrigen un poco la teoría de las estrellas errantes á partir del sistema tolemaico; y sin embargo, otros todavía hubieron de iniciar el cambio radical de ideas, que en breve iba á germinar; y el mismo canónigo de Thorn tuvo que profundizar la doctrina antigua y observar asiduamente, antes de exponer la nueva en 1543.

Queden como juicios exagerados: ya el conceptuar al

rey sábio un mal traductor de oficio, que ni siquiera haya leído á Albateni; ya admitir la interpretacion de que palpita en sus libros la idea actual sobre el mundo solar, ó la posibilidad de que se abriera en sus dias la era de los adelantos modernos, bajo supuestos inverosímiles. Sobre los trabajos de la escuela de Alejandría se ha fundado la ciencia astronómica, pero no quedó constituida hasta que hubo aparecido con principios ciertos y ordenacion metódica. Así se reproduce siempre en la Historia la relacion que establece una máxima de Léibniz; sin que sea lícito entender que á cada instante nazca una teoría ó un descubrimiento, antes bien algunas verdades pierden en importancia y originalidad, por caer dentro de otras más generales ó de sistemas extensos.

A la manera que con cariñosa atencion suelen encontrarse en los niños, frases y actos que parecen revelar penetracion anticipada; así tambien seduce el afán de tropezar en las obras de edades primeras con aserciones ó ideas que guarden cierta analogía con los principios que más profunda revolucion hayan causado en el saber. Pero no habiendo producido movimiento, ó no son tan análogas, ó les faltaba madurez ó claridad. Otro ejemplo ofrece el conocimiento de la gravedad, de la que hablaron ya los antiguos como accion mútua de los cuerpos; mientras que los libros alfonsíes tan solo contienen la curiosa suposicion de una cuerda que actuara entre la Luna y la Tierra, para elevar con variada intensidad las aguas de los mares, es decir, una indicacion simbólica de la actual teoría acerca de las mareas; pues bien, hasta el siglo XVII no se estudió profundamente la gravitacion, pero faltóle al doctor Hook y á otros sabios una verdadera aplicacion de todos los adelantos, para sentar antes que Newton el principio.

No hay que dejarse llevar de gratas impresiones, es menester reflexionar sobre los alcances del individuo ó de la humanidad toda; porque á determinado desarrollo, tienen que corresponder limitadas concepciones. ¡Ojalá que la Filosofía estuviese á la altura de resolver tamaña cuestion, muy interesante en la mecánica de las ideas! Al fin hay que atenerse positivamente á la época en que cada trasformacion, fundamental ó sistemática, se hubiere efectuado, mediante el

concurso de los tiempos y el progreso de las artes y de las ciencias.

Poco fondo se puede encontrar en una escuela, cuando se escribe de las ciencias de los astros, que son de las mayores *poridades* que hay y que más trataron los sabios de encubrir, porque *pora los entendudos* *fizo* Dios el saber; y que la Geometría es *medir et compasar*; y que el triángulo es figura muy buena *et maravillosa, et llena* de gran saber *et de gran uestud*.....; y que la esfera es una de las figuras más grandes que en toda *la arte de Geometría se puede figurar*.....; cuando se deja impurificar todavía por el aliento de la astrología judiciaria, á pesar de la natural propension á la verdad: cuando con frecuencia se forma un encanto, ó se prodiga mágicamente la palabra.

Los autores cumplieron como buenos en su época oscura è ingrata para los conocimientos, recogiendo los astronómicos con anhelo y haciendo observaciones propias, para construir un monumento á su paso por el camino de las generaciones; pero no se pretenda sacar partido de frases del gran Laplace, y elevarlos á la altura de descubridores; faltándoles el uso combinado del Cálculo y de la Geometría, si quiera fuese en los elementos, para apoyar sólidamente sus investigaciones; y una exploracion de los cielos más poderosa por los medios, para que produjese como preciado fruto alguna teoría ó proposicion enteramente nueva. De suerte que aún en el caso de no haber dormido inéditos, sus libros verdaderos no hubieran podido preparar más que los espurios el advenimiento de la moderna Astronomía; porque el hecho histórico hubiera subsistido el mismo, que la fama de los estudios de sus colaboradores influyó grandemente en mantener viva la aficion hasta Regiomontano, y que la escuela no es precursora del renacimiento científico.

Los dos códices publicados tienen importancia dentro de su época, por la distincion doctrinal entre el teórico y el práctico, y por representar una concentracion de los conocimientos astronómicos. Entre otros trabajos previos, habian traducido el *Quadripartito*, comò que viene unido en alguno de los manuscritos encontrados, á la obra de las *Tablas*; y segun el prólogo original de este tratado, «..... D. Alonso mandó *fazer los estrumentos que dixo* Ptolomeo en su libro

dell Almaieste..... rectificar las diuersidades et desacordanzas que parecieron en algunos logares de algunos de los planetas, et en otros mouimientos.....» Además, está deslindado que no queda oscurecido el Almagesto ante la ponderacion de las reglas arábigas para emplear los aparatos ni ante la de los perfeccionamientos sucesivos que estos habian recibido, y que el tratado alfonsí de las estrellas resulta elaborado sobre reformas y adiciones del Almagesto.

Luego sin negar toda originalidad en la redaccion de los códices, cual si meras traducciones compendiaran, preciso será convenir en que son derivados de conocimientos anteriores. Y si por estar á la altura de su siglo, vienen completando ó rectificando observaciones; en cambio se ven en ellos expuestas ideas astrológicas de muchos predecesores, cuando es dudoso que Ptolomeo participase de ellas, al no descubrirse ninguna en sus principales obras. Habrá tal vez numerosas ampliaciones y supresiones en los textos científicos restablecidos, y hasta ventajas en la resolucion de algunos problemas; mas esto no acusa sino un mejoramiento obligado, puesto que hay fenómenos celestes cuyo estudio exige largos periodos de lento progreso. La importancia, pues, se contrae á dejar bien sentados los hechos observados hasta el dia, y continuada la série histórica de investigaciones; sin abandonar la combinacion de ciclos y epiciclos, que era demasiado compleja para ser natural.

Aunque esos libros forman un eslabon en la cadena de producciones antiguas, y que son valiosos para suplir en parte la falta de obras antecedentes; se siguió traduciendo y comentando el Almagesto, de suerte que en 1551 se publicaba la edicion latina de Jorge de Trevizonda; y el Padre Riccioli recopiló despues en su *Almagestum novum*, con sus conocimientos y los de Grimaldi, cuanto hasta entonces se sabía. El nombre del trabajo del siglo II habia llegado á ser genérico, por representar originalmente el pasado sistema de las apariencias; y no sería mucho aplicarlo á la coleccion entera de tratados alfonsinos.

La escuela no estaba juzgada sino por Tablas astronómicas de dudosa procedencia y distintas de las verdaderas, y desconociendo por completo el código más extenso. Sus tradiciones mixtificadas y restringidas durante seis siglos, ha-

bian bastado para dar fama de astrónomos al rey y á sus colegas; pero ha sido menester alterar y sobre todo complementar los juicios antes emitidos. El Sr. Rico ha aquilatado la autenticidad de los dos códices dados á la estampa: el tabular, que se guarda en la Biblioteca Nacional; y el *del Saber*, que se habia conservado solamente por ejemplares casi enteros en Alcalá y el Vaticano, y por algunos fragmentos de copias en Madrid, Oxford y París. Con severo análisis y buen éxito ha conseguido tambien, integrar en lo posible los dos manuscritos que adoptó como principales; tan distintos entre sí por su fecha, su carácter y su contenido, como él ha probado en larga discusion.

Especialmente ha comparado las Tablas legítimas, con las de Juan el Sajón y con otras muchas adulteradas ó falsificadas. Pero al ver la luz por su cuidado, por la proteccion del general Zarco del Valle, y por cuenta del Estado, los originales redactados en la corte de Castilla; donde ha rayado á grande altura, es en las 152 páginas que dedica, dentro del tomo V, á los códices verdaderos y espurios que se han conocido como alfonsinos; reseñando los manuscritos y obras impresas existentes, y terminando con varios apéndices descriptivos.

En lugares diferentes se muestra demasiado encarecedor de la obra original, y consigna opiniones inadmisibles acerca del objeto y la trascendencia de los trabajos, y sobre la forma y el fondo de los libros; cual si nada quedase en pié de las críticas antes recaídas sobre la escuela, y cual si no escaseara el valor metódico, no abundase el empirismo y no sobrase el error común de aquella época. Conceptúa los textos alfonsíes como modernos, en cuanto á claridad, lógica y aplicaciones; compara al rey con Copérnico por el plan de sus manuscritos, con Léibniz por la profundidad de sus pensamientos, y hasta con Bessel, el fundador de la Astronomía alemana actual, por la union de la práctica con la teoría en elevadas ideas; llega, en fin, á vislumbrar que alcanzaba la verdadera sabiduría, tan sólo por el prólogo del tratado sobre las azafegas.

D. Alonso más que sabio y astrónomo, fué propagador y bibliófilo; y sus colegas más que descubridores y teóricos, fueron observadores y prácticos, rectificando y ampliando

hechos, restableciendo y modificando instrumentos. Por sentir el movimiento secreto de la ilustracion, habia de profesar afecto à màs de una ciencia y rendirlas culto y proteccion; así aparece devoto de las letras, en sus crónicas y en sus cántigas; y como celoso de la aplicacion de los principios jurídicos, en sus renombradas leyes de Partida. No hay razon bastante para propalar en cierta frase afortunada, que mientras contemplaba las cosas del cielo, dejaba perder las de su reino; ni tampoco para atribuirle toda la paternidad en los trabajos producidos; y la opinion debe atemperarse á mirarle como digno director y estudioso miembro de la academia que fundara. Él planteaba y disponía la ejecucion de las empresas científicas: y si en el siglo XII hubo un gran traductor granadino, Mosch Thibon, y un docto comentador cordobés, Aberroes; en el siguiente se distinguió en Toledo el primer bibliófilo para obras clásicas de varias ramas.

En una palabra, con el código de las *Tablas*, procuraron los autores rectificar resultados y conocimientos antiguos; con el complutense, hermanaron la teoría con la práctica y con la destreza artística. Señalada la posicion de la escuela dentro del cuadro histórico, y delineando á grandes rasgos su carácter; no es posible extremar la crítica, á riesgo de que pierda condiciones de imparcial y moderada; y mucho menos, cuando se llegue á hacer de las obras un exámen detenido y circunstanciado.

II.

El desarrollo técnico del tema, opone mayor resistencia á la condensacion y á una exégesis somera. Numerosos materiales se pueden acumular; pero nunca pretender aquí colocarlos todos, elevando altísimas torres de extraña arquitectura.

El código tabular es el menos ignorado y voluminoso, y tambien el más importante por su doctrina textual y por sus cuadros; que la Historia ha fijado siempre su atencion en las tablas astronómicas, cual si vinieran á formar época en los adelantos y á dar significacion al periodo inaugurado por ellas en la ciencia. Procediendo las de Jhuda y Rabizag de

haber justipreciado las observaciones fundamentales del sistema primitivo, y de haber acomodado á él las efectuadas en su tiempo; sintetiza los conocimientos y encarna la teoría, sin ocuparse en los medios empleados. Es la obra capital de la academia; y como está más desembarazada de propuestas y de reglas, las materias que contiene producen buena impresion desde la primera lectura. Es tambien su último trabajo, y se elaboró de 1258 hasta 1262 por mandado y en honor del rey; así es que recibió el nombre de *Tablas Alfonsinas*, como otras en casos parecidos se han titulado *Carolinás* ó *Rudolfinas*.

Se redactaron mediante un estudio directamente hecho sobre doce estrellas, cuyas posiciones constan en los libros de los astrolabios; están arregladas á la Era Alfonsí, y «todos sus fundamentos y todas sus obras son fechas el compuestas al medio dia (meridiano) de la cibdat de Toledo». En su notable prólogo se añaden como *longuras* tres datos numéricos que, relacionándose geométricamente entre sí por complemento ó suplemento, permiten reducirse al más principal de ellos, al que expresa la longitud geográfica de la ciudad y es de 28° con respecto al meridiano de Arin; y se señala desde luego su latitud, pero excediendo en dos *menudos* á los 39°52, que figuran en cierto astrolabio del siglo XI.

Ese código representa genuinamente á la escuela, y puede prestar alguna utilidad á los escritores modernos, para comparar observaciones antiguas, ó al menos como trabajo de época y nacion determinadas; pues en él quedaron hechas y explicadas las rectificaciones, las cuales habian sido proseguídas con tanta escrupulosidad como se desprende de estas palabras: «..... *et non dexamos de buscar.... fata que nos pareció emendar..... dexamos por averiguado lo que es cierto ó acerca de cierto, et fezimos estas taulas sobre raizes que son sacadas de aquellos rectificamientos...*»

En la edicion oficial han sido publicados todos los cincuenta y cuatro capítulos de que constaba el libro, á cual más interesante y lleno de doctrina. Los trece primeros son de Cronología, como que tratan extensamente de las *heras* alfonsí, arábica, de César y persiana; los restantes versan sobre el mundo solar en su mayor número, contando al Sol y á la Luna entre los planetas, y dando á la oblicuidad de

la eclíptica el valor de 23 grados y 33 *menudos*, el mismo que se encontró en tiempo de Allmemum y bastante menor que el fijado por Hiparco.

Por desgracia no parecieron los cuadros originales ó tablas propiamente dichas, que exigía la aclaración ó la aplicación de los textos; y el copilador no ha podido hacer más que formar su lista probable; y suplir en parte la falta insertando como fragmentos, algunas que resultan incluidas en otros manuscritos posteriores, y correspondientes casi todas á los movimientos de los siete astros errantes entonces conocidos.

El código *del Saber* no subsistió tal como se había escrito primeramente; pero quedó redactado con sus reformas algunos años antes que el tabular; y se encuentra constituido por once trabajos particulares, ú obras distintas segun sus nombres, ó más sencillamente por cuatro secciones, reuniendo en una de ellas los ocho que están destinados á los instrumentos de observacion. Esta seccion, que llena por sí sola unos dos volúmenes, contiene visiblemente mucha más materia que el libro de las Tablas, y se le aproxima en importancia por su objeto y su utilidad inmediata. Las demás secciones son cabalmente tantas como los tratados respectivos, y denominados de las constelaciones, de los planetarios y de los relojes.

Si se atiende á que estos últimos aparatos se estudian aquí por su uso astronómico, y que las láminas de los planetas están armadas á modo de astrolabios; y se añade que en la seccion de las estrellas prevalece el carácter descriptivo; se comprenderá con cuanta razon se puede decir, que todo en conjunto viene á formar un código de Astronomía práctica. Todavía se ha de notar que la obra es ocasionalmente tecnológica, en tanto que requiere y contiene las reglas de construccion de cada uno de los diversos instrumentos, antes de estudiar su respectivo empleo; (*de cuemo secr fecho, de cuemo obrar con el*): así se marca naturalmente la division más seguida en sus tratados. Entonces se ven concurrir con la destreza artística, algunas aplicaciones geométricas y físicas: y muchas veces hay que admirar esfuerzos de ingenio para suplir los adelantos. De esta suerte se incluyeron trabajos sobre tecnología astronómica y trazado

de relojes solares, con minuciosos preceptos y noticias para concluir é instalar los aparatos.

No por mera curiosidad, sino más bien para que resalte otra circunstancia, se debe considerar que por descomposicion ulterior, llega el códice á constar de algunos centenares de capítulos. Corresponden en su mayor número á las segundas partes de varios tratados de los instrumentos, conteniendo cada una tantos como son sus problemas. Fácil es ya comprender que domina el empirismo; y así es en efecto, pues figurando la propuesta como epígrafe, sigue sin demostracion el enunciado de la regla; la cual á veces es muy breve, y siempre encabezada por la frase: *quando esto quisieres saber*, ú otra semejante.

No puede haber conocimiento astronómico para especies incapaces de sentir las impresiones del luminoso, ó acerca de cuerpos que no aparezcan por sí mismos ó por reflexion luminosos; y acaso existan de unas y de otros en el Universo. Muy pocas y rudimentarias nociones cosmográficas llegarían á adquirirse, por pura aplicacion del sentido de la vista: aun versando sobre hechos tan sencillos, como el histórico del pozo de Siena. Es menester medir el tiempo y los ángulos, construir figuras y calcular; es menester auxiliar al único sentido adecuado con artificiosos mecanismos, siquiera sea un estilete vertical: y mucho vale por de pronto que la luz se propague primitivamente en la direccion de los radios de sus ondas esféricas.

La imperfeccion de la ciencia en las edades pasadas consistió bastante en los instrumentos que se conocian, tan erróneos como ingeniosos. Se habia empleado la esfera armilar desde época remota, quando Anaximandro adquirió alguna noción acerca de los globos celestes y de las cartas. Eudoxio construye ya en Gnido un observatorio; é inventa su aparato, complicado y de cierto mérito, para observar los movimientos planetarios. Aristarco se vale de singular compás, para apreciar los diámetros aparentes del Sol y de la Luna. Eratóstenes produce sus famosas armillas; y por un notable mecanismo, realiza una de las primeras mediciones geodésicas. Tambien Posidonio y Ptolomeo evaluaron arcos del meridiano; mas por lo tocante á instrumentos, el uno

construye una esfera celeste movable, que Cicerón admiró, y el otro su triquetron ó sus reglas paralácticas.

Los astrolabios habían sido fijos, como los esféricos de Hiparco; y fueron despues portátiles, como los llanos de Ptolomeo. Más tarde se especifican por sistemas diferentes; pero importa consignar, que éste habia empleado los elementos de las proyecciones para las cartas; y que por mucho que se modificaron tales instrumentos, apenas ganan alguna perfeccion hasta los árabes, sin dejar por ello de derivarse en esencia de los más antiguos.

Así llega á restaurarse el estudio de los cielos, despues de incendiada la biblioteca famosa y de destruidos los anteriores lugares y aparatos de observacion. Así deja Alfragani manuscritos sobre los cuadrantes y el astrolabio. Así en fin, los árabes españoles, que eran principalmente astrónomos, fundaron varios observatorios en el país. Y en buen análisis, de aquí parte la importancia de toda la Astronomía instrumental de los alfonsíes: y muy señaladamente cuando, para algunos tratados, toman de Azarquiel, de Abulcazim ó de otros autores la descripcion ó el uso. Se encuentran no obstante, conocimientos propios como en el libro de las Tablas; y hay trabajos originales redactados por el académico Rabizag, para que con pruebas y figuras se supieran rehacer algunos aparatos, á falta de noticias conservadas desde su invencion.

El tratado *de la alcóra* que Cozta habia escrito en Oriente, sufrió un arreglo y quedó ampliado á la altura de la época por la escuela castellana; dando á conocer algunos puntos cosmográficos, y la resolucion por el globo celeste de numerosas cuestiones.

En el *de las armellas*, no sólo se explican los procedimientos seguidos en Alejandria para constituir las, sino tambien su empleo como aparato sombrío ó rayoso, con alidades ó con pínulas y ajatabas, para resolver no pocos problemas y bastante análogos á los del libro anterior. Aquí se consiguan varias determinaciones de la oblicuidad de la eclíptica, y se inserta una tabla de posiciones lunares. Armado semejante aparato por entero, resulta notablemente complicado; como que era de múltiple y general aplicacion, y cual compendio de todos los demás.

Los otros seis tratados de la seccion de los instrumentos corresponden á los diversos astrolabios, porque venian siendo los más interesantes. En sus artículos aparecen escritas las reglas seguidas para observar con ellos, fuera y dentro de su época; sin desatender los métodos prácticos, que llegan á dar particularmente los lugares de estrellas conocidas y por conocer, y hasta las rectificaciones de cuenta ó de situacion. Segun estudios conservados ó perfeccionados, se trata tambien de la resolucion práctica de multitud de cuestiones de Cosmografia, ya por sí mismas, ya por su especial utilidad; como son las de coordenadas, meridianas y puntos cenital y cardinales, y otras que pueden importar á la Náutica ó á la Geografia.

Aunque falta en el tratado *del astrolabio redondo* una parte que, sobre el firmamento de los cielos, está prometida en su prólogo, no por eso su plan discrepa del adoptado naturalmente para los análogos; y adquiere por completo todo el desarrollo que á su objeto conviene, en cuanto á su construccion y á su destino científico; encerrando por necesidad unas tablas de sombras y de estrellas.

Son muchos menos los problemas que se aprenden á resolver en el tratado siguiente, ó *del astrolabio llano*; mas empieza el aparato por ser nacido de una reduccion geométrica del redondo; y fácilmente llega á proporcionar reglas muy sencillas para su manejo, como sucede entre otros en el asunto de la *ladeza de la villa*, dilucidado por semisuma de alturas meridianas de estrella circumpolar; y á permitir que se presente un cuadro de posiciones del Sol.

El atazir ó estrumento del levantamiento era el astrolabio especial de los astrólogos; pero no se ha tenido reparo en dedicarle un tratado dentro del código, siquiera sea el más breve de todos los componentes.

Los tres últimos que quedan mencionados están concluidos con bastante originalidad; no así los dos que siguen, los tratados de la lámina universal y de la azafaha. Estos fueron elegidos con acierto, como dignos de figurar en la coleccion, entre los muchos textos que el monarca habia mandado buscar y traducir; sin perjuicio de haberse requerido la adicion de una parte descriptiva y de algun capítulo preliminar. Ilustrados hasta el punto de ser posible la recons-

truccion de la azafeha, débese á su inclusion el estar legados á la posteridad de los trabajos de Azarquiel; pues de otro modo, acaso no se conociera hoy el sistema de su astrolabio definitivo, más que por un modelo del siglo XIII que se conserva en París, ó por haberlo restablecido inopinadamente Santhez, al introducir ciertas modificaciones en el cuadrante de Apiano.

Los dos instrumentos eran astrolabios universales ó para todas latitudes, eran la *almemonia* de Toledo y la *alhabedia* de Sevilla, segun denominaciones que recuerdan á reyes musulmanes. El problema de un aparato para llegar, en cualquier punto de la Tierra, á la representacion exacta del estado de los cielos, ofreció y debia ofrecer grandes dificultades: las de reducir á figura plana porciones de critas de la superficie esférica, que no es desarrollable; y las de emplear en construcciones proyectivas, cual si el aplanamiento se realizara, coordenadas y cuadriláteros curvilíneos con sujecion á sistemas parecidos á los que sirven para las cartas celestes y geográficas.

Algunas tentativas de Hiparco, y el libro de Ptolomeo para allanar la esfera, fueron antecedentes aprovechados por el inventor árabe; quien habiendo por incorrecto su primer mecanismo, suprimió la lámina movable ó reticular y dejó para el segundo una sola con los apéndices indispensables; y remontándose al efecto hasta el astrolabio esférico y armilar de Alejandría, verificó una proyeccion estereográfica, cual si intentase restaurarlo en imágen por medio de su azafeha. De todos modos, en ambos casos le resultaron cuadriláteros decrecientes conforme se van estrechando hácia el eje polar, que figura como un diámetro.

Con sermas de 200 los problemas contenidos en suma, entre los tres primeros tratados de astrolabios; el *de la lámina universal* encierra por sí solo otros tantos cuando menos, predominando en todos el mismo caracter práctico, y siendo muchos análogos ó iguales en sus propuestas.

Dos capitulos se destiran aquí á las latitudes; mas como el Sr. Rico hubiere encontrado en blanco las tablas anejas, donde los alfonsíes se proponian rectificar los datos de Azarquiel, correspondientes á puntos de España y *de allende el mar*; se ha visto precisado á llenarlas con otros toma-

dos de un astrolabio de 1067 que existe en Madrid, y con los de Aboul Hassan y los de cierto manuscrito portugués.

En el primer cuadro se echa de ver, que no se asignan las latitudes sino por grupos de dos á seis ciudades; como si perteneciesen á un mismo paralelo Madrid y Toledo, ó Granada y Málaga ó Almería y Algeciras. En el segundo hay una columna para longitudes; y se expresan separadamente las dos coordenadas para cada una de las veinte y dos poblaciones que contiene de España y Portugal; y sin embargo figuran como antes con un valor comun algunas latitudes, acusando á las claras la misma imperfeccion.

Por lo tocante á longitudes, aunque en aquellos tiempos se referían al meridiano de Toledo, y á veces al de Burgos ó al de Morella; ahí lo están «al primer meridiano en el horizonte del punto de Arin..... ó del primer punto del *agoa pura et sin mixtura*». Así es como corresponden á aquella corte 28' de la oriental, cuyo dato se repite en la tabla para la de Almería.

Á pesar de que la *azafeha* en su sencillez no permitía resolver más de unos cien problemas, adquirió mayor importancia relativa; porque era procedente de un perfeccionamiento tecnológico, y no dejaba de satisfacer las necesidades prácticas. Con motivo de cierta duda histórica acerca de la trepidacion, tal vez convenga decir que, según pasabras del capítulo último del tratado, la precesion existe, se mide y se determina; como ya se tenia entendido desde la investigacion del gran Hiparco.

Resta todavía el libro *del cuadrante para rectificar*, instrumento destinado á la observación de las posiciones de los cuerpos celestes y que, á diferencia de la *azafeha*, lleva cuadrado de la sombra, por así exigirlo su doble empleo. De cuatro clases podían ser los cuartos de círculo alárabes; pero aquí se trata de los de corredera, y según el sistema del redactor Rabizag, quien escribió original la primera parte, y compuso la segunda corrigiendo y adicionando un antiguo trabajo anónimo. Todos los cuadrantes portátiles se derivan por variado modo de las armellas alejandrinas y de las dos caras de los astrolabios árabes; pero en definitiva, cuando se recorren con Azarquiel los aparatos conocidos en su siglo, se declara ya la superioridad del astrolabio; el

cual prosiguió siendo el tipo instrumental de la Astronomía, hasta los albores de su renacimiento.

En los libros de los astrolabios redondo y llano, la academia compara los instrumentos fundamentales y manifiesta la importancia de los que ella manejaba; mas pocas fueron las modificaciones introducidas en la estructura de los primitivos, que no hubiesen sido antes operadas por otros constructores. Á pesar de tener tanta extension, y pretensiones de completa la coleccion de los tratados, no parece que trabajasen sus autores sobre la refracción atmosférica, como Alhazen ó como el contemporáneo Roger Bacon. Con ser tanta la proteccion y los recursos de que disponían, no promovieron ninguna medicion geodésica, como Almemum; y tampoco dedicaron ningún capítulo á la figura de la Tierra.

Se limitaron á conservar el uso de las líneas trigonométricas, que los geómetras árabes enseñaron, según se véen algunas cuestiones teóricas, de que tratan en los libros de las Tablas y de la azafeha; agregaron un cuadro numérico aclaratorio, é hicieron una indicacion sobre la razón inconmensurable de la circunferencia á su diámetro. Mantuvieron y ampliaron los estudios de Heron y Mahomet en la Topografía; toda vez que problemas pertenecientes á esta rama, se tienen resueltos en abundancia en los libros de los astrolabios redondo y llano, de la azafeha y del cuadrante.

Lo examinado hasta aquí en rápido bosquejo, es lo que mas carácter imprime á las obras alfonsinas, vistas á la luz del buen criterio. Procede ahora hablar de la seccion *de los relojos*, cuyos libros ocupan casi todo el tomo IV de la publicacion.

En épocas antiguas se usaban ya las clepsidras y los gnómones, y se construyeron posteriormente los cuadrantes solares. Anaximandro había empleado el gnomon con provecho, y Pitheas llegaba á intentar la determinacion de la latitud de Marsella con tan sencillo aparato solar. Pasaron muchas generaciones sin descubrirse nuevos instrumentos cronométricos; y en los siglos del VIII al XI, que dieron notables observadores, eran clepsidras mecánicas los que se conocian por todo adelanto. Los relojes de pesas ó de resortes son, según Berthoud, del siglo XIV, sin poder designar por quién y en qué año se inventase el escape como regulador.

No alcanzaron, pues, los toledanos los aparatos más excelentes de este género; y sin embargo, contaban con relojes solares, hidráulicos y mecánicos, según se manifiesta en las cinco subdivisiones. Allí se trata de los *relojos de la piedra de la sombra* y del *palacio de las horas*; de la *clepsidra* de Rabizag, que corrigió cierto error creciente y producido en las anteriores por efecto hidrodinámico; y de otros más notables por su teoría, el *relojio dell argento uiuo* y el *de las candelas*, primeros ensayos de artificios en que cupiesen ruedas, poleas, cuerdas y plomos. Habian recogido fruto de la obra de Heron sobre *alzar las cosas pesadas*, y quizá influirán esos trabajos en las construcciones posteriores. El reloj que lleva semivolante de mercurio, sólo encuentra algo semejante, en el artefacto árabe llamado en España *la ñora con que se sube el agua*; y no es aventurado sospechar que inspirara al autor de cierta poesía francesa, titulada del *reloj amoroso*.

Si en el código adquiere la exposicion mayor vuelo, del que infunde la descripcion y el uso inmediato de tales mecanismos; mucho consiste por un lado, en que, como en otros libros, se desciende á numerosos pormenores y se ilustran los textos con apropiadas láminas y figuras; y por otro lado, en que se atiende en varios capítulos, por vía de aplicacion indirecta, á la resolucion de problemas astronómicos, y en que se incluyen una tabla de las declinaciones del Sol rectificadas en Toledo, otra de la sombra *espandida*, y otra trigonométrica de cuerdas y de arcos.

(Se continuará.)

PELEGRIN CASSINELLO.

UN PROFESOR PARA LA NIÑA.

Paseaba yo una tarde con el Sr. Carrasco y Alvarez, Redactor en jefe y Director que fué de la Ilustracion de los niños. Sin plan preconcebido ni rumbo fijo, dirijimos nuestros pasos por la calle de Alcalá, y á poco nos encontramos en el Salon del Prado y en los jardines del Buen Retiro. Entretenidos en grata y amena conversacion nos sorprendió la noche. La luz eléctrica iluminaba á la sazón aquellos sitios, y el maestro Espino dirijia una série de conciertos que el público escuchaba y aplaudía gustoso.

—¿Ha leído V.—me preguntó el Sr. Carrasco—un artículo mío sobre educacion de la mujer, que se titula «Música peligrosa»?

—No, le contesté.

—Pues se lo recomiendo, porque aparte de la forma literaria de este trabajo, en la que me esmeré bastante, tiene un fondo moral que ha de ser de su agrado, si V. piensa con la rectitud que debe pensar toda persona honrada.

—Ya tengo interés (le dije) por conocer su trabajo; pero sin perjuicio de que lo lea y lo estudie en la ocasion más oportuna, ¿podiera V. decirme cuál es la enseñanza que de

su artículo se desprende, y qué objeto se propuso al escribirlo?

—Con mucho gusto: en el artículo mencionado se revela claramente el concepto que yo tengo de la mujer, y las ideas subjetivas y personales que abrigo con respecto á su educacion.

La mujer, para mí, es un sér de tan delicada naturaleza moral, que la más leve falta, el descuido más insignificante y la causa más pequeña la degradan, haciéndola descender del alto pedestal en que la colocan el decoro y la pureza. á la superficie cenagosa y repugnante donde la arrastra el vicio.

Su educacion debe ser, en consecuencia de esto, tan esmerada, que toda vigilancia es poca por parte de los padres, quienes cometen cuando no son suficientemente celosos. un delito gravísimo que tienen que expiar en esta vida, si es que en la futura no les espera un castigo más horrible.

—Y bien, señor Carrasco; todo eso está bien dicho y mejor pensado; pero ¿qué relacion guarda con el título de su artículo «Música peligrosa»?

—Le diré á V. Existe en las altas clases de la sociedad, en las *gentes de buen tono*, una costumbre arraigadísima, que ya se va extendiendo entre la clase media por aquello de que todo lo malo cunde. Esta costumbre consiste en que, cuando las familias tienen una niña que sale del período de la infancia y comienza á recibir las primeras impresiones de la vida, le buscan presurosas un *Profesorcito de piano* en el que depositan una confianza sin límites. Este Profesor, que por regla general suele ser jóven, galante y almibarado, que suele tener *tipo de romántico* como los grandes maestros del Arte que cultiva, se encierra en una salita y durante las horas de leccion con su tierna discípula, la emociona dulcemente con las notas apasionadas que arranca del piano, la reconviene—si se equivoca—con el mayor cariño...., y créame V., mi buen amigo, se puede decir mucho de los peligros que ofrecen semejantes melodías.

—Pero, por Dios, señor Carrasco; ¿y la familia de esa jóven, la madre y el padre, qué hacen, dónde están que no presencian las lecciones de su hija y la ponen á salvo de cualquier eventualidad?

—Ah! la madre y el padre!! Tienen sus ocupaciones. La primera anda siempre en la cocina y con los criados como es natural, y el segundo suele estar fuera de casa, ó si está dentro se distrae leyendo periódicos, escribiendo cartas, etcétera, etcétera.

—Esa no es razon, amigo mio. Lo accesorio cede siempre à lo principal. y la madre debe abandonarlo todo para mirar por su hija, y el padre puede leer periódicos y escribir cartas en la misma habitacion donde se dan las lecciones musicales.

—No; eso si que no, dijo el Sr. Carrasco; se les interrumpe al maestro y à la alumna. Es necesario que estén solos para que *aprovechen bien* la leccion, y no solo esto, sino que deben *cerrarse las puertas y dejarlos completamente incomunicados*, á fin de que no perciban ni les moleste algun ruido.

—Para evitar estos peligros, ¿por qué no toman una Profesora en vez de un Profesor?

—Pueden hacerlo, pero no lo hacen.

Pausa. (¡!)

—¡Qué escándalo y qué inmoralidad! repuse yo. De modo que V. justifica en algun tanto la criminal negligencia de esos padres que abandonan sus hijas y las entregan por breves horas al Profesor de piano?

—¡Qué he de justificar yo, querido amigo! me respondió el señor Carrasco. Precisamente porque no lo encuentro sensato, ni prudente, ni digno, ès por lo que cojí la pluma en un arranque de generosa indignacion, y escribí el artículo «Música peligrosa» que he tenido el gusto de recomendarle. Yo sé bien que estas opiniones no se pueden exponer públicamente sin ganarse la antipatía y el enojo de todas las mamás que tienen *niña con Profesor*; pero estamos obligados todos à contribuir como podamos, segun nuestra posicion è influencia, á moralizar las costumbres de nuestra sociedad, á condenar el vicio donde quiera que le encontremos; y hemos de clamar siempre—á fuer de ciudadano íntegros y honrados—contra todo lo que sea atentatorio à la Moral, si quiera nuestras voces sean (valga la frase de un ilustre his-

torizador) como los ecos de una campana sumergida entre las ondas.

*
**

Selgas, el malogrado Selgas, cuya muerte nunca llorarán bastante las letras pátrias, entretuvo sus ratos de ocio escribiendo artículos, de los cuales es el presente remedo infiel y torpe imitacion. Hace ya algun tiempo, y por cierto lejos de España, que leí uno, en el que opinaba el ilustre poeta murciano que era requisito indispensable para que la mujer fuese digna de respeto y consideracion, que *no supiera bailar*. Autorizo con mi aceptacion modesta la afirmacion de Selgas; pero yo creo que á ese requisito pudiera haber añadido otros varios.

¿Qué condiciones—me preguntaba una señorita en cierta ocasion,—debe reunir una mujer para que V. la dedique su confianza, su cariño, su vida entera?

—Cuatro condiciones negativas, la contesté.

—¿Cuáles son?

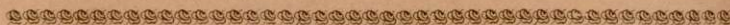
1.^a Que no sepa bailar.

2.^a Que no vaya al teatro.

3.^a Que no lea novelas.

4.^a y *ultima*. Que no tenga Profesor de piano

FEDERICO GOMEZ ROMERO.



Á MI MADRE.

My clayn of life is wercast...!

Byron.

Tienen razon!.... Ya mi alma
debe abrirse á la alegría;
desde aquel infausto dia
largo tiempo transcurrió.....

Con manto de hojas y flores
se ornó el bosque y la pradera
y la gentil Primavera,
sus tesoros derramó!

Sí, pasaron muchos años
desde que cesó el latido
de tu corazon, herido
por infortunio tenáz;

Y en blanco sudario envuelta
en el sepulcro encerrada,
solitaria y olvidada,
madre, descansas en paz!

Para mitigar la pena
que á mi corazon abrumba
mil veces tomé la pluma
y la arrojé con dolor;

Como artista que inspirado
un cuadro forjó en su sueño
y para hacer el diseño
no halla líneas ni color!...

Ah! No vendrá ante la losa
que me guarda tus despojos
la turba á llorar de hinojos
con hipócrita afliccion.....

Multitud frívola y vana
que quizás ahora se mofa
de la inarmónica estrofa
que me dicta el corazon!...

Cuando en tenebrosa noche
en que lloro y me desvelo
contemplo en mitad del cielo
una estrella relucir;

Y escucho el viento que pasa
impregnado con aromas,
tú eres que á verme te asomas
y es el eco tu gemir!!...

Ayer, de entusiasmo henchido,
con esa fé poderosa
que en el corazon rebosa
en nuestra edad juvenil,

Soñando alcanzar la cùspide
trepé la falda del monte
y un dilatado horizonte
se desplegaba ante mí.

Hoy, desalentado y triste,
como el pobre peregrino
á la orilla del camino
me he sentado à descansar;

Y con lástima, sus ojos
al cruzar por el sendero,
fija en mí el feliz viajero
que se dirige á su hogar...

¡Oh juventud!... Mayo alegre
que nos brinda hermosas flores,
y de inocentes amores
la dulce y grata inquietud;
Rápida pasaste, y fueron
fugaces tus alegrías...
Responde á las quejas mías;
vuelve, vuelve... ¡Oh juventud!!

Ah! Quisiera alzar la piedra
que cubre, madre, tus huesos,
y estampar ardientes besos
sobre tus helados piés;

Y desahogar la amargura
que mi corazón oprime
mientras que el céfiro gime
en las ramas del ciprés!...

Pobre y mísero, asemejo
cuando mi jornada sigo
al desdichado mendigo
que todos huyen de él;

Y dentro del pecho triste
ruge la cólera sorda,
hasta que ya se desborda
de mis rencores la hiel!...

El cementerio no es solo
ese recinto sagrado,
porque el hombre infortunado
inmenso lo lleva en sí...

Corazón mio!... Sepulcro
ageno ya de inquietudes...
La fe, el amor, las virtudes

en el sépultarse ví!...

Hubo un tiempo... dias felices
de candor y de inocencia,
que de mi madre à presencia
recitaba mi oracion;

Ella estaba allí á mi lado
cuando mis ojos abria
y cándida sonreia
al darme su bendicion!

Hoy ya no aciertan mis lábios
á pronunciar aquel ruego
que con tu cariño ciego
me enseñastes á decir;

Quiero orar, caigo de hinojos
y turba mi oracion muda
del demonio de la duda
el sarcástico reir!

No lo olvido: era de Mayo
la más alegre mañana
y su cotidiano *hossana*
entonaba la creacion;

El Oriente se teñia
de oro y carmin; el lucero
se iba eclipsando; el gilguero
comenzaba su cancion:

Y vieron mis ojos, turbios
de lágrimas, con espanto
á la que adoraba tanto
en su féretro salir;

Inmóvil, helado, inerte,
al umbral de nuestro asilo
la aguardé, triste y tranquilo...
Mas ya nunca ha de venir!!

No hallé en el mundo consuelos
para mi melancolía...

Al escándalo, á la orgia
con vértigo me arrojé...!

¡El amor... la amistad!... Torpes
mentiras, farsa, humo, cieno;
y la copa de veneno
de los placeres gusté...!

—
¡Oh madre!... Tú que no escuchas
mi desgarrador gemido;
héme aquí, loco y perdido
del mundo en la confusion...

Siempre la víctima cae
bajo el peso de su yugo
y siempre queda el verdugo
sin castigo ni expiacion!!

—
Dejastes esta morada
do impera el vicio insolente;
y yo, trémulo y doliente,
tus ojos cerraré á la luz;

De mi alma pintar quise
las extrañas emociones,
mas no lanza gratos sonos
ya. mi rebelde laud'

—
Roto yace, y hora vivo
sin ambicion, solitario,
la senda de mi Calvario
hollando con lento pié;

Y de la tumba el vestíbulo
descubro ya en lontananza;
que eras, madre, mi esperanza,
y tú todo lo que amé!!

JUAN GUTIERREZ DE TOVAR.

~~~~~



---

## LOS CENTINELAS DEL ALMA.

---

El órgano de la vista es en el hombre sencillo, pero doble, comparándolo con el de ciertos animales, encontrándose situado cada ojo en la parte superior y anterior de la cara, de tal suerte que puede dominar fácilmente los objetos, distinguiéndose en su estudio anatómico:

1.º El ojo propiamente dicho.

2.º Las partes accesorias—que sirven para alojarle, moverle, protegerle y lubrificarle,—compuestas de

Las órbitas.

Los párpados.

Los músculos, y

El aparato secreto lagrimal. (1)

En los mamíferos, los ojos están situados á los dos lados de la cabeza, excepto en los cuadrumanos que los tienen al frente, y en general son pequeños. Los de las aves son grandes, no solo con relacion al cerebro, sino á toda la cabeza. Los pólipos, los acarefos, los equinodermos y los infusorios

---

(1) Sobre esta materia puede consultarse con fruto *El libro de la naturaleza* de Schoedler, trad. por Machado y Nuñez.

no presentan señales de ojos, como tampoco los moluscos acéfalos, y es dudosa su existencia en los anélidos. (1)

Sabido es que los ojos disparan un fluido especial que condensa todos los elementos de sentimiento, pasión y fuego que del alma brotan. En el lenguaje ocular traza el amante la fuerza de la pasión, y expresa los más profundos secretos de este amor. Apasionadísimos y vehementes pintan los ojos cuantas vicisitudes dicha pasión entraña, bien al representar la efusión de un alma satisfecha y feliz, bien la desconfianza de una correspondencia dudosa, ya el aguijón de los celos ó bien la amargura del desengaño. Todos los incidentes y peripecias de esta clase de amor, aunque revistan cuantas fases distintas tienen, son fáciles de seguirse con los ojos: ora sea aquel profundo afecto más ó menos tímido, irreflexivo y ajeno de todo liviano pensamiento, revelándose en sentidas miradas melancólicamente vagas; ora sea la pasión mas ciega, atrevida y violenta. (2)

Los ojos azules pertenecen casi siempre á las personas flemáticas, y anuncian por lo regular debilidad y molicie, mas dulzura y afeminación que los pardos ó negros. No es esto decir que no hay personas muy enérgicas entre las que tienen los ojos azules, sino que en general los ojos pardos son indicio frecuente de un espíritu varonil, vigoroso, profundo; además de que casi siempre se asocia el genio á ojos de un color amarillo parduzco.

Véase, pues, una cuestión muy curiosa de indagar, como una excepción á esta regla: por qué los ojos azules son tan raros en la China y en las islas Filipinas; y por qué solo se les observa en europeos ó en criollos, siendo así que los chinos son los mas voluptuosos, pacíficos y perezosos de todos los pueblos de la tierra. (3)

(1) Voz *ojo* del *Dicc. enciclop. de la leng. esp.*, ordenado por Fernandez Cuesta, ed. de 1878.

(2) Sobre el expresar sin habla distintas clases de amor y otras emociones de hombres y brutos, V. á Huelin, *Cronicon Científico popular*, bienio 2.º, t.º II, p. 484, y la obra de Lavater *Essais physiognomiques*.

(3) Art. *ojo*, en el t.º XXIX de la *Enciclopedia Moderna*, por Mellado.



Los escritores clásicos antiguos daban ojos de azul de cielo á Minerva y á otras diosas, estimando que ese color era propio de divinidades. Las mujeres de los poetas italianos de la Edad Media, eran rubias generalmente, porque sin duda tenían mayor aprecio á causa de su rareza. Tasso describe con delicada elegancia los ojos azules de Armida. (1)

Los ojos negros denotan energía. Un poeta del siglo pasado, Cadalso, falla así en su original composición titulada *Guerras civiles entre los ojos negros y azules*:

El ojo negro es arma tan segura  
que su herida mortal no tiene cura.

He visto ojos azules, apagados;  
cuantos negros he visto, son ardientes,  
he visto ojos azules, despreciados;  
los negros nunca son indiferentes;  
con fundamentos fuertes y sobrados  
á los negros declaro preeminentes.  
Alarde no he de hacer de mi elocuencia;  
apelemos, si os gusta, á la experiencia.

En los *Cancioneros populares* existen en abundancia las coplas que tratan de esa clase de ojos, que no falta quien los ha calificado de los *mas asesinos*. Como muestra citaremos las dos siguientes:

A esos ojillos negros  
Échales llaves,  
Que me matas con ellos  
Cuando los abres.

—  
No te fies de ojos negros,  
Que ojos negros son traidores;  
Unos ojos negros fueron  
Causa de mis perdiciones.

Los ojos verdosos indican un temperamento colérico, en cuyo caso los párpados son rojos, retirados y sesgados. Son además signo distintivo de vivacidad y valor. Entre los poe-

---

(1) V. nuestro art. *Fisiognomía de los ojos*, inserto en *La América*, 1883.

tas griegos fueron muy estimados. En nuestros *Romances* hay una letrilla que empieza:

¡Ay ojuelos verdes  
Ay los mis ojuelos!

Y mas adelante:

Tengo confianza  
De mis verdes ojos,  
Que de mis enojos,  
Parte les alcanza;  
Ojos de esperanza  
Y de buen agüero, etc.

Lope de Vega en *La Circe*, refiriéndose á los de la protagonista de su poema:

Eran los ojos esmeraldas puras.

Los poetas ingleses prefieren lo que es menos comun en Inglaterra y consiguientemente se deleitan y entusiasman por los ojos negros de las morenas. Shakespeare al describir el mónstruo de los celos, le confiere ojos verdes. En tiempo de las cruzadas reinaba una pasion prodigiosa por ese color. Así Thiebault, rey de Navarra, citado por un erudito moderno, (1) dice de una pastora:

La pastore est bele et avenant  
Elle á les yeus vairs.

Los ojos pequenuelos anuncian por lo regular un carácter astuto é ingenioso, y los grandes, por el contrario, rara vez anuncian astucia, pero son una de las señales características de la dulzura y bondad. Todos aquellos animales que se distinguen por tan bellas cualidades, como los carneros, los ciervos, la gacela..., todos tienen ojos grandes; mientras que los animales feroces y carnívoros los tienen pequeños, como los tigres, gatos, hienas, etc.

Los ojos que distan uno del otro más que la medida de uno de ellos, manifiestan poca disposicion intelectual. Esta configuracion es tambien señal de longevidad; los animales mas fuertes como el toro y otros, todos tienen los ojos separados. (2)

(1) E. Huelin, *Lenguaje de los ojos*, trab. pub. en *La Guirnalda*, 1877.

(2) A. Rotondo en su libro *La Fisonomía*.



Los ojos saltones y que descubren toda la pupila, caracterizan á los hombres inquietos, sin energía reflexiva y que solo obran por capricho. Tambien indican facilidad para aprender idiomas, mucha memoria de nombres y verbosidad en el decir.

Cuando los ojos, estando abiertos, ó no encontrándose comprimidos, forman un ángulo alargado, agudo y puntia-gudo hácia la nariz, pertenecen exclusivamente á personas, ó muy juiciosas ó muy finas. Si el ángulo del ojo es obtuso la fisonomía presenta cierto carácter infantil.

Los ojos anchos, en los cuales aparece mucho blanco debajo de la pupila, son comunes al temperamento flemático y al sanguíneo. Pero en la comparacion se les distingue fácilmente: los unos son débiles, apagados y vagamente delineados; y los otros se ven llenos de fuego, muy pronunciados y menos escotados. Tienen párpados más iguales, más cortos, pero al propio tiempo menos carnosos. (1)

Numerosos poetas antiguos y modernos han expresado el pensamiento sobre que millares de cupidos revolotean alrededor de los ojos de una hermosa, para explicar el poder fascinador y el lenguaje convincente que siempre los de las mujeres bellas presentan.

Bretonnayau (2) se lamentaba, lo mismo que Milton, de que un sentido tan precioso como la vista fuese tan limitado y vulnerable. Dicho autor francés considera los ojos, como soles que poseen facultades iguales á las del astro, centro de nuestro sistema planetario, y trata el asunto como un misterio sublime y símbolo celestial, presentando una profundidad numérica y unas comparaciones astronómicas en extremo interesantes.

Mas aunque sea grande todo el misticismo del autor de *Fabrique de l'œil*, aplicado al tratar de la vista, no presenta sin embargo tanta extravagancia como el poder de hechizar y fascinar que en tiempos antiguos se suponía que era propio de los ojos, así de los seres humanos, como los de los basiliscos, cocodrilos y determinadas serpientes á las que se

---

(1) Art. cit. de la *Enciclop. Mod.*

(2) En su obra *Fabrique de l'œil*.

atribuía la facultad de matar á los pájaros en el aire, y hasta á los hombres con una mirada. (1)

En el siglo XIX, es artículo de fé, aún para los más incrédulos en tales materias, que las mujeres hermosas son las únicas capaces de poseer las virtudes mortíferas á que nos hemos referido. Hasta el pueblo lo comprueba amenudo con las coplas:

Si por mirar matas,  
Niña, pregunto:  
¿Dónde vas enterrando  
Tanto difunto?  
Si mirando risueña  
Tus ojos matan,  
¿Qué será, vida mía,  
Mirando airada?  
Si vibran rayos  
Tus dos ojos serenos,  
¿Qué harán nublados?

Entre las poesías del toledano Fr. Damian de Vegas, es merecedora de que cite mos aquí la intitulada *A los ojos, sobre aquellas palabras de Hieremias, tren. 3: Oculus meus*, etc., (2) uno de cuyos versos aprovechamos para ponerle epígrafe á este artículo, que terminaremos con la reproducción de ella, ó mas exactamente afirmado, con la de las siguientes estrofas:

Ganar gran victoria y palma  
Ó perdella, pende en ellos,  
Por ser, como al fin son ellos,  
Los centinelas del alma;  
Y si descuidados son,  
Ó solo á su gusto atienden,  
«Dos traidores son, que venden  
El alma y el corazón.»

---

(1) Huelin, *Leng. de los ojos*, trab. ya menc.

(2) V. el *Romancero y Cancionero Sagrados* en la Biblioteca de Rivadeneyra.



Parad mientes lo que digo,  
Que si los ojos corriendo  
No cierran la puerta en viendo  
El rostro del enemigo,

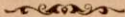
Muy presto será en prision  
La libertad que defienden,  
«Porque ellos son los que venden  
El alma y el corazon.»

ANTONIO MARTINEZ DUIMOVICH.



---

## LA PRIMERA ARISTOCRACIA.



SEÑORES:

Á la manera que el mundo físico tiene propiedades que caracterizan las condiciones generales de su existencia, el mundo de la humanidad tiene leyes que caracterizan las condiciones necesarias de su desarrollo. El hombre, parte integrante de la gran colectividad, se halla sujeto á estas leyes por una fuerza irresistible de progreso, hasta acercarse á la verdad absoluta, representada por Dios en la misma esencia del *Ser*.

El mundo físico, como el mundo de la humanidad, tiene tambien por eterno regulador la razon providencial que lo guia en todas sus grandes manifestaciones: la razon providencial, que es la clara antorcha que le conduce en el tiempo y en el espacio; que es la fuerza misteriosa que preside todos sus fenómenos, que acuerda y encadena sus movimientos, y sin cuyo poderoso auxilio no se comprende el orden en el mundo físico, ni en el mundo de la humanidad.

En los primeros tiempos, en el regazo de la madre naturaleza, entre las tranquilas alboradas de la existencia uni-



versal, apareció el primer hombre llevando en su mente los fecundos gérmenes de la ciencia. La lámpara maravillosa de la inteligencia, fuego inextinguible de la razón, se hallaba velada por la confusa neblina de la ignorancia. Muchos siglos de misteriosa incubación debieron pasar para que la historia, ojeada infinita de la eternidad, fijara con perpétuo buril las demostraciones sensibles del conocimiento, bajo cuya influencia debieron bosquejarse los primeros esbozos de la ciencia, especie de aristocracia del saber, la más alta, la más noble y la más augusta de todas las aristocracias que después han venido cruzando el horizonte de las naciones y de los pueblos.

Si recorremos los anchos espacios de la cronología: si examinamos con ánimo sereno las extrañas cosmogonías de los pueblos primitivos, levantando el espíritu á las tranquilas esferas de la contemplación, vemos aparecer en remotas lontananzas las sociedades orientales. En este suelo clásico de la humanidad, en este encantado origen de toda civilización, fué donde el poder colectivo del hombre hizo sus más extraordinarias manifestaciones. Los monumentos, reflejo plástico de su grande actividad; las instituciones, reflejo sublime de la inteligencia, son un testimonio irrecedero de su magnífico poder.

Estos pueblos, empero, se hallaban en la infancia social, y por eso el sentimiento de lo maravilloso formaba el carácter general de las sociedades indostánicas. Brahma era para ellos el gran Dios que se revela en la naturaleza por sus sorprendentes demostraciones; Brahma era lo mismo el rayo vengador, que la influencia benéfica que conmovía la multitud, que atónita le adoraba; Brahma se presentaba en el desbordado torrente y en el magnífico alumbramiento del sol; Brahma era, en fin, el Dios *Todo*, que absorbía la materia y el espíritu de aquellos pueblos, poseídos por el vértigo fanático de la idolatría y de la teocracia.

Así es, que todos los hombres que se hallaban en correspondencia con tan alta magestad, eran considerados por la muchedumbre como de origen superior, raza de privilegio poseída del espíritu divino, nacida para dirigir los destinos de los pueblos y sostener la ardiente llama de la fé religiosa. El sacerdocio brahmánico: hé aquí, señores, la primera

exhibicion de una série de escogidos, de una série de príncipes, de una aristocracia de derecho divino monopolizadora é intransigente, que llevó á todas partes las preocupaciones de su oscura ciencia, de sus ritos y de sus misterios. Esta es la aristocracia de la supersticion, sombría como la divinidad que la inspira, terrible como la venganza, de siniestros caractéres como la tiranía.

En estos apartados tiempos penetró en la conciencia mística de aquellos pueblos la odiosa division de la familia humana, en castas privilegiadas unas, desheredadas otras, mengua de la razon, la justicia y el derecho, las cuales como una asfixia social han venido sofocando la inteligencia y el progreso. ¡Cuántos siglos de trabajosa y perpétua elaboracion han sido necesarios para que los pueblos hayan podido sacudir el pesado yugo de semejante sistema! La aristocracia sacerdotal, la division de castas: este es el funesto legado que la India hizo á los pueblos ignorantes y envilecidos, á los pueblos arrastrados por la corriente incontrastable del fanatismo religioso.

El mundo experimentaba la evolucion natural del progreso; el huevo cosmogónico, como diria el distinguido Pelletan, habia roto su áspera corteza por efecto de una misteriosa incubacion, y la humanidad, en alas de una constante aspiracion, adelantaba hácia la perfectibilidad. A impulsos de este movimiento tuvieron desarrollo las grandes agrupaciones que despues constituyeron los viejos imperios, cuyos nombres y cuyas ruinas contemplamos con asombro al atravesar las regiones donde tuvieron existencia tantos pueblos autores y obreros de tantos palacios, tantos sarcófagos, tantas ciudades levantadas para satisfacer el fastuoso orgullo de sus monarcas y de sus aristocracias.

Despues de rudas oscilaciones, progresaba la humanidad en su desenvolvimiento; la vanguardia de su peregrinacion hácia occidente fijó su planta en el suelo clásico de la Grecia. La naturaleza pura y sonriente de estas bellísimas comarcas, ofrecia un eden á la civilizacion y un cielo esplendoroso al sentimiento; su benéfico clima, sus templadas y tranquilas brisas, ofrecian al espíritu la encantadora embriaguez de la contemplacion. Por eso la humanidad, hizo alto en esta tierra prometida de la inteligencia. Olvidando



entonces las tribus viageras sus groseras tradiciones é inspirándose en el sentimiento sublime de su virgen naturaleza, el gènio de las artes levantó su vuelo á las altas esferas de la concepcion filosófica. Tales circunstancias hicieron brotar de su seno la aristocracia de la sabiduría, que dió soberano impulso á las ciencias, á la filosofía y al derecho, como expresion de una civilizacion más perfecta, justa y expansiva cual lo será siempre la aristocracia de la inteligencia.

Así pues, lo que pretendemos llamar aristocracia helénica, prescindiendo del sentido vulgar de la palabra, fué la demostracion sintética de un poder inteligente, por el conocimiento del arte y de la filosofía. Del arte, señores, que desarrolló el Partenon; de la filosofía, que estableció la Academia; esos dos grandes rasgos que caracterizan la armónica fisonomía del pueblo helénico.

En Grécia dominó por mucho tiempo la aristocracia del arte; el arte subordina la ciencia y crea el olimpo, sorprendente manifestacion del ideal artístico; el arte dá cuerpo á los sagrados mitos, arrastra el gobier o á su influencia y formula la legislacion; el arte arrebató para la guerra unos pueblos contra otros en nombre de la belleza; el arte, en fin, establece en Esparta las leyes que castigan la deformidad natural en honor de la perfectibilidad física de la raza. Jamás pueblo alguno ha elevado á mayor altura el sentimiento de lo bello, jamás sociedad alguna ha llevado el vuelo de la imaginacion á más transparentes esferas; jamás aristocracia alguna ha reinado con mas esplendor en el espíritu de los pueblos. ¡Pátria esclarecida de Fidias y Platon! ¡te saludo! Os saludo, pléyade ilustre de aristócratas de la inteligencia, como representantes de la razon que encarna la justicia y la fraternidad universal!

A medida que el pueblo griego florecia con el refulgente brillo del gènio, se agrupaban en las riberas del Tiber gran número de desheredados, hombres de pátria desconocida, para formar el núcleo social del pueblo más formidable que registra la historia. Compuesto de elementos heterogéneos, adquiria engrandecimiento por la implacable ley del más fuerte, que era la norma de aquella naciente sociedad. Al desbordarse el vaso sagrado que contenia la pura esen-

cia de la civilizacion griega, llegaba hasta la ciudad de las siete colinas el suave aroma de la ciencia y el arte. El alma helénica penetra en la conciencia del pueblo romano, como el sentimiento de un mundo mejor, como se agita en la mente el ideal del progreso, como palpita en el corazon la esperanza de un bien fecundo.

Roma, en el emporio de su poder y colmada de una portentosa exuberancia de vida, viene tambien à servir à la civilizacion, estableciendo por medio del dominio del mundo la monarquia universal. Una aristocracia imponente y avasalladora, plagada de ambiciones como en los borrascosos tiempos de la República, de vicios y disipaciones como en los vanos tiempos del Imperio, se encarga de la obra y extiende por el viejo mundo sus legiones victoriosas convirtiendo en servil trahilla los monarcas que no pudieron resistir su avasallor empuje. El patriciado, egregio plantel de ambiciosos y tiranos, es la aristocracia que con el magnífico heroismo de sus empresas militares, inundó el orbe de Neronés y Calígulas, sobre los que flotaba el espíritu del progreso conducido por las águilas de la victoria.

El vicio corruptor, la dorada prostitucion calzada con el mágico coturno de las más impuras liviandades, convirtieron al pueblo gigante en un hediondo lupanar. Roma fué un cadáver que no alcanzó á galvanizar el ardor de sus tribunales, ni el siniestro predecir de sus augures. Su aristocracia disolvente conmovia las entrañas del cuerpo social con las absurdas prodigalidades del imperio de los Césares. En este tiempo, un estremecimiento insólito conmueve el mundo; en un rincon de Galilea y sobre un peñasco escarpado, se levanta una cruz, como símbolo de la *buena nueva*; en ella un cadáver sacratísimo abre sus brazos á la humanidad, consagrando por el martirio la obra de la redencion; al suave contacto de la doctrina evangélica, el olimpo pagano desaparece como ligera arista que arrebatada el viento y una nueva faz social se descubre en el horizonte de los pueblos. Sobre la sombría aristocracia de la fuerza se dibuja la aristocracia de la fé cristiana, que sale de las catacumbas para ostentarse radiante á la luz del dia. Esta aristocracia conquistada en nombre de la moral la conciencia de la humanidad y rompe el yugo de la esclavitud antigua. ¡Dichoso el



momento en que el Hombre-Dios se anuncia á las naciones para establecer el sacrosanto dogma de la fraternidad! ¡Dichoso el momento en que el Hombre-Dios abrió sus brazos para recibir en su seno la humanidad entera! ¡Que vivan eternamente en el corazon de los buenos los sentimientos de tan sagrada revolucion!

Mientras que el pueblo rey experimentaba el estertóreo efecto de una segura disolucion, una raza de gigantes desconocida se desprendía, como terrible tromba, de las heladas regiones del norte, arrasando los pueblos hasta alcanzar las doradas cúpulas de la ciudad eterna. Toda esta raza de héroes del espíritu cristiano, ayuda con su valor y sus esfuerzos á la portentosa obra de la regeneracion universal. El Bajo imperio, más bajo por sus célebres disoluciones que por su situacion geográfica, fué la sentina donde se refugió la cohorte envilecida de cobardes y tiranos, hasta que desapareció esta mancha negra de la historia, por la influencia del puro sol del cristianismo. Lo que pudiéramos llamar aristocracia del Bajo imperio, no tiene nombre; es un mercado de hombres sin conciencia, de gentes sin pudor, restos podridos de la decadencia romana, esqueletos descarnados de dignidad, cuyo repugnante cuadro se resiste la pluma á dibujar por que ya antes lo rechaza la razon, la justicia y el buen sentido.

Las hordas indisciplinadas del Norte extendieron su dominio por todos los pueblos occidentales; por doquiera establecian comarcas señoriales absorbiendo por la fuerza todos los elementos de la vida social. El feudalismo fué, pues, un hecho en la historia y un paréntesis en el progreso. El feudalismo tiene el apoyo moral del espíritu cristiano, bajo cuya santa enseñanza se acoge para centuplicar sus fuerzas y su preponderancia. ¡Guerreros y monges!; hé aquí, señores, la expresion sintética del periodo feudal; la espada y la cogulla: hé aquí la aristocracia que dominó el mundo en aquellos oscuros tiempos! Aristocracia de sangre, de derecho divino, ungida por el catolicismo y sostenida por espacio de algunos siglos por el espíritu de conquista; aristocracia erguida en sus castillos, que sirven de atalaya y de asilo á su implacable individualismo; aristocracia que lleva á efecto el sorprendente movimiento de las cruzadas, ins-

pirado por un monge poseido, que con voz de trueno predica la conquista, y á cuya formidable entonacion se levantan feudatarios y siervos; reyes y vasallos, el occidente en masa, en nombre de la fé, para librarse á las más trabajosas empresas, á una guerra de devocion, grande en su heroismo, infecunda en sus resultados.

Despues de tales acontecimientos, negros y pesados nubarrones se agrupan en el horizonte feudal. El progreso se detiene ante la sombría magestad del castillo y la inteligencia inmóvil solo destella algunos conocimientos vagos del espíritu antiguo, refugiado en la soledad del claustro. De aquellos albergues de meditacion se escaparon alguna vez acentos de emancipacion inspirados por las mermadas tradiciones del Bajo imperio, preparando de este modo la explosion del espíritu científico conocido con el nombre de *época del renacimiento*.

Libre luego el pensamiento de la ruda tutela de la aristocracia feudal, abre plaza á una série de descubrimientos que son la gloria del progreso y el cuadro más importante de la historia de la civilizacion. Aquí se inventa la pólvora, símbolo terrible de la fuerza, que hace caer la espada y volar en pedazos la fortaleza. Allí la imprenta, que dilata el pensamiento, dándole vigorosa duracion y extendiendo la esfera intelectual hasta los más remotos confines de la tierra. Las fuerzas físicas como las de la inteligencia se nivelan y preparan un porvenir fecundo á la igualdad social, fuente de todas las prosperidades.

Abiertas se hallan las puertas de diamante de la edad moderna; el buitre feudal abandonando el nido de granito baja para formar la ciudad, y la alquería se convierte en municipio; ¡en municipio, señores, que encarna todo el espíritu moderno y que es la institución más gigante de la civilizacion! A impulso de estas circunstancias se constituye la unidad monárquica y se crea el estado, primera manifestacion de la autonomia nacional, que dà forma definitiva al derecho de gentes. El feudatario cambia su cota por el traje cortesano y la aristocracia de la fuerza se postra desarmada ante el poder real, á quien sirve en sus lujosas fastuosidades. El día en que la doctrina aristotélica no fué herética, se estableció definitivamente la aristocracia de la in-



teligencia, que representa toda la moderna civilizacion.

Con el auxilio de la imprenta se alientan todos los ramos del saber, nutridos por la sávia fecunda del progreso. La brújula franquea desconocidos derroteros, que revelan nuevos continentes al conocimiento, preparando la revolucion comercial que por medio del cambio hace solidarios todos los intereses, que ensancha la esfera de actividad de las naciones, que es la grande arteria por donde pasa la nutricion del organismo social, desarrollando la accion cosmopolita para todos los productos del universo.

Con tales conquistas y tan extraordinarios acontecimientos, el espíritu de los pueblos experimenta su activa incandescencia, la febril exaltacion que tanto engrandece la dignidad humana. La astronomía descubre el velo del infinito y explica satisfactoriamente el mecanismo de los mundos, sugetando á cálculos precisos sus movimientos. La física desarma el rayo y encadena su direccion. La mecánica desarrolla la silbante locomotora. La química penetra en la estructura de los cuerpos reduciendo á fórmulas fijas los elementos de su composicion. El derecho abre amplios horizontes á la redencion social. La medicina cuenta con sábio detenimiento las fibras elementales de la organizacion, explica sus funciones y establece preceptos de preservacion general. Todas las ciencias hablan con la elocuente voz del progreso, con el espíritu profético del porvenir, dando á conocer entre las rísueñas alboradas de una nueva civilizacion la aristocracia de la inteligencia, noble y poderosa, justa y reparadora, como iuspiracion de Dios, para llevar á efecto los destinos de la humanidad.

Crece y toma proporciones el incendio de las ideas; el mugiente volcan revolucionario se deja sentir, reconociendo los derechos del hombre que establecen el dogma sacrosanto de la igualdad. Focos ardientes de actividad civilizadora destruyen las viejas instituciones demoliendo á la vez el carcomido edificio de la tradicion. Llega el tiempo de las grandes reformas; el tiempo de los triunfos de la inteligencia, que resuelve el problema de la fuerza impulsiva del vapor que salva las distancias con pasmosa velocidad; el vapor, señores, que es el paso de carga de la civilizacion para el logro de las más altas empresas; el vapor, que es-

tablece la solidaridad humana entre las más apartadas regiones. La inteligencia, que inflama el gas robando á las tinieblas su horrible intensidad; el gas, que es la hermosa estrella desprendida del cielo de la civilizacion, para guiar con soberano respeto á los príncipes del porvenir. La inteligencia, que subordina la electricidad y desarrolla el telégrafo que comunica las ideas con sorprendente rapidez y que es el mediador súbito que sostiene la reciprocidad en todos los continentes! ¡Y á donde iríamos si hubiéramos de enumerar las manifestaciones de la inteligencia, soberana del mundo, origen de todas las civilizaciones que se dibujan en el porvenir! ¡Cuántas instituciones caducas se desploman ante la preponderancia de la razon ilustrada por la ciencia! ¡Cuántas instituciones sucumben ante el magestuoso triunfo de las ideas! ¡Cuántos pueblos se incorporan y unifican ante la ley universal del progreso, ayudando á los triunfos que por doquiera consigue la razon universal! El alma se anega en un océano de felicidad al contemplar tanta magnificencia, tanta grandeza intelectual. La aristocracia del saber reina en absoluto en los pueblos que llevan la iniciativa en la marcha general de la civilizacion; los obreros del porvenir trabajan con incesante afán en alas de la razon para resolver todos los problemas que ofrece la regeneracion social. ¡Que el cielo corone la obra y ayude sus generosos esfuerzos!

Así, señores, despues de esta pálida demostracion podemos asegurar, con el juicio inflexible de la historia, que en los primeros tiempos, en la infancia de la humanidad, la aristocracia sacerdotal, absorbiendo todos los elementos de la vida, ha dominado los pueblos, sujetándolos á la dura coyunda del monopolio de la casta y á la inmovilidad absoluta, por medio de un sistema terrorífico y misterioso que humilla la inteligencia sosteniendo la supersticion.

Cuando los pueblos gozan de las condiciones que revelan una exuberancia de vida general; cuando las fuerzas colectivas se expresan con vigor y lozanía; cuando la edad alcanza el grado de adolescencia histórica, domina como elemento preponderante la aristocracia de la fuerza; los pueblos, de místicos y supersticiosos, se hacen guerreros, librándose á empresas de conquista, siendo tales demostraciones



el resultado de un poder que no concede más límites que el que le impone su constante afán por las aventuras militares.

Hay, en fin, señores, una época en la vida de las naciones en que la justicia y el derecho son los elementos reguladores de la acción social. Esta época es siempre el resultado de una civilización reflexiva, de un estado político perfecto y en armonía con la dignidad del individuo. Esta época se distingue por el progreso que reciben todos los ramos del saber, por sus tendencias reparadoras y su racional desenvolvimiento en todas las manifestaciones de la actividad humana. Esta es la época en que reina soberanamente la aristocracia de la inteligencia, que encarna la realización práctica de todos los derechos, al mismo tiempo que la de todos los problemas que se agitan en el mundo. Esta es la aristocracia del porvenir; la aristocracia que alienta los futuros destinos de la humanidad.

Hé dicho.

CRISTOBAL ESPINOSA.

---

## VITALISMO Y ORGANICISMO.

---

### II.

Hipócrates es la piedra angular del vitalismo. No pueden discutirse seriamente los dogmas fundamentales de esta escuela sin recordar al esclarecido ingenio que la creó cimentándola en la doble y sólida base de la observacion y el raciocinio. ¡Admirable espectáculo el que presenta su doctrina! Sencilla en la forma, pero grande y elevada en el fondo, es la antorcha que ilumina la ciencia despues de las densas tinieblas que por tanto tiempo la habían oscurecido. A su poderoso impulso se derrumban añejas y ridículas teorías: se abre paso en todas las inteligencias; y extendiéndose por la Grecia con la velocidad del relámpago, se traslada à Alejandría, penetra en Roma, continúa en el Bajo Imperio, domina en tiempo de los Arabes, pasa á Salerno, es la enseña de Montpellier, y llega hasta nosotros depurada en el crisol de veinte y tres siglos de controversia, conservando la pureza de sus dogmas y la frescura y lozanía de sus principios. Firme como la roca en medio del Océano, la escuela hipocrática ha resistido sin conmovirse



el impetuoso oleaje de los sistemas. Ni el espíritu innovador de las épocas modernas, ni los titánicos progresos realizados en todas las ramas de la Medicina, ni los portentos de la Física y de la Química, han mermado la savia que nutre el árbol frondosísimo cuya semilla germinó en Cóos, y á cuya benéfica sombra han crecido y prosperado las escuelas vitalistas.

La vida es un principio; la organizacion su resultado. Fuerzas y leyes vitales que presiden y dirigen los actos funcionales del organismo; fuerzas y leyes físico-químicas modificadas profundamente por las vitales; hé aquí los dos ejes sobre que gira la complicada máquina de nuestra organizacion segun los principios de la escuela vitalista. Poco importa que esa fuerza que anima á la materia orgánica y armoniza el ejercicio de sus funciones se llame *naturaleza* por Hipócrates, *arqueo* por Van-Helmont, *fuerza animica* por Stahl, *principio vital* por Barthez: la verdad es que, dándole distinto nombre, todos la admiten como indispensable para explicar los fenómenos de la materia organizada.

La lógica nos lleva directamente á aquella conclusion. No se satisface la inteligencia con ser mera espectadora de lo que en el mundo pase. Cada hecho que observa, cada fenómeno que se presenta en cualquiera de las ramas del saber humano, es explicado por medio de fuerzas ó potencias que imprimen movimiento á la materia, inerte por naturaleza, y que son consideradas como causa de tantos y tan variados efectos como continuamente pasan á nuestra vista.

Ahora bien: hay en la naturaleza dos clases de cuerpos que se distinguen por los fenómenos que presentan y por las leyes á que obedecen. Los cuerpos inorgánicos están sujetos al imperio exclusivo de las leyes físicas y químicas; los organizados existen bajo el dominio de las leyes vitales que la ciencia ha formulado, sino con precision matemática en sus detalles y consecuencias, por lo menos de una manera general y comprensiva que es suficiente para caracterizar á los seres que viven.

Son, pues, las leyes de la vida las que, por induccion, nos conducen á admitir la fuerza vital como necesaria é indispensable para comprender los actos fisiológicos y patológicos del organismo, su formacion, su progresivo desarro-

llo, la admirable disposicion de sus aparatos y la armónica síntesis de sus funciones; fuerza vital que organiza la materia, que obra constantemente hasta la extincion de la vida y que manifiesta su accion de tres modos diferentes: creando los órganos segun van siendo necesarios, preservando estos mismos órganos de las influencias físicas y químicas que tienden á desorganizarlos, y restableciendo la armonía orgánica y funcional cuando por causas accidentales ha sido alterada. Los tres caracteres, *formatriz*, *conservatriz* y *medicatriz*, son el trípode que constituye la fisonomía propia, el modo de ser especial, la individualidad de dicha fuerza.

En su primera manifestacion la fuerza vital desenvuelve enérgicamente su accion formatriz, la cual determina el desarrollo lento y progresivo del óvulo embrionario, allegando todos los elementos necesarios para su completa evolucion en el seno materno.—¡Qué grande se manifiesta la naturaleza en este prodigioso trabajo!—Masa informe al principio, el nuevo sér experimenta sucesiva y gradualmente una multitud de variaciones y transformaciones; sus órganos aparecen con un orden y una regularidad admirables; sufren continuas modificaciones, y adquiriendo cada dia nuevos elementos de vida, llega el momento en que, completamente formado, teniendo ya las condiciones necesarias para resistir la accion de los agentes inorgánicos, rompe las envolturas que le aprisionan y abre sus ojos para cumplir el alto fin que la Providencia le ha señalado.

Entonces la accion conservadora oscurece á la formatriz, porque lo importante ahora es sostener el equilibrio de las funciones, resistir á las causas perturbadoras que tienden constantemente á alterar la organizacion y á someterla al influjo exclusivo de las leyes generales de la materia. La fuerza vital obra sin descanso para conseguir aquel objeto, opone tenaz resistencia á los elementos de destruccion que asedian al organismo, y mantiene la armonía, el equilibrio funcional que constituye el estado fisiológico para la escuela vitalista.

Más semejante estado no es inalterable. Rómpe se á veces el equilibrio orgánico por causas cósmicas ó por influencias morales, y aparece entonces la enfermedad. Hé aquí



funcionando otra vez á la fuerza vital, desenvolviendo su accion medicatriz, para restablecer por medio de esfuerzos desconocidos y de crisis salvadoras la armonía funcional indispensable para el estado fisiológico.

Vasto campo ofrece la materia para deducir consecuencias prácticas de la mayor importancia, y para ilustrarla con hechos y observaciones de eminencias médicas de todas las épocas y de todos los paises. Mas ni la índole de la REVISTA lo consiente, ni son apropiósito sus columnas para entrar en minuciosos detalles y pormenores.

Hé aquí el resúmen de lo que acabamos de exponer:

La vida es un principio, no un resultado; una causa, no un efecto.

La fuerza vital organiza la materia, crea los órganos, conserva el organismo, sostiene el equilibrio funcional y lo restablece ó tiende á restablecerlo cuando se ha alterado.

No son estas conclusiones una verdad matemáticamente demostrada; que si lo fueran, no admitirían contradiccion de ningun género. Son una hipótesis, pero hipótesis lógica y racional que lleva en su seno la explicacion de los fenómenos vitales y la clave para resolver los complicados problemas de la medicina. Por eso, despues de veinte y tres siglos, se conservan frescas y lozanas las doctrinas vitalistas, y en aptitud de derramar abundantes y exquisitos frutos en el campo de la ciencia.

DR. LUIS NAVARRO.



---

## EL FILOTECNICISMO.

---

### I.

Juramos por nuestra ánima, benévolos lectores, que al copiar el cuadro que humildemente os presentamos, ni hemos pretendido hacer una caricatura, ni nos hemos valido del lápiz ó los pinceles, sujetos siempre à error en manos inexpertas: antes bien, amparándonos al arte descubierto por *Daguerre* y perfeccionado por *Niepee* y otros, y que tiene por objeto hacer fijas y permanentes las imágenes reflejadas en la *cámara oscura*, hemos limpiado un cristal plano y diáfano, le hemos dado un baño de *colodium* y otro de plata para *sensibilizarle*, y colocado convenientemente, hemos copiado en él y trasladado luego al *papel albumina*, la imagen mas exacta del ser mas original que conocemos.

Es éste, y aprovechamos gustosos la ocasion de presentárosle, D. Celedonio Lanceta, Licenciado en Medicina y Cirujía, titular de un pueblo de la Alpujarra y grande amigo nuestro.

No creais que es uno de aquellos médicos de antaño, llamados siempre doctores, aunque no hubieran pasado del grado de licencia, y que identificados con su profesion, parecian hechos de encargo para ella: no le hallareis sério, cejijunto y grave, calzado siempre el guante en la



mano izquierda, empuñando el proverbial baston de borlas y cabalgando en su pacífica jaca, seguido del sangrador, su inseparable escudero. Nuestro amigo es, por el contrario, hombre de aspecto jovial, de mediana estatura, bastante lleno de carnes, casi rubio, colorado de cara y como de cincuenta años escasos: esto en cuanto á su filiacion; respecto á su carácter, es decidor, alegre, aficionado á cuentos como una vieja, y amigo de refranes como Sancho. Adornan su cara unas patillas macarenas que le dan cierto tinte picaresco; y en lugar del baston de puño de oro, juega con ambas manos, porque es *ambidiestro*, un callado de caña de Indias, con el que da al aire tantos tajos, mandobles y estocadas, que no parece sino un tambor mayor ó un maestro de esgrima retirado.

No es solamente en el círculo de sus íntimos amigos donde él manifiesta la jovialidad que forma el sello peculiar de su carácter: nuestro médico es el mismo siempre; dirige bromas á sus amigos, cuenta concejas y anécdotas á sus enfermos mientras les toma el pulso ó les desgarrá el cuero y algo más, y los que mueren en sus manos, cosa que suele ocurrir, pueden, si quieren, hacer ese viaje divertidos. Lo mismo se acerca él al lecho del que padece un mal de muerte ó incurable, que al que sufre un ligero romadizo; de la misma manera prescribe una tisana, que manda al paciente ponerse bien con Dios: para D. Celedonio, el sanar ó el morir son cosas naturales que no deben preocupar á nadie, por la sencillísima razon de que á él, ministro de la muerte, ni le preocupan ni le afectan.

Por lo demás, él no es quijote como otros médicos, ni lleva la dignidad profesional á un ridículo extremo: lo mismo da una receta que practica una sangría; de la misma manera da su dictámen en un caso árduo que hace una planchuela de hilas, Corta y cose un vendaje, como cortaría un miembro ó cosería un intestino; y en caso apurado, pela ó afeita la parte enferma con tanta habilidad y desenvoltura, que parece que la tijera y la navaja se han nacido en su mano, segun el arte con que las maneja, y esto siempre risueño, siempre alegre, y exornando la operacion con algun cuento, algun cantar adecuado ó alguna epigrama picaresca.

Otra buena cualidad le adorna, y no por cierto despreciable, hoy que la ciencia de curar se ha dividido en sistemas, y que los mas profanos hemos elegido el nuestro, con exclusion de todos los demás: para D. Celedonio todos los sistemas son igualmente buenos, todos le son conocidos, y aplica el alopático, el hemeopático, el hidroterápico ó el expectante, al gusto del consumidor; porque, como él dice en sus frecuentes expansiones, á nadie puede negarse el derecho de elegir el género de muerte que mas le guste. Ya sea á fuerza de sinapismos, sangrías y cantáridas, ya propinando los medicamentos en dosis infinitesimales, ya convirtiendo al paciente en sopa de gazpacho, ó ya, por último, dejando que la naturaleza y la enfermedad luchen á brazo partido hasta que una de ellas venza, nuestro médico cree haber llenado siempre su mision, con tal que el paciente sane ó se muera á completa satisfaccion suya y por el método que sea de su agrado.

Lástima es que las buenas cualidades que le adornan se hallen deslucidas por una extraña manía, tan tenaz y arraigada, que antes de ceder en ella se dejaría él quemar por hereje: su manía es el tecnicismo. Cree sin duda que con ello da lustre á su profesion y se acredita de hombre docto, y antes de usar en sus dictámenes ó récipes un vocablo vulgar, renegaría de Galeno y sus secuaces.

No hay para qué decir que para todos ó casi todos sus clientes es de todo punto ininteligible su gerigonza, y que así le entienden cuando encaja sus términos revesados, como si hablara en chino; gracias á que el boticario de la villa suele traducir al lenguaje usual sus recetas, tienen éstas frecuente aplicacion; porque de no hacerlo así, ó el remedio no podria aplicarse, por no ser entendido, ó tendrian sus clientes que recurrir á la farmacopea, para que ella les propinara las horchatas de almendras ó los baños de vinagre aguado, que él receta bajo la forma de *emulsiones oleaginosas* ó *inmersiones de ácido acético decantado en agua*.

Pretender que él dijera purgantes y no *laxantes*, píldoras y no *glóbulos*, desmayos en vez de *sincofes* y cantáridas en vez de *vejigatorios*, sería pedir peras al olmo y machacar en hierro frio. Os mandará *madurativos lácteos*



y *apósitos glutinosos*; ¿pero *cataplasmas* ó *emplastos*.? ¡Antes la muerte!

Cuando la alimentacion es de todo punto perjudicial ó bien cuando debais usar de ella parcamente, os prescribirá el *plan dietético*, absoluto ó parcial; pero se guardará de deciros—no comais, ó comed poco,—como de cometer una falta gravísima. En vez de señalaros los alimentos que mejor se avengan à vuestro estómago, determinándolos con sus nombres corrientes, os dirá que os abstengais de las féculas, que prefirais los tónicos, y que no probeis los excitantes ó los lácteos.

Jamàs le oireis decir en particular tila, adormideras, culantrillo... y todos esos nombres con que aún los más profanos conocemos estos y otros medicamentos de universal aplicacion: él dirá *antiespasmódicos*, *narcóticos*, *antiame-norréicos* ó *emenagogos*... porque lo demás seria un delito de lesa tecnicismo, con el que no gravará su escrupulosa conciencia.

En cuanto á aquellos de sus clientes que pertenecen á la mas humilde clase social, confiesan su ignorancia cuando no le entienden, que es lo que ocurre en la mayor parte de los casos, y piden aclaracion de sus recetas, que á duras penas obtienen; pero las gentes mas elevadas, esas que si muchas veces son ignorantes, no dan su brazo á forcer, como suele decirse, en materia de ilustracion, se quedan á la luna de Valencia con sus dictámenes, y por no confesar que no le han entendido, ó no aplican el remedio, ó cometen mayúsculos disparates, traduciendo por la ley de la unisonidad su extraña *cullilatiniparla-científica*.

(Se concluirá.)

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

---

---

## APUNTES SOBRE DEGRADACION DE LA ESPECIE HUMANA.

---

El Dr. Whately en su célebre *Origen de la civilizacion*, sostiene que hombres por completo salvajes ó cercanos á cualquier grado inferior de barbarie, nunca han podido, ni jamás pueden sin auxilio extraño salir de la misma ni elevarse hasta alcanzar superiores condiciones, ni clase alguna de progreso; que aun en contacto aquellos con razas civilizadas, es difícilísimo ó casi imposible enseñarles con fruto ni los primeros rudimentos de las artes más sencillas; que nunca inventan ni descubren, porque la necesidad no es madre del inventar sino para quienes han adquirido cierto grado de reflexion y de intelectual cultura; que aun perfectas é inmejorables ó de cualquier clase las naturales facultades del humano entendimiento, exigen, no obstante, alguna instruccion comunicada exteriormente á fin de poder luego progresar sin extraño auxilio.

Desde que se dió á luz el *Origen de la civilizacion* por Whately, hay numerosos datos publicados que patentizan la exactitud de su aserto relativo á ser imposible el civilizar á pueblos salvajes.

El Dr. Wangemann declara que algunas tribus de negros africanos son incapaces de toda mejora moral y de cual-



quier linaje de civilizacion. (V: los dos tomos por el nombrado sobre la *Historia de la sociedad misionera berolinense*, 1873.)

La república africana de Liberia, fundada en 1816, tambien demuestra inconcusamente que ni aun bajo las condiciones mas favorables se consigue civilizar á los negros (v. el art. II de la Revista *Iron.*)

En los Estados-Unidos norte-americanos, el haber concedido derechos políticos á ciertos millones de esclavos negros, está produciendo los innumerables conflictos que diariamente refiere la prensa de aquella república. En Hampton (Virginia) desde el año de 1861, y en otras localidades, hay escuelas para la enseñanza de negros, quienes nunca logran asimilarse las ideas que reciben.

Respecto á los indios aborígenes de América, nadie ignora que todos van desapareciendo y que en breve se extinguirán por completo sin haber salido del estado salvaje, segun el informe dado por el Ministro de Agricultura de los Estados-Unidos, año del 74.

La raza indígena de Tasmania hasta su reciente total extincion continuó por completo bárbara, lo mismo que otras, segun se desprende de la obra de Labbok *Origen de la civilizacion y condicion primitiva del hombre. Naturaleza mental y social de los salvajes.*

El catedrático Owen en el discurso pronunciado en la sesion del Congreso internacional de orientalistas (1874), demostró que la raza andamanesa ó mincópica, lo mismo que la papuana de la Nueva Guinea, son totalmente incapaces de progreso, odiando y hostilizando aquellas á hombres civilizados más que fieras brutas. Certifica el citado profesor inglés que los mincópicos y papuanos prefieren sucumbir y perecer á experimentar los efectos de la civilizacion; describe los esfuerzos practicados para mejorar tales razas, y cita ejemplos de señoras de las colonias inglesas que educaron con el mayor esmero y cariño á niñas mincópicas desde tiernísima edad, las que, ya crecidas, se escaparon á nado hasta llegar á la isla de su nacimiento, donde viven en completa desnudez sin cubrir siquiera los órganos genitales, porque estas hembras carecen de todo pudoroso sentimiento.

Aunque haya alguna excepcion, sobre ser posible el pro-

greso de cierta raza bárbara, segun indica el libro de Varigny, *Catorce años en las islas Sandwich*, esto nada prueba contra la certeza de la ley general, en cuya virtud parece que los salvajes nunca jamás se civilizan.

Los anteriores y otros muchos hechos que se callan, confirman la opinion de Whately y patentizan que carece de perfecto fundamento la teoria sobre el origen salvaje de la especie humana.

E. H.



---

## AYER Y HOY.

---

AL DISTINGUIDO POETA D. CARLOS CANO EN LA MUERTE DE SU HIJO.

---

En la mansion dichosa,  
de su inocencia albergue,  
en sueño bienhechor reposa un niño.  
de dulce faz y de serena frente.

En su rostro hechicero  
vaga sonrisa leve,  
que brota, como aroma delicado,  
de su entreabierta boca en los claveles.

Ansiosos y arrobados,  
en atencion perenne,  
su sueño velan los amantes padres,  
que en él su dicha concentrada tienen.

Y el lecho primoroso,  
donde el infante duerme,

el trono augusto de la gloria humana  
á sus ojos extáticos parece.

. . . . .

Despues... fatal congoja;  
un estertor doliente...  
El ángel bello, presuroso vuela  
á la region oscura de la muerte.

De sus hermosos ojos  
huye el fulgor celeste,  
y los cárdenos lábios contraídos  
su rojo tinte y su frescura pierden.

Entonces, la alegría  
de los felices seres  
esclavos de su amor, en llanto amargo  
y en infinito duelo se convierte.

Y el lecho abandonado,  
que la tristeza envuelve,  
vén que se trueca en silenciosa tumba,  
do yace su esperanza para siempre.

P. LANGLE.

~~~~~

SONETO.

Rubia como un doblon de cinco duros,
(así dicen que son estos señores),
suave como el aroma de las flores,
pura más, mucho más que algunos *puros*,
era la niña que cien mil apuros
me hizo pasar, con pérfidos amores,
logrando con sus ojos seductores
de mi virtud rendir los fuertes muros.

Reñí con ella un día, ¡día aciago!
y una palabra pronunció insultante,
de mi profundo amor sin duda en pago;
lanzóme una mirada fulminante,
y con furiosa voz me dijo: ¡*Vago!*
Lo oyó un guardia civil, y me echó el guante.

T.

CRÓNICA LOCAL.

El calor y el cólera se disputan el dominio de las conversaciones generales. El primero, sobre todo, dejando sentir sobre nosotros sus efectos inmediatos, hace que solo nos preocupemos de la manera más eficaz de librarnos de su influencia; y cuando, á la hora del medio día, el sol lanza sobre la tierra sus rayos más ardientes; cuando nuestro organismo, tostado primero y luego derretido, pasa del estado sólido al líquido, con grave riesgo de convertirse en gaseoso; cuando sopla, ó mejor dicho, quema nuestras reseca epidermis ese viento de levante que parece salido de los antros infernales; cuando apenas, en fin, se vé por esas calles mas que algun perro vagabundo, algun que otro médico sudoroso y tal cual procurador diligente, cruzan en todas direcciones carruajes de todos los sistemas, conduciendo familias enteras de bañistas, que ván á remojar en las ondas del Mediterráneo sus sendas humanidades.

¡Oh, el baño! Preguntad á Jover sus benéficos efectos y estad seguros de que os convencerá elocuentemente de las excelencias del chapuzon y los encantos del trampolin; y si luego, despues de oir los panegíricos del propagandista, os deteneis un instante en el salon de *El Recreo* y veis que lo atraviesan sin cesar alegres parejas de muchachas bonitas,

¿quién se resiste? La tentacion os persigue, quedais rendidos á la atraccion irresistible que tantos incentivos ejercen sobre vuestro espíritu, y entonces sois ya hombre al agua; es decir, que os lanzais al mar resueltamente.

¿Quién sabe en aquel momento vuestras secretas intenciones? Tal vez no deseais solamente templar la piel abrasada, en el líquido elemento; sino que oyendo la cháchara juvenil de las bañistas, asaltados por mil ideas más ó ménos eróticas, y pensando en la sal andaluza que derraman los cuerpos de las bellas y que vá á juntarse con la de las olas, pretendéis acaso asimilaros algunas de sus partículas, poniéndoos en contacto con el agua *salada*...

¡Y por qué *saleros*!

*
* *

La temporada teatral que acaba de tener fin en el coliseo de Novedades, no ha sido, á lo que parece, muy fecunda en resultados prácticos para la empresa. Vico y la Mendoza Tenorio nos han repetido la visita que ya el año pasado nos hicieron; pero el público ha permanecido la mayor parte de las noches retraído y esquivo, con excepcion tan sólo de los beneficios de los primeros actores y de alguna que otra funcion llamativa, como aquella famosa de *El rizo de Doña Marta*, en la que había mucho que ver...

Sobre esta indiferencia del público se ha discutido largamente, atribuyéndola cada cual á una causa distinta; pero lo cierto es que se ha debido á muchas concáusas.

En primer lugar, la estacion es muy poco apropiado para esta clase de espectáculos: en pleno Julio y en este clima meridional y asfixiante, se necesita un amor excesivo al arte dramático para arrostrar los rigores de la temperatura y encerrarse entre las cuatro paredes de un teatro, si quiera este sea de verano, en vez de ir á tomar el fresco en sitios ménos calurosos.

Únase á lo dicho (y á la penuria general, cada dia más creciente) la frialdad exagerada que parecía haberse apoderado de Vico, en la mayor parte de las representaciones verificadas; noticia que circuló rápidamente, y que produciendo en el ánimo de los concurrentes fundado disgusto, contribuyó á aumentar el retraimiento. Hubiera trabajado

siempre el renombrado actor con el esmero y la maestría con que ejecutó, por ejemplo, *La Jura en Santa Gadea*, el *Guzman*, *Un tercero en discordia*, el segundo acto—nada mas que el segundo—de *El tanto por ciento*, y algunas otras en que se mostraba digno de la fama que goza, y á buen seguro que ni la concurrencia hubiera sido tan escasa, ni el Sr. Vico hubiera estado á punto de ser objeto de ciertas manifestaciones de desagrado, que pudieron afortunadamente conjurarse.

Bien comprendemos que no todas las obras se prestan á obtener la misma ejecución brillante, ni hay tampoco actor capaz de resistir un trabajo diario tan fatigoso, sin desmayos ni decaimientos; pero es lo cierto que algunos dramas han sido materialmente rezados por el Sr. Vico, y esto no podía ser grato para los espectadores, que no gustan de actores tan desiguales, que mientras se elevan á veces á la mayor altura, decaen otras hasta un extremo sensible.

Además, el repertorio presentado por la compañía á que venimos refiriéndonos, está ya muy visto entre nosotros; y vistos ya también, dos años seguidos, (que es mucho para este público, siempre compuesto de las mismas personas,) los propios actores encargados de representarle. Ni siquiera una obra de García Gutierrez se ha puesto en escena; nada más que una del fecundo teatro de Breton; de Hartzenbusch, sólo la más conocida; ninguna de Rubí, ni de Zorrilla, ni de Eguilaz, ni de Sellés, ni de tantos otros. Si no todos, la mayor parte de los dramas y comedias ahora elegidos, son los mismos que ya el año anterior representaron el propio Sr. Vico, ya harto quebrantado y afónico, aunque siempre, cuando quiere, maestro insigne, y la misma Srta. Mendoza Tenorio, que es una actriz de mérito indisputable, aunque no llega ni con mucho á la altura que otras alcanzaron, digan lo que quieran sus apasionados admiradores, y sean ejemplo de ellas, la Matilde, la Teodora, la Boldun y algunas otras figuras de primera magnitud en la escena española contemporánea.

La compañía que dirige Tamayo, ha repetido también, no há mucho tiempo, el propio repertorio á que aludimos; casi el mismo trajeron, há dos años, Calvo y la Contreras; y todavía en fecha más reciente, la simpática Luisa Calde-

ron, á quien celebraríamos ver de nuevo entre nosotros, por ser una de las actrices más inteligentes con que cuenta en la actualidad nuestro teatro, así como el célebre Valero, á quien todavía no hemos tenido aquí ocasion de aplaudir.

Creemos, sobre todo, que un empresario, conocedor perspicuo de sus intereses, debía contratar, en la temporada próxima, una buena compañía cómica, cuando hubiera terminado sus compromisos en la corte. Seguramente, el público acudiría presuroso á escuchar un repertorio casi desconocido para él, y á unos actores que pudieran serle más desconocidos todavía, y no por ello ménos eminentes. ¡Nos quedan aún tantos que admirar! Emilio Mário, Mariano Fernandez, María Tubau, Pepita Hijosa, Balbina Valverde, Rosell, Riquelme, etc. Presento la lista á cualquier empresario valiente.

*
* *

Despues de trazar este rápido bosquejo de la campaña teatral recién terminada, justo es que convirtamos la vista á otros horizontes.

Por desgracia, algunos de estos presentan señales de luto. En el mes que acaba de trascurrir, ha pasado á otra vida uno de los escritores más distinguidos con que contaban las letras almerienses. D. Cristobal Espinosa, médico notable, hombre de sólida instruccion y literato de valía, que ya hace años era víctima de cruel enfermedad, acaba ahora de ser arrebatado por la muerte del seno de su familia, sumiéndola en el duelo, y causando tambien hondo pesar á los muchos y cariñosos amigos que lamentan su pérdida.

Nosotros, que ya en otra ocasion consagramos al señor Espinosa un trabajo biográfico, donde examinamos sus producciones y aptitudes con más detenimiento del que ahora nos permite la índole especial de estas *Crónicas*, hacemos constar nuestro sentimiento por su muerte, reproduciendo en otro lugar de este número, como el mejor tributo rendido á su memoria, uno de los más excelentes artículos debidos á su pluma.

Tambien ha fallecido dias pasados el Sr. D. José María Gomez y Anton, que deja escritos vários trabajos estimables, de los que procuraremos ofrecer alguno á los lecto-

res de la REVISTA, en cualquiera de los números sucesivos.

*
* *

Las noticias del cólera habían hecho pensar en el aplazamiento ó supresion de la feria, que anualmente viene celebrándose en esta capital, en la segunda quincena del mes corriente.

Por fortuna, la epidemia sigue estacionada casi en los primeros focos de infeccion, y á estas horas se abrigan esperanzas de que podamos librarnos de la visita de tan temible huésped. En tal caso, la feria podría aún llevarse á cabo, y las niñas tendrían ocasion de lucir en la plaza sus ricas galas, obra de la modista, y las más espléndidas de su hermosura y de sus gracias, de que les ha dotado la madre naturaleza.

No es esta ocasion de adelantar una reseña imaginaria de las fiestas, que podría venir á tierra como un edificio levantado sobre arena. Reservamos la tarea para la revista próxima, si há lugar á ello.

Entre tanto, nos limitaremos á reproducir un diálogo que hemos oido no hace mucho, sostenido por dos miedosos.

—¿En qué vás á feriar? preguntaba uno de ellos á su compañero.

—Yo no pienso comprar mas que desinfectantes. ¿Y tú?

—Yo, ni eso. No quiero ponerme en contacto con nada que venga de fuera. Donde ménos se piensa, salta el *microbio*.

ORIEL.



UN DIA DE CAMPO.

- Aquí, venga V. aquí.
- No hay que incomodarse, señores.
- Pase V., cabemos perfectamente.
- ¡Ay! ¡ay! ¡ay!
- Dispensa, hijo mio; ¡está esto tan estrecho!
- ¡Ay mi piè! ¡ay!
- ¡Pobrecito! no lo he podido remediar.
- Es V. un bruto.
- Muchas gracias, hijito.
- En marcha, Pepe. No hay para qué trotar mucho. Cuando lleguemos, estaremos allí.

Este ó semejante diàlogo tenia lugar en un dia de pascua, á *bordo* de uno de esos vehículos que en nuestra bendita tierra sustituyen á los faetones, ómnibus y demás máquinas de viaje: de una galera, digo, y añado ahora descomunal, pero no tanto que fuera suficiente á contener la humanidad de nueve personas mayores y tres niños que iban ya empaquetados en ella, cuando un servidor de ustedes llegó á ser el Cristo de aquel multiforme apostolado.

Ibamos trece ¡número fatal! Mi espíritu amilanado empezó à preocuparse con la idea de un vuelco, del que pudiera resultar una tortilla humana de lo más monstruoso, y de buen grado me hubiera convertido en sustraendo de la tal partida, si miramientos razonables no me hubiesen hecho entender la inconveniencia de mi personal eliminacion. Abandoné, pues, mis proyectos evasivos, y confié á la pericia del mulero gordo y á las buenas intenciones de dos mulas flacas la integridad de mis costillas y la inviolabilidad de mis parietales.

Se habia proyectado, hacía tiempo, un día de campo en una tertulia á la cual solia yo asistir, y la señora de la casa tuvo la amabilidad de contar con mi humilde persona para que fuese uno de los comensales. Yo no encontré nunca un gran placer en esos convites mónstruos á los que concurren personas que apenas se han tratado; pero en fin, se habia tenido la atencion de contar conmigo y una negativa hubiese sido una descortesía, indigna de quien de bien educado se precia. Además, iba Paquita, y Paquita era para mí un iman que podia arrastrarme, no digo á comer en el campo, sino á comer en un pesebre.

Serian las ocho de la mañana cuando sentí parar á mi puerta el carruaje antedicho. Salí, y tuve el desconsuelo de saber que por una disposicion que consideré desde luego absurda y atentatoria á la libertad individual, y á la honesta relacion de los sexos, las señoras habian marchado delante en otros dos carruajes, y que por lo tanto yo tenia que conformarme con aumentar el catálogo de los arenques masculinos prensados en el vehículo ruidoso que ante mis ojos estaba.

Lo asalté como pude, y aquí fué donde se cruzaron las frases con que dá principio este articulejo.

De los nueve varones respetables que allí encontré, en lo general maridos reverendos y papás uraños, á solo dos trataba yo con alguna confianza, siéndome los demás casi desconocidos. Desde luego consideré como una desgracia no encontrar entre los componentes de la caravana, algun mozo alegre y decidor que me ayudara á conllevar la gravedad apelmazada de mis *atláteres*; pero fué todavía desgracia mayor el haber pisado el pié involutariamente á

uno de los tres parvulitos que nos acompañaban, y el tener que soportar por espacio de no breves minutos, las interjecciones y apóstrofes, ayes y denuestos con que se desahogaba el dolorido ángel.

Me habia cabido en suerte empaquetarme entre un señor muy gordo y un caballero muy flaco, cuyo codo puntiagudo procuraba con insistencia abrir un túnel en mi costado izquierdo, y en frente me cupo en suerte un niño que padecía sin duda el mal de San Vito, que esto bien se revelaba por el inacabable movimiento de sus piesecitos, dedicados á grabar un mapa-mundi sobre mis espinillas.

Después de un rato de caminata, y cuando todos los cuerpos, á fuerza de cernerse, habian llegado á formar un sólido compacto, empezó á recrearse mi ánimo escuchando conversaciones tan sustanciales y entretenidas como las siguientes.

—Parece que vá á llover.

Figura gramatical, porque ya llovía.

—¡Qué hermoso está el trigo!

—¡Qué buena está la cebada!

—¡Diablo! ¡qué baches tan endemoniados tiene la carretera!

—¡Qué diantre de tos!

—Pues yo estoy ahora perfectamente del reuma.

—Y pensar que por solos 49 números no he pescado 5000 del pico en la de navidad!

—¡Pues no voy mareado!

—Papá, este caballero quiere sujetarme las piernas con las suyas.

—¡Qué iniquidad! un veinte y cinco por ciento de descuento á las clases pasivas! ¿Para cuándo se guardan las revoluciones?

—Papá, papá, tengo gana de....

—Para, mulero.

—Vamos, niño, que los animales van *suavos*.

—¿Y comeremos mantecados?

—Lo dicho, las contribuciones van á acabar con nosotros.

—¡Arre, Valerosa, Generala!

A estas sabrosas pláticas y á otras del mismo jaez, prestaba yo un oído atento, y comprendía que empezaba á so-

lazarme de veras. Mi aburrimiento iba en creciente, y para distraerlo saqué un cigarro, y al tratar de encenderle, fué tal mi desventura, que el fósforo emancipado de la cerilla voló ardiendo sobre el abdómen del señor gordo, que á mi lado llevaba, y este al ver la direccion del combustible, sacudió un quite, aplicándome á un ojo con gran brío el reverso de su mano moffetuda, con lo cual me hizo ver las estrellas fijas, y las errantes y los cometas y hasta los satélites de ambos hemisferios. Pero todo se arregló con un— dispense V.—y un—no hay de que—pronunciado por mí en el mismo tono que debió emplear Fernando VII al jurar la constitucion.

Sin nuevos incidentes dignos de que mi pluma los consigne, y despues de dos horas de vaivenes, estrujones y balanceos, llegamos al cortijo, donde se habia de celebrar aquella fiesta campestre, digna de un idilio de Melendez.

Mi humor, á la verdad, se habia ido amostazando por el camino; pero mi horizonte tornóse espléndido y despejado al ver que entre las quince señoras que habian llegado en los dos carruajes que se nos anticiparon, brillaba mi adorado tormento, como la luna en medio de las estrellas.

Todo iba á continuar segun mi deseo; presagiaba un dia feliz. ¡Oh! con Paquita, triscando sobre el verde musgo, viendo su dulce imágen retratada en las claras linfas del arroyuelo, grabando su nombre adorado en las cortezas de los alcornoques, cogiendo con mis manos la húmeda fruta (estábamos en invierno) para llenar con ella la nevada falda de mi bella campesina, sintiendo el arrullo enamorado de la tórtola, el trino doliente del ruisenor, el triste caramillo del pastorzuelo, el balido del recental, el mujido de la vaca, que llama anhelante á su ternero extraviado, aspirando el saludable perfume de la brisa, saturada con las emanaciones del tomillo y del romero, que vierten sus aromas desde la próxima colina, oyendo á los sencillos campesinos contar inocentes escenas de patriarcal amor, y viendo sonreir la naturaleza entera ante nuestra inefable dicha! ¡Oh placer! En un instante creó una égloga mi fantasía, y me dirijí al paraje en que mi Filis se hallaba reclinada, y ví sus tristes ojos velados por nube oscura, que en ellos habia sin duda derramado mi ausencia, y ví su rostro pálido como

la fruta de los manzanos, y sus labios del color del azahar y toda ella mustia, abatida y temblorosa, por el ansia que en su corazón habian producido las largas horas de mi desvío; y cuando yo me disponia á decirla:

«¡Oh Nise idolatrada!
¡oh, cuántas, cuántas veces,
siendo niña, querias
que yo te recogiese
la fruta con rocío
de mis manzanos verdes!»

Y cuando ella se preparaba á contestarme

«¡Oh Fileno adorado,
que en la campiña agreste
pasabas horas dulces
cascándome las hueces!»

ú otras lindezas por el estilo, caten Vds. que Paquita se incorpora, y ¡paf! arroja un vómito, que si tuvo muy poco de poético, tuvo mucho de trasnochado é inoportuno.

¡Oh fatalidad de mi destino! Mi ninfa habia llegado mareada. No fui sin embargo tan desdichado, que con una repentina huida no pudiera evitar la inundacion de aquel torrente, y no de elocuencia. á mí dirigido: acerqueme despues un tanto mohino á prodigar auxilios á la cuitada, que no parecia sino que habia tomado el maldito bálsamo de Fiebrabrás, segun lo que por aquella boquita de perlas echaba.

Pero como todo es pasajero y fugitivo en el mundo, y los bienes como los males van y vienen rápidamente por el campo de nuestra vida, sucedió que Paquita se fué calmando á beneficio de un poco de té, y sosegóse por completo el ánimo sobrecójido de su mamá, por cuya impresionable imaginacion habia llegado á cruzar la terrible sombra del cólera morbo asiático.

Eran cerca de las once de la mañana, y mi estómago clamaba impaciente contra el deshospitalaje prolongado á que se le condenaba. Al cabo resonó una voz salvadora, más grata entonces á mis oídos que todas las armonías brotadas de la inspiracion de Bhetówen, ó del génio sublime de Donicetti. ¡Lo que es la materia!

—¡A almorzar, señores, á almorzar! Y ante esa voz conmovedora, dulce é insinuante, vibraron todos los nervios,

agitáronse todos los corazones y todas las piernas pusieron-se en movimiento, hacia el salvador oasis del extenso comedor, donde se veía una espléndida mesa, capaz, por su incitante aspecto, de despertar la gula en el estómago del más ascético habitante de las Tebaidas.

Yo ojeaba sin cesar el sitio á donde mi Paquita se dirigia, para tener la dicha de sentarme á su lado, y sentir siquiera el roce de su vestido; pero mi destino fué tal y tan malvado, que la señora que hacia de anfitrión tomó la palabra, y me dijo, como quien confiere un señalado favor.

—No, siéntese V. aquí; este es su puesto. V., como más jóven, es necesario que sirva á las señoras.

Y vean aquí, lectores míos, cómo la juventud suele ser á veces una carga insoportable, de la que yo renegué entonces con todas las veras de mi corazón.

Sentéme, como á remolque, en el distinguido sitio que se me destinaba, entre una señora anciana que padecía de histérico, y otra no jóven, que no sé si padecía de algo. Comenzaron á servir los manjares, por el antiguo régimen, es decir, poniendo los criados delante de mí una fuente colosal, para que yo ejercitara en ella los problemas de la divisibilidad, y tan mal lo hice, y con tan desdichado éxito, que despues de servir unos cuantos platos á las señoras, me encontré con que no tenia delante más que una poca salsa, que yo procuraba estírar, sudando de confuso.

Trajéronme otra vianda, y está fué servida á las primeras en dosis homeopáticas, temeroso como ya estaba de una bancarrota á la mitad de la jornada, y cuando yo esperaba desquitarme de la pasada abstinencia con el considerable residuo retenido en la fuente, caten Vds. que casi todos los comensales habíanse engullido la microscópica ración, con que les habia obsequiado mi previsora prudencia, y viene otro plato, y un sirviente montaraz y descomedido, retira de mi lado la fuente consoladora en que mis esperanzas se cifraban, haciéndola desaparecer con la ligereza mágica que desaparecian los manjares tocados por la varilla del atrevido licenciado de Tirteafuera.

Vinieron luego otros platos y otros; todos los presentes comían ¡qué felicidad! y en cambio yo, obligado por las circunstancias á contribuir á la satisfaccion del apetito age-

no, miraba pasar ante mí, como irritante fantasmagoría, salsas y tasajos, fritos, asados y cocidos sin tener tiempo siquiera de anexionarme uno de ellos; pues cuando acababa mi inexperiencia de repartir los manjares por un extremo de la mesa, ya hacía cerca de una eternidad que habían terminado los Heliogábalos que en el otro habían tomado puesto.

Mi alma, fuertemente asida á las paredes de mi aparato digestivo, rebosaba de indignacion y de cólera, cuando veo aparecer ante mí un pavo colosal, tan entero como el huevo en que habia sido empollado. Era necesario hacer la autopsia, la diseccion completa de aquel bípodo implume, y yo, que he sido poco aficionado siempre á los estudios anatómicos, me consideré perdido, si no acertaba á desarticular la víctima con toda la pulcritud y destreza que la ciencia moderna reserva convenientemente á los cocineros.

Sudando como un pavo, púseme denodadamente á descuartizar el idem, y bien sea porque el cuchillo con que le atacué córtase menos que la espada de Bernardo, bien por que el fermentido animal estuviese más duro que los corazones que allí me veían afanarme por separar sus ligamentos y hallar sus articulaciones, es lo cierto que el mortificado animal saltó de la fuente con denodada furia, y con la presteza propia de quien cree conservar sus alas, y rompiendo por entre el laberinto confuso de vasos y botellas, arrollados y rotos en su huida, fué á dar con su emborrizado cuerpo sobre el rostro venerando de un señor muy espetado, que por huir á su vez de aquella ruda acometida, quiso retrepase tanto que perdió el equilibrio; abalanzóse á la silla inmediata ocupada por la mamá de Paquita y ambos á dos vinieron de espaldas al suelo, con grande estrépito é inevitable ruina, pues al caer dieron con los piés por debajo del tablero de la mesa, y saltaron platos, y rodaron fuentes, y bailaron botellas y volaron fráteros y derrumbáronse dulces monumentos, con un fragor capaz de poner espanto en los más valerosos corazones.

Yo maldije entonces hasta al pavo del Arca, y al infausto dia en que me convidaron, y al en el que asistí, y al momento en que trinché, y al en que nació, y hasta al en que tuve la desgracia de haber sido engendrado. Aquella, que bien pudo llamarse catástrofe, acabó con el almuerzo. La seño-

ra se habia lastimado malamente uno de sus homóplatos, y el caballero ostentaba en la region occipital, desprovista airadamente del peluquin, una protuberancia repentina, del tamaño de medio huevo.

Acudióse con vinagre aplicado en compresas, à la calva maltratada, y las señoras retiráronse un breve espacio con mi futura suegra, convenciéndose despues de un prolijo y minucioso reconocimiento osteológico, de que todos los huesos de la señora ocupaban su lugar correspondiente, y estaban tan enteros como en el dia de su nacimiento. Todo se reducía á un ligero magullamiento de una paletilla, que era poco menos que nada, segun la autorizada opinion de uno de los comensales, que con echarla de entendido en las artes de Esculapio, venció el pudor de mi querida mamá, que dejó reconocerse el hombre averiado.

Aquietáronse los ánimos, pero como los estómagos estaban llenos, nadie pensó ya en sentarse de nuevo á la mesa: digo mal, no á la mesa, sino ante aquel revuelto mar de agua derramada, de vino vaciado, de tuestos esparcidos, que tal era el aspecto en que mi torpeza habia dejado aquel antes precioso altar, donde los otros habian rendido culto fervoroso al dios Pan.

Y digo los otros, porque mi mision habia sido solo de oficiante, sin que el acelerado masticar de aquellos prójimos insensatos diérame tiempo más que para acudir á saciar su voracidad, ó para cojer al revuelo alguna friolera insuficiente á calmar mi apetito, excitado por el tufillo de los manjares, y por el inconsiderado ejemplo de las mandíbulas ajenas.

Y no fué esto para mí lo peor; lo peor fué que al ver la rápida huida del volátil cuyo cuerpo de pedernal se habia sometido á tan inexperta diseccion, y al observar el terror del caballero espetado, que vió venir sobre sí aquel proyectil grasiento, y al reparar la celeridad con que él y la madre de Paquita habian dado la vuelta de la campana, dejando atrás á los mas ágiles *clowns*, tuvo mi risa la intempestiva ocurrencia de salir á plaza de la manera mas ruidosa é inoportuna, sin que fueran partes á contenerla los tristes recuerdos que evoque, ni el desconsuelo de mi vacio vientre;

con lo cual se amostazó mi ninfa, consideràndome sin duda desde aquel instante, no ya como un cirujano inhabil y un operador de lo más zote, sino como un desalmado incivil y un malvado empedernido.

El dia seguia nublado, y una llovizna menuda y fria caia sobre el campo, por cuya razon se hacia imposible salir á espaciarse por él, pensándose al cabo de un rato en promover un baile.

¡Feliz ocurrencia! dije para mi capote; así podré hacer que se desarrugue aquel ceñillo encantador; pero es el caso que allí no habia hombre alguno que bajara de los 45, ni hembra que á su pesar no rayara en los 40, si se exceptúa á mi humanidad, á mi bella enemiga y á una amiguita suya, fea en grado supino, horriblemente fea, y simple cuanto se puede ser.

Dispúsose, sin embargo, la danza en una pieza contigua y yo me aproveché del tiempo invertido en sus preparativos para engullirme á hurtadillas un regular tasajo de carne, y un pedazo de pan hallados por misericordia. Confortado un tanto con este escaso refrigerio, lancéme denodadamente al salon, donde dos de los más sesudos de mis compañeros de galera, cada uno con un guitarro, no muy bien templado, procuraban incitar los aplomados piés de la concurrencia, haciendo vibrar en el aire anacronismos musicales entre los que figuraba en primer término el wals de Alba Flor.

Yo rabiaba por hablar con Paquita, y la saqué á bailar; pero este despiadado idolillo me dijo resueltamente:—No.—Acudí por vengarme á su horrorosa compañera, y ¡oh desgracia! aceptó, y tuve que hacer el sacrificio de voltearme por espacio de quince minutos, á lo menos, con aquella especie rara de orang utang con faldas.

Cesamos al fin, á una insinuacion mia, un tantico descortés; pero como veia que mi pareja era tan incansable como fea, arrostré por todo, antes que caer desfallecido, al impulso de mis náuseas y de mi cansancio.

Un clamor general y uniforme se levantó entonces. Mientras yo bailaba, habia hurdido el público una conspiracion horrible. Habia en la reunion una señora vieja como de sesenta años bien cumplidos, alta como una cebolla, y como ella de rechoncha y aplastada. Era, sin embargo, pizpireta

y correntona, alegre como unas castañuelas, y con sus puntas y ribetes de remozada y casquivana.

A ella se dirijian aquellos clamores.

—¡Que baile D.^a Rufina! ¡que baile, que baile!

No bien hubo escuchado la aludida la unánime petición, levantó con inusitada ligereza su volumen de la silla donde su gravedad de ocho arrobas largas le tenia retenido, y acercándose á mí con el mayor desenfado, cojióme á guisa de maniquí, dispuesta á ser la bulliciosa Terpsicore de aquella fiesta.

Yo estaba molido y hallábame comprometidísimo: mi situación era desesperada. Al cabo me abracé fuera de mí, lleno de despecho y de rabia con aquella redoma desgolletada, jurando echar los hígados á trueque de castigar su desenvoltura, produciéndole un sofoquin de cansancio, que le quitara las ganas de volver á renegar del conveniente aplomo que exijian sus años y su masa.

—Hoy te reviento, pensé, y comenzamos á walsar; la vieja perdía el compás á cada instante, y se empeñaba en hacer piruetas y contorsiones, abusando de las reminiscencias de sus quince abriles, y despertando con ello la hilaridad de la concurrencia. Todos reían á más reír, y D.^a Rufina que se crecía á las carcajadas, ideaba posturas, pasos, contrapasos y balanceos que me dejaban apuradísimo. Arrastrábala yo con el vértigo de la desesperacion, queriendo tomar venganza de sus ridículos alardes, y sudaba el quilo de rabia y de fatiga sin conseguir pulverizar entre mis crispados brazos aquel embuchado de carne sudorosa y pestilente, adherido á mi persona como hinchada sanguijuela.

Hacíamos el oso admirablemente, y lo que más yo sentía era que Paquita parecia complacerse más en mi angustiosa situación, que en los descompuestos arranques y amartelados dengues de la vieja; y fué tal su malignidad, y tal su espíritu vengativo, que al pasar junto á ella girando con mi remolacha, atravesó entre mis piés uno de los snyos, y vino al suelo, arrastrando sobre mí la considerable humanidad de doña Rufina, y se me rompieron los pantalones, y ambos á dos quedamos en posicion tal y tan bizarra sobre la muñida alfombra de los ladrillos, que muchas manos se taparon muchos ojos, y muchos ojos se recrearon un breve espacio en la

contemplacion de aquel cuadro tan grotesco como poco edificante.

La vieja se desató en improperios contra la que llamaba mi mala intencion, y me regaló apóstrofes y me adjudicó epítetos que no concibo que puedan tolerarse sino despues de un tan avasallador molimiento.

Quedé avergonzado, y estropeado, y sofocado, y magullado y aturdido. La risa de los circunstantes irritaba mi exquisita susceptibilidad, y con achaque de ir á que me cosieran el pantalón salí atropelladamente del teatro de mi nueva desventura.

Jugóse despues, y perdí unos cuantos duros que llevaba y hubiera perdido aquel aciago día hasta el nombre que tengo, si sobre el nombre hubiera habido quien me fiara un maravedí. A las seis no pusimos á comer, y me sucedió poco más ó ménos que con el almuerzo, sufriendo por añadidura un apéndice sarcástico y cruel. Instigáronme á que brindara en verso.

¡Para versitos estaba yo! Pero no hubo remedio; versos ó berzas tuve que improvisar á despecho de mi asendereado estómago, que hubiera dado todas las estrofas del Dante por verse con entera tranquilidad y frente á frente con la mas prosáica de las chuletas.

A las nueve de la noche se dispuso la marcha. No hay que decir que fui de los primeros en levantar el campo, pues deseaba con la mayor ansia acabar con las peripecias de aquel funesto día.

Ya estaban los tiros enganchados, y al salir nosotros dióse la misma orden que á la venida; es decir, que dos de los carruajes fuesen ocupados exclusivamente por las señoras, y que en el restante se empaquetara el sexo feo como mejor le viniera en mientes.

Hè aquí una determinacion que acabó de sublevarme por completo, mucho más que todos los fatales lances que me habian ocurrido.

¡Yo otra vez ausente de Paquita, cosido por el codo del señor flaco sobre la humanidad del caballero gordo y dejando al movable parvulito fronterizo que pusiera mis espini-las hechas una lástima! Jamás. Resuelto á no apurar hasta

las heces el martirio, me escabullí entre la oscuridad, atisbando, sin embargo, con ojo lo mas avizor que pude, el carruaje á donde Paquita se dirigia.

En esta ocasion fuí afortunado, pues la distinguí perfectamente, la oí hablar, la ví tomar el estribo; fuíme acercando con cautela, siempre rebujado por las sombras, y cuando comprendí que el vehículo estaba lleno, escurríme bonitamente, asaltando de improviso el asiento del mulero, al cual encargué el más riguroso sigilo.

Partieron aceleradamente los tres carruajes, y entonces yo con un tono plañidero, capaz de ablandar las piedras, exclamé volviéndome hácia dentro de la galera:

—Señoras, por compasion, háganme Vds. un lado ahí dentro, porque voy á helarme si sigo aquí.

Al pronto produjo mi súplica un alboroto endiablado y una negativa general; pero despues doliéronse sin duda aquellas damas caritativas de mi situacion y de mi juventud y dejáronme entrar.

Guiado por la voz de Paquita, y no pudiendo colocarme á su lado por la estrechez del recinto, alcancé á duras penas á encajonarme frente á ella.

La oscuridad era completa, y despues de muchos—ustedes dispensen—muchas gracias—que me quiebra V. el mirriñaque—¡buen pájaro está V.! etc., volvimos á emprender la marcha.

Rebosaba en el femenino concurso una alegría incomparable; cantaba aquel coro de vestiglos, excepcion hecha de la ohuri de mis entretelas, una romanza de no recuerdo qué zarzuela, y yo las acompañaba con entusiasmo, formando un concertante endiablado, capaz de hacer prorrumpir en un tacó al más glacial de los sordo-mudos; pero distinguíase en medio de tan horrisono concierto la voz vibrante y sonora de mi Paquita, y esto bastaba para que mis oidos se deleitaran y mis potencias se adormecieran, como si escuchando estuviera la mas delicada de las melodías.

Quise probar si mi ídolo me conservaba rencor, y amparado por las tinieblas, deslicé mi mano temblorosa en la direccion en que debia estar la suya, y ¡oh delicia! la encontré al momento, y sentí que aquella mano de ángel no es

quivaba mi contacto, por más que estuviese impasible á la febril excitacion de la mia.

Mi palabra estaba embargada. ¡Era mucha felicidad! Y no obstante, como he dicho, aquella mano, á cuyo contacto se magnetizaba mi sér, continuaba fria, insensible, aunque no esquivaba.

El carruaje no llevaba faroles, ni dentro de él iba varon descortés á quien le viniera en voluntad encender un cigarro. Estaba garantida la inviolabilidad de las tinieblas, y alentado por ellas, y estimulado por mi frenesí, y amparado por el traqueteo del vehículo y por la algazara interior encorvé mi cuerpo, y tuve el atrevimiento de estampar el más fogoso de los ósculos en aquella mano querida. Ella no se desvió, pero ningun movimiento crispatorio me anunció que el contacto de mis labios la electrizaba.

¡Oh! esta Paquita, decia yo entre mí, es la mujer más rencorosa é insensible que abrigan los cielos; y á pesar de ello seguía repitiendo mis eróticos desahogos con aquella mano obediente, pero automática.

Sea que las mulas corrieron más, ó que mis circunstancias eran distintas que á la ida, parecióme cuando pararon los carruajes que habíamos caminado en ferro-carril. ¡Cuán fugaces son en nuestra vida los instantes de ventura! Bajamos todos; yo me dirigí á Paquita, hallándola todavía bastante indiferente y hasta desdenosa. Concluyó por amostazarme del todo su extraño comportamiento, y empecé á despedirme de la comitiva. Cuando llegué á la madre de mi adorado tormento, díjome *sotto voce*, retirándome un poco de los circunstantes.

—Quedan terminadas sus relaciones con mi hija. Es V. una inconveniencia para una jóven bien educada.

—Pero, señora... ¿por qué?...

—Pregúnteselo V. á mi mano y á mis rodillas, caballero.

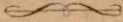
Huí, lector. huí como si hubiese visto caer una bomba á mis piés. Huí á escape comprendiendo lo ridículo de mi situacion, lo adverso de mi destino, la fatalidad de aquel horrible dia.

No he vuelto á ver á Paquita, ni á ir á aquella casa donde se proyectan dias de campo, que lo son para mí de martirio y de ruina. Mucho tiempo se ha pasado y aún

sueño con el balanceo de las infantiles piernecitas, y con el ayuno perpétuo, y con los pavos enteros, y con las viejas pizpiretas, y con los brindis en verso, y sobre todo, lectores, sobre todo, sueño con una mano arrugada, fría y cadavérica, mano incestuosa que se presenta á mis ojos como un anatema, y cuya perpétua aparición hace que sea mi eterna pesadilla aquel desventurado día de campo.

ANTONIO RUBIO.

ESTUDIOS ASTONÓMICOS.



(CONCLUSION.)

III.

La índole de las reflexiones culminantes que sugieren los dos tratados *de los planetarios* y *de las constelaciones*, autoriza para comenzar un artículo separado, por tener más de generales que de técnicas.

En siglos precedentes se habían recogido entre otros, algunos adelantos acerca de los estados y revoluciones aparentes de los astros errantes, la inclinacion, los modos y la excentricidad de sus órbitas, la eveccion lunar, la precesion de los equinoccios y el movimiento del apogeo del Sol. Mediante la acumulacion progresiva de estudios más profundos habia de venir à su tiempo el descrédito de la hipótesis que no explicara adecuadamente todos los hechos. Se habia restablecido por de pronto la práctica de los registros, y llegaron poco à poco los conocimientos à colocarse à la altura de la nombradía de Thebit-ben-Chora y de otros orien-

tales más famosos. En tal situación aparecen Eben Jounis y varios árabes toledanos, y continuán añadiendo datos y resultados; si elevarse bastante en la perfección teórica hasta modificar los principios sistemáticos. Pues á esto mismo se reducen las novedades, que ofrecen dos siglos después los castellanos; como que no hicieron más que traducir y ampliar sucintamente para su tratado, la obra de Abulcazim sobre los planetarios; puntualizar según ideas admitidas las descripciones del Zodiaco, en el tratado de las estrellas; y redactar varios capítulos extensos y notables acerca de los planetas, dentro del código de las Tablas.

Al ocuparse el rey expresamente en las orbitas de los siete astros, ha incluido en su propio escrito las reglas para estudiar los movimientos y para resolver las cuestiones correspondientes, contando en el caso de observar el Sol con una preparacion especial del aparato, y trasmitido importantes tradiciones, como las relativas á la medida astronómica del tiempo. En la primera parte del libro, enseña á hacer una lámina astrolábica para cada planeta; y en la segunda, una sola para todos. Por ambos procedimientos atiende, como á los demás, á *sennatar los cercos de mercurio*; pero hasta el capítulo IX de la última division, no consigna que *a en fazerlos grand graueza*, ni se echa de ver su forma ovalada; dificultad y resultado excepcionales con que tropezara, sin declarar elíptica la figura, donde se realizaba gráficamente la síntesis de las observaciones respectivas.

Presenta proseguido el estudio de la ó bita del Sol, cuya teoría había perfeccionado Azarquiel, y también algunos datos sobre distancias angulares y absolutas y excentricidad de los planetas; pero no evita que resalte falta de fijeza en asignar la posición relativa y desigualdad en el concepto astronómico de cada uno, impidiendo la debida inteligencia del conjunto.

Del Zodiaco dice, que sirve para saber las concordancias y movimientos de ellos en el cielo singular de las estrellas fijas, y las relaciones mútuas de posición; y que es aquella zona *por do corse el Sol*, sin seguir su curso sobre el *ochauo* cielo. Guarda ordinariamente silencio en cuanto al pretendido centro del mundo, en expectativa quizá d alguna

innovacion; pues á veces duda al parecer de cuál sea el astro principal. Las dos escuelas toledanas consideraban al Sol, como cuerpo de grande influencia en el Universo; y aseguraron que el *lentísimo* Saturno no obedecía en su situacion á ningun otro planeta más que á aquel; y llegaron á distinguir los movimientos de Marte y á consignar que su claridad era menor, cuando más cerca del Sol que de la Tierra se encontraba.

Como se ve, nada hay en resumen, que sea discordante en el fondo de la teoría corriente del Almagesto; y muy poco que sirva á duras penas para aventurar la opinion, de que se abría por incidencia el camino de una hipótesis diferente. Más gratuito fuera pensar, que ciertas aserciones tuvieran resonancia por mera tradicion hasta Copérnico, ó hasta sus mas inmediatos precursores. No son decisivas para un cambio radical, aquellas que por ambigüedad no resulten enteramente incompatibles con el lenguaje de las apariencias; ó las que á lo sumo se contengan en frases bien inspiradas, pero con levadura astrológica, imitando el estilo de Aben Ragel cuando en sus *Juicios* enriqueció poéticamente las descripciones. Dignas son las tesis científicas de juntarse con los conocimientos anteriores, aunque solo sean establecidas en casos particulares; pero no las afirmaciones empíricas, que vengán al parecer á contradecir notablemente la doctrina sostenida, si á lo sumo dependen de hechos muy aislados, que sean raros y deslumbrantes destellos de una verdad oculta todavía por nubes densas y duraderas.

De todos modos, no se propuso ni siquiera se comenzó á fundar un sistema, que no exigiese movimientos complicados de los planetas y la coexistencia de ocho esferas celestes por lo menos. Es insuficiente, aún para anunciar su advenimiento, que se desentrañe la frase de los *consejos* atribuida al rey; la cual resulta mas comentada que probada, y en todo caso viene á señalar una mera aspiracion del siglo XIII. Quede en buen hora figurando como símbolo de la necesidad presentida, aunque no satisfecha, de una combinacion más sencilla y natural en el orden geométrico del Cosmos, tres siglos antes de que apareciera la obra *De Revolutionibus cælestibus*.

Por lo tocante al tratado de las estrellas, es marcada-

mente descriptivo en lo que tiene de astronómico; recorriendo con detenimiento, y en vista de esmerados dibujos, todas las constelaciones conocidas del Septentrion, del Zodiaco y del Mediodia, y terminando con el recuento y las denominaciones individuales y con algunos apéndices. Aunque elaborado sobre trabajos trasmitidos, no carece de noticias de la época, ni de la traduccion de los nombres árabes. Se queja el ilustre autor de que, por singular extravío de la fantasía y extraño recurso de la division, hayan concebido los antiguos en la bóveda estrellada figuras parecidas á carros, trahuqueros y bestias; y si en su libro no está adoptado el método de las alineaciones, hay algunos textos que ofrecen implícitamente casos de su imitacion.

Del mismo tratado recopiló el Sr. Rico todas las frases y versiones científicas; y así ha producido como complementario, un trabajo importante bajo el punto de vista filológico ó histórico y que, por ser equivalente á un *elenco* ó catálogo estelar, se puede reunir á los conocidos de antes. Tambien sirve para reconocer la tendencia de los árabes hácia el método de Bayer, al haber simplificado y popularizado el lenguaje técnico con la introduccion de nombres vulgares.

No carecen de mérito sus comentarios formados sobre las *mansiones lunares*, en un capítulo compuesto de dos partes, y destinado en la segunda á comparar los elencos castellano y persiano. Pero encontrándose notable disparidad entre los excesos de longitudes comparadas de unas mismas estrellas, como que varían desde el de $1^{\circ}19'$ hasta el de $3^{\circ}11'$; no es admisible conjeturar con él, que concuerden ambos catálogos sin mas que emplear una constante, por valor de la retrogradacion de las fijas en los años transcurridos. En todo rigor, ni se pueden referir á la vez á una fuente comun, cifrada en cuadernos antiguos; ni menos resulta probado que bastara el alfonsino, para engendrar el de Ulugh; el cual es, segun Flamsteed, el único trabajo digno de consultarse despues del de Hiparco, que se tiene en su género por el primero de los antiguos.

El copilador ha considerado provechoso constituir un *centiloquio* con cien párrafos textuales, segregando frases y opiniones escritas por el rey; mas es preciso reconocerlo

como contraproducente para ensalzar los códigos. Así ha puesto de relieve lo mucho que se escribió en ellos sin conexión mútua y sin pertenecer propiamente á la ciencia, y ha venido á presentar en toda su desnudez variada muestra de las digresiones esparcidas por el tratado de las estrellas. Sirve para juzgar á la escuela por el lado de sus extralimitaciones, tras el silencio que suele guardar en cuanto á las ideas primordiales. Si alguna vez ha intentado aclararlas, ha sido diciendo que la Astrología *habla de los movimientos de los cielos et de las estrellas*, y la Astronomía *de las obras que desta salen ó por iuzios ó por otras maneras muchas*; donde se descubre al punto la continuacion del sistema tolemaico, y el uso admitido de los procedimientos judiciarios entre otros para examinar los hechos.

Nació la astrología judiciaria de la inclinacion natural hácia lo maravilloso, cuando se atribuía el hombre una supremacia exagerada y á la Tierra daba una importancia singular, por dominar entonces erróneas nociones sobre la magnitud de la atmósfera y del mundo entero; cuando se creía que la Luna ó los demás planetas y las constelaciones no sirviesen á penas, sino para influir en las variaciones meteorológicas ó en los destinos de individuos y naciones. Llegó á extenderse con numerosas ramificaciones, y ha durado más de diez y seis siglos sofocando como la hiedra al árbol principal. En escrito y sistematizada, apareció por vez primera bajo el reinado de Augusto, inficionando el poema latino de Manilio, que por lo demás era análogo al redactado antes en griego por Arato. De los autores de la edad media, Agrippa acusa con su *Philosophia occulta* la decadencia de los trabajos helénicos, aplicando los cuadrados mágicos de varios números á los siete cuerpos planetarios, y enseñando otras extravagancias. En el siglo XVII todavía se encontró un tratado astrológico entre los papeles de Morin, quien además había combatido á Copérnico.

Pueblos hay, como los indios y los persas, que habiendo figurado en otro tiempo como adelantados, hoy no conservan más que un conjunto de visiones astrológicas y solo saben calcular un eclipse por medios rutinarios. Hay otros, como los turcos, que aunque alcanzan una instruccion superior á la atribuida, no han abandonado su aficion tradicional por

la astrología. En las naciones más civilizadas, la ciencia tiene ya desterradas por completo de sus páginas todas las preocupaciones sobre los astros; mas hasta ahora no ha podido evitar, que algunas sigan refugiadas tenazmente en frases y creencias populares.

Los alfonsíes desecharon fábulas y exageraciones de la antigüedad, y no insertaron la version que habían hecho de los *Juicios de las estrellas*, redactados por Aben Ragel con abundancia de periodos incomprensibles á cambio de unas pocas expresiones aceptables; pero se dejaron arrastrar por la corriente de los errores de su época. En el libro de las constelaciones se habla de una circunferencia psicológica y de las naturalezas del hombre comparadas con los cielos. se presentan inoportunas descripciones de seres animados é inanimados, se incluyen sin modificación dos definiciones antiguas del Zodiaco y se escriben aserciones, como la de que el Sol y los demás planetas aumentan su propia virtud con la recibida ocasionalmente de arriba. Al tratar de las constelaciones zodiacales y de *sus noblezas*, se habla de las influencias de la Luna sobre los meteoros acuosos, se señalan poéticamente los oficios de Mercurio, se coleccionan opiniones extrañas sobre Venus, se ofrecen textos alegóricos acerca de Marte y se adoptan con respecto á Júpiter las ideas admitidas; en una palabra, se trasmiten entremezcladas muchas ficciones mitológicas.

Bastante notable es tambien la virtud atribuida á ciertas estrellas, como á la llamada *corazon del Leon* diciendo: «.....ella siempre muestra quando acaesce en la nascencia de alguno que conuiene que sea Rey, si fuere ome para ello.» Pero hay más, se consigna la division de la astrologia en cristiana, natural y médica, se insertan numerosos textos llenos de reglas y preceptos que eran importantes bajo su imperio, y por si alguna duda quedase de que la toleraban, se encuentra un elogio de ella y termina así: «.....que quando las estrellas mostraren alguna cosa de danno, que ell ome por so entendimiento busque carrera pora desuiallo, et quando bien, con que lo alleguen. Et pora esto tiene muy grand pro el connoscimiento dellas.»

Excepcion hecha de los capítulos que se dedican, en los tratados de los instrumentos astronómicos, á enseñar varias

maneras del *echamiento de los rayos* segun opiniones antiguas, nada parecía que hubiese de turbar la serenidad didáctica de esos libros; y sin embargo reciben un complemento heterogéneo, con la intrusion del tratado del *atazir*, asegurándose en débil defensa, que no es por atender directamente en sí mismos á los problemas de su original funcion, sino como otras tantas aplicaciones prácticas del astrolabio, proporcionando á los estrelleros ciertos datos numéricos para juicios. Al principio de su preámbulo se leen estas palabras significativas: «*Non puede ome llegar á saber las cosas granadas de los fechos de este mundo, assi cuemo la quantia de la uida dell ome et de las cosas que acadesen de mal et de bien, á menos de saber el leuantamiento á que dizen atazir.*»

Siempre resultará muy extraño, hasta bajo el pundo de vista literario, que se introduzcan en las descripciones y teorías astronómicas, reseñas de objetos vulgares y pensamientos astrológicos; eso no podrá servir para ilustrar ni menos embellecer, sino para transigir por infundado respeto. No vale advertir que se presentan todas las opiniones, «*porque fuese este mi libro mas cumplido*» y para que cada uno pueda *escoger*; si los alfonsíes no creían en la ciencia falsa, no debieron honrarla con su pluma, ya que no la emplearon en combatirla, ó en exponer con ideas propias los principios fundamentales de su doctrina.

No es bastante que en el orden político, prohibiese y castigase el monarca, segun una ley de Partida, la práctica y los abusos de la cábala, la agorería, la astrología y las adivinanzas; porque son demasiado terminantes sas afirmaciones para poder concluir, que como director de la academia, no procuró corregir el mal en su foco, ni evitó que la obra perdiese mucho de original y de metódica.

Prestado un servicio á los estudios históricos, por medio de la esmerada y lujosa publicacion de los dos códices, fuera de desear, Excmo. Sr., que con un criterio estrictamente científico se depurase la obra en un trabajo nuevo, traduciendo y comentando cuanto contenga de Astronomía y reformando la ordenacion de sus textos. Así se aclararían las cuestiones teóricas y prácticas y los procedimientos de ob-

servacion; y es bien seguro que desaparecería entonces todo lo que hay de vulgar, de poético y de astrológico.

La humanidad camina lentamente en la direccion del saber, y marcan las generaciones periodos cortos de la vida intelectual. En los conocimientos matemáticos y astronómicos ha permanecido á veces estacionaria durante siglos enteros, pero no ha sufrido retrocesos en su marcha segura. Como entre el desarrollo de la actividad y el estado de las ideas, así entre los medios de investigacion y los fines del entendimiento ha de existir esencial correspondencia; y mal podrían darse pasos decisivos en la exploracion de los cielos, mientras la Optica no viniese con los telescopios á hacer penetrante la vision natural, y mientras la Mecánica no encontrara en el isocronismo del péndulo la expresion más regularizada de cambios de un fenómeno, sin apartarse del globo terrestre.

Contándose actualmente con grandes recursos instrumentales, se han llegado á resolver algunas nebulosas; á descubrir satélites de Sirio, Procyon y Marte, más de doscientos planetoides y más de trescientos cometas de órbita conocida; y á formar catálogos como el de Argelander, con unas trescientas mil estrellas de luz propia, llamadas fijas por tradicion. Pero no se reducen los adelantos á enumerar y reconocer cuerpos celestes, antes bien se dirigen á comprender sus relaciones geométricas y mecánicas, y áun sus condiciones químicas y físicas, reuniéndose los recursos científicos de varias ramas auxiliares.

Los estudios matemáticos proseguidos dentro del mundo solar con resultados satisfactorios, están ya iniciados para otros sistemas sidéreos; y tambien se trabaja en el análisis espectral de astros diversos, y en la descripcion de la superficie de los más cercanos. Se han franqueado las barreras que, segun el criterio de Comte, habían de limitar perdurablemente el campo de una ciencia, que es experimental y cuyas observaciones no son realizables sino por medio de un órgano de percepcion. Estando bien caracterizada por la índole de su objeto, y predominando en su constitucion los procedimientos racionales, no había de estarle vedado el progreso, aunque muy particular y retardado, fuera del grupo heliocéntrico y fuera de las determinaciones

de número, extension y movimiento, para quedar demasiado restringido su porvenir.

Materia de otro escrito podría ser la comparacion de los libros toledanos con las publicaciones de este siglo, y del estado de la Astronomía en una y otra época. Para el tema incorrectamente desarrollado, basta que resalte ya sin esfuerzo diferencia considerable; mucho mayor de la que debía producir el trascurso de seis centurias, y solo explicable por el rumbo distinto y alcances poderosos del sistema actual, y de los medios especiales y científicos modernos. Pero no será inoportuno dejar indicado que en los dias presentes se siguen las huellas de Alfonso X, Jorge Juan, Ulloa, Chaix, Císcar y Aguilar, con los trabajos y producciones de los Observatorios de Madrid y San Fernando y del Instituto Geográfico y Estadístico.

Tampoco es ocasion de patentizar la actividad y perfeccion con que este centro conduce sus empresas, bajo la direccion del general Ibañez, á fines tan provechosos como el de propagar el sistema métrico decimal, el del levantamiento del Mapa y el de los estudios catastrales. Mas no terminaré mi discurso sin consagrar un recuerdo al enlace astronómico y geodésico de España y Argelia, felizmente practicado hace cuatro años, y que proporciona elementos para calcular el arco de meridiano trazado desde las islas Shetland hasta el límite septentrional del desierto de Sahara. Entre dos puntos culminantes de las provincias de Granada y Almería y otros dos de la colonia francesa, se efectuaron las observaciones necesarias; lanzando visuales á través del Mediterráneo, cual delicadísimas fibras del pensamiento, para religar una parte del Continente antiguo que había quedado aislada desde la apertura del istmo de Suez.

La Ciencia recae en la Tierra, despues de haber llevado sus miradas por el espacio; y si los mundos no están bajo el dominio del hombre, los secretos que va arrancándoles recrean su espíritu con goce tan puro como las maravillas sorprendidas con el microscopio. Pero la Astronomía por sus procedimientos y resultados matemáticos, no puede confundirse en particular con la Meteorología, cuya jurisdiccion no se extiende más allá del límite muy cercano de la atmósfera; y nunca podrá ser responsable de su pausada for-

macion; ni de los mágicos augurios y las predicciones del tiempo, explotados todavía en impresos populares.

A parte de la importancia que tienen por sí mismos los conocimientos astronómicos, ha de tomarse en cuenta para su difusion, que son un excelente instrumento de la cultura general; y aunque por de pronto no se pueda pedir que cundan tanto como en otros países, por medio de la instruccion primaria; hora es ya de que la Geografía astronómica y física constituyan en los Institutos una asignatura de la seccion de Ciencias; y sobre todo de que se establezca la cátedra de Cosmografía y Física del Globo en universidades como la de Granada, donde están abiertas las de Geometría Analítica y Análisis Matemático, para completar así las materias comunes á las tres secciones de la Facultad.

En tiempo de los califas se venía á España á aprender los adelantos científicos desde otras naciones que hoy están á la cabeza de la civilizacion. En la época presente, se van aquí haciendo provechosos esfuerzos por seguirlas de cerca en su marcha intelectual; pero, sin haber exceso de estudios en ningun grado de la enseñanza, existe todavía un notable desequilibrio entre el desarrollo incipiente de las ciencias con sus aplicaciones, y la aficion mantenida en cuanto á otras ramificaciones del saber, que ni siquiera son más fructuosas; entre la atencion que se concede á los métodos de razonamiento y experimentacion, y la preferencia de que vienen disfrutando otras direcciones del entendimiento, que no conducen con tanta frecuencia á verdades demostradas ó á leyes comprobadas, sin lucha de sistemas ni oposicion de doctrinas.

No siendo posible la sustitucion mútua, para la obra completa de la educacion nacional y la sabiduría; menester es que se armonicen las tendencias, que se promuevan los trabajos en toda su variedad, y que así en los esfuerzos individuales como en la accion colectiva de los centros docentes y académicos, se aspire á realizar en la Patria la unidad de la Instruccion Pública; para que al lado de las inspiraciones del genio brillen los resplandores de la evidencia.

PELEGRIN CASSINELLO.



EL RENACIMIENTO.

Revivieron los mármoles paganos,
Y del mundo al cambiar la vasta escena,
En las mismas imágenes cristianas
Resucitaron las estatuas griegas.

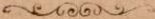
Ante la ruda inspiracion de Homero,
Palideció la inspiracion del Dante
Y en los altares clásicos de Atenas
Volvié á buscar sus ídolos el arte.

Una edad sucumbía: y lo futuro,
De lo presente al invadir la entrada,
A la luz de aquel mundo que moría,
Un nuevo mundo al Universo daba.

EDUARDO GOMEZ BAQUERO.



VITALISMO Y ORGANICISMO.



III Y ÚLTIMO.

Las ideas organicistas, que tanto ruido han hecho en los últimos tiempos, no tienen el mérito de la novedad. Desde la fundacion de la escuela metódica por Asclepiades y Themison, ha venido reproduciéndose constantemente en la ciencia, bajo diversas formas y con distintos nombres, la medicina materialista. Ha variado el ropaje de los sistemas engendrados al calor del organicismo; ha variado el artificio en la exposicion de la doctrina; pero en el fondo, en la esencia, no hay más que una sola base, un solo punto de partida: la organizacion de la materia por la accion de las fuerzas físico-químicas, rechazando la fuerza vital como necesaria para explicar los fenómenos de la vida.

La escuela orgánica, legítima heredera del metodismo, es la antítesis de la escuela vitalista. No hay en la economía más que órganos y funciones. La vida no es un principio, es un resultado de la organizacion: un efecto, no una causa: una consecuencia natural de la materia despues de

organizada por las fuerzas que producen y determinan los fenómenos inorgánicos.

La afirmación es bien sencilla, pero su explicación está erizada de dificultades. ¿Cómo se organiza la materia? ¿Cómo, por la acción exclusiva de las fuerzas físicas y químicas, se verifica el tránsito de la materia inorgánica á la materia organizada? ¿En qué condiciones debe estar la materia inorgánica para que, obrando en ella dichas fuerzas, dé por resultado la organización y la vida, con sus fenómenos propios y sus leyes especiales?

Resuelta esta cuestión, estaría resuelto el problema de la escuela orgánica, y de hipótesis inadmisible pasaría á la categoría de verdad demostrada. Mas aquí empiezan los escollos. Ignóranse en absoluto las condiciones que necesita reunir la materia inorgánica para pasar al estado de materia organizada, y sábase que la vida tiene sus leyes características. La esencia, la naturaleza de las fuerzas que obran en el universo escapa al entendimiento. Conócelas por los efectos que producen: las establece por inducción elevándose á la idea de las causas que determinan los variados fenómenos que presencia, y para los múltiples y complejos que constituyen la vida admite una fuerza distinta de las físicas y químicas que de ellos pueda dar razonable explicación.

Háse querido ridiculizar la lucha que, según la escuela vitalista, sostiene la fuerza vital, mientras dura la existencia, contra las fuerzas generales de la materia que constantemente tienden á reducir el organismo á las condiciones de la materia inorgánica; pero nada más injusto ni más fuera de razón. Para convencerse de ello basta observar lo que acontece al organismo sometido, como todos los cuerpos, á la acción del calor atmosférico. Ya baje el termómetro algunos grados bajo cero, ya suba á cincuenta ó más grados, la temperatura permanece inalterable é invariable en la economía. Lo mismo en las heladas regiones polares que en la abrasada zona intertropical, conserva el organismo su temperatura propia de treinta y siete grados próximamente. Y esta propiedad de tener temperatura propia y constante, constituye una de las grandes leyes de la vida, y revela que algo más que física y química hay en los seres que viven; que

alguna fuerza distinta de las físicas y las químicas determina la organizacion de la materia y sostiene y conserva la complicada máquina de los seres que viven.

Para acabar de convencerse de la verdad de lo que dejamos expuesto, basta fijar la atencion en lo que acontece cuando se extingue la vida. Entónces, agotada la fuerza vital, ejercen dominio absoluto las fuerzas generales de la materia, y precisamente se ocupan en desorganizar todo lo que estaba organizado, en reducir á la condicion de materia inorgánica la materia organizada por la accion de la cause que determina la vida. Segun los principios de la escuela orgánica, las fuerzas físicas y químicas organizan la materia, y la vida es simplemente un resultado de la organizacion. ¿Es esto posible? ¿Pueden los órganos yertos de un cadáver ser causa de la vida? Pues entonces ¿cómo explicar la desaparicion del efecto subsistiendo la causa que lo produjo?

Mientras más se reflexiona, más palmaria resulta la imposibilidad de explicar las fenómenos vitales por la hipótesis organicista. La enfermedad no es más que un accidente orgánico; el organismo no muere sino por alteraciones orgánicas que impiden el ejercicio normal de las funciones. ¿No matan repentinamente un intenso pesar ó una inesperada alegría? ¿No se extravía la razon y viene por las mismas causas el estado de locura? ¿No ejerce la impresion moral que se llama miedo, una perturbacion tan honda en el organismo, que en ocasiones produce la muerte? ¿Y qué lesiones orgánicas se han producido entónces? ¿Dónde está la alteracion que ha determinado la cesacion de la vida?

Aunque ignorada todavía la causa misteriosa que produce la existencia, la hipótesis vitalista explica sus fenómenos y sus leyes con más lógica, con mejor criterio que la hipótesis organicista. A distintos fenómenos y á distintas leyes, distintas causas. Para los fenómenos y las leyes de la materia inorgánica, fuerzas físicas y químicas; para los fenómenos y las leyes de la materia organizada viva, fuerza vital. Así es la lógica, y hay que someterse á su imperio so pena de caer en los más profundos y trascendentales errores.

¿Quiere esto decir que la doctrina organicista haya per-

turbado la marcha tranquila y majestuosa de la ciencia? Todo lo contrario. La contradicción es un crisol donde se depuran todas las ideas y todas las opiniones. La contradicción es el estímulo más eficaz de la inteligencia, y aguijoneada por él realiza prodigios en poco tiempo. La escuela orgánica, que, en nuestra humilde opinión, no explica satisfactoriamente la vida, ni sus fenómenos, ni sus leyes, ha prestado inmensos servicios à la ciencia. Buscando siempre alteraciones en los órganos, como génesis de todas las enfermedades, no se ha dado descanso en sus investigaciones, y los reactivos químicos y el microscopio han enriquecido de un modo fabuloso la medicina, haciéndola marchar con paso más vivo por el camino del progreso. Pero juzgamos que ha cumplido ya su misión, porque sus descubrimientos y sus conquistas, en vez de debilitar, han dado nuevo vigor à la doctrina vitalista. Así lo reconocen ya muchos hombres eminentes, que no vacilan en hacer trascendentales concesiones à la escuela tradicional que nació en Cóos y se ha desenvuelto y perfeccionado en el largo transcurso de veinte y tres siglos. Falta, es verdad, la demostración matemática de los principios en que se funda; pero la ciencia abraza la esperanza de conseguirlo, porque, como ya hemos dicho, no hay nada que resista al empuje y à la perseverancia del destello divino que se llama la razón humana.

DR. LUIS NAVARRO.

EL FILOTECNICISMO.

(CONCLUSION.)

II.

Para que se comprenda hasta qué punto llega la manía *filotécnica* de nuestro D. Celedonio Lanceta, nos bastará referir algunas de las escenas á que ha dado lugar, y de muchas de las cuales hemos sido testigos.

Nos hallábamos reunidos y en pacífica conversacion en la trastienda de la botica, punto frecuente de cita entre las gentes de cierta clase que viven en pueblos reducidos, el antedicho doctor, el farmacéutico y algunos otros amigos de su particular confianza, cuando, pidiendo prévia venia, entró un jóven labriego, dando corcobos y andando con mil dificultades.

—Buenas tardes, Sr. D. Celedonio y la compañía, dijo el recién venido, apoyándose con trabajo en la puerta de entrada.

—Adios, Lucas,—contestó nuestro médico,—¿qué ocurre?

—Pues ocurre,... ¡ay!... yo le diré á su merced haré

como quince días que me quedé á dormir en la era á guardar las mieses, y desde la mañana siguiente tengo unos dolores en esta pierna izquierda, que no me dejan vivir ni descansar.

—¡Al diablo se le ocurre dormir en la era, teniendo criados que lo hagan, y una mujer bonita por añadidura! Lucas, Luquitas... no te duermas en las pajas... porque eso tiene malas consecuencias. Veamos, descúbrete la pierna: ¿hay *flogosis*?

—No puedo decirle á Vd.,—contestó con cara de asombro el paciente.

—Mucho me temo,—añadió D. Celedonio tomando un aire magistral,—que esos dolores sean el principio de una *anquilosis*: las emanaciones *palúdicas* que rodean tus propiedades te han hecho adquirir una *idiosincracia* especial, y si no pones pronto remedio, es probable que tengas que lamentar las consecuencias de los *principios deletéreos* que con el aire aspiras.

El pobre Lucas, que levantaba penosamente su pantalón hasta encima de la rodilla, miraba al médico cada vez que este soltaba uno de sus acostumbrados términos, y ponía una cara tan compungida, como si se le anunciara una muerte cercana. Había descubierto la rodilla, donde principalmente le aquejaba el mal, cuando el médico dió principio á un minucioso exámen.

—Procedamos con método,—decía, palpando desde el pié á la cadera la nervuda pierna de Lucas; en las falanges, tarso y metatarso no encuentro novedad; el tendón de Aquiles parece que verifica fácilmente sus funciones de tensión y flexión; pero encuentro aquí sobre la tibia ciertos *equimosis* bastante pronunciados.—¿Has chocado con algun cuerpo *contundente*?—preguntó al enfermo, que le miraba con ojos estupefactos.

—No sé, respondía el paciente cada vez que se le dirigía una de estas preguntas, para él ininteligibles.—Donde mas me duele es aquí, en la rodilla, que apenas puedo mover

—¡Ya! ¿Con que aquí?... es cierto, parece que el mal se halla localizado por bajo de la rótula, entre los cóndilos del fémur y la extremidad superior de la tibia. Hay en efecto,

flogosis, aunque no puedo determinar si provendrá de un aumento excesivo de *sinovia* ó de otra causa cualquiera. ¡No puede suponerse que sea una *hidractrosis*!.... pero, en fin, ¿te duele hácia el *fémur*? ¿Sientes el mismo dolor hácia la *pélvis*? ¿Se extiende á todo el *miembro abdominal* izquierdo ó se localiza en esta sola *articulación*?

—No le puedo contestar á Vd. con certeza—respondía el labriego, cada vez mas afligido—aquí es donde siento el dolor, en la misma rodilla y aun cuando no es muy vivo, le jure á Vd. que me molesta demasiado.

—Bien, bien—exclamó por último D. Celedonio, dando fin á su minuciosa inspeccion: tú tienes una *endocarditis articular idiosincrática*, leve de esencia: bastará por hoy que uses los *antiflogísticos diluentes* en forma de *inmersiones*, y si no obtuviéramos resultado, apuraremos todos los recursos de la *farmacopea*.

—¡Sea todo por Dios!—exclamó el desdichado Lucas, casi con las lágrimas en los ojos.—Hágame Vd. el favor de apuntarme en un papel los nombres de la enfermedad y la receta, para que no se me olviden.

—No hay para qué, buen hombre,—exclamó entonces el boticario, interviniendo en la cuestion, y conteniendo á duras penas la risa:—lo que Vd. tiene es reumatismo; dése Vd. en la pierna un baño de agua caliente.

Dicho esto, Lucas se cubrió la pierna y salió de la botica cojeando y diciendo entre dientes:—¡Pues para eso no era menester tanta *retórica*!

No habia pasado una hora despues de la escena que acabamos de referir, cuando entró una mujer llorosa y acongojada.

—Don Celedonio, dijo dirigiéndose al doctor,—mi marido está enfermo, y quisiera que viniera Vd. á verle: creo que tiene calentura, y vomita frecuentemente.

—Bien,—contestó el interpelado,—le administraremos los *febrifugos y antieméticos*.

—Está el pobre tan triste, tan melancólico...

—Pues cántale unas playeras, ó dale algun *antictérico*.

—Es que no logra conciliar el sueño.

—Entonces *antiespasmódicos y narcóticos*

—Y si logra dormir, tiene unas pesadillas tan penosas!...

—¡Ola! ¡conque hay visiones terroríficas!....

—Suele quedarse insultado....

—¡Cáspita! ¿Tambien *síncopes vertiginosos*?... Pues será preciso darle los *antidímicos*.

—Yo creo que estará muy débil, porque hace muchos días que no toma alimento.

—Bueno, bueno; pues no hay que descuidarse, prorrumpió D. Celedonio despues de meditar algunos momentos. Vete en seguida, que yo iré mas tarde: caso necesario, le haremos tomar unos *glóbulos catárticos* ó el jarabe *pan-quimagogo*.... entre tanto, que se le administre una *emulsion*.

La pobre mujer, pàlida y desencajada, salió de la botica, conteniendo sus lágrimas, y corrió hácia su casa.

El farmacéutico, comprendiendo sin duda que los términos revesados del médico habian hecho á la pobre mujer dar al mal de su marido mas importancia de la que tenia, y temiendo un fracaso, invitó al doctor á ir en seguida á ver al paciente, y áun se ofreció á acompañarle.

En efecto, cuando llegaron á casa del enfermo, hallaron á toda su familia consternada y presa de la mayor amargura; en la habitacion de aquel se había improvisado un pequeño altar cubierto con blancos lienzos; se preparaban á administrarle la *Extremauncion*, en vez de la *emulsion* ú horchata que el médico habia prescrito.

Deshecho el error, cesó por el pronto la afliccion de la familia; pero el enfermo estuvo á punto de morir de veras, á consecuencia del susto producido en su ánimo por tan enojosos preparativos.

Recordamos, como último detalle de la manía de D. Celedonio, una declaracion dada por él en una causa criminal, que merecería ser archivada para perpétua memoria.

Riñeron dos mujeres en la fuente de la plaza; rompiéronse recíprocamente los cántaros, que ambas querian llenar á la vez, y una de ellas dió á la otra un ligero golpe en la oreja y la mejilla con el asa del cántaro roto. Formóse el proceso por querrela de la agredida, y llamado nuestro médico, que habia presenciado la pendencia, á dar su dictámen

sobre las lesiones, escribió de su propio puño y letra la siguiente declaración:

—«Don Celedonio Lanceta, etc..... digo: Que de orden del señor juez municipal de esta villa, he pasado á reconocer á la herida Juana Mingo (a) *la Choca*, á quien encontré en su cama, con la cabeza al Norte y en postura *supina*. Tiene en el *pómulo* de la mejilla de la cara y en la parte cóncava de la parte superior interna del lóbulo de la oreja derecha, una herida de fuera á dentro, de arriba á abajo y de derecha á izquierda, hecha al parecer con instrumento *perforo contundente*, ligeramente cortante, como *piedra, palo ó asa de cántaro*. Dicha herida es leve de esencia y curable dentro de los seis días, si la paciente se abstiene de *picante, vino* y otros condimentos *irritativos*.»
Firmado: licenciado Lanceta.»

Leído lo que antecede, solo resta que exclameis conmigo, ante la insensata manía de D. Celedonio:

—¡Dichoso *filotecnicismo*!

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

DEL BESO.

El autor del *Libro de la Amistad*, comprendido en las *Obras de San Agustín*, distingue cuatro clases de besos: el llamado *de reconciliación*, es el que se daban en la Iglesia al tiempo de la comunión; el *de amor*, (1) que se dan los que se aman, y que no hallan medio mas eficaz para manifestar su ternura; y el *de la fe* que se daban los católicos y principalmente los que ejercían la hospitalidad.

El beso era una manera de saludar muy comun en la antigüedad. Plutarco refiere que los conjurados antes de matar á César le besaron el rostro, la mano y el pecho. Tácito afirma que cuando su suegro Agrícola volvió de Roma, le recibió Domiciano con un *frio beso*, no le dijo nada y le dejó confundido entre la multitud. En la Sagrada Escritura se lee que Joab, uno de los capitanes de David, envidioso de Amasa, otro capitán, le dijo: «Buenos dias, hermano, y cogió con su mano la barba de Amasa para besarla, y con la otra sacó su espada y le asesinó de un solo golpe.»

(1) En el famoso libro *Los besos* del célebre Juan de Nicolás, por sobrenombre *Ségundo*—que n. en el Haya año de 1511—se relatan las inefables delicias de diez y nueve besos de amor, nada menos.

Vemos, pues, que los besos de Joab merecen pasar por proverbio como los *besos de Judas*. (1)

Los antiguos atribuían ciertamente una idea simbólica y sagrada al beso, puesto que besaban las estatuas de los dioses y sus barbas cuando con ellas los representaban los escultores. Salido es que los iniciados se besaban en los misterios de Ceres en señal de concordia, de donde ha podido pasar muy bien este uso á los cristianos. Un célebre autor de pasados siglos (2) dice que, segun la opinion de Caton, la costumbre de besar se originó entre parientes de ambos sexos, solo con el objeto de poder descubrir los hombres por este medio, si sus mujeres, hijas ó sobrinas habian bebido vino. Tampoco habia antiguamente otra manera de saludar entre las damas en Francia, Alemania, Italia é Inglaterra; los cardenales tenian el derecho de besar á la reina en la boca, costumbre que se observó tambien en España. Hubiera sido una falta de cultura y una afrenta el que una señora honesta al recibir la primera visita de un caballero, no le besase en la boca á pesar de sus bigotes.

El beso de los piés es una ceremonia muy antigua en Persia, donde fué instituida, dice un autor (3) por su primer rey, para demostrar no solamente el respeto que los súbditos tributaban á su príncipe, sino tambien la fé y el homenaje que los príncipes vasallos le rendian. Esta ceremonia se cambió despues entre los súbditos de baja condicion con la de besar la tierra en presencia de sus príncipes.

Escribe el sábio Darwin (4) que «muchas especies de monos, segun me dicen los guardas de los jardines zoológicos, se deleitan con las caricias y halagos de unos á otros y con los que les hacen personas amigas. Mr. Bartlett me ha referido que dos chimpanzès, al verse juntos, sentáronse y tocáronse con los lábios, y á seguida volvió uno su mano sobre el hombro del otro. Estrecháronse luego con los brazos. Levantáronse con un brazo en el hombro del

(1) Art. *beso* de la *Enciclop. Moder.* por Mellado.

(2) Plinio en su *Hist. nat.*

(3) Herbelot, *Biblioteca oriental.*

(4) V. el cap. *Amor y otras emociones* del *Cronicon Científico popular* por Huelin.

compañero, elevaron las cabezas, abrieron las bocas y aullaron con deleite.» «Nosotros, añade el célebre autor inglés, estamos tan acostumbrados á besar en señal de afecto amoroso, que pudiera pensarse que tal práctica es innata en el género humano, lo que, sin embargo, carece de verdad. Steele se equivocó cuando dijo sobre los besos: «que naturaleza fué su autor y que empezaron con los primeros amores.» Jensmy Button, natural de Tierra de Fuego, me dijo que nadie conocía semejante práctica en su país. Tampoco la conocen los indígenas de Nueva Zelandia, ni de Australia, ni de las islas de Tahiti, ni los de Somals de África, ni los Papuanos, ni Esquimales. (1) Sin embargo, el besar es innato ó natural en cuanto depende, al parecer, del gusto agradable que hay en el contacto íntimo con una persona amada. En distintas partes del mundo sustituyen los besos con frotar una nariz con la de otro sujeto, práctica usual en Nueva Zelandia y Laponia. En otras regiones equivale al besar el frotar ó tocar brazos, pechos ó estómagos, ó bien á golpearse uno su cara, con las manos ó piés de otros. Quizás tenga el mismo fundamento la práctica de soplar sobre varias partes del cuerpo de otro, en señal de afecto amoroso.» (2)

Supone donosamente el autor de una curiosa, interesante y entretenida obra que trata de la materia en que venimos ocupándonos, (3) que el beso tiene un principio de todos los demonios, ó mejor dicho, de un demonio solo, ó mas bien dicho todavía: de una serpiente.

La del Paraíso.

Y una vez mordida la manzana ¿quién duda que con los mismos lábios con que chupó su jugo, que con los mismos dientes que partió su carne, y que con la misma lengua con que paladeó su dulzura, ofreció al complaciente Adán, un

(1) Lubbock en su obra *Tiempos prehistóricos*, 2.^a ed., cita autoridades que afirman lo que dice el texto.

(2) Esta práctica la describe con pormenores Tylor en sus *Investigaciones sobre primit. hist. del gen. hum.* 2.^a ed.

(3) G. Blanco, *El beso. Su fisiología, su historia, sus aplicaciones eróticas, etc.*

beso apasionado, el primero de los besos del mundo, como si dijéramos, la primera desgracia de la tierra?

Cierta encantadora hija de Eva, dirigió una carta á M. de Bonfflers, que terminaba enviándole un beso. El poeta, más exigente, y sin duda creyendo que media un abismo entre lo vivo y lo pintado, respondió:

Sobre un papel llegar veo

Un beso que me provoca;

Si vino por el correo,

¿Cómo ponerlo en mi boca?

Tan quimérico favor

Hace que mi amor se enoje;

¡No hay fruta con buen sabor

Si en el árbol no se coje!

Véase del modo que jugaba á los besos, poéticamente hablando, el chispeante Baltasar de Alcazar:

—¿Á que no me dás un beso?

me dijo Inesilla loca,

teniendo en su linda boca

de punta un alfiler grueso.

Yo, que siempre mi provecho

saco de sus burlas sábio,

finjí dárselo en el lábio,

y se lo planté en el pecho.

Agradecido sin duda á los favores concedidos por su amada, escribió un poeta en el album de ella:

¡Beso! Prenda de esperanza!

correo del amor mio;

tú antecedes al placer,

y aún eres el placer mismo.

Dado, en sublime misterio,

y en misterio recibido,

á la dicha nos conduces

y tan santo es tu destino

que lo mismo que San Pedro

nos abres el paraíso!

Quevedo es el autor del ardorosísimo soneto que copiamos, poco conocido seguramente:

Bésame, espejo dulce, ánima mia;

bésame, acaba, dáme ese contento,

y cada beso tuyo enjendre ciento,
 sin que cese jamás esta porfia.
 Bésame cien mil veces cada día,
 porque encontrando aliento con aliento,
 salgan de aqueste intrínseco elemento,
 dulce suavidad, dulce armonía.
 Ay boca! Venturoso el que te toca;
 Ay labios! Dichoso es el que os besa;
 Acaba, vida, dáme ese contento,
 y dáme ya ese gusto con tu boca;
 bésame, vida, ya, si no te pesa;
 aprieta, muerde, chupa y sea con tiento!

El poeta de toda América que mas conocido es en España, Heredia, concedia tambien al beso inapreciable valer, pues recordamos aquel fragmento de apasionados versos:

Suspirar de placer entre mis brazos
 y que al mirarte, en languidez envuelto,
 tú con sonrisa plácida me brindes
 á cojer en tus lábios regalados
 el dulce beso en que el amor se goza;
 y que al cojerlo, en tus celestes ojos
 mi ventura y tu amor escritos mire
 y te bese otra vez y luego espire.

Del beso, que pudiéramos llamar *caramelado*, habla un vate anónimo en esta forma:

Beso de dulce ilusion
 que siempre apetece el hombre
 que se chupa y se rechupa
 hasta disolver en goce
 y que como un caramelo
 suele dar indigestiones.

Y para dar remate á estos apuntes antológicos, transcribiremos la descripcion que hace del beso un poeta contemporáneo, Campoamor, á pesar de ser muy conocida:

De la cuna al ataúd
 va siendo el beso á su vez,
 Amor en la juventud,
 Esperanza en la niñez,
 en el adulto Virtud,
 y Recuerdo en la vejez.

Y desde una en otra edad,
en la mejilla es *Bondad*,
en los ojos *Ilusion*,
en la frente *Magestad*
y entre los labios *Pasion*.

A. MARTINEZ DUIMOVICH.



LA TORMENTA. ⁽¹⁾

Sin duda, dulce bien, teniendo en cuenta
de tu agudo puñal el golpe rudo,
me has dicho ayer que pinte la tormenta,
en lugar de decirme: Queda mudo.

Y señalabas con la diestra mano
de las nubes de ayer las negras sombras,
buscando en sus girones el arcano
que no ves de la tierra en las alfombras.

Yo miraba una nube y otra nube
sin comprender, con la mirada atenta,
después que el cielo examinado hube,
que pudiera pintarse la tormenta.

Me pareció tan pobre, tan indigno,
de aquella tempestad el vano alarde,

(1) Próxima á publicarse esta poesía en un tomo de versos titulado «A la luna de Madrid», nos la remite su autor y la insertamos con mucho gusto.

que juzgué que el pintarla fuera signo
de alma mezquina y corazón cobarde

Por eso no pensaba complacerte
hasta encontrar una tormenta fiera,
que llevase el estrago de la muerte
al ámbito infinito de la esfera.

Ahora puedo, y por esto no te enfades,
aun cuando el peso del dolor me abruma,
describirte sublimes tempêtes
más grandes y más dignas de mi pluma.

Al mirar del espacio el negro velo,
yo no esperaba tu actitud de guerra;
yo buscaba los rayos en el cielo,
y estaban fabricándose en la tierra.

No te acuso por esto, bella ingrata,
aunque me encuentro sin piedad herido,
porque el rayo sublime que me mata
es la terrible luz que te he pedido.

La luz de la verdad, aun siendo horrible,
es siempre luz á la que el alma aspira:
y yo quiero sufrir con lo imposible,
primero que gozar con la mentira.

Tu palabra cumpliste, y no me pesa;
me has dicho la verdad, y la agradezco;
el alma herida en la materia ilesa
es el mísero estado que merezco.

Y ahora voy á trazarte la pintura,
no sobre lienzo, no con los pinceles;
con el negro color de la amargura,
y en un cuadro imposible para Apeles.

Era un vapor que al infinito sube
el que surgió tras apacible calma,

y en el espacio azul formó una nube
más grande, más inmensa que mi alma.

Brotó un vapor del sentimiento mio.
como emanado del placer y el llanto,
condensando otra nube en el vacío
negra como las sombras del espanto.

Es mi nube, aunque grande y extendida,
más oscura y menor que la del viento,
cual mi vida es más triste que tu vida,
y es inferior al tuyo mi talento.

Iban las nubes al azul palacio
preñadas de éter de la inmensa esfera,
y las ví aproximarse en el espacio.
buscando la segunda à la primera.

Mas ésta que su vuelo dirigía
à la altura á que aspira su arrogancia,
ó no vió que otra nube la seguía
ó no creyó el peligro de importancia.

Al notar un desprecio tan marcado
en esta nube desdeñosa y fria,
el vapor de mis lágrimas formado
quiso entonces volver al alma mia.

Mas te voy á explicar que no es posible
que, cuando el éter en el aire alienta,
dejen las nubes con estruendo horrible
de abortar en el cielo la tormenta.

Dicen los sábios que el imàn artero,
flúido descompuesto en dos flúidos,
sobre el éter obrando del acero
le divide en dos polos definidos.

Los sábios dicen que sucede esto;
y dicen más experimentos vários:

que, una vez el fluido descompuesto,
ambos polos se buscan sus contrarios.

Y hé aquí porqué la nube de mi esencia
no volvió á sus prístinos alveolos,
pues se halló, por tu enérgica influencia,
rápidamente convertida en polos.

Y era el polo que ví se dirigía
hácia nube de vuelo tan altivo,
el polo positivo de la mía
que iba en busca de un polo negativo.

Aunque la marcha, que siguió, primera
era sin duda lenta y perezosa,
la atracción que sus pasos acelera
la hizo poco despues vertiginosa.

Y ahora comprenderás que no es posible
que, cuando el éter en el aire alienta,
dejen las nubes con estruendo horrible
de fraguar en el cielo la tormenta.

Yo del peligro de la nube mía
espectador, con impaciencia mucha,
cada vez más dispuesto me sentía
á ver el choque y presenciar la lucha.

Y es que el peligro que engendró el deseo
no me ofusca, me aterra, ni me espanta.
Cuanto más cerca de mí ser lo veo,
más mi espíritu fiero se agiganta.

Y es que el hierro más débil y más flojo
el temple adquiere que en su sér no había,
si calentado, hasta ponerle rojo,
se sumerge despues en agua fría.

De la fiera desgracia al golpe rudo
podrá estallar en múltiples pedazos

de este mi pecho el acerado escudo,
mas no lo doblarán tus latigazos.

Puesto en tal actitud, firme y sereno,
el choque ví con la posible calma,
y el rayo entonces me cogió de lleno,
desgarrando las fibras de mi alma.

Mas mi razon, del corazon muy lejos,
sin poder del efecto darse cuenta,
del relámpago viendo los reflejos,
creyó benefícosa la tormenta.

Y una lluvia de lágrimas vertida
fué por mis ojos y regó la tierra,
logrando entonces la ilusion mentida
lo que nunca logró la fiera guerra.

Disipóse la imágen ilusoria:
volvió à mi sér el ànimo sereno,
pues en pos del relámpago de gloria,
rugió en las nubes el tartáreo trueno.

Hoy el íris de paz y bienandanza
me produce terror, me causa daño.
¡Fuera, fuera del pecho la esperanza!
Quiero solo gozar del desengaño.

Hoy del dolor la tímida penumbra
no existe mas que en el recuerdo mio;
hoy la sombra negrísima me alumbra;
hoy calienta mis músculos el frío.

Hoy encuentro en lo horrible tal encanto,
que gozo al ver la tempestad violenta.
¡Qué hermosa es la tormenta, cielo santo!
¡Dios de Dios, qué sublime es la tormenta!

MIGUEL GIMENEZ AQUINO.

AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO

DE LA PROVINCIA DE ALMERIA. (1)

I.

SU ESTADO ACTUAL.

La agricultura, fundamento de todo pueblo organizado, será la que en primer término deba ocuparnos; y para que sea conocido el terreno sobre que vamos á operar ó sea á exponer nuestro juicio, hagamos, aunque á la ligera, una descripción topográfica de la provincia.

Enclavada al sur de España á los 37° 30', 36° 25' latitud y 2° 0', 0° 35' longitud del meridiano de Madrid, tiene por límites al S. y S. E. el Mediterráneo, al E. y N. la provincia de Murcia y al O. la de Granada. Su superficie

(1) Segun tenemos ofrecido á nuestros lectores, insertamos el presente trabajo debido á la pluma del Sr. Gomez Anton, de cuya reciente pérdida dimos ya cuenta en el número anterior de la REVISTA.

es muy accidentada; pero prescindiendo de las sierras y sus ramificaciones que sobre ella se elevan, puede decirse que la provincia de Almería es un plano inclinado hacia el mar, cuya línea general de máxima pendiente es de diez y ocho milímetros por metro, siendo la parte mas alta de dicho plano la divisoria de aguas que corren al Oceano y Mediterráneo á unos mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

Esta gráfica descripción demuestra que los ríos tienen rápidas pendientes y por lo tanto las aguas que corran por sus álveos marcharán con gran velocidad destruyendo en su impetuosa carrera las propiedades colindantes.

Dentro del territorio señalado á esta provincia por Decreto de 30 de Noviembre de 1833, segunda vez que se creó, existen: la sierra de Gador que principia en Almería y corre hacia el N. O. en una distancia de unos setenta kilómetros; sierra Alhamilla que tiene su origen al N. E. de la capital á doce kilómetros de ella y se extiende treinta y seis kilómetros hacia el E.; sierra Cabrera, continuacion de la anterior, inclinándose en su direccion al S. en la longitud de unos veinte y cinco kilómetros hasta la costa; sierra de Gata que principia en el cabo ó promontorio de su mismo nombre y corre en direccion N. E. en una distancia de unos diez y ocho kilómetros hasta perderse en las vertientes meridionales de sierra Cabrera; sierra Almagrera ó de Montroí que se eleva á las inmediaciones del mar en la costa del E. á ocho kilómetros de Vera, siendo su longitud unos doce kilómetros desde el río Almanzora hasta el pilar de Jaravia, en el campo de Aguilas.

Estas son las sierras que en su totalidad están dentro de la provincia; pero hay otras que viniendo de la de Granada, terminan en esta y á más las que la cruzan pasando á la de Murcia.

Las primeras son: sierra Nevada que entra por el O. de la provincia al N. de sierra de Gador y su última estribacion es el cerro llamado Montenegro, cerca del pueblo de Alhabia; sierra de Baza que al llegar á la jurisdiccion de Gergal toma el nombre de Filabres y cruza casi toda la provincia del O. al E. al Norte de las sierras Nevada y Alhamilla, terminando á unos quince kilómetros de la costa; sie-

rra de las Estancias al N. de la anterior y concluye en el cabezo de Jara ó sepulcro de Escipion, límite de la provincia, confinando con el pueblo de la de Murcia, llamado Puerto Lumbreras.

Y las segundas: La de María, Maymon ó Montalviche con cuyes tres nombres se conoce al N. de la de las Estancias; y por último, la de Periate al N. de la anterior que forma el límite mas septentrional de la provincia de Almería.

Todas estas sierras, que en lo antiguo estaban cubiertas de monte alto y bajo, se encuentran en el dia desnudas, y solo se conserva, de alguna importancia, parte del carrascal de Laroya en la sierra de Filabres, otros en la sierra de María ó Montalviche y algunos cotos de esparto, propiedad de los pueblos y particulares.

Ahora bien, de las sierras antes mencionadas y de sus innumerables ramificaciones ó estribos descienden al llano multitud de arroyos en tiempo de lluvias, pues en los demás permanecen en su mayor parte secos, formándose por la reunion de ellos, corrientes de primer órden que toman el nombre de rios, aun cuando debieran llamarse torrentes. Estos son: el Andaráx en la cuenca formada por las sierras Nevada y de Gador; el de Fiñana ó Nacimiento entre las sierras Nevada y Baza; estos dos rios confluyen á las inmediaciones de Alhabia formando juntos el rio de Almería que desemboca en el mar á unos cinco kilómetros al E. de dicha capital. El rio de Adra que corre entre las sierras Nevada, de Gador y de Güainos, perteneciente esta última á la provincia de Granada; el Almanzora formado por las vertientes meridionales de la sierra de las Estancias y las septentrionales de la de Filabres; y el de Velez en la cuenca de las sierras de las Estancias y de María ó Montalviche.

Además de estas corrientes principales, hay otras secundarias independientes de aquellas, á las que llaman rios de Alias, de Aguas y de Antas.

La reseña que á grandes rasgos acabamos de hacer, demuestra lo que ya hemos dicho, que el territorio de esta provincia es muy accidentado; pero esto dá origen á diferencias de climas en cortas distancias, pudiendo asegurarse que en

Este país se aclimatan perfectamente, lo mismo los frutos de las zonas templada y tórrida, que los de la glacial.

Descritas ya las sierras que se elevan en la provincia y los ríos que la cruzan, solo nos falta una sucinta mencion de la importancia de sus valles y campos.

Sus principales valles son: el Andaráx, Fiñana ó Nacimiento, Almería, Almanzora, Adra y el de Velez. Estos valles son fajas estrechas en lo general, paralelas á un lado y otro del río que fluye por él y cuyo nombre toma, y se riegan de una manera imperfecta.

Los campos de mayor extension, son: los de Dalías, Félix, Roquetas. Alquian, Nijar, Tabernas, Uleila, Oria y el de Chirivel. Todos estos terrenos son secanos y por consiguiente el agricultor fia el porvenir de las cosechas en la misericordia divina, es decir, en las lluvias; mas como estas escasean, la miseria cunde en ellos á pesar de la fertilidad del suelo, estando convertidos la mayor parte de los años en áridos desiertos, pues los labradores tienen que emigrar á Orán en busca de trabajo.

Se ha pensado muchas veces en hacer de riego estos campos; pero siempre fracasaron los proyectos; solo sí se realizó allá por los años de 1840 al 45 el que un Sr. Madolell concibió para regar el de Nijar. Al efecto se construyó un pantano aprovechando ciertas vertientes meridionales de sierra Alhamilla; mas los resultados han sido nulos, porque la cuenca tributaria no es de consideracion y el subsuelo no es impermeable, siendo grandes las pérdidas por filtracion.

Conocido ya el territorio de esta provincia, diremos algo de sus productos agrícolas.

En todos los pueblos se obtienen con mayor ó menor abundancia cereales y legumbres. La patata, ese pan de los pobres que con tanta repulsion fué introducida en Europa, se cultiva en toda la provincia y en mayor cantidad y mejores condiciones en la sierra de Filabres.

Del mismo modo la uva llamada de casta y la de viña es general, efecto de las buenas condiciones climatológicas del país.

En la vega de Adra se cria la caña de azúcar y en muchos pueblos, especialmente en Rioja, Alboloduy y Albanchez los naranjos y toda clase de ágrios.

La uva llamada del barco ó de Ohanes se cultiva hoy en casi todos los pueblos del partido judicial de Canjajar, en algunos de los de Gergal y en Pechina, Enix y Felix.

El olivo, la noguera, el castaño, el cerezo, el algarrobo, el granado, el peral, la higuera y otros frutos tambien se crían, pero en tan pequeña escala que no merece fijar nuestra atencion.

Dijimos anteriormente que en general el riego se hace de una manera imperfecta, y vamos á demostrarlo.

El mayor número de hectáreas que reciben este gran beneficio es el inmediato á los rios y arroyos, bien con las aguas turbias que en ciertas épocas del año, comunmente en el otoño é invierno, fluyen por ellos, bien por medio de galerías que construyen los propietarios, introduciéndose por bajo de las arenas, hasta iluminar aguas de las de su talweg subterráneas.

Para aprovechar los labradores las aguas turbias, hacen en cada hacienda una boquera de pequeñas dimensiones, adelantando unos cuantos metros, en el cauce del rio ó arroyo, aguas arriba, una estacada formando muro con cañas y ramage; y como la obra es tan débil, desaparece cuando las avenidas son algo fuertes, quedando burladas las esperanzas del labrador de regar y entarquinar sus tierras, viendo pasar las aguas á sus inmediaciones sin poder hacer uso de ellas. Ocurre además otro daño; si la estacada resiste por su posicion ó esmerada construccion, entra á veces en la hacienda una cantidad de agua mucho mayor de la que se necesita y se puede manejar, originando la destruccion de los caballones, el arenamiento y, lo que es peor, el arrastré de las tierras abonadas al desaguar. Algo más pudiéramos decir respecto al riego con las aguas que fluyen por los rios; pero basta para nuestro propósito.

El riego con agua de fuente, tambien es imperfecto, pues cada pueblo ribereño, tiene para regar las tierras bajas de su jurisdiccion, confinantes al rio, una fuente, que no es otra cosa: que una galería de unos ochenta centímetros de latitud, que culebreando ó en un continuo zig-zag, penetra en la masa de arenas del rio para extraer aguas subterráneas; y como esto se hace, por lo general, sin conocimientos facultativos,

resulta que solo tienen agua bastante, en el caso, poco frecuente, de que las lluvias sean continuadas.

Por lo dicho se vé, la gran calamidad que pesa sobre la agricultura en esta provincia, donde no existen rios caudalosos, manantiales ó fuentes de importancia, ni canales de riego, y sabido es, que sin agua, líquido preciso para la vegetacion, las mas bellas y productivas vegas, serian campos solitarios y eriales incultos.

La falta de arbolado en todas las cordilleras, contribuye en mucho á la sequía que constantemente se experimenta en esta provincia, pues los bosques mantienen el equilibrio de los componentes químicos de nuestra atmósfera, fijando los meteoros acuosos, y como no es solo el árbol el que se ha destruido, sino tambien toda clase de monte bajo, de aquí el que las aguas, efecto de las lluvias, se precipiten en torrentes, inundando y devastando la llanura. Es mas, como no hay nada que las contenga, arrastran las tierras de las montañas, dejándolas desnudas é inservibles para la vegetacion y al bajar al llano, rellenan de escombros los lechos de las ramblas y rios, elevando su nivel sobre el de las poblaciones y propiedades particulares inmediatas, amenazando destruirlas.

En corroboracion de esto, citaremos como uno de los muchos ejemplos que pudiéramos poner, la rambla llamada de los Arcos, término jurisdiccional de Rioja, vertiente de Sierra Alhamilla y afluente al rio de Almería; cuyo nombre toma de unos arcos que habia en ella para el paso de una acequia. Por la luz de dichos arcos, que tendrian de elevacion mas de cuatro metros, pasaban carros no hace muchos años y há tiempo se encuentran soterrados hasta las claves.

Además de la escasez de aguas, adolece tambien esta provincia, de la falta de vías de comunicacion. La provincia de Almería, lo decimos con sentimiento, se encuentra por tierra aislada del resto del mundo. El silbido de la locomotora, ese grito de la civilizacion moderna, llamando á los pueblos á la vida del trabajo, todavia no se ha oído en sus valles, campos ni sierras, pues no existe ni un kilómetro de ferro-carril, y aun cuando hay un proyecto para enlazar Almería con el interior de España, son tantas las dificultades y obstáculos que se presentan en ciertas regiones, por ra-

zones de todos conocidas, que es muy común la creencia de que no se verá esta importante línea realizada en muchos años. Tampoco hay caminos vecinales, esas vías que, aunque modestas, son tan necesarias para que los pueblos vivan unidos entre sí, dando por ellas salida á sus productos, á fin de que en años buenos no dañe la abundancia, ni en años malos mate la miseria.

A la escasez de aguas y falta de caminos debemos añadir que en este país la agronomía es casi desconocida.

En la provincia de Almería no hay en general agricultores; solo hay propietarios de tierras que las arriendan á hombres que ignoran hasta los primeros rudimientos de la ciencia y obstinadamente refractarios á toda innovacion. Aquí los dueños no se cuidan de otra cosa que de cobrar las rentas, haya buenas ó malas cosechas, haya ó no aguas con que regar, haya ó no abonos y fleucos con que fertilizar las esquilmadas tierras.

Aquí el propietario se desdeña de ser agricultor y por lo tanto no procura instruirse, leyendo las muchas obras y revistas que al objeto se publican, asistiendo á las conferencias agrícolas, visitando otros países mas adelantados para implantar en sus fincas todo lo que considerase conveniente.

De esta incuria, de esta falta de afición á lo mas grande, bello y útil de la Naturaleza, nace la decadencia de la agricultura, y como es consiguiente, de la *zootechnia* tan necesaria para la vida bajo cualquiera de los tres aspectos que se la considere, ora como auxiliar de los trabajos agrícolas, ora como mantenedora de las fuerzas vivas de la tierra y ora como origen de las primeras materias para las industrias mas productivas.

Resumiendo: la provincia de Almería no debe considerarse hoy como region agrícola, porque es escasa en aguas, sus montes están despoblados, no tiene caminos y sobre todo porque no hay afición á la ciencia agronómica, que es la que nos conduciría á la regeneracion del país.

*
*
*

¿Cómo ha de desarrollarse la industria en esta provincia, donde no hay suficiente agua para el riego de sus tie-

rras, donde no existe verdadero espíritu de asociacion, y á donde no llega la mano protectora de los Gobiernos?

La industria minera, efecto, con raras excepciones, más bien de la ignorancia, que de la region serena de la ciencia, allega insignificantes capitales, nacidos de una imperfecta y ambiciosa asociacion, para hacer descubrimientos en las sierras de Gador, Alhamilla, Gata y otras, y por medio de una explotacion, en general codiciosa, apropiarse algunos de sus tesoros. Solo en sierra Almagrera es donde la minería se ha desarrollado en mejores condiciones.

Esta es la industria más extendida en el país, y decimos industria á la investigacion de los criaderos metalíferos, por que siendo un arte, oficio ó profesion mecánica que el individuo ejerce, puede así calificarse; pero nosotros consideramos la verdadera industria, aquella en que por medios científicos transforma el hombre la primera materia de la produccion que le ofrece la naturaleza, en otras que acomoda á su uso.

Las industrias de importancia que existen en esta provincia, además de la agrícola y minera, son: la de fundicion de plomos, y aunque en menor escala, la de calcinacion de zinc, la de albayalde y la azucarera.

Existen tambien los oficios ó artes precisos para subvenir á las necesidades de la vida, la explotacion de las canteras de jaboncillos de Lúcar y Somontín, las de mármol de Macael, las fábricas de aserrado para hacer de esta piedra losas y tableros, las fábricas de esparto para prensarlo, única operacion que se ejecuta en ellas á fin de que sea mas económico el costo de su exportacion y la elaboracion de los vinos de Purchena y Gatuna á mas de otros que se hacen en diferentes pueblos, pues el cultivo de la vid, algo descuidado desde que fué conocido el *oidium*, ha sido siempre uno de los más generalizados.

La abundancia de criaderos ferruginosos hizo despertar la idea de fabricar el hierro, y para esto se construyó en Garrucha, puerto de mar situado en la costa del E., á unos ocho kilómetros de Vera, è inmediato á las grandes masas de dicho mineral que aparecen en sierra Cabrera, una gran fábrica, por una sociedad que no tuvo presente que si bien aquello produce el país, en cambio no hay, por la falta de

arbolado, combustible conveniente en la cantidad que se necesita para una forja de esta importancia, teniendo por lo tanto que hacer uso de la *hulla* que como no contiene solo carbono, su poder calorífico es inferior al del carbon vegetal. El resultado fuè que la calidad del hierro no pudo resistir la competencia y dejó de funcionar la fábrica.

Nada decimos de la industria pecuaria, no hace muchos años de bastante importancia, porque ha decaído hasta el extremo de que hoy no constituye riqueza alguna, á consecuencia del estado de la agricultura

Por último, una de las industrias que por algunos siglos ha sido en esta provincia un manantial de riqueza, es la de la seda, oriunda de la China é introducida aquí por los árabes; pero en el día ha quedado redunida casi á la nada, habiéndose destruido en su mayor parte las moreras, como árbol improductivo, á consecuencia de la *epizootia* del gusano, *Bombyx mori*.

La descripción sucinta que antecede nos demuestra que este país, respecto á industria, está muy atrasado, separado por una gran distancia de los pueblos que hoy marchan á la cabeza de la civilización, siendo las máquinas de vapor casi desconocidas en esta parte integrante de la nacionalidad española. Sin embargo, algunos creen que progresamos, y es verdad, comparando nuestra existencia con la de nuestros antepasados del último siglo; pero ¿cuánto nos falta para igualarnos en industria á los tiempos de la dominación árabe!

Con objeto de que se tenga una idea de lo que era entonces, copiaremos para concluir lo que dicen los escritores de aquella época:

«Contábanse en Almería ochocientos telares para la fabricación del tisú de seda llamado *tiraz* ó sea una especie de labor arquitectónica y mil para las *hollas* ó túnicas preciosas y el magnífico brocado; otros mil para la tela llamada *cielaton*; otros tantos para los vestidos *georgianos*; igual número para los llamados *ispahamies*, y el mismo para los *atabies* ó *antabies* y los turbantes ó tocas de las mujeres, que dicen eran admirables, así como también por los velos tejidos de labor de perlas y flores. Igualmente se trabajaban en

Almería muchas clases de utensilios de hierro, bronce y cristal, que superaban á toda descripción.»

*
* *

Cuando en un país la agricultura y la industria florecen, el comercio se sostiene y progresa: esta es una verdad axiomática, que por lo tanto no necesita demostración.

El comercio tiene que ser débil cuando son escasos los productos agrícolas é industriales que haya que exportar, puesto que la importación debe estar en la misma escala, por que un país que poco produce, poco puede también gastar. Esto ocurre en esta provincia, y como á la vez está aislada por tierra del resto de la Península, solo los pueblos confinantes de las provincias limítrofes son los que contribuyen en algun ramo á sostener su comercio.

Los artículos de importancia que se exportan son: minerales ferruginosos, plomizos y argentíferos, manganesos, zinc, barras de plomo, albayalde, esparto, azúcar, mármol, jaboncillo, barrilla y uva llamada vulgarmente del barco ó de Ohanes; y los que se importan son: harinas, cereales, caldos, telas de seda, géneros de algodón y lana, lencería, mercaderías de lujo, quincalla, carbones, maderas y otros necesarios para la vida.

Nuestro deseo era que los datos que acabamos de exponer fueran confirmados por la publicación en esta memoria de otros oficiales, expresando también el número de kilogramos de cada artículo, y para ello hemos hecho las gestiones necesarias cerca del centro administrativo á que corresponde; pero no nos ha sido posible adquirirlos, por el ímprobo trabajo que esto hubiese proporcionado.

Todas las operaciones comerciales se hacen por los puertos de Almería, Adra y Garrucha por ser el mar la vía de comunicación mas económica.

Los minerales, el esparto y la uva son los únicos ramos principales de riqueza del país que hoy dan alguna vida al comercio de la provincia por los buenos precios que tienen en los mercados extranjeros; pero ¡ay de Almería, si la minería decayese más de lo que hoy está, el esparto volviera á sus primitivos precios por encontrar la química otra primera

materia con que poderlo sustituir ventajosamente y la uva fuese destruida por cualquier epidemia ó no fuese aceptada con la predilección que hoy!

Para alejarnos de este sombrío porvenir conviene dotar á la provincia de múltiples y abundantes productos que puedan sobreponerse á cualquier desgraciado acontecimiento.

(Se concluirá.)

JOSÉ MARÍA GÓMEZ Y ANTON.



A MEDIA NOCHE.

SONETO.

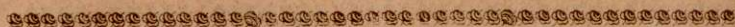
Bate el remo con golpe soñoliento
las cristalinas lágrimas del lago;
en el ramaje misterioso y vago
cuelga su lira el perezoso viento.

Besa el río, cansado y macilento,
las dormidas riberas con halago,
y la fronda confusa ofrece en pago
desmayado dosel à su elemento.

Todo duerme: los astros que declinan,
los torrentes, las selvas, las cascadas,
los mares que en las playas se reclinan

Y allá sobre las tumbas olvidadas,
los sáuces melancólicos se inclinan,
dando extrañas y lentas cabezadas.

SALVADOR RUEDA.



NOTICIAS HISTÓRICAS SOBRE ALMERÍA.



En la Catedral de la ciudad nombrada, se conserva una reliquia de San Indalecio traída del monasterio de San Juan de la Peña, al cual parece fué llevado el cadáver cuando invadieron la ciudad los sarracenos. Despues de la conquista hecha por los Reyes Católicos se hizo la erección de la Iglesia Catedral, poniendo por obispo á Juan de Ortega, natural de Burgos, el cual la gobernó por espacio de 23 años.

La Iglesia de San Juan, que fué en su origen mezquita mayor, estuvo sirviendo de Iglesia Catedral hasta que fue arruinada casi en su totalidad por los terremotos, destruyendo no solo la Catedral, sino la mejor parte de la ciudad y barrio de judería, estando aquella situada entre la Alcazaba y la mezquita mayor, llamada vulgarmente la Iglesia de San Juan. en donde se hicieron algunas escavaciones, y á una profundidad se encontraron vestigios de la poblacion antigua; pero la desidia dejó abandonadas las exploraciones: el barrio de judería, centro de tesoros de grande estima, refiérese que existia al otro lado de la rambla del puerto.

Fray Diego Fernandez de Villalam, cuarto obispo despues de la conquista, tomó posesion de la silla en 10 de Noviembre de 1523 y formó el proyecto de construir á sus expensas la Iglesia Catedral, y el 4 de Octubre de 1524 se dió principio á la obra, colocándose la primera piedra en el sitio donde está el altar mayor; y para solemnizar el acto, se

elevó allí mismo un ara, donde se cantó una misa, predicando en ella el Prelado para exhortar á la concordia, pues los moradores de la Almedina estaban disgustados porque se les quitaba la Catedral de San Juan. Siguiéronse continuadas contiendas, hasta que por mandato del rey se suspendieron las obras, y luego continuaron hasta su terminacion.

El noveno obispo Fr. Juan de Portocarrero, que tomó posesion en 7 de Marzo de 1603, emprendió la conclusion de la torre en la forma que hoy se encuentra, y la construccion de la capilla del Segrario, cuyas obras se terminaron en 1610, aun cuando los muros del Sagrario quedaron de una mediana altura y su techumbre de artesonado.

El trigèsimocuarto obispo, Claudio Sanz y Torres, que gobernó desde el 15 de Setiembre de 1761 hasta el 16 de Julio de 1779, construyó á sus expensas el magnífico tabernáculo, púlpitos, trascoro y órgano grande, que es el del lado de la epístola.

*
* *

En 1847 colocó la primera piedra del puerto de Almería D. Joaquin de Vilchez, Gobernador civil á la sazón. El 25 de Enero de 1852 hubo un espantoso huracán que ocasionó grandes destrozos en toda la costa de L., determinándose hasta tal punto, que destruyó una gran parte de la altura de su muelle en la direccion de P., ocasionándose gravísimos perjuicios.

La principal plaza que existe en Almería, la de la *Constitucion*, se llamó en tiempos no remotos de *Juegos de cañas*, porque allí se celebraban los torneos. En ella existe la casa consistorial, que se principió en 1656 y terminó en 1678, sufriendo posteriormente varias reformas. El palacio de la Diputacion provincial, que está enfrente, fué edificado en los años de 1842 á 1844.

El antiguo fuerte ó castillo llamaao *Alcazaba* tiene 52.000 varas cuadradas de circunferencia, ó sea 520 de E. á O., 100 de N. á S., y 114 y 2 p. de altura sobre el nivel del mar.

CRÓNICA LOCAL.

Ya no podemos dudarlo: nos hemos quedado sin fèria, gràcias á las contingencias de la invasion colérica, las cuales no han impedido que se celebre en nuestra vecina Málaga y que se entreguen á toda clase de fiestas y expansiones, en otras muchas ciudades de la Península. Nosotros hemos seguido el ejemplo de Cartajena, y las niñas se han visto privadas de asistir á la plaza, á dar vueltas al rededor del paseo, luciendo al mismo tiempo que las joyas y galas de su vestuario, los encantos y perfecciones de su belleza, y admirando á la par los objetos expuestos en los escaparates de las platerías, tentacion de los ojos y epidemia de los bolsillos.

La gente menuda se ha sublevado, sin embargo, contra las prohibiciones de la Junta local de Sanidad, y há celebrado la fèria á su modo, haciendo acopio de juguetes y pitos en las tiendas de la calle de idem. Por todas partes se veían chicuelos presumidos pavoneándose orgullosos como generales, con el sable virgen colgado á la cintura y el morrion soberbio en la cabeza erguida; otros, contentos con más humildes ejercicios, soplaban con furia las cornetas estridentes ó golpeaban los rancos tambores; todos parecían darse la mano en aparecer como partes de un gran ejército,

lleno del fuego de las pasiones bélicas y ansioso de las glorias militares...

La única fiesta realizada, de las que constituyen anualmente el repertorio de la feria, ha sido de carácter religioso: la procesion de la Virgen del Mar, llevada á cabo con la misma pompa y animacion de costumbre. En ella lucieron sus conocidas habilidades los pirotécnicos indígenas, cuyos voladores, desmintiendo su nombre, se arrastran por el suelo ó estallan con estrépito infernal á la altura de las cabezas de los curiosos, expuestos siempre, por ignorancia de los coheteros y condescendencia increíble de las autoridades, á dividirse en menudos fragmentos, gràcias á esos divertidos fuegos artificiales.

*
* *

El mes último ha sido poco fecundo en otra clase de espectáculos.

Al concierto celebrado en el teatro de Calderon, asistió escasa concurrencia: el calor retrajo al público de acudir á escucharlo... Nada digamos de la corrida de vacas, verificada en la segunda quincena: dentro de poco, veremos anunciada alguna corrida de borregos...

∴

Despues de haberse derretido nuestras humanidades, como manteca puesta á la lumbre, con el fuego tropical de la atmósfera, han sucedido á estos dias sofocantes, otros menos ardorosos, que han renovado con aire más respirable el de nuestros pulmones, haciéndonos sentir en el rostro la frescura de las brisas de la tarde, que hemos recibido como una caricia de la naturaleza.

Vemos llegar al otoño como una esperanza... Ojalá que no se nos trueque en algun desengaño...

*
* *

Á todo esto, á pesar de la próxima entrada de esa estacion y de la perspectiva ya no lejana del invierno, nada se

habla de campaña teatral alguna, que pueda interrumpir la monotonía de la vida ordinaria.

En cambio, si escasean los dramas representados, la realidad produce,—y esto es lo sensible,—tragedias conmovedoras.

Sea ejemplo de ellas el naufragio ocurrido estos días en nuestro puerto á una pequeña embarcacion, de cuyos pasajeros han perecido una agraciada jóven y un marinero ya avezado á riesgos mayores y que ha venido á sucumbir ahora en el lance más inesperado.

¡Cuántas ilusiones se forjarían acaso, al embarcarse en la lancha náufraga! ¡Y cuán pronto se vieron desvanecidas por la más imprevista y cruel de los catástrofes!...

*.

Escrito lo anterior, llegan á nuestros oídos las últimas noticias recibidas acerca del cólera. Nadie se explica, ni hay palabras bastante duras con que censurar la conducta incalificable observada por las autoridades francesas, permitiendo el desembarco en Argel de las tropas conducidas por el vapor *Tonkin*, procedente del punto del mismo nombre, entre las cuales se contaban 400 enfermos.

Aunque se supone que estos son calenturientos y no coléricos, tal explicacion no inspira confianza alguna, puesto que precedió también al desarrollo en Tolon de la epidemia, que despues se ha extendido por casi toda Europa.

Si pues el cólera se halla en Argel, grácias á la inconcebible lijereza de nuestros vecinos, bien se necesita que el rigor adoptado en las disposiciones sanitarias se extreme cuanto sea posible, para llegar á adquirir algunas probabilidades de libertarnos de la invasion que nos amenaza.

Ello dirá.

*.

Yo quisiera hablar de cosas ménos tristes, y desearía ofrecer á los lectores una revista muy amena y entretenida, pródiga en relaciones interesantes y sembrada de episodios novelescos.

Pero ¿qué le he de hacer, si el tiempo no dá de sí mas que peligros y tristezas?

Mejor será que pongamos punto final, añadiendo sólo como los poetas cómicos antiguos:

Aquí concluye el sainete;
perdonad sus muchas faltas.

Ah!.. Se me olvidaba..

¿Han visto Vds. los *espectros impalpables* establecidos en el Paseo del Príncipe?....

Ni yo tampoco.

Oriel.



SECCION BIBLIOGRÁFICA.



La única novedad literaria que nos ha ofrecido el mes que acaba de transcurrir, es la publicacion, en un elegante folleto, del poema *Los dos Resucitados*, original de nuestro distinguido amigo D. Antonio Ledesma.

Esta obra es ya conocida de los lectores de la REVISTA, por haber aparecido en sus páginas, en uno de los números precedentes; y tanto por esta circunstancia, como por ser el autor uno de nuestros colaboradores más asíduos, y á quien nos unen estrechos vínculos de amistad, no haremos una crítica detenida de su trabajo; pero todo ello no ha de ser obstáculo para que le tributemos los aplausos de que es merecedor el poema, cuyos sonoros versos se hallan cuajados de felices pensamientos y primorosas imágenes, cualidades que avaloran todas las producciones del Sr. Ledesma, á quien enviamos nuestros sinceros plácemes por esta nueva creacion de su privilegiado ingenio.



ESTUDIOS RECREATIVOS.

LOS DOS HERMANOS.

CRÓNICA DEL SIGLO XVI.

I.

Cuando el luteranismo nació en Alemania y vino á hacer irrupcion sobre el mundo cristiano, el cristianismo se levantó á toda su altura para oponerse á la invasion. Primero fué una guerra de palabras, y los campeones se armaron de proposiciones y contraproposiciones; pero no tardaron la pluma y la palabra en verse reemplazadas por el morrion y la espada; la tinta se convirtió en sangre, y la lucha se organizó. Fué una guerra encarnizada, guerra de creencias, sin piedad ni perdon. Las distinciones nacionales, los enconos de pueblo à pueblo desaparecieron: ya no habia francés ó inglés, alemanes ó daneses, españoles ó flamencos; no hubo

más en el centro de la Europa, ardiente hoguera donde se encendia esta gran contienda, que dos naciones, catolicismo y reforma; dos pueblos, católicos y protestantes. Desde las cimas de los montes Krapachs á las orillas del Atlántico; desde los Alpes al Báltico, todo se conmovia, todo se arruinó; y el gran drama religioso tuvo una escena en todos los ángulos del cuadro de las naciones civilizadas, excepto en España, que permaneció firme en sus creencias.

A esta época es menester referirnos. Nos suponemos en el 1.º de Marzo del año 1562, en un viejo castillo de los Países Bajos, á algunas leguas de Gante. El sol pálido que ha alumbrado todo el día, acaba de despedir sus últimos rayos de luz y alumbra muy debilmente una espaciosa sala de aquel castillo gótico. En ella están rezando una mujer y un jóven, ámbos de rodillas sobre las baldosas.

—Dios mio, dijo la madre, cuya oracion, mental al principio, se formulaba en fin en alta voz: Cristo, Divino Redentor, tén piedad de una pobre madre, enferma y afligida. Echa una mirada de misericordia sobre su hijo mayor, Alberto de Guzman, y no le abandones en tan peligrosos tiempos.

—¡Amen! respondió el jóven arrodillado al lado de su madre.

—Tú sabes, Divino Salvador, que nunca he desertado yo de tu creencia, ni he faltado nunca á la observancia de tus preceptos santos; no ignoras con el esmero que he sembrado la moral en el corazon de mis hijos; como el menor que está presente. Juan de Guzman, ha aprovechado.. Pues bien, por todo esto, yo te pido, ¡oh Dios mio! no permitais que mi Alberto entre en los caminos de perdicion; que lo traigas al lado de su madre, firme é imperturbable en su fé, y separado del trato de los reformistas, conque sospecho se acompaña.

—¡Amen! respondió tambien Guzman, rezando con fervor, levantándose despues de haberse persignado. ¡Dios haga que no tengais nunca que maldecir á mi hermano!

—¡Oh! lo presiento, replicó la madre, despues de haberse sentado; conozco que no tendria ánimo para maldecirlo... y sin embargo, ¡cnál es su conducta hace tres meses!

—Todavía no es mas que una presuncion, madre.

—En vano querrias restituir la calma á mi corazon con

tus palabras consoladoras, Juan; una madre no se equivoca, sabe adivinar lo que un hijo la oculta. Despues de todo ese tiempo que te he dicho, ¿has visto tú á Alberto permanecer más de un dia con nosotros? ¿Cómo explicas tú esas largas ausencias y ese aire sombrío y taciturno cuando vuelve á sentarse á nuestro hogar?

—Quizás un pensamiento secreto...

—Sí, sin duda, Juan; sí, un pensamiento de heregia y de rebelion; eso es lo que le ocupa. ¿No recuerdas que el mensajero del conde de Egmont se ha detenido en esta morada y no hace un mes que ha tenido con Alberto una conversacion larga y secreta? ¡Oh! esto es demasiado cierto, añadió entregándose á todo su dolor, y no sé si la inquietud no es en mi corazon más fuerte que la indignacion. Perdon, ¡Dios mio! no debería decir esto, pero soy madre...

La puerta se abrió de improviso, y entró un jóven embozado en su capa.

—¡Alberto! exclamó la señora de Guzman dando un grito.

—¡Hermano mio! dijo Juan, que se apresuró á encender un cirio.

Apenas la luz se hubo esparcido en la habitacion, cuando Juan y su madre exclamaron aterrorizados: habian fijado su vista en Alberto. El desgraciado jóven, alterada la respiracion y fatigado, se habia dejado caer sobre una silla: su rostro estaba pálido y contraído, sus ropas en desórden y sus manos teñidas de sangre.

—¡Un vaso de agua, hermano! ¡Un vaso de agua! fué su primera palabra.

Juan, evidentemente turbado, se apresuró á satisfacerle.

—¡Está herido! exclamó la señora de Guzman, luego que hubo recobrado el uso de la palabra.

Y se precipitó hácia su hijo para socorrerle; mas este la separó con amabilidad.

—¡No, madre mia; no, gracias al cielo! me he salvado de la horrorosa carnicería; estoy sano y salvo, á despecho de los asesinos y de los verdugos.

—¿Qué quieres decir, Alberto?

—¿Qué ha pasado, hermano?

—¡Una mortandad execrable que se escribirá en la historia con caractéres de sangre!.... Algunos protestantes,

madre mia, hombres de paz y de devocion, estaban reunidos en un granero, al fin de un arrabal de Gante; estaban recogidos rezando y el oficio se celebraba, cuando de pronto suenan clarines; es el duque de Alba... ¡cobardel!... que pasaba escoltado por una tropa de pisaverdes y de donceles.. ¡Estos abortos del infierno se atreven á insultarnos!...

—¿Tú estabas con ellos, hijo mio? exclamó de pronto la señora de Guzman, con voz profundamente conmovida.

—Con ellos estaba, madre mia; respondió Alberto poniéndose en pié y tomando poco á poco animacion su semblante: estaba con ellos y no me pesa...

Su madre escondió su cara entre sus manos, mientras que Juan escuchaba temblando la relacion de su hermano.

—¡Eran trescientos por lo menos los verdugos! Todos armados... Nosotros éramos sesenta, sin armas y rezando... Se han arrojado sobre nosotros... Despues de las injurias han pasado á los golpes y los asesinos han degollado á todos nuestros hermanos, ¡sin piedad ni misericordia!... Dos somos solamente los que escapamos de la mortandad. ¡Oh! ¡duque de Alba! la sangre quiere sangre; con esa carnicería, has encendido una guerra terrible en los Países Bajos.

—Me haces estremecer, hijo mio, con esas palabras amenazadoras.

—¡Oh! ¡si lo hubiéseis visto, madre mia! ¡Era Herodes degollando á los inocentes!...

—¡Era Jehu santificando sus manos en la sangre de los impíos! respondió la madre, que tambien se habia puesto en pié.

—¡Son mártires! ¡Pobres hermanos! ¡mártires de una religion nueva!...

—Así, señor, continuó la señora de Guzman con voz trémula; ¿habeis abandonado la fé de vuestros padres?

—¡La he abandonado!...

—Marchad, pues, señor; dejad esta casa, que no debe servir de abrigo á un herege... Marchad, yo os maldi...

—¡Piedad, madre mia, para vuestro hijo! exclamó Juan, poniéndose de rodillas; no acabeis de pronunciar esa funesta palabra... ¡Piedad para mi hermano!

La desgraciada madre cayó de nuevo sobre la silla inundada de lágrimas.

—Mañana, al romper el día, habré dejado esta casa, de la cual se me expulsa ¡Adios, madre! dijo Alberto, que hacia varios esfuerzos para dominar su agitacion.

Dió algunos pasos para salir; mas al llegar al umbral de la puerta se detuvo y pareció dudar un instante; despues, precipitándose á los piés de su madre, cogió su mano y la besó rompiendo en sollozos. Alberto se levantó, atravesó la sala con paso firme y al salir:

—¡Marcharé! dijo.

—¿Tomarás las armas en favor de los protestantes?

—Sí, Juan.

—Tengo diez y siete años y mañana me alisto en el partido católico.

—Haga Dios que no nos encontremos uno en frente del otro y con las armas en la mano.

II.

Los protestantes de los Paises Bajos, rebeldes al gobierno de Felipe II, se habian declarado contra el duque de Alba, gobernador de aquellos estados, y entregándose á los mayores excesos contra los católicos. Dos meses han transcurrido apenas desde la escena del precedente capítulo, y muchas ciudades han caido en poder de los protestantes y otras muchas reconquistadas por los católicos.

Toda la guarnicion de una ciudad pequeña de Bélgica, recientemente tomada por los luteranos, ha sido reunida en la plaza principal y parece esperar la llegada de un gefe. Un hombre de cerca de cuarenta años se presenta en fin, acompañado de un jóven á quien dà el brazo familiarmente. Este hombre es el baron des Adrets, guerrero de corazon duro. Su llegada á la plaza fué recibida con aclamaciones; recorrió las filas de los soldados hablando á unos y á otros; despues, volviendo donde estaba el jóven que le acompañaba,

—Alberto, le dijo; todo vá bien, nuestras tropas han tomado algun descanso, y en el tiempo presente no se permanece mucho tiempo sin pelear. Voy á marchar; he sabido

que el duque de Alba, que ocupaba à Araberes, acaba de subir hácia el Norte. Voy à interceptarle el camino...

—¿Pero estais bien cierto, capitan?

—¿Si estoy bien instruido del itinerario?... perfectamente. Mientras mi querido teniente dormia esta noche, la ronda nos ha hecho una presa, un jóven teniente del de Alba, un doncel sin barba ni bigote. Bajo mi promesa de dejarle la vida, me ha revelado el secreto de la marcha de su gefe.

—¿Y el jóven, el teniente? preguntó Alberto.

—¿El jóven, señor Alberto? replicó el baron de Adrets con una sonrisa algo expresiva; mantendremos la promesa que le hemos hecho... Le hemos prometido la vida; se la dejaremos durante ocho dias.

—¿Y pasado ese tiempo? preguntó el teniente con interés.

—Trascurrido ese tiempo, veremos si no nos ha engañado, y entonces, tomando su traicion por un buen arrepentimiento, publicaremos sus servicios entre los católicos. Por último, señor Alberto, ved aquí un papel que contiene mis instrucciones. Quedais con mis plenos poderes en esta ciudad durante mi ausencia; mas si os aconteciese quebrantar mis instrucciones, os trataré como católico á fé de caballero, por mas buen luterano que seais.

—Vamos, continuó dirigiéndose á los trompetas; tocad llamada para anunciar la marcha.

La órden fué ejecutada en los cuatro ángulos de la plaza y durante una hora estuvo la ciudad entregada á la ruidosa agitacion que acompaña siempre una marcha militar. Al cabo de este tiempo calmó el ruido y cesó la agitacion poco à poco, y el teniente del baron de Adrets se encontró solo al frente de cien hombres y encargado de la defensa de la plaza.

Luego que hubo colocado los centinelas y establecido órden sobre la muralla, Alberto trató de abrir el papel que contenia las instrucciones del baron. Este papel contenia órdenes para la seguridad de la plaza, consejos en caso de sorpresa, y en fin, el mandato de interrogar al prisionero, saber su nombre, que el capitan no habia pensado en preguntarle y tenerlo bien custodiado temiendo no se escapase.

—Os trataré como católico, una que sois buen luterano, se dijo Alberto cuando estuvo solo... Estan son sus palabras...

¿El lobo cervical querrá dos presas en lugar de una? ¿Por qué tendrá interés por este prisionero? ¿por un cobarde que hace traición á su partido, que vende los secretos de su jefe? ¡No, no hay piedad para un cobarde, de cualquier partido que sea!... Ejecutemos nuestras órdenes y examinémosle!... ¡En cuanto al capitán, por el Eterno, juro separarme de él en la primera ocasión!... La sangre derramada en un combate, es una necesidad de la guerra; mas la que derrama el verdugo, ofrece un espectáculo demasiado molesto.

En medio de estas reflexiones, llegó á la casa principal de la ciudad, donde el capitán y él debían alojarse.

—¡Larchaux! dijo dirigiéndose á un lancero de guardia á la puerta; que hagan venir al prisionero detenido esta noche.

Entró en una gran sala que servia de locutorio y habiendo hecho salir á cuantos allí se hallaban, esperó la llegada del católico.

La puerta se abrió muy pronto y volvió á cerrarse después de haber entrado un joven cuyo aspecto noble y guerrero no tenia señal alguna de inquietud ó de temor. Alberto estaba sumido en sus pensamientos y la entrada del joven no le habia distraído; no levantó, pues, la cabeza y guardó silencio. El primero pareció impacientarse.

—Estoy en vuestro poder, señor, dijo; ¿qué mandáis?

—¡Hermano! exclamó Alberto, que se levantó de pronto y retrocedió algunos pasos, como aterrado.

—¡Alberto! dijo Juan lleno de la misma sorpresa.

Sin proferir una sola palabra, ambos quedaron inmóviles, mirándose fijamente. La más violenta agitacion se leía en sus facciones; pero era imposible saber qué sentimiento la hacia nacer. Un momento hubo lucha en su corazón, un solo momento. El odio de partido se olvidó, el hermano fué preferido al enemigo, y se arrojaron en los brazos uno de otro.

—Hermano, exclamaron á un tiempo apretándose las manos.

Después sucedió un momento de silencio.

—¡Dios no nos ha escuchado. Alberto; nos ha puesto en esta situación como enemigos!

—¡Es verdad, Juan!

—Pues bien, es menester someternos á su voluntad, hermano mio.

—¿Qué me recuerdas?

—Tu deber.

—¡Oh, desgraciado hermano! Si no hubieses olvidado el tuyo, no estarias aquí en este momento en presencia de tu hermano, que tiembla por tí...

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! Juan, no me fuerces á recordarte una cosa tan vergonzosa... Tú has hecho traición á los tuyos descubriendo los secretos del duque de Alba.

—¿Y tú también, Alberto, tú puedes pensar que Juan de Guzman se ha manchado con una vileza?

—¿Luego no es cierto?

—¡No es cierto!.... Sólo estoy aquí en virtud de las órdenes del duque de Alba; solo he hablado por su orden; se necesitaba alguien que arriesgase su vida para ejecutar esta comision, y yo lo he hecho.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó de pronto Alberto... ¡comprendo cual era el interés que anticipadamente inspiraba el prisionero! ¡Pobre Juan!... Sí, sí, tú dices verdad... más es menester salvarte.. ¡Oh! no conoces la crueldad del baron des Adrets... no tendrá piedad, ni de tu juventud ni de tu valor... Es menester que yo te salve.

—Será imposible, hermano; replicó Juan, perdiendo poco á poco el aire sereno que habia tomado. Salvarme sería perderte, y no lo consentiré. Tu gefe, tan cruel como el mio, no conoce la piedad; y aun cuando la conociese, no soy hombre capaz de imponèrsela... Me ha prometido la vida.

—Mentira.

—¿Y si yo no le engañase?

—Pero le has engañado...

—Sí...

—¡Infeliz! solo te quedan ocho dias de vida, replicó Alberto con los ojos llenos de lágrimas. ¡Oh! pero nó, tú marcharás hoy... yo te facilitaré los medios...

—Sufriré la suerte que me espera, hermano. Además, ¿quién sabe si de aquí allá, el duque de Alba, vencedor, no me habrá salvado?.... ¡Oh! mas si tú puedes procurarme

los medios de salir de esta plaza por algunos días, te lo suplico, mi hermano querido, porque tú lo eres siempre; permíteme ir á abrazar á nuestra madre... aunque sea un instante... Despues vuelvo á morir.

—Nuestra madre... Juan... nuestra madre, ¡Oh! cuántas lágrimas ha debido derramar pensando en mí.

—Si quisieras, Alberto, te era fácil consolarla...

—¿Cómo?

—Abandonar tu partido... venir conmigo y arrojarte en sus brazos. diciéndola: Madre mia, abjuro mis errores.

—¡Una vileza! Irás solo... al instante. ¿Larchaux? continuó llamándolo. Es un hombre de mi devocion de quien nada temas. ¿Larchaux?

El soldado entró.

—Este prisionero es mi hermano, Larchaux; quiere ir á abrazar á nuestra madre antes de...

—Antes de morir; ¿por qué no concluyes la frase, hermano?

—¿Quiéres ganar mi amistad y dos monedas de oro? dijo Alberto al soldado, enjugándose una lágrima.

—La amistad solamente... Guardad el oro. ¿Qué hay que hacer?

—Conducirlo á la poterna sin ser visto.

—Venid.

Los dos hermanos se abrazaron antes de separarse, y cuando Juan estuvo á punto de partir, Alberto le detuvo.

—Hermano, le dijo con voz llorosa; vás á ver á nuestra madre, tú que no has sido expulsado... Abrázala una vez pensando en mí, y háblala si puedes sin irritarla. de un hijo que ha maldecido... pero que la ama siempre... ¡Adios! ¡adios!... Cerró rápidamente la puerta, y volviendo á sentarse ocultó su rostro en sus manos, y permaneció largo tiempo en esta postura.

Una hora despues, Juan salía por un lado de la ciudad, en tanto que por la puerta opuesta sonaban las trompetas y el rumor anunciaba la llegada de su tropa. Se vino á dar aviso á Alberto, que pensando en la falsa noticia de la retirada del duque de Alba, creyó que los católicos hacian una tentativa de asalto, y se preparó para defenderse hasta mo-

rir. Era una falsa alarma; la causa del ruido era la vuelta del baron des Adrets. Estaba furioso.

—He sido engañado, exclamó luego que vió á Alberto. El mozalvete que hemos cogido es un embrollon, y sin un buen aviso que me ha dado un correigionario de la provincia, la plaza desguarnecida hubiera sido tomada por asalto durante la noche... Por Satán, quiero que esa lengua que ha mentido, sea cortada al instante. Que el verdugo caliente sus hierros.

Al oir estas palabras pronunciadas por el baron irritado, cuyos ojos lanzaban llamas, Alberto se sintió desfallecer. Mas recobrando pronto su energía, y bajo pretexto de dar algunas órdenes, buscó á Larchaux.

—Corre en pos de mi hermano, dile que se oculte y no vuelva nunca aquí... que le importa la vida... vé...

Larchaux partió corriendo, y Alberto volvió al lado de su gefe que lo llevó con paso rápido á la sala locutorio.

—¡Mi prisionero! exclamó dando un puñetazo en una mesita, que partió del golpe; ¡mi prisionero!... Hoy quiero hacer de verdugo y cortarle yo mismo su lengua perjura.

El baron estaba poseido de uno de los más violentos accesos de cólera; la sangre inflamaba sus ojos y enrojecia sus mejillas; se paseaba con precipitacion rompiendo por todos lados lo que tenia á la mano.

—¡Teniente! gritó volviéndose á Alberto; ¿qué quiere decir esto?... ¿No se encuentra ya á ese jóven?

Los soldados que volvieron, declararon no haberle visto en su prision.

—¡Ah!... ¡el pájaro ha volado!... dijo mirando á Alberto de una manera espantosa. ¡Oh! bien; el pajarero le reemplazará. Tú has dejado escapar al prisionero. ¡Confiesa! ¡confiésalo!

—Capitan, yo me he obligado á servir bajo vuestro mando, no como esclavo, sino como soldado. Soy caballero y no me conviene ser tratado así...

—Tú no respondes á mi pregunta, replicó el baron echando espumarajos de rabia: ¡mi prisionero!

—¡Aquí está! exclamó Juan, que entraba sin aliento.

Alberto se quedó helado, y el baron un poco desorientado, no habiendo ya un motivo para su reprimenda al teniente

—¡Verdugo! dijo; los hierros están hechos ascuas.

Un rumor se oyó entre los soldados.

—¿Qué significa eso? preguntó el baron; si descubro la lengua que ha murmurado, la trataré como á la que ha mentido.

—¡Desgraciado! ¿qué has hecho? dijo Alberto pasando al lado de su hermano.

—Lo que me prescribía el honor, hermano.

—Verdugo, dijo el capitan viendo entrar el ejecutor; te entrego ese mozalvete para...

—¡A las armas! ¡a las armas! gritaron por todas partes fuera de aquel local.

Hombres armados entraron en la sala. El duque de Alba se aprovechaba de la noche para dar un asalto.

III.

Los preparativos de defensa no permitieron al baron desahuciar su obra de venganza.

—Que el doncel sea conducido de nuevo á la prision, dijo con prontitud, y que ahora se le cargue de cadenas. Larchaux, añadió, dirigiéndose al soldado; te he visto poco há entre los descontentos; para castigarte te privo de combatir á nuestro lado esta noche; guardarás el prisionero sin separarte de su lado.

Juan fué cargado de cadenas y conducido por el soldado, que rápidamente miró á su teniente. Esta mirada significaba mucho. Y en efecto, si el baron hubiese conocido el parentesco de Juan de Guzman con su teniente, toda esperanza de evitarle el suplicio se perdía.

Pronto se oyeron las descargas: el baron, guerrero hábil, puso en juego todo su valor para defender la plaza. Alberto, intrépido y lleno de sangre fría, peleó á su lado como hombre que no teme la muerte, y las tropas del duque de Alba fueron rechazadas.

Durante el momento de desorden que produjo el combate, el capitan se aproximó á Alberto y le dió la mano.

—Alberto de Guzman; le dijo, has peleado como un valiente luterano; he hecho mal en sospechar de tí. Quiero reparar mi falta encargándote una comision difícil y peli-

grosa; se trata de atravesar por el campamento del duque de Alba para llevar á Lieja un pliego. ¿Puedo contar contigo?

—Sí, capitán; algunos minutos para prepararme, y parto.

—¡Muy bien! Vê, pues, á ponerte en estado de partir. Voy á preparar el pliego.

Alberto se separó; pero en lugar de ir á su cuarto, corrió apresuradamente á la prision. Juan estaba pálido, no por temor de morir, sino por el sentimiento de no haber podido abrazar á su madre antes del momento fatal.

—Quítale estos hierros, dijo Alberto á Larchaux.

El soldado obedeció.

—¡Y ahora, hermano, es preciso que te marches! ¡Es necesario huir ó perecer!...

—No me voy, Alberto, replicó Juan de Guzman con calma.

—¿Quiéres, pues, morir, desgraciado jóven?

—Más quiero mi muerte que la tuya.

—¿Cómo?

—Este soldado me lo ha contado todo; ¡la ira del tigre habia descargado sobre tí, pobre hermano! Hoy no quiero partir, porque comprendo tu generoso sacrificio.

—Juan, te han engañado acerca del riesgo que yo corría... Piensa en el pesar de nuestra madre.

—¡Oh! ¡no pronuncies esa palabra, Alberto! ¡Esta memoria de mi madre, es la única que es capaz de impedirme morir dignamente!

Juan estaba visiblemente conmovido y con los ojos llenos de lágrimas.

—Tú la dirás, porque ella te perdonará, Alberto, cuando sepa todo lo que has hecho por mí; la dirás que he muerto... sobre el campo de batalla... ¡Mas te lo ruego, no le hables del verdugo! añadió estremeciéndose.

—¡No! ¡no! tú partirás al punto... ¡yo lo quiero!

—Yo permaneceré...

—¡Oh! te comprendo, exclamó; quieres que tenga que reprenderme tu muerte...

—¡Oh! ¡hermano mio, no hables así!...

—Pero primero la muerte... Tomad, señor, tomad este puñal y matadme si quereis morir... porque yo no he de so-

brevivir á vuestra pérdida y no quiero ser vuestro asesino.

Sacó un puñal de su cinto y lo presentó á su hermano.

Este lo tomó, y arrojándolo lejos:

—¡Alberto, mi buen hermano... por piedad... sé generoso!... ¡no me trates así!... ¡no me propongas una villanía!... ¡mi salvacion á costa de tu muerte!...

—¡Nada escucho!... ¿quieres partir?

—No dejaré esta prision sino para ir al suplicio.

—Quedaos, pues, con Dios, señor... ¡con esa terquedad me enseñais lo que me queda que hacer!

Y salió friamente como un hombre muy ofendido.

—¡Hermano! exclamó Juan sin poder retener su llanto.

—¡Oh! ¡yo lo salvaré! ¡yo lo salvaré! dijo para sí Alberto, volviendo á la presencia del baron des Adrets; ¿pero cómo?... Declarar al baron que es mi hermano, es apresurar su muerte; porque el capitán tendrá por una fortuna hallar una ocasion para probar que los vínculos de la sangre no son nada para él cuando se trata de religion...

El teniente recibió de la mano de su capitán el pliego, y despues de algunas instrucciones verbales salió de la ciudad.

Apenas hacía dos horas que Alberto habia marchado, cuando el baron, que habia tomado algun descanso, despertó. Su primer pensamiento fué el prisionero: dió orden que lo tragesen y que el ejecutor estuviese preparado para cumplir con su oficio en la gran plaza.

Juan fué conducido ante el cruel comandante.

—Ya vés, embustero maldito, exclamó Adrets cuando le vió; por tí nos hubieran arrebatado esta ciudad.

—Así lo esperaba, respondió Juan con calma.

—¡Luego con esta intencion te dejaste coger, traidor!

—¡Sí!

—Esa es tu sentencia de muerte.

—Lo sé... Date, pues, prisa á ordenar el suplicio. Mas teme la venganza de Dios.

—La mia está más próxima, dijo Adrets, nuevamente encolerizado con esta amenaza.

Iba á dar orden de que llevasen al desgraciado jóven, cuando vinieron á anunciarle que se habia presentado un parlamentario ante las murallas de la ciudad.

—¿Qué nos pide todavía? Que entre... mas esto no te salvará, dijo á Juan...

—¡Gracias! respondió Juan con arrogancia; porque empezaba á serme odiosa tu presencia.

A una señal se llevaron á Juan é introdujeron al parlamentario.

—¿Qué os trae, señor? preguntó Adrets irritado.

—Vengo á reclamar un prisionero que teneis en vuestras manos...

—¡No es ya tiempo!

—Entonces me retiro, señor de Adrets, y voy á disponer el suplicio de Alberto de Guzman, vuestro teniente.

—¿Qué decis? exclamó admirado el baron.

—Digo que esta noche, despues del asalto, se ha cogido á vuestro teniente; que no se le ha hecho ninguna violencia y que os propongo canjear su vida con la de Juan de Guzman.

—Juan de Guzman, repitió el baron; ¡su hermano!... El traidor se ha dejado coger para salvarle... ¡Lo abandono!

—Está bien. Voy á disponer que se le registre, porque sabemos que lleva un mensaje importante. Mientras hemos tenido esperanza del canje, el duque de Alba ha ordenado que vuestro teniente fuese respetado.

—¡Deteneos! dijo Adrets despues de haber reflexionado un poco; consiento en el canje.

Llamó en voz alta y se presentó un soldado.

—Lleva esta órden al ejecutor y dile que suelte su presa... pero que se tranquilice, pues tendrá hoy otra y siempre será la misma sangre la que derrame.

El ejecutor acababa de apoderarse de Juan cuando llegó el mandato; pero todos recibieron la noticia con placer, por que el valor de Juan le habia granjeado numerosos admiradores.

El prisionero fué entregado al parlamentario, y un señor prótestante le acompañó para traer á Alberto que debia encontrarse á la mitad del camino del campamento y de la ciudad.

El encuentro fué alegre. Alberto estaba lleno de satisfaccion. Juan habia sabido por el oficial católico la conduc-

ta de su hermano que se habia dejado coger por el duque de Alba, para salvarlo; se arrojó á su cuello, y

—Hermano, le dijo... te debo la vida... ¿No te volveré á ver?

—Me volverás á ver en casa de mi madre, Juan; porque me retiro del servicio, sin abandonar por eso mi religion.

—Cuidado, dijo el oficial á Alberto, que llamó aparte, para que no lo oyese el luterano que le acompañaba; quiere quitaros la vida; no os presentéis allí.

—Me presentaré, replicó Alberto; iré á devolverle su mensaje.

Los dos hermanos se citaron para dentro de ocho dias en el castillo á las inmediaciones de Gante.

Cuando Alberto volvió á la plaza, encontró al baron en la muralla.

—Que cierren las puertas, exclamó este; señor de Guzman, añadió, ¿venís á darme cuenta de mi mensaje?

—Sí, capitan, respondió el teniente con firmeza; vengo á deciros que rehusó llevarle, y que estoy cansado de servir á las órdenes de un verdugo.

—¡Está bien! dijo Adrets sin poderse contener; sin embargo, os juro que áun hoy tendreis que hacer con el verdugo. ¡Que lo prendan!.... Pero ninguno se movió; Alberto era amado de sus soldados... ¿Pues qué, no hay nadie que me obedezca?

—Nadie, ya lo veis, respondió Alberto con calma.

En este momento trajeron todas las llaves de las puertas al capitan.

—¡Bien! dijo éste sonriéndose, anora no te escapas, Alberto de Guzman, y si no se presenta ningun soldado para prenderte, tendré tiempo para encontrar quien lo haga, por que todas las puertas están cerradas.

—Menos esta, exclamó Larchaux, llevando á su teniente á una de las poternas que habia quedado abierta por su prevision.

Adrets se entregó á una cólera impotente, dispuso hacer fuego sobre los fugitivos y sonaron algunos tiros; mas los soldados dispararon sin hacer pantería.

Alberto y Juan fueron exactos en acudir á la cita cerca de su madre. La pobre mujer perdonó lo que ella llamaba

el error de su hijo mayor, y prometió no hablar jamás de religion.

—Te debo la vida, hermano, repetia Juan sin cesar; ¿cuándo, pues, podré pagar estas deudas?

Algunos años despues se presentó la ocasión. La madre de los Guzmanes murió, y su hijo Juan entró en el convento de Santo Domingo de Bruselas. Fué uno de los miembros del Tribunal de la Inquisicion, que tan activamente persiguió á los luteranos en los Países Bajos. Presos varios protestantes, lo fué entre ellos Alberto de Guzman; y su hermano, no solo con su influencia le salvó la vida, sino que con su ejemplo y persuasion le tornó al sendero la religion verdadera, de que se habia apartado.

Siempre el cielo recompensa el ser buenos hijos y buenos hermanos.

EL CONDE DE FABRAQUER.



OCTUBRE.

El año 1884 envejece.

Después de haber atravesado los distintos periodos de su existencia, deleitándonos en su infancia con las locuras carnavalescas; cuando ha transcurrido el florido periodo de su pubertad, manifestándose lleno de encantos y bellezas, durante los meses primaverales; luego de haber llegado á la mediación de su efímera existencia y haberse encontrado en la época viril, durante la cual, disponiendo á su antojo de los ardorosos rayos del sol canicular, ha dorado las mieses y sazonado los frutos, ha entrado en el periodo de su decadencia, aproximándose á la senectud, y con ella á la muerte.

Estamos en la época en que terminada la recolección de las alegres vides, solo nos resta en lo que del año queda, que contemplar la festividad mortuoria del próximo Noviembre, para luego darle al año el último adiós, al son de las alegres panderetas y clásicas zambombas, pero rodeados de la helada atmósfera con que en sus últimos momentos nos envuelve el agonizante.

¡Cuán breve es la vida!

¡Cuán fugáz es la existencia!

Aún nos parece que atravesamos el poético periodo pri-

maveral, y las hojas secas que el viento arremolina y nos arroja, desvanecen nuestra ilusión, advirtiéndonos que el Otoño nos envuelve con su húmedo y desagradable hálito.

Apenas si el labriego ha recogido sus mieses, y cuando aún creemos verle marchar alegre por el sendero, guiando su rústica carreta cargada con los haces, ya escuchamos su melancólico cantar allá á lo lejos, y se divisa en pós de su pesada yunta, guiando el arado que abre un nuevo sendero donde arrojar otra vez la simiente.

El viento huracanado azota la arboleda, haciendo gemir á los lánguidos sauces, y el panorama de verdura y la floresta que por doquiera contemplábamos, ha sido reemplazada por el pálido color de las hojas secas y los mústios pétalos, que desprendiéndose de sus troncos, tapizan el pavimento.

El mar embrabecido despierta de su letargo, y surgen del profundo seno de las aguas esas gigantescas montañas coronadas por soberbias crines de blanca espuma, que precipitándose en las playas, rujen con estruendo y salpican con furor.

El firmamento se ostenta grisáceo y empañado por densos nubarrones y todo anuncia que el cambio es completo.

Las tareas académicas y escolares se reanudan y la vida de las sociedades y salones reemplaza á las cabalgatas, romerías y pesqueras.

¡Adios, pues, hermosas noches del estío, en las que la poética barcarola del marinero nos adormecía, al compas del balanceo de la nave!

¡Adios, hermosas aguas del inmenso mar, que nos habeis prestado el dulce bienestar y frescura de vuestro contacto!

¡Adios, agradables giras campestres donde tanto hemos gozado!

¡Adios, diversiones y recreos todos, propios de la estación pasada!

La aparición del fatídico Octubre os hace desaparecer, dispersando las agradables reuniones que á la luz del solitario astro de la noche se verificaban.

El centinela avanzado del invierno se ha presentado.

El mes de Octubre llegó, y con él una nueva vida comienza.

Ya, hasta les es mas difícil comunicarse sus cuitas á las amorosas parejas, porque terminaron los puntos de *casual* ó *impensado* encuentro y entrevista.

¡Mes de Octubre, todos te detestan, por inoportuno!

Complácese en tu obra, fatídico més; tu llegada es el *magne thet fare* de las diversiones veraniegas.

JOSÉ ROCAFULL.

LA TORRE DE DON ALONSO.

LELEENDA (1).

I.

El Andaráx desigual
nace entre abruptas montañas,
y ora es torrente en sus sañas.
oro es cinta de cristal;
truécase en seco arenal,
del estío en el ardor;
y en su cáuce abrasador,
imágen fiel del desierto.
no canta un pájaro incierto,
ni brota una tierna flor.

II.

Dos anchas vegas se extienden
de ese río á las orillas;
con sus murallas sencillas
los labriegos las defienden;
y si los ojos se tienden

(1) Leida por su autor en una reunion celebrada en la finca de aquel nombre.

desde las altas laderas,
se ven quintas hechiceras
en los parages umbríos,
y pueblos y caseríos
entre bosques de palmeras.

III.

Aquel Andaráx traidor,
ora desierto arenoso,
ora arroyo cadencioso,
ó torrente destructor,
cuando baja sin furor
y renuncia á sus rapiñas,
dá vida á aquellas campiñas
y hermosura á aquellas granjas,
adornadas de naranjas
y coronadas de viñas.

IV.

Y es de ver cuál sin sospecha,
en medio de un fértil año,
olvida el labriego el daño
y recoge su cosecha;
mientras el gigante acecha
y á veces en su descuido,
se lanza ensoberbecido,
hacienda y hogar arrasa,
y la ventura sin tasa
convierte en luto y gemido.

V.

Del río al márgen izquierdo,
conforme al mar se descende,
una torre el aire hiende,
como histórico recuerdo.
Fuè el que construyóla cuerdo;
pues cuando el torrente corre,

aunque arrase y aunque borre
campiñas, lindes y hogares,
halla fuertes valladares
en los muros de esa torre.

VI.

Vigía de extensa hacienda,
hoy mágico paraíso,
la torre tiene, es preciso,
su patética leyenda.
La contaré sin enmienda,
sin ficción ni aditamento:
estème el concurso atento,
que es una historia sentida;
y que se marche enseguida
el que la suponga un cuento.

VII.

Allá por el año treinta,
la torre, en pie cual ahora,
era orgullosa señora
del valle donde se asienta;
contra la oscura tormenta
refugio y lugar sagrado;
mirador del dilatado
campo ameno que domina;
joya la más peregrina
del más noble Marquesado.

VIII.

Vivia en rústico asilo,
cerca de la torre aquella,
en una esplanada bella,
entre el naranjo y el tilo,
cierto labrador tranquilo,
que la mies trocando en oro,
guardaba un mayor tesoro

que el de su honrada riqueza:
un dechado de belleza,
de humildad y de decoro.

IX.

Era Isabel, hija suya;
doncella de ojos divinos,
de contornos peregrinos,
de voz que al hablar arrulla;
de un tallo (no se me arguya
por mi vida que exagero,)
tan breve y tan hechicero,
tan aéreo y sobrehumano,
que en el cerco de una mano
podia estar prisionero

X.

Cuando allá en la primavera,
al entreabrir de las rosas,
las zagalas bulliciosas
bajaban à la pradera,
quedábase en la ladera
en pié Isabel, contemplando
cómo se iban alejando;
y el sol triste decayendo,
cuando se iba despidiendo,
la dejaba sollozando.

XI

¿Qué desventura amagaba
à la gentil labradora?
Una, y en verdad traidora:
la pobre Isabel, amaba.
Rendir al amor esclava
la voluntad sin sentido;
tener por el dios Cupido
prisionera el alma pura:

¿cabe mayor desventura,
tras de la de haber nacido?

XII.

Y ¿quién el objeto era
de aquella pasión ignota?
Del amor, planta que brota,
es semilla una quimera.
Tal la aldeana hechicera
nutrió su amor con un sueño;
vió una vez cruzar risueño
un ginete la campiña,
y los ojos de la niña
siguiéronle con empeño.

XIII.

Y así, desde el elevado
sitio en que siempre quedaba,
los ojos tristes clavaba,
en el confín dilatado...
¡Buscaba el evaporado
fantasma su corazón!
Yo, con igual emoción,
seguí, siendo mozalvete,
á ese rápido ginete
que se llama ¡la ilusión!

XIV.

Pero, sucedió que un día,
una tarde, mejor dicho,
absorta en aquel capricho
Isabel, mientras seguía
al sol que se despedía
tras del empinado monte,
cuya cumbre de bisonte
proyectaba en la llanura,
del ginete la figura

XV.

Y poco á poco agrandando,
fuélo Isabel distinguiendo;
iba la noche viniendo
y aquel ginete avanzando;
la niña estaba llorando,
pero inmóvil de pavora;
parecia una escultura
besada del aire ledó;
la misma estatua del miedo,
clavada sobre la altura.

XVI.

¿Llegó el ginete? Llegó.
¿Qué aconteció? Eso se ignora;
mas la tierna labradora
ya otras tardes no lloró.
Alguien que espiaba vió
que dos seres, uno y una,
bendiciendo su fortuna
en amantes soliloquios,
tenian dulces coloquios
à los rayos de la luna.

XVII.

¿Quièn era el feliz doncel
de la niña preferido?
Tampoco hallar he podido
noticia exacta sobre él.
Valiente, arrogante, fiel,
tal mostrábase á porfia;
y aún presumirse podia
que, por su porte y su trage,
más que de humilde linage,
de un más alto descendia.

XVIII.

Amor, gran nivelador,
no distingue alcurnia ó raza;
al pobre y al rico enlaza;
á la sierva y al señor;
con su influjo seductor
el universo domina,
y él que la yedra encamina
al tronco del fuerte roble,
pudo unir á un pecho noble
una rosa campesina.

XIX.

No fué sin desdicha, empero;
siempre sucede lo mismo;
siempre se encuentra un abismo
bajo un florido sendero;
siempre el hado traicionero
nos niega su accion ingrata;
lanza la flecha de plata
untada de miel la punta,
dá al corazon á que apunta,
y á la par endulza y mata.

XX.

Notó el padre de Isabel
su extraño desasosiego;
pensó que amoroso fuego
latia escondido en él;
tropezó con el doncel
tras de mucho andarle á caza;
y al ver su porte y su traza,
sintió secreto martirio,
y halló en su amante delirio
á su honor una amenaza.

XXI.

Como mastin vigilante
siguió á Isabel por doquiera,
á la cumbre, á la pradera,
al río, al cañar distante.
¡Rondaba en vano su amante!
¡Tristes seres sin fortuna!
¡Ya no hubo manera alguna
de unir sus almas extáticas!
¡Ya concluyeron sus pláticas
á los rayos de la luna!

XXII.

Una mañana, al abrazo
de su padre la doncella,
subia por una bella
cuesta de un verde ribazo,
cuando al alcance del brazo,
como un pámpano caído,
encontró un papel prendido
de un triste ramage seco;
era una voz, era un éco,
un grito del sèr querido.

XXIII.

«Isabel: sé que me adoras,
decia el mudo mensaje;
sé, sin que á tu padre ultrage,
que está amargando tus horas;
sé que sufres y que lloras:
vén conmigo, eso te pido;
seré tu esclavo rendido;
el destino, ya se sabe,
lleva á la mujer y al ave
fuera del paterno nido.

XXIV.

Hay cerca de aquí una ermita,
huiremos sin que se note.
y al llegar, un sacerdote
hará nuestra union bendita;
piensa en la dicha infinita
que solo así nos espera;
medítalo, y considera
que es mi muerte tu retardo;
hasta la noche; te aguardo;
que no faltes; Dios lo quiera.»

XXV.

Quedó Isabel sorprendida
por tan extraña lectura,
como un ave que en la altura
se siente del plomo herida;
anonadada, aturdida,
llegó á su paterna casa;
no sabe lo que le pasa
en situacion tan extrema;
siente un rubor que la quema,
y una ansiedad que la abrasa.

XXVI.

Late agitado su pulso;
contiene un hondo gemido;
su corazon comprimido
golpea el pecho convulso;
quiere en su primer impulso
borrar el nefando pliego,
romperlo, olvidarlo luego;
la ayuda divina impetra,
mas lo toca, y cada letra
parece un ascua de fuego.

XXVII.

Por virtud y fuerza mucha
que á reunir un alma llegue,
preciso es que al fin se entregue,
si es consigo con quien lucha.
¿Quién su corazon no escucha?
¿Quién de él se pondrá al abrigo?
El más temible enemigo
es siempre el más traicionero:
aquel que ménos espero;
el que siempre vá conmigo.

XXVIII.

De Isabel, en conclusion,
cual de todo sér sensible,
el enemigo invencible
estaba en su corazon.
Era su inmensa passion;
su amor insensato era;
y aunque luchó con entera
voluntad y fé consigo,
teniendo tal enemigo,
¿qué extraño es que sucumbiera?

XXIX.

Tal fué; sucedió á su espanto
cierta atraccion no explicada;
estaba inquieta, asustada,
pero impaciente entre tanto;
vertia abundante llanto,
se ocultaba en su aposento;
temia que á paso lento
la oscura noche viniese;
y aunque tanto lo temiese,
anhelaba aquel momento.

XXX.

Cayó el sol, vino la tarde.
¡Qué crepúsculo tan largo!
Para Isabel ¡cuán amargo
fué aquel postrimer alarde!
Tornábase más cobarde
de la sombra á la presencia...
Para acallar su impaciencia,
para aumentar su amargura,
llegó al fin la noche oscura,
nublada cual su conciencia.

XXXI.

Besó á su padre Isabel;
le estrechó contra su pecho;
fugió encaminarse al lecho,
y se deslizó al dintel;
asomó; avanzó el doncel,
que ya la aguardaba fuera;
cerrada la noche era;
se lanzaron en lo oscuro,
y un relámpago inseguro
rasgó la nublada esfera.

XXXII.

Quedó la niña aterrada.
Quiso volverse. «¡Adelante!»
dijo el atrevido amante;
«no temas; eso no es nada.»
Siguieron por la escarpada
pendiente. De cuando en cuando,
los relámpagos brillando
iban el cielo entreabriendo;
con atronador estruendo,
la tempestad avanzando.

XXXIII.

—¡No páso de aquí! decia
Isabel de terror llena.
Su amante, con voz serena.
—¡Adelante! repetia.
La lluvia en tanto caia
empujada de soslayo.
Crujió la espada del rayo
hendiendo el oscuro cielo,
y cayó Isabel al suelo,
presa de mortal desmayo.

XXXIV.

«¡Diosmío!» exclamó el doncel;
se arrodilló junto á ella;
movió su escultura bella;
—¡Isabel! gritó; ¡Isabel!
Un marmol de Macaél
era de yerta y de fria.
En tan terrible agonía,
sollozante, loco, incierto,
cargó con su cuerpo yerto
y huyó sin saber qué hacia.

XXXV.

La tempestad estallaba
con un rugido imponente.
De cada risco, un torrente
bramando se despeñaba.
Todo incendiado brillaba,
en un relámpago eterno;
y al cárdeno brillo externo
que cielo y tierra tenían,
monte y valle parecian
un paisaje del infierno.

XXXVI.

Corria el mancebo errante
con Isabel sin sentido;
ganar buscaba atrevido
la opuesta orilla distante,
cuando hinchado, amenazante,
oponiendo su torrente,
el fiero Andaráx rugiente
reunió sus aguas de plomo,
y alzó su encrespado lomo
cual una inmensa serpiente.

XXXVII.

¿Dónde buscar un seguro
refugio en trance tan triste?
Contra el Andaráx que embiste
¿dónde hallar un fuerte muro?
¡Allá en el fantasma oscuro,
vestido de musgo y yedra!
El jóven, pues, no se arredra;
estrecha á su amada, corre,
y entra en la desierta torre
por su ventana de piedra!

XXXVIII.

Difícil fué la subida;
á las grietas aferrado,
trepó como un acosado
tigre á su negra guarida;
en su brazo sostenida
su amada de rostro bello;
en desórden el cabello,
la faz lívida, y los ojos
como dos volcanes rojos,
de la tormenta al destello.

XXXIX.

Ganó el asilo anhelado,

besó su carga preciosa,
llamóla con voz ansiosa,
y oyó un quegido apagado.
«¡Se ha salvado! ¡se ha salvado!»
gritó con tenáz empuño;
«¡Isabel! ¡mi dulce dueño!
¡vuelve en tí! ¡vuelve enseguida!»
è Isabel tornó á la vida
como quien sale de un sueño.

XL.

Tendió la mirada errante,
volvió de nuevo á su espanto,
y cayó anegada en llanto
en los brazos de su amante.
La tempestad resonante
era más récia en la altura;
rompía con más pavura,
cuando se escuchó á la puerta
de aquella torre no abierta
voz de auxilio y de amargura.

XLI.

¿Oyes? exclamó Isabel,
desasiéndose á su impulso;
y con acento convulso,
gritó atolondrada: ¡es él!
¿Quién? interrogó el doncel;
¡Mi padre! repuso ella,
tal vez siguió nuestra huella,
y en esta noche imponente,
le ha sorprendido el torrente,
y le amaga la centella.

XLII.

«¡Nó! dijo fiero el mancebo,
¡no puede ser!» «¡Es el mismo!

clamaba en su paroxismo
 Isabel, y abrirle debo!»
 Sonaba la voz de nuevo:
 «¡Por piedad! ¿quién me socorre?»
 Isabel resuelta corre,
 «¡Huye!» á su amante le grita,
 ella á abrir se precipita,
 y él se lanza de la torre.

XLIII.

Mojado, toto, jadeante,
 el anciano padre entraba,
 al par que se despeñaba,
 desde la torre, el amante.
 Isabel, muda y temblante,
 se interna en la estancia oscura;
 un relámpago fulgura,
 alumbra á los dos, y ciego
 queda clavado el labriego,
 como una pétrea escultura.

XLIV.

«¡Perdon!» Isabel exclama.
 «¡No hay perdon!» el padre grita:
 «¡Maldita seas! ¡maldita!»...
 Y el cielo en tanto se inflama.
 «¿Dónde está? ¿Cómo se llama?
 ¿Quién es el raptor?»—Rugiente
 vá á buscarlo, y de repente,
 á otro relámpago nuevo,
 vé el cadáver del mancebo
 llevado por el torrente.

XLV.

Tambien lo divisa ella,
 sale un grito de su boca,
 se mesa el cabello, y loca

pide al cielo una centella;
quiere de la torre aquella
salvar la altura distante;
inclinase delirante
por la ventana. ¿Qué intenta?
¡Lanzarse al río que aumenta
y arrebatarle su amante!

XLVI.

«¡Isabel! ¡hija! ¡detente!»
Repite el viejo infelice;
«¡Tu padre no te maldice!
¡te perdona! ¡fué inclemente!»
Con carcajada estridente,
Isabel la torre llena;
y aquel eco que resuena,
nuncio de mayor quebranto,
causa al alma más espanto
que la tempestad que truena.

XLVII.

¡Noche horrible y destructora!
Tras las lejanas colinas,
sobre escombros y ruinas
al cabo brilló la aurora
La corriente asoladora
cesó, y el sol refulgente
bañó desde el rojo Oriente,
á un cadáver destrozado,
á un padre desesperado,
y á una mujer ya demente.

XLVIII.

Halló el cadáver reposo
del Andaráx junto al cáuce,
bajo la sombra de un sáuce
de susurro cadencioso;

también asilo piadoso
dió la muerte al triste anciano;
tan solo Isabel en vano
invocóla en su tristura;
espectro de la locura,
quedó errando por el llano.

XLIX.

Allá, al fenecer del día
los últimos resplandores,
orlado de místicas flores
el fantasma aparecía;
descender se le veía
por la escarpada ladera;
con mirada lastimera
buscaba el sáuce distante,
è iba á llorar por su amante
á la desierta ribera...

L.

Espíritu peregrino,
alma errante y sin sendero,
era asombro del viajero
y terror del campesino.
Yo le encontré en mi camino,
y él me relató completa
toda esta historia secreta,
pues las celestes visiones
suelen contar sus pasiones
al artista y al poeta...

LI.

—Marquesa, dueña y señora
de este retiro encantado;
ángel del cielo bajado
que habita esta torre ahora;
sabed, pues, que con vos mora

un sér que cual vos inspira;
pensad, cuando el sol espira
tras el Ocaso brumoso,
que hay aquí un Génio amoroso
que canta, llora y suspira.

LII.

Él cruza bajo el dosel
de los naranjos del huerto;
si el céfiro gime incierto,
quien gime ó suspira, es él;
es el alma de Isabel;
es el amor que aquí habita;
y en su ternura infinita
se anonada el que aquí llega,
y á sus quimeras se entrega,
y entre sus ànsias palpita.

LIII.

Por ello, no sin razon,
siento atraccion inefable,
ansiedad inenarrable,
de esa torre ante el blason.
Ella evoca una pasion,
sublime, inmortal y fuerte;
ella prueba de esa suerte,
que el amor con su ternura,
es un sueño, una locura,
que vence á la misma muerte.

LIV.

Ese sueño que embelesa,
esa locura que embriaga,
ese fantasma que vaga
en torno de aquí, Marquesa,
por vuestro acento se expresa,
y causa afanes ó enojos;

acecha desde esos rojos
pétalos de vuestra boca;
con vuestra beldad provoca,
y hiere con vuestros ojos.

LV.

¡Cuánto y cuánto corazón
flechado por su hermosura,
ha tenido sepultura
al pié de este torreón!
Víctima de su pasión,
el amante de Isabel,
reposa bajo el dosel
de aquel sauce en este suelo;
pero le queda un consuelo:
que hay otros muchos cual él.

ANTONIO LEDESMA.

ANTIGONA.

TRAGEDIA DE SÓFOCLES.

(CONTINUACION.)

CORO.

Ved ahí á Ismena en el dintel del Palacio: viene llorando de compasion por su hermana; una nube cubre su frente y desfigura su rostro ruborizado, regando de lágrimas sus hermosas megillas.

CREÓN.

¡Oh! la que oculta en la sombra de ese palacio, te proponias, á la manera de una víbora, sacierte en secreto de mi sangre: —no sabia yo que estaba alimentando á estas dos furias, calamidad de mi reino;—habla, respóndeme al punto, si has tomado parte en esa inhumacion; ó dí, bajo juramento, si lo ignorabas todo.

ISMENA.

Me confieso (con la vénia de mi hermana) culpable; me

declaro cómplice suya; recaiga sobre mí tambien la acusacion.

ANTÍGONA

En justicia no puede eso tolerarse; porque tú no quisiste seguirme, y yo rehusé tu cooperacion.

ISMENA.

Pero en la hora de tu desgracia, no temo el asociarme á tu infortunio.

ANTÍGONA.

¿Y quiénes son los causantes de él? Pluton y las deidades del Averno lo saben. Rechazo, pues, á la que no me muestra su amor mas que con palabras.

ISMENA.

No me juzgues indigna, hermana mia, de morir contigo, y de haber honrado con los ritos fúnebres al difunto.

ANTÍGONA.

No pretendas morir conmigo, ni atribuirte una obra en la que no has puesto tu mano. Basta con que yo muera,

ISMENA.

¿Y qué vida, si tú me dejas, me puede ya ser amable?

ANTÍGONA.

Interrógalo á Creón: ¿no le guardabas tantos miramientos?....

ISMENA.

¿Porqué me atormentas con ese inútil sarcasmo?

ANTÍGONA.

¡Ah! este sarcasmo lo empleo con hondo pesar.

ISMENA.

¿Y de qué otro modo podrè servirte en este trance?

ANTÍGONA.

Salva tú la vida tuya. Yo no te envidio tu salvacion.

ISMENA.

¡Ay mísera de mí! ¿y no he de poder yo compartir contigo la desgracia?

ANTÍGONA.

Tú preferiste vivir: yo el morir.

ISMENA.

Pero no porque te faltáran mis consejos.

ANTÍGONA.

Ciertamente: pero así como á tí te parecieron los tuyos prudentes. yo juzgué los míos más en razon.

ISMENA.

Sea de ello lo que quiera, hemos cometido el mismo delito

ANTÍGONA.

¡Ten ánimo! tú vives aún; pero yo perdí desde hace tiempo la vida, por servir á los que murieron.

CREÓN.

Estas dos hermanas son unas insensatas: la una acaba de perder el juicio: la otra no lo tuvo jamás.

ISMENA.

¿Y cómo ha de poder ¡oh Rey! resistir la razon con que la naturaleza nos ha dotado, el exceso de la desgracia?

CREÓN.

En verdad que tú no has de tener tu juicio cabal, cuando has querido hacerte cómplice de un crimen.

ISMENA.

Pero sin ella... ¿cómo he de soportar la vida?

CREÓN.

No me vuelvas á decir... *ella*, porque ella ya no existe.

ISMENA.

¿Y harás ¡oh cielos! morir á la prometida de tu hijo querido?

CREÓN.

No le faltarán otros terrenos fecundos.

ISMENA.

Mas ¡ay! olvilas lo que es grato para ellos dos....

CREÓN.

Yo no quiero para mis hijos mujeres perversas.

ISMENA.

¡Oh, carísimo Hemón! ¿cómo tu padre te menosprecia!

CREÓN.

En verdad que tú y el tal himeneo me van fatigando ya en demasía.

CORO.

¿Con que vas á privar á tu hijo de esta esposa suya?

CREÓN.

El Orco se encargará de romper esos lazos.

CORO.

Segun eso, tienes decretada ya su muerte.

CREÓN.

Así parece. ¡Guardias! Conducidlas al interior de Palacio: y desde este momento, que sean verdaderas mujeres: sin libertad para salir. Que los audaces procuran huir cuando ven al ojo la muerte.

CORO.

Estrofa.

Dichosos los que jamás han probado el infortunio! porque cuando los dioses dejan caer su airada diestra sobre una familia, las desgracias se suceden en ella sin cesar y avanzan á toda su posteridad: cual la ola que recorre el oscuro abismo del mar de Tracia, impelida por furioso vendabal, levanta del fondo negra turbulenta arena, y viene á estrellarse allá en la playa con hórrido gemido.

Antístrofa.

Así en la familia de los Labdácidas, á las desgracias de los que ya sucumbieron, veo acumularse nuevos infortunios, que de generacion en generacion se perpetúan, sin dejarla en libertad, un momento, la saña implacable del Destino. Un rayo de esperanza parecia vislumbrarse al fin para los últimos vástagos de la familia de Edipo: y hé aquí que lo extin-

guieron esa tierra fatal tributada á los manes, y la imprudencia del discurso y la furia vengadora del corazon.

Estrofa.

El orgullo del hombre jamás podrá triunfar ¡oh Júpiter! de tu fuerza. Tú desafías al Sueño irresistible y al Tiempo que en su curso todo lo extermina; y eternamente exento de vejez riges, como soberano, el esplendor brillante del Olimpo. Pera ay! el hombre no puede gozar pura felicidad: el pasado, el presente y el porvenir se hallan sujetos á esta inmutable ley.

Antistrofa.

Á muchos les colma con frecuencia sus deseos la inconstante esperanza; pero tambien muchas veces desvanece en otros sus imprudentes ilusiones, pues se viene á introducir en el corazon secretamente, cuando està el piè próximo á pisar el ardiente fuego. Máxima célebre de un sabio es: que el mal se presenta bajo la apariencia del bien á todo aquel cuyos pensamientos quiere un dios que se encaminen hácia la perdicion, y que no goce un momento de la vida exento de pesar.

Pero he aquí que se acerca Hemón, el menor de tus hijos. Contristado está: sin duda por la suerte de la desgraciada Antígona y por su frustrado himeneo.

CREÓN.

Al punto lo sabremos con más certeza que si fuéramos adivinos.—Supongo que no vendrás enfurecido contra tu padre por la sentencia definitiva que acaba de recaer contra tu futura esposa; y que cualquiera que haya sido mi modo de obrar, seré siempre querido para tí....

HEMÓN.

Padre mio, sometido estoy á tus mandatos: tus prudentes consejos son los que me guían, y dispuesto me encuentro á

seguirlos. No hay himeneo que deba yo preferir á tí, que con tanto acierto me diriges.

CREÓN

Sí, hijo mío; todo debe sacrificarse á la voluntad de los padres: esos son los sentimientos que deben inculcarse en tu corazón. Por esto se afanan los padres: por tener hijos dóciles que sepan vengar con ellos ofensas de sus enemigos, y para que honren, á la par que ellos, á los que hayan sido sus amigos. Ay! el que ha dado el sér á un hijo perverso ¿qué ha hecho sino engendrar un martirio para él y un objeto de júbilo para sus contrarios? Que jamás, hijo mío, el aliciente del amor de una mujer turbe tu razón; ni olvides nunca que son de hielo las caricias de una esposa cuando ésta es una mujer depravada. ¿Qué calamidad más grande que un indigno amigo? Destierra, hijo, de tu corazón á esa mujer como cruel enemiga y déjala que vaya á buscar marido á los infiernos.

Y puesto que está convicta de haber sido la única entre los tebanos, que ha infringido insolentemente mis decretos: no he de ponerme yo en contradicción ante los ojos de los ciudadanos. Morirá: así imploré á Júpiter protector de los derechos de la sangre. Si yo aliento la rebeldía en mis parientes ¿qué será de los extraños? El hombre que sabe dirigir con energía sus asuntos de familia, ese sabrá del propio modo gobernar en el Estado con justicia; un hombre (hay que confesarlo) sabrá en toda ocasión mandar y obedecer; en los peligros de la guerra permanecerá siempre en su puesto, siendo de sus camaradas un defensor fiel y valeroso. Pero el que insensatamente infringe las leyes, el que pretende mandar en los que gobiernan ¿cómo ha de merecer nuestros elogios? Aquel que la República ha elegido por jefe, en todo, así en lo grande como en lo pequeño, en lo justo como en lo que no lo parezca, debe ser obedecido. No hay calamidad más tremenda que la anarquía: como que ella es la que arruina los pueblos, la que lleva la desolación á las familias, y en los combates produce la confusión en los guerreros y ocasiona las deserciones. En cambio en la obediencia está la salvación y la seguridad de todos. Sepamos, pues, mantener el orden en el Estado y no toleremos que una mujer

se nos imponga. Nos dejaremos vencer, en caso necesario, por un hombre; pero que se diga que somos más débiles que mujeres... jamás!

CORO.

Si la edad no hace que nos engañemos, parécenos muy puesto en razon tu discurso.

HEMÓN.

Los dioses, padre mio, han dotado á los hombres de la razon, el más precioso sin duda de todos los bienes. Si ella acaba de hablar por tus labios, no soy yo quien puede ni quiere negarlo. Pero como algun otro pudiera tambien pensar con no menos prudencia, deber mio es expiar en interés, muy cuanto con relacion á ti se hace ó se dice ó se murmura. Los ciudadanos atérranse ante tu presencia y no se atreven á pronunciar palabra temerosos de irritarte; pero á mí me es fácil recoger sus secretas conversaciones y sé cuanto hora Thebas la suerte de esa jóven. ¡Una doncella, la más inocente del mundo, por una accion que merece toda alabanza, ha de ser castigada con muerte tan horrible! Pues qué no es digna de admiracion una jóven que no consiente que quede insepulto, y para ser presa de los perros y de los buitres, el cadáver de un hermano, que sucumbió en el combate? Tal es el secreto sordo rumor, que circula por el pueblo.

En cuanto á mí, no encuentro bien más precioso que tu prosperidad: pues ¿qué honor más grande para un hijo que la gloria de su padre, ni para un padre que la de sus hijos? Por esto, pues, te ruego que no te ciegues, creyendo solo bueno tu modo de sentir y no otro alguno: los que pretenden poseer solos la prudencia, la elocuencia y la razon, puestos en evidencia, se vé muy frecuentemente que no las tienen. El hombre, por sabio que sea, jamás debe ruborizarse de aprender; y no debe llevar la contra más allá de lo razonable. El árbol flexible, azotado por el engrosado torrente, se conserva con su ramaje; pero ay! aquel que resiste, se vé arrancado de cuajo hasta la raiz: tal el que se obstina en navegar á vela desplegada contra viento y marea, encuéntra-

se despues, mísero náufrago, obligado á bogar sobre los pedazos del esquife destrozado.

Calma tu cólera, padre mio, y revoca tu decreto. A pesar de mi juventud creo poseer alguna reflexion, y opino que el primero de los mortales es aquel en el que abunda la sabiduría; pero tambien juzgo que en los casos en que nuestra razon se halla ofuscada (como acontece frecuentemente) bueno y honroso es el aprender de los que hablan con prudencia.

CORO.

Oh Rey! te conviene no desoir lo que hay de justo en ese discurso;—y tú, escucha á tu padre tambien, que los dos os expresais con suma rectitud.

CREÓN.

¿Con que á mi edad he de recibir yo lecciones de un mozo de esta edad?

HEMÓN.

Me parece que nada he dicho fuera de razon. Soy jóven ciertamente; pero no es mi edad lo que conviene examinar, sino mi consejo.

(Se continuará.)

A GONZALEZ GARBIN.

AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO

DE LA PROVINCIA DE ALMERIA.

(Conclusion.)

II.

MÉDIOS MÁS APROPOSITO PARA FOMENTAR SU DESARROLLO.

Es muy sabido que la agricultura es la base de toda riqueza; pero tambien lo es que sin agua no es posible su desarrollo.

La provincia de Almería, ya lo hemos dicho anteriormente, es escisa en aguas y por lo tanto es preciso dotarla de riegos, antes de pensar en poner en práctica todas las bellas teorías de la ciencia agronómica.

La constitucion geológica de las sierras que cruzan la provincia, indica que son muy absorbentes, siendo la más favorable la de Alhamilla, en la que alternan los bancos de caliza metamórfica grieteada y de pizarra arcillosa; y aunque sierra Nevada, correspondiente al periodo *Siluriano*, está formada en su mayor parte de pizarras arcillosas y mi-

cáceas poco permeables, las grandes masas de hierro y rocas eruptivas en su contacto, que aparecen entre las pizarras, forman grietas y por ellas se facilita el paso del agua. Si á esto unimos que los terrenos bajos que limitan los álveos de los ríos, son tambien muy apropósito para la absorcion por encontrarse en ellos las arcillas, margas y calizas terciarias correspondientes al periodo *mioceno*, nos convenceremos de que un profundo estudio geognóstico é hidrológico descubriría grandes depósitos y corrientes subterráneas, cuyos tesoros vendrian á la faz de la tierra por medio de galerías ó pozos artesianos.

Los que conocemos la provincia y tenemos aficion á la agricultura, podíamos aventurarnos á decir algo respecto á convertir sus extensos campos, poco productivos por hoy por la escasez de lluvias, en fértiles vegas y centros de poblacion. Iluminando las aguas que corren por el talweg subterráneo de las angosturas de Galachar en el rio de Almería, podrian construirse dos canales de riego: el del O. para las jurisdicciones de Gador, Benahadux, Huercal y Almería y el del E. para los pueblos de Santa Fé, Rioja, Pechina, Viator y campos del Alquian y Nijar.

Tantos aficionados á la minería que invierten sus capitales en busca, las más de las veces, de soñados tesoros. ¿porqué no dedican algunas de esas cantidades en inquirir otro más productivo y permanente, que es el agua? A las inmediaciones de un dilatado campo llamado de Roquetas, que se une con el de Felix y este con el de Dalías, existe un gran manantial, nombrado de Agua dulce, pero que no puede utilizarse para el riego, porque se encuentra al nivel del mar y aun en cota negativa.

¿Por qué no se hacen trabajos de investigacion, dirigidos facultativamente, hasta conseguir iluminar esta agua en punto cuya altura fuera bastante para lograr el objeto que se desea?

Los campos de Tabernas, Oria y Chirivel, pueden recibir tambien los mismos beneficios buscando corrientes subterráneas en las sierras de Alhamilla, Filabres, de las Estancias y de Maria. Véase lo que ha sucedido en pocos años en el campo de Vera, en cuya ciudad no habia agua ni aun para beber. Una sociedad denominada «Las tres Fuentes»

alumbraba una cantidad de agua: otra sociedad llamada «La Abundancia» ilumina también, y unidas las dos bajo el nombre «La Concordia,» consiguen en breve tiempo convertir un terreno que, aunque fértil como lo es en general el de toda la provincia, estaba inculto por la escasez de lluvia, en una pintoresca vega y graciosos jardines, dotando á la ciudad del agua suficiente, no solo para las necesidades de la vida, sino para hermosear sus plazas y paseos. ¿Por qué, á imitación de estas sociedades, no se forman otras que mirando por el bien del país, doten á la provincia de Almería de las aguas necesarias para el desarrollo de su riqueza agrícola? El país en general ganaría mucho; las sociedades en particular ganarían más.

La Diputación provincial, secundada por la sociedad de Amigos del País, puede tomar la iniciativa en nuestra regeneración. Ofrezca un premio de algun valor á cada una de las sociedades que consiga iluminar aguas para regar los campos de esta Provincia, y auxilie á las mismas en la formación de los expedientes que son necesarios, con arreglo á la Ley, quitando trabas que dificultan las más de las veces estas empresas y es seguro que no faltarán capitales para realizarlas.

Hasta aquí lo que á nuestro juicio debe hacerse para los riegos de aguas claras; expongamos ahora el que tenemos sobre el aprovechamiento de aguas turbias.

Sabemos por experiencia que en esta provincia, después de un invierno, primavera y estios secos, llega el otoño y en dos ó tres días cae junta tanta agua como, repartida en periodos convenientemente, sería bastante para un buen año agrícola. Esta abundancia de lluvia en tan corto tiempo, unida á la falta de arbolado en las montañas y á las grandes pendientes del terreno, se convierte en una ruina para los pueblos, especialmente los ribereños, y casi toda la excesiva cantidad de agua que corre por los cauces de los ríos, enriquecida con tarquines ó légamos, despojos de haciendas que han sido destruidas, entra en el mar y allí deposita ganados, árboles, maderas, muebles, personas y todo lo que en su rápida é impetuosa carrera ha arrastrado. Y esto sucede, porque los agricultores son tan apáticos é indiferentes á su propia conveniencia, que dejan que así sea. Constrúyan-

se grandes canales para el aprovechamiento de estas aguas, y en vez de arruinar irán á fertilizar, por medio de un bien estudiado sistema de canales secundarios y acequias, no solo las tierras que hoy son vegas, sino los secanos que por estar á mayores alturas no reciben ese beneficio, y disminuyendo fuerza á la corriente se asegurarán las fincas colindantes.

La repoblacion de los montes es otra de las grandes mejoras que en esta provincia debe llamar muy particularmente la atencion de sus hijos, como complemento para dotarla de suficiente cantidad de agua.

Pobladas las montañas, las lluvias serian más frecuentes en ellas; estas absorberian el agua con más facilidad, impidiendo los árboles la evaporacion, y por consiguiente el caudal de las corrientes subterráneas se aumentaría, dando origen á muchos manantiales y más riqueza á las fuentes que hoy existen.

Además conviene que todos los propietarios fomenten sus heredades con plantaciones de árboles; las moreras deben ser los predilectos, pues sabemos que sus hojas son el alimento del gusano de seda; y conocidos como son hoy los medios de preservarlos de la *epizootia*, volveria la provincia á ser en este ramo, lo que fué en tiempo de los árabes.

Tambien debe ensayarse en este país el nuevo cultivo del gusano de seda *Bombyx Yama-mais* oriundo del Asia, cuyos gusanos se crían al aire libre sobre el *Querens tozza* ó rebello, que es un roble muy generalizado en los montes de Toledo; y en el caso de un buen resultado, como es de esperar, hacer grandes plantaciones de dicho arbusto.

Uno de los muchos errores que en esta provincia se cometen en agricultura, es el llamado *barbecho* como sistema, sin comprender que con un cultivo alternado, la tierra es inagotable á sus deseos. La inaccion no le dá fuerza alguna. La tierra no se cansa en criar, siempre que el hombre la cultive como la ciencia aconseja; de este modo se le subsana las pérdidas que son consiguientes al explotarla.

Pero este error y otros muchos nacen de la firme creencia en que están los labradores, de que para labrar la tierra no se necesita estudiar.

Urge combatir este juicio falso.

Hágase la luz y desaparecerán las tinieblas de la ignorancia.

Impere la ciencia y la luz será hecha.

Para ello se necesita hacer propaganda, y la mejor, es la creación de una escuela práctica ó granja modelo, donde se puedan efectuar las experiencias de cultivo y maquinaria en provecho de ese sér que por falta de educación, no fia en los progresos de la agricultura. Esta granja modelo deberá ser costeada con fondos provinciales, auxiliada por el Estado, como previene la ley de 1.º de Agosto de 1876.

Será necesario hacer más. En lugar de las conferencias agrícolas que ordena la ley mencionada y que, aunque muy buen pensamiento, no ha dado en esta provincia resultado alguno, publíquese por la Junta de Agricultura un periódico que puede ser quincenal y redactado por todas las personas científicas que están obligadas á disertar en las conferencias, en cuyo periódico se den á conocer todos los principios agronómicos de una manera clara y terminante, separándose del tecnicismo. Este periódico, que no se escribe para especular, estará, por consiguiente, al alcance de todas las fortunas, y por lo tanto podrá ser suscriptor lo mismo el rico propietario, que el infeliz colono.

A la vez, velen las autoridades porque se cumpla la ley respecto á la enseñanza elemental, pues los niños que reciben en las escuelas una buena educación agrícola, con más afición la ampliarán en los Institutos, dando desde luego buenos resultados la enseñanza profesional. De este modo, la cátedra, sábia civilizadora de la humanidad, trabajaria unida al periódico, su complemento, y juntos propagarían las eternas verdades de la ciencia.

El restablecimiento de los antiguos pósitos serviría también para el fomento de la agricultura; y si esto encontrara algun obstáculo en las regiones oficiales, fúndese por los capitalistas amantes del país, un banco agrícola que facilite fondos á los pequeños propietarios, sin esa usura que arruina, gangrena que nos destruye, para que puedan con desahogo hacer ensayos de cultivos y comprar instrumentos de labranza que aumenten el rendimiento ó producto de la tierra.

Por último, constrúyanse caminos vecinales que como una red enlacen á todos los pueblos de la provincia y tra-

bajemos todos para que sea una realidad el ferro-carril que ponga en comunicacion esta capital con las demás de la nacion Española.

*
* *

Dotada esta provincia de aguas suficientes, ¡cuánto se desarrollaría la industria!

Este país, por sus grandes declives, está en condiciones de ser más industrial que otro, puesto que el motor no originaría gastos. Aquí, la hidráulica sustituiría en gran parte al vapor, y por lo tanto sus productos competirían por su menor costo con los de otros países. Aquí, donde es fácil aclimatar toda clase de plantas y el reino mineral es tan rico, la industria puede fomentarse con mayores ventajas que en otras partes.

Cultivándose en esta provincia el lino, el algodón, la caña dulce, la seda, el esparto y demás productos, y volviendo á ser en ganados lo que fué en tiempos no muy lejanos, es lógico deducir que se establecerían fábricas para la trasformacion de dichas primeras materias en azúcares, géneros de hilo, algodón, seda y lana, papel y otros artículos.

Una de las industrias que, á mas de las anteriormente apuntadas, puede ser muy productiva, es la vinícola; pero para ello es necesario que los viticultores, que venden sus vinos hechos mostos, conozcan que algunos de esos que pagamos muy caros al Extranjero, son de los exportados de España que vuelven á introducirlos, despues de varias operaciones químicas. ¿Por qué nuestros viticultores no elaboran, mejoran y conservan sus vinos como la ciencia aconseja, obteniendo de este modo mejores productos y arrebatando á los extranjeros el derecho de que sean nuestros abastecedores, en cambio de una considerable fortuna que les damos?

La construccion de las vías de comunicacion, desarrollaría la industria minera, pues los minerales de poco valor que hoy no se explotan por superar el precio de los trasportes, podrían entonces beneficiarse; pero es preciso que los que se dedican á esta industria comprendan que la codicia no es el mejor consejero para conseguir utilizarse de las grandes riquezas que encierra nuestro suelo, las menos ya conocidas,

las más por conocer. Las asociaciones que para estos descubrimientos se formen, creídas que inmediatamente han de lograr el objeto que pretenden, están divididas en un corto número de acciones, compuestas, en su mayor parte, de personas que no tienen capital suficiente para esta clase de empresas, según la participación con que figuran en ellas. El resultado de esta ambición es, que muchos de los socios se arruinan, los registros se abandonan y la industria minera deja de elevarse á la altura que le corresponde.

Algunas veces hemos oído, la conveniencia de que capitalistas extranjeros viniesen á esta provincia á fomentar la minería. ¿Qué sería de esta industria, exclaman, si los ingleses, por ejemplo, fuesen dueños de estas sierras? Ya estarían vueltas de *arriba abajo* y extraídos, por consiguiente, todos los tesoros que encieran. Y nosotros añadimos: ¿y qué bien proporcionaría á nuestro país que nuestra riqueza fuese á suelo extranjero, en cambio de los salarios que aquí pudieran dejar? Convertir á los extraños en señores y á los propios en esclavos. De ningún modo: la riqueza minera de nuestro país, debe explotarse por nosotros mismos; pero no como en el día se efectúa. Siguiendo el sistema de hoy, la minería no será más que una industria aventurera. Hágase por nosotros lo que se quiere hagan los extranjeros. Desaparezcan tantas y tantas sociedades, hijas algunas de ellas de la mala fé, y muchas reunidas formen grandes empresas que de una manera calculada y sin la codicia que ciega, principien por hacer algunos descubrimientos que servirán de base para otros mayores. Esto, en vez de arruinar, enriquece.

Para concluir diremos que todo cuanto acabamos de manifestar sobre la minería, debe aplicarse para la explotación de cualquier otra industria. Estas solo podrán desarrollarse por medio de entendidas asociaciones. No se olvide que á ellas son debidas, la union del Mediterráneo con el mar Rojo, y la de Francia con Italia, como si no existieran los Alpes.

Con la asociación no hay trabajo imposible.

*
* *

¿Quién podrá dudar que siendo la provincia de Almería,

rica en agricultura y en industria, su comercio seria de los más florecientes?

Los múltiples y abundantes productos que entonces podrían exportarse é importarse á la vez, aumentaría sus relaciones con todo el mundo. Nuestros puertos estarían visitados por los buques de todas las Naciones y volverían aquellos tiempos en que segun dice el Geógrafo Idrisi, en la obra que escribió en 1154 para el rey Roger de Sicilia, al puerto de Almería arribaban naves de Alejandría y de toda la Siria, no habiendo en todo el andalúz gente más rica, industriosa y comerciante que sus moradores.

Pues si Almería ha sido en la antigüedad rica, industriosa y comercial, ¿por qué hoy no ha de volver á serlo? Con alguna proteccion del Gobierno de la Nacion y con el aunado esfuerzo de todos sus hijos, se conseguiría.

••

Hemos terminado la tarea que nos propusimos. El conocimiento, aunque escaso, que tenemos de la provincia, y el buen deseo de contribuir por nuestra parte en lo poco que valemos á su regeneracion, ha guiado nuestra pluma al redactar esta memoria. Comprendemos que nuestro país en Agricultura, Industria y por lo tanto en Comercio, es obra de algunos años; pero tambien conocemos que continuando en la inaccion de hoy, nunca podremos obtenerlo.

Si nosotros no llegamos á disfrutar de los bienes que deben producir nuestros esfuerzos, los legaremos á nuestros hijos. Las generaciones venideras bendecirán nuestros nombres.

JOSÉ MARIA GOMEZ Y ANTON.

BANDERA DE PAZ.

(PENSAMIENTO DE ROLLINAT.)

La rizada cabellera
de mi manceba adorada,
es lujuriosa bandera
por el viento desplegada
sobre su espalda hechicera.

¡Ni redecilla preciosa!
¡ni claveles, ni diamantes!
que son de mi Celi hermosa
los cabellos ondulantes
bandera voluptuosa.

Y si por amor herida
me besa su labio ardiente.
agítase estremecida
la cabellera luciente
de mi amorosa querida.

Que es la hermosa cabellera
de mi Celi idolatrada,
la desplegada bandera
que se levanta altanera
sobre la carne humillada!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

EXÁMEN DE LIBROS.

Apuntes sobre la historia de Almería, por D. B. Morcillo Santos.

Cuando leimos, no há mucho, en un bisemanal periódico que vé la luz en nuestra ciudad, la, para nosotros, agradabilísima noticia de que muy en breve empezarian á publicarse en su folletin unos *Apuntes sobre la historia de Almería*, debidos á la pluma de un paisano nuestro, sentimos alegría y satisfaccion indecibles, hasta el punto de exclamar: —Gracias á la Providencia, por fin vá á tener nuestra natal ciudad lo que hasta hoy, con perdon sea dicho, no habia sido digna de poseer: una historia «parto fecundo y feliz de la ingeniosa estudiosidad» (1) del jóven D. B. Morcillo Santos.

Pero ¡oh decepcion! despues de leídos los referidos «Apuntes» ocurrió todo lo contrario de lo que, á la buena de Dios, esperábamos que aconteciera; supuesto que el dicho parto

(1) Estas palabras aparecen en la aprobacion á la obra de Orbaneja, *Almería ilustrada*.

histórico es, apreciado en conjunto y en detalles, un repertorio atiborrado de erudición de segunda mano, generalmente mal digerida y con poca ó ninguna crítica, cuyos «Apuntes históricos» estamos seguros no han de abrir á su autor las puertas de las dos más importantes academias que existen en España.

El capítulo 1.º del que ciertamente podemos llamar librito, abraza—abrazar es—nada menos que ¡desde casi la creación!, en el supuesto de que aceptáramos el cómputo de algunos talmudistas que atribuyen al linage humano una existencia de 3784 años, hasta la entrada de los árabes en España; pues pone el Sr. Morcillo Santos, «de 3760 á 711.»

Y preguntamos nosotros con la humildad propia de la persona que se reconoce ignorante en esta y en otras muchas cosas: ¿de dónde ha sacado el jóven autor esa célebre fecha? ¿Por ventura la ha extraído de algun rarísimo librote de los innumerables que dice ha consultado en la biblioteca Nacional?

Con mal pié entra en escena el incipiente cronista particular, pues ese solo detalle predispone en contra de sus pretendidas aptitudes historiográficas y de la competencia que es natural demuestre poseer todo el que echa sobre sus hombros el grave peso de historiar un pueblo, bajo el punto de vista civil, político, religioso, comercial, etc., siquiera este no tenga hoy la innegable importancia que adquirió en épocas pasadas.

Parecia lógico que, ya que el Sr. Morcillo Santos toma y acepta los hechos desde tan remota fecha, y dado su saber y las investigaciones que propala tiene hechas, nos hubiera hablado de la invasion ibera, antes de hacerlo—por cierto desacertada é incorrectamente (1)—de la Fenicia y Griega, y lo mismo afirmamos de los Suevos, Alanos y Vandalosilingos, precursores, como es sabido, de la monarquía goda. Así hubiera dado alguna novedad é interés al capítulo 1.º de su microscópica historia, y no que ha em-

(1) De las incorrecciones y desaliños de forma en que incurre amenudo el Sr. Morcillo Santos, hablaríamos si no tuviéramos necesidad de no extendernos mucho.

pleado sus singulares condiciones de narrador en describir hechos, acontecimientos, etc., por cierto muy vulgarizados desde que otros publicistas, paisanos del Sr. Morcillo Santos, ofrecieron á la pléyade ilustrada de nuestro país sus primicias históricas, las que, por más que lo niegue el autor de los «Apuntes» que examinamos, le han servido de *musa para su canto*; demostrando así que carece de la preparación suficiente—amén de otras cosas—para saber realizar, conforme exige la moderna crítica, la meritoria cuanto difícil empresa de escribir una buena *Historia de Almería y su provincia*. Los lectores que conozcan los estudios históricos á que nos referimos, dados á luz algunos años antes de que el Sr. Morcillo Santos imaginara dejarnos admirados con su opúsculo, nos darán la razón y supondrán fundadamente que son de todo punto exactas las precedentes afirmaciones.

Conste, pues, por lo que á las primeras páginas del trabajo del Sr. Morcillo Santos respecta, que no encontramos en ellas nada bueno ni nuevo; creyendo sinceramente además, que su autor ha tratado asuntos que revela no son de su competencia, siendo lástima que no haya querido aprovechar el tiempo en mejor forma, ó sea en leer y estudiar lo que existe sobre el particular escrito, y que, cuando no lo aprovechó, es indudable que lo desconoce, á pesar de sus pretendidas vigiliass y de las continuadas visitas que asegura tiene hechas á la biblioteca Nacional. Ahora bien, si el Sr. Morcillo Santos cree lo contrario en su modestia—por que galantemente quiero suponérsela,—en verdad que hay sobrados motivos para recordarle la conocida máxima de Horacio:

Elegid ¡oh escritores! un asunto
igual á vuestras fuerzas...;

como tambien para compadecer á aquellos de sus admiradores que le han hecho creer que los «Apuntes» de que tratamos, son una maravilla, una obra maestra y una genial creación.

En cuanto al capítulo 2.º, que comprende desde 711 á 1028, hemos de indicar que no solo carece de novedad é interés, sino que es un completo plagio—hablando claramente,—de trozos de trabajos hace algun tiempo publicados,

que tratan de la misma materia con más datos y conocimientos, utilizando para ello libros y artículos que es lamentable demuestre no haber leído el rebuscador de volúmenes en la más de una vez citada biblioteca Nacional, enemigo acérrimo, según hemos advertido, de citar ediciones, tomos y páginas: como que el Sr. Morcillo Santos usa el cómodo procedimiento—por no darle distinto calificativo—de no hacer ni una sola cita de esas que nosotros consideramos «legítimamente adquiridas.»

En los pocos renglones que dedica el Sr. Morcillo Santos á transcribir los nombres asignados á nuestra ciudad en épocas pasadas, saca á relucir mucho menos de lo que está contenido en dos conocidas *Revistas*, habiéndonos demostrado ignorar importantes datos facilitados por arabistas, anticuarios y eruditos distinguidísimos de la época actual, que desnaturalizan la mayor parte de lo referido en obras antiguas de escaso crédito y valer históricos, por las cuales muestra mal disimulada predilección el Sr. Morcillo Santos.

De manera que con el capítulo 2.º de los «Apuntes» que analizamos á vuela pluma—porque otra clase de exámen nos conduciría muy lejos—estamos peor que antes; queremos decir, que si el 1.º vale poco, el otro no le vá en zaga, formando ambos un baturrillo de lo más insulso y soporífero que hace años hemos leído, con el aditamento de tener nosotros olvidado, de puro sabido, cuanto en ellos aparece, y que el Sr. Morcillo Santos ofrece como una gran novedad; y eso que no hemos desgastado con nuestras plantas el pavimento de la biblioteca Nacional.

Y vamos con toda prisa á preocuparnos del capítulo 3.º, porque si no viajamos en tren de gran velocidad, nos tememos tardar más tiempo del que debemos y deseamos invertir en llegar al punto de nuestro destino.

La misma extensión que el capítulo 2.º, viene á tener el 3.º, que abraza—siempre siguiendo la pista al autor de los «Apuntes»—desde el año 1028 al de 1092; no concibiéndose cómo, habiendo narrado este pasaje de la historia de Almería un docto paisano (1)—tan bella como concienzudamente,

(1) El Sr. D. Antonio Gonzalez Garbin, actualmente Catedrático de Literatura clásica en la Universidad de Granada.

cosa que no es de extrañar, teniendo presente que él no sabe escribir de otra manera,—haya tenido el Sr. Morcillo Santos la avilantez de profanar lo que debió haber respetado; y en último extremo, si lo utilizó, debía haberse cuidado de indicar la fuente, que es el procedimiento correcto, natural y corriente en tales casos.

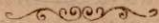
Y dirigiendo nuestra visual al capítulo 4.º—1092 á 1157, siguiendo la cronología del autor—es imposible prescindir de preguntar al Sr. Morcillo Santos: pero por todos los ídem del calendario, ¿ignora acaso que la conquista de nuestra ciudad por el llamado Emperador de España, apareció descrita con más extensión y novedad en los números 3.º y 4.º de la REVISTA DE ALMERÍA, en su 1.ª época? ¿Acaso no imaginó que al engalanarse con plumas ajenas, se exponía á que alguno le sacara sus mariposeos á la pública luz?... Coteje cualquiera los datos combinados y aducidos por el Sr. Morcillo Santos con los que aparecen en el estudio publicado en la citada REVISTA, y se convencerá de lo que valen las proezas ó habilidades del flamante historiador..... Y si con procedimiento *tan elogiabile* hubiera dejado tan importante hecho de armas de la conquista de Almería por Alfonso VII suficientemente esclarecido y agotado, ménos mal; pero es lo cierto que todavía queda no poco que añadir, como lo demostrará un trabajo histórico que un amigo nuestro ofrecerá muy en breve al público ilustrado de nuestra provincia, si Dios lo permite y hay un editor *propicio*...

La parte de los «Apuntes» del Sr. Morcillo Santos, que pudiéramos suponer no plagiada á ojos vistas, reconocemos gustosamente que empieza con el capítulo 5.º, supuesto que el estudio histórico-crítico *Origen y antigua grandeza de Almería*, alcanza hasta el año de 1147; y por lo que respecta á los otros *Estudios históricos sobre la ciudad y provincia de Almería*, debidos á la bien cortada pluma del paisano, ilustre por su saber, laboriosidad y patriotismo, anteriormente nombrado, sabido es que todavía no están concluidos de publicar, pues lo que ha visto la luz en la *Revista de Andalucía* llega hasta la expedición á la misma de D. Alonso I de Aragón. De manera que el desenvolvimiento de este trozo de los «Apuntes» que comprende desde 1157 hasta la época actual—capítulos 5.º, 6.º y 7.º—re-

conocemos de buen grado que tiene el mérito de la compilacion, si bien el anhelo que sentimos de ser veraces, nos impele à añadir que, al entresacar de varios escritos que tal vez no tienen entre sí ninguna relacion, ha formado el Sr. Morcillo Santos un todo, si vale decirlo así, susceptible de mejora y aumento. Conviene tener en cuenta, que á veces no basta poseer talento, para la compilacion; pues hay hombres de gran saber y escritores de fama que no valen nada como compiladores, y al contrario, personas incapaces de crear, han compilado admirablemente. Requiere, al efecto, no solo instruccion y despejo, sino un tacto particular para admitir unas cosas, desechar otras, combinar las primeras y formar un buen conjunto; cuyas cualidades dista mucho de poseer el Sr. Morcillo Santos, á juzgar por su primera y única produccion, de la que hemos hablado insensiblemente más de lo que en un principio imaginamos.

A. DE ANDANA.

CRÓNICA LOCAL.



Después de haberse hablado tanto del cólera, asunto que ha sido pasto de todas las conversaciones durante mucho tiempo, una nueva calamidad que nos toca más de cerca, la de las inundaciones, ha venido á reemplazar á aquel, no obstante hallarnos ahora, como antes, en inminente riesgo de recibir la desagradable visita de los microbios.

Las nubes han sido generales en toda España; y esta provincia, casi siempre víctima de una sequía pertinaz y funesta, lo ha sido ahora también de las lluvias, que si resultan útiles é indispensables para la agricultura, y son el principal elemento de su riqueza, cuando descienden á la tierra serenas y tranquilas, en la medida conveniente para que fertilicen y no destruyan, conviértense en elemento de ruina y de muerte cuando la tempestad se desencadena y lleva la desolación á las comarcas, el espanto á los ánimos y el luto á las familias.

Tal ha ocurrido con las tormentas últimas; en los pueblos anegados, se han sucedido sin interrupción trágicas escenas, cuyo relato extremece; la capital, ménos castigada, ha sufrido también, sin embargo, las fatales consecuencias de la inundación.

Caja tanta agua, que estando todavía tan reciente en

nuestra memoria el recuerdo de la temporada balnearia, en que tantas humanidades se han zambullido en las salobres ondas del Mediterráneo, nos parecía ahora que el mar había cambiado de sitio, y desde la altura del espacio dejaba caer sobre nuestras cabezas sus líquidas capas.

Las calles convertidas en ríos; las ramblas desbordadas; las cañerías del gas destruidas; la ciudad à oscuras, ó iluminada solamente por el resplandor eléctrico de los relámpagos y arrullada por el zumbir del trueno... El cuadro es demasiado pavoroso para que insistamos en presentarlo, con sus últimos toques, à la vista de los benévolos lectores... Parece el asunto de una leyenda tràgica, semejante à la que acaba de brotar de la pluma de un amigo nuestro, y que aparece en otro lugar de este mismo número. El autor de *La torre de D. Alonso* describe con tan vivos colores una noche de tempestad, que no parece sino que ha pintado, presintiéndola, alguna de las que acaban de transcurrir.

Lo que no sabemos si habrá quedado ahora por ahí, triste y viuda, es alguna nueva Isabel, enamorada de un imposible. Sólo tenemos noticia de algunos *casos* de matrimonio, realizados hà poco; pero no queremos hablar en una misma cuartilla de casamientos y catástrofes, no haya algun lector malicioso que vea en ello una intencion peca-minosa...

Y como quiera que hay escasez de otros asuntos y el espacio no abunda, damos aquí fin à esta *Crónica*, dedicada toda ella al temporal reciente. Despues de todo, no negarán Vds. que està en carácter, pues ha salido como muchos de nosotros estos dias.

Calada hasta los huesos.

ORIEL.

DOS PALABRAS SOBRE LA EDUCACION DE LA MUJER. ⁽¹⁾

SEÑOR DON FEDERICO GOMEZ ROMERO.

I.

Mi distinguido amigo: Con razon podria V. tacharme de olvidadizo, ingrato y descortés, si—aunque tarde y mal—no correspondiese con verdadera complacencia á la extrema galantería que ha usado V. conmigo. al llevar—movido por propio y natural impulso—mi hasta hoy oscuro y desconocido nombre, á las columnas de una publicacion de indisputable mérito; publicacion que goza ya de gran prestigio en el mundo científico y literario, como es la REVISTA DE ALEM-
RÍA, en la que colaboran sábios profesores y distinguidos literatos de aquel Instituto, y cuyo Director reúne, á las preclaras dotes de su ingenio, una vasta ilustracion y otras prendas que le hacen digno de singular aprecio.

(1) Tenemos sumo gusto en dar cabida en las páginas de la REVISTA á este notable trabajo que nos dirige desde la corte un distinguido publicista, como contestacion al artículo *Un profesor para la niña*, que insertamos en el número correspondiente al mes de Agosto próximo pasado. (N. de la R.)

Debo consignar las anteriores frases que, si he de ser justo, estimo indispensables; y paso despues á ocuparme, si quiera sea brevemente y de un modo sintético, en desentrañar el difícil problema de la *Educacion de la mujer*, que con tanta habilidad toca V. en un pequeñito artículo titulado *Un profesor para la niña*. De este artículo no sé qué pueda decirle, cuando tan inefables son las emociones profundas; pero como su trabajo de V. no habla solo al sentimiento, sino que se dirige especialmente á la razon, bajo este concepto diréle que no sé qué admirar más en él; si la forma sencilla y elegante con que V. ha sabido revestirlo ó la intencion cruel y despiadada que á través de ella se descubre, queriendo romper los estrechos moldes en que se halla contenida, como los potentes rayos del sol rompen las densas capas de la atmósfera para alumbrar con su fulgor celeste los oscuros y tenebrosos antros del planeta. No de otro modo dirige V. la antorcha de su inteligencia al sombrío corazon de la mujer; y *burla burlando*, vá poniendo de manifiesto el fondo cenagoso de ese abismo, que se ofrece, sin embargo, á nuestra imaginacion, como risueño y trasparente lago...

Felicito á V., pues, porque con un pretexto baladí (é insignificante en cuanto conmigo se relaciona) ha sabido presentarnos un notable trabajo que seguramente habrán leído con gusto todos los suscritores á la REVISTA, sin excluir las *graves y concienzudas mamás*; pues estoy muy léjos de suponer que haya desaparecido por completo de nuestra pátria la antigua raza de venerables matronas que saben conservar incólume, á través de las hirvientes olas que agitan el seno de la sociedad moderna, el tipo noble y legendario de la perfecta madre de familia.

A lo sumo habrá habido alguna pretenciosa marisabidilla, de esas que lo mismo enristran la pluma para ensartar sendos disparates, como se pintan el rostro y redondean las formas para ocultar lo que les negó naturaleza, que se haya permitido dibujar en su serena faz, al leer las juiciosas observaciones de V., despreciativa mueca ó ridículo mohín. Pero semejantes séres son una nota discordante en las sublimes esferas del sentimiento y sus burlas deben pasar desapercibidas para nosotros. En cambio habrán de sufrir iracundas el azote de nuestra crítica; tanto más, cuanto que

se declaran impotentes, sin fuerzas ni valor ninguno que las impulsen á romper las cadenas de la esclavitud que ellas mismas se han labrado. No les queda, pues, ni el derecho de quejarse.

Mas dejando á un lado consideraciones de cierta índole que pudieran tomarse como hijas legítimas del despecho que abrigáramos en nuestra alma, ó del desamor que naturalmente sintiéramos hácia el bello sexo, entremos ya de lleno á examinar el asunto, siempre interesante, pero de excepcional importancia en el momento histórico presente, que ha de ser objeto de nuestro estudio ahora y al cual hemos consagrado gran parte de nuestra vida.

Que es preciso educar á la mujer, nadie lo pone en duda. Cómo debe iniciarse esta educacion, de dónde debe partir y cuál ha de ser la base indestructible sobre que se levante tan majestuoso edificio... Hé aquí el problema cuya solucion depende acaso del modo como se planteen sus términos.

Empecemos, pues, nuestra difícil y penosa tarea; pero empecémosla con valor y sin vacilaciones, aun cuando solo recojamos espinas en nuestro camino y perdamos para siempre la esperanza, (Dios no lo quiera) de que una mujer hermosa captive nuestro alma en su mirar de fuego. En todo caso, la mayor satisfaccion á que un espíritu elevado puede aspirar en este mundo, es el testimonio de una conciencia recta que sabe sentir el bien y trata de realizarlo en la vida.

II.

Por supuesto, que antes de consignar las bases sobre que se ha de fundar indefectiblemente la educacion de la mujer, si queremos que esta responda á los nobilísimos fines para que ha sido criada, me permitirá V., amigo mio, que resuma en breves palabras la manera como en nuestros dias se entiende que debe realizarse tan gigantesca obra, de cuya feliz direccion pende sin duda alguna el engrandecimiento moral de las naciones. «Dadme buenas madres y os daré buenos ciudadanos» ha dicho un genio que llevó mucho aprendido á la tumba.

Y otro genio más fecundo y más humano, puesto que á la siniestra luz de las espadas al chocarse y el horrisono

bramar de los cañones vomitando muertos, prefirió iluminar al mundo con el fuego de su inteligencia creadora, arrojando destellos de fulgor divino. ha dicho también que el sublime sacerdocio que ejercer debiera la madre de familia yace por los suelos miserablemente envilecido y degradado. «Yo me represento—añade—á las modernas mamás dando educación á sus hijas del modo siguiente:»

«Tente firme y derecha: ¿no ves que te dejas caer toda de este lado? Lo mismo andas que un pato: ¡puf, qué postura tan sosa! No te toques la cara; levanta esa cabeza y presume; así, así, etc...»

«Esta es la moral de la mañana, de la tarde y de la noche por espacio de doce ó quince años.»

Con efecto: si la educación del hombre se halla por punto general descuidada y desatendida en todas las naciones, la educación del sexo destinado á formar buenas madres y esposas, para que éstas vayan á su vez regenerando una sociedad que ha perdido hasta la conciencia de sí misma, se encuentra zozobrando entre las revueltas del más espantoso caos, sostenida solo por el influjo de una idea fija, tenaz, que marea los sentidos y enloquece el alma. Esta aspiración constante y única de la mujer de hoy, reconoce por causa la tendencia invencible que se ha apoderado de todo su ser hacia lo que pudiéramos denominar gráficamente *el arte de hacer fortuna*, cuyo omnipotente imperio no hay belleza que no subyugue, ni virtud que no contrarreste, ni majestad que no rinda.

Lo que se entiende generalmente por un *buen casamiento* constituye el bello ideal de las hijas de familia, arraigado en sus entrañas desde el punto en que recibieron de sus madres el primer sabroso alimento y las primeras dulces caricias. Como los valores en la Bolsa, y las mercancías en la plaza pública, se cotiza hoy el alma de una mujer. Los padres (que se ofenderían gravemente si alguien pusiera en tela de juicio su dignidad extrema, su amor acendrado y puro, su honradez á toda prueba) adjudican, con una sencillez que encanta, la hija de su corazón al mejor postor que se presenta. ¡Cuánta inmoralidad revela este acto!

Y no hay excepción que oponer á regla tan universalmente sentida. Todos, absolutamente todos los padres desean

en primer lugar una *buena colocacion* para sus niñas: en consiguiendo esto mueren tranquilos, porque han cumplido su mision sobre la tierra.

¡Esposos así unidos que llegareis á ser jefes de una numerosa familia, me inspirais lástima! ¡Pensad en que ha de venir el dia de la comparecencia ante el severo Tribunal de la Justicia divina, y allí se os pedirá estrecha cuenta de vuestra conducta...! Que si los corazones no latén al unísono cuando os jurais fidelidad eterna en el altar de himeneo; si el amor no inunda como ola de fuego vuestras venas, si la compenetracion de los dos sexos no se halla santificada por ese misterioso aliento que es atraccion universal y alma del mundo al recibir de manos del sacerdote la bendicion nupcial, cometeis la más infame de las apostasías y la más tremenda de las impiedades: habeis desconocido y hollado la sagrada ley de la naturaleza, que es como desconocer y negar al mismo Dios que la ha dictado. ¡Apóstatas!.... ¡impíos!.... ¡ateos!.... Hé aquí vuestra consigna.

III.

Del hecho que ligeramente acabamos de reseñar, nacen casi todos los vicios que, á manera de venenosas sierpes, mortifican y oprimen el corazon de la mujer. La vanidad, el lujo, el amor al dinero, la coquetería, la sensualidad, el completo desconocimiento de los deberes conyugales, la frivolidad, los caprichos, el fastidio, el adulterio... ¡Oh! el adulterio reconoce tambien como principalísima causa la índole especial de ciertos maridos, ilusos ó groseros, á los cuales dedicaríamos con gusto un capítulo aparte.

Sabemos, pues, por dónde debe atacarse el defecto capital de que adolece la educacion de la mujer y yo invito á V. á que escriba una série de artículos (ya que á mí no me es posible por ahora) sobre los puntos siguientes:

Concepto de la educacion de la mujer; su objeto, su fin, y su importancia. — Los Colegios de señoritas *internas*, como centros de corrupcion para las jóvenes educandas. — Fuentes de la educacion. — Naturaleza de la mujer y su mision en el mundo. — Estudio analítico de ambas fuentes y tesis fundamental que de esto se desprende: (para la educa-

cion de la mujer debe adoptarse un sistema tal que basado en su propia naturaleza la coloque en aptitud de realizar consecuentemente su destino).—Recreos y juegos propios de la infancia, como estudio preliminar al de la educacion propiamente dicha: recreos de la infancia; id. de la adolescencia.—Tres manifestaciones distintas de la educacion de la mujer: 1.^a Educacion *intelectual*:—la inteligencia;—la razon: (las obras que la mujer debe consultar son las que la den un conocimiento perfecto de sus deberes). 2.^a Educacion *volitiva*.—La moral.—La religion.—El amor y *respeto* hácia los padres:—(algunas veces se confunden estos sentimientos con el *mimo* y *miedo* respectivamente, lo cual es muy pernicioso en ocasiones).—3.^a Educacion de la *sensibilidad* y su mayor importancia:—Del sentimiento y de la imaginacion en la mujer.—Influencia que sobre estas dos facultades ejercen la naturaleza y el arte.—La poesia, *la música* y el canto.—Influencia especial de la novela.—Virtudes y defectos que suelen acompañar á la mujer; (dignidad y orgullo, modestia é hipocresía, compasion y debilidad, amistad y amistades, etc).—Tres importantes cuestiones que deben coronar la educacion de la mujer:—(El amor.—El matrimonio.—El adulterio).—Capítulo adicional:—Costumbres sociales que más directamente influyen en la educacion de la mujer: (espectáculos públicos, *reuniones de confianza*, etc., etc.)

Hé aquí, mi querido amigo, el programa que teníamos trazado y que, á no haberlo impedido las circunstancias, hubiera desarrollado en honor al bello sexo el profundo pensador y apreciable literato Sr. Sanchez Marin, á quien V. conoce, y el que me dispensó desde luego la finura de aceptar mi humilde concurso en tan interesante y simpático asunto. ¿Podria V. aprovecharlo como índice de un libro que, á su utilidad reconocida, uniese el incentivo de ser tratado por V. adornándolo con los frescos colores de su rica y exhuberante fantasía?....

IV.

Creo haber correspondido de algun modo á la atencion que V. se ha servido dispensarme, y doy aquí fin á la tarea

que me impuse en un principio. Desde luego reconozco los vacios que V. notará seguramente en mi humilde trabajo y le autorizo para que me haga las advertencias oportunas; pero no he de terminar sin una aclaracion prévia, que considero indispensable.

Yo no me he propuesto examinar de un modo completo el difícil problema de la educacion de la mujer: me he fijado solo en uno de sus aspectos, el que estimo como base generadora del ruinoso edificio que todos contemplamos. De otra suerte habria necesitado más tiempo y más espacio y no dispongo ni de uno ni de otro.

Que he sido desatento, duro y desconsiderado con el bello sexo... Esto no lo podria tolerar, porque no es exacto. He dicho simple y llanamente la verdad, segun yo la entiendo; y aunque conozco que el hombre es en la mayoría de los casos el verdadero culpable de los extravíos de la mujer, tambien creo firmemente que esta, en medio de su debilidad, es la llamada á regenerarnos en el santuario del hogar doméstico. ¿Cómo quiere ser reina la que se empeña en continuar siendo esclava?

Sabe V. cuánto le aprecia y distingue su afectísimo amigo y seguro servidor,

q. s. m. b.,

ANTONIO CARRASCO Y ALVAREZ.

(Madrid, Setiembre de 1884.)



NOVIEMBRE.

El més de Noviembre ha llegado, produciendo en nuestros ánimos una sensacion angustiosa y una melancolía indecible.

Es el més en que los vivos se acuerdan *oficialmente* de los muertos, y honran su memoria atormentándonos durante sus treinta mortales días, con el prolongado y monótono *tin... tan...* que á intervalos regulares suena en todas las torres de las Iglesias, en los pueblos católicos.

En este més, consagrado por completo á los recuerdos tristes, el firmamento, como si experimentára la misma penosa impresion, toma un tinte grisáceo, y pardos nubarrones nos envían de vez en cuando una menuda llovizna, que enlodando las calles, completa el triste cuadro.

Los árboles se despojan de sus brillantes vestiduras, y al caer su verde túnica, nos muestran sus negruzcos y carcomidos troncos.

Por doquiera encontramos tristezas, lágrimas, rezos fúnebres y vestiduras enlutadas.

Nada hallaremos durante su trascurso que alegre nuestro ánimo, que ensanche el alma, y bien á nuestro pesar, cuando entreabrimos los labios, se escapa un débil suspiro, cuya causa nos es desconocida.

El templo del Dios Apolo abre sus puertas, recibiendo en su seno á la muchedumbre ávida de extasiarse ante las bellezas del magnífico drama de *Zorrilla*, y por calles y plazas escuchamos luego el plagio de muchos trozos de su fúnebre poesía.

Esto es de rigor, no siendo posible la variacion ni el cambio.

Apenas si existe poblacion alguna en España, apenas si hay una agrupacion de aficionados al arte escénico, donde no resuenen en el trascurso de este mês, los bien cortados versos del *D. Juan Tenorio*, llevando al ánimo de los oyentes muy encontradas sensaciones y diversos efectos.

Pero sin embargo, á pesar del carácter sentimental y esencialmente melancólico de esta época del año, podemos observar un fenómeno extraño, un hecho que forma verdadero contraste con todo lo demás.

En los dos primeros dias del mês, reina gran animacion por todas partes, y multitud de vehículos cargados de gente, recorren la poblacion conduciendo centenares de criaturas que en bulliciosa algarabia, van á visitar la mansion de los muertos.

Allí donde todo el año reina el silencio solemne de la muerte, solo interrumpe por el sordo golpear del azadon del sepulturero que abre una nueva fosa, ó por el opaco rumor que produce un ataúd al caer en su tumba, escúchanse en estos dias muy diversos sonidos.

Grupos de alegres jóvenes recorren el asilo de *los que fueron*, haciendo vibrar el aire con sus risotadas, dicharachos y conversaciones profanas.

Aquí una reunion que rie con estrépito y escarnece con sus burlas al que yace bajo una lápida que tiene una inscripcion más ó menos ridícula: allá, otro grupo que habiendo rendido culto á Baco, se complace en adorar á Vénus, dejando caer en los oidos de las que pasan, frases galantes, cuando no insolentes y atrevidas.

Multitud de individuos se afanan por engalanar los sepulcros donde yacen los seres queridos, y centenares de coronas, flores, cintas y luces en confuso y grotesco conjunto, dán un aspecto raro á aquella mansion, donde aparece mezclado lo sentimental y lo ridículo, lo agradable y lo

chocarrero, profanando aquello que todo es sério y austero, y que rechaza lo que nos aleje de la meditacion de las miserias humanas.

¿No es verdad que mirado esto con imparcial y detenido juicio, resulta impropio y profano?

Y no se nos arguya que ésta mal llamada práctica piadosa sirva de sufragio á los muertos; nó y mil veces nó. Los sufragios no consisten en el mejor ó peor decorado de las tumbas, ni en el más espléndido alumbrado de las mismas, puesto que allí, dentro de ellas, solo existen míseros despojos, cenizas frias, ante las cuales es un sarcasmo la aglomeracion de objetos con que se las engalana.

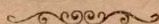
El hombre pensador, el que reflexiona sobre todas estas miserias humanas, levanta la vista en busca del Sèr que todo lo puede, y á Ese ruega por los difuntos, al par que en lo íntimo de su alma, en los más profundos senos de su corazon, guarda un tesoro de cariño y de ternura hácia los séres queridos que la muerte le arrebatára.

La verdadera expresion del amor maternal, filial ó conyugal, no puede nunca ser una corona de flores pintadas, ni una lujosa lámpara que vanidosa se ostenta en el bullicio de las gentes, sino que la encontraremos, mucho mejor, en una lágrima derramada en la soledad, léjos del mundo y sus falaces galas.

JOSÉ ROCAFULL.



LUZ Y SOMBRA.



Al sedactor influjo de tus ojos
Ardió en amor mi pecho,
Y tú me aseguraste que en tí ardía
Tambien el mismo fuego.

En la rosada tez de tus mejillas...
¡Gratísimo recuerdo!
Mas no se trueque por carmín la rosa,
Que guardarè el secreto.

Y mi pasion creciendo cada día,
Te jurè amor eterno.
Entonces tú tambien me repetiste
El mismo juramento.

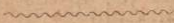
Hoy abrasarme quiero en tu mirada
Y me ocultas su fuego.
Y á mis frases de amor tú me contestas
Con palabras de hielo.

A decirme el porqué de esa mudanza
En vano te requiero:

Mas yo lo he descubierto esta mañana
Mirándome al espejo.

Sin duda has reparado que se vuelve
Blanco ya mi cabello...
Y es lo triste, que en cambio se me tornan
Los pensamientos negros

S. F. DELGADO.



LA MAÑANA DE UN LITERATO.



Muchas personas se figuran que la vida del escritor está sembrada de placeres y satisfacciones, sin tomar en cuenta los sinsabores y disgustos que la rodean, los trabajos y miserias que tiene que pasar el que se siente animado de una verdadera vocacion antes de adquirir alguna celebridad, ni los disgustos y penalidades que le aguardan así que su nombre sea conocido y haya conseguido por fin reportar algun beneficio de su trabajo.

Y sobre todo el escritor dramático! Ya en los primeros tiempos de este periódico, publicó cierto poeta distinguido un artículo en que, con los mas vivos colores, hizo patentes las «tribulaciones de un pobrecito autor de comedias.» Pero aquel artículo se referia tan solo á la desigual y tremenda pelea que constantemente tiene que sostener el poeta contra actores y libreros, á las intrigas de bastidores que tiene que vencer y á las ridículas exigencias á que muchas veces tiene que sucumbir: nada decia de la vida íntima, de las molestias diarias, del perpétuo tormento que está condenado á sufrir el literato y con especialidad el escritor dramático. Cuando á fuerza de estudio y perseverancia ha logrado éste ocupar en la sociedad una posicion decorosa y

estable; cuando su nombre empieza á ser repetido con encomio y orgullo por sus conciudadanos, le aguardan todavía penalidades sin cuento que antes no conocia ni podia tal vez adivinar, porque se figuraba que la gloria solo habia de reportarle aplausos y popularidad. ¡Temible popularidad! Así que un escritor la alcanza, se vé súbitamente rodeado por una multitud de entes importunos y fastidiosos que le asedian sin descanso y giran en torno suyo, á la manera que los zánganos al rededor de la flor cuyo jugo intentan chupar.

De este número, los más insoportables son los que poseen un álbum. El álbum es la pesadilla de todo poeta ó artista que goza de alguna reputacion. No hay dama vetusta, no hay niña relamida y empalagosa, que ya no tenga el suyo, y con el cual no deje de asediar sin descanso, de día y de noche, al infeliz poeta que tuvo la desgracia de hacer tal conocimiento. Y si aún fuese un preservativo contra semejante plaga, tener la dicha de no conocer vieja alguna literata ni niña relamida; pero nada de eso. No basta en el día que el escritor no tenga el menor contacto, la menor relacion con la propietaria de un álbum; sobra con que ésta sepa que hace versos: acudirá á su papá, ó á su marido, para que escriba una carta muy atenta al desventurado vate, poniéndolo en las nubes, exagerando su reputacion y rogándole, por último, que se tome la molestia de enriquecer aquel libro de primores con alguno debido á su pluma.

Por no cansar al lector con la enumeracion de los tormentos y miserias de la vida del poeta, preferimos ofrecer á su vista una escena de las muchas en que está condenado á figurar como protagonista. Escogeremos para nuestro intento un literato casado, porque si es cierto que el himeneo es un *dulce yugo*, no lo es menos que las musas y la rima se avienen mal con el llanto de un chiquillo y las obligaciones del matrimonio.

Eduardo es un poeta *distinguido*: tiene una mujer bellísima y dos niños á quienes quiere entrañablemente. Entretenemos en su despacho, en el cual se sienta á trabajar á eso de las diez de la mañana,

Eduardo (*sentándose en su bufete*).—Pues señor... Vamos á hacer algo... hoy me siento inspirado... (*Mirando al re-*

toj)... Las once ya!.... Hemos almorzado muy tarde... Tengo dicho mil veces à mi mujer que quiero encerrarme todos los dias à las diez en mi despacho; pero no hay quien la haga entrar en que ha de adelantar ó atrasar la hora de las comidas porque uno esté metido en trabajo ó se halle en un momento de inspiracion. En diciendo... «Ya tienes el almuerzo».. ó... «ven à almorzar» no hay mas remedio que obedecer, porque de lo contrario bloquean mi despacho y ya tenemos todo el dia ceño y mal humor. (*Coge un cuaderno manuscrito que está sobre la mesa.*) ¡Calla! ¿qué es esto?... no conozco esta letra... algun otro mamotreto que me habrán traído... No sé cuántas veces he de decir que no quiero leer ninguno. (*Hojeando el manuscrito.*) Vaya una letrita! Los autores debian aprender al menos à escribir inteligiblemente... ¿Qué especie de avechicho será este? (*Lee el título.*) *El gran turco enamorado, ó Puñal, Veneno y Dogall...* ¡Bravo!.... ¡El título promete! ¡Drama en cinco actos y dos prólogos! Esto es; y entreténgase V. dos ó tres horas descifrando esto (*Deja el papel en un rincon de la mesa.*) Si habia de leer todos los manuscritos que me van endosando, no sé à qué hora me pondria à trabajar; pero apenas si me bastaria el tiempo para revisar las obras de los demás. Ya la echaré una buena peluca à mi mujer para que no vuelva à recibir ningun papelito por el estilo. Ea, vamos ahora à continuar mi poema à *La Esperanza*. — ¡Hola! — ¿Dónde me han metido lo que tenia escrito? — ¡Adios! — Ya han andado en mi pupitre y me han revuelto los papeles. — Esto no se puede sufrir. (*Llama.*) ¡Luisa! ¡Luisa!

(*Luisa en traje de casa y con una cofia muy elegante.*) ¿Qué quieres? ¿Llamabas?

Eduardo. ¿Has andado tú con los papeles de mi pupitre?

Luisa. ¡Yo! ¿para qué necesito yo andar en tu pupitre?

Eduardo. Pues entonces no hay remedio, ha sido la criada... ¡hasta las plumas!.... ¡los polvos! Dia vendrá en que me han de cojer una escena, un capítulo ú otro papel de interés, para chamuscar pichones ó hacerse los rizos. (*Gritando.*) Tengo dicho que no quiero que nadie toque à lo que está sobre mi mesa.

Luisa. ¡Jesús! ¿qué furia! Bien, hombre, bien... Nadie

tocará. Pero no se necesita gritar tanto para eso. —Dime. ¿qué te parece esta gorrita?

Eduardo (registrando los cajones de la mesa.) ¿Dónde está el tal poema?—Ayer mismo lo dejé aquí...

Luisa. ¿No es verdad que me sienta bien?

Eduardo. ¡Hasta las obleas!—¡Pues! ¡ni una sola han dejado!

Luisa. ¡Oh! lo que es las obleas las habrá cogido tu hija para jugar. El color de la cinta es bonito. ¿no es verdad?

Eduardo. Si ha sido la niña es otra cosa, con tal que no se las coma... son bastantes para causarla una indigestion. —¡Ah! ¡gracias á Dios!—ya está aquí el poema...

Luisa. ¿Ves cómo no se ha perdido y has estado gritando en balde? Pero di: ¿no te gusta el color de estos lazos?

Eduardo (sin mirar á su mujer.) Sí, sí, son muy bonitos... de muy buen gusto... te hará muy bien. —Pero, mira, déjame trabajar.

Luisa. ¿Qué tal? Ni me ha mirado siquiera. ¡Vaya un marido galante y caballero para ser poeta! Luego vendrán diciéndome:—¡Jesús, qué dichosa es V. en tener por marido á un hombre de talento!—¡Ah! ¿has visto esa comedia que te trageron ayer? Te la puse ahí encima...

Eduardo. Sí, y maldita la gracia que me ha hecho. Dígote ahora y para siempre, que no quiero volver á leer más producciones de hombres á quienes no conozco. Vienen á pedirle á uno su parecer, y si se les dice francamente, se enfandan. Ahora, hazme un favor, si quieres.

Luisa. ¿Cuál?

Eduardo. Déjame solo.

Luisa. ¡Qué amabilidad!.... Ya voy, ya voy. Cásese usted con un literato! Ni ha reparado siquiera en mi gorra!

(Vase Luisa del despacho de su marido; este se sienta en su sillón, coge el poema, lee, se pone á pensar, y en seguida exclama, mientras corta los puntos á una pluma.)

Me parece que así puede pasar.

Vamos ahora con la descripción de la mujer. *(Frotándose la frente.)*

«Angel consolador, que...

(Se oye arañar á la puerta.)

«Del hombre dulce apoyo... y... y...»

(*Vuelve á oírse arañar mas fuerte.*)

—¿Pero quién demonios está arañando ahí? ¡Cuando digo que no me han de dejar en paz!

(*Cesa el ruido.*)

—No parece sino que lo hacen adrede... ¡Eh, ya se me fué la idea!.... ¡Ah!....

«Angel consolador de la existencia,

(*Vuelven á arañar con mas fuerza, y óyese dar de puntapiés á la puerta.*)

Eduardo. ¿Qué es eso?.... ¿quién anda ahí?.... ¿me dejarán VV. en paz?

(*Levantándose á abrir la puerta. Aparece una niña de seis años con un muñeco de papel en la mano.*)

La niña. Soy yo, papá: he llamado quedito porque mamá me ha encargado que no haga ruido... y como soy chiquita no alcanzo al picaporte.

Eduardo (con tono áspero, pero que vá suavizando por grados.) ¡Cómo se entiende, niña! ¿es V. la que viene... sin pedirme permiso... ¡ah!.... esto es insoportable... (Trayéndola hácia sí.) Vamos, ¿por qué has llorado? ¿qué es lo que quieres?.... ya sabes que las niñas que son buenas no lloran.

La niña (muy deprisa y sin tomar aliento.) Papá, es que mi hermano me hace rabiarse todos los días, y me ha pegado y me ha roto el hilo de este mono, porque no se lo he querido dejar.

Eduardo. ¡Hola! Con que el señor Carlitos se divierte en eso? Yo le ajustaré la cuenta.

La niña. Sí, porque le he dicho que te lo habia de contar, me ha sacado la lengua y me ha respondido que no se le importa.

Eduardo. ¡Picaronazo! ¡Yo lo compondré! ¡Eh! anda, hija mia, véte.

La niña. Compónme primero el monigote.

Eduardo. ¡Ay! hija mia, no tengo ahora tiempo... ¡qué demonio! (*Cogiendo el monigote.*) Si has roto todo el hilo... Aquí debo tener torzar para coser los manuscritos. (*Le pone otro hilo.*) Vaya, ten, te la he puesto mas larga para que puedas tirar mejor.

La niña. Muchas gracias, papá.

Eduardo. (Después de darla un beso.) Eal! Ahora déjame solo, y no vengas á incomodarme. (*vuelve á cerrar la puerta del despacho*), porque me enfado de veras. (*Siéntase de nuevo á la mesa, y empieza otra vez á leer.*) Vamos á ver... si ahora quiere Dios.

«Angel consolador de la existencia

Esto es... prosigamos... Yo tenia otro verso... Ah!... «Es la mujer»... No, no era esto... Señor! Tenia un pensamiento hace poco... Ah! ya está aquí...

«Del hombre dulce apoyo y...

(*Abrese la puerta con estrépito y entra saltando y dando voces un muchacho de ocho años.*)

El muchacho. Eh! yo puedo abrir... Soy grande y no tengo que poner sillas... Le llevo á mi hermana toda la cabeza.

Eduardo. (*Muy enfadado.*) Cómo se entiende!... Quién le ha mandado á V. entrar en mi despacho?... Yo le haré á V. que rompa los juguetes á su hermana y la saque la lengua!... Vamos pronto, fuera de aquí!...

(*El muchacho, que ha puesto una cara muy compungida conforme ha ido escuchando el regaño de su padre, le vuelve la espalda muy desconsolado y sin contestar una palabra. El padre le vuelve á llamar.*)

Eduardo. Vamos á ver, ¿por qué has entrado aquí?... Algo se trata.

El muchacho. (*Reprimiendo el llanto.*) Sí... pero te has enfadado conmigo... Me voy... porque no quiero que te enfades.

Eduardo. Ven aquí, ven te digo. (*Lo coge de la mano.*) Quién te mete á romper los juguetes de tu hermana?... No tienes tú los tuyos?... Tú, que eres grande, debias tener mas juicio y no hacerla llorar.

El muchacho. (*Haciendo por llorar.*) Sí; pero ella no te ha dicho que me ha echado á perder mi teatro, y me ha manchado todas las decoraciones... Yo queria hacer comedias como tú... ay! ay! ay!... y ya no puedo... porque me han roto las patas de los árboles.

Eduardo. Pobrecillo! Con que te han roto tu teatrillo?... Vamos, no llores... yo te compraré otro... Mira que hermoso terron de azúcar!

El muchacho. (Cogiéndole.) Muchas gracias, papá. Ah! dame un lapiz para dibujar unas figuritas... yo le afilaré.

Eduardo. Nada de eso; te puedes cortar, y yo no tengo tiempo para hacerlo.

El muchacho. Anda, papá!... un lapiz... un pedacito no más, y te dejo al momento.

Eduardo. (Cogiendo un lapiz y afilándolo de prisa.) Eres tan testarudo y terco como tu madre! Vamos, ahí tienes el lapiz, pero vete pronto y no me vuelvas por aquí, porque te sacaré de las orejas.

El muchacho. (Cogiendo el lapiz.) Gracias, papaito. (Váse saliendo, y cierra la puerta con estrépito.)

Eduardo. ¡Qué chico tan listo! pues no dice que quiere hacer comedias como yo! (Volviendo á tomar la pluma.) A ver si ahora me dejan.

Del hombre dulce apoyo y.. No, no era esto.. La mujer es un ángel... Tampoco!... la mujer está lejos de ser un ángel. Ya se vé, si no cesan de interrumpirle á uno... La mujer es un astro... No... Vamos, es tiempo perdido, hoy no estoy para el paso.

Luisa. (Abriendo la puerta.) ¡Eduardo! ¡Eduardo!

Eduardo. (Dando un puñetazo en la mesa.) Voto á... esto ya pasa de raya!... ¿qué quieres?

Luisa. Siento incomodarte, pero vengo á decirte que ahí está ese jovencito, el que trajo ayer esos papeles.

Eduardo. Que vaya al demonio, él y su Gran Turco enamorado! Pues no faltaba otra cosa! Dile... dile...

Luisa. Mira, yo no entiendo de eso, tú se lo dirás mejor; pase V., caballero.

(Luisa se marcha y deja paso á un joven, vestido muy modestamente, que se deshace en saludos y se queda plantado delante de la puerta, dando vueltas á su sombrero y sin decir una palabra.)

Eduardo. (Para sí.) Acordémonos que todos hemos empezado... Este mozo parece tímido... cualidad rara en el

dia... (*Invita cortésmente al joven á que se siente. Este lo ejecuta en una esquina del asiento, y dice con voz balbuciente:*)

Soy el autor de una pieza que habrán entregado á V. ayer. Desearía saber la opinion de V. acerca de ella... y si quisiese ilustrarme con sus consejos... Tengo otros diez dramas entre manos, se los traeria á V. todos.

—No, no se tome V. ese trabajo; no tengo tiempo; de vuelvo á V. su manuscrito.

—Al menos dígame V. qué le ha parecido el drama.

—El título solo me ha aterrado.

—Pues sin embargo, *Puñal, Veneno y Dogal* me parece que es título que anuncia...

—Si señor, muchos horrores, y por eso mismo.

El Joven. Siento en el alma no oir la opinion de V. respecto de mi drama. ¿Y qué me aconseja V. que haga con él?

Eduardo. Lo que V. quiera. Ya que le tiene V. concluido, nada arriesga V. en darle al teatro. Con que V. me dispensará, pero tengo mucho que hacer, y...

El Joven. (*Levantándose y saludando.*) Siento mucho haber molestado la atencion. Cuando V. esté mas desocupado me tomaré la libertad de traerle un tomo de poesías que pienso publicar.

Eduardo. Para qué? Publíquelas V. desde luego... Con que...

El Joven. (*Saludando y marchándose.*) Servidor de V.

Eduardo. Agur! (*Cerrando la puerta.*)

El Joven. (*Volviendo á abrir.*) Perdone V.; me olvidaba decirle que en la calle de San Mateo, número 50, cuarto cuarto, tiene V. su casa.

Eduardo. Estimando! Ya sabe V. la suya. (*Cierra de golpe.*) Jesus, qué pesadez! Y luego quieren que no se niegue uno! Nada, nada; de hoy en adelante haré lo que los demás, y cerraré mi puerta á todo el que venga á verme... Eso es; y entonces me privaré de recibir á mis amigos.. Si mi mujer y la criada tuvieran un poco de tacto... Eal pongámonos de nuevo á la obra... y continuemos mi poema á la *Esperanza*... el título es bonito... estoy contento de habérsele puesto... Dónde estaba? Ah! en la pintura de la mujer... (*Pasándose la mano por la frente.*) El tal mocito me ha ahuyentado todas

las ideas... Vamos á ver! (*Llaman á la puerta de la escalera.*)

«Angel consolador de la existencia»

No me gusta esto... (*Llaman otra vez.*) Maldito j6ven, con su puñal y su veneno! (*Repitiendo en voz baja.*) «Angel consolador... (*Llaman otra vez con mas fuerza.*) Y va de tres! Si se habrán vueltos sordos en mi casa? (*Otro campanillazo mas fuerte.*) Agua va! Habrá salido mi mujer con los niños, y la criada estará en algun recado. Ya pueden llamar entonces, porque no abro. (*Recitando.*)

«Angel consolador de la existencia,

Del hombre dulce apoyo y...

(*Suena un campanillazo furioso.*) Me van á echar la puerta abajo... No hay mas remedio que abrir. (*Levantándose á abrir la puerta, y éntrase de rondon un hombre alto y seco, vestido de negro, con anteojos verdes, una gran chorrera, y las manos muy puercas.*)

—He estado llamando una hora... D. Eduardo de***...

Eduardo. (*Queriéndole cerrar el paso,*) Qué se le ofrece á usted?

El hombre alto. Es V. por casualidad?

Eduardo. Si señor.

El hombre alto. (*Metiéndose y dirigiéndose hácia el despacho.*) Me alegro infinito, porque he estado muchas veces á ver á V. y nunca le he encontrado... En Madrid no tiene nada de extraño; pero como yo vivo lejos, y el memorialista del portal me ha dicho que estaba V., no he querido irme sin...

Eduardo. Tendrá V. la bondad de decirme en què...

El hombre alto. Si señor, á eso voy. Deseaba que V. me concediese dos minutos de audiencia; es un asunto sumamente sencillo.

Eduardo. (*Observándote con atencion.*) No trae papeles, puedo aventurarme. (*Le deja paso y le ofrece un asiento en su despacho. El hombre alto se arrellena en el sillón y saca la petaca.*)

El hombre alto. Pues señor, el caso es el siguiente,.. ¿Gusta V?

Eduardo. No señor, gracias, no famo.

El hombre alto. ¡Dichoso V! A mí no me bastan dos ca-

jetillas al día. Me lo han aconsejado los médicos para facilitar la expectoración. (*Encendiendo un fosforo.*) Pues señor, como decia á V., el caso, aunque sencillo, es un poco largo. (*Enciende el cigarro. Eduardo frunce las cejas y lanza un suspiro.*) Aquí donde V. me vé, soy un hombre que ha viajado mucho... he corrido medio mundo... de resultas de un sin número de aventuras que seria muy largo contar á V... encontrábame yo cierta mañana de invierno en medio de los Apeninos... le puedo asegurar á V. que no tenia calor.

Eduardo. ¿Pero dígame V., caballero, me va V. á contar su historia?

El hombre alto. (*Continuando sin hacerle caso.*) Otra vez, estando en África en mitad de la canícula, por cierto que tomé una mutación, y se me oscureció de tal modo la tez, que parezco un mulato como V. vé.

Eduardo. (*Impaciente.*) ¡Caballero! yo no sé si V. es ó no mulato, ni eso me interesa, sino que V. me diga á lo que viene.

El hombre alto. También en una ocasión hice á pié el camino de Milán á Nápoles. Hay una distancia regular. Llevaba unas botas rotas por circunstancias que seria prolijo enumerar. (*Presentándole de nuevo la petaca.*) ¿Fuma usted?

Eduardo. (*Incomodado.*) He dicho á V. que no, y ahora le añado que el tiempo es precioso y que se sirva decirme cuanto antes lo que quiere.

El hombre alto. Voy pues al caso. Por la ligera reseña que acabo de hacer á V. habrá venido en conocimiento de las muchas aventuras que me han pasado en 30 años de viajes. Ahora bien, yo sé que V. escribe dramas y novelas, y podemos hacer fortuna los dos. Le vendo á V. mis aventuras, y V. las aprovecha para sus publicaciones, y se lleva toda la gloria.

Eduardo. (*Sentándose.*) Señor mio, si yo hubiera adivinado el objeto de su visita de V., no hubiera durado tanto. Yo no compro aventuras.

El hombre alto. ¡Cómo! ¡Se niega V! Mire V. que es un negocio seguro, y que yo le hubiera hecho un trato muy ra-

zonable. (*Eduardo se encoge de hombros y se sourie con desden dirigiéndose hácia la puerta.*) En fin, una vez que no quiere V... hágame V. la caridad de prestarme un duro... porque me hallo bastante apurado... y no sé...

Eduardo. (*Abriendo la puerta de su despacho é intimándole que se marche.*) Si V. hubiera empezado por ahí, tal vez lo hubiera conseguido; ahora es escusado que V. insista, por que no acostumbro á hacer limosnas por sorpresa... (*Alzando la voz.*) Jacinta, abre la puerta.

El hombre alto. (*Deshaciéndose en saludos y marchándose.*) Yo, ya se vé... un apuro... Beso á V. la mano.

Eduardo. Vaya V. con Dios.

(*Le despide secamente y vuelve á encerrarse en su despacho con muy mal humor. Coge la pluma y repite en voz baja.*)

«Ángel consolador...

—¡Habrás truan! Impulsos he tenido de..,

«La mujer es un ángel, un tesoro...

—Ni sé lo que me digo. Tengo la cabeza perdida...

Vamos á ver, meditemos un poco, y tal vez... (*Apoya la frente en la mano y quédase pensativo. Luisa abre la puerta con tiento y asoma la cabeza diciendo:*)

Eduardo, perdona, una palabra no mas.

Eduardo. (*Sin contestar.*) Continuemos.

«Supremo bien ..

Luisa. ¿Has oído, Eduardo?

Eduardo. (*Volviéndose sorprendido.*) ¿Qué es?... ¡Ah! Vamos á ver: ¿qué hay?... ¿qué quieres ahora?... ¿acabaremos hoy?... ¿se ha pegado fuego á la casa?...

Luisa. ¿Cómo le quieres, frito ó con salsa?

Eduardo (*dando un puñetazo sobre el pupitre, de cuyas resutas van por el suelo los papeles, y déjase caer desanimado sobre el respaldo del sillón.*) ¡Esto es insoportable... inaudito... tremendo!... ¡Incomodarme por un pescado... por un guisote... cuando no he podido en toda la mañana hacer un verso!... ¡Quitate de ahí... Tú no debias ser mi mujer... Debias estar casada con un memorialista!...

Luisa. Vaya, bien; pues entonces le comeremos con aceite y vinagre, (*Váse.*)

(*Eduardo, que ha vuelto á quedarse solo, permanece inmó-*

vil y anonadado contemplando su pupitre. Cállese por fin, y cuando, habiendo recogido de nuevo sus ideas, toma la pluma y se dispone á escribir, oye á sus hijos gritar en coro á la puerta, diciendo:)

—¡A comer, papá, á comer: la sopa está en la mesa!

(Eduardo, desesperado, arroja por última vez la pluma exclamando:)

—Aquí tienen VV. la mañana de un literato!

Z.

CRITICA DE LENGUAJE.

VOCES MAL USADAS (1).

El dificultoso asunto que con nuestras débiles fuerzas vamos á desenvolver, parécenos que es de evidente importancia para cuantos hablan la hermosa y rica lengua que se llamó *castellana*, y que deseáramos (porque ya nos parece tiempo) se denominara *española*; como tambien para aquellos que se preocupan del aliño y correccion del habla comun, que, como es sabido, forma todo un pueblo, pulen las personas ilustradas y cuyas reglas fijan los gramáticos; estando persuadidos de que nuestro humilde ensayo, lo dejamos muy le-

(1) Para formar este trabajo, hemos tenido presentes, entre otros libros y artículos, los que á continuacion citamos: Madramany, *Tratado de la elocucion*.—Baralt, *Diccionario de galicismos*, 2.^a ed.—Feijóo, *Paralelo de las lenguas castellana y francesa*, publicado en el t. LVI de la Biblioteca de A. A. españoles.—Anónimo, *España.—Estado de la leng. esp.*, artículo que vió la luz en la *Enciclopedia Moderna*, t. XVII.—Villaranda, *Del lenguaje moderno*, trabajo que apareció en la *Gaceta de Madrid*, núm. del 21 de Mayo. 1852.—Varios autores, *Discursos de recepcion* en la Academia Española.—Prada, *De las traducciones*, en *La Ilustracion esp. y americ.*, volúmen corresp. á 1880.—Hermosilla, *Arte de hablar en prosa y verso*, ed. de Salvá.—Monlau, *Del arcaismo y el neologismo*.—Mora, *Coleccion de sinónimos de la leng. cast.*, con prólogo de Harzenbusch.—Salva, *Gramática de la leng. cast.* 9.^a ed.—Gallego, *Exámen del Juicio critico de los principales poetas esp. de la última era*, por Hermosilla, reimpresso en el t. 3.^o de *Poetas liricos del siglo XVIII*, coleccion formada por Cueto.—Varios autores, *Memorias de la Acad. esp.*—Mayans, *Orígenes de la leng. esp.*—Marina, *Discurso sobre el origen y formacion de la leng. cast.*, inserto en el t. IV de las *Memorias de la Acad. de la Hist.*

jos de la perfeccion que cabe en él; habiéndonos resuelto á abrir este camino, no dudando que otros mas idóneos, podrán fácilmente allanarlo y mejorarlo.

No reconocemos derecho para contener la creacion ó introduccion de vocablos, cuando hay acierto y gusto en escogerlos y cuando se acomodan bien al carácter de un idioma; lo que sí condenamos es el abuso, es el afan de sustituir á términos castizos y propios, otros supérfluos y malsonantes que afean la lengua haciéndola perder su originalidad.

Hemos ganado en palabras, pero casi todas son de ciencias y de artes; por otro lado abandonamos muchas sin saber por qué. El uso, ese déspota de los lenguajes, como alguien ha dicho, lo ha querido así, y al paso que invadiendo territorios estraños, nos apoderamos de voces que ninguna falta hacian, hemos olvidado en cambio algunas que no nos vendrian mal. No traducimos la palabra francesa *royauté*, y hemos anticuado la voz española *realeza*. No usamos ya las significativas *hombredad*, *humildanza*, *malencomioso*, *pleitesia*, *acostamiento*, *empecer*, *andanza* y otras, y se hallan amenazadas de muerte algunas muy castizas, tales como *hueste*, *laceria*, *plañir*, etc.

Nuestros autores han mejorado el idioma, llevados naturalmente de su genio y de su instinto; sin preceptos á que atenerse, sin mas norma que el uso sancionado por las clases cultas, han escrito obras en diversos géneros, sin que nunca se haya mostrado el idioma ingrato á sus deseos; la lengua se ha formado sin preceptistas, y cuando decimos esto no hacemos excepcion alguna: no poseemos trabajo alguno formal acerca de nuestro idioma; todo entre nosotros, incluso el *Diccionario de la Academia*, es incompleto. Casi podría asegurarse que mas de la mitad de nuestro idioma resulta olvidado en él, que muchas voces se hallan mal entendidas y que tal vez esto haya podido contribuir á hacer dudar de la riqueza del idioma español.

No vemos en todas partes mas que prosa de periódicos y prosa de traducciones, y estas últimas por sí solas bastan para destruir todo un lenguaje. Ellas son las que introducen entre nosotros esos modismos extranjeros que además de

su natural rudeza, vienen vestidos con ese aire exótico que tanto desdice de nuestra lengua y la convierte en un dialecto disfrazado con ropaje de arlequin; se olvida lo más puro, lo más castizo, lo más brillante de nuestro idioma, y las frases y las voces bárbaras españolizadas, llegan, de puro oídas, á aclimatarse en el país.

No hace mucho tiempo que hemos visto traducido *fer á cheval* (herradura) por *hierro de caballo*, y si esto sucede respecto de unas palabras que han de chocar, aunque no sea mas que al oído, ya que no al sentido comun, ¿qué diremos de ese cúmulo de giros á que apela el francés en su pobreza y que á primera vista no disueban, pero que marcan la índole de un idioma? Se traducen al pie de la letra y las verdaderas expresiones españolas quedan arrinconadas; nos empobrecemos voluntariamente; arrojamos nuestras brillantes preseas y nos cubrimos ufanamente con mal hilvanados andrajos. Así es que *rendre vilain* se traduce por *volver feo* y no por *afear*; *se couvrir de chevaux blancs* por cubrirse de cabellos blancos, y no por *encanecer*; *lié au mains*, por *atado por las manos* ó *con las manos atadas*, y no por *maniatado*; no se dice ya *forcejar* sino *hacer fuerza*; no se dice *armar una máquina*, sino *montarla*; no se dice *regalar* sino *hacer presente*. No vemos por todas partes mas que el *espíritu* francés y no el *ánimo*, el *entendimiento*, el *ingenio* español.

No se entienda que aprobamos la calificación de anticuadas que se dá á las palabras de uso poco frecuente, porque rara vez ocurre hablar de las cosas que significan; y á las que no tienen un equivalente en la actualidad. Son de las primeras *bohordar*, *burdegano*, *calamorrar*, *cripta*, *crismar*, *crisuela*, *cuaresmar*, *jubetería*, *judicativo*, etc.; y de las segundas *allende*, *amblador*, *aparatoso*, *aplebeyar*, *arrufaldado*, *badajear*, *cadañal*, *cadañero*, *cólcetra*, *condesil*, *confesante* (el que se confiesa), *conflátil*, *consejable*, *conservero*, *consumitivo*, *convocadero*, *cosible*, *cuartamente*, *descerebrar*, *desplumadura*, *enlabiar*, *enseñadero*, *espectable*, *escomulgamiento* (que es el acto de echar la excomunión), *eviterno*, *filancia*, *grillar* (por cantar los grillos), *hojecer*, *insuflar* (por inspirar en el ánimo una cosa), *misar*, *orfebre*, *orfebrería*, y muchas otras, que llevan en el *Diccionario* el signo de anticuadas.

Al emplear una voz anticuada, es preciso ver si la lengua tiene adoptada ya en su lugar otra igualmente buena. En este caso no hay necesidad de emplear la antigua, por que con esto no se conseguiria enriquecer el habla, sino recargarla inútilmente. Por ejemplo, el uso ha sustituido al adjetivo *hermanal* otro mas latinizado, *fraternal*, que dice exactamente lo mismo, y es tan lleno y sonoro como aquel. Nada ganaríamos con que se nos quitase el *fraternal* y se nos diese el *hermanal*, si tambien no se nos quitaban *paternal*, *maternal*, *filial*. Y ¿qué se sustituiria en su lugar? ¿*Padral*, *madral*, *hijal*? Bonitas palabras! Esto prueba, y aquí es donde conviene hacer esta advertencia, que las decisiones del uso, cuando es constante y general, son por lo comun fundadas en razon, y no tan caprichosas como generalmente se cree. Así en nuestro caso, ¿por qué ha preferido el latinizado *fraternal* al mas castellanizado *hermanal*? Por ser consiguiente y conservar la analogia con *paternal*, *maternal*, *filial*. Y ¿por qué estos, y no los rigurosos derivados que debian deducirse de *padre*, *madre*, *hijo*? Porque *padral*, *madral*, *hijal* son voces de muy dura y áspera pronunciacion.

Algunas voces, aunque no fueron desconocidas á nuestros mayores, eran tan raras entre ellos como frecuentes en el habla moderna, á cuyo número pertenecen *abocarse*, *aliado*, *atribucion*, *beneficencia*, *clientela*, *confederado*, *chocante*, *chocar*, *ensayo*, *fascinar*, *inermes*, *lealtad* (por fidelidad), *morbidez*, *municipal*, *pisaverde*, *posicion* (por *situacion*), *sociabilidad*, *velocidad*, etc. Algunas que entre ellos no lo eran, son familiares, y aun bajas para nosotros, como *bacin*, por *bacia* ó *barrreño*, *oreja* por *oido*. *Regoldar* fué usado por los mejores escritores del tiempo de Cervantes, si bien este lo calificó de «uno de los mas torpes vocables que tiene la lengua castellana»; y á mí como tal me suena—dice un insigne gramático—, no obstante que la Academia no lo reputa por del estilo bajo, ni aun del familiar, y que Garcés en el prólogo al tomo 2.º del *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, se empeña en vindicarlo de toda nota de bajeza ó malsonancia.

Otras han tomado un significado distinto del que antes tenian, como *arenga*, *arengar*, *auspicio* (cuando lo usamos por

recomendacion), *bolsa* (por *lonja*), *cortejar*, *cortejo*, *despacho oficial*, *destino* (por el empleo que uno tiene ó la suerte que le ha cabido), *encadenamiento de los sucesos*, *entrevista* (por conferencia), *época*, *noticia de oficio*, *patriota*, etc. Algunas de estas voces, y aun de las verdaderamente anticuadas, están en uso todavía, bajo su significación primitiva, en varios pueblos yentre ciertas gentes de Castilla la Vieja.

Hay dicciones y frases enteramente nuevas, las cuales no debemos ya escluir del tesoro de la lengua. Tales son *accion* (de guerra), *bello-sexo*, *bilocar*, *bilocarse*, *cenamerienda*, *desmoralizar*, *divergencia*, *exaltado* (por *acalorado en las opiniones*), *fraque*, *funcion* (por *fiesta*), *funcionario*, *garantia*, *garantir*, *immoral*, *intriga*, *organizar* (por *ordenar*), *paralizar*, *patriotismo*, *petimetre*, *presidir* (por *intervenir como parte principal*), *quincalla*, *quinquellero*, *rango*, *trasporte* (por *rapto*), y muchas más, que sería sobrado largo referir.

No se debe negar carta de naturaleza á ninguna palabra que represente ó recuerde un invento nuevo, como *daguerreotipo*, *asfaltar*, *ferro-carril*, *quinqué*, *risfe* y un sinnúmero de otros. *Reproche*, *intriga*, *coqueta*, *coleccionar*, *permitirse* y otras ciento cuentan con el uso más ó ménos general, y algunas con autoridades de primer orden.

Sustituir con la palabra *comité* la de *comision* ó de *junta*, decir *debut* en lugar de *estreno*, *revancha* por *desquite*, *nouvautés* por *géneros nuevos*, *corbeille* por *canastillo*, *cabá* por *esportilla*, *cadeau* por *regalo* ó *fineza*, *tableau* por *cuadro*, *trousseau* por *galas de novia*, *bisuteria* por *joyeria*, *toilette* y *soirée* por *tocado* y *sarao*, no es enriquecer nuestro idioma, sino introducir en él voces que ni le hacen falta ni suenan bien.

Sería prolijo enumerar las palabras extranjeras generalmente adoptadas por representar ideas que no es posible expresar sin recurrir á una perífrasis: *dilettante*, *prima-donna*, *diva*, *soprano*, *fiasco*, etc.; *roastbeef*, *lunch*, *beefsteak*, *meeting*, *leader*, *buffet*, *mise en scène*, *claque*, *chic*, *bouquet*, etc.

Voces extranjeras van poco á poco reemplazando á otras nacionales que caen en desuso. Nuestras damas del siglo XVII llamaban *estufilla* á lo que ahora se conoce con el nombre francés de *manchon* ó *manguito* para conservar el calor en las manos. Del inglés tomamos *spleen* y la ciencia nos dá *esplenitis*, *esplénico*, *esplenético*.

En cierta notable polémica sostenida por dos maestros del idioma español (Gallardo y Adolfo de Castro), escribía este:.... «¿A qué viene decir que Capmany hurtó á V. la noticia que en castellano no hay voz que supla á la *coqueta* en francés?.... Si V. defiende la opinion de Capmany como suya, él y V. están muy engañados. En castellano se llama *veleta*, y tambien *veleidosa*, á mujeres que mudan sus afectos con facilidad; y *marteleras* á las aficionadas á corresponder á todos los galanes que se presentan, y *chichisveras* á las que admiten los obsequios continuados de todos los *chichisveos*, que son obsequiadores eternos y sempiternos; y además *quillotreras*, que se enamoran cortesanamente y sin mas afecto que buenas palabras, y son de aquellas de cuantos veo tantos quiero. Y en fin, si los franceses necesitan decir *coqueta de ventana*, nosotros decimos solamente *ventanera*: si ellos *coquetas paseantes en plazas*, nosotros *plazeras*.»

No pocos dicen muy satisfechos *bibliófilo*, por aficionado á comprar ó poseer libros; pero á los helenistas les pasma con razon tal significado, por cuanto la raiz *philo* ó *filo*, para tener el sentido activo, debe anteponerse, pues si se pospone, recibe el sentido pasivo. *Bibliófilo*, por consiguiente, en buena ley de composicion analógica, significa *amado de los libros*, que es precisamente lo inverso de lo que se propuso dar á entender el malaventurado artífice de este vocablo.

Pero de tantas palabras como el uso vulgar aplica mal, ninguna hay tan notable como el adjetivo *sendos*, *sendas*. En nuestro *Diccionario* primero, que solemos llamar de *Autoridades*, porque trae para casi toda dición ejemplos qua enseñan la manera de usarla, se lee que el plural *sendos*, *sendas*, quiere decir «cada uno de dos ó más»; y no *grandes*, *extraordinarias*, *descomunales*, como cree la generalidad. Cervantes, Jáuregui, Quintana, Garcilaso de la Vega, Mendoza, etc., fijan concluyentemente la significacion verdadera del adjetivo referido, que vale «tantos por tantos, uno por cada uno, á cada uno el suyo», como define Cabrera en su *Diccionario de Etimologías*, ó bien «cada uno ó cada cual de dos ó más, considerado por sí solo, sea activa ó pasivamente, como dice el de la Academia, última edicion.

Sucedia en tiempos de Cervantes lo mismo que siempre ha

sucedido y sucederá, y es que está una palabra luchando por generalizarse, y unos la admiten dándole carta de naturaleza, y otros negándosela, la rechazan. La palabra *génio* es hoy un ejemplo de esta verdad: unos la admitimos, porque nos parece que no tiene equivalente, y otros no quieren usarla, y sin ella se pasan. Nuestros mayores jamás la usaron en sentido indeterminado y absoluto (*génio* por *ingenio*.)

El vocablo *bisuteria* es el *bijouterie* francés, que significa comercio de joyería, platería de oro, segun Capmany. Su raíz inmediata *bijou* vale joya, alhaja, y tambien bujería ó dije, sea para adorno ó para juguete. Ahora bien: si, gracias á Dios, no necesitamos hacer, ni hasta ahora por honra nuestra hemos hecho *bisú* de *bijou* ¿por qué haríamos *bisuteria* de *bijouterie*? Por necesidad no será, pues tenemos voces de sobra hasta para distinguir de casos. ¿Se trata, v. g. de alhajas de plata? ahí está *platería*. ¿De obras ó bordaduras de oro, ó plata? ahí está *orfebrería*. ¿Del trato y comercio de joyas, y de cosas menudas de seda y otros adornos, como abanicos, guantes, etc. tenemos *joyería*. ¿De chucherías y baratijas de poca monta, como botones, agujas, cintas, peines, alfileres, etc? tenemos *buhonería* y *quinquillería*. ¿Se quiere un vocablo nuevo? Dígase *bujería*, dando á esta voz, sobre su propia significacion, la de comercio de bujerías ó dijes, como propone ó aconseja un insigne hablista.

Vemos en nuestros dias escritores que solo se dedican á la lectura de obras pésimamente traducidas del francés, persuadidos quizá de que no existen buenos libros españoles: estos afirman que *son sensibles* para dar á entender que son compasivos; y si se les pregunta por un enfermo contestan que *está bien*, en lugar de *está mejor* ó *está bueno*. A esas personas les agrada llamar *cournous* al albornoz y *paletó* al gaban, emplear el verbo *segundar* en la monstruosa acepcion de dar auxilio, cooperacion ó ayuda; usar diariamente *reassumir* como recíproco y casi siempre por recopilar, por reducir á compendio. Para ellas las medias tintas se convierten en *matices*, como si dicha voz no significara precisamente lo contrario del vocablo *nuance*, al que se ha querido dar aquella extraña interpretacion; el progreso y el curso en *marcha*, el acompañamiento en *cortejo*, la gerarquía en *rango*, la reputa-

cion distinguida en *notabilidad*; ya nadie se estrena y todos *debutan*; los soldados no pelean, sino que se *baten*; los empleados no sirven, pero *funcionan*; para los periodistas las actrices no obtienen triunfos sino *ovaciones*, y es lo gracioso que estas denotan triunfos pequeños; ahora no se dice comision o junta, y sí *comité*, *revancha* por desquite, *corbeille* en lugar de canastillo; muchos se avienen á que sea *mosáico vegetal* el embutido de varios colores hecho en madera y llamado taracea; se denomina *confeccion* á la hechura de un vestido ó á la formacion de un ministerio, sin tener en cuenta que no se trata de drogas; las personas ó cosas pasan *desapercibidas* cuando no se repara en ellas, barbarismo generalizado. Con ser muy desatinados los galicismos que hoy se cometen, hallo que pocos se le asemejan al *pasar desapercibido*: locucion que en todo rigor significa en español pasar alguno desprevenido, desprovisto de lo necesario para alguna cosa; y no, como quieren los galiparlistas, pasar no visto, no advertido, inadvertido, ignorado, segun los casos.

Y no digamos nada del nombre de *minaretes* con que estilistas de nota bautizan á las torres de las mezquitas, llamadas alminares, voz empleada por Valera en su admirable traduccion de la elegía del poeta arábigo Abul-Beka.

Cometen asimismo delito vitando contra la hermosa lengua española cuantos introducen el verbo exótico *reanudar* por anudar; la voz *fibra* por cuerda, que malamente usó nada menos que L. Moratin; *aplomo* en vez de serenidad, tiento, pulso, segun los casos; *viable*, vocablo que son los primeros en pronunciar los mas afanados oradores, queriendo significar posible, asequible, hacedero, practicable, etc. Pero lo singular del caso es que tal palabra en francés no es ni aun eso, sino solamente (en lenguaje forense y de medicina legal) que es de vida, que puede vivir; y se dice de los siete-mesinos y otras criaturas, de parto prematuro. Por manera que, en vigor, la frase censurada no es inteligible ni para franceses ni para españoles, ó por lo ménos, no es correcta en ninguno de ambos idiomas; *eminencias* sociales, literarias, que escriben no pocos, en vez de decir personas ilustres, sobresalientes, notables, importantes; *autor* en vez de escritor: el primer vocablo se aplica al que formula sus concepciones

y pensamientos por medio de la escritura, aunque no escriba bien, y cualquiera que sea el género de trabajos á que se consagre. Así Racine y Voltaire son ó fueron excelentes escritores; pero Descartes y Newton no mas que autores, aunque célebres y de mètito sobresaliente. Recuérdense aquellos versos de Boileau, que Arriaza tradujo así:

El *autor* mas sublime sin lenguaje,
Será en el fondo un *escritor* maldito.

A. MARTINEZ DUIMOVICH.



ANTIGONA.

TRAGEDIA DE SÓFOCLES.



(Continuación.)

CREÓN.

Y todo tu consejo se reduce á que miremos con consideracion á los que desobedecen las leyes.

HEMÓN.

Jamás he pretendido que mires con respeto la maldad.

CREÓN.

Y no es esa la enfermedad de nuestra prisionera?

HEMÓN.

No lo creen así los ciudadanos de Tebas.

CREÓN.

Los tebanos! ¿y son los tebanos los que han de imponerme á mí las órdenes que yo debo dictar?

HEMÓN.

Lo ves padre mio? acabas de hablar como un mancebo.

CREÓN.

Pues quién sino yo tiene derecho á gobernar en este pais?

HEMÓN.

Una Ciudad no es Ciudad desde que se la mira como la propiedad de uno solo.

CREÓN.

Pues no se tiene como dueño de una ciudad al que la gobierna?

HEMÓN

En buen hora; pero en ese caso reinarás en un pais desierto.

CREÓN.

Este se vé que aboga por la mujer.

HEMÓN.

En verdad si tu eres una mujer: pues ante todo yo no me intereso más que por tí.

CREÓN.

Oh el más vil de los hombres! tú has venido á acusar á tu padre!

HEMÓN.

Por que te veo pecar con injusto motivo.

CREÓN.

Cómo! es una cosa injusta el que yo mantenga mis derechos?

HEMÓN.

No los sostienes al conculcar el respeto debido á los dioses.

CREÓN.

Miserable corazon subyugado por una mujer!....

HEMÓN.

Jamás, nunca me verás ceder á pasiones vergonzosas.

CREÓN.

¿Pues todo tu discurso no se reduce á hablar en pró de ella?

HEMÓN.

Y tambien por tí, y por mí, y por los dioses infernales.

CREÓN.

Pues á esta te prometo que no la gozarás viva por esposa.

HEMÓN.

Morirá, sea; pero alguien perecerá tambien con ella.

CREÓN.

Cómo! ¿llevas tu insolencia hasta amenazarme?

HEMÓN.

Què amenaza hay en rebatir tus fútiles sentencias?

CREÓN.

Insensato, cuántas lágrimas te han de costar tus lecciones de sabiduría!

HEMÓN.

Si no fueras mi padre, diria que habias perdido el juicio.

CREÓN.

Vil esclavo de una mujer, no me importunes más con tus garrulinas.

HEMÓN.

Tú dices cuanto quieres, y despues que hablas, no quieres à tu vez oir.

CREÓN.

De veras?... Pues acuérdate, y lo juro por el Olimpo, que no me has de haber ultrajado impunemente.

Ola! que se lleven al punto á esa mujer aborrecible, y que inmediatamente sucumba ante los ojos y en presencia de su amante.

HEMÓN.

Nó, ante mis ojos ni en mi presencia no morirá;—pero tampoco tú me volverás á ver: te dejo ejercer tus furores en medio de los cobardes amigos que los sufren.

CORO.

O! Rey! se ha marchado trasportado de cólera. De un corazon como el suyo, hay que temer algo grave en la vehemencia de su dolor.

CREÓN.

Váyase en buen hora y que obre y piense de modo superior al de todo el hombre; pero á estas dos mujeres no las librárá de la muerte.

CORO.

¿A las dos, á las dos las vás á hacer perecer?

CREÓN.

A la que no ha tocado al muerto, nó: tienes razones.

CORO.

¿Y qué suplicio le tienes preparado á la otra?

CREÓN.

Conducida á un lugar desierto, donde no se encuentre huella humana, la haré encerrar viva en la profundidad subterránea de una roca, con el alimento preciso que exige la expiación, y para evitar á la Ciudad entera el crimen de su muerte. Una vez allí que implore á Plutón, único de los dioses á quien ella verera y tal vez obtenga el no morir; ó se convencerá probablemente que es trabajo inútil rendir culto á los manes.

CORO.

Estrofa 1.^a

Amor! invencible, indomable Amor! tú hieres al poderoso del propio modo que te posas sobre las delicadas megillas de la doncella; lo mismo atraviesas los mares, que te introduces en la rústica cabaña; no se libran de tí los dioses inmortales, ni el hombre de efímera existencia; ah! el corazon de que te apoderas es presa del furor.

Antistrofa 1.^a

Tú arrastras á los buenos al crimen y á la injusticia; tú eres quien acaba de suscitar esa reyerta entre el padre y el hijo. De todo triunfa el amor que inspiran los ojos de una hermosa. El amor preside con los dioses á las leyes de la naturaleza. ¡Cómo juega con nosotros la irresistible Afródita!...

Yo mismo en este instante, rebelde á los mandatos de Creón, no puedo contener el raudal de mis lágrimas, viendo á Antígona caminar hácia la mansion en que se duerme el eterno sueño.

ANTÍGONA.

Estrofa 2.^a

Ciudadanos de Tebas, mi patria! miradme colocada en el sendero fatal, y por última vez contemplando la claridad del Sol: ya nunca más lo veré!.... El dios del Averno, que todo lo aletarga, me conduce viva á las márgenes del Aqueronte, sin haber gozado del tálamo nupcial, antes de haber resonado para mí los cantos del himeneo; mi esposo será el Aqueronte.

EL CORO.

Pero de cuánta fama y de cuán inmensa gloria acompañada, vás á ingresar en ese sombrío asilo de la muerte. Sin haber sido consumida por lenta enfermedad, sin haberte visto reducida á la servidumbre como botín de guerra, tú sola entre los mortales, vás á descender libre, y aún viva, en el Imperio de Pluton.

ANTÍGONA.

Antistrofa 2.^a

Yo sé de qué muerte deplorable pereció en la cumbre del Sypilo la Frigia, hija de Tántalo, á la cual se adhirió como la hiedra la roca que germinó en torno de ella para envolverla. Desde entonces, según cuentan los hombres, se halla eternamente cubierta de nieve y azotada por la lluvia, cayendo de sus párpados sin cesar las lágrimas que inundan su seno. Semejante á la de ella me tiene preparada mi suerte el Destino.

EL CORO.

Empero ella era una deidad y de dioses descendiente; nosotros somos humanos y nacidos de mortales. Así, pues, será más gloriosa tu muerte; pues que tu destino es semejante al de los dioses.

ANTÍGONA.

Antistrofa 3.^a

Ay! Se mofan de mí... En nombre del Cielo, ¿por qué me insultais? Por qué me ultrajais antes de morir, cuando todavía no he desaparecido de la tierra? Pátria mia, ópulentos hijos de esta ciudad, fuentes dirceas, bosques sagrados de la belicosa Thebas, vosotros sois testigos del abandono en que me veo, y del cruel decreto por el que me llevan á ser encerrada en una prision para que me sirva de sepultura.— Misera de mí! no voy á habitar ni con los vivos ni con los muertos.

CORO.

Elevada, por un extremo de temeridad, al alto sόlio de la Justicia, has caido nuevamente. Sin duda, hija mia, tú expias algun crimen de tus antepasados.

ANTÍGONA.

Antistrofa 3.^a

Me has despertado el recuerdo de nuestras dolorosas desgracias, la desdicha de un padre que afectó á tres generaciones, y la triste fatalidad que pesa sobre nosotros los ínclitos Labdácidas. Fatal himeneo de mi madre, enlace incestuoso, que unió á una madre y á un hijo infortunados, y del cual nací yo, por mi desgracia. Cargada de imprecaciones, y privada de la dicha del himeneo, voy á reunirme con los autores de mis dias.

Oh hermano mio! qué funesta union has llevado á cabo!.... Sucumbiste, y á mí, viva, me has asociado á tu muerte.

CORO.

Honrar á los difuntos es ciertamente un acto de piedad; pero la autoridad de los que mandan debe tambien ser acatada. La fiera de tu carácter te ha perdido.

ANTÍGONA

Epodo.

Sin amigos, sin esposo, sin ser de nadie llorada, voy á emprender mi último camino. Ya no volveré á ver jamás, ¡infortunada! el ojo sagrado del Día. Mi desgracia por nadie será llorada. Ni un solo amigo derramará por mí una lágrima! ...

CREÓN.

No conoceis que si estos llantos y lamentaciones sirvieran á los condenados á muerte, no habria uno que les pusiera término?—Ea, pues, llevárola sin dilacion; y, encerrada en su tumba subterránea, muera, si gusta, y si no, que viva cuanto quiera dentro del sepulcro.--Nosotros quedamos exentos del delito de sacrilegio por lo que respecta á esa jóven; y ella cesará por su parte de tener comunicacion con este mundo.

ANTÍGONA.

Oh tumba! lecho nupcial, morada subterránea de donde no saldré jamás, me voy á reunir con los míos,—casi todos entre los muertos ya recibidos por Proserpina,—antes que el Destino haya señalado el término de mis días. Abrigo, al menos, la esperanza de que allá mi presencia será grata para mi padre, así como para tí, madre mía, y para tí tambien, querido hermano: porque yo he sido la que con mis propias manos os lavè y exorné despues de muertos, y os honré con fúnebres libaciones. Y por haber sepultado tus restos ¡oh mi caro Polynice! ya vés cuál es la recompensa. Sin embargo, yo creo que te he dispensado los debidos honores, á juicio de los hombres sensatos. Si yo hubiera sido madre, ó si fuera mi esposo el que quedara insepulto, jamás hubiera menospreciado las leyes del Estado, cumpliendo este penoso deber. ¿Qué principio me lleva á pensar esto que digo? Ah! porque el esposo muerto puede ser reemplazado con otro, y un segundo hijo puede reparar la perdida del primero; pero habiendo bajado al sepulcro los autores de

nuestros días, nadie me puede dar un nuevo hermano. Muerta de estos sentimientos, y olvidándolo todo para tí, te he tributado, hermano mío, los honores que ha considerado Creón como un crimen y una audacia horrible. Y héme aquí conducida á la muerte, sin haber gozado de las dulzuras del himeneo, ni de la ternura de un esposo, ni de las delicias de la maternidad. Sola, desamparada, sin amigos, voy á descender, en vida, á la región subterránea de los muertos... ¿Qué crimen he cometido yo contra vosotros, oh dioses?... ¿Pero de qué me sirve dirigir mis ojos al Cielo?... ¿Qué socorro puedo ya esperar, cuando en premio de mi piedad, me veo tratada como una impía?... Si los dioses aprueban mi muerte, yo sufriré resignada el castigo de mi falta; pero si soy inocente... que sufran la misma pena los que tan injustamente me castigan!

EL CORO.

Continúa aún poseida del mismo vértigo que viene agitando su alma.

CREÓN.

Tanta lentitud, quizá cueste algunas lágrimas á sus conductores.

ANTÍGONA.

Ayl... esas duras palabras son mi última sentencia.

CREÓN.

De modo alguno has de confiar que quedará sin que se cumpla.

ANTÍGONA.

Oh Thebas, patria mía, ni un momento más... al fin me llevan!.. Mirad, jefes tebanos, mirad á una princesa, último vástago de una dinastía de reyes, el ultraje que recibe de parte de los hombres, por haber rendido culto á la piedad.

CORO.

Estrofa 1.^a

Del propio modo se vió privada Danae de la claridad de la luz, en su prision de bronce, oculta á todos los ojos y cautiva en su sepulcro,—á pesar de ser ilustre su origen, hija mia! y de haber fecundado su seno Júpiter transformado en lluvia de oro. Pero el poder del Destino es incontrastable: sin que puedan librarse de él ni la riqueza, ni el ñero Marte, ni los fuertes castillos, ni las naves ea cuyos negros costados se estrellan las olas.

Antistrofa 1.^a

Así tambien se vió encadenado el impetuoso hijo de Dryas, rey de los Edonios; por su violencia y maneras impetuosas fué encerrado por Baco en una prision de piedra. Tales terribles venganzas suscita el furor. El reconoció al fin al dios á quien, en su insania, habia ofendido con acerbas blasfemias: habiendo cohibido á sus sacerdotisas delirantes y apagado el fuego sacro, y ofendido á las musas, amantes de la armonia.

Estrofa 1.^a

No lejos de las aguas Cyanéas, que corren entre ambos mares, junto á las playas del Bósforo y del hospitalario Salmýdesso de Tracia, el dios Marte, adorado en aquellos lugares, vió á los hijos de Fineo execrablemente vulnerados por su cruel madrastra con los ojos fuera de sus órbitas, pidiendo venganza, arrancados no con la lanza sino por sangrientas manos con la aguda punta de la lanzadera.

Antistrofa 2.^a

Desdichados! transidos de dolor, se lamentaban de su misera suerte, deplorando el himeneo fatal de la madre que en mal hora los habia dado á luz. Y sin embargo, ella descendia de la antigua familia de los Erechthidas. Hija de

Bórcas, se habia criado en los antros profundos, en medio de las tormentas paternas, y con la rapidez de los corceles recorría las llanuras de los hielos. Era de sangre de dioses; y sufrió á pesar de ello, los rudos golpes de las inmortales Parcas, hija de mi corazón!....

TIRESIAS.

Próceres de Tebas! aquí me teneis en compañía del que me conduce y que vé por los dos: el ciego no puede marchar sin un guía.

CREÓN.

Respetable Tiresias ¿qué te trae por aquí?

TIRESIAS.

Voy á decírtelo: pero has de obedecer á este viejo adivino.

CREÓN.

Hasta ahora nunca me he separado de tu consejo.

TIRESIAS.

Razon por la que has gobernado tan felizmente la Ciudad.

CREÓN.

Reconozco ciertamente los buenos servicios que te debo.

TIRESIAS.

Pues reflexiona que en este momento te hallas al borde de un precipicio.

CREÓN.

Qué ocurre? Tus palabras me causan horror.

TIRESIAS.

Pues vas á saberlo, si escuchas lo que presagia mi ciencia. Sentado me hallaba en mi antigua silla augural, teniendo junto á mí un receptáculo de aves de toda especie, cuando súbitamente oigo que arman un estrépito tremendo, clamando con unos gritos salvajes y de mal agüero; y conocia que se estaban desgarrando las unas á las otras, por el vehementemente batir de sus alas.

Temblando de espanto acudí á hacer un sacrificio en el fuego de los altares; pero la llama brillante no salia de las víctimas: sino que la grosura de las piernas se derretia, y se absorbía en las cenizas, levantando luego una espesa, rugiente humareda, y quedando los huesos de los miembros dispersos y separados de la grasa que los envolvía. Tales son los pormenores de que me daba cuenta este niño—y que son presagios funestos de un sacrificio inútil!....—Porque este niño es quien á mí me guía como yo dirijo á los demás.

Y estos males han sobrevenido á la Ciudad por tu causa: porque nuestras aras y nuestros hogares están repletos de los despojos de las aves y de los perros que se han nutrido con el cadáver del mísero hijo de Edipo. Los dioses, pues, no aceptan ni nuestras preces, ni nuestros sacrificios, ni la llama de nuestras víctimas: ni ave alguna exhala grito de buen agüero, pues se han abrevado en la sangre de aquel cadáver.

Medita en esto, hijo mio. El error es comun á todos los mortales; pero el que yerra, si repara los males causados por su error, si no permanece impasible, obra feliz y sabiamente. La arbitrariedad es madre del error. Cesa, pues, de molestar á ese difunto; deja de herir á un cuerpo inerte. ¿Qué valor hay en matar á un muerto segunda vez? Este consejo me lo inspira tu interés; mira que son útiles siempre los avisos de la prudencia.

CREÓN.

Viejo! veo que venís todos como arqueros á lanzar vuestros dardos contra mí. Los adivinos turban ahora mi reposo;

antes los de mi familia me han vendido como mísera mercancía. Seguid todos en vuestro tráfico, ganáros todos el *electron* de Sardes y todo el oro de la India; pero á ese no lograreis, no, que se le dé sepultura: aunque las águilas de Jove quisieran llevarle en pedazos como ofrenda ante el trono del rey de los dioses, ni aún así, permitiría su inhumación. Y no temiera cometer con ello profanación: porque yo sé bien que los dioses están al abrigo de las profanaciones de los mortales.

Oh anciano! los hombres más hábiles se exponen á dar vergonzosas caídas, cuando el afán de la ganancia los mueve á pronunciar discursos bochornosos.

TIRESIAS.

Ay! cualquiera puede conocer ó imaginar...

CREÓN.

Qué? veamos qué nueva vulgaridad vas á decir...

TIRESIAS.

Cuán superior y preferible es la prudencia á todos los bienes del mundo.

CREÓN.

Como, á mi juicio, la insensatez es el más funesto de los males.

TIRESIAS.

Esa es la enfermedad que estás plenamente padeciendo tú en estos instantes.

CREÓN.

Válgate que no puedo devolver á un sacerdote injuria por injuria.

TIRESIAS.

Y sin embargo, acabas de ultrajarme, calificando mis vaticinios de imposturas.

CREÓN.

Todos los de la casta hieromántica sois aficionados al dinero.

TIRESIAS.

La raza de los tiranos es la que ambiciona el sórdido provecho.

CREÓN.

¿No sabes tú que es á un Rey á quien se dirigen tus palabras?

TIRESIAS.

Lo sé muy bien: como que, gracias á mí, pudiste salvar á esta Ciudad.

CREÓN.

Eres en verdad un hábil adivino; pero te complaces en la injusticia.

TIRESIAS.

Al fin me obligarás á descubrir lo que me proponia tener perpétuamente sepultado en mi corazon.

CREÓN.

Descúbrelo; pero que no mueva tu lengua la codicia.

TIRESIAS.

Yo no estoy hablando en interés mio, sino en el tuyo.

CREÓN.

No conseguirás de ninguna manera engañarme.

TIRESIAS.

Pues bien. Sábeta que no terminará muchas veces el Sol

su carrera sin que un fruto de tu sangre haya pagado con su vida la muerte de la que tú has aprisionado bárbaramente bajo tierra, de la que has encerrado viva en la tumba. Tú has arrebatado á los dioses infernales el cadáver de aquel á quien has privado de la sepultura y de los fúnebres honores: para lo que no tienes tú poder, para lo que no le tienen ni aún los númenes celestes, que sólo te lo ha otorgado la violencia. Las Furias vengadoras, esas terribles divinidades del Averno, que persiguen el crimen para castigarlo, se aprestan á enviarte la tremenda desgracia. Vé ahora si es la codicia quien ha dictado mi lenguaje. Bien pronto oirás en tu Palacio los lamentos de los hombres y de las mujeres; bien pronto se levantarán contra tí las ciudades enemigas, las ciudades, en que los perros, los monstruos salvajes y los buitres *han celebrado los funerales* con los pedazos del difunto, llevando la impura fetidez á los hogares. Ahí tienes, ya que has encendido mi cólera, el dardo que, como hábil ballestero, te clavo en el corazon, y cuyo golpe flamante en vano tratarás de evitar.

Tú, muchacho, condúceme nuevamente á mi morada, y que en adelante desahogue este su furor con otros más jóvenes, y aprenda á mantener su lengua en silencio, y á sentir en su alma con más moderacion.

EL CORO.

El adivino, Príncipe, se ha marchado pronunciando terribles predicciones: y nos consta (desde nuestra juventud hasta ahora en que la edad ha blanqueado nuestros cabellos) que jamás han desmentido los hechos sus oráculos.

CREÓN.

Tambien yo lo reconozco... Mi espíritu se turba... Me es ingrato ceder;... pero si resisto veré tambien ingratamente castigada mi resistencia con la desgracia.

EL CORO

La prudencia es necesaria, hijo de Menecéo.

CREÓN.

Y qué es lo que debo hacer? Habla, estoy dispuesto á obedecerte.

EL CORO.

Marcha, pues, y saca á esa jóven de su prision subterránea; y despues eleva una tumba al que tienes privado de ella.

CREÓN.

¿Opinas de ese modo? ¿Crees que debo ceder?

EL CORO.

Ciertamente, príncipe, y sin perder un solo momento: que los castigos del Cielo contra los culpables, vienen con rapidez y por el más corto camino.

CREÓN.

Ay!.... con cuánto pesar desisto de mi intencion; pero no se puede luchar contra la Fatalidad (*anánke*).

CORO.

Apresúrate á ejecutar eso por tí mismo; no comisiones para ello á nadie.

CREÓN.

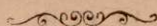
Parto sin dilacion. Vosotros, siervos que estais presentes y los que están ausentes, todos, coged vuestras hachas y corred á lo alto de la montaña!! (*donde yace Polinicy*)....

En cuanto á mí, puesto que he cambiado de resolucion, puesto que yo la aprisioné, yo mismo voy á ponerla en libertad... Me temo que no sea el partido más prudente el aferrarme á la ley establecida.

(*Se continuará.*)

A. GONZALEZ GARBIN.

CONTRASTE.



I.

Te ví llegar con ansiedad amante
al jaulón entreabierto;
en él tu vista se fijó un instante
y contemplaste muerto
al lindo gilguerillo que fué un día
ídolo de tu amor y tu alegría.
En vano refrenabas tus antojos,
y dando suelta rienda á tus agravios,
las lágrimas brotaron de tus ojos,
los suspiros brotaron de tus labios.

II.

¡Cómo recuerdo el llanto de aquel día!
He descubierto al cabo tus engaños,
y has legado la muerte al alma mía
entre un caudal de tristes desengaños.
Y al mostrarte mi anhelo sonriente
por tu maldad deshecho,

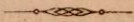
ni empaña el llanto tu mirada ardiente,
ni un suspiro se escapa de tu pecho.

III.

¿Quién comprender tus sentimientos sabe?
¡Nunca tu accion relegaré al olvido!
¡Llanto y suspiros te merece un ave!
¡Sólo desprecio un corazon herido!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

AURELIA.



Aurelia es blanca como el ampo de la nieve. Sus ojos son de fuego y brillan con el resplandor de los astros; finísimos cabellos rubios bajan por su frente formando espirales, y una dulce sonrisa se deja siempre entrever por sus labios de coral.

Jóven excepcional, á quien más preocupa la educacion del alma que la belleza artificial del cuerpo, en ella se observa un descuido que atrae, una sencillez que encanta, una melancólica dulzura que despierta generosa simpatía.

¡Pobre Aurelia! Tiene diez y ocho años, y es ya su vida una urdimbre de dolores!

Rendida por el trabajo que sus labores le dán durante el dia, y con el cual gana el sustento de su anciano padre, esta infeliz muchacha se recoge—cuando el sol declina—en modesta habitacion; y allí se entrega por completo á sus recuerdos; goza cuando concibe una esperanza, ó vierte copioso llanto cuando devora la hiel de un desengaño; alienta unas veces y desespera otras; pero siempre rinde culto á la imágen de un hombre, cuyas ardientes palabras resuenan sin cesar en sus oídos.

*
* *

—¡Alfredo, Alfredo!—dice Aurelia, reclinando su her-

mosa cabeza sobre una almohada; —¿dónde estás? ¿por qué no vienes? ¿no me dijiste que la vida sin mí te sería imposible, y que la ausencia te mataría de pena? ¿para qué me juraste amor eterno, si no solo permaneces en tu destierro, sino que me tienes olvidada por completo?

Dos lágrimas piadosas surcaron las mejillas de esta angelical criatura, cuando en la puerta de la habitacion presentóse un hombre de bondadoso aspecto, regular estatura y cabeza blanqueada por la nieve de los años.

Con una voz temblorosa y con acento apasionado y tierno,

—¡Aurelia, hija mia!—exclamó el anciano;—¡siempre llorando! ¿en qué consiste que permaneces horas enteras encerrada en tu habitacion, y das lugar con tu retraimiento y tu tristeza inexplicable á que todo el mundo murmure de tí, ó cuando menos, se ocupe mal de tu carácter? ¿Por qué acibaras la existencia de las personas que te rodean, y te haces tú misma desgraciada? ¿Es que, por ventura, se te vá haciendo enojosa la compañía de tu anciano padre, y pesada la carga que te supone?

Aurelia se deshacía en llanto, y no podia contestar.

No podia, porque en aquellos momentos sostenia consigo misma una terrible lucha, y en las luchas de la vida suele hacerse pedazos el corazon, pero la lengua enmudece.

La situacion de tan simpáticos personajes era violenta, cuando un incidente imprevisto vino á rasgar el velo y á descubrir el secreto que venia proyectando en aquella casa la sombra de la tristeza.

Por una ventanita del reducido cuarto de Aurelia, vióse, en efecto, caer un papel blanco, que era una carta de Alfredo.

Esta carta, que acababan de echar en la habitacion, fué sorprendida por el padre, quien, en medio del mayor asombro, leyó lo que sigue:

«Aurelia: Si nuestra ausencia se prolongára más tiempo del que nosotros creemos, y por desgracia viviésemos separados, cuando más necesitamos de la union, tén presente que *sagrados deberes nos unen mutuamente, y que ante Dios es ya tuyo,*

ALFREDO. »

—¡Oh! terrible revelacion! ¿Qué deberes sagrados—preguntaba el anciano en doloroso arranque de desesperacion—ligan á mi hija con un hombre?... Tú, Aurelia, que eres inocente como una paloma y hermosa como una virgen; tú, que te distingues entre todas tus amigas por la belleza y por la virtud; que constituyes mi bien, mi esperanza única... tú, hija mía, que lloras continuamente como si quisieras lavar con lágrimas las manchas de faltas cometidas, díme, responde, ¿por qué «ante Dios eres de un hombre»? ¿Acaso no eres tan pura como yo te creí? Y, sobre todo, ¿quién es ese Alfredo, que al pronunciar su nombre me extremezco, y siento nubes de sangre que pasan por mis ojos?

—Padre mio—respondió Aurelia, haciendo un supremo esfuerzo para enjugar el llanto;—ese Alfredo que no conoces, ó mejor dicho, de quien no te acuerdas, es aquel jónen que yo no amaba cuando era niña, pero que tú me obligaste á querer diciéndome que me convenia, porque era rico. Mi madre me enseñaba que te obedeciera ciegamente; y, dócil á tus consejos y á sus enseñanzas, yo comencé por aficionarme á Alfredo. Despues... pasó el tiempo; mi aficion se convirtió en cariño; este cariño creció, y hoy ya me vés: la palidez de mi rostro, las líneas amoratadas que rodean mis ojos, todo, reclama y exige tu perdon.

*
* *

Querido lector: Han pasado seis meses, y Aurelia es madre de un niño robusto y hermoso.

El respetable anciano que conocemos por padre de nuestra heroina, muere aislado y en medio del mayor remordimiento.

Muere, sí; porque al recordar que él mismo habia inclinado el ánimo de Aurelia hácia la pasion de Alfredo; que él habia educado á su hija con tolerancia culpable, respetando sus caprichos, buscándole placeres y distracciones, al mismo tiempo que satisfaciendo sus menores exigencias; al recordar todo esto, y al convencerse de que era criminal ante los ojos de Dios por haber dado ocasion á la deshonra

de una hija, sintió un dolor en el alma y un peso en la conciencia, que bien pronto le privaron de la vida.

.....
La educacion de las hijas, ¡ah! es un problema siempre discutido por los moralistas y nunca bien aplicado por los padres de familia.

F. GOMEZ ROMERO.

MADRIGAL.

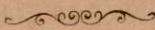


Miran en tí tus locos amadores
la dulce semejanza de las flores:
en tu blancura el nardo; en tus mejillas,
dos rosas encarnadas
(que imanes son de todas las miradas);
y aún dicen que tus lábios
á la amapola imitan.....
Mas sin que juzgues en mi frase agravios,
te diré que esas flores se marchitan!

RAMON A. URBANO.



CRÓNICA LOCAL.



Dificultades tipográficas imprevistas, han retrasado un tanto la publicacion de este número; y como no hay mal que por bien no venga, hé aquí que esta misma dilacion nos permite aprovechar para la crónica presente, algunos asuntos del momento, con los cuales podremos suplir la falta de materias de que tratar, con que hubiéramos luchado en los últimos dias del més anterior.

Peca ya de muy manoseado el tema del aislamiento absoluto de esta provincia, por el pésimo estado de sus escasas vias de comunicacion; pero la abundancia de las últimas lluvias lo han puesto de nuevo sobre el tapete, y apenas se ha hablado estos dias de otra cosa mas que de los desastres de las tormentas, de las avenidas del Almanzora y de la triste situacion de esta isla en que habitamos, como si cada vez nos separára mayor distancia del resto del globo.

Más de una semana nos hemos visto privados del correo de Madrid: la ventruda baliya, repleta de cartas y periódicos, ha estado detenida dias y más dias à la orilla del rio, sin poder trasmitirnos las noticias contenidas en su abdómen de cuero: parecia que nos habíamos trasladado á un pais inculto, donde todavia no hubiera penetrado la civilizacion...

Por lo demás, la historia tristísima de las inundaciones, se ha visto aumentada con una nueva edicion: haciendas enteras destruidas; ramblas desbordadas, que las arrastran hasta el mar en su corriente impetuosa; edificios desplomados,

entre cuyos escombros perecen sus infelices habitantes; la ruina completa de comarcas antes florecientes; la desolacion y el luto por todas partes... Tales son las materias que abarca esa historia, escrita con lágrimas, y que pregonan los ayes de sus víctimas.

*
* *

Doña Inés de Ulloa acaba de ser robada de su convento en todos los teatros de España: nuevamente han resonado en los oídos del público las tiradas armoniosas de los versos de Zorrilla; y en tanto que èste vé llegar, pobre y abatido, el término de su existencia gloriosa, su *D. Juan* recorre las ciudades, bizarro y triunfante, y sus editores siguen enriqueciéndose, á costa de la muerte del Comendador y de las aventuras de Tenorio.

Almería ha rendido tambien su tributo à esta costumbre, y por el escenario de Apolo han desfilado la cándida novicia y la dueña quintañona; el galan atrevido y el padre burlado... La poesía eternamente jóven del romanticismo, se ha desbordado en sonoras décimas y quintillas que arrebatan al público, haciéndole batir palmas de entusiasmo. No hay, sobre todo, doncella casadera, que sintiendo en el alma los effluvios juveniles de su naturaleza meridional é impresionable, no se conmueva escuchando aquellas dulcísimas frases de amor, aquellos conceptos apasionados y tentadores, que encienden la imaginacion con sus llamas impalpables... Tal vez se imaginan en los brazos de *D. Juan*, ó teniéndole á sus pies, enamorado y rendido, y sienten que su espíritu desfallece y que sus sentidos se turban... Don Juan es entonces para ellas un símbolo de sus propias ilusiones; es el amor, en fin, y por ello vivirá eternamente, mientras quede sobre la tierra un corazon sensible, y haya un alma capaz de confundirse con otra alma gemela.

*
* *

A propósito de estas representaciones de aficionados, se nos ocurre un proyecto que sometemos á la aprobacion de los que pueden ponerlo en práctica.

Creemos nosotros, que alternando con las obras de reper-

torio constante, en su mayoría harto conocidas, debían ponerse en escena por aquellos modestos artistas, las más selectas producciones de los escritores de la localidad. Sería empresa fácil, y además ofrecería el aliciente de la novedad. Varios ingenios almerienses que ya pasaron á mejor vida, han dejado compuestas algunas comedias apreciables: representándolas, se rendiría á su memoria un homenaje merecido y al mismo tiempo se las libraría de un olvido injusto... Otros poetas no ménos inspirados, que por fortuna existen todavía, se dedicaron también en otro tiempo á la literatura dramática: ¿porqué no renovar sus laureles?

Confiamos el pensamiento á quienes pueden realizarlo, seguros de que sabrán apreciar sus ventajas, que no son únicamente las enumeradas; pues ¿á quién se le oculta que de este modo se alentaría á la juventud á que cultivara aquel género de literatura? Entonces, no solo servirían esas representaciones para formar actores estimables, sino á la vez autores nuevos.

*
**

Se habla de un suceso misterioso, que ha llegado á ser el tema de muchas conversaciones: la desaparición de un labrador de nuestra vega, que habiendo salido de su casa el día 20 de Octubre último, no ha vuelto á ella todavía, ni se sabe qué haya sido de él, resultando infructuosas todas las pesquisas practicadas para averiguar su paradero. La imaginación popular se ha dado á forjar hipótesis, y cada cual inventa la que le sugiere su fantasía más ó menos creadora: lo cierto es que desde entonces el nombre de Roque Sanchez, que es el sujeto de quien se trata, circula por todas partes y va adquiriendo notoriedad creciente.

De otro suceso extraordinario se ocupan también las crónicas; pero este pertenece á un género escabroso para que nos detengamos en ciertos comentarios. Baste decir que la noticia á que nos contraemos, se refiere á un extraño divorcio, del cual entiende ya la curia eclesiástica... No queremos añadir á lo dicho, ni una sola palabra.

*
**

Otro tema de las conversaciones generales, ha sido du-

rante algunos dias la *vista* llamada de la causa de Adra, celebrada recientemente en esta Audiencia. La novedad de la misma ha consistido, en la peticion de la pena capital, que el Ministerio público solicitó para el procesado; y era de ver á aquel hombre, sentado en el banquillo fatal de los reos escuchando su propia acusacion, en que se demandaba para él la muerte en garrote... Por fortuna el Tribunal, al pronunciar su fallo, no ha llevado su rigor hasta aquel extremo, y ha impuesto solamente al procesado la cadena perpétua, de conformidad con lo interesado por la defensa.

Un aplauso á los Sres. Magistrados, que han arrancado al verdugo esa víctima, evitándonos el espectáculo repugnante del cadalso.

*
* *

Y ya que hablamos de la Audiencia, terminaremos esta revista con otra noticia referente á la misma.

Segun dicen algunos colegas, existe el propósito de trasladar aquella, á una de las casas del Malecon, propiedad de D. Olallo Morales. La prensa unánime ha votado en contra del proyecto; nosotros unimos tambien nuestra voz á la suya, y esperamos que se desista de semejante pensamiento.

Es más; dudamos mucho de que tal cosa haya llegado á concebirse seriamente. Es verdad que, aún siendo cierto, todavia puede quedarnos el consuelo que indicaba un chusco.

Esto es, que no se haya pensado en llevarla á la punta del Muelle ó al Lazareto de los Callejones

E. QUIS.

BIBLIOGRAFÍA.

A. Díaz Saldaña: Gramática castellana y latina. 2.º curso.

Continuando nuestro querido amigo y compañero el señor Díaz Saldaña, ilustrado catedrático de este Instituto, sus trabajos, ha publicado la segunda parte de la *Gramática castellana y latina*, en armonía con la primera, de la que dimos á su tiempo sumaria cuenta á nuestros lectores.

Tócanos hacerlo hoy de aquella, y emprendemos esta tarea con sumo gusto; pues el nuevo libro no solo no desmiente la idoneidad que en este linage de asuntos se le reconoce con justicia á su autor, sino que dá nuevas pruebas de las condiciones verdaderamente didácticas que le adornan, y que le hacen mucho más estimable en este respecto.

El segundo curso de la *Gramática*, abraza la Sintaxis, Prosodia y Ortografía de ambas lenguas, y siguiendo en un todo el mismo orden adoptado en la *Lexicología*, expone el señor Díaz Saldaña las teorías alternativa y paralelamente, única forma aceptable á nuestro juicio para hacer que los jóvenes estudiantes, estimen de una manera fácil las esenciales diferencias existentes en idiomas de tan diverso carácter, como los que nos ocupan.

Dos partes contiene la Sintaxis: la oracion y la construccion, y como para formar aquella se exige el reconocimiento de las relaciones de coordinacion y subordinacion, que dan á su vez las leyes sintáxicas de Concordancia y Régimen, el estudio particular de ellas dá origen á las dos secciones en que á su vez este tratado se divide.

En la parte correspondiente á la Concordancia, sólo reconoce como tales, con verdadero sentido, la de adjetivo con sustantivo y la de verbo con sugeto; pues si bien algunos autores admiten la de relativo y antecedente, y la de dos sustantivos, solo debemos considerar en estas, segun oportunamente nos lo indica el señor Diaz Saldaña, casos particulares de *participacion* ó de *aposition*, por no establecerse una verdadera relacion coordinativa entre las palabras.

En este tratado es digno de notarse la teoría del relativo latino y castellano, especialmente en las Observaciones que señalan las equivalencias del relativo, ya á conjunciones, ya á adverbios.

La distincion del Régimen en *propio* ó necesario é *impropio* ó accidental, merece elogio, pues simplifica notablemente el estudio de las relaciones subordinativas de las palabras, aparte del fundamento real que preside á esta distincion.

Comprende el Régimen impropio ó accidental, el dativo de adquisicion, el acusativo comun, el ablativo absoluto y las circunstancias de tiempo, lugar, medida, causa, precio, etcétera.

Al estudiar en el régimen propio el de las preposiciones variables, comprendemos que, apartándose de las teorías alemanas de Kritz y Berger, el competente Profesor de este Instituto, vé en ellas verdadero régimen, y no modificaciones de la relacion que ya expresa el caso por sí mismo, separándose tambien de las de Kühner y Madvig, respecto á la significacion del acusativo, que para estos autores no indica sino una relacion negativa como caso que se contrapone al nominativo.

El segundo tratado sintáxico es el de la Construccion ya directa, ya inversa, fundando esta en los principios eufónico y del menor esfuerzo, reconocidos en la Lexicología.

Termina la Sintaxis con un Complemento al tratado de oraciones, que completa el estudio de esta parte de la Gramática.

La Prosodia solo trata del acento y de cantidad, toda vez que la teoría de la formación y valor de las letras y los cambios fonéticos producidos por las leyes eufónicas han ocupado lugar preferente en el estudio lexicológico. En la Ortografía, tanto castellana como latina, se expone el uso de las letras y de los signos de puntuación, indicándose las abreviaturas latinas tanto antiguas como modernas, y las que más comunmente se emplean en castellano.

El arte métrica latina, se coloca, para terminar, en un apéndice.

Bosquejado sumariamente el plan del segundo curso de la *Gramática castellana y latina* del Profesor de este Instituto, réstanos decir breves frases relativas al juicio que de él tenemos formado.

Sin amenguar en nada el valor de la primera parte, debemos confesar ingenuamente que la parte sintáctica es trabajo digno, por mas de un concepto, de nuestros sinceros elogios; pues por su especial carácter está expuesto con mayor espontaneidad, no desmintiendo las excelentes condiciones didácticas que reúne su competente autor, y que ha tenido arte bastante para manifestar en el término de la labor que se había impuesto.

La claridad y concisión en las teorías, la atinada elección de los ejemplos, la sobriedad en los detalles, son otros tantos méritos que reúne la obra que nos ocupa.

Reciba su autor nuestro parabien más cumplido, y sírvale el éxito que su libro ha de alcanzar sin duda alguna, no solo de satisfacción, sino de noble estímulo para continuar la empresa, tal vez penosa, de rehabilitar los estudios clásicos en nuestro país.

*
* *

Antonio Gonzalez Prats: Granulaciones de la Conjuntiva:
Tesis doctoral.

Habiéndonos extendido demasiado en el análisis del libro anterior, sólo pocas líneas podremos dedicar á la notable té-

sis de D. Antonio Gonzalez Prats, hijo aventajadísimo de nuestro amigo el ilustre profesor de la Universidad de Granada, D. Antonio Gonzalez Garbin, en el ejercicio del grado de Doctor en la Facultad de Medicina y Cirugía.

Trata en ella de las *Granulaciones palpebrales*, afección sumamente frecuente, de diagnóstico vacilante, y rebelde en muchas ocasiones á la terapèutica.

Un plan sistemático, una copiosa acumulacion de datos tanto en la historia y sinonimia, como en la etiología y anatomía patológica, un estudio sintomatológico detenido, atinadísimas observaciones en cuanto al diagnóstico, al pronóstico y al tratamiento, juiciosa discusion de los métodos excepcionales de Buys, Graeffe y Bader, descripción detallada del tratamiento quirúrgico, son los rasgos más característicos que avaloran el trabajo del jóven Doctor, al que enviamos nuestro afectuoso parabien, al propio tiempo que á su señor Padre la más cariñosa enhorabuena.

A. A.